MANUEL AZNAR



HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

MANUEL AZNAR

HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

TOMO PRIMERO

1969

A MIS HIJOS MANUEL, JAVIER Y JOSÉ MARÍA,

COMBATIENTES DE ESPAÑA

ÍNDICE DEL PRIMER TOMO

NOTA PREVIA

Antes de que el lector ponga sus ojos en el primer capítulo de este libro me importa decir lo siguiente:

He pensado en ocasiones que el título debiera decir «Estudio militar de la guerra de España» o «Introducción a la Historia de la guerra española»; pero la palabra «estudio» me parecía teñida en este caso de petulancia crítica; «Introducción a la Historia» no se acomodaba al contenido de la obra: opté, pues, por titularla «Historia».

Creo que no será inútil mi tarea. La he llevado a cabo antes de que se hayan organizado los indispensables archivos y me han faltado frecuentemente muchos elementos de juicio. Atribuya el lector a esta circunstancia las lagunas inevitables. Cuando me he encontrado sin datos auténticos, o no me han inspirado suficiente confianza los que poseía, he preferido abstenerme.

En todo caso, el propósito que me ha impulsado a escribir es este: poner al alcance del lector, en general, y especialmente del profano en el arte militar, un relato sistemático hasta donde me ha sido posible, de la guerra de liberación de España. Para ello he tenido siempre en cuenta que un Ejército no es una sucesión de episodios o de anécdotas más o menos brillantes, sino un sistema nacional en marcha. He pretendido contribuir al estudio y vulgarización de los pensamientos y planes que nacieron en la

mente del Generalísimo Franco para alcanzar la victoria. Y finalmente, aspiro a que esta obra acreciente en los españoles —dentro de la modesta medida que me es propia— la afición hacia la literatura militar.

Si alguno de esos designios queda conseguido, me sentiré satisfecho. En cuanto a los olvidos o posibles errores, pido al lector que lejos de reaccionar sobre ellos con malhumor, me ayude a subsanarlos en las ediciones posteriores, y los achaque, no sólo a mi flaqueza, sino a las extraordinarias dificultades con que he tropezado para obtener en cada caso la información justa y decisiva. Me interesa declarar que este libro sólo se refiere a las operaciones del Ejército de tierra, y que únicamente por excepción alude a otros aspectos de la guerra.

Quiero que conste mi gratitud hacia todas las personas que me han auxiliado en la tarea de ordenar y esclarecer la información; a cuantos Jefes y Oficiales del Ejército me han ilustrado con sus conocimientos; al teniente coronel de Estado Mayor señor Díaz de Villegas, por el talento y la paciencia que ha puesto en la lectura de las pruebas; al agudo crítico italiano «General Belforte», cuyas páginas y esquemas sobre la guerra de España me han servido en muchas ocasiones de inapreciables guías; a los tres cronistas de guerra —Ruiz Albéniz, Sánchez del Arco y Martín Fernández—, porque me han permitido fijar con exactitud no pocos hechos; al ilustre geógrafo señor Dantín Cereceda, por su acendrada colaboración en las páginas dedicadas a las referencias geográficas de los campos de batalla; a la señorita Ana María Gamazo, autora de los croquis, a Cifra y a Campúa por sus fotografías, y, en fin, a todos los que han hecho posible este ensayo de explicación de la guerra de España y de la

victoria de Franco.

Madrid, año 1940

ANTECEDENTES DE LA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

ACCIÓN Y REACCIÓN DEL EJÉRCITO NACIONAL

El Movimiento español, militar y popular, de 18 de julio de 1936, no fue un «pronunciamiento». La ignorancia de esta radical verdad ha traído a la política europea de los últimos años consecuencias de alcance excepcional. Una buena parte de Europa cayó en la fácil interpretación de la política española a la moda y manera del siglo XIX. Vieron las gentes improvisadoras e históricamente ignorantes de nuestra realidad nacional cómo unos briosos cuadros de Jefes y Oficiales del Ejército se alzaban frente al «Poder constituido», y al punto se dijeron, creyendo sorprender el secreto del problema: « ¡Pronunciamiento!» Esta palabra, transvasada del idioma español a otras lenguas, ha contribuido por sí sola a deformar notoriamente la justa visión de España. Repitámoslo: el día 18 de julio de 1936 no se inició en España un «pronunciamiento».

Es decir el Ejército no tomó en esa fecha una actitud de carácter profesional, porque en tal caso es seguro que su ímpetu no hubiera rebasado los fracasos de los primeros días. Hay desde hace tiempo en la vida española dos entidades que, de muy distinta manera y por vías diferentes, vienen siendo objeto de una grave injusticia: una es el Ejército; la otra es la Prensa. Vale la pena de que expliquemos este concepto.

El Ejército y la Prensa han ejercido en España desde principios del siglo XIX una suplencia de organismos nacionales

que, debiendo existir por pura y rigurosa necesidad del Estado, no han representado nunca nuestra auténtica realidad. Es evidente que en un país donde el Parlamento. las Academias, los Ateneos, las Universidades, las publicaciones especializadas, las ediciones de alta cultura y todos los demás medios de expresión del pensamiento nacional, habituales en los pueblos bien organizados, funcionaran y trabajasen normalmente, la Prensa no tendría que cumplir más que aquella misión específica, elemental y cotidiana que es propia de su naturaleza y condición. Con lo cual no se trata de achicar la dignidad y eficacia del periodismo, sino de limitarlo a su ámbito y a su peculiar misión, sin sacarlo de quicio en cuanto a sus propósitos y mucho menos en cuanto a su poder. Por desventura, España ha carecido durante toda la época del liberalismo político de esos otros órganos de expresión nacional a que antes he aludido; de ahí nació la grave y monstruosa exageración de los fines atribuidos a las publicaciones periódicas, al punto que el pueblo español encontraba en la Prensa una degenerada aunque forzosa sustitución de los Ateneos frustrados, de las Academias muertas, de las grandes revistas ausentes, de los círculos literarios sin tono y de un Parlamento entregado a la innocuidad o a la silvestre chabacanería. Por esto se suele pecar de injusticia cuando se encomienda a los periodistas españoles responsabilidades que normalmente debieran estar fuera de su órbita, sin tener en cuenta que, en funciones de suplencia, han venido, durante más de medio siglo, taponando huecos y cubriendo brechas fuera de su natural jurisdicción. No ha sido posible en todo ese largo plazo encontrar para los jóvenes universitarios, para los ensayistas, filósofos, investigadores, críticos, poetas y políticos, vía más eficaz de manifestación y de acción que la de los periódicos; sin ellos, puede decirse que las mejores juventudes de España,

desde hace cincuenta años, se hubieran agostado, consumidas en su propia impotencia y en su melancolía.

Aún es mucho más grave lo que acontece con el Ejército nacional en relación con la historia de España, sobre todo la del siglo XIX y la de los treinta y seis primeros años del siglo XX. Hay quien incurre sistemáticamente en la puerilidad de suponer a nuestros militares corroídos por una caprichosa, elemental y directa ambición de mando político. Confieso que en muchas ocasiones las apariencias han inspirado tal interpretación. Pero cabe preguntarse: ¿cómo habría llegado el Ejército español, admitiendo que la posición histórica que le atribuyen fuese cierta, a tal estado de espíritu? Se olvida con demasiada frecuencia que los vagos conatos de régimen democrático ensayados en España se han apoyado siempre en la inmensa farsa de unos partidos políticos que, asegurando representar la opinión del pueblo, no eran otra cosa que rótulos sin respaldo, voces sin aliento, palabras sin doctrina y, en suma, sepulcros blanqueados de engaños y de traiciones a la fe de España. Farsas y juegos como aquellos que nuestra organización política sostenía bastaban a veces para conllevar las cosas en horas de una mínima normalidad; pero apenas asomaban en el horizonte las realidades agresivas y peligrosas que suelen agitar a los pueblos de tiempo en tiempo, los partidos políticos coreaban aires plañideros y eran los primeros en acudir implorantes a la organización militar, al Ejército, para que en última instancia salvara unas veces el honor y otras la existencia misma de España. A fuerza de verse atribuir por la comunidad de los partidos políticos tan altas funciones salvadoras, el Ejército acabó por crearse en sí mismo una mentalidad especial, que le llevaba a verse como eje, o cimiento o resorte mágico de la vida española. Se organizó, por consiguiente, en orden a una

permanente centinela alerta para actuar de un modo decisivo siempre que apareciese un peligro muy grave sobre los esenciales valores de España. «Es la columna vertebral de la Patria» dijo don José Calvo Sotelo, el gran mártir patriota, caído el día 13 de julio de 1936. Por todo lo que acabamos de decir sumariamente se comprende que Calvo Sotelo pudiera definir así al Ejército español.

Desde las guerras de Cuba y Filipinas, último ímpetu de una España imperial en sus territorios de América, el pesimismo español, subrayado y envenenado por influencias extranjeras muy conocidas y examinadas de nuestros historiadores, dio en atribuir al Ejército responsabilidades y culpas que no le correspondían. Uno de los grandes pecados de la que ha sido llamada «generación española del 98» consiste en haberse despreocupado de cuanto aconteció en Cuba y en Filipinas desde 1895 hasta el Tratado de París. Es inconcebible que un español medio y, si se me permite el juicio, un español culto nacido entre 1890 y 1936, no sepa seriamente una sola palabra de lo que fue para el alma y para el cuerpo de España la terrible guerra de Cuba y no conozca, ni siquiera de un modo superficial, el proceso del decaimiento y del vencimiento de España en la maravillosa isla antillana. Sin temor a equivocación podríamos ahora mismo plantear ante un senado de españoles doctos los problemas elementales de aquellos tres años atroces de historia española, y es seguro que sonarían como caracolas vacías los nombres magníficos de nuestros héroes, los de los caudillos cubanos, que al fin y a la postre no eran sino prodigiosos retoños de nuestro propio ser; parecerían inconcebibles o inventadas cuantas alusiones se hicieran a las radiantes batallas, a las marchas geniales, a las complejidades políticas, a los dolores, a las emociones, a los programas y a las ilusiones de España que en aquellas campañas de Cuba

florecieron. Lejos de prestarles atención, convinieron los españoles en simplificar sus preocupaciones, y con decir que el Ejército era culpable de cuanto en Cuba y en Filipinas había sucedido, creyeron haber encontrado el gran secreto de uno de los instantes más angustiosos y profundos de la historia de nuestro pueblo.

En aquella época, igual que después, la deformación mental de los españoles sobre su propio caso fue alegremente acogida por los pueblos del Occidente de Europa; entonces, esos pueblos no se enteraron, o no quisieron enterarse, de que la guerra de España en Cuba tenía dos aspectos diferentes: uno el civil, el interior, el familiar y doméstico que nos llevaba dolorosamente a guerrear con magníficos hermanos nuestros, a quienes habíamos dado sangre, apellidos, religión, lengua, patriciazgo y todo un sentido de la vida y de la cultura; el otro aspecto era el internacional, que aludía a la permanencia de Europa en el corazón mismo de las aguas americanas, allá donde están las llaves de las costas de los Estados Unidos, del paso panameño, de toda la Tierra Firme y del posible canal de Nicaragua. Europa, aunque en algunos momentos nos hiciera arrumacos de fingida amistad, se alegró de que España fuera derrotada en Cuba, sin pensar que por la derrota de España quedaba para siempre e irremediablemente vencida el alma europea en las tierras de América. Al menos, vencida desde el punto de vista de una política directamente eficaz.

Este mismo fenómeno, del que tendremos ocasión de tratar en otras páginas de nuestro libro, se ha dado durante la guerra de liberación de España. Una parte de Europa no ha querido ver que la derrota o el triunfo de nuestra Causa nacional interesaban profundamente al destino universal del alma y del pensamiento de Occidente.

Nada menos que desde la guerra de Cuba viene cultivándose en una parte importante de la sociedad española y en anchas zonas de la opinión extranjera la manía de que el Ejército es responsable único de todo lo deleznable que acontece en nuestro país. Interpretación muy curiosa, por cierto, pues con sólo examinar las primeras páginas de la Historia española del siglo XIX se llega a la conclusión de que casi todo cuanto somos en el orden político y social es inexplicable sin el Ejército; a tal punto, que hasta el progreso de las ideas liberales durante el siglo XIX, cuando esas ideas eran el diapasón del mundo, exigió el activo funcionamiento del instrumento militar, y no hay quien pudiera escribir la historia del liberalismo constitucional español sin citar como personalidades determinantes de su triunfo los nombres de dos Generales: don Baldomero Espartero y don Juan Prim.



El General Espartero

La acusación contra el Ejército se acrecienta de modo escandalosamente irreflexivo con motivo de nuestra guerra de Marruecos, iniciada el año 1909. Políticos y diplomático, de temor en temor y de apocamiento en apocamiento, nos llevaron a la situación de parientes pobres de Europa en lo tocante a los países del Norte de África. La musa del miedo nos inspiró el año 1904,

cuando Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, estuvo dispuesto, por razones de política anti germánica, a brindarnos la vasta posibilidad de un verdadero imperio africano.

Estalló la guerra el año 1909 porque las tribus no lograban entender la doctrina del protectorado y, además, porque venían siendo agitadas contra España desde todos los centros secretos del anti españolismo europeo, y se produjeron aquellos memorables y lúgubres combates del Barranco del Lobo y del Monte Gurugú, donde si la victoria local no nos fue siempre propicia, nos acompañó en todo instante el sentido de la dignidad, estuvo a nuestro lado el principio del honor y nos asistió, aun en las horas más tristes, la plena seguridad de la victoria final.

No vale la pena de que recordemos ahora la fabulosa cantidad de vilezas, el innumerable cortejo de indignidades que una gran parte de la política democrática española puso en juego contra la histórica y admirable actitud de nuestro Ejército. En este punto, como en otros muchos, sólo el olvido da sosiego y paz al espíritu de un español. Pero cada uno de nosotros debe cuidar de que esa paz y ese sosiego no oscurezcan la luminosidad de las lecciones políticas que la guerra de Marruecos está brindándonos desde entonces.

Andando los años, y cuando cada uno de los habitantes de España declaraba en las plazas públicas la imposibilidad de continuar viviendo dignamente dentro del sistema político que envilecía a nuestro país, conocimos aquel esplendor extraordinario de la mal llamada «dictadura del General Primo de Rivera», mal llamada con ese nombre porque, a pesar de la inagotable buena fe y del fuerte patriotismo del «dictador», la verdad es que apenas se cumplió alguno de los supuestos previos de un auténtico régimen

dictatorial.

El General Primo de Rivera, en nombre del Ejército, salvó a España de una posible ruina, y en los siete años de su Gobierno elevó considerablemente la moral pública de nuestro país, remedió viejos daños, perfeccionó nuestra técnica, levantó el nivel de vida de nuestras clases media y proletaria, sujetó ambiciones excesivas, alentó nobles anhelos, acrecentó el decoro interior y exterior de España y cerró antiguas heridas de tal manera, que mirado su gobierno desde la perspectiva que nos brinda España y que nos brinda asimismo Europa en el año 1940, puede decirse, sin temor a equivocación, que la época de la presunta dictadura coincidió con el ápice de la felicidad material del pueblo español, cuidadosamente, amorosamente, paternalmente, vigilada por el gran sentido político de la Restauración monárquica. Cayó, sin duda, el General Primo de Rivera en la simplicidad liberal de suponer que un dictador cumple sus fines esenciales cuando aumenta el bienestar físico de su pueblo, sin dar en la cuenta de que en toda ocasión, y mucho más si el pueblo se llama España, lo que importa es acertar en lo principal, o sea en el espíritu, aunque se yerre en lo subsidiario y subalterno. El glorioso hijo del General Primo de Rivera, aquel José Antonio Primo de Rivera que ha sido una de las grandes luces del nuevo tiempo español, pudo decir de la obra de su padre que había fracasado porque no supo dar a España un sentido histórico universal.



S. M. Alfonso XIII con el General Primo de Rivera y miembros del Directorio Militar

España llevaba muchos años de vida deformada: entre otras cosas, porque vivía hace tiempo bajo el sigilo del resentimiento y de la ingratitud; de otro modo no se explica cómo frente a los bienes, aunque fuesen elementales, con que nos enriqueció la Dictadura, reaccionara una gran parte de la opinión pública por las vías de la intriga, del bajo rencor y de la calumnia. Aun las zonas que parecían ser custodio y guardián de los principios conservadores de la Nación se adscribieron a las fáciles campañas demagógicas, y en aquella actitud de los conservadores españoles, que tuvo un antecedente condenable el año 1922, cuando un Gobierno llamado de orden entregó nada menos que el honor del Ejército nacional a la ridícula superchería de una Comisión parlamentaria llamada «de Responsabilidades», encontramos ya una especie de embrión no solamente de la República que por ellos vino, sino del propio Frente Popular, que es, en España y fuera de España, ni más ni menos que un instrumento inventado directamente para sus fines por el partido comunista universal. A fines de 1930 recayeron los españoles en la convicción — ¿qué digo convicción?—, en la necia y cómoda actitud de echar no se sabe qué culpas y de lanzar no se sabe qué condenaciones contra el Ejército, cabeza de turco de las torpezas cometidas por todos los

organismos y fuerzas de España que llevaban mucho tiempo apartados de su deber. En un país donde desde hacía dos siglos no habían sido infrecuentes los profesores sin culto universitario, los sacerdotes sin ciencia teológica y sin exégesis bíblica, los estudiantes sin disciplina ni universal curiosidad, los políticos, sin fervor ni espíritu de sacrificio, los jurisperitos sin emoción de la justicia, y el pueblo sin sentido de sus destinos, ¿no es ridículo y monstruoso que por cubrir esas quiebras y por saldar cuentas de muy concreta responsabilidad, nos hayamos entretenido en buscar como único responsable precisamente al Ejército nacional, sin pensar seriamente que al denigrarlo y perseguirlo tocábamos en el eje mismo de nuestra vida y sin advertir que los militares, con todas sus limitaciones, con todas las flaquezas humanas que queramos atribuirles, han sido siempre, y especialmente en los momentos decisivos, los españoles más adictos y atentos a su deber, la clave del patriotismo, la luz de nuestros rumbos históricos?

Quien haya leído estas primeras páginas comprenderá perfectamente todo lo que ahora he de decir. Durante los años de nuestra segunda República —1931 a 1936— el Ejército nacional parecía mantener una actitud escéptica y desviada de los asuntos públicos. Estaban hartos nuestros jefes y oficiales de oírse acusar públicamente como elementos permanentemente intrigantes y perturbadores de la vida española; estaban cansados de que se les presentara a la opinión como vulgares aficionados a los mandos políticos, por el provecho, dominio y privilegio que esos mandos pudieran traerles; sin duda por tal hartazgo de injusticias (y para que nuestro pueblo se acostumbrara a verlo en su verdadera y limpia personalidad) llegó el Ejército de España a situarse al margen de toda actividad relacionada con el Gobierno, no sin que en aquel aparente escepticismo se dejara adivinar cierto gesto,

dictado por el instinto nacional y por la experiencia histórica, que venía a decir a todo el país: « ¡En el pecado que estás cometiendo llevarás la penitencia! »

Grupos de jefes y oficiales encendidos en el amor de España rompieron ese escepticismo el día 10 de agosto de 1932, lanzándose a una gloriosa rebeldía que fue rápidamente sofocada por el Gobierno. Sería equivocado sostener que el heroísmo de los que en aquella fecha cayeron fue infecundo; en su brío y en su actitud hallamos el obligado antecedente del 18 de julio de 1936 y, sobre todo, allí resuena, con calidades proféticas, el grito de « ¡España, alerta! »



El General Sanjurjo y García de la Herranz en las calles de Sevilla en la mañana del 10 de agosto

Una de las acusaciones mas profundas que los propagandistas republicanos lanzaron durante las campañas políticas del año 1930 contra la Monarquía restaurada fue la de que la institución monárquica estaba condenada al decaimiento porque se había desnacionalizado. Esto no era sino una verdad a medias, y una verdad a medias suele ser la peor de las mentiras. Pero es absolutamente cierto, en cambio, que la República ni siquiera llegó

a «nacionalizarse»; se dio, desde los primeros tiempos, el arte y la maña de dividir a España en zonas incompatibles, de partirla en pedazos a punto tal que en este país, mucho antes de 1936, más que seres insertos en una normal ciudadanía, parecíamos antropófagos políticos, seres canibalinos impulsados por el designio de devorarnos mutuamente.

Con tanto desinterés y pureza de intención asistía el Ejército nacional al ensayo de un nuevo régimen español, que si se hubieran cumplido los principios más elementales de una sociedad organizada con arreglo a moral y decencia los gobernantes republicanos habrían hallado en nuestros jefes y oficiales el principal apoyo para su obra.

He pensado muchas veces que aun en aquellos últimos trances de julio de 1936, cuando caía acribillado a balazos el jefe de la oposición parlamentaria, don José Calvo Sotelo (y esos balazos procedían de la fuerza pública, encargada de garantizar nuestras vidas), tuvo la República ocasión de encauzar la severísima indignación nacional del Ejercito. Un Gobierno decidido a representar a España, resuelto a castigar inexorablemente a los asesinos, cómplices, inductores y beneficiarios del crimen de que fue víctima Calvo Sotelo; un Gobierno que hubiese levantado en la plaza pública el patíbulo ejemplar, donde normalmente debían aparecer colgados y cubiertos de ignominia los miserables ejecutores del crimen siniestro; un Gobierno resuelto a sacar de un hecho tan monstruoso las congruas consecuencias políticas, es seguro que habría podido contar con el apoyo enérgico, limpio, leal y desinteresado de todo lo que en España es y significa el Ejército nacional. Pero era imposible que las cosas sucedieran así. El destino histórico de los pueblos tiene a veces, en su marcha

profunda, la exactitud y fijeza del movimiento de las constelaciones. Las cosas tenían que acontecer como acontecieron, y no de otro modo.

En julio de 1936 llevábamos dos o tres años de oír por toda España la misma cantinela: « ¿Qué hacen y a qué aguardan los militares? » Los militares observaban en silencio. Sabían entonces y saben hoy que acaso los españoles que con mayor congoja y apuro les llaman en las horas críticas suelen ser los más adustos y secretos enemigos suyos cuando vuelven los días de la paz y del orden externo. Tengo para mí que muy pocas cosas son más condenables y más viles que la posición política de aquellas gentes que toman a un Ejército nacional, nada menos que a un Ejército nacional, como policía de sus egoísmos y gendarme de sus particulares intereses. En nuestra Historia el Ejército ha cumplido siempre fines más altos y más nobles. Ahora, una vez más, ha reiterado esa elevación moral para honor y gloria de España.

Es el caso que, como digo, el Ejército nacional, cansado de los viejos vilipendios, puso al pueblo español, muy justificadamente, en el trance de que le llamara con fatigante reiteración, y sólo cuando se hubo llegado a una perfecta saturación de la atmósfera española, cuando esa atmósfera estuvo cargada de crímenes, de amenazas, de peligros decisivos y de negaciones de la Patria, sólo cuando, como ha acontecido siempre, fallaron por su base partidos, organizaciones intermedias, minorías selectas, Parlamento, Academias, tribunas y otras esperanzas, el Ejército se sintió nuevamente llamado a su sempiterna función; alzóse en un admirable movimiento y dijo: « ¡Aquí estoy! ¡Vamos a salvar a España! » Pero este Alzamiento de 1936 se diferencia de todos los anteriores en que el Ejército nacional pidió al patriotismo

español una declaración tácita de que las armas no representaban a una clase ni a una casta, sino que por designio de la Historia eran la encarnación popular más profunda de nuestro país y, en suma, el pueblo mismo organizado en rigurosas formaciones.



El General Sanjurjo, «penado número 52», en el patio del presidio de El Dueso con otros reclusos.



El General Sanjurjo con su ayudante, el actual Teniente General D. Emilio Esteban-Infante, en el Castillo de Santa Catalina, en Cádiz, donde sufrió prisión.

Este fue el sentido que tuvo aquel innumerable movimiento de millares y millares de españoles jóvenes y viejos que, como por arte de magia, entendieron (muchos de ellos de la noche a la mañana) las virtudes militares e interpretaron en toda su verdad el

valor del uniforme de nuestros soldados. Que no hay simpleza mayor que la que nos brinda el refrán con decirnos que «el hábito no hace al monje», cuando es lo cierto que el hábito, si está bien llevado y si quien lo lleva sabe de símbolos, es el monje mismo.

* * *

Nadie puede afirmar, sin injuria de la verdad, que en el mes de julio de 1936 el Ejército español fuera un deportista de la revolución. Jamás se ha visto a nuestros militares más entregados a su propia y directa condición, sin que por ello dejaran de estar muy vigilantes en medio de los vaivenes de la conciencia española. De tiempo en tiempo, algunos núcleos de la opinión pública, lógicamente sobreexcitados por la destemplanza y amargura de la realidad circundante, pretendían apresurar las soluciones salvadoras y simplificar los trámites mediante golpes de mano en los que ponían excesivas esperanzas. Intentos todos ellos de muy subida nobleza y de gran calidad espiritual, pero condenados de antemano a la solución adversa, porque no había sonado aún la hora exacta que únicamente el Ejército, actuando como sistema nacional, podía fijar sin error. Así, por ejemplo, cuando el Frente Popular, obra directa del comunismo, alcanzó en febrero de 1936 el relativo éxito electoral de que todos los españoles hemos guardado triste memoria, hubo muchas voluntades que creyeron llegado el instante mejor, y se dispusieron a la salvación de España sin aguardar los resultados políticos que fatalmente había de producir la preponderancia comunista en nuestro sistema político.

Razones y circunstancias de muy diversa índole, cuya explicación no corresponde a estas páginas, impusieron aplazamientos ineludibles.

Antes de aquellas fechas, una nueva y vigorosa fuerza juvenil, extraordinaria de tono y de doctrina, la Falange Española, fundada y acaudillada por José Antonio Primo de Rivera, estudió dos alzamientos. Una de las operaciones de santa y patriótica ira que el fundador de Falange Española quiso poner en práctica mediante la movilización de sus milicias, magníficas de temple, pero numéricamente exiguas todavía en los tiempos a que me refiero, fue el asalto y la conquista de la ciudad de Toledo. Proyectaba Primo de Rivera reunir a los jóvenes falangistas de primera línea en la imperial ciudad del Alcázar. Allí se daría el grito y se lanzaría la consigna de la redención de España. La guarnición de Toledo, los cadetes del Alcázar y la Guardia civil de la ciudad se incorporarían automáticamente al Alzamiento, o cuando menos permanecerían expectantes, sin poner traba alguna al desarrollo del proyecto falangista. Era evidente que el Gobierno de Madrid dispondría sin pérdida de tiempo el envío de unidades militares contra los sublevados, los cuales aceptaban de antemano el sitio que les amenazaba y se hallaban dispuestos a mantener hasta la muerte su compromiso de sitiados. Entretanto, esperaban que las guarniciones militares de las demás ciudades españolas se fueran sumando, una tras otra, al Alzamiento, con lo cual el resultado que se apetecía quedaría conseguido en plazo breve y rescatado el Poder político de España de manos de los comunistas y de sus cómplices.

José Antonio Primo de Rivera llegó a exponer su plan a determinados jefes militares, y entre ellos al entonces coronel don José Moscardó, que unos meses más tarde había de ingresar, por fuero de su incomparable heroísmo, en la Historia y en la inmortalidad de España. No quiso el coronel Moscardó resolver el asunto por cuenta propia, aunque la línea general del proyecto le inspiraba

gravísimos recelos. Cuando emisarios autorizados solicitaron de él resoluciones apremiantes, se limitó a contestar: «Conforme, si el General Franco me lo ordena».

Acontecía esto el ario 1935.

El otro propósito de alzamiento falangista parecía algo más cumplidero, aunque hoy, después de nuestros tres años de guerra, hayamos comprendido claramente que los resultados hubieran sido trágicos.

Se trataba de concentrar 4 ó 5.000 militantes de Falange Española en la frontera de Portugal. Determinadas secciones de vanguardia irían provistas de ametralladoras, fusiles-ametralladores y fusiles de repetición; detrás marcharía la masa principal, armada con pistolas-ametralladoras y algunas dotaciones de bombas de mano. Los alzados intentarían seguir la clásica ruta de invasión que todos los tratadistas aconsejan para una fuerza que aspire a la conquista de Madrid viniendo de Portugal. Se había releído en algún cenáculo el curioso librito de Mor de Fuentes que trata de este sugestivo tema. Si la empresa salía adelante, todo quedaría bien logrado. Si, por el contrario, resultaba imposible forzar los caminos defendidos por las fuerzas del Gobierno, los alzados se batirían a la defensiva, con el designio de mantener hasta el máximo un estado de inquietud y de zozobra ante el cual —creían los autores del plan— tendría que rendirse irremisiblemente el Poder vigente en España. En el peor de los casos, Falange Española hubiera medido ampliamente sus armas y aumentado la lista de sus mártires, y puesto que mártires hacen religiones, la Falange se impondría a la conciencia española por su coraje y por su capacidad de combate y de sacrificio.

Este segundo proyecto se hubiera llevado a cabo, a pesar de

los inmensos inconvenientes con que tropezaba, si la Policía republicana, aunque mal enterada de las cosas, no hubiese encarcelado a las personalidades más fuertes del falangismo, y si con ocasión del acelerado empeoramiento de los asuntos públicos no nos hubiéramos encontrado los españoles ante el hecho implacable de un necesario Movimiento nacional con dirección militar y con participación directa de todas las personas y de todos los partidos enemigos del comunismo.

Estos partidos políticos eran fundamentalmente cuatro: Falange Española de las J. O. N. S. (J. O. N. S. Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), a cuyo frente se hallaba el magnífico español José Antonio Primo de Rivera; Renovación Española, en la que bajo la jefatura del ex ministro don Antonio Goicoechea se agrupaban los leales partidarios de Don Alfonso XIII; la Comunión Tradicionalista, más universalmente conocida con el nombre de Partido carlista o Carlismo, que desde hacía cien años mantenía inalterable el culto dinástico hacia la rama borbónica vencida en las guerras civiles del siglo XIX y la adhesión fervorosísima hacia las formas de régimen tradicionalmente nacionales. Finalmente, aludiremos al partido de Acción Popular, dirigido por el abogado y parlamentario don José María Gil Robles, jefe de una gran porción del pueblo español que entendía necesario y útil el ensayo de una república moderada, con obispos y aristócratas, y repudiaba por principio la guerra civil y la revolución nacional mientras, dentro de los criterios de transacción legalista, pudiera abrirse el menor resquicio a la esperanza de convivir en medio de aquel mundo demencial que era la España de 1935 y de 1936, en el seno de aquella nave de locos que había llegado a ser nuestro pobre país.

Estos cuatro partidos, llegada la hora inexorable, habían de suministrar el voluntariado civil que iría a incorporarse a las formaciones militares y a encuadrarse con disciplina rigurosamente castrense bajo el mando de los jefes y oficiales del Ejército español.

Al lado de las masas que los cuatro partidos antedichos debían movilizar, aunque en distinta medida, España estaba segura de que el frente anticomunista quedaría engrosado por una muchedumbre procedente de los partidos liberales, y aun de aquellas organizaciones históricamente republicanas cuyo rótulo de radicalismo estaba definitivamente superado por los hechos, y cuya manía anticlerical no pasaba de ser una vieja y arrugada simpleza anacrónica, sin la menor realidad ni significación.

Un mes antes del 18 de julio de 1936, el autor de este libro oyó de labios del jefe monárquico don José Calvo Sotelo estas palabras: «La guerra civil que se avecina no será una lucha fácil ni un golpe de mano cuartelero. Si conseguimos que 30.000 jóvenes de España 30.000 muchachos ardorosamente nacionales, se unan al Ejército, nos habremos salvado. Si no sucede así, podemos considerarnos inevitablemente perdidos». ¡Cuántas veces ha habido que renovar la cifra de los 30.000 jóvenes dispuestos al sacrificio durante los tres años de guerra por la salvación de España!

Muchos autores han descrito en libros y folletos de diversa índole la trágica situación en que España llegó a encontrarse durante los primeros meses del ano 1936. El comunismo, inventor de los Frentes Populares, se dispuso a probar entre nosotros la

eficacia de su invento. Cuando leo en la Prensa de cualquier país civilizado la noticia de haberse constituido o de estar a punto de constituirse un Frente Popular, no puedo menos de sentir estremecimientos y apiadarme por la suerte que espera a las víctimas futuras de ese diabólico sistema de vida pública. El candor, en los casos mejores, y la interesada malicia en los peores, arrastra a no pocos hombres, incoherentemente llamados «de izquierdas», hacia la alianza que los siniestros agentes del marxismo les proponen con aire y gesto muy amistosos. Ha pasado una terrible guerra civil sobre los campos y sobre las almas de España.

El sufrimiento moral y material a que nuestro pueblo vivió sometido desde el mes de julio de 1936 hasta el de abril de 1939, supera todas las descripciones posibles. Mucho habremos de padecer aún, y tendrán que pesar largos sacrificios sobre nuestra generación y sobre la de nuestros hijos, como consecuencia de la guerra. Sin embargo, el recuerdo del drama político español, tal como se planteaba durante el primer semestre de 1936, continúa pareciéndonos más espeluznante; tanto, que repetidas aquellas circunstancias, habría que reiterar la guerra. No ofrecía la realidad otra salida que la de batirse por la salvación de una Patria, de una sociedad y de una cultura. El comunismo planteó ante los españoles un dilema implacable: o morir o matar.

Organizáronse por entonces las fuerzas rojas de subversión con tan acabado método que pronto fueron dueñas, no solamente de los resortes y recursos que ofrece la vida pública de un país, sino aun de la misma existencia privada de los ciudadanos. El crimen impune estaba a la orden del día; el robo, el saqueo, el incendio, el motín, la provocación, la injuria, la cárcel y el agravio íntimo iban haciendo de todas las personas de bien tristes esclavos

de una tiranía sin precedentes. Era evidente que cumpliendo antiguas consignas lanzadas por los más famosos jefes de la revolución moscovita (Lenin y Trotzky, especialmente) todos los centros de agitación y de subversivismo del mundo se aliaban para convertir a España en el gran centro rojo del Occidente de Europa. La posición geográfica de nuestro país, maravillosamente situado para actuar con la necesaria intensidad sobre Francia, Italia. Inglaterra y Portugal, era una verdadera y permanente tentación, brindada a los directores de la revolución comunista. Desde los primeros días de la República se había venido organizando el golpe decisivo con excelente táctica y cuidados minuciosos. Los Gobiernos republicanos, salvo en algunas breves etapas de su actuación, vivieron constantemente rebasados por los problemas del orden público, que superaron, en términos crecientes, las posibilidades del Poder político. Quedóse España sin Ejército; de modo tan completo que a principios de 1936 (podemos asegurarlo) no existía más núcleo militar eficaz y serio que el de las tropas de Marruecos, salvadas del cataclismo, sin duda, porque no se atrevió la República a descuartizarlas en vista de los fines de carácter internacional que esas tropas cumplen al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Y aun así ya empezaban a organizarse muy seriamente en toda la zona del Protectorado español norteafricano las células y centros de acción comunistas, con la misión de minar y despedazar aquel último reducto de una posible reacción militar bien organizada. Agentes rusos de muy conocida filiación, aventureros de todos los países, delegados de las oscuras logias, representantes del judaísmo hicieron de Tánger un estratégico Cuartel general, y desde allí se dedicaron a secretas maniobras revolucionarias. Pese a la clandestinidad de las operaciones que se llevaban a cabo, el Ejército pudo conocer perfectamente todo lo

que se venía tramando, y comprendieron nuestros jefes y oficiales que pronto les llegaría la hora ineludible, y se les impondría la sagrada obligación de acaudillar a todos los españoles en una verdadera Cruzada.

Es conocida la estadística que el jefe de la oposición monárquica, don José Calvo Sotelo, leyó en el Congreso de los Diputados para denunciar los delitos que por orden de los centros marxistas de España se habían cometido entre el 17 de febrero de 1936 y el 31 de marzo del mismo año. Esa estadística daba las siguientes cifras

Asaltos y destrozos:	
De centros políticos	58
De establecimientos públicos y privados	72
De domicilios particulares	33
De iglesias	36
TOTAL	199
Incendios:	
De centros políticos	2
De establecimientos públicos y privados	45
De domicilios particulares	15
De iglesias	106
TOTAL	168
Huelgas generales	11
Motines	169
Tiroteos	39
Agresiones	85

Heridos	345
Muertos	74

Como complemento de estos datos, los treinta y cuatro últimos días de gobierno del Frente Popular ofrecen el resumen siguiente:

Muertos	47
Heridos	216
Huelgas	38
Bombas y petardos	53
Incendios totales o parciales	52
Atracos, atentados; agresiones	99
Adversarios políticos del Frente Popular encarcelados por el terror policíaco	12.000



José Calvo Sotelo

En su libro *Preparación y desarrollo del Alzamiento nacional* recuerda el autor, don Felipe Bertrán y Güell, un párrafo del discurso que el gran orador republicano don Emilio Castelar

pronunció el año 1873 para describir los horrores a que España había sido conducida por la primera República. La descripción decía: «Una dictadura demagógica en Cádiz; sangrientas rivalidades en Málaga, que causaron la huida de casi la mitad de sus habitantes; el desarme de la guarnición de Granada, después de crueles batallas; las bandas de Sevilla y Utrera; los incendios y los asesinatos de Alcoy; la anarquía, en Valencia; las partidas, en Sierra Morena; el campo de Murcia, entregado a la demagogia; loa burgos de Castilla, convocando desde las fábricas a una guerra de Comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado otra vez en las costas del Norte; una horrible e histórica escena de querellas y puñaladas entre los cantonalistas y los defensores del Gobierno de Madrid; la capital de Andalucía, en armas; Cartagena, en delirio; Alicante y Almería, bombardeadas; la Escuadra española, pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero...»

Esta evocación de la España de 1873, tan nutrida de espanto, no bastaría, sin embargo, a describir la situación política y social del país bajo el Gobierno de la segunda República, o, mejor dicho, bajo el látigo del Frente Popular. Y aún era más estremecedor el porvenir que se nos deparaba que el angustioso presente. Los jefes del comunismo universal habían decretado ya que un determinado día del mes de mayo de 1936 toda la campaña de agitación criminal, llevada metódicamente a cabo sobre el ensangrentado cuerpo de España, sería coronada por un asalto al Poder político y por la instauración de un régimen de Soviets, montado sobre la consabida trilogía de los soldados revolucionarios, los obreros y los campesinos. La fecha de mayo acordada en Moscú hubo de quedar sin efecto porque para la batalla decisiva pareció escasa la preparación llevada a cabo hasta entonces. Resolvió el comunismo trasladar al día 29 de julio del

mismo año, o quizá al 1 de agosto, la vasta operación proyectada. Tan segura del triunfo estaba la revolución internacional, que, a pesar de su conocida afición al clandestinaje, los principales agentes y directores del marxismo no hacían ya secreto de sus propósitos. Así, por ejemplo, el 24 de mayo, con ocasión de un mitin celebrado en Cádiz, declaraba el líder Largo Caballero, en su calidad de jefe del ala izquierda socialista: «Cuando se rompa el Frente Popular, que se ha de romper, el triunfo del proletariado será seguro; implantaremos la dictadura del proletariado, que no es opresión contra la masa obrera, sino contra la clase burguesa y capitalista».

La misma documentación, oficial y secreta, del Komintern, con todas sus consignas, órdenes y contraórdenes dirigidas a los centros revolucionarios de España, no solamente era conocida del Gobierno y de la Policía, sino que circulaba en copias, bastante abundantes y al alcance de cuantos españoles querían conocerla. Hay un documento muy interesante de esa época a que me refiero. Es, como si dijéramos, la «Orden general de operaciones» que dictó Moscú cuando ya faltaban pocos días para el desencadenamiento de la ofensiva general. Ese documento fue repartido a todas las células comunistas de España el día 6 de junio de 1936. Merece que lo reproduzcamos. Decía:

«ORDENES Y CONSIGNAS

a) Es urgente acusar, aun cuando no actúen, a todos los elementos directivos de las agrupaciones políticas llamadas Falange Española, nacionalistas de Albiñana, Acción Popular, partido radical, Renovación Española o monárquicos de Alfonso

XIII, tradicionalistas o carlistas y a las Juventudes de esos partidos, al Gobierno, a los elementos de la Dirección General de Seguridad, a los gobernadores y a los alcaldes, sin ninguna clase de reparo ni de titubeo, simulando e inventando, si es necesario, las relaciones y complicidades de los acusados con los elementos fascistas. Deben emplearse todos los procedimientos que el ingenio sugiera, y lo mejor es conseguir la detención de los acusados para anular así cualquier posibilidad de acción por parte de los mismos. Las acusaciones deben extenderse no sólo a los afiliados y simpatizantes, sino también a los familiares y criados de los mismos que pudieran sentir escrúpulos al contemplar las detenciones de los demás. Cada autoridad dispondrá que las detenciones sean intervenidas directamente por los milicianos de filiación marxista, y a los detenidos se les convencerá adecuadamente de que la violencia seria llevada *ipso facto* a su máximo rigor si se produjera cualquier actuación posterior de los acusados o de sus cómplices.

b) Hay que reforzar los grupos de choque y vigilancia de los cuarteles, y entregar pistolas-ametralladoras a los militantes que aún no las posean. Estos grupos de choque y vigilancia estarán enlazados con los que han de asaltar los cuarteles, los cuales mantendrán a su vez enlace con el Comité comunista de cada cuartel, y vestirán uniforme de soldado. Serán mandados por militares efectivos, de los que actualmente se dispone con absoluta incondicionalidad. Entablada la lucha entre el grupo de choque y la guarnición del cuartel, los asaltantes tendrán fácil la entrada, se pondrán inmediatamente en contacto con el Comité respectivo y decidirán el plan de ataque dentro del propio cuartel.

c) Los Comités interiores de los cuarteles renovarán cada dos

días sus relaciones de personal, clasificándolo, mediante signos y colores, en enemigos, neutros, simpatizantes y adictos. Iniciada la rebelión, el personal del Comité interior, bajo su directa responsabilidad, eliminará rápidamente y sin vacilación alguna a todos los que figuren en la clasificación como enemigos, sin olvidar que esta eliminación debe alcanzar a Jefes, Oficiales, clases y soldados. Cada miembro del Comité interior tomará las medidas oportunas para llevar consigo, sin peligro de ser descubierto, la relación de los individuos de cuya eliminación debe encargarse personalmente. A los calificados como neutros se les someterá a vigilancia estrecha para evitar que reaccionen en sentido contrario, procurando que su simpatía se decida por la revolución. Una vez triunfante el golpe de mano, estos elementos neutros serán duramente probados, y de ese modo desaparecerá el peligro de los cambios de actitud a que suelen inclinarse siempre estos temperamentos poco resueltos, Los Comités interiores de los cuarteles cuidarán de que los grupos exteriores de vigilancia entren en el edificio so pretexto de ayudar a la fuerza para dominar la rebelión. Al frente de cada unidad de grupos reunidos figurará el jefe del grupo asaltante, al que todos obedecerán, sin discutir su calidad o su jerarquía. Cualquier discusión sobre este punto será sancionada inmediatamente y sobre el terreno por los dos miembros ejecutores que tendrá a su disposición el jefe de grupo.

d) Quedan modificados los grupos encargados de atacar y eliminar a los Generales, tengan o no mandos; a los jefes de Cuerpo y a los Coroneles, tengan asimismo mando o no lo tengan, y sean de este o del otro matiz. Los ataques a los primeros estarán a cargo de grupos formados por diez hombres. Dos de ellos, por lo menos, irán provistos de pistolas-ametralladoras. Se advierte que los Generales suelen ir acompañados de dos ayudantes o

secretarios y que, por consiguiente, conviene que el ataque se produzca en el domicilio del atacado. La eliminación estará a cargo de los tres hombres más decididos del grupo, y afectará al General o Coronel, pero sin reparar ante los obstáculos y sin dejar de actuar contra cuantas personas se opongan, cualquiera que sea su edad, sexo o condición. Los grupos de ataque a los jefes sin mando, pero con residencia en las plazas, estarán integrados por tres hombres, uno de ellos armado con pistola-ametralladora, y llevarán una reserva de dos hombres, a fin de que la eficacia del ataque no se malogre.

e) Los grupos de ataque a los oficiales que vayan a incorporarse a los cuarteles quedarán organizados como se hallan hoy, y se les previene que como las fuerzas militares fascistas tienen organizada la recogida de esos oficiales en automóviles protegidos y escoltados, los grupos de nuestras milicias habrán de situarse en lugar estratégico, armados y en automóvil, para atacar lateralmente desde las esquinas de las calles. El fuego se abrirá con pistola-ametralladora. El arma corta se empleará únicamente a pequeña distancia y para la defensa personal.



Defensores del Cuartel de la Montaña ametrallados en el patio del mismo.

f) Con toda urgencia se procederá a la preparación de plataformas para la colocación de ametralladoras en los lugares designados de antemano, a fin de atacar con energía a cualquier Cuerpo que no haya sido contenido antes de salir a la calle. Se

tendrán reunidas las planchas que se han de colocar en cada camión, de modo que sea fácil el ensamblamiento para colocar las ametralladoras y para que las unidades motorizadas estén en disposición de salir rápidamente a estrangular cualquier resistencia. En estos camiones se cargarán bombas de mano hasta el número asignado como dotación a cada grupo.

g) Las fuerzas de las milicias a pie se situarán conforme a las órdenes del jefe respectivo; de tal modo que rápidamente puedan vestir los uniformes preparados de antemano, colocarse el correaje y hacerse cargo de las armas largas. Como irán mandadas por Jefes y Oficiales del Ejército de probada confianza, les será fácil confraternizar con los soldados que salgan de los cuarteles.

h) Iniciada la rebelión, grupos de milicianos con uniformó de guardias civiles o de asalto detendrán a todos los jefes de partidos políticos antimarxistas, con el pretexto de defenderles personalmente; pero con ellos se procederá igual que si se tratara de Generales sin mando. Igualmente, grupos uniformados, con pretexto de protección, detendrán a los grandes capitalistas que figuran en el apéndice B de la circular número 32. Con éstos no se empleará ninguna violencia si no mediase resistencia, y se les exigirá la entrega de los saldos, de las cuentas corrientes existentes en los Bancos y la transferencia de sus valores. En caco de ocultación, se les aplicará el trato de eliminación completa, incluso de sus familiares, sin exclusión de ninguno. Conviene que los grupos uniformados a quienes se asigna esta misión respecto de los capitalistas lleguen a relacionarse estrechamente con los criados y servidores de los mismos. Pueden ser grandes elementos para esto los choferes y ayudas de cámara. Este servicio ha de llevarse a efecto con escrupuloso cuidado para evitar

imprudencias, y se fijarán castigos ejemplares cuando sea necesario un escarmiento.

i) Los militares que han de ser más vigilados son los que figuran como simpatizantes y adictos. Estas personas, llegadas a nuestras filas, son elementos de conducta indeseable dentro del Ejército, y con ellos ha de seguirse la misma táctica que se siguió en Rusia: en el primer término se les utiliza, y luego se les da el trato de enemigos, pues para que nuestra obra se consolide es preferible un oficial neutro que uno que haya sido ya traidor a los suyos, y mañana pueda traicionar nuestra causa.

j) Debe llevarse con la máxima actividad la instrucción de las milicias en cuanto a los movimientos, así como los ejercicios de tiro, para lograr la mayor disciplina y la máxima eficacia en el manejo de las armas de fuego, acostumbrando a todos a que cumplan sin titubeos la misión que a cada uno se confíe, y haciéndoles ver el peligro que para su vida representa la tibieza o la traición. Diariamente, y aprovechando la noche, se explicará la táctica de la lucha en las calles. Las milicias encargadas de defender poblaciones se situarán en las inmediaciones de los lugares de salida, a fin de impedir que, derrotado el Ejército, pueda marcharse al exterior de la ciudad. Se colocarán los nidos metálicos de las ametralladoras mirando hacia las ciudades, y cuando se vea que las fuerzas militares intentan salir, se les hará fuego, llegando a utilizar las bombas de mano, si ello fuese necesario. Otras milicias se situarán a un kilómetro de las ciudades principales, con los mismos elementos que las anteriormente citadas, así como con camiones blindados, armados con ametralladoras, y tendrán como misión impedir por todos los medios la llegada de refuerzos enemigos a las poblaciones. Estas

milicias, próximas y alejadas, estarán enlazadas por medio de automóviles ligeros, dotados de pistolas-ametralladoras, y en la mitad del camino habrá reserva de ciclistas por si el auto sufre avería. Asimismo, desde el interior de las ciudades hasta el lugar en que se encuentren las milicias contiguas habrá enlaces de ciclistas, que les tendrán al corriente de la marcha de la rebelión.»

No es necesario encarecer la importancia y significación de este documento. Por sí solo aclara mucho de cuanto sucedió en Madrid a partir del 18 de julio de 1936. En sus párrafos se anuncia con frío horror aquel paisaje increíble del asalto al Cuartel de la Montaña; de los Jefes y Oficiales asesinados en masa; de los centenares de caballeros de nuestra Escuadra arrojados al mar; de los millares y millares de crímenes cometidos en la carne pura e indefensa de ancianos, hombres maduros, mujeres y verdaderos chiquillos; de los cien mil torturados y fusilados en Madrid; de las noches temblorosas, cruzadas de disparos sobre las víctimas previamente escogidas; de las violaciones, asaltos y homicidios, robos a punta de pistola, saqueos, depredaciones, incendios, sacrilegios, blasfemias, degeneración sexual, corrupción del alma de los niños, prostitución de la mujer y arrasamiento de todo lo noble, exquisito y celeste que existe en la personalidad humana. Ese documento es la revelación acabada del gran monstruo que intento ahogar a España, y que ahora, aniquilado aquí, vuelve sus ojos sangrientos hacia otros pueblos.

Llegaron esas instrucciones a Madrid, como antes he dicho, durante el mes de junio de 1936. Tuvo el autor de este libro ocasión de leerlas porque muy pronto pasaron a enriquecer el archivo secreto de nuestros Jefes militares. Mediado el mes de

julio, se repartió a todos los núcleos activos de la revolución internacional otra versión, aún más concreta, de estas mismas instrucciones. En el nuevo documento se insistía vigorosamente sobre la necesidad de impedir que los Oficiales de las distintas guarniciones pudieran incorporarse a sus regimientos cuando recibieran la orden de acuartelamiento y concentración.

El español que con mayor atención seguía las maniobras comunistas en relación con nuestro país —y esto lo sabían muy pocas personas en aquel tiempo— era el General don Francisco Franco Bahamonde. El Frente Popular le había depuesto de su cargo de jefe del Estado Mayor Central, y para tenerle a buen recaudo le confió el mando militar de las islas Canarias. Desde aquella lejanía, Franco siguió, puede decirse que de hora en hora, el desarrollo de los trabajos revolucionarios. Poseía informes minuciosos y veraces de los acuerdos que el Komintern había adoptado para hacer posible y triunfal la revolución en España. Estaba al corriente del ensayo de movilización que se organizaba con el pretexto de celebrar en Barcelona una Olimpíada popular frente a la oficial y universal de Berlín. Conocía los plazos que la revolución marxista se había fijado a sí misma para caer sobre nosotros. El General Franco no es hombre que pierda la paciencia, ni gusta que las riendas de sus sentimientos y de su voluntad queden a merced del capricho. Sus resoluciones, precisamente porque son siempre definitivas, nacen sometidas a la razón. La improvisación arrebatada, fuente de graves errores, es contraria a la condición de su mente y de su carácter. Por eso, y porque quería armarse de todas las justificaciones posibles ante Dios, ante la Historia y ante su propia conciencia, escribió, con fecha 23 de junio de 1936, una carta de singular importancia, dirigida al Ministro de la Guerra

nombrado por el Frente Popular.

Considero imposible situar con la necesaria exactitud la gran figura del General Franco en el centro de la Historia de España sin tener en cuenta el valor político, moral y militar de esa carta, en la que el patriotismo, la prudencia y la sabiduría de Franco lanzan al mundo español, sin violar para nada los esenciales conceptos de jerarquía y deber, el último grito de angustia, aquel que si hubiera sido escuchado pudo todavía evitar la catástrofe, pero que, desoído, anunció la tragedia irremediable.

Todo el que lea con el necesario cuidado ese documento del que luego había de ser, por designio de Dios, Caudillo de España, llegará a comprender algo que la puerilidad o la malicia europea no han querido entender durante los tres años de guerra. Después de la generosa y elevadísima advertencia que Franco formula, ¿quiénes merecen el título de leales a España y quiénes son los verdaderos rebeldes contra ella? ¿Quiénes los que representan al Poder legítimo y quiénes los facciosos? La carta aludida dice lo siguiente

«El General de División, Comandante militar de las islas Canarias. — Santa Cruz de Tenerife, 23 de junio de 1936.

Respetado Ministro, Es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la oficialidad parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad debida si no hiciese presentes mis impresiones sobre el momento castrense y sobre los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se percibe, sin palmaria exteriorización, en los Cuerpos de oficiales y suboficiales.

Las recientes disposiciones que reintegran al Ejército a los jefes y oficiales sentenciados en Cataluña, y la más moderna de destinos, antes de

antigüedad, hoy dejados al arbitrio ministerial, que desde el Movimiento militar de junio del 17 no se habían apenas alterado, así como los recientes relevos, han despertado la inquietud de la gran mayoría del Ejército Las noticias de los incidentes de Alcalá de Henares, con sus antecedentes de provocaciones y agresiones por parte de elementos extremistas, concatenados con el cambio de guarniciones, produjeron, sin duda, un sentimiento de disgusto, desgraciada y torpemente exteriorizado en momentos de ofuscación que, interpretado en forma de delito colectivo, tuvo gravísimas consecuencias para los jefes y oficiales que en tales hechos participaron, ocasionando dolor y sentimiento en la colectividad militar; todo esto, Excmo. Señor, pone aparentemente de manifiesto la información deficiente que acaso en este aspecto debe llegar a V. E, o el desconocimiento que sus elementos colaboradores militares pueden tener de los problemas íntimos y morales de la colectividad militar.

No desearía que esta carta pudiese menoscabar el buen nombre que poseen quienes en el orden militar le informen o aconsejen, que pueden pecar por ignorancia, pero sí me permito asegurar, con la responsabilidad de mi empleo y la seriedad de mi historia, que las disposiciones publicadas permiten apreciar cómo los informes que las motivaron se apartan de la realidad y son algunas veces contrarios a los intereses patrios, presentando al Ejército bajo vuestra vista con unas características y vicios alejados de la verdad

Han sido recientemente apartados de sus mandos y destinos jefes en su mayoría de historia brillante y de elevado concepto en el Ejército, otorgándose sus puestos, así como aquellos de más distinción y confianza, a quienes, en general, están calificados por el 90 por 100 de sus compañeros como más pobres en virtudes. No sienten ni son más leales a las instituciones los que se acercan a adularlas y a cobrar la cuenta de serviles colaboraciones, pues los mismos se destacaron en los años pasados con Dictadura y Monarquía.

Faltan a la verdad quienes presentan al Ejército como desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la Patria quienes disfrazan la inquietud, dignidad y patriotismo de la oficialidad, haciéndola aparecer como

símbolo de conspiración y desafecto. De la falta de ecuanimidad y justicia de los poderes públicos en la administración del Ejército surgieron el año 1917 las Juntas militares de Defensa. Hoy pudiera decirse virtualmente, en plano anímico, que las Juntas militares están hechas. Los escritos que clandestinamente aparecen con I. iniciales U. M. E o U. M. R. son síntomas fehacientes de su existencia y heraldo de futuras luchas civiles si no se atiende a evitarlo, cosa que considero fácil, con medidas de consideración, ecuanimidad y justicia. Aquel Movimiento de indisciplina colectiva de 1917, motivado en gran parte por el favoritismo y la arbitrariedad en la cuestión de los destinos, fue producido en condiciones semejantes, aunque en peor grado, que las que hoy se sienten en los Cuerpos de Ejército.

No le oculto a V. E el peligro que encierra este estado de conciencia colectiva en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo buen español ante los graves problemas de la Patria. Apartado muchas millas de la Península, no dejan de llegar hasta aquí noticias, por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia existe igualmente, tal vez en mayor grado; en las guarniciones peninsulares e incluso entre las fuerzas militares de Orden público. Conocedor de la disciplina, a cuyo estudio me he dedicado muchos años, puedo asegurarle que es tal el espíritu de justicia que impera en los cuadros militares, que cualquier medida de violencia no justificada produce efectos contraproducentes en la masa general de la colectividad, al sentirse a merced de actuaciones anónimas y de las calumniosas delaciones. Considero un deber hacer llegarla su conocimiento lo que creo de una gravedad tan grande para la disciplina militar, que V. E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos generales y jefes de Cuerpo que exentos de pasiones políticas viven en contacto y se preocupan de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados.—*Francisco Franco.*»

La lectura de esta carta nos devuelve a las primeras palabras del capítulo presente la guerra española de 1936 a 1939 no puede ser considerada como un pronunciamiento; esto es —dice Ortega y

Gasset en su «Epílogo para ingleses»[1]— inadmisible aun como simple designación de hechos. Yo me pregunto si dentro del concepto de lealtad cabe una actitud más desinteresada y más pulcra que la adoptada por el General Franco ante el Ministro de la Guerra del Frente Popular. Ha sido y sigue siendo incomprensible e intolerable que durante toda la guerra una buena parte de Europa, aquella precisamente que tenía para la España nacional mayores y más estrictas exigencias, haya desconocido deliberadamente el documento fechado en Santa Cruz de Tenerife y se haya entregado a una pueril y elemental definición verbalista de los hechos españoles, tomando como puntos de referencia informaciones absurdas acerca de España o superficiales comentarios periodísticos. Fue asombroso ver cómo Franco y todos los que con Franco estábamos pasamos por arte de birlibirloque a la categoría de desleales y rebeldes. Los enemigos de Franco ostentaban, no se sabe por qué, el título de leales y legítimos. De simplificar tan graciosamente este problema y otros parecidos, ha botado ese dramático no entender una palabra de los asuntos españoles que ha caracterizado las interpretaciones europea y norteamericana de nuestra guerra, y que de hecho viene siendo la nota principal de cuanto se dice y se escribe sobre España desde hace muchos años.

Cuando el Ejército nacional y todos los españoles resueltos a salvarse de las masas comunistas clamaban su angustia con tanta claridad y firmeza y anunciaban los riesgos del inmediato futuro; cuando la conturbación y la convulsión de nuestro pueblo alcanzaban límites extremos, más allá de los cuales no cabía ya la paz, un hecho de caracteres especialmente siniestros y brutales

---

[1] Ultima edición de «La Rebelión de las Masas».

vino a rebasar esos límites y trajo en su seno la declaración de guerra. El día 13 de julio de 1936, en las horas pálidas de la madrugada, fue asesinado el jefe de la oposición parlamentaria, don José Calvo Sotelo.

En uno de los combares librados durante la guerra sobre el frente de Madrid cayó prisionero de las tropas nacionales un soldado de la guardia de Asalto llamado Aniceto Castro. Este hombre, más que a revelar el secreto de aquel crimen de Estado que conmovió al mundo, vino a confirmarlo.

Por la declaración del soldado Castro, presente en los momentos del asesinato, sabemos que en el cuartel llamado de Pontejos, contiguo al Ministerio de la Gobernación, se pactó, urdió y dispuso minuciosamente todo lo relativo a la muerte de Calvo Sotelo. Dos días antes había caído, víctima de un atentado, un teniente de guardias de Asalto, apellidado Castillo. Este hecho se presentó entonces como muestra de la actividad combatiente y agresiva de Falange Española; pero ni en aquellos instantes ni ahora se ha podido hacer toda la luz necesaria sobre los orígenes del suceso, la personalidad de los autores e inductores, los móviles, designios y alcance del asesinato cometido cerca de la calle de Fuencarral. En cambio, es absolutamente exacto que en el Parlamento, en los centros políticos y hasta en los cafés de Madrid hablaban los elementos comunistas de la necesidad de eliminar a varios jefes políticos anticomunistas; y el primero en la lista era Calvo Sotelo. El mismo día que éste cayera debían morir igualmente don José Antonio Primo de Rivera, Jefe de Falange Española; don Antonio Goicoechea, Jefe de los monárquicos alfonsinos, y don José María Gil Robles, presidente de Acción Popular. El primero de estos tres se hallaba encarcelado por la

policía; los otros dos fueron buscados en sus domicilios el 13 de julio; los asesinos renunciaron a su misión al ver que las víctimas husmeadas no se encontraban en Madrid. El único que tenían a su alcance era el ex ministro de Hacienda de la Dictadura. Aun arrebatados por las consignas de destrucción y de muerte que necesitaban cumplir, quisieron contar con un pretexto y una ocasión que diera al asesinato de Calvo Sotelo cierto aire de venganza popular y proletaria. Vino a traer esa ocasión y ese pretexto la muerte misteriosa del teniente Castillo, comunista de acción; ni el partido comunista, ni el Gobierno del Frente Popular, ni su Policía se han creído en el caso de revelar los últimos secretos del suceso que costó la vida a este Oficial del Cuerpo de Asalto. ¿A quién sirvió su muerte?

Fijado el expediente, un grupo de milicianos (uniformados varios de ellos) —recuérdese el documento comunista reproducido en páginas anteriores— conducido por un capitán traidor a la Guardia civil y acompañado por un pelotón de guardias, ocupó la camioneta número 17 y, al filo de las tres de la mañana, se dirigió a la residencia de don José Calvo Sotelo. La Dirección General de Seguridad supo desde el primer instante lo que aquellos degenerados se proponían hacer. Revestidos de la autoridad que el Estado republicano había delegado en ellos, los guardias de la camioneta, pertenecientes, con algunas excepciones, a las células comunistas de Madrid, violaron el domicilio de su víctima, cortaron las comunicaciones de la casa con el exterior, arrancaron al Jefe monárquico del seno de su familia, sin la menor piedad hacia la esposa y los hijos, le engañaron con sin igual villanía dándole a entender que mientras estuviera entre agentes de la autoridad no debía temer ningún desafuero, y le afirmaron que todo se reducía a una precaución policíaca encaminada a garantizarle la vida.

Recordemos nuevamente la instrucción secreta del documento llegado a Madrid desde Moscú en junio de 1936 y releamos aquella parte en que se dice a los grupos de milicianos que cuando detengan a un enemigo del comunismo para eliminarle lo harán fingiendo prestarle una ayuda de carácter personal para su defensa.

De nada sirvió el privilegio de inmunidad que como diputado de la Nación ponía al señor Calvo Sotelo a cubierto de toda intervención policíaca, sin previa decisión de las Cortes. Nada sirvió de nada. Entre esbirros de horrible memoria bajó el Jefe monárquico a la calle de Velázquez y fue obligado a sentarse en la camioneta núm. 17, mientras sonreían bestialmente sus asesinos. Detrás de la víctima colocóse, por orden del traidor capitán Condés, un criminal de profesión, llamado Víctor Crouce, de quien sólo recuerda el soldado Castro en sus declaraciones que había sido en tiempos anteriores pistolero a sueldo de la policía especial encargada de guardar y defender al General Gerardo Machado, Presidente de la República de Cuba. Apenas había la camioneta rodado unos centenares de metros, cuando a un signo del capitán Condes, el pistolero, a traición, y por la espalda, disparó un tiro sobre la parte posterior del cráneo de don José Calvo Sotelo. Cayó éste muerto en el acto y quedó su cuerpo, muy robusto, en el estrecho espacio existente entre dos bancos del vehículo policíaco. Hízose un sombrío silencio entre todos los que habían asistido al crimen, y el conductor, perfectamente advertido y adiestrado de antemano, tomó la dirección del cementerio del Este. Allí, cuatro de los asesinos sacaron el cadáver y lo arrojaron sobre un montón de tierra del Camposanto, diciendo, entre sarcásticos y cobardes, al sepulturero: «Ahí tienes este *fiambre*. Debe ser un sereno que ha muerto en la calle durante la noche».

A partir de la madrugada de aquel 13 de julio inolvidable puede decirse que España pasaba solemnemente, dramáticamente, a la situación oficial y pública de guerra civil. Ya no cabían remedios parciales. No era solamente que la revolución internacional hubiese fijado ya la fecha del 29 de julio o del 1 de agosto para iniciar su ofensiva, sino que el Estado español se añadía resueltamente a las fuerzas revolucionarias del modo más directo y elemental, poniendo los agentes de la fuerza pública al servicio del crimen político. El Gobierno del Frente Popular declaraba rotundamente la guerra a todos sus enemigos. Esos enemigos eran millones de españoles que venían sufriendo las más graves persecuciones y los más dolorosos agravios. En nombre de la lealtad a España, en defensa de los principios cristianos y de su propia vida, aceptaron la declaración de guerra. Desde aquel momento, el Gobierno del Frente Popular pasó a ser un rebelde contra la Ley, un rebelde contra la Justicia, un rebelde contra la Lealtad y contra la Historia de nuestro pueblo. Frente a su rebelión, la España nacional se puso en pie. Al frente de ella, como siempre que suena una hora decisiva, estaba el Ejército nacional. Nuestra lucha tuvo desde el primer instante el claro sentido de un combate abierto entre la civilización y la demagogia. La tarea iba a ser ruda, el camino largo, el esfuerzo agotador. «Es, en efecto —dice el autor de la «La Rebelión de las Masas»— muy difícil salvar una civilización cuando le ha llegado la hora de caer bajo el poder de los demagogos. Los demagogos han sido los grandes estranguladores de civilizaciones. La griega y la romana sucumbieron a manos de esta fauna repugnante que hacía exclamar a Macaulay: «En todos los siglos, los ejemplos más viles de la naturaleza humana se han encontrado entre los demagogos». Esa «difícil tarea» de salvar una civilización es la que tomó sobre sí

el Ejército español el día 18 de julio de 1936.

OPERACIONES MILITARES

CAPITULO II

EL ALZAMIENTO DEL EIÉRCITO Y DE LOS PARTIDOS NACIONALES

El apoyo del pueblo al Ejército. —Movilización de Falange Española. La gran preparación de los carlistas navarros. — Una visita a Mussolini. — El General Mola, nombrado Gobernador militar de Pamplona. Pactos y compromisos de Mola con la Comunión Tradicionalista. — Una carta del General Sanjurjo. — Renovación Española y Acción Popular. — Melilla se subleva. — Le siguen Tetuán, Ceuta y Larache. — Balance de triunfos y fracasos del Alzamiento en las ciudades españolas. — Secreto viaje del General Franco a Marruecos. — Franco lanza su consigna de «Fe ciega en el triunfo». — Notas sobre la personalidad del joven Caudillo. — Comienza la guerra. — Panorama geográfico de España

Una de las cosas menos fáciles para los españoles es guardar durante mucho tiempo un secreto político. Se ha dicho alguna vez, exagerando la broma, que en España apenas hay necesidad de costear un Cuerpo de investigación policíaca, porque a quien quiera saber aun aquello que es noticia de muy pocos, le basta con asistir asiduamente a unas cuantas tertulias de café.

Toda España sabía, con más o menos seriedad y exactitud, que determinados jefes muy prestigiosos de nuestro Ejército venían preparando un Alzamiento general, y que esos jefes mantenían estrechas conexiones con los delegados y representantes de algunos partidos políticos. Los confidentes a sueldo habían informado al Gobierno; los propios directores de los partidos se

encargaban de anunciar a sus correligionarios el advenimiento próximo de «algo» que podría cambiar la faz política del país. Con todo —sea dicho en honor de la seriedad de los militares—, no llegaron a difundirse, y en general ni siquiera a transparentarse, los planes auténticos de la sublevación; y gracias a ello fue posible acometer la tremenda aventura de afrontar la lucha contra un Gobierno perfectamente dueño de todos los medios de coacción y de represión con que cuenta un Estado.

Es importante, a mi juicio, señalar el carácter preferentemente defensivo que tenía la preparación del Alzamiento. La decisión de los militares se justifica con sólo recordar que no hicieron uso de sus medios, ni pusieron en marcha su organización hasta que vieron a la sociedad española acosada de tal suerte que sólo mediante una rigurosa defensa de su vida se podía evitar su destrucción. La inconcebible agravación de los males y quebrantos impuestos a la Nación por el Frente Popular, y la aparición ostensible de fuerzas directamente asesinas en los centros vitales y decisivos del Estado, apresuraron y enardecieron aquel propósito defensivo del Ejército y de los partidos nacionales. De hecho, la fecha de la sublevación salvadora no se fijó hasta el día en que cayó muerto Calvo Sotelo. En aquel instante fue señalada la del 17 de julio para dar comienzo a la batalla contra el comunismo por España y para España.

Ya se ha dicho en el capítulo anterior que el Ejército contaba con la resuelta actitud de cuatro organizaciones políticas; algunas de ellas iban llevadas por su antigua convicción de que únicamente podría salvarse el país mediante el empleo de la fuerza y de la violencia; otras acababan de desprenderse de una extemporánea preocupación legalista, pero al salir de su error hacia la verdad

parecían cobrar una personalidad nueva y no cedían en nacional entusiasmo a ninguno de los demás núcleos. «Falange Española», que había tenido la mágica virtud de elevar la temperatura de los corazones jóvenes, que proponía a todos los españoles un ilusionante y original proyecto de vida en común, religiosa y militar, y que contaba ya con un largo martirologio de «camisas azules» caídos bajo el plomo comunista en las luchas que ensangrentaron calles y plazas, incorporaba al Alzamiento su mística y su lírica, su briosa juventud espiritual y un gran estilo de combate, que luego ha sido adoptado como el mejor de todos por la España victoriosa.

* * *

Se hallaba Falange Española en condiciones de movilizar algunos millares de militantes pertenecientes a sus organizaciones de Madrid, Castilla la Vieja, Santander, Aragón, Extremadura y una pequeña zona de Navarra. Preso el Jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera, en la Cárcel Modelo de Madrid, y más tarde en la prisión de Alicante, recayó el mando de aquellas huestes en delegados suyos, los cuales iban subdelegando sucesivamente la función, porque uno tras otro ingresaban en las cárceles del Frente Popular. El día 17 de julio de 1936, agentes personales de José Antonio Primo de Rivera presentaron a los jefes militares de Madrid un documento que aparentemente procedía de la cárcel de Alicante. Ese documento era —según afirmación de aquellos agentes — la consigna de guerra que lanzaba Primo de Rivera, guía y profeta de nuestras mejores juventudes, a todas las Falanges. Decía así:

> «Un grupo de españoles, soldados unos y otras hombres civiles que no quieren asistir a la total disolución de la Patria, se alza hoy contra el

Gobierno traidor, inepto, cruel e injusto que la conduce a la ruina. Llevamos soportando cinco meses de agobio. Una especie de banda facciosa se ha adueñado del Poder. Desde su advenimiento no hay hora tranquila, ni hogar respetable, ni trabajo seguro, ni vida resguardada, Mientras una colección de energúmenos vocifera —incapaz de trabajar— en el Congreso, las casas son profanadas por la Policía, cuando no incendiadas por las turbas; las iglesias, entregadas al saqueo; las gentes de bien, encarceladas a capricho por tiempo ilimitado; la Ley usa dos pesos desiguales, uno para los del Frente Popular, otro para quienes no militan en él; el Ejército, la Armada, la Policía, son minados por agentes de Moscú, enemigos jurados de la civilización española; una Prensa indigna envenena la conciencia popular y cultiva las peores pasiones, desde el odio hasta el impudor; no hay pueblo ni casa que no se halle convertido en un infierno de rencores; se estimulan los movimientos separatistas; aumenta el hambre y, por si algo faltara para que el espectáculo alcanzase su última calidad tenebrosa, unos agentes del Gobierno han asesinado en Madrid a un ilustre español, confiado al honor y a la función pública de quienes le conducían. La canallesca ferocidad de esa última hazaña no halla par en la Europa moderna y admite cotejo con las más negras páginas de la «checa» rusa.

Este es el espectáculo de nuestra Patria en la hora justa en que las ci circunstancias del mundo la llaman a cumplir otra vez un gran destino. Los valores fundamentales de la civilización española recobran, tras siglos de eclipse su autoridad antigua Mientras otros pueblos que pusieron su fe en un ficticio progreso material ven por minutos declinar su estrella, ante nuestra vieja España misionera, militar, labradora y marinera, se abren caminos esplendorosos. De nosotros los españoles depende que los recorramos. De que estemos unidos y en paz, con nuestras almas y nuestros cuerpos tensos en el esfuerzo común de hacer una gran Patria, Una gran Patria para todos, no para un grupo de privilegiados. Una Patria grande, unida, libre, respetada y próspera.

Para luchar por ella rompemos abiertamente con las fuerzas enemigas que la tienen secuestrada. Nuestra rebeldía es un acto de servicio a la Causa española. Si aspirásemos a reemplazar un partido por

otro, una tiranía por otra, nos faltaría el valor —prenda de almas limpias— para lanzarnos al riesgo de esta decisión suprema No habría tampoco entre nosotros hombres que visten uniformes gloriosos del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia civil. Ellos saben que sus armas no pueden emplearse al servicio de un bando, sino al de la permanencia de España, que es lo que está en peligro. Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja. Al contrario, nuestra obra será nacional, sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado.

Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos, guardianes de nuestra Patria, sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España Una, Grande y Libre.

¡Que Dios nos ayude! ¡ARRIBA ESPAÑA!

Alicante, 17 de julio de 1936.»



Reunión del Consejo Nacional de la Falange.

Con José Antonio, José Miguel Guitarte, Raimundo Fernández Cuesta, Julio de Alda, Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Agustín Aznar y Dionisio Ridruejo.

¿Redactó este manifiesto el propio Primo de Rivera? Creo que con conocerle un poco y con haber leído dos o tres de sus páginas, tan personales, tan claras y medidas, basta para sospechar que el fundador de Falange Española no puso sus manos en esta arenga que acabo de reproducir. Sea lo que fuere de la procedencia y del autor de este llamamiento, no pudo ser repartido a las Falanges de España, porque cuando los agentes de enlace lo presentaron en Madrid habían terminado ya las operaciones preliminares del Alzamiento; los falangistas se encontraban en situación de alerta,

cada uno en el puesto que sus mandos inmediatos le habían señalado.

Potencialmente, los «camisas azules» ofrecían al Movimiento nacional 10 ó 12.000 combatientes; se tropezaba, sin embargo, con la dificultad de que esos 10 ó 12.000 hombres se hallaban diseminados por los pueblos de las distintas provincias españolas, y como el Gobierno de Madrid dominaba las comunicaciones, había de ser extremadamente difícil concentrarlos en las ciudades o en lugares militarmente convenientes. Así sucedió, por ejemplo, que dispuestos teóricamente 1.500 falangistas para ayudar a los Jefes y Oficiales encargados de la sublevación en Sevilla, sólo se presentaron 15 en la hora inicial; los demás fueron incorporándose poco a poco, a medida que la guarnición sevillana se iba haciendo dueña de los pueblos y del campo. Únicamente la ciudad de Valladolid y los pueblos inmediatos a la misma, así como la zona navarra ribereña de Aragón y de la Rioja, hallaron facilidades para movilizar y reunir desde el primer momento todas sus juventudes falangistas.

Actividades del carlismo en la preparación del Alzamiento

Grandísima contribución de sangre moza debía ofrecer desde el mismo día 18 de julio de 1936 el partido carlista. Este prevalecía casi por entero en la provincia de Navarra, en donde la autoridad militar dominaba perfectamente la situación y podía someter, sin gran esfuerzo, a las fuerzas del Gobierno de Madrid. Las juventudes carlistas, gloriosamente conocidas hoy en el mundo por el nombre histórico de «requetés», se habían puesto de antemano a las órdenes incondicionales del General Mola, jefe militar de

Navarra.

Todavía no se ha encontrado explicación cierta de las razones que pudieron mover al Poder republicano para situar al joven General de Brigada en un puesto donde todas las circunstancias le permitían trabajar intensa, segura y eficazmente como jefe del Alzamiento dentro de la Península.

Los «requetés» ofrecieron a Mola una reserva de soldados magníficos, calculable «a priori» en 30.000, de los cuales jamás pensó el General que habría de utilizar más de 8 ó 10.000, porque durante toda la preparación del Movimiento, este General tuvo la visión y el convencimiento de una guerra corta y triunfal, y supuso que bastarían unas cuantas operaciones inspiradas en el criterio de la decisión y acometividad a toda costa para desarticular por completo la defensiva de las fuerzas republicanas. Este parecer del General Mola y de muchos otros Generales y Jefes vino a ser contrariado por dos grupos de acontecimientos, de los que tendremos ocasión de tratar más adelante: uno fue el fracaso de la sublevación en guarniciones con las que se contaba plenamente; otro, las esenciales modificaciones que trajo al panorama del Alzamiento la iniciativa republicana de armar hasta los dientes a las masas proletarias. Importa decir que el General Franco no participó jamás del criterio de la guerra corta y fulminante.

* * *

Años después de que saliera a la luz pública la primera edición de esta «Historia» fueron apareciendo libros de mayor interés en relación con el Alzamiento y con los trabajos del General Mola. Algunos de esos libros son ya de inexcusable lectura, y considero obligado resumir las noticias que nos ofrecen. Todas

ellas son de primera mano, y se refieren a las actividades del partido carlista en su proyección navarra, así como a los tratos y compromisos del carlismo con el Gobernador militar de Pamplona y de éste con aquél.

No vacilo en recomendar la lectura de las «Memorias de la conspiración», cuyo autor, Antonio Lizarza Iribarren, fue Delegado regional de los requetés de Navarra y preparó a las juventudes carlistas de su provincia de manera eficacísima. Es importante, igualmente, consultar el «diario de la conspiración» que lleva el título de «Alzamiento en España» y se debe a la pluma de Félix B. Maíz, hombre de confianza y de acción, a las órdenes directas, personalísimas y secretas del General Mola. No estará de más leer las conmovedoras páginas que escribió Iribarren, secretario del citado General, aunque el libro en cuestión agotó, según parece, su primera edición en un santiamén y resulta difícil encontrarlo. Otro tanto sucede con la «Historia de la Guerra de Liberación», publicada por el Estado Mayor Central del Ejército. Finalmente, envío a mis lectores al libro, excelentísimo, de Santiago Galindo Herrero acerca de «Los partidos monárquicos bajo la segunda República», en el que hallarán un claro resumen de los trabajos llevados a cabo por el carlismo navarro para organizar el Alzamiento.

* * *

Desde que advino la segunda República, el Partido Carlista o Comunión Tradicionalista tuvo la impresión de que llegaba para los «legitimistas» una hora histórica especialmente propicia. Y si, de una parre, se firmaron pactos patrióticos entre Don Alfonso XIII y Don Jaime de Borbón, a fin de lograr la unidad de acción de los

monárquicos, de otra se procuró reunir en un solo frente de ataque y defensa a carlistas e integristas, con lo que los campamentos antirrepublicanos sintieron acrecentada su moral combativa.

En 1934 Don Alfonso Carlos, rey de España para los carlistas, nombró Delegado suyo, o Secretario general del partido, a don Manuel Fal Conde. Este, a su vez, designó al diputado Sr. Zamanillo, Delegado nacional de Requetés, y a don Antonio Lizarza, Delegado regional de Requetés de Navarra.

Un año antes tres monárquicos —don Antonio Goicoechea, en nombre de Renovación Española; don Rafael Olazábal, en representación de los Tradicionalistas; el Sr. Lizarza por los Requetés, y el Teniente General don Emilio Barrera con su propia personalidad— fueron recibidos en Roma por Mussolini, de quien solicitaron ayuda para el caso de una sublevación nacional contra la República. El Duce italiano prometió solemnemente contribuir con 20.000 fusiles, 20.000 granadas de mano, 200 ametralladoras y un millón y medio de pesetas en metálico.

Como consecuencia de la acogida que Mussolini tuvo para los visitantes españoles, salieron de Navarra hacia Italia algunas expediciones de jóvenes «requetés» «para instruirse en manejo de ametralladoras, fusiles-ametralladores y bombas de mano». «Aquellos muchachos —dice Lizarza— pasaban por oficiales peruanos en viaje de prácticas».

También por aquel tiempo se publicó un «Compendio de Ordenanzas, Reglamentos y obligaciones del "boina roja", jefe de patrulla y jefe del Requeté»; lo redactó el dos veces laureado General don José Enrique Varela, que se ocultaba tras el seudónimo de «Don Pepe». Varela, disgustado con Don Alfonso XIII,

se había incorporado al Tradicionalismo y era, secretamente, el Jefe militar de Requetés de toda España. La organización de los Requeté, fue concebida por Varela en un sistema de Tercios, Compañías, Piquetes, Grupos y Patrullas. Este orden remplazó al de las Decurias, adoptado tiempo antes.

El 21 de marzo de 1935 se concentraron en Estella 3.000 «boinas rojas» con alguna instrucción militar. Y a lo largo del citado año creció vigorosamente esa fuerza del Tradicionalismo navarro. Influyó poderosamente en ello la presencia entre los requetés de un bravo jefe del Ejército, el entonces teniente coronel don Ricardo de Rada, nombrado Inspector nacional de «boinas rojas» en vista de que el General Varela, por hallarse muy vigilado, no podía viajar con la necesaria libertad entre Madrid y Pamplona.

En San Juan de Luz (Francia) empezó a trabajar una Junta Suprema Carlista integrada por el General Muslera, el teniente coronel Baselga y el capitán Sanjurjo, a las órdenes de Fal Conde y del Príncipe Don Javier de Parma. El Inspector nacional y los Delegados regionales de Requetés tenían asiento en la citada Junta, a la que también se incorporó el comandante don Luis Villanova.

A primeros del año 1936 fue designado Jefe militar de los Requetés navarros el teniente coronel don Alejandro Utrilla. Se importaron armas y fueron escondidas en rincones que la Policía no llegó a descubrir. Se crearon talleres clandestinos para la fabricación de bombas de mano.

En junio de 1936 «la organización de los Requetés navarros estaba ultimada. Se tenía ya encuadrada una fuerza de 8.400 "boinas rojas", que al primer aviso saltarían en pie de guerra».

El potencial navarro prometía elevar ese número hasta

30.000.

* * *

En los primeros meses del año 1936, tres capitanes destinados en la guarnición de Pamplona —Vicario, Lastra y Moscoso— iniciaron trabajos encaminados a promover y articular entre sus compañeros de dicha guarnición y de algunas otras un sentimiento de protesta y de lucha contra aquella República de signo cada vez más acusadamente marxista. Pronto contaron con los capitanes Barrera, Vizcaíno, Lorduy y Vázquez, así como con los tenientes Tomé, Dapena, Manrique, Cortázar y Mayoral.

El 14 de marzo de dicho año llegó a Pamplona el General don Emilio Mola. Venía de Marruecos punto menos que en calidad de desterrado; como iba a Canarias Franco y Goded a Palma de Mallorca.

Antes de que se cumplieran estos alejamientos decretados para situar en puestos periféricos a los tres generales citados, se reunieron Franco y Mola con el General Varela en la casa madrileña de don José Delgado para cambiar, una vez más, impresiones acerca de la situación y de la probable necesidad de un alzamiento.

«Se acordó en principio —dice la "Historia de la Guerra de Liberación" publicada por el Estado Mayor Central del Ejército (y Santiago Galindo subraya la cita) — que tal Movimiento fuese exclusivamente por España, sin ninguna etiqueta determinada, pero sin cerrar el camino a que, una vez triunfante aquél, y restablecido el orden, pudiese instaurar el régimen que más conviniese a la Nación.»

Con estos pensamientos llegó el General Mola a Pamplona.

Le recibió en la estación el coronel Solchaga, Jefe del Regimiento de América núm. 23, de guarnición en la capital navarra. «Los oficiales se felicitaron. Ya tenían jefe». Efectivamente, pronto se puso al frente de los núcleos conspiradores.[2] Desterrado Sanjurjo en Portugal, alejado Franco a Tenerife, ¿quién más que Mola podía tomar el mando inmediato?

Pasó algo más de un mes en observaciones exploratorias y en tanteos. Quería estar cierto del ánimo que prevalecía en la guarnición y entablar relaciones con los carlistas navarros, con quienes tendría que contar desde los primeros momentos. Hasta el 19 de abril de 1936 no comunicó su decisión de asumir la jefatura de cuantos trabajos se encaminaran a la mejor preparación de un alzamiento. Había que apresurarse; «Mola tenía en su poder incluso las claves que señalarían las órdenes para el comienzo del movimiento marxista».[3]

El General Rodríguez del Barrio, designado secretamente para tomar el mando en Madrid, enfermó gravísimamente. Fue necesario remplazarle e le sustituyó el General Fanjul.

El General Varela tuvo que salir hacia Cádiz y permanecer confinado allí, para terminar en el encierro de la prisión militar.

El General Orgaz fue enviado a Canarias, también desterrado. Mola se iba quedando casi solo y tenía que afrontar graves responsabilidades. La primera se le presentaba en forma de negociación con el Partido Carlista, cuya especial sensibilidad no creo que le fuera muy conocida.

---

[2] Santiago Galindo Herrero: «Los Partidos monárquicos bajo la Segunda República»

[3] Ibid.

«Sin un acuerdo previo y absoluto de las altas autoridades del Tradicionalismo —dice Félix Maíz, gran amigo del General[4]—, Mola no se lanza al Movimiento. No es decisión particular suya. Lo ha consultado.»

El diálogo secreto, secretísimo, que el Gobernador militar de Navarra y los supremos mandos de la Comunión Tradicionalista sostuvieron en torno a los modos y criterios con que habría de-iniciarse el Alzamiento, llegó a alcanzar tonos verdaderamente dramáticos. Se sucedieron las entrevistas, las idas y venidas de agentes y delegados a través de las fronteras francesa y lusitana, las notas, las cartas... Sería extravagante traer aquí todos aquellos episodios, que parecen dispuestos para la novela más emocionante y cautivadora. Del dramatismo a que aludo tendrán idea quienes lean los libros a que antes hago referencia.

Es el caso que poco antes de la fecha del Alzamiento, cuando la situación se hacía más crítica —las autoridades carlistas, fieles a su doctrina, Mola leal a los acuerdos adoptados en unión de Franco y Varela—, quedó zanjado el pleito merced a la intervención de don Antonio Lizarza, Delegado regional de Requetés, y de don Raimundo García, director del «Diario de Navarra». Hay motivos para suponer que también influyeron considerablemente el Conde de Rodezno y los miembros de la Junta Regional Carlista de Navarra. Una carta del General Sanjurjo al General Mola, y otra de éste a don Manuel Fal Conde, Delegado del Infante Don Alfonso Carlos —rey de la dinastía carlista— dio por terminado el largo y accidentado diálogo y por concretada una solución. En vista de ello, las autoridades tradicionalistas entregaron al teniente coronel Rada el siguiente documento:

---

[4] Félix B. Maíz: «Alzamiento en España».

«La Comunión Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al Movimiento militar para la salvación de la Patria, supuesto que el Excmo. Sr. General Director acepta como programa de gobierno el que en líneas generales se contiene en la carta dirigida al mismo por el Excmo. Señor General Sanjurjo, de fecha de 9 último. Lo que firmamos con la representación que nos compete. *—Javier de Barbón Parma. —Manuel Fui Conde*.»

¿Cuál era el programa de Sanjurjo? Helo aquí, en la carta remitida a Mola:

«9 de julio de 1936.

Querido Emilio: Enterado de su notable y patriótico trabajo de organización y de unión de pareceres, tanto para la preparación del Movimiento como para la estructuración del país una vez que hayamos triunfado. Ratos desagradables son éstos, pues siendo varios los que intervenirnos, y más siendo españoles, es difícil el empeño de aunar, pero no imposible, dado el patriotismo de codos.

Mi parecer sobre la bandera es que se debía, por lo pronto, solucionarse dejando a los tradicionalistas que usen la antigua, o sea la española, y que aquellos Cuerpos a los que hayan de incorporarse fuerzas de esta Comunión no lleven ninguna. Esto de la bandera, como usted comprende, es cosa sentimental y simbólica, debido a que con ella dimos muchos nuestra sangre y envuelto en ella fue enterrado lo más florido de nuestro Ejército, y se dio el caso de que en nuestra guerra civil entre tradicionalistas y liberales, unos y otros llevaron la misma enseña. En cambio, la tricolor preside el desastre que está atravesando España. Por eso me parece bien lo que me dicen de que usted ha prometido que el primer acto de gobierno será la sustitución de la misma. Ya veo que hay algunos de nuestros compañeros a quienes no agrada esta solución, pero no dudo de que han de convencerse, y en todo caso habrán de someterse, teniendo en cuenta estas razones y la de que la inmensa mayoría de los oficiales desea este cambio.

Comprendo, desde luego, que, sobre toda en el Ejército, debe

buscarse el mayor número de adhesiones; pero no quiere esto decir que todos los adheridos tengan el derecho de hacer cambiar la opinión de la mayoría de nosotros, pues usted bien sabe que a algunos de ellos se les han hecho indicaciones, no porque el Movimiento dejase de triunfar sin ellos, sino para presentar al Ejército más unido y hasta más disciplinado dentro de sus jerarquías. En la organización del Ejército volverán los Tenientes Generales.

El Gobierno tiene que constituirse en sentido puramente apolítico, por militares, y ha de procurarse que el que lo presida esté asesorado por un Consejo compuesto por hombres eminentes, no pudiendo formar parte de él aquellos que no hubieran cooperado de una manera decisiva en la acción del Movimiento.

Desde luego, inmediatamente habrá que proceder a la revisión de todo cuanto se ha legislado, especialmente en materia religiosa y social, hasta el día, procurando volver a lo que siempre fue España. Como ya indico antes, es necesario que cesen las actividades de los partidos políticos para que el país se encalme, tomando para desempeñar los cargos a aquellos señores que sean idóneos y patriotas. Ir a la estructuración del país desechando el actual sistema liberal y parlamentario, que es lo que, en definitiva, ha llevado a España, como a otros países, a los trastornos que hoy lamentamos y que tratamos de remediar, adoptando las normas que muchos de aquéllos están siguiendo, para ellos modernas, pero seculares en nuestra Patria, La duración del Gabinete militar ha de ser la necesaria hasta encauzar al país por las normas indicadas.

Le reitero mi felicitación por lo bien que lleva su cometido, lo que no me extraña nada conociendo su patriotismo y su inteligencia. Ya sabe usted que iré en cuanto me llamen. Un poquito de paciencia, pues tengo la seguridad de que el triunfo será nuestro,

Comprendo que no desarrollo toda una política a seguir, pero sí creo que son puntales muy fundamentales para la dirección de ella el día de mañana. Parecido a esto escribo al amigo Fal, esperando lleguen a un acuerdo, tan necesario y que no debe demorarse. Un fuerte abrazo.—*Pepe.*»

Las incidencias a que dio lugar esta carta están relatadas en las «Memorias de la conspiración», de Lizarza, y en la «Historia de

la Guerra de Liberación» publicada por el Estado Mayor Central del Ejército. No cumple a los fines de este libro recoger minuciosamente tales informaciones. *Non est hic locus*. Baste repetir que la importancia del documento fue concluyente. El 18 de julio de 1936 la Plaza del Castillo de Pamplona era un estremecido ardor de «boinas rojas». Los Requetés navarros entraban en la Historia con sus fusiles en alto.

En casi todas las demás provincias de España, la colaboración carlista quedaba sometida a las mismas dificultades e incertidumbres que la de los jóvenes de la Falange.

* * *

En cuanto al partido de Renovación Española (monárquicos de Alfonso XIII), no podía brindar masas organizadas de combatientes porque carecía de ellas; en cambio, tenía lista y a punto toda su juvenil y heroica minoría, formada por grupos exiguos, pero dotados de un brío y un coraje que desde el primer minuto de la guerra se ofrecieron a la admiración del mundo en páginas de gloria inmarcesible.

Se contaba, finalmente, con la ancha zona joven del partido de Acción Popular, el cual, si hasta muy pocas semanas antes del 18 de julio había mantenido una actitud esperanzadamente colaboracionista dentro de la República, salía resueltamente de su engaño y se transformaba, por la magia del patriotismo, en una fuerza disciplinada y dispuesta a la guerra y a la muerte. Millares de populistas ingresaron inmediatamente, bien en las filas de los «requetés», bien en las centurias de Falange, y se sacrificaron con intachable denuedo. A estas posibilidades había que añadir, indudablemente, la incorporación de muchos españoles que no

figuraban en ninguna de las cuatro organizaciones mencionadas; pero como sobre ellos no había cálculo posible ni noticias exactas, era lógico que los Mandos militares no los tuvieran en cuenta sino a título de posible reserva muy lejana.

* * *

Desde el punto de vista del Gobierno republicano, la lucha estaba organizada con elementos adictos y numerosos. Uno de los jefes del socialismo había proclamado pocos días antes: «No se hagan ilusiones los militares; ahora no sucederán las cosas como antes; la batalla será encarnizadísima». Gracias a una activa remoción de mandos, decretada como consecuencia de los incidentes que en Madrid se produjeron el 15 de abril de 1936 durante el entierro del alférez Reyes, de la Guardia civil, buen número de guarniciones y de fuerzas de Seguridad, Asalto y Guardia civil, habían sido encomendadas a Jefes y Oficiales considerados como muy fieles a la causa republicana y, en definitiva, a la del marxismo. Estos cambios de mando influyeron decisivamente en la suerte del Alzamiento por lo que se refiere a Barcelona, Valencia y Madrid.

Para aminorar las posibilidades de triunfo de los militares que pudieran unirse a la protesta, el Gobierno de Madrid redujo a cifras verdaderamente insignificantes los efectivos de los regimientos, de manera tal que muchos de ellos apenas podían reunir en sus cuarteles más de 100 ó 150 hombres. Contaba la República con los centros más importantes de la Aviación, y aunque es cierto que España estaba en aquel instante desprovista de aparatos modernos, pues aún sobrevivían en los aeródromos los viejos y fatigados «Breguet 19», no se puede olvidar que casi todos ellos,

valiesen lo que valieran, se hallaban a disposición del Frente Popular, mientras en el campo nacional no se podía disponer sino de la fe, el arrojo y la decisión de los pilotos mejores, y de unos cuantos aparatos casi inservibles. Poco antes del 18 de julio el Gobierno ordenó que la mayoría de los aviones existentes quedaran concentrados en dos o tres aeródromos militares a cuyo frente figuraban los jefes más frenéticamente partidarios del Frente Popular. Parecida operación se llevó a cabo con el armamento, especialmente con los fusiles de repetición y con las ametralladoras, de las que en el momento crítico pudo echar mano el partido comunista para armar al pueblo. Por docenas y docenas de millares se contaban los afiliados del Frente Popular definidos como movilizables. Sólo en Madrid y en Barcelona era fácil suponer que la movilización de las masas daría en el primer instante 80 ó 100.000 combatientes.

En estas condiciones se llegó al 18 de julio, fecha finalmente prevista para la Sublevación Nacional. Mejor dicho, se llegó al 17 de julio, porque mejor informado el Poder público, aunque muy a última hora, del alcance que los acontecimientos podían revestir, precipitó sus medidas de represión y quiso frustrarlo todo mediante un golpe de mano en la ciudad de Melilla.

Fue, pues, en Melilla, y el día 17, donde se encendieron las primeras luces del Movimiento.

Es sabido que para llevar a cabo la preparación con la máxima seriedad y con las mejores garantías técnicas se formó una Junta militar en la que figuraban el General don José Sanjurjo, expatriado en Lisboa; el General don Francisco Franco, Jefe militar de las Islas Canarias; el General don Emilio Mola, comandante militar de Navarra; el General don Manuel Goded, Jefe militar de

las Islas Baleares, y los Generales don Andrés Saliquet, don Joaquín Fanjul, don Miguel Ponte, don Luis Orgaz y don José Enrique Varela, estos últimos en situación de disponibles. En conexión permanente y azarosísima con ellos estaba el General Mola, cabeza invisible del Alzamiento, como ya hemos dicho; y todos los hilos de los enlaces y contraenlaces pasaban por las manos del teniente coronel de Estado Mayor don Valentín Galarza, residente en Madrid.

Según los proyectos convenidos, el General Sanjurjo se presentaría en España cuando el General Mola le enviara determinada comunicación y se pondría al frente del Movimiento como jefe supremo del mismo; Franco asumiría el Mando de todo el Ejército de Africa y saltaría con él a las provincias del Sur de España; Mola dirigiría, como jefe indiscutido, la sublevación en el Norte; Goded se trasladaría desde Palma a Valencia y acaudillaría las guarniciones mediterráneas. Quedó designado, en principio, Jefe militar de la sublevación en Madrid el General Villegas, más tarde remplazado por el General Fanjul; el General García de la Herranz fue encargado de sublevar el Campamento de Carabanchel; el Alzamiento en Burgos estaría a cargo del General González de Lara, bien asistido por Jefes y Oficiales de aquella guarnición; si se incorporaba resueltamente al Movimiento asumiría la jefatura de Zaragoza el General Cabanellas, que ya mandaba en aquella plaza, y que por cierto parecía inspirar al Gobierno de Madrid la máxima confianza; se encargó de la sublevación en Sevilla el General Queipo de Llano; en Cádiz el General Varela con el General López Pinto; en Málaga el General Patxot; en Córdoba el coronel Cascajo; Alicante y Murcia seguirían las directrices que les dictara Valencia, y una de las medidas que la guarnición alicantina debía tomar inmediatamente era la de poner en libertad al jefe

de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, preso en la Cárcel de aquella ciudad; en Valladolid quedaba adscrita la responsabilidad al General don Andrés Saliquet; y en fin, coroneles, teniente: coroneles, comandantes, y aun capitanes, mandaban el Movimiento en otras guarniciones menores. En los últimos instantes y por voluntad expresa del General Goded, se dispuso que en vez de trasladarse éste de Palma de Mallorca a Valencia lo hiciese a Barcelona y tomase allí el mando de las tropas de Cataluña. ¡Dios sabe cuántas y cuán extraordinarias consecuencia trajo este apresurado cambio del dispositivo inicial en el litoral mediterráneo!

Entre las guarniciones que, según los propios organizadores del Alzamiento, podían calificarse como más seguras, figuraban las de Valencia, Alicante, San Sebastián y Santander; pocas esperanza ponían, en cambio, a propósito de la suerte que las cosas pudieran seguir en la de Sevilla; y prácticamente se había aceptado de antemano la probabilidad del fracaso en Barcelona y en Madrid. De lo que significo la derrota inicial en Valencia y en San Sebastián, y del inmenso influjo que esa derrota tuvo en el desarrollo de la guerra, habrá ocasión de tratar más adelante.

Los enlaces del General Mola con el General Franco y con los demás miembros de la Junta militar (Ramón Serrano Súñer en el primer caso, los tenientes coroneles Galarza y Rementería y el comandante Barba en otros, amén de numerosos subenlaces) comunicaron, según queda dicho, que el día D era el 18 de julio. Pero Melilla adelantó las cosas en veinticuatro horas. No le quedó más remedio que anticiparse. El día 12 de julio se llevaron a cabo en el paraje marroquí conocido por el nombre de «Llano Amarillo» concentraciones y desfiles de las mejores unidades de Marruecos,

como final de unas maniobras. Realmente, en aquel acto acabó de crearse el gran acuerdo y el fuerte concierto de todos los Jefes, Oficiales y soldados de Africa, como si adivinaran que pronto iba a llegar la hora de la batalla. Sólo quedaban al margen de la importante resolución los Generales Gómez Morato y Romerales, con su cortejo de ayudantes y secretarios, fieles todos al Gobierno de Madrid. El resto de las fuerzas (Banderas de la Legión, Tabores de Regulares, Escuadrones, Mehal-las indígenas, Batallones de Cazadores, Artillería, Ingenieros, Intendencia, y en fin, todas las armas y servicios, incluidos los Cuerpos de la Guardia civil y de Seguridad) renovaron silenciosamente en «Llano Amarillo» su decisión de alzarse por España. El Alto Comisario, señor Alvarez Buylla, y los Generales adictos al Frente Popular tuvieron aquel día el convencimiento, o al menos el acentuado temor, de que súbitamente aparecería en el horizonte un avión que, según murmuraciones indiscretas, debía llevar al General Franco a tierras marroquíes. El hecho de que no sucediera lo que sospechaban calmó considerablemente el ánimo de los temerosos. Así, pues, informaron inmediatamente al Ministerio de la Guerra diciendo que las perspectivas estaban teñidas de color de rosa y que sólo había razones para el optimismo. Les sorprendió, indudablemente, oír a los jóvenes oficiales un grito que lanzaban constantemente y que consistía en repetir la palabra «CAFE». Era la sigla de este otro clamor: « ¡Camaradas! ¡Arriba Falange Española!» La suspicacia y el recelo de los representantes del Gobierno no se tomaron el trabajo de descifrar el misterio del «CAFE».

* * *

Eran personalidades predominantes en la organización del Movimiento dentro de la plaza de Melilla y en toda la zona

central y oriental de nuestro Protectorado marroquí el coronel Solans, el teniente coronel Bartoméu, el teniente coronel Gazapo, los capitanes Medrano y Picano y los tenientes Comas, la Torre, Tasso, Bragado, Sánchez Suárez y Samaniego. Como eje de la organización melillense trabajaba el teniente coronel Seguí, cuyas instrucciones obedecían los demás. El día 17 de julio se reunieron casi todos los comprometidos en el edificio de la Comisión Geográfica de la plaza para ultimar detalles y conocer las últimas consignas. En aquel mismo momento, un confidente policíaco que había logrado filtrarse entre los jefes militares denunció lo que estaba aconteciendo. Inmediatamente dieron las autoridades todavía vigentes orden terminante de rodear el edificio en cuestión y apresar a los que allí se habían congregado. Once guardias de Seguridad y un grupo bastante considerable de agentes de policía, mandados todos por el teniente Zaro, se presentaron en la Comisión Geográfica con orden de llevar a cabo inmediatamente un registro minucioso. Se sabía que allí habían almacenado los militares buen número de armas y se pretendía, naturalmente, comenzar por desarmarlos. Jefes y Oficiales se dispusieron a jugarse el todo por el todo. Guardaron en los bolsillos unas bombas de mano y afrontaron el difícil instante. Es conocido el diálogo del teniente coronel Gazapo con el oficial Zaro. Por su interés y por tratarse del momento verdaderamente inicial del Alzamiento lo reproduciremos aquí

— ¿Qué le trae por aquí, teniente?

—A mí, nada —respondió Zaro—. El representante del delegado gubernativo se lo dirá.

El teniente coronel Gazapo se dirigió al policía. Este afirmó que llevaba una orden de registro.

—Este es un edificio militar —comentó el teniente coronel Gazapo. No se puede hacer el registro sin orden expresa del General.

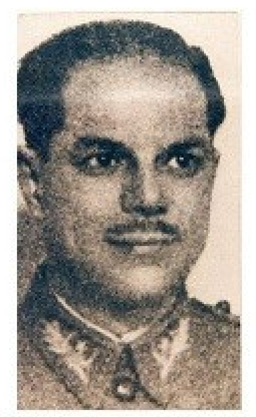
Aceptó el policía, y con ello se iba ganando el tiempo que necesitaban los sublevados. El teniente coronel Gazapo telefoneó al jefe militar de la plaza, General Romerales:

— ¿Es cierto, que usted, mi General, ha dado orden de registro contra la Comisión Geográfica?

—Me lo ha pedido así el delegado gubernativo, y yo he aprobado; de modo que no hay otro remedio que obedecer.

El teniente coronel comprendió que estaban ya volados los puentes entre la jerarquía y autoridad del General y la actitud de la guarnición. Con buen humor y decisión lanzó el desafío:

—Pues, entonces, mi General, «a la de tres».



Teniente coronel Gazapo

Ahí terminó la conversación. Quedaba, sin embargo, el problema de eludir la acción que pudieran llevar a cabo los guardias de Seguridad situados en torno al edificio. Se llamó en el acto a un grupo de la Legión, mandado por el fidelísimo sargento Sousa. Antes de que los legionarios llegaran, el teniente Zara, dirigiéndose al teniente La Torre, gritó:

—Mis guardias no disparan contra el Ejército, sino que están

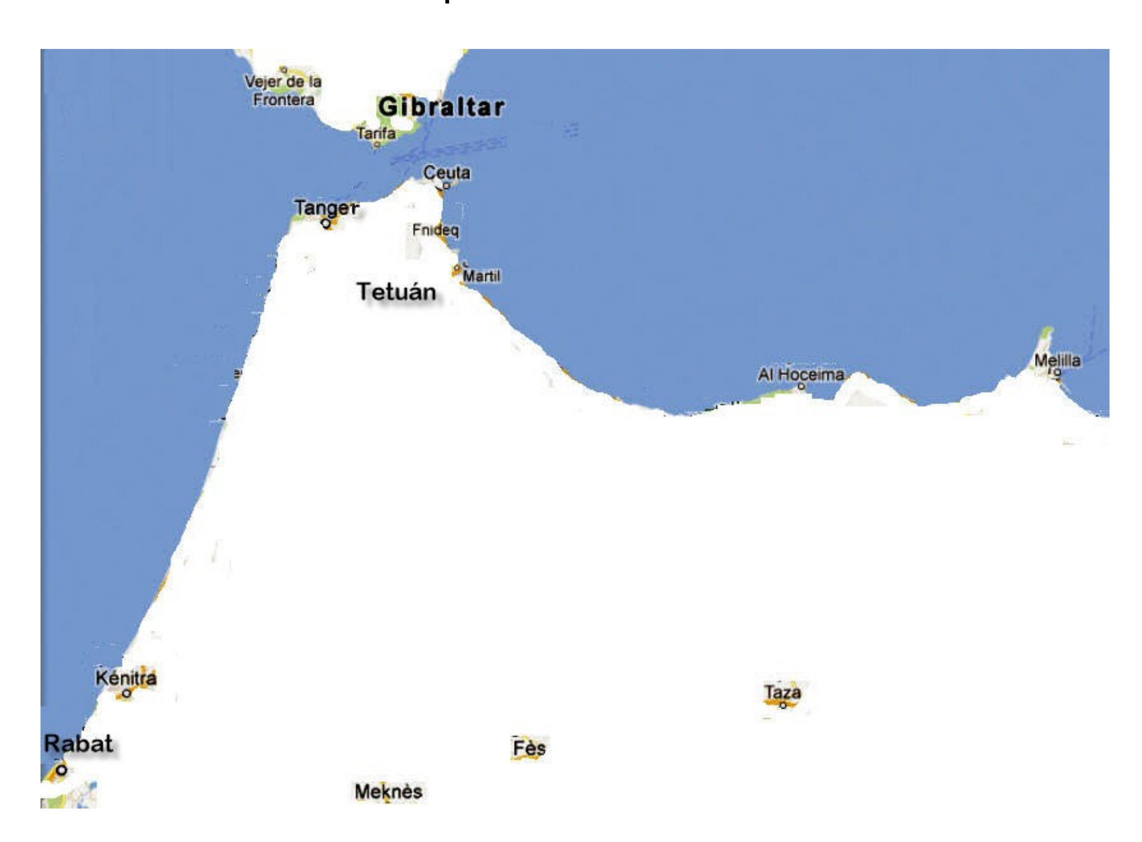
con él.

Instantes después llegaban los legionarios. El primer episodio del Alzamiento concluía con un triunfo para los Jefes y Oficiales.

La noticia de cuanto había acaecido en la Comisión Geográfica voló por Melilla y por su zona. El teniente coronel Seguí envió órdenes a todas partes para que inmediatamente se concentraran las fuerzas en los lugares indicados de antemano. Seguí asaltó el supremo poder de Melilla despojando de él, pistola en mano, al General Romerales. Banderas, Tabores y Batallones empezaron una ardiente movilización. El teniente coronel Barrón, jefe del grupo de Regulares de Melilla, se apoderó del aeródromo de Tauima. La resistencia que iniciaron en las calles algunos grupos sindicalistas fue inmediatamente vencida. Aquella noche, Melilla comunicó a Ceuta, Tetuán y Larache que el Alzamiento había comenzado. Todas las guarniciones de España recibieron del teniente coronel Seguí un telegrama que decía: «Sin novedad». Era la consigna esperada.

Inmediatamente empezaron a cruzar por el cielo africano y español órdenes urgentes; el comandante Ríos Capapé, al frente de un Tabor de Regulares de Alhucemas, se trasladaba a Melilla; el teniente coronel Bautista Sánchez, sublevaba el territorio del Rif; el laureado teniente coronel Tella llegaba sin pérdida de tiempo a la zona oriental del Protectorado para ponerse al frente de sus soldados de la Legión. Quedaba declarado el estado de guerra. Se dio orden de cortar el telégrafo que une a Melilla con la Península. Fueron ocupados los cuarteles, los edificios públicos, la base de «hidros» de Mar Chica, los centros de comunicaciones, los ferrocarriles y carreteras... El movimiento Nacional estaba en

marcha. En misteriosas ondas llegó la noticia a Madrid, y desde Madrid se difundió por toda España: « ¡Se ha sublevado el Ejército de Africa!» « ¡Se ha sublevado el Ejército de Africa!» Las gentes se miraban como atónitas, y quién más, quién menos, todos tuvimos el presentimiento de que acababa de abrirse en la Historia de España y en la de la civilización de Europa un capítulo decisivo: nadie sospechaba acaso que se había iniciado una guerra tan larga y sangrienta, de consecuencias tan incalculables y de alcance tan universal como la que durante cerca de tres años íbamos a sostener, pero los españoles, nacionales o rojos, al escuchar las noticias de Melilla, que nos llegaban muy inconcretas e inciertas, nos decíamos: «Más vale que acabemos de una vez».



El mismo día 17 de julio, poco antes de la medianoche, quedaba decidida la adhesión de Marruecos occidental a la Causa de España. En Ceuta esperaba el instante exacto y daba las justas órdenes el teniente coronel don Juan Yagüe, jefe de la Legión extranjera o Tercio de voluntarios. (Para que nadie caiga en

equivocación, importa decir que el Tercio de voluntarios o Legión extranjera es la formación, verdaderamente maravillosa, de tropas de choque, fundada por el coronel Millón Astray, y se ha compuesto casi siempre de voluntarios de procedencia española en la casi totalidad de sus efectivos). El coronel Yagüe, un gran modelo de soldado, era el hombre idolatrado de los legionarios. Su palabra significaba para esas tropas de choque una orden de inexorable cumplimiento. La Legión hacía directa ofrenda de su vida y de su muerte a la voluntad española del teniente coronel Yagüe. A las once de la noche del día 17 se tocó generala en Ceuta. Calculaban los marxistas que allí dispondrían de unos 10.000 combatientes proletarios. A pesar de todo, dos horas después de oír los toques de las cornetas legionarias, el Movimiento nacional había triunfado en la blanca ciudad del Estrecho.

* * *

La Prensa de Tetuán publicó en sus ediciones matutinas del día 18 una nota que decía:

«El Ejército de Africa, al mando del General Franco, que llegará mañana, se ha unido a un Movimiento nacional y patriótico. Las nuevas autoridades han tomado posesión de sus cargos sin incidente alguno. La tranquilidad es absoluta.»

Esto quería decir que bajo el mando del coronel Sáenz de Buruaga la guarnición de Tetuán, representada especialmente por los tenientes coroneles Yuste, Beigbeder y Asensio, se había apoderado de la Alta Comisaria, de los Centros que rigen los asuntos indígenas y de todo el Poder político del Protectorado. Su Alteza el Jalifa y el Gran Visir tomaron desde el primer instante

posición franca en favor del Alzamiento. Un solo núcleo de resistencia hubo en Tetuán: el aeródromo; a cañonazos quedó sometido aquel foco de defensa organizado por el Frente Popular.

De la simpleza mental que caracterizaba a los militares adheridos al Frente Popular en Marruecos dará idea el siguiente episodio. Hallábase el día 17 de julio en la ciudad africana de Larache el General Gómez Morato, jefe superior de las fuerzas españolas del Norte de Africa. Mientras descansaba en el Casino, fue llamado a comunicación telefónica desde Madrid. La conversación duró unos minutos. Fue la siguiente:

— ¡Aquí, el General Morato!

— ¡Al aparato el Ministro de la Guerra!

— ¡Diga, señor Ministro!

—General, ¿qué pasa en Melilla?

— ¿En Melilla? Nada.

—Pero ¿no tiene usted ninguna noticia de Melilla?

—Ninguna. ¿Por qué?

— ¡Porque aquella guarnición se ha sublevado esta tarde y debe usted marchar inmediatamente allí!

* * *

El mismo día 17 por la noche Larache se sumaba a la actitud de Ceuta, Melilla y Tetuán. El coronel Múgica, los tenientes coroneles Alfaro y Losas, los capitanes Prado y Moreno Farriols y otros Jefes y Oficiales se hicieron fácilmente dueños de la situación. En el Marruecos español sólo faltaba una cosa: que llegara en su avión misterioso el General Franco, designado Jefe de todas las tropas del territorio marroquí.

¿Qué acontecía mientras tanto en las guarniciones de España? No trata este libro de ofrecer una información tan delicada como la historia interna y general del Alzamiento; por eso me limito a resumir los sucesos de los días 18, 19 y 20 de julio en aquello que se refiere al triunfo o al fracaso de los esfuerzos nacionales.

Las ciudades en donde la sublevación fue seguida de inmediata victoria son: Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife, en las que Franco, antes de trasladarse a Tetuán, dejó las cosas bien aseguradas; Palma de Mallorca, a pesar de las inciertas horas primeras y de los pocos elementos con que allí contaba la sublevación; todo el territorio de Marruecos; Cádiz, salvado gracias al formidable coraje del general Varela, a quien el mismo día 17 sacó de Prisiones Militares el General López Pinto, Comandante militar de la plaza; Sevilla, escenario de una inimaginable proeza llevada a cabo por el General Queipo de Llano, el cual, prácticamente solo, frente a unos mandos hostiles y en medio de una población integrada en parte por bravas masas comunistas y anarquistas, hizo el milagro de alcanzar una victoria decisiva para la marcha futura de la guerra nacional[5]; Córdoba., dominada por la energía del coronel Cascajo; Cáceres, incorporada al Movimiento por el coronel Alvarez, que a las once de la mañana del día 19 declaró el estado de guerra; Málaga, entregada —aunque esta entrega se frustrara tristemente— a las fuerzas del General Patxot; Granada, esforzadamente salvada para la Patria; Toledo, en donde el coronel Moscardó lanzó el grito de guerra y formó las tropas al servicio de España; Avila, que secundó rápidamente, merced a la Guardia civil, las iniciativas del Alzamiento; Segovia, sublevada el día 19 por el capitán de Artillería

[5] De este episodio ha hecho el propio General Queipo de Llano un apasionante relato periodístico.

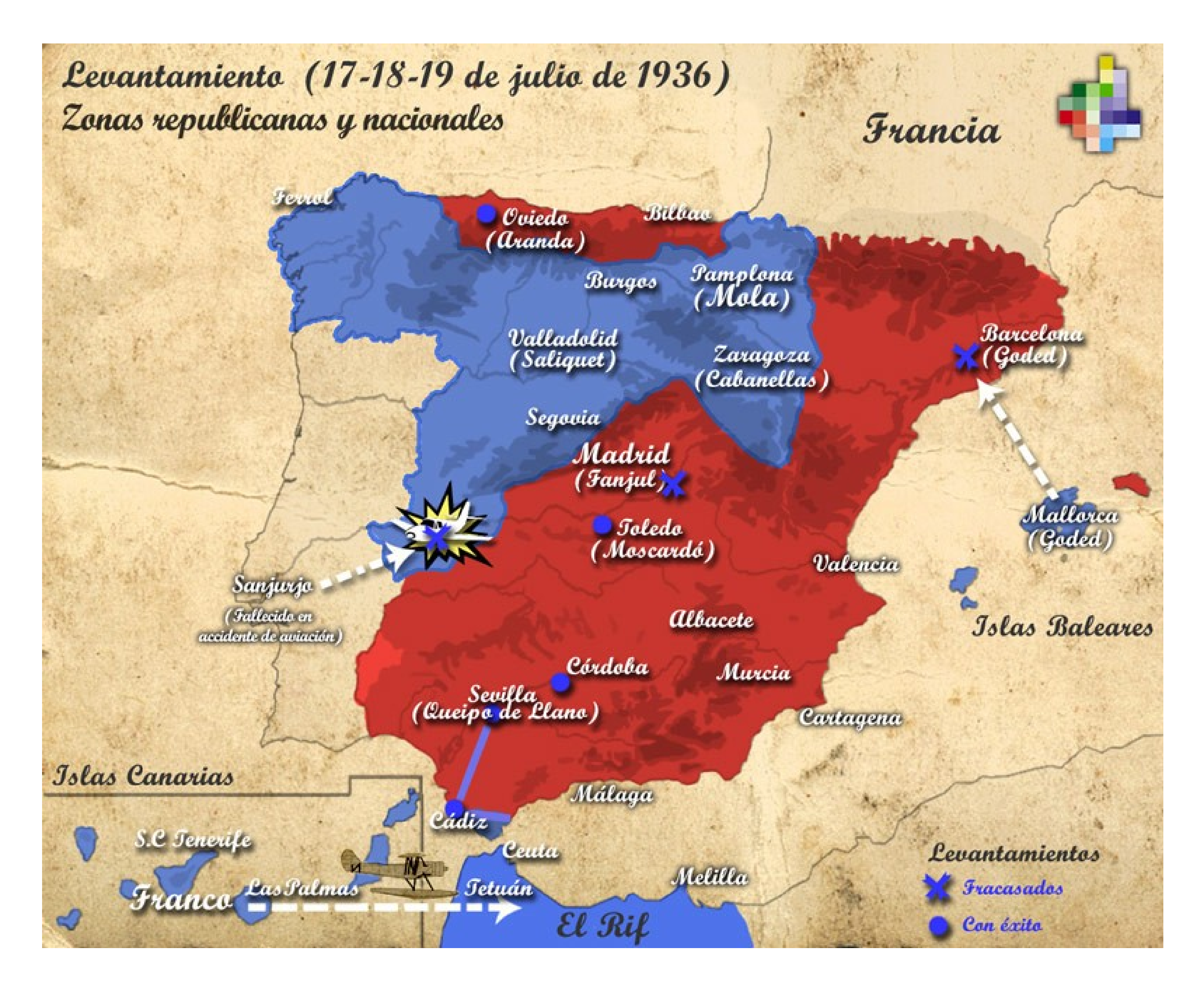
señor Riera y por otros oficiales; Salamanca, en donde bastó con leer y fijar en las calles el Bando que declaraba el estado de guerra; Zamora, incorporada al Movimiento por el gesto resuelto del coronel Iscar y de los oficiales del Regimiento de Toledo; Palencia, en donde la tropa tuvo que mantener ligeros tiroteos durante todo el día 19 para acabar imponiéndose antes de que llegara la noche del mencionado día; León, también sublevado el día 19, invadido muy de mañana por una columna de cerca de 2.000 mineros a los que hizo frente el coronel Lafuente con 200 soldados del Regimiento de Infantería número 26, no sin que durante los días 19 y 20 tuvieran las escasas fuerzas nacionales ocasión de medir las armas con grupos marxistas, leoneses y asturianos, puestos al fin en fuga, y el comandante Rubio hubiese de dar muestras de heroísmo para apoderarse del aeródromo; Burgos, reducida fácilmente, pese a la actitud del General Batet, que mandaba aquella región militar; La Coruña, ciudad de cierta preponderancia sindicalista, una de las esperanzas revolucionarias caídas rápidamente por tierra mediante el esfuerzo de una guarnición pequeña, pero heroica; Lugo, añadida inmediatamente, igual que Orense y que Pontevedra, a los fines del Alzamiento; Vigo, cuya reconquista para España exigió dos días de lucha con las organizaciones comunistas; El Ferrol, gran centro marítimo, minado por las células moscovitas, hasta el punto de que parecía ya dominado por los grupos revolucionarios cuando la audacia y el coraje de la oficialidad de tierra y de mar se impusieron casi milagrosamente; Oviedo, escenario de la epopeya que tuvo como jefe al coronel Aranda; Pamplona, Cuartel general de Mola, donde no era posible para los intentos antinacionales el menor respiro; Zaragoza, regida militarmente por el General Cabanellas sobre cuyas actividades no había demasiada fe en los núcleos

nacionales, pero que oyó el grito de guerra y lo siguió merced a la indomable energía del General Alvarez Arenas, del coronel Monasterio, de los tenientes coroneles Urrutia y Loscertales y de una oficialidad dispuesta a los máximos sacrificios; Huesca y Jaca, dominadas el mismo día 19, pese a los intentos marxistas; Teruel, que también se declaró por el Movimiento nacional sin que allí se dieran incidencias de consideración; Logroño, conquistado por la presencia de una columna militar que en Pamplona organizó el General Mola y que mandaba el coronel García Escámez; Soria, donde frente a la Guardia civil no quiso el marxismo repetir los episodios de Numancia; Valladolid, cuna de las «Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista», que en unión de las tropas mandadas por el General Saliquet dieron rápida cuenta de la defensiva comunista, nutrida con 5 ó 6.000 fanáticos reclutados especialmente entre el personal ferroviario; Vitoria, de la que en unos minutos se adueñó el coronel don Camilo Alonso Vega; Albacete, que infortunadamente no pudo resistir la ofensiva lanzada desde Valencia por las tropas y organizaciones del Frente Popular... Contó, pues, el Movimiento Nacional desde los primeros momentos con 33 ciudades, aunque de ellas se desprendieron, casi en el acto, Málaga y Albacete; la primera, por una inconcebible ingenuidad del General Patxot que dio por buenas las noticias y promesas del Gobierno de Madrid; la segunda, porque no tenía medios eficaces de lucha contra Valencia roja. Así quedaron reducidas a 31 las ciudades en que la decisión salvadora alcanzó el triunfo.

Dominaron los rojos Madrid, después de muchos dolores y muchas peripecias, cuyo secreto y significación no examinaremos ahora; Barcelona, lugar de revés y de martirio para uno de los militares más ilustres —el General Goded— que ha conocido

España en los últimos tiempos; Tarragona y Gerona, que siguieron la suerte de la capital catalana; Lérida, vencida por la superioridad numérica de las masas que sobre ella cayeron; Barbastro, que, vacilante hasta los últimos momentos, se declaró roja apenas tuvo noticia de que Lérida había sucumbido; Valencia, donde la cobardía y ¿la traición? frustraron la victoria; Castellón, Alicante, Cartagena y Murcia que, dependientes de Valencia, quedaron sumadas a la decisión de la ciudad principal; Almería, Jaén, Huelva y Badajoz, ciudades todas ellas agarrotadas por la presencia de grandes y fieros núcleos marxistas; Santander, en la que aún no es fácil explicarse cómo se entregó al comunismo; Bilbao, presa segura de los separatistas vascos y de las masas socialistas; las islas de Menorca y de Ibiza, donde el Movimiento nacional no disponía de medios suficientes para la acción; Guadalajara, escenario de combates magníficos, sostenidos por exiguos grupos de Jefes y Oficiales, donde el coronel de Ingenieros Francisco Delgado y el comandante Ortiz de Zarate lucharon como héroes, con más coraje que acierto táctico, hasta que al fin, tras doce horas de incesante batallar, apareció triunfante la bandera roja de la hoz y el martillo; Ciudad Real, aislado en medio de una zona de comunicaciones difíciles y entregado al frenesí de turbulentas masas de campesinos; y, en fin, San Sebastián, ejemplo de las consecuencias que pueden traer la ineptitud, la frialdad de ánimo y las desviaciones de un jefe, el cual no supo o no quiso cumplir compromisos de honor que había contraído libremente. Es obvio que Irún, tan importante por su situación fronteriza, siguió la ruta señalada por la derrota nacional de San Sebastián. Por consiguiente, la República, o mejor dicho, el Frente Popular, o para simplificar aún más, la España roja, disponía de 23 ciudades a las que pronto se añadirían las de Málaga y Albacete, como antes

hemos dicho, con pérdida, en cambio, también muy rápida, de Huelva, Badajoz y de la isla de Ibiza. En cuanto a la Ciudad de Toledo, podemos, sin ofender a la verdad, considerar que fue roja hasta la liberación del Alcázar, pues limitado el coronel Moscardó a un ángulo de la plaza, quedó todo el resto de la población en manos de las milicias marxistas.



¿Qué iba a ser de los planes, minuciosamente estudiados por los jefes militares, para asegurar la victoria? Esos planes eran diferentes y respondían a dos direcciones esenciales: uno de ellos consistía en considerar a la capital de España como centro, base de partida y punto de arranque de todas las operaciones; el otro transformaba a Madrid en objetivo y entendía las operaciones como una serie de marchas convergentes que, arrancando desde

Africa y desde distintas ciudades de España, fueran a la conquista de la capital. Aún había otra tercer plan, debido a la experiencia y gran sentido del General Franco, el cual, como no es amigo de levantar castillos en el aire, ni podía calcular exactamente y de antemano los éxitos y los fracasos locales del Alzamiento en todas las ciudades de España, se limitaba a decidir que cada una de las autoridades militares declarase el estado de guerra allá donde ejerciera mando y tuviese jurisdicción; después, a la vista de los hechos y en posesión de todos los datos necesarios, sería momento de adoptar las resoluciones definitivas. En todo caso, Madrid pasó a ser objetivo principal del Alzamiento y en todos los proyectos fue considerado como el centro más importante de la resistencia roja y como la más fuerte ciudadela comunista. Ha quedado claramente demostrado que quienes pensaron esto conocían la realidad de España.

* * *

Ya estaban las flechas lanzadas; ¿dónde irían a clavarse?

Mola tenía el Norte de España. Africa y el Sur esperaban a Franco.

El General Franco era, mucho antes del 18 de julio de 1936, el más firme prestigio militar de España. Nacido en El Ferrol el año 1892, había ingresado en el Ejército por el camino tradicional y glorioso de la Academia de Infantería de Toledo. Su vocación por el arte de las armas le llevó desde muy mozo a tierras de Africa, a los enmarañados montes de Marruecos, gran vivero de Jefes y Oficiales del Ejército español. La guerra es la mejor escuela del guerrero, y a la guerra marroquí se fue Franco, impulsado por el ímpetu de su alma; allí, presente en todos los combates, templó su

espíritu; cuando el fuego de los fusiles callaba, Franco se entregaba al estudio, durante las largas horas de la misteriosa soledad africana.

Franco es el resultado de una equilibrada y ardiente devoción a las armas y a las letras Llevaba sobre la bocamanga las dos estrellas de teniente cuando ingresó en los cuadros de oficiales que mandaban las fuerzas regulares indígenas, creadas hacia 1911 por el teniente coronel de Caballería don Dámaso Berenguer, más tarde Alto Comisario de España en Tetuán y luego Presidente del penúltimo Gobierno de la Monarquía española. En el campamento de Sidi Guariach se adiestraban los oficiales encargados del mando de las tropas moras. Junto a Franco aparece desde aquellos días otro oficial joven, llamado a decorar con su nombre la epopeya de la redención de España: ese oficial era Emilio Mola.

Cuando se rebelaron las guarniciones de Africa y de la Península los españoles se preguntaron unánimemente: « ¿Y Franco? ¿Dónde está Franco?» La fe de los patriotas en este joven General era casi mítica. Al gran público español habían llegado de un modo difuso, como envueltos en nieblas de leyenda, la historia del jefe de la Legión. el eco de sus hazañas, sus claras victorias al frente de la Primera Bandera de legionarios, sus jornadas geniales como jefe de todas las Banderas del Tercio, su modo maravilloso de transformar, por medio de acciones inesperadas, el rumbo de los combates; la gloria de su desembarco en Alhucemas, su profundo conocimiento del arte militar, su táctica hecha de minucioso estudio y de fulgurante ejecución, su buena estrella, la fama de gran capitán difundida por todos los soldados que estuvieron a sus órdenes, la ejemplar austeridad de su vida, su indomable devoción a los conceptos de patriotismo, disciplina y

deber; su esencial religiosidad, y esa risueña serenidad inconmovible que no ha conocido jamás hecho, por grave que fuera, capaz de alterarla. Sabíamos todos y sabían especialmente los militares que nadie podría contar jamás con Franco para la preparación de aventuras disparatadas, ni para lanzarse, sin ton ni son, a las conspiraciones, por mero deportivismo complotista. Para Franco, como para todo hombre con sensibilidad histórica, una revolución nacional o una guerra civil no se justifican sino cuando son biológicamente necesarias, cuando las solicita una necesidad vital, irrecusable desde el punto de vista de la moral pública y de la existencia de una Patria. El General Franco — ¿quién lo duda?— hubiera deseado que los males de España pudieran remediarse sin apelaciones a la sanare, al sufrimiento y a la inevitable destrucción que es compañera normal de una guerra. La contemplación de una España encendida en sangrientas luchas civiles le acongojaba en su patriotismo. No le infundían temor los combates, ni podía sentir escrúpulo ante el sacrificio quien desde la primera mocedad sonrió en medio de las balas. Pero ¿y España?

Por España precisamente, como hombre de exquisita prudencia y de elevada moral, cumplió aquel trámite de que hemos tratado en el capítulo anterior, que consistió en escribir un inolvidable documento profético al Ministro de la Guerra del Frente Popular. Por España rompió, al fin, desengañado de todos los demás medios y remedios, con el Gobierno republicano, instrumento del comunismo; y precisamente porque estas eran y son, entre otras, las características de la personalidad de Franco, su alzamiento personal difundió en toda España una fe completa, y en el Ejército dio, además de la seguridad del triunfo, la certidumbre de que, nuevamente, las armas españolas habían acertado.

El General Franco era hasta el 18 de julio jefe militar de las Islas Canarias; el Frente Popular le consideraba peligroso, no solamente en Madrid, sino en cualquier otro lugar de la Península; el destino que le confirieron en las Islas Canarias equivalía, en cierro modo, aun mal disimulado confinamiento. La policía tenía orden reiterada de vigilar los pasos del General, de informar sobre sus conversaciones, anotar sus amistades y dar cuenta minuciosa de cuanto se refiriera, a su vida. Creo que, a pesar de todo, jamás supo el Ministerio de la Guerra, nada que se relacionase con el designio militar de que Franco se trasladara a Marruecos en ocasión del Alzamiento y asumiera allí el mando supremo de las fuerzas de Africa. Los sublevados de Tetuán, Larache, Ceuta y Melilla le esperaban con ansiedad. ¿Cómo hallar el medio de que abandonara su residencia en Canarias y se presentase en la capital de nuestro Protectorado?

Pocos días antes del señalado para la iniciación del Movimiento, el joven ingeniero español don Juan de la Cierva, inventor del autogiro que lleva su nombre, comprometió en Londres los servicios de un aeroplano. Era el «O. H. Rapide». Piloto, el capitán Beeb. Intervenía en los urgentes trámites el Marqués de Luca de Tena. Las gestiones finales del acuerdo con Beeb estuvieron a cargo de don Luis A. Bolín, corresponsal del periódico madrileño A B C en la capital de Inglaterra. El día 11 de julio salió el «O. H. Rapide» del aeródromo de Croydon. Tomaron asiento en el avión un comandante de *Scotland Yard*, llamado B. C. Pollard, su hija Diana y una amiga de ésta, Dorotea Watson. Hicieron escala en Biarritz, Lisboa y Casablanca. Beeb y Pollard sólo sabían que una vez en Las Palmas debían recoger a un viajero para ellos misterioso. Bolín no quiso decirles nada más. El piloto y los viajeros ingleses no conocían una sola palabra de los preparativos del

Alzamiento español.

En la fecha prevista, el avión inglés tomó tierra en un aeródromo de Las Palmas.

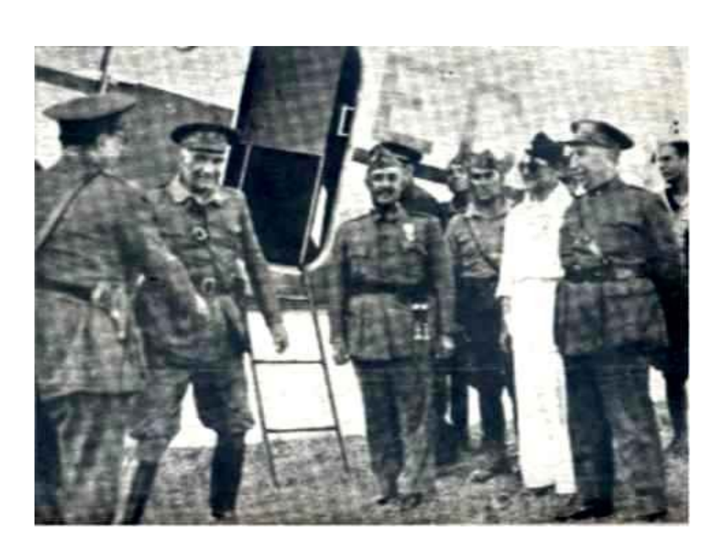
Cuando faltaban en realidad pocas horas para que la sublevación fuera un hecho consumado, se recibió en el despacho del General Franco la noticia de que el Comandante militar de Las Palmas, General Amado Balmes, había muerto al dispararsele una pistola que estaba examinando. Franco telegrafió al Ministerio de la Guerra y solicitó autorización para trasladarse a la ciudad cercana, a fin de presidir el entierro de su compañero. Accedió el Ministro. En compañía de su esposa y de su hija, el General se presentó en Las Palmas. Terminada la ceremonia del funeral por el alma de Amado Balmes, Franco halló ocasión magnífica de escapar a la vigilancia de la policía. El piloto Beeb recibió de pronto un aviso que no supo de dónde ni de quién venía; procedió ese aviso, probablemente, del General don Luis Orgaz, que vivía en Canarias cumpliendo una orden de destierro dictada contra él por el Gobierno del Frente Popular. El piloto se encaminó al aeródromo, revisó el avión y puso en marcha los motores. Al filo del mediodía se le acercaba un hombre de mediana estatura, a quien jamás había visto; ese hombre le tendió la mano y le dijo:

—Soy el General Franco.

No había tiempo que perder. Los minutos, en aquella ocasión, eran de oro. Rápidamente, el aeroplano inglés levantó el vuelo y poco después se perdió entre las nubes con rumbo hacia Casablanca. Acompañaban al General Franco su ayudante el coronel Franco Salgado, el teniente coronel Martínez Fusset y el aviador Villalobos. Momentos antes, Fusset había comunicado al General las noticias de la sublevación militar en Africa. Franco dio

orden de que fuera secundada en las Islas Canarias y entregó el mando del territorio al General Orgaz. Antes de encerrarse en el avión de Beeb, lanzó a todas partes su magnífica consigna: « ¡Fe completa en el triunfo! Estas palabras volaron hasta alcanzar los rincones más lejanos de España. « ¡Fe completa en el triunfo!», tendría que volver a decir incesantemente durante cerca de tres años.

El gran militar español acababa de entrar en la Historia Universal. Unos años antes, el Mariscal Lyautey, gran conocedor de hombres y buen juzgador de capitanees, había dicho: «Franco y Graziani son los dos mejores Generales de nuestro tiempo». Graziani no desmintió la sentencia de Lyautey en su campaña abisinia. Franco iba a dar al mundo la prueba definitiva de su carácter y de su genio. « ¡Fe completa en el triunfo! Los españoles tuvieron fe; fe sencilla, elemental, la que don Miguel de Unamuno llamaba «fe del carbonero», aquella que «cree lo que no ve». Pero ¿existe otro modo auténtico de fe? ¿Hay otra que arrebate, encienda y salve a los hombres?



El día 19 de julio el avión inglés que conducía a Franca dio vista a Tetuán. El teniente Manjón, que mandaba una de nuestras posiciones marroquíes de la zona de Larache, calmó la impaciencia

de los sublevados de Tetuán diciéndoles: «El que esperamos ha pasado ahora por aquí». «El que esperamos, el que nos acaudillará, el que salvará a España para la Historia y para Dios». En el aeródromo de Sania Ramel (Tetuán) aguarda el coronel Sáenz de Buruaga. Franco salta a tierra, se abrazan ambos apretadamente, y cuentan las crónicas que en los ojos de los dos soldados, tan hechos a la intemperie y a la violencia de las batallas, hubo lágrimas aquel día. «Los dos —dice Buruaga— nos echamos a llorar».

Por las calles de las ciudades del Africa española se oyen los bandos que declaran el estado de guerra. «En nombre del Excmo. Sr. General don Francisco Franco Bahamonde...» Al Excmo. Sr. General don Francisco Franco Bahamonde se le abre delante de la mirada un panorama militar y político de inmensa gravedad, poblado de dificultades que parecen insuperables. Cuenta —es cierto— con el Ejército de Africa. El Ejército de Africa es, en suma, el único residuo vivo de lo que fue el Ejército español. En Marruecos hay, listos ya, 18.000 hombres de primer orden, encuadrados por Jefes y Oficiales de calidad extraordinaria. Allí están la Agrupación de Batallones de Cazadores, las Banderas del Tercio, los cinco grupos de tropas Regulares indígenas, las Mehal-las del Rif, de Melilla, de Gomara y de Larache; los Escuadrones, los trenes de Cuerpo, las baterías de toda la zona, las Compañías de Ingenieros, de Zapadores y de Transmisiones, los servicios de Intendencia, Sanidad, Automovilismo y Aviación..., tropas magníficas, inmejorables, capaces de grandes hazañas. Franco cuenta con esos 18.000 hombres y con otros miles más que pueden agregársele en cualquier instante. Pero ¿qué rumbo toman los acontecimientos en España? De otra parte, ¿será prudente debilitar las guarniciones y los campamentos del Protectorado

español, cuando se espera que el comunismo peninsular intente soliviantar el ánimo de los moros cabileños contra los jefes militares sublevados? Franco celebra entrevistas, se asegura la lealtad de los musulmanes, explica el sentido de la guerra que ha empezado ya, presenta el paisaje de una España comunista, sin Patria y sin Dios, sin base familiar, entregada al desorden y al pillaje. Los moros le escuchan y comprenden. Entretanto, las noticias que de España llegan no son demasiado confortadoras para un hombre tan realista como Franco.



El General Franco en Ceuta el 19 de julio

El General Queipo de Llano refiere en la estación de «Radio Sevilla» la victoria de las armas nacionales, pero la verdad es que suenan los tiros en los barrios obreros sevillanos y que todo el campo de Andalucía es como una inmensa hoguera progresiva atizada por el furor comunista.

Las guarniciones sublevadas en el Sur de España no tienen comunicación, por el momento, con las que acaudilla el General Mola Burgos, en Pamplona, en Logroño, en Vitoria. Los rojos son

dueños de casi toda Extremadura; tienen por suyas las plazas de Mérida y de Badajoz y, por consiguiente, interrumpen las líneas férreas y las carreteras entre Sevilla y Burgos, entre Sevilla y Salamanca, entre Sevilla y Madrid. Los fracasos del Alzamiento en Madrid, Barcelona, Valencia, S. Sebastián y Málaga son descorazonadores. El General Mola se debate entre urgencias y necesidades sin cuento. Hay pocas armas, escasas municiones, falta la aviación, están casi vacíos los parques, y a la par de todo ello, las masas milicianas crecen y se envalentonan amparadas por el favor oficial y por la impunidad, amenazando con una rápida contraofensiva a los nacionales sublevados en Córdoba, Teruel, Zaragoza, Toledo, Oviedo y Huesca. El horizonte aparece sombrío. Si en este instante los jefes supremos del Movimiento nacional, a la vista de tantas desventuras y contratiempos, superiores a la voluntad normal de los hombres, se hubieran resignado al inesperado desastre, o vuelto las pistolas contra sí mismos, ¿quién, desde el punto de vista puramente humano, se lo afearía? ¿No habían demostrado cumplidamente que amaban a España hasta el último sacrificio? Entregados con el máximo coraje a la tarea de salvarla, encontraban a su paso entorpecimientos increíbles y obstáculos de imposible superación; ante esa realidad, ¿sería demasiado sorprendente que sucumbieran bajo la heroica amargura de una maravillosa empresa fallida?

Pero aún hay más, mucho más. El General Franco es informado de que la Escuadra española toma resueltamente el partido rojo. El destructor «Churruca», que fue el día anterior a Cádiz y llevó allí la pequeña columna legionaria del comandante Oliver, no ha regresado a Ceuta; la marinería sublevada se ha hecho dueña del buque; el destructor «Sánchez Barcáiztegui», que estaba anclado en el puerto de Melilla, también se ha incorporado a

la causa del Frente Popular. Ahora mismo bombardea las calles y plazas melillenses. Y así todos los navíos, los grandes y los chicos. Ni siquiera es seguro que pueda salvarse para España alguno de los buques de El Ferrol. Por consiguiente, el Ejército de Africa está aislado; no podrá pasar a la Península; la ayuda decisiva que de él se esperaba parece que va a frustrarse para siempre. Uno de los Ministros del Gobierno de Madrid ha dicho: «No comprendo lo que buscan los rebeldes. Son unos insensatos. ¿Por dónde podría venirles la salvación? Tenemos en nuestro poder las ciudades de mayor importancia política, los núcleos industriales, todo el oro y la plata del Banco de España, inagotables reservas de hombres, la Escuadra... ¿Oyen ustedes? Tenemos la Escuadra...» Y precisamente en ese momento es cuando Franco, superándose a sí mismo, repite, más ardiente que nunca, su consigna: « ¡Fe completa en el triunfo!» Desde Tetuán dicta órdenes, telegrafía al Gobierno de Madrid intimándole «a que entregue el mando, y se someta para evitar que continúen los ya inútiles derramamientos de sangre», lanza por «radio» una inflamada arenga a las Divisiones de España, a las estaciones de Africa, del Sahara, a las bases de la Marina española, a las fuerzas de la Guardia civil y de Asalto..., y la arenga termina-con estas palabras: «¡Fe ciega; no dudéis nunca; firme energía sin vacilaciones, pues la Patria lo exige. El Movimiento es arrollador y ya no hay fuerza humana para contenerlo!». No duerme un instante, no se retira a reposar, enardece al pueblo musulmán y a las muchedumbres españolas de Africa con su palabra, envía un Manifiesto de Fe y de Esperanza a todos los españoles, transmite consignas públicas a los Generales, Jefes, Oficiales, suboficiales y clases del Ejército, recuerda a la Guardia civil su historia y sus deberes, organiza los primeros elementos económicos del Movimiento, pasa revista a las tropas de Tetuán,

conferencia con el Jalifa, estudia planes de operaciones. En el plazo de unas horas ha conquistado la adhesión entusiasta del pueblo musulmán. EL Jalifa le envía un mensaje diciéndole: «S. A. felicita al Ejército de Africa, saluda con entusiasmo al General Franco y pide a Dios para la nueva España un triunfo completo y glorioso».

El Caíd Solimán el Jarabi convoca a todos los guerreros de Beni Urriaguel en los llanos de Axdir y ofrece a España y a Franco sangre musulmana con estas palabras:

« ¡Por la gloria de Dios! ¡Por la fuerza y el poderío que residen en Él! Al glorioso héroe, tan afortunado de mano, alma y corazón: al General Franco. ¡Que las bendiciones divinas sean sobre ti y los que contigo combaten en la buena senda! Nosotros deseamos ayudar a tu Ejército con nuestras personas, nuestros hijos, nuestros hermanos y nuestras haciendas, para conseguir que España vuelva a ser lo que era, aunque tenemos pleno convencimiento de que el Ejército se basta a sí solo para vencer.

Nuestros hombres, que irán contigo, no han de dejar a vuestros opresores un solo lugar de España donde refugiarse, y nosotros, con el imperio de Dios a nuestro lado, extirparemos el mal de esa tiranía. Porque Dios ayuda al siervo tanto como dure la ayuda del siervo a su hermano. Nosotros no regresaremos de España hasta que los mayores y los menores gocen de vuestra paz. Sea esto en gratitud a España. Nosotros hemos hecho esta petición dos veces a nuestro muy amado Interventor el comandante Blanco y hemos escrito con la misma súplica a amigos nuestros como lo es Enrique Arqués. ¡Ya veréis como a nuestros heroicos hombres no les importa la muerte!»

* * *

La guerra ha empezado ya y están jugadas absolutamente todas las cartas.

Llegamos al fin de estas notas previas, que hemos querido

presentar a fin de que los lectores de este libro comprendan cuál era la situación de los ánimos españoles en el instante de iniciarse la lucha terrible. Cerca de tres años duraría el espantoso drama. Vamos a relatar en los capítulos siguientes las operaciones militares que han tenido lugar en España desde que Franco resolvió el complejísimo problema de trasladar el Ejército de Africa a la Península, hasta que la España roja se desplomó por completo en los últimos días de marzo de 1939. Muchas de las incidencias militares y no pocas de las iniciativas tomadas por nuestro Mando han parecido extrañas e inexplicables a gran parte de la opinión universal. Contribuía a la defectuosa interpretación técnica de la guerra española, por parte del extranjero y de nuestro propio país, el desconocimiento, o al menos el olvido, de la geografía de España. Como necesaria introducción para que todos entiendan de la manera más clara posible ciertas condiciones esenciales que determinaron los rumbos de la estrategia y de la táctica en los planes de Franco y en las reacciones del Ejército rojo, considero indispensable ofrecer a mis lectores un resumen o impresión general de la geografía española.

Un apunte sobre geografía de España

La Península Ibérica está constituida por una gran meseta central —de 700 metros de altitud media— y tres extensas depresiones laterales dispuestas en su torno. Una de esas depresiones viene a constituir la fosa del Ebro, adosada al borde Nordeste de la meseta. La segunda constituye el valle del Guadalquivir en su borde Sur; la tercera es la orla mesozoica portuguesa, tendida al pie del chaflán Oeste de la meseta.

Esta meseta, núcleo de la nacionalidad en que Castilla y León han desenvuelto su historia, es un recio y firme macizo central, compuesto por rocas de fecha arcaica y primaria. La misma Sierra de Guadarrama es de fecha huroniana, y algunas cadenas montañosas han sido anteriores a las actuales; todavía quedan restos y raíces de pliegues más antiguos que toman la dirección Noroeste a Sudeste en la mitad occidental de la Península. Una erosión pertinaz, de muy larga fecha, ha arrasado y desmantelado los antiguos plegamientos, y convertido la atormentada superficie en una penillanura, en la que macizos de rocas duras y resistentes, rebeldes a la acción niveladora de la erosión, se mantienen enhiestos, formando sierras de mediana elevación, como, por ejemplo, las extremeñas y los bordes de Sierra Morena.

Hay en el macizo de la meseta varios sistemas montañosos: unos, erguidos en sus bordes, como sucede en el Norte con el sistema de las montañas cantábricas; tenemos en el Nordeste la Sierra de la Demanda, el Moncayo y todo el país de altas mesetas que constituyen, en conjunto, el sistema ibérico; por el Sur, se nos presenta el reborde montañoso de Sierra Morena; por el Oeste, el pliegue, en flexión, que nos separa de Portugal, harto acusado en la zona de los Saltos del Duero, y otros alzados en el interior de ella, como el sistema central divisorio (Sierra de Guadarrama, Sierra de Gredas, Peña de Francia, Sierra de Gata, Sierra de la Estrella) y los montes de Toledo.

El sistema central divisorio produce en la meseta dos escalones situados a diferente nivel: la submeseta Norte, altiplanicie de 750 a 800 metros de altitud media, donde se extienden los territorios de León y Castilla la Vieja, con la excepción de Santander, que pertenece a la orla montañosa cantá-

brica, y la submeseta Sur, de unos 650 metros de altitud media, que da lugar a las tierras de Extremadura y Castilla la Nueva.

La meseta está inclinada en masa al Oeste, en dirección al Atlántico, y esta inclinación explica el sentido en que fluyen los grandes ríos que la recorren: el Duero, en la submeseta septentrional; el Tajo y el Guadiana en la submeseta meridional. Del chaflán oriental de la meseta, próximo al Mediterráneo, arrancan los torrenciales ríos levantinos —Mijares, Palancia, Guadalaviar, Júcar, Segura, etc.—, cuyas aguas, serenadas al abandonar las gargantas montañosas y fluir, mansas, por la planicie litoral, dan lugar al interesante y peculiar fenómeno antropogeográfico español de las «huertas levantinas»; plana de Castellón, huertas de Sagunto, de Valencia, la Ribera, huertas de Murcia y de Orihuela, todas ellas en forma de amplias manchas de verdor, que ofrecen un duro contraste con la aridez circundante.

Mantos de sedimentos horizontales de fecha diluvial tapizan las altiplanicies leonesas y castellanas. Sobre este complejo así constituido, actúan a la par, incansables, pertinaces, los agentes erosivos, y esculpen en las distintas rocas múltiples formas de relieve, que enriquecen el modelado terrestre. Cada ciclo de erosión anterior pulió y afiligranó ese modelado de una manera especial, y en las formas actuales se perpetúan los resultados de la labor precedente. Dichas formas de relieve, testigos de seculares fenómenos, prolongan a tal punto su influjo que dirigen y condicionan, en cierto modo, la red hidrográfica del presente. Por todas partes se acusa un levantamiento muy reciente y en masa de la meseta, lo cual produce como efecto inmediato el ahondamiento de los cauces continentales; de aquí la frecuencia de los ríos encajados en hondas gargantas y congotos. La invasión de los

bordes de la propia meseta por los altos valles de ciertos ríos (Jándula, Guadalbarbo, Bembezar, etcétera), que vierten por la derecha del Guadalquivir; el cambio rápido que en el régimen fluvial experimentan el Duero, Tajo y Guadiana al romper la frontera lusitana, y los derrames torrenciales de los ríos que dan al Mediterráneo, contribuyen, con otros fenómenos, a corroborarlo.

Las depresiones laterales, adosadas a los bordes Nordeste y Sur de la meseta, quedan limitadas por los dos sistemas montañosos más altos de España: los Pirineos, que cierran por el Norte la fosa de Aragón, en cuyo fondo se alojan las aguas del río Ebro; y el sistema penibético —de Gibraltar al Cabo de la Nao—, que ciñe por el Sur la depresión bética, o sea el valle en que fluye el ancho y claro Guadalquivir.

Si la depresión del Guadalquivir queda ampliamente abierta al Atlántico, la fosa de Aragón aparece separada del Mediterráneo por la muralla de la cadena litoral catalana, y el Ebro la atraviesa y taja a lo largo de las gargantas que se prolongan de Mequinenza a Tortosa.

Dejando aun lado el pormenor, dos grandes zonas climáticas se extienden sobre la Península; una, septentrional y noroccidental, que abarca Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas y zonas montañosas de Zamora, León, Palencia, Burgos y vertientes meridionales de los Pirineos; se caracteriza por una suave oscilación térmica y por abundantes lluvias distribuidas a lo largo del año; la otra zona, que es el resto, o sea la parte llana del reino de León, Castilla la Vieja (salvo Santander, que pertenece a la zona lluviosa), Castilla la Nueva, Extremadura, Andalucía, reinos de Murcia y de Valencia, Cataluña (excepto la zona pirenaica) y Aragón, se caracteriza por un clima de tipo continental, duro y

extremado en sus temperaturas, seco y árido, de lluvias reducidas, precipitadas principalmente en las estaciones equinocciales (primavera y otoño) y ausentes en el estío. La línea divisoria de estas dos zonas climáticas corre al pie de las faldas meridionales de los Pirineos y del sistema cantábrico, hasta enlazar con la frontera de Portugal, desplazándose más al Occidente en su encuentro con el Guadiana. La porción lluviosa representa un 36,2 por 100 del suelo español y la seca y extremada en sus temperaturas un 63,8 por 100 del territorio nacional. La zona húmeda recibe lluvias comprendidas entre cifras superiores a los 600 mm (León, 700 mm) y 2.000 mm anuales (Sierra de la Estrella), con 800 mm de lluvia media anual, en tanto que la porción seca recibe un promedio de 400 a 500 mm anuales; son numerosas las comarcas en que la lluvia anual no llega a los 300 mm (Almería, 256; Salamanca, 276; Zaragoza, 280 mm).

En lo que se refiere al régimen de las precipitaciones pluviométricas dentro de la España seca, puede establecerse: *a*) que el verano —segunda quincena de junio, julio y agosto— es muy seco, carácter propio del clima mediterráneo; *b*) que en la primavera y en el otoño se dan los máximos de lluvia con la siguiente particularidad: que el paso del máximo de la primavera al mínimo del verano es lento y gradual, en contraste con la transición del mínimo estival al máximo de otoño, que es brusca y rápida, como que suele pasar España de una sequía extremada a un período de lluvias copiosas y violentas. Al comienzo de la sequía estival, en el momento en que la aridez, por razón de las evaporaciones crecientes, se va acentuando, la vegetación herbácea se agosta y muere, o al menos queda interrumpida, para renacer con las primeras lluvias del equinoccio de otoño.

La vegetación es siempre la expresión más fiel y total de la acción conjunta del clima y del relieve. Las tres grandes asociaciones vegetales de nuestro país son el bosque, el matorral y la estepa.

Los bosques de Galicia, Asturias, Santander, Vascongadas y Pirineos, son los bosques boreales de la España lluviosa; los montes de la España seca y árida de tipo mediterráneo son entidad diferente.

En la orla cantábrica septentrional, la temperatura media es suave; el estío, fresco; el invierno, de relativa moderación; las lluvias constantes en el año. Las precipitaciones medias anuales figuran entre las más altas de España: Santiago de Compostela, 1.600 mm; Oviedo, 851; Bilbao, 1.216; San Sebastián, 1.335. La moderación y humedad de semejante clima explican la presencia del frondoso bosque boreal, en todo análogo al de la Europa del centro, con predominio de árboles y arbustos de hoja caduca frente a los fríos invernales, tales como el haya, el roble, la cajiga, el castaño, el tilo, el arce, el abedul, el aliso, el avellano y el tejo, erguido en las cumbres. Pequeñas matas leñosas decoran el suelo, ya bajo los robles y las hayas de la humbría, ya en la braña excelsa; los brezos, las carronchas, la queiroa, el tojo, árgoma o cádava; y el arándono azul en la niebla densa de las cimas.

Gramináceas, leguminosas compuestas y rosáceas, forman en los prados, en las laderas, y en el fondo de los valles, la pradería blanda, fragante, verde todo el año, acaso la nota descollante de nuestro paisaje septentrional. El espíritu percibe la íntima y callada correlación entre la niebla perlina, la vaca mansa, el bosque, y la tonada melódica, que en el prado en cuesta, recién segado, entona la moza de rojas sayas, y que no es, al cabo, sino

expresión serena del ritmo interior del paisaje.

En oposición, por lo que hace a la España seca, de periódica sequía estival, de intensa luminosidad y ambiente transparente y cristalino, tenemos el monte Mediterráneo, el matorral, igualmente mediterráneo, y la estepa. La vegetación del monte y del matorral se caracteriza por el predominio de especies de follaje persistente, propio para resistir sequías extremas.

En la composición del monte mediterráneo de la España árida y seca intervienen ciertos pinos: el pino piñonero, el pino laricio, el pino corrusco (*pinus halepensis*) del Levante español, por excelencia el pino mediterráneo; y *quercus* del tipo alcornoque, encina o coscoja, como el quejigo, roble carrasqueño, mezclado con encinas y alcornoques en la mitad meridional de España; el alcornoque o curo, la encina y la coscoja o maraña, todos ellos árboles de hojas duras, espinosas, de gruesa epidermis, aptas para soportar la sequía estival, todos ellos igualmente de follaje persistente, con tonos de un austero verdinegro que definen el paisaje. La higuera silvestre o cabrahigo, el algarrobo y el acebuche u olivo silvente, son propios de la vegetación del Sur, Sudeste y Este de España. Madroñeros, lentiscos, cornicabras, jaras, adelfas, igualmente de follaje persistente, forman otras interesantes asociaciones vegetales, los jarales de la mitad meridional de España, que establecen tránsito hacia el matorral, y son los más extensos y singulares del mundo (jarales de Sierra Morena).

La asociación vegetal que llamamos matorral es familiar a los ojos españoles: el tomillo, la mejorana, el camueso, el romero, la salvia, el espliego, las retamas, las aliagas, etc., matas leñosas, de follaje reducido y en todo tiempo verde, son algo tan consustancial

con el paisaje de la España seca, que no acertamos a disociarlo de la interna representación que de él hemos formado. Tomillares, esplegares, romerales, retamares, etcétera, son voces con que los campesinos, atentos a las vivas y permanentes realidades, distinguen estas asociaciones vegetales.

La estepa se ofrece en las comarcas de la España seca (depresión aragonesa, la Sagra, la Mancha, Murcia, depresión bética, etc.), en donde el clima se torna extremo, la sequedad se acentúa y el suelo es más o menos salino. La carencia de árboles, la presencia de plantas espinosas, pelosas o crasas, de entonación gris o blanquecina, dan a su paisaje tonos de desolación. El esparto es en varios de ellas graminácea muy representativa. Desde el punto de vista geográfico, las estepas nos distinguen en toda la Europa occidental.

Los cultivos y la ganadería son expresión a la vez del suelo y del clima. El Norte, lluvioso, se parece en esto a la Europa noroccidental; nos brinda escandas, maíz, patata, la col y, entre los frutales, el manzano. La de la España seca es de tipo concretamente mediterráneo: cereales, como el trigo y la cebada; leguminosas de secano, como el garbanzo; frutales como el almendro, la higuera, el granado, la vid y el olivo, son base de la riqueza agrícola española. En los regadíos —homenaje que la geografía humana rinde a la física— tenemos la «huerta», de extrema variedad y riqueza, y en el Sur y Levante el naranjo y sus congéneres, de origen asiático, y de vieja naturalización en el ámbito mediterráneo. La altitud, la tectónica y aun la substancia litológica de que los estratos se componen, ejercen decisivo influjo sobre el reparto de la población; compárese, para comprobarlo, la despoblación característica de las altas mesetas de Valencia y de

Teruel, con la superpoblación de la planicie litoral.

En este escenario, original, desconcertante, vario hasta la extremosidad, y en su mayor parre asperísimo y difícil, se ha librado la guerra de 1936 a 1939. En este escenario ha tenido el General Franco la visión genial de que a España le había llegado la hora decisiva, y al servicio de esa visión ha puesto toda una técnica militar que el libro presente se propone exponer y divulgar entre todos aquellos que sientan la curiosidad de conocer cómo nuestro pueblo ha escrito algunas de las páginas más radiantes de su propia Historia y de la historia de la civilización cristiana y mediterránea.

No hemos de terminar este capítulo sin anotar la primera gran pérdida que sufrió la España Nacional en los albores de la guerra; el teniente general don José Sanjurjo, designado *in pectore* para la jefatura suprema del Movimiento, murió, víctima de un accidente de aviación, cuando a bordo de una avioneta iba a dejar las tierras de Portugal en busca de los muros de Pamplona.



CAPÍTULO III

SITUACIÓN ESTRATÉGICA GENERAL— PROBLEMA DE LAS COMUNICACIONES EN LA TIERRA, EN EL MAR Y EN EL AIRE

Traslado del Ejército de Africa a la Península y constitución, en Sevilla y en pamplona, de las primeras columnas. — Objetivos

El plan militar meditado por los Jefes del Ejército que organizaron el Alzamiento tuvo siempre, como objetivo estratégico y político, la conquista rápida de la capital de España. Apenas se declarase el estado de guerra en las distintas guarniciones, una serie de columnas, de cortos efectivos y muy móviles, debían lanzarse hacia Madrid, tomando como ejes de marcha las principales carreteras de la red general. Así, por ejemplo, entre los días 19 y 22, Zaragoza enviaría tropas hacia la capital por la carretera que une a la ciudad aragonesa con el centro de España; se calculaba que sería muy fácil para las guarniciones de Aragón llegar velozmente hasta Guadalajara; los sublevados de esta ciudad y de Alcalá de Henares esperarían a las tropas zaragozanas, y una vez unidos a ellas se encaminarían todos hacia Madrid por Torrejón de Ardoz.



Navarra responde resueltamente al llamamiento de Mola. Los primeros requetés forman en la Plaza del Castillo.

Otra columna organizada en Pamplona había de ponerse en marcha sin pérdida de tiempo, a fin de alcanzar, al través de la provincia de Soria, los pasos de Jadraque y filtrarse con la mayor decisión posible en el valle del Henares, poniéndose de esta manera en condiciones de darse la mano con las fuerzas llegadas de Zaragoza, y de ayudar, con todos los medios de que dispusieran, a los defensores de Guadalajara.

Correspondía a Burgos organizar en el primer instante una tercera columna, la cual tendría como misión cubrir toda la región de Aranda de Duero, ocupar el paso de Somosierra y descender luego hacia Chamartín y Madrid por la carretera que atraviesa Buitrago y El Molar. Segovia venía obligada, siempre que Valladolid le enviase refuerzos, a dominar el paso o puerto de Navacerrada; y en combinación con este movimiento, el grueso de las fuerzas disponibles en Valladolid se encaminaría al Alto del León, para bajar por sus rápidas pendientes hacia la zona de El Escorial, Villalba y Torrelodones, en donde se uniría con la columna procedente de Segovia, y ambas continuarían la marcha hacia Madrid siguiendo la carretera de La Coruña. Núcleos ligeros de estas tropas flanquearían la marcha, internándose hacia los montes que dominan El Escorial. En el caso de que este grupo de columnas no pudiera alcanzar su objetivo, se detendría en la gran barrera del Guadarrama, aseguraría su dominio y allí habría de esperar la llegada del Ejército de Africa y de Andalucía que,

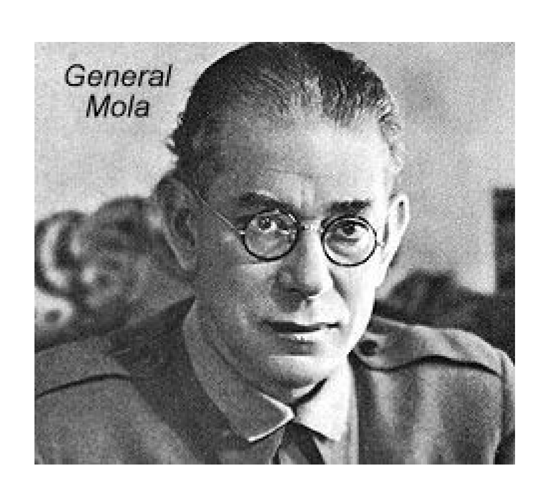
rompiendo veloz sobre las rutas de Extremadura, amenazaría por el Sur la capital de España. Los datos contenidos en el capítulo anterior acerca del resultado que ofreció el Alzamiento en las distintas guarniciones españolas permiten colegir y comprender fácilmente las variantes radicalísimas que la realidad impuso a este plan previo. Zaragoza tuvo que preocuparse urgentemente de sí misma, de su situación, porque los escasísimos efectivos con que aquella guarnición contaba se vieron en el caso de hacer frente a una agitación comunista muy peligrosa, que de no haber sido contenida inmediatamente, hubiese acabado por aniquilar el heroísmo de la guarnición zaragozana, muy chica en número, como antes se ha dicho, y con enemigos poderosos enfrente. Sobre todo, el fracaso del Alzamiento en Valencia dejaba plenamente libres los movimientos de las milicias rojas de Cataluña, y éstas se dispusieron a marchar contra Zaragoza con el ánimo de ocupar esta ciudad de extraordinario valor estratégico, llave auténtica de las operaciones militares en uno de los teatros de operaciones decisivos para España. Si Zaragoza había de actuar eficazmente sobre Madrid era imprescindible que Barcelona y toda Cataluña se sintieran amenazadas desde Valencia. Una columna nacional organizada en la capital levantina habría subido por el litoral mediterráneo, atravesaría el pasadizo o corredor que queda entre la cadena litoral de montañas y el mar, apoyándose por la izquierda en el mencionado sistema montañoso, hasta situarse en la zona de Tortosa, con lo cual vendría Cataluña obligada a parar esa gravísima amenaza y renunciaría, por consiguiente, a todo intento sobre Aragón. Descartada esta hipótesis a causa del triunfo rojo en Levante, las fuerzas marxistas y anarquistas de Barcelona, Gerona, Tarragona y Lérida, reforzadas por la incorporación de la plaza de Barbastro a la España roja, pudieron entregarse de lleno a

preparar y llevar a cabo la invasión de las tierras aragonesas y maniobraron para acercarse a las tres capitales de Aragón (Huesca, Zaragoza y Teruel); de modo especialísimo en lo que se refiere a las dos primeras. Por consiguiente, el ataque de la columna de Zaragoza contra Madrid quedó casi descartado. La resolución de los jefes quiso acometer imposibles: columnas muy ligeras salieron con rumbo al Centro, avanzaron hasta Alcolea del Pinar y Medinaceli, pero no pudieron seguir más adelante. Ni por sus efectivos ni, sobre todo, por las condiciones generales de la sublevación, podían hacer más. Así, pues, hubieron de renunciar a su objetivo, que era Guadalajara.

Otro de los hechos que determinaron una transformación profunda de los planes militares, encaminados a obtener una rápida victoria, fue el fracaso del Alzamiento en San Sebastián, capital de Guipúzcoa, donde unos grupos de Jefes y Oficiales, asistidos por escaso número de paisanos, se sacrificaron heroicamente, mientras el Mando superior les dejaba entregados al enemigo.

El triunfo militar en San Sebastián, tenido durante la época de los preparativos por rigurosamente seguro, hubiera traído como resultados esenciales estos dos: el dominio completo del campo de Oyarzun y, en consecuencia, la conquista automática de la ciudad de Irún y de toda le frontera hispano-francesa del Pirineo occidental; por añadidura, la posibilidad táctica de lanzar inmediatamente columnas maniobreras hacia el valle del río Deva, con la misión de envolver los montes de Elgueta, penetrar en Vizcaya y ocupar Bilbao antes de que los separatistas vascos y las masas socialistas de la zona industrial vizcaína tuvieran tiempo de prepararse para la resistencia. Todos los efectivos de que el

General Mola disponía en Pamplona eran necesarios para la marcha sobre Madrid. El fracaso de San Sebastián obligó a dividir las fuerzas en dos direcciones: una hacia la Sierra del Guadarrama; la otra partió de Navarra con el designio de ayudar a los sublevados de San Sebastián y ocupar esta ciudad.



Algo semejante aconteció con la columna organizada en Burgos para dominar Aranda de Duero y el collado de Somosierra. Cuando las autoridades militares de Burgos supieron que la ciudad de Santander —también considerada como lugar de éxito indudable para el Alzamiento—se mantenía fiel a las consignas del Gobierno de Madrid, hubieron de repartir hombres y armamento entre dos preocupaciones: la de ponerse en ruta hacia la capital de España y la de cubrir las líneas de acceso que desde la orla cantábrica santanderina suben hacia la meseta castellana. Finalmente, por lo que se refiere al Ejército del Norte, Valladolid se encontró en grave situación frente a los efectivos marxistas diseminados en toda la región castellana, y al propio tiempo necesitó prepararse contra la posible irrupción de los mineros asturianos que intentaban descender por León y por Palencia sobre la vieja corte de España. Por añadidura, tuvo que conquistar y retener el paso estratégico del Guadarrama conocido históricamente por el nombre de Alto del León. Estas

circunstancias hicieron que no pudieran acudir a la mencionada altura serrana tropas suficientemente fuertes para decidir los combates desde el primer momento y en la medida indispensable.

Nada debía Castilla esperar entonces de Galicia, a pesar de que las provincias gallegas se habían adscrito resueltamente al Movimiento nacional, pues dada la situación de Asturias, casi totalmente caída bajo el dominio marxista, con su capital cercada y en trance grave, pese a las previsiones y al heroísmo del coronel Aranda y de sus tropas, era natural que los gallegos destinaran la totalidad de sus efectivos a la operación de amenaza sobre los 40 ó 50.000 marxistas asturianos, muy bien dotados de armamento y sostenidos por una fuerte moral. De ahí se infiere que las guarniciones encargadas de marchar directamente sobre Madrid tenían que renunciar forzosamente a toda ayuda inicial de las formaciones de Galicia.

Estos datos, que explican con claridad las dificultades, deficiencias y quiebras de la acción emprendida el día 19 de julio por el Ejército del Norte, no completan el cuadro de aquellos instantes, porque a las adversidades que llamaríamos de carácter estratégico se añadieron otras muchas de índole táctica y administrativa, cuyo examen ha de ocupar algunas páginas de este libro.

* * *

Para una mejor comprensión de los acontecimientos es conveniente considerar como un solo bloque operante a los Ejércitos de Africa y del Sur, puesto que su acción se consideraba como sometida a un solo plan y sus verdaderas maniobras habían de empezar en el momento en que los efectivos de Marruecos se

unieran a las guarniciones andaluzas. Esta unidad hubiera sido perfecta sin la rebelión roja de la Escuadra; es decir, si el tránsito del Estrecho de Gibraltar hubiese resultado normal, o al menos fácil, desde los primeros instantes. Pero no fue así. Ya se ha dicho en el capítulo anterior que al declararse los buques de guerra en favor de la España roja, tras el asesinato en masa o la prisión vilipendiosa de los Jefes y Oficiales, quedaba el Ejército de Africa en situación de aislamiento, de donde resultaba que las tropas de Andalucía necesitaban operar urgentemente por sí mismas, sin aguardar el auxilio que de Marruecos pudiera venirles, porque la enorme agitación sembrada por el comunismo en los campos del Sur de España no abría plazos de espera a los sublevados en Sevilla, Granada, Córdoba y Cádiz.

Se encontró, pues, el Ejército nacional dividido en tres núcleos el de Africa, el del Sur de España y el del Norte, con la particularidad, importantísima desde el punto de vista militar, de que los tres se hallaban incomunicados entre sí; el de Africa, porque encontraba cerrado el Estrecho de Gibraltar entre Ceuta y Algeciras, o entre Ceuta y Cádiz, a consecuencia del dominio marítimo rojo, y tenía que limitarse por el momento al enlace puramente literario de las estaciones de «radio», de Sevilla y de Tetuán; el del Sur, respecto de las guarniciones septentrionales, porque siendo territorio rojo las ciudades de Mérida y de Badajoz, quedaban cortados todos los caminos de empalme entre las dos zonas principales del Alzamiento.

Antiguos tratadistas españoles del arte militar sostenían que quien fuera dueño del triángulo Miranda-Zaragoza-Valladolid, en el Norte, y del triángulo Sevilla-Córdoba-Granada en el Sur, podía ser considerado como victorioso en una guerra sostenida dentro del

territorio español. Las estudios geográficos militares posteriores a las campañas napoleónicas, y los que en los últimos tiempos han llevado a cabo jefes muy distinguidos de nuestro Ejército, atenúan considerablemente el valor de esas viejas afirmaciones; pero no puede negarse que esos dos triángulos históricos tienen, efectivamente, una importancia de primer orden. La posesión del primero permitió al General Mola organizar el reclutamiento y, sobre todo, una movilización relativamente cómoda y rápida en la zona Norte; el dominio del segundo permitió explotar el triunfo local del General Queipo en la ciudad de Sevilla e ir reconquistando, poco a poco, toda la campiña de Andalucía. En lo que se refiere al triángulo del Sur, hay una zona esencial, determinada por todo el curso del Genil, y sobre esa zona operaron los pequeñísimos efectivos de que disponía el General Queipo de Llano con el muy prudente objetivo de asegurar las comunicaciones entre Granada y las provincias de Córdoba y Sevilla, extraordinariamente precarias en aquellos instantes, porque las bandas de campesinos comunistas las recorrían de punta a cabo, seguras de su triunfo. La ocupación de Puente Genil y de la ciudad de Loja dejaron bastante consolidada la situación estratégica inicial del Ejército del Sur.

Como resumen de lo anterior podríamos decir que los problemas de acongojante urgencia planteados ante los jefes del Ejército nacional eran los siguientes:

a) Paso del Ejército de Africa a la Península.

b) Establecimiento de comunicaciones regulares en la línea general Tetuán-Ceuta-Sevilla-Extremadura-Burgos-Frontera pirenaica.

c) Dominio de la frontera portuguesa y de los montes y valles del Pirineo occidental limítrofes con Francia.

O sea, problema de efectivos, problema de comunicaciones y problema de fronteras. Para afrontar esta delicadísima y muy compleja situación, el Ejército, fuera de las unidades de Marruecos, no tenía otra cosa que una decisión absoluta de combatir y una fe ciega en la victoria. Casi todo lo demás que no fuera fe o decisión estaba en poder de los rojos. La cifra y calidad de los fracasos del Alzamiento en zonas y ciudades de enorme importancia demográfica, económica, política y aun geográfica, era como para achicar el corazón más templado; quien no sepa medir lo que en esos instantes significó para España la serenidad increíble del General Franco, no podrá explicarse jamás el sentido de la guerra española.

Según afirmaban los anuarios y estadísticas de 1936, España sostenía un Ejército de 145.000 hombres, integrado por ocho Divisiones de infantería, una División de Caballería, dos Brigadas mixtas de montaña, la artillería correspondiente y los servicios adecuados. Este Ejército de 145.000 hombres sólo tenía realidad en el papel. En los cuarteles, los Regimientos eran ridículos esqueletos de unidades muertas, y nuestros parques y almacenes apenas permitían pensar en mucho más de una semana de combares. Dentro de esa exigüidad el Gobierno de Madrid pudo contar en los primeros instantes con la mejora y la más abundante artillería, con casi toda la aviación y con los depósitos más considerables de fusiles de repetición y de ametralladoras. Agréguese que el almacenamiento de combustible radicaba principalmente en ciudades dominadas por los rojos, y si a todo ello se agrega el valor de la Escuadra, tendremos una idea aproximada de los motivos de pesimismo que pudieron invadir durante la última decena de julio de 1936 a algunos de nuestros mejores jefes militares. Quedaba, pues, determinado el plan de acción por los

resultados primeros del Alzamiento. Y en este punto es justo hacer notar que tuvo entonces y ha tenido después enorme importancia, tanto en el orden militar como en el económico, el hecho de que el Ejército nacional, o sea el General Franco, dominara la meseta superior de España y fuera dueño de la Sierra de Guadarrama, porque, como dice con gran acierto en su *Geografía militar de España* el teniente coronel de Estado Mayor Sr. Díaz de Villegas[6], «la meseta superior, con su economía rural y agraria, frente a los ribazos litorales de más próspera riqueza, aparece orientando los destinos de España, y la Sierra de Guadarrama surge otra vez como sólido obstáculo entre ambas submesetas».

En medio de un entusiasmo popular indescriptible y de dificultades que afortunadamente no fueron conocidas sino de muy pocos, se inició la organización de las columnas militares que habían de acometer la resolución de aquellos tres grandes problemas apuntados más arriba.

En realidad, se contaba con muchos combatientes dispuestos al sacrificio de su vida, pero no se puede decir sin exageración que, fuera del Ejército de Africa, hubiera soldados. Es, por consiguiente, justo, cuando se habla de los efectivos movilizados en aquella época, decir que se contaba con esta o aquella cifra de hombres, pero sin asegurar que las unidades iban integradas por soldados auténticos. El soldado es el hombre que comprende y conoce la guerra; los valerosísimos voluntarios de la primera época tenían del combate, de la maniobra, del fuego y de la trinchera, una idea puramente literaria y romántica.

---

[6] Cuando la nueva edición de esta Historia sale a la luz, el Sr. Díaz de Villegas es General de División y desempeña con admirable acierto la Dirección General de Playas y Provincias Africanas.

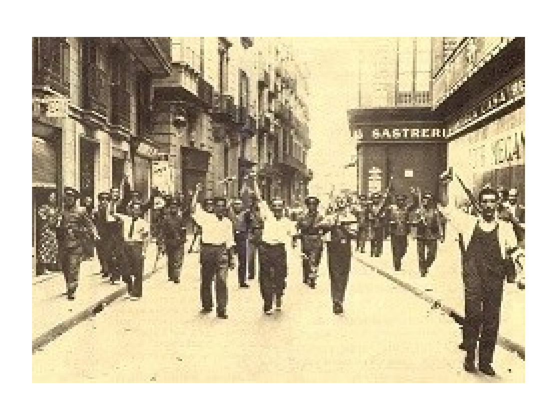
Llevados muchos jefes de una extraordinaria buena fe, impulsados por un sublime coraje, pero deficientemente informados sobre la inmediata realidad española, creyeron suficiente la organización de columnas ligerísimas que, con su sola presencia en los lugares de las acciones previstas, debían, casi automáticamente, ir ensartando victorias en las puntas de las bayonetas. Un hecho de trascendencia entonces incalculable vino a trastrocar por completo el problema. Me refiero a la decisión tomada por el Gobierno rojo de armar al pueblo, entregando a las organizaciones sindicales de carácter extremista todo el material de guerra existente en los parques militares. Esa entrega de armas y municiones a las masas socialistas, anarquistas y comunistas, no fue una improvisación de los gobernantes rojos, sino cosa estudiada y decidida desde el mismo día 16 de febrero de 1936, en que el Frente Popular se consideró triunfante al través de unas elecciones generales. Los gobernadores de las cincuenta provincias españolas tenían la orden y conocían la consigna de que ante la primera noticia de sublevación militar habían de entregar al pueblo el armamento del Ejército y procurar un ambiente de fraternización entre las milicias proletarias y los soldados de los regimientos. Como puede verse, nos hallábamos en presencia de los mismos métodos empleados por la revolución rusa. Por otra parte, el Gobierno del Frente Popular venía autorizando regularmente la adquisición de armas —pistolas, fusiles de repetición y ametralladoras— destinadas a los Sindicatos; la Dirección General de Seguridad conocía esos depósitos irregulares y la cantidad de armas que en ellos iban entrando semanalmente.

Dirá alguien que, tomadas las cosas desde el punto de vista del Frente Popular, era lógico y de elemental necesidad armar al pueblo, y que hubiera sido pueril dejar inermes a los elementos que

habían de defender las posiciones políticas y sociales del marxismo y de la República.

Admitida esta observación, cabe pensar que el Gobierno de Madrid hubiese movilizado, en efecto, todas sus masas sindicales, pero a condición de militarizarlas, organizarlas y encuadrarlas en formaciones profesionales, creando así desde el primer día un Ejército regular, disciplinado, sujeto a las normas, deberes y exigencias de la vida castrense. Hizo todo lo contrario. Los fusiles, bombas de mano, pistolas, ametralladoras, y aun los cañones, pasaron a los Sindicatos, sin que el Gobierno se reservara la menor vigilancia en el reparto y empleo del armamento; por eso, en lugar de nacer un Ejército —que meses después se empeñaron en organizar—, salió a las calles y a. los campos una horda sin ley y sin mandos. Esto, que en el orden psicológico representó un considerable contratiempo para las guarniciones sublevadas y mudó el rumbo de muchos sucesos en los primeros días de la guerra, acabó forzosamente por ser el origen de todos los desastres marxistas, el motivo de su confusión, de su deshonor y de su inevitable aniquilamiento. Cuando varios meses después del 18 de julio de 1936 el Gobierno de Madrid pretendió reaccionar y llenó los papeles oficiales de altisonantes decretos encaminados al sometimiento de las milicias sindicales, ya era tarde; nadie hacía caso: se habían producido los asesinatos de los Jefes y Oficiales militares apresados por la turba. En suma, el marxismo era víctima directa de su horda armada y empezaba a deshacerse en su propio caos. Es innegable que en aquellos primeros días de guerra, momentáneamente, el pueblo armado —el pueblo rojo, por supuesto— logró alguna eficacia. Fueron lanadas al combate decenas de millares de hombres alucinados por un afán de venganza y de sangre, impulsados por el resentimiento e

inspirados por el rencor. Aquel mismo Gobierno de Madrid que el día 18 de julio de 1936 se sintió perdido y cayó en todas las medrosidades imaginables, recobró ánimo al verse asistido por las masas ululantes. El griterío de esas masas le pareció promesa segura de triunfo, y mientras los jefes y oficiales del Ejército nacional superaban con su técnica y su patriotismo las angustias y necesidades en que estaban encerrados, los gobernantes rojos sonreían triunfantes, pensando en quiméricas Bastillas o en ilusorios Palacios de Invierno. En el fondo, aquel armar al pueblo comunista y anarquista fue un crimen y una inmensa estupidez, aun considerado el problema desde el ángulo de los intereses políticos de los rojos. Sin duda porque lo vio así, el jefe socialista más ladino pronunció aquel memorable comentario ante las espantosas matanzas de presos nacionales llevadas a cabo el 22 de agosto de 1936 en la Cárcel Modelo de Madrid: «Hoy hemos perdido la guerra».



Ese elemento nuevo —me refiero siempre al pueblo armado hasta los dientes— que aparecía en el horizonte de los combates exigió retoques y revisiones en la concepción de algunos de los planes preparados por el Ejército.

* * *

Cuando se estudian los datos relativos a la organización de

columnas en el Norte de España, y sobre todo en la ciudad de Pamplona se ve claramente que el General Mola no calculó de antemano la resistencia que podría ofrecer el proletariado marxista convertido en milicia. Así se explica que en lugar de acometer la creación de dos o tres columnas relativamente fuertes, se prefiriera el fraccionamiento de los efectivos en múltiples unidades excesivamente débiles, las cuales, suficientes sin duda para vencer al Gobierno, no estaban en condiciones de arrollar fácilmente a unas masas bastante bien dotadas de armamento y alucinadas por una propaganda que les prometía todo el Poder político y una casi maravillosa felicidad.

Nótese que reunidos en Pamplona el día 19 de julio unos millares de voluntarios, con instrucción corta y sin conocimiento seguro de la técnica del fuego, se procedió a la creación de seis u ocho columnas diferentes, y así podemos leer documentos en que se habla de las columnas de García Escámez, Ortiz de Zárate, Beorlegui, Los Arcos, Becerra, Tutor, Cayuela, Gual, Duñabeitia, Iruretagoyena, y probablemente otras más de que no hemos tenido noticia cierta. Es ocioso decir que aquel Ejército, formado indudablemente por hombres de condición heroica, tenía muy poco que ver con el concepto de un verdadero Ejército y en nada se parecía su organización a la del que luego afrontó las tremendas batallas de Teruel y del Ebro, o las maniobras de Aragón y de Cataluña. Se trataba de un conjunto de unidades caracterizadas por un curioso y simpático abigarramiento, al servicio de una fe y de un gran sentido del honor, desprovistas de los medios indispensables, dotadas de una artillería que por el número de sus piezas apenas merece este nombre, empujadas a una aventura porque iban encendidas de místico fervor español y confiadas, en suma, al talento y al valor personal de unos Jefes y de unos

Oficiales que no admiten superación.

No es sorprendente, por tanto, que la operación de llegar a San Sebastián, auxiliar a los militares sublevados y cercados en los cuarteles de la mencionada ciudad, y ocupar toda la frontera del Pirineo occidental, constituyera en los primeros quince días de operaciones un innegable fracaso, aunque los éxitos locales, los pequeños triunfos tácticos, sean para siempre honor y orgullo del heroísmo español.

Cinco días después de haber salido de Pamplona, esas minúsculas columnas, formadas por unos cuantos soldados, alguna Compañía de Requetés, tal cual Centuria de Falange, una sección de la Guardia civil y diez o doce carabineros, se encontraban con una realidad distinta de la calculada. Después de sacrificios sangrientos se veían obligadas a reorganizarse, preparar con cierta meticulosidad los asaltos y las maniobras, esperar refuerzos, solicitar material y, en fin, iniciar las acciones y reacciones propias de un Ejército.



Falangistas camino de Madrid al inicio del Alzamiento

Contemplado aquel panorama desde la altura de estos días, resulta difícil encontrar una explicación exclusivamente técnica a las continuas derrotas de las milicias marxistas en el Norte. Esas milicias estuvieron en condiciones de inmensa superioridad frente a

las columnas de Pamplona; tenían la frontera, el mar, dominaban el histórico campo de Oyarzun, que pudo ser por mucho tiempo inexpugnable; estaban servidas por ciudades y pueblos de muy densa población; tenían detrás de sí a San Sebastián como punto principal de apoyo, y a Bilbao como lejano pero eficacísimo sostén; nada se oponía a que reclutaran quince o veinte millares de combatientes; disponían del armamento propio y del que las organizaciones comunistas de Francia comenzaron a servirles inmediatamente; sus posiciones, militarmente, eran las mejores, y, sin embargo, unos núcleos volantes, cuyos soldados llevaban cien tiros en la cartuchera y la orden de administrarlos con mucha economía, unas formaciones heterogéneas, apenas instruidas y escasísimas, acabaron venciendo en toda la línea y apoderándose de la frontera, del mar, de posiciones casi inexpugnables, de la artillería, de los parques, de los pueblos ricos y de las ciudades inmediatas. No hay más remedio que acudir a reflexiones de orden moral para encontrar justificación a estos hechos, que a la luz del arte militar pueden parecer absurdos.

Mas no solamente a la moral, sino a la técnica se ha de acudir también, pues la verdad es que el marxismo dio en aquella ocasión y continuó dando después el espectáculo tragicómico de que, puesto a hacer la guerra, ni conocía el valor de los soldados, ni entendía la eficacia de las armas, ni se había tomado la molestia de estudiar el terreno. El mundo pudo ver con entera claridad que la técnica de nuestros Jefes y Oficiales iba a jugar un papel decisivo y a suplir, durante muchos meses, la inferioridad de efectivos y de material en que se hallaban.

* * *

La incomunicación de Sevilla con el Ejército de Africa trajo como inmediata consecuencia una situación militar paradójica y grave; de una parte, era urgente organizar una columna andaluza que sin pérdida de tiempo iniciase la marcha sobre Madrid; de otra, el General Queipo de Llano carecía de efectivos para crear la mencionada columna. Los muy pocos con que contaba iban siendo destinados a reprimir la sublevación comunista en los campos y a garantizar un mínimo de comunicaciones entre las diversas zonas meridionales incorporadas al Movimiento nacional. No llegaban a 200 los hombres que pudo armar durante los dos primeros días para asegurarse el pleno dominio de la ciudad de Sevilla. El ataque y conquista del barrio de Triana, habitado principalmente por obreros subversivos, exigió cierta acción de la artillería. Como refuerzo para su delicada situación, el Ejército de Africa le envió desde Tetuán, a bordo de un bimotor, doce soldados de la Legión. Y esos doce legionarios se transformaron en «toda la Legión» gracias a la propaganda que el propio General hacía desde la emisora de «Radio Sevilla», no sin que el enemigo tomara en serio aquellas palabras, pronunciadas para ocultar una realidad dramática.

Los grupos de voluntarios civiles que iban llegando a Sevilla en solicitud de armas y de órdenes salían inmediatamente hacia los pueblos de la provincia o hacia los campos vecinos para sofocar aquí un motín, aplacar allí una resistencia, evitar en un caso la organización de más fuertes defensas, impedir en otros el pase a cuchillo y el saqueo de pueblos y haciendas, con todo lo cual se iba consumiendo la ayuda que los partidos nacionales podían prestar al General Queipo de Llano. La decisión de éste y las rapidísimas medidas que adoptó permitieron someter muy pronto a los sevillanos rojos y montar algunas unidades semejantes a las de

Pamplona por su heterogeneidad y pequeñez, a las que se confió la misión de invadir la provincia de Huelva, tomar la ciudad de este nombre, adueñarse de la zona minera de Ríotinto e iniciar los preparativos nada menos que para la marchar rumbo a Madrid.

Ciento ochenta soldados de la guarnición sevillana, un centenar de combatientes venidos de Africa a bordo del destructor «Churruca» y de algún viejo avión; otro centenar de falangistas voluntarios, cincuenta guardias civiles, dos cañones y un carro blindado, constituyeron en los primeros días del Alzamiento todo cuanto se llamaba pomposamente «Ejército del Sur». Con esos elementos se ganó Sevilla, se pacificó el campo, se recorrió la provincia de Huelva, se tomó la ciudad de este mismo nombre, se consolidaron las comunicaciones entre Sevilla y Cádiz, se socorrió a Córdoba angustiada y se defendió la línea de comunicaciones con Granada. Es muy natural que el General Queipo de Llano haya comentado: «A veces me frotaba los ojos para convencerme de que no estaba soñando».



El General Queipo de Llano ante la radio

* * *

¿Qué hacía entretanto el Gobierno de Madrid? Tras el susto y casi colapso del primer momento, había recobrado algún ánimo después de ver el fracaso de la sublevación militar en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Santander y Asturias. Empezaban, además, a llegar hasta él las adhesiones y alientos de los centros internacionalistas extranjeros; se encontraba dueño de muchos más elementos que el Ejército. Desde la máxima depresión pasó, pues, a una especie de optimismo desenfrenado. El día 22 de julio anunció por medio de sus emisoras de «radio» que estaban en disposición de salir de Madrid cinco fuertes columnas militares destinadas a vencer al Ejército en Toledo,

Valladolid, Zaragoza y Burgos. Las primeras escuadrillas de bombardeo comenzaron a visitar con sus bombas algunas de las ciudades calificadas ya como adictas al Movimiento nacional. Entre las tripulaciones asesinas de la Escuadra y los gerifaltes del Gobierno se cruzaban mensajes de congratulación. Zaragoza conoció dos bombardeos aéreos en cuatro días. El aeródromo barcelonés del Prat de Llobregat empezaba a colmarse de aparatos franceses. Barcelona asistía a los espectaculares desfiles de las milicias anarquistas encargadas de invadir los territorios de Aragón. Seis mil milicianos se concentraron el día 24 de julio en los llanos de Villalba, próximos a Madrid, para atacar a los 300 ó 400 nacionales que defendían el paso guadarrameño del León. Una columna mandada por el teniente coronel Mangada se puso en marcha en las calles de Madrid y anunció que llegaría hasta la ciudad de Avila. El Ministro de la Gobernación declaró solemnemente el día 24 de julio que las milicias rojas eran dueñas de Córdoba. Barcelona comunicó que marchaban sobre Zaragoza 7.000 hombres, y que como reserva inmediata salían otros 3.000 en columna motorizada. Los corresponsales de guerra que acompañaban a las milicias del comunismo describían fantásticos aniquilamientos de las columnas nacionales procedentes de Burgos y de Pamplona. Y decían que en cinco días habían reducido el poder del Ejército nacional a la quinta parte de sus efectivos iniciales.

Entre todas estas invenciones había, sin embargo, una verdad: los rojos reunían, en efecto, muchos combatientes; Madrid y Barcelona parecían estallar de hombres movilizados para la lucha. Ya que no les era posible mandar al encuentro de las pequeñas columnas nacionales Batallones bien instruidos y encuadrados, enviarían al menos masas compactas, con orden de

cerrar el paso a la marcha de los atacantes.

La iniciativa de las operaciones —y éste es un dato que no se puede olvidar— pertenecía con plenitud al Ejército, aunque la desproporción de fuerzas en su contra fuera enorme. Pero muy pronto se presentó en el campo nacional el agobiante problema de la falta de municiones en tales proporciones que dio lugar al famoso telegrama dirigido por el General Mola al coronel García Escámez, jefe de la columna situada en Somosierra: «Imposible enviar munición. Tengo 26.000 cartuchos para todo el Ejército del Norte».

Versiones muy autorizadas coinciden en afirmar que la gravedad del momento y la inminencia de un irreparable fracaso no pasaron inadvertidas para nuestros jefes militares más descollantes. Efectivamente, había muchos más argumentos de hecho en favor de una interpretación pesimista que de una razonable esperanza. ¿Se renunciaría a todo? ¿Se replegarían las fuerzas sublevadas a las montañas del Pirineo navarro, con el designio de resistir allí hasta la muerte inevitable?

En aquellos momentos un hombre, un General indudablemente extraordinario, conservaba toda su serenidad y forjaba planes destinados a salvar a España. Este hombre iba a acometer la resolución de uno de los tres grandes problemas a que hemos aludido en este mismo capítulo: el del paso del Ejército de Africa al territorio peninsular. Sólo mediante la incorporación de las fuerzas de la Legión y de las tropas Regulares indígenas podía ser transformado el panorama inicial de la guerra.

Al despacho del General Franco en Tetuán llegaban mensajes de todas las guarniciones sublevadas. Los telegramas que traían malas noticias pasaban —dice el General Millón Astray— muy

arrugados a los bolsillos del pantalón de Franco. Este los había leído sonriente, sin mostrar la menor emoción y sin dar cuenta a nadie de la gravedad de los informes. En ese ambiente de zozobra, el que meses después había de ser Caudillo de España organizó el in creíble «paso del convoy».

Esta maniobra —comenta el antes citado General MiIlán Astray— tiene la característica propia del genio y la decisión de Franco; porque en aquellos momentos, ante la situación de España, con tan escasos elementos y con toda la aviación española en poder de los rojos, la idea era en sí misma atrevidísima, y, sin embargo, se corrió el riesgo de utilizar la vía aérea y se llevó a la práctica, complementándola con el transporte por mar. Para escolta del convoy de navíos que habían de llevar las tropas sólo contaba con dos pequeños barcos leales, y, en cambio, los rojos tenían toda la Escuadra, que cruzaba afanosa el Estrecho con sus veloces destructores. A pesar de todo, Franco, el día 5 de agosto, decidió pasar, en contra de lo que parecía aconsejar una elemental prudencia. Para ello argüía «Yo tengo sólo dos barcos y un pequeño puñado de aviones, pero van tripulados por hombres de honor con ideales, y los barcos y los aviones de los rojos van tripulados por asesinos, y los asesinos son cobardes».

El día 5 de agosto de 1936 se hizo el milagro.

Tenían los rojos en su poder 29 unidades de la Marina de guerra —un acorazado, tres cruceros, trece destructores y doce submarinos—, mientras que el General Franco disponía teóricamente de tres —un acorazado en reparación (el «España»), un crucero («Almirante Cervera») y un pequeño destructor («Velasco»)—; digo que teóricamente, porque estas tres unidades

se encontraban en el Norte, cuidando de apoyar los movimientos de las columnas de Pamplona sobre Irún y San Sebastián por medio de bombardeos más eficaces desde el punto de vista moral que desde el práctico. Por consiguiente, el mar gibraltareño y tangerino era de pleno dominio rojo y sobre él nada podían, aparentemente, los hombres del Movimiento nacional. ¿Cómo trasladar las tropas de Africa a las costas de España? Los destructores marxistas vigilaban incesantemente el Estrecho y bombardeaban nuestras plazas africanas. La aviación del Gobierno de Madrid reiteraba sus vuelos sobre campos y ciudades. Tetuán, Melilla y Ceuta conocieron pronto el acre olor de la trilita lanzada desde el aire. Sobre los aeródromos marroquíes tenía Franco unos cuantos aeroplanos «Bregues» de tipo anticuado, con mucho cansancio en las alas. En cambio, el Frente Popular había conseguido que desde París le enviaran, gracias a los buenos oficios del Presidente del Consejo (León Blum), y del Ministro del Aire (Pierre Cot) 25 aviones de bombardeo flamantes y de modelo muy reciente; en Marsella iban a embarcar, rumbo a Barcelona, 26 aparatos más. Franco no podía aspirar a tales refuerzos, pero necesitaba al menos contar con alguna escuadrilla de bombardeo, porque sólo así se decidiría a intentar la gran proeza que su mente iba madurando. Una gestión afortunada permitió disponer de nueve trimotores italianos del tipo «Savoia 81», que el día 30 de julio tomaron tierra en el aeródromo de Nador. En su íntima angustia, consumida silenciosamente para no inspirar inquietudes a los demás ni restarles una brizna de fe, el General Franco, informado de la llegada de aquellos nueve trimotores, debió pensar que su magnífica estrella estaba luciendo con más esplendor que nunca.

—Ahora —comunicó— vamos a pasar el convoy.

Al oír tales palabras no hubo técnico ni hombre avezado a las aventuras de la tierra y del mar que no desaconsejara el proyecto. Empezaron a brotar las dificultades reales, realísimas, de la empresa. Quién más, quién menos, todos pensaron que aquel intento tocaba en los límites de la locura. Franco insistió:

—Tiene que pasar el convoy.

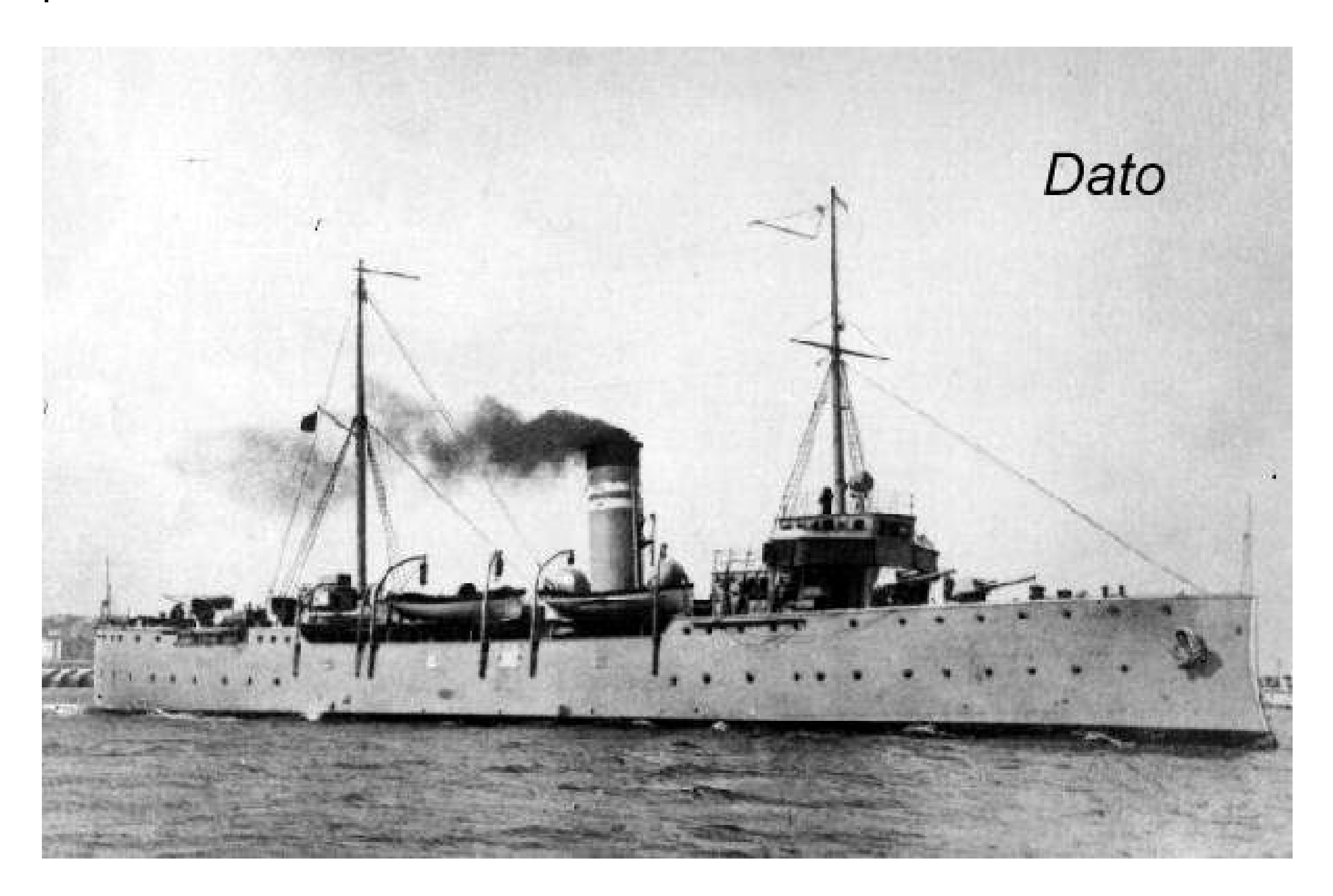
Iban precipitándose las horas difíciles y la suerte de España se estaba jugando en términos de indescriptible congoja. Uno de los mejores técnicos de la flota española fue llamado a Tetuán para que informara sobre el envío de tropas a la Península por el Estrecho de Gibraltar. El informe no pudo ser más sombrío. Franco atajó:

—Sí, sí. Lo que me dice usted es cierto; pero las fuerzas del Tercio y las unidades indígenas tienen que pasar a la otra orilla.

El marino insistió. Era verdad que habían llegado unos trimotores. Pero, en primer término, su número resultaba muy corto. El enemigo poseía muchos más. En segundo lugar, la lucha de un avión contra un navío de guerra era muy incierta para el avión. Si tenía la fortuna de hacer blanco exacto con una bomba de gran potencia sobre alguna de las partes vitales del buque, podría alcanzar un resultado magnífico. Pero ¡era tan difícil la exactitud en un bombardeo aéreo contra naves de 30 nudos de velocidad! Los destructores y los cruceros rojos poseían cañones antiaéreos y buenas ametralladoras; nuestros trimotores no soportarían acaso el fuego de los navíos. Por otra parte, los barcos que debían transportar las fuerzas militares desde Ceuta a Algeciras eran de poco andar. Para protegerlos directamente no se disponía más que del cañonero «Dato», un cascarón de nuez frente a las fuertes flotillas enemigas.

Testigos presenciales del informe y del diálogo sostenido entre el General Franco y sus consejeros técnicos refieren que al llegar las opiniones a este punto dijo el General por todo comentario

—Bien, bien; pero no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy de tropas y de material debe pasar con la máxima urgencia. Yo les aseguro que pasará.



* * *

Amanecía el 5 de agosto de 1936, fecha en que la ciudad de Ceuta celebra la fiesta de su Patrona, Nuestra Señora de Africa. En el mar vigilaba la Escuadra roja. Por informaciones muy seguras se sabía que estaban al acecho y en condiciones de llegar rápidamente frente a Ceuta y Algeciras los siguientes buques rojos:

acorazado «Jaime I», con sus 16.400 toneladas de desplazamiento y su artillería gruesa, constituida por ocho piezas de 305 mm; los cruceros «Libertad» y «Cervantes», de poderoso artillado y 9.000 toneladas de desplazamiento; los destructores y submarinos que días antes habían fondeado en el puerto de Tánger y que recibieron, desde Cartagena y desde las aguas de Melilla, el refuerzo de otros tres destructores tipo «Almirante Antequera», con velocidad de 36 nudos; a todos ellos había que agregar tres submarinos y varias unidades destinadas a servicios auxiliares.

Para combatir contra esa flota, Franco tenía el cañonero «Dato», con sus 1.300 toneladas de desplazamiento, el viejísimo torpedero «19», de 190 toneladas, y el guardacostas «Kert», absolutamente inútil para la empresa que Franco iba a acometer. Mandaba el «Dato» un capitán de corbeta: D. Manuel Súnico y Castedo. Este héroe nos ha brindado el siguiente relato del paso del convoy:

«En la noche del 4 de agosto de 1936 recibí una orden telegráfica del jefe de las fuerzas navales disponiendo que estuviese listo para salir y con el ancla a pique a las cinco y media de la mañana siguiente, día 5 de agosto. Las tropas que debían pasar a la otra orilla del Estrecho embarcaron de noche. Mandé aviso al remolcador «Benot» para que a las cinco estuviese a mi costado, a fin de despegarle la popa, y quedé muy sorprendido al saber que tenía a bordo una batería de artillería y algunas fuerzas; entonces me enteré igualmente de que el mercante «Arango», muy lento, formaría parte del convoy, con lo cual desaparecía la homogeneidad en cuanto a la velocidad de los transportes.»

»Designé a los tenientes de navío Miquel, Boado y Corral, y al alférez de navío Lazaga, para conducir, respectivamente, los

mercantes «Arango», «Ciudad de Algeciras», «Ciudad de Ceuta» y «Benot». Establecí un sistema de señales para ser izado por cualquier buque que avistase a otro enemigo. El teniente de navío Planelles fue destacado a Punta Gris como auxiliar de la observación de tiro. Poco después se me presentó el teniente de navío Blanco para transmitirme la orden de que la salida se aplazaba hasta las quince horas y treinta minutos. La causa de la suspensión era que el «Lepanto» (destructor moderno perteneciente a la flota roja), tocado por una bomba de aviación, había entrado en Gibraltar para evacuar bajas y se esperaba su salida inmediata.

»Próxima la hora, el mismo teniente de navío se acercó al guardacostas «Kert» en un bote, y luego a nosotros, para comunicarnos la orden de salida, que se haría en esta forma: guardacostas «Kert», cañonero «Dato», mercante «Arango», remolcador «Benot» y motonaves correos «Ciudad de Alicante» y «Ciudad de Ceuta». A poco de navegar, debido a la fuerte marejada de Levante, el remolcador «Benot» se vio obligado a volver. En este momento volaron sobre el convoy un «Dornier» —en nuestras bases de Africa había unos cuantos tipos antiguos de hidros «Dornier»— y un trimotor que en seguida desaparecieron. A causa de su poca velocidad, el «Arango» quedó pronto en cola, por lo que tuve que llevar desde que salí las máquinas a media. El rumbo era Punta Carnero. Las diferencias de velocidad hicieron que la formación se convirtiese en una línea en fila de grandes intervalos; los correos pasaron al «Kert», y observando que se alejaban solos, puse toda velocidad para protegerlos, pasando al «Kert» y colocándome en el centro de la línea.

»Al encontrarme como a unas cinco millas de Punta Carnero

apareció un destructor enemigo que venía como de Tarifa y que resultó ser el «Alcalá Galiano», arrumbado a la cabeza del convoy y a mucha velocidad. Hizo varias descargas con sus piezas de proa al correo que iba en cabeza. Y en ese momento metí a babor, atravesando la línea del convoy y marcando al «Alcalá» como a unos 45 grados por babor. El destructor metió a estribor, rompiendo fuego el «Dato» al meter la caña con el máximo alcance de sus piezas. Poco antes se había unido al convoy el torpedero «19», salido de Algeciras a nuestro encuentro.

»El combate continuó a rumbos paralelos próximamente y de vuelta encontrada. Apenas el «Dato» rompió el fuego, el destructor, que casi había centrado a los correos, dirigió su tiro sobre mí; dada su velocidad, al poco tiempo pasó tras el buque cola del convoy, como a unos 1.500 metros de él; entonces metí la caña a estribor para continuar el combate a rumbos paralelos y de la misma vuelta. El «Kert» también rompió el fuego sobre él con su única pieza. Desde el vapor «Arango» se le hizo igualmente fuego con ametralladora y fusilería, ya que le pasó, como digo, bien cerca.

»En esta fase del combate fue muy preciso el tiro del «Dato», viéndose cómo los piques cubrían de muy cerca la amura de babor del «Galiano». Trató éste de entrar en la bahía de Algeciras, pero sin duda debido a la precisión de nuestro tiro, metió para afuera, alejándose hacia Levante.

»El combate duró aproximadamente una media hora y se dispararon más de 100 proyectiles.

»El convoy entró, sin otra novedad, en el puerto.»

* * *


El Capitán de Corbeta Súnico, Comandante del «Dato»

Mientras acontecía todo esto que el marino español relata con tan ejemplar sobriedad, el General Franco, que había dado su adiós y deseado la buena suerte a aquellos héroes, saludándoles con el brazo en alto desde su puesto de observación del Monte Hacho (Ceuta), sonreía seguro y feliz de la victoria. Allí, junto a la ermita de San Antonio, acompañado del General Orgaz, del General Kindelán, de su Estado Mayor y de sus ayudantes, asistía a la portentosa aventura de aquellos cinco barquitos, tan solos en los caminos de la mar.

Es obvio, visto el desarrollo de esta operación, preguntarse si el convoy hubiera podido pasar, en efecto, frente a una flotilla moderna, bien dotada de artillería, muy veloz y mandada por técnicos. La respuesta es clara: no; no hubiese sido posible la hazaña, porque el desequilibrio de fuerzas era tal que de antemano quedaba asegurado un fracaso completo del intento. Pero en este punto reside precisamente la claridad del talento militar de Franco. Antes de resolverse a pasar las tropas por el Estrecho de Gibraltar con una protección tan débil, había calculado muy bien todos los elementos de tan dramática y difícil situación. Sabía que la Escuadra roja estaba desprovista de mandos. Tras el fusilamiento de los Jefes y de los Oficiales, desapareció absolutamente la técnica a bordo de los navíos marxistas. Energúmenos de las clases

subalternas o frenéticos ilusos, espoleados por una insensata ambición, creyeron que el mando de un buque de guerra podía improvisarse alegremente. Una masa de marineros enloquecidos, sin moral ninguna, satisfecha de haber roto los vínculos de la disciplina, corría de aquí para allá, arreglando el tiro de los cañones según su antojo, maniobrando —si aquello era maniobrar— sin ton ni son, y, en fin de cuentas, cada uno de los tripulantes se creía el comandante del buque, con lo cual todos eran a dar órdenes y ninguno a obedecer.

Tuvo gran influjo en el paso del convoy el terror, casi supersticioso, que infundieron los trimotores de bombardeo. Los marineros sublevados desconocían totalmente la eficacia real del fuego aéreo contra una flota en movimiento. No ya la explosión de las bombas, sino el estrépito de los motores y el vuelo bajo de los aviones —aparecía que iban a segarnos la cabeza», dijo uno de los marineros del «Alcalá Galiano» en Tánger—, produjeron espanto en la Escuadra roja, y así, si en alguno de los sublevados quedaban restos de combatividad, desaparecieron muy pronto para dar paso a una incontenible oleada de pánico.

No se explica, si no tenemos en cuenta otra circunstancia bien aprovechada por el General Franco, que la aviación roja, mucho más numerosa que la nacional, estuviera ausente del Estrecho de Gibraltar en ocasión tan extraordinaria. Esa otra circunstancia que aclara las cosas es la sorpresa, elemento de incalculable profundidad en todas las batallas. Franco sorprendió al enemigo; eligió el instante justo para la operación, midió los tiempos, organizó una excelente información previa acerca de la situación de los barcos rojos, estableció los contactos indispensables con los centros de la Península que debían tenerle al corriente de las

posibilidades enemigas, y cuando estuvo seguro de que podía disponer de la sorpresa dio la orden: ¡Adelante el convoy!

En definitiva, el genio militar de un gran jefe reside precisamente en llegar a ser más fuerte que el enemigo en un determinado punto y en un momento dado. Esa superioridad no alude solamente a los efectivos disponibles, sino a otras muchas condiciones, de orden moral y psicológico, que frecuentemente superan y anulan las diferencias materiales. Así, por ejemplo, los marinos sublevados en Kronstadt el año 1917 por órdenes de Lenin y de Trotsky no triunfaron en Petrogrado merced a su mayor masa de efectivos ni a su mejor calidad como combatientes. Cuando el General Korniloff intentó apoderarse de la capital de Rusia y aplastar allí a los bolcheviques, llevaba consigo cuadros de oficiales y batallones de soldados en número suficiente; lógicamente, el triunfo debió ser suyo. Pero la moral que le acompañaba era débil; no marchaba impulsado por una gran fe; basta con recordar que puso su jerarquía a las órdenes de un pobre hombre llamado Kerenski. En esas condiciones, los marinos de Kronstadt, alentados por su impera revolucionario, empujados al combate por su afán de venganza y por su ambición de poder político, aniquilaron fácilmente al General vacilante e incapaz de mandar.

Con medios muy inferiores a los que pudo reunir Korniloff, con posibilidades de acción más débiles, Franco, el General español, aseguró desde el primer momento la victoria. Tenía una moral superior, una fe perfecta, una convicción limpia, un espíritu elevado, una finalidad nobilísima, y al servicio de todo ello puso una técnica exacta, un carácter de acero y una condiciones de mando que no en vano habían llamado tan poderosamente la

atención del mariscal francés Lyautey.

* * *

5 de agosto de 1936. Ya han desembarcado en Algeciras las tropas del convoy. Son soldados de la Legión y moros de las tropas Regulares indígenas; 2.500 hombres, aproximadamente. No había lugar para más en los transportes, porque ocuparon mucho espacio la artillería, las cajas de municiones, las ametralladoras, los equipos de Sanidad, los servicios de Ingenieros. Dos mil quinientos hombres que, si no se tratara de unos combatientes excepcionales, quedarían ahogados en medio de la marea revolucionaria que estaba invadiendo a España.

En Jerez y en Sevilla había otros tantos, también legionarios y moros Regulares. ¿Cómo consiguieron pasar el Estrecho? Nos encontramos aquí ante otra de las decisiones geniales de Franco. Cuando aún no existía la menor posibilidad de sorprender a los rojos, ni de organizar y pasar el convoy marítimo, dio el General en pensar que podría iniciarse el transporte de tropas por el aire. Cierto que no había en Tetuán sino tres viejos «Breguet 19», muy fatigados. Pero el momento no admitía dudas ni, por otra parte, había términos de opción; en consecuencia, iba a intentarse el empleo de aquellos aviones anticuados y lentos.

En ellos empezaron a trasladarse de Africa a España pequeños núcleos de tropas de vanguardia. Iban los soldados cargados con sus fusiles y con sus dotaciones de cartuchería; alguna vez se hacían acompañar de una ametralladora y hasta de tal cual cañoncito de trinchera. El primer día dieron el salto desde Tetuán a Jerez. Había salido bien. El segundo salto fue a Sevilla. De pronto, tomó tierra en el aeródromo de Sania Ramel (Tetuán)

un buen aparato, marca «Douglas», que prestaba servicio en las líneas aéreas españolas. Al estallar el Movimiento, los rojos quisieron emplearlo como avión de bombardeo. El heroísmo del capitán Vara de Rey, descendiente del héroe inmortal que defendió la posición del Caney en Santiago de Cuba y murió vitoreando a España, consiguió inutilizar el motor del «Douglas». Triunfante en Sevilla el Alzamiento, se procedió rápidamente a la necesaria reparación. Cuando se halló en condiciones de vuelo fue enviado a Tetuán, y así pudo acrecentarse un poco el ritmo de aquel curioso envío de tropas.

Uno de los aviadores de España, al recordar aquellos momentos, ha escrito: «Pudimos comprobar una vez más que los límites de resistencia son incalculables. Hubo piloto que llevó en su aparato a cuarenta y un hombres, con todo su armamento y su equipo completo. Nosotros mismos nos embarcamos a escondidas, metiéndonos unos a otros para que no se nos impidiera el viaje, en el afán patriótico de transportar el mayor número posible de soldados. Posible, no, porque muchas veces el avión no podía despegar ni con los más inauditos esfuerzos y habilidades, y se nos descubría la carga excesiva. Además, hasta el último momento tuvimos que conducir toda clase de material de campaña, del que se carecía en el territorio conquistado, así como bastes, equipos quirúrgicos, cocinas, «radios», teléfonos, lana, medicamentos..., y las Banderas del Tercio, con su material móvil y cañones de trinchera y ametralladoras... Cada vez eran más lejanos los campos adonde teníamos que llevar nuestra carga preciada. Mérida, Badajoz, el Tajo... ¡Qué importaba, si nuestras alas no se rendían de volar! ¡Nuestra vigilancia sobre el mar obligaba ya a los barcos extranjeros a responder a las señales usuales de guerra, identificando su nacionalidad!»

Servicios de acecho y vigilancia sobre el Estrecho, bombardeos de aeródromos rojos, transporte de tropas y de material, observación diurna y nocturna, todo esto estuvo encomendado durante los primeros días a cinco viejos «Breguet 19», a unos hidros igualmente cansinos, pertenecientes a la base de Melilla, y más tarde a esos mismos aviones, más el «Douglas» llegado de Sevilla y un «Potez» francés, apresado en Tetuán. La sensación de una potencia aérea decisiva se tuvo en Africa cuando llegaron los nueve «Savoias 81» procedentes de Italia.

La siguiente estadística dice elocuentemente todo lo que en aquellos trances hizo la Aviación española:

Mes de julio:	
Hombres transportados	2.063
Bombardeos llevados a cabo	102
Mes de agosto:	
Hombres transportados	8.453
Material trasladado, kilos	114.000
Bombardeos	191
Mes de septiembres	
Hombres transportados	9.732
Material trasladado, kilos	248.669
Bombardeos	51
Mes de octubre:	
Hombres transportados,	2.300
Material trasladado, kilos	17.295
Bombardeos	51

Mes de noviembre:

Hombres transportados	845
Bombardeos	80

O sea que durante tres meses y medio de vuelos constantes, la aviación de Tetuán trasladó a España 24.093 hombres, transportó cerca de 400.000 kilos de material y llevó a efecto 462 bombardeos.

Inmenso esfuerzo, que parece inexplicable si tenemos en cuenta los medios, más que exiguos, sencillos y primarios, con que fue cumplido. Eterna honra recibirán por ello la Aviación española y la legionaria italiana, que por aquel tiempo empezó a alistarse en nuestro Tercio de voluntarios.

Gracias a los aviadores, a los marinos de los cañoneros, de los guardacostas y de los mercantes de Ceuta; gracias sobre todo al genio militar de Franco, a su tenacidad, a su serenidad y a su capacidad de reflexión y de mando, el dominio del Estrecho de Gibraltar había pasado a manos de la España nacional; el peligroso enclave de Tánger, quiste que las maniobras internacionales han dejado inserto en la zona española del Protectorado de Marruecos, perdía la eficacia esperada por los rojos. Porque importa decir que en los días iniciales de la guerra, la Escuadra marxista pretendió tener en Tánger una segura base de acción. Quizá llegase el Gobierno de Madrid a pensar en una operación de desembarco que al través de las calles de Tánger permitiera atacar por la espalda a nuestras guarniciones de Marruecos. La energía de Franco puso término a la intriga. El General veía dibujarse ya la política del Frente Popular francés y ciertas hipocresías inglesas en favor del marxismo español; por eso, anticipándose a lo que

pudiera sobrevenir, recordó a las naciones interesadas en Tánger aquel artículo 3.° del Estatuto internacional que dice:

“La zona de Tánger queda colocada bajo el régimen de neutralidad permanente. Ningún acto de hostilidad podrá, pues, ser realizado por la zona ni contra ella, ni dentro de sus límites, ni en la tierra, ni en el mar, ni en el aire. No podrá crearse ni mantenerse en la zona establecimiento alguno militar, terrestre, naval o aeronáutico, ni tampoco bases de operaciones ni instalaciones susceptibles de ser utilizadas con fines belicosos.»

Pese a ello, los rojos continuaron disfrutando de un régimen de excepción en las aguas y en las tierras tangerinas, y Franco tuvo que jugar cartas más fuertes. Un ultimátum redactado en términos sobrios y clarísimos anunciaba que si la Escuadra roja continuaba anclada en el puerto de Tánger, los cañones nacionales iniciarían inmediatamente un bombardeo, y no hizo falta advertencia mayor. Así quedó complementada la seguridad del dominio nacional sobre el Estrecho y se aseguraron las comunicaciones entre España y Africa.

La estadística del transporte de hombres y de material por medio de aviones muestra claramente cómo a medida que avanzaban las semanas disminuía la intensidad del tráfico de guerra en las improvisadas líneas aéreas. Los barcos mercantes podían cruzar y recruzar el Estrecho con absoluta tranquilidad. Los buques rojos corrieron a refugiarse en Málaga y Cartagena. Con ello abandonaban uno de los campos decisivos de la lucha. El General Franco había obtenido la primera gran victoria de la campaña. Esa victoria había de tener repercusiones de inmenso alcance.

En su libro titulado *«La campagna dei volontari italiani»*, dice

el General Belforte:

«Ningún ejemplo demuestra mejor que éste de la guerra de España el peso que el poder marítimo ejerce sobre el destino de un pueblo en lucha. Al dominio del mar, aun cuando fue parcial y contrariado por el enemigo, obtenido por los nacionales en los comienzos de la campaña, se debe el hecho de que la revolución no fuera sofocada en su nacimiento. Y al hecho de que ese dominio no haya sido jamás definitivo y seguro hay que atribuir las complejas vicisitudes y las dificultades de la guerra.»

* * *

Ya estaba en Sevilla una parte del Ejército de Africa. El resto seguiría llegando en expediciones regulares. Franco no quería permanecer un minuto más en Tetuán. El anhelo de España le reclamaba.

Durante la última quincena del mes de julio y los primeros días de agosto de 1936, los impacientes, animados por el deseo de una victoria fácil e inmediata, no acertaban a comprender cómo el General más prestigioso del Ejército, aquel que resumía todas las esperanzas, continuaba en Tetuán. Entonces, igual que habría de acontecer más tarde en diversas ocasiones con motivo de algunas de las operaciones fundamentales de la guerra, muy pocos se explicaban las decisiones de Franco. Sin embargo, ¡qué clara fue luego la explicación para todos!... Un extraordinario vuelo de confianzas cruzó por toda la España nacional cuando se supo que el día 6 de agosto un avión de la base militar de Tetuán había aterrizado en el aeródromo de Sevilla, y que de aquel avión había saltado a tierra el General Franco, vestido con su uniforme caqui, vuelto sobre la guerrera el cuello de la camisa de legionario, orlado

el pecho con la Medalla Militar, sonriente siempre, como si todo lo que acababa de hacer, como si el gigantesco esfuerzo de enviar el Ejército de Africa a la Península, no tuviera importancia.

Uno de los tres grandes problemas planteados ante los jefes militares del Alzamiento —traslado del Ejército africano a la Península y restablecimiento de las comunicaciones entre Marruecos, y el Ejército del Sur de España— estaba ya logrado. Quedaban todavía en pie los otros dos: el de asegurar las comunicaciones normales entre ese Ejército del Sur y el del Norte, mandado por el General Mola, y finalmente el de reconquistar los territorios que abren a los españoles las puertas de Francia y de Portugal.

En el capítulo siguiente trataremos de describir las operaciones militares llevadas a cabo para alcanzar esos dos objetivos.

CAPÍTULO IV

MANIOBRAS SOBRE LAS FRONTERAS DE PORTUGAL Y FRANCIA. — MARCHA HACIA MADRID

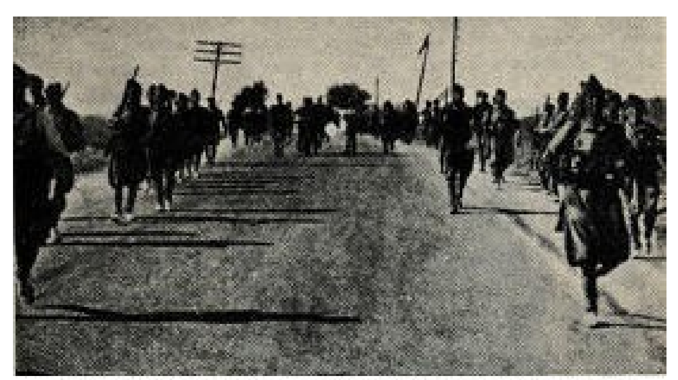
Operaciones de policía y de dominio nacional en el interior de Andalucía. — Marcha de la columna de Sevilla hacia Extremadura. — El ejército rojo pierde las ciudades de Mérida y Badajoz. — Desde las llanuras del Guadalquivir hasta el valle del Tajo. — El general Franco domina la frontera portuguesa y asegura las comunicaciones entre el Norte y el Sur de España. — Maniobras del General Mola sobre la sierra de Guadarrama y amenaza contra Madrid. — Las columnas de Pamplona triunfan en el Pirineo occidental y se adueñan de las líneas fronterizas con Francia.

El arte militar y la indomable tenacidad del General Franco han logrado situar, según hemos visto, unos cuantos millares de hombres en las bases andaluzas de Sevilla y Jerez. Poca cosa, sin duda, si tenemos en cuenta las diferentes misiones que han de cumplir, pero extraordinaria si la comparamos con la poquedad de los medios que el Sur ofrecía en los primeros días del Alzamiento.

La primera fuerza marroquí que llegó a España —el día 19 de julio— fue el primer Tabor del Grupo de Regulares de Ceuta, núm. 3. Lo mandaba el comandante Oliver. Sumaba 475 hombres —incluido un Escuadrón a pie— y figuraba en la expedición el capitán Gómez Zamalloa. Llegaron a Cádiz a bordo del destructor «Churruca». Apenas desembarcado el último hombre del Tabor, el buque de guerra se hizo a la mar y la tripulación se sublevó contra

sus jefes.

¿Qué podían hacer los 500 hombres de Africa, pese a su maravillosa calidad como soldados, frente a una situación tan compleja y difícil como la que se presentaba en el Sur de España? El General Varela era dueño, efectivamente, de Cádiz, mas la precariedad de su triunfo saltaba a la vista. Hubiera querido retener bajo su mando aquella pequeña columna. Pero creyó oportuno enviarla a Sevilla y defenderse con sus propios medios, porque Sevilla pasaba por trances inquietantes. La llegada del comandante Castejón, con una Bandera de la Legión, representó un esfuerzo decisivo para el General Queipo de Llano. Acudían desde los pueblos de la comarca núcleos de voluntarios y se iban incorporando algunas fuerzas pertenecientes al Cuerpo de Asalto y a la Guardia civil. Con ellos, más algún carro blindado, una batería mandada por el capitán Esquivias y el teniente Alfonso Alarcón, elementos primarios de Ingenieros, tal cual grupo de falangistas y unos cuantos requetés, se constituyó el día 28 una columna que tenía como efectivos principales los de la Bandera, mandada por Castejón. Se trataba de fuerzas muy ágiles y elásticas, dotadas de excepcional combatividad, a las cuales se les confió el empeño de ir dominando los pueblos de la campiña sevillana y la tarea de conquistar la provincia de Huelva. El día 29 de julio la ciudad de Huelva cayó en poder del Ejército nacional. Mediante esfuerzos incansables, que alcanzan la máxima tensión, se restablecen las comunicaciones entre Huelva y Sevilla, aunque de modo muy elemental y con riesgo evidente de que las bandas de milicianos armados las corten a cada paso. Para evitarlo se forman grupos volantes de voluntarios que recorren durante el día y la noche toda la región.



El Tercio avanza por las carreteras andaluzas

Mientras tanto, Córdoba y Granada reclaman ayuda. Si no la reciben rápidamente es posible y aun probable que sucumban ante las masas de milicianos que las atacan y las cercan. El Gobierno de Madrid ha concentrado en la zona de Jaén-La Carolina-Andújar-Linares y Montoro fuerzas muy numerosas que manda el General Miaja. Esas fuerzas están deficientemente armadas, carecen casi absolutamente de instrucción y de cuadros, dan muestras de gran indisciplina, pero tienen la superioridad numérica y van al combate impulsadas por el ímpetu revolucionario. El coronel Cascajo, gobernador militar de Córdoba, se bate contra los grupos de milicianos en los mismos alrededores de la ciudad, y aunque consigue alejarlos, los ve rehacerse inmediatamente merced a otros que llegan de la Andalucía alta y de las tierras de la Mancha. Las comunicaciones entre Córdoba y Sevilla están prácticamente cortadas. Para llegar desde la Andalucía llana hasta la ciudad de la Mezquita hay que combatir a lo largo de los caminos. Entre Sevilla y Granada, la incomunicación por carretera y por ferrocarril es completa. El Ejército del Sur se divide en varias columnas de escasísimos efectivos que maniobran incesantemente de un lado a otro; van a Córdoba, entran y salen en los pueblos del valle del Genil, corren hacia Loja, defienden las ciudades, recobran, una tras otra, las carreteras principales, envuelven los empalmes ferroviarios y llevan a efecto operaciones de policía para disolver

los núcleos revolucionarios que todavía dominan una buena parte de la comarca. La conquista de Lora del Río, Palma del Río y Posadas pone en manos del General Queipo de Llano las comunicaciones entre Sevilla y Córdoba. La entrada de las fuerzas de choque en Ecija abre la posibilidad de retener todo el valle del río Genil, sin el cual no es posible organizar las comunicaciones interiores de Andalucía. En efecto, fuerzas legionarias y marroquíes enviadas por Franco conquistan Puente Genil, y más tarde Loja, con lo cual quedan establecidas con bastante solidez las líneas de enlace entre Sevilla y Granada. El triángulo estratégico Sevilla-Córdoba-Granada va quedando consolidado en favor del Ejército del Sur; pero sobre las dos últimas ciudades pesa una amenaza que se dibuja de día en día con caracteres más alarmantes. El día 27 de julio, Córdoba es bombardeada por aparatos rojos. El 6 de agosto, el Gobierno de Madrid considera inminente la rendición de dicha ciudad andaluza. Algunos elementos de vanguardia enviados por el General Miaja llegan cerca de los puentes del Guadalquivir. Los periódicos madrileños publican informes de sus corresponsales acerca de la rendición de Córdoba. Miaja es dueño de las posiciones de Cerro Muriano y El Carpio. Sus vanguardias acampan a la vista de la ciudad. Los defensores han perdido todas las posiciones dominantes y quedan, por un momento, reducidos a la plaza. Si no se pone pronto remedio a la situación, Córdoba caerá irremisiblemente, después de sostener una lucha sangrienta en las calles. Toda la Sierra se halla en poder de los atacantes. El día 22 d e agosto, el Gobierno de Madrid comunica que «la situación de los rebeldes de Córdoba es desesperada porque están cercados y las tropas del pueblo ocupan todos los accesos a la ciudad». Pero la maniobra de Miaja es muy lenta y a todas luces incoherente. Se ve que tiene a sus órdenes una masa más o

menos dispuesta al combate, pero de ninguna manera una formación militar. Las avanzadillas del coronel Cascajo van conteniendo los ataques de los milicianos y retardando el avance. Cuando parece que Córdoba va a ser conquistada por agotamiento de los defensores, interviene decisivamente el General Varela. Se hallaba éste operando en las Sierras que defienden Málaga por el Norte y el Noroeste y allí recibió orden de trasladarse urgentemente a Córdoba. Ya había llegado a esta ciudad una pequeña columna de tropas de choque, formada por legionarios y por fuerzas moras. Al frente de ella (unos 1.000 combatientes), el General Varela planeó la reconquista de las posiciones dominantes al Norte y Nordeste de la plaza. Dada la inferioridad de efectivos, sólo mediante una sorpresa fulminante podía asegurarse el éxito de la empresa. La situación era tal que no permitía a los cordobeses abandonar la ciudad sin peligro de caer en las inmediatas guardias del General Miaja. Los rojos cometieron el error —que tantos desastres había de costarles al ser reiterado durante toda la guerra —, de organizar sus líneas sobre la carretera general de Madrid. Varela abandonó esta ruta y desvió su maniobra hacia la montaña, siguiendo los más intrincados vericuetos de las estribaciones de la Sierra. Acompañados de una exigua artillería, los legionarios y los Regulares moros se lanzaron durante la noche sobre el flanco derecho de los atacantes. Súbitamente éstos se vieron amenazados en su retaguardia, y al grito de « ¡estamos copados!» abandonaron las posiciones que dominan Córdoba, retirándose varios kilómetros en la dirección de Montoro. La presión sobre Córdoba desaparecía como por ensalmo. La Venta de Alcolea y Cerro Muriano pasaban a manos de los defensores. Inmediatamente quedaron organizadas las posiciones sobre un terreno muy propicio para la resistencia y la ciudad dejó de sentir la

amenaza directa y angustiosa del Ejército rojo del Sur.

Parecidos agobios sufrió Granada, aunque si hemos de atenernos a la documentación oficial roja de la primera época de la guerra, todavía eran más incoherentes y menos eficaces las fuerzas de que allí disponía el Gobierno de Madrid. Puesto éste en el caso de optar entre Granada y Córdoba, era lógico que eligiera la segunda ciudad como objetivo inmediato, porque para atacarla tenía a su alcance comunicaciones ferroviarias y carreteras de primer orden que permitían concentrar rápidamente los necesarios elementos de combate; por el contrario, en la zona de Granada, esas comunicaciones son escasas y difíciles, a consecuencia de las complicadas Sierras que envuelven por todas partes la vega granadina.



Sevilla: Los primeros soldados de Regulares

En consecuencia, se ordenó desde Madrid que la acción sobre Granada se llevara a cabo mediante el empleo de núcleos marxistas campesinos, los cuales deberían hostilizar constantemente los alrededores de la ciudad, mientras el grueso de los efectivos disponibles en el Sur se lanzaba contra Córdoba. De aquí que los combates en torno a Granada tuvieran durante los primeros días el carácter de encuentros entre partidas, hasta que las tropas Regulares llegadas allí desde Sevilla dieron a los

nacionales mayor respiro y suplieron su grave inferioridad numérica con una técnica infinitamente superior a la del enemigo. Sólo cuando Miaja hubo de renunciar a la conquista de Córdoba, rechazado por el fulgurante ataque de Varela, destinó algunas de sus unidades a operar en los montes de Granada; pero había pasado ya el tiempo crítico; los lugartenientes de Queipo de Llano tuvieron tiempo y medios de organizar unas líneas de resistencia, muy débiles para esperar ataques bien ordenados, pero suficientes frente a la descosida y torpe acción de los milicianos en armas. Cada uno de los núcleos combatientes tomó posiciones en la montaña y en ella permaneció durante toda la guerra, hostilizándose unos y otros de tiempo en tiempo, pero sin pretender los nacionales resultados mucho mayores en aquel territorio desprovisto de valor estratégico inmediato y sin que los rojos pudieran desembocar jamás hacia los llanos que rodean la ciudad.

Gran interés tuvieron, sobre todo con vistas al futuro, las operaciones que el General Varela acometió en las estribaciones Norte y Noroeste de la Serranía de Málaga, particularmente en dirección de Ronda y Antequera, porque no sólo contribuyeron eficacísimamente a asegurar las comunicaciones de Sevilla con Granada, sino que pusieron en manos del Ejército del Sur posiciones de muy alto valor militar, que andando el tiempo serían magníficas bases de partida para la conquista de Málaga.

A mediados de septiembre, todos los intentos rojos respecto de Andalucía estaban decisivamente contenidos; por el lado de Córdoba, con renuncia a esta ciudad; por el de Granada, el Gobierno de Madrid tuvo que retirar sus fuerzas milicianas a los montes; por el de Málaga, toda salida de los milicianos hacia el Norte o hacia el Oeste se hacía imposible ante la amenaza que

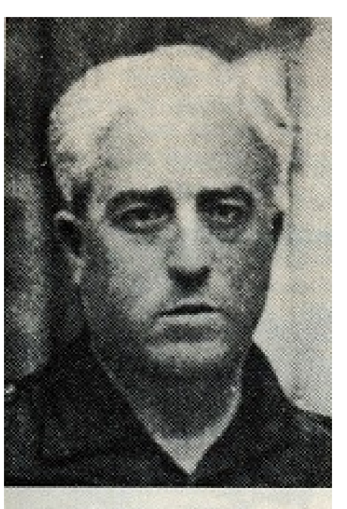
para cualquiera de las dos marchas representaban las posiciones tomadas por Varela en las Sierras de Algodonales y de Yeguas; las comunicaciones interiores de Andalucía quedaban perfectamente aseguradas y técnicamente defendidas; el teatro de operaciones del Guadalquivir, con sus amplios valles, sus tierras ubérrimas, sus ciudades y pueblos industriales, sus vastas cosechas y su rica ganadería, había pasado íntegramente a manos del Ejército nacional; éste era dueño de la importantísima cuenca minera de Ríotinto; lo era, igualmente, de las zonas pesqueras más abundantes que ofrece el Golfo de Cádiz; el tráfico entre Marruecos y la Península por el Estrecho de Gibraltar se cumplía en términos de normalidad perfecta y, en suma, lo que en los primeros días del Alzamiento era posesión precaria y alarmante de unas estrechas fajas de terreno en las provincias de Cádiz y Sevilla, se había transformado en el dominio de casi toda Andalucía, de la más rica y próspera tierra andaluza; de la que, en el curso de la guerra, había de cumplir tan importante misión en el conjunto de las operaciones y de la política nacional.

La columna de Madrid. —Hacia la frontera portuguesa.

Es claro que al verse obligado el Ejército del Sur a una gran dispersión de sus fuerzas en direcciones divergentes para asegurar el dominio de Andalucía, quedaban muy limitados los efectivos destinados inicialmente a formar la llamada «columna de Madrid», o sea, la encargada do marchar inmediatamente de Sur a Norte, para caer sobre la capital de España. Esta, que era la maniobra principal, calificada por su objetivo, no pudo llevarse a término con la totalidad de las tropas traídas de Marruecos, porque hubiera sido

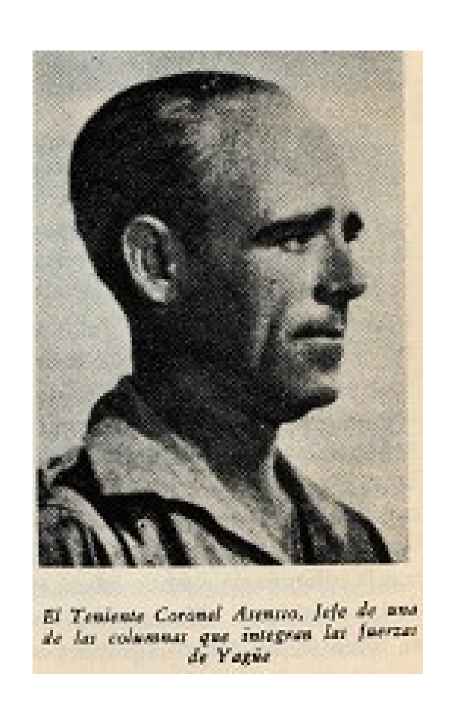
grave locura por parte del Ejército nacional dejar las ciudades, pueblos y campos andaluces, sin las guarniciones necesarias para resistir el ataque de las columnas rojas. Hubo, pues, el Mando de resignarse a lo inevitable y se conformó con organizar una columna de marcha en Sevilla, reuniendo en ella algunas de las más brillantes unidades de choque procedentes de la Legión y de las Tropas Regulares indígenas. Esa fuerza tenía por jefe al teniente coronel don Juan Yagüe, jefe de la Legión; se subdividió en dos columnas, al frente de las cuales iban el comandante Castejón y el teniente coronel Asensio. El día 2 de agosto quedó terminada la organización y los jefes pasaron revista a sus soldados en el sevillano Parque de María Luisa. Rompió la marcha el comandante Castejón, con su Bandera de Legionarios, el Tabor moro del comandante Amador de los Ríos, unos centenares de soldados de Infantería, voluntarios, una batería de campaña, un pequeño parque de municiones y los más elementales servicios de Intendencia y de Sanidad. Otro tanto representaba la columna del teniente coronel Asensio Cabanilles, El capitán don Luis Alarcón de la Lastra, retirado desde hacía tiempo y entregado a sus labores de campo en Andalucía, vistió nuevamente el uniforme de artillero y a fuerza de tesón consiguió organizar tres baterías de campaña, cuyos servidores fueron reclutados al azar, sin que nadie supiera de dónde procedían ni cuáles eran sus intenciones. A las veinte horas del día 2 de agosto se inició la marcha. ¡A Madrid! El camino es largo y en él aguardan algunas formaciones enemigas; por el momento no es posible conocer su importancia y su eficacia. La campaña interior de Andalucía ha enseñado, sin embargo, que si el Mando aplica con acierto el principio de la economía de fuerzas. mantiene en sus manos constantemente la iniciativa de las operaciones, exige de las tropas el máximo rendimiento, apura la

maniobrabilidad de las columnas, ataca incesantemente, con el espíritu ofensivo más tenso y, finalmente, consigue una movilidad tal que permita la constante sorpresa, se puede considerar segura una total victoria.


El Coronel Yagüe, Jefe de las Fuerzas Nacionales encargadas del avance desde Sevilla hacia Madrid

El camino que la columna Yagüe debe recorrer para llegar a Madrid representa unos 550 kilómetros. Las líneas de invasión que se ofrecen al Ejército del Sur son dos: una que sigue la carretera general de Madrid y atraviesa el paso de Despeñaperros, y otra, más excéntrica, definida por la carretera que va de Cádiz a Madrid, pasando por Sevilla, Mérida y Talavera de la Reina. Las condiciones estratégicas no permiten emplear la primera. La columna que la recorriera se vería obligada a avanzar en medio de un país dominado por la revolución, con los dos flancos al descubierto por falta de efectivos, constantemente amenazada por la derecha y por la izquierda, obligada a salvar la gran barrera de Sierra Morena y siempre bajo el dominio de las posiciones montañosas que se hallan en poder del enemigo. La segunda vía de marcha (SevillaMérida-Talavera de la Reina) es la lógica. Ofrece en primer término la perspectiva de alcanzar la frontera portuguesa en sus puntos vitales y cortar de raíz las Comunicaciones del

Gobierno de Madrid con el país vecino. Además, autoriza plenamente la esperanza de restablecer las comunicaciones normales o casi normales entre las dos submesetas —septentrional y meridional—, o sea, entre el Ejército de Mola (Norte) y el de Franco (Sur); es la línea aconsejada por la geografía para una fuerza que intente llegar a Madrid partiendo de la Andalucía llana al través de Extremadura.



El Teniente Coronel Asensio, Jefe de una de las columnas que integran las fuerzas de Yagüe

Desde Sevilla (19 m. de altitud), ciudad edificada en la planicie aluvial que el Guadalquivir ha formado con sus acarreos, hasta llegar a Mérida, el camino se eleva en las proximidades de Gerena a más de 100 metros, sube en Las Pajanosas a 179, en la Venta del Alto a 331, en el pueblo del Ronquillo a 337, en Santa Olalla a 516 —acusando ya niveles propios de la submeseta meridional— para alcanzar en Monesterio una altitud de 755 metros, y descender otra vez, gradualmente, hacia la vaguada del Guadiana, en donde se asienta la ciudad de Mérida. (Fuente de Cantos, 600 metros; Los Santos de Maimona, 556; Villafranca de los Barros, 411; Almendralejo, 336; Torremegía, 299; Mérida, 210).

En el antes citado pueblo de Gerena el país se eleva de

improviso, en contraste con la llanada pliocena y aluvial de la depresión del Guadalquivir; allí se presenta enhiesto un labio de la falla en cuyo borde se alzan los erosionados plegamientos de Sierra Morena, que en este trayecto sevillano no alcanzan grandes elevaciones. Esos plegamientos vienen arrumbados en dirección Noroeste-Sudeste, esto es, en sentido normal a la falla del Guadalquivir, y están constituidos por estratos de fecha arcaica y por pizarras y cuarcitas del silúrico, acribilladas y perforadas por los granitos intensivos. Los plegamientos, al par que los efectos de la erosión, actuando sobre rocas de composición y dureza tan diferente, hacen de esta zona un país quebrado y difícil. De Monesterio a Los Santos de Maimona se extienden las capas del cámbrico, constituyendo con el silúrico el más remoto paleozoico, y a más bajo nivel, en torno a los 250 metros, se ofrecen las formaciones, modernas y horizontales, ya del mioceno continental de la Tierra de Barros (Villafranca. Almendralejo), ya del diluvial en que el Guadiana aloja su cauce. Mérida misma se alza a la derecha del Guadiana —cruzado el severo y bellísimo puente romano— en la meseta granítica de Carrascalejo y Aljucén.

Se ha llegado al país de la submeseta meridional en que las capas paleozoicas constitutivas de la Meseta Central de España se muestran al descubierto, en contraste con las zonas orientales, manchega y alcarreña, de la misma en que yacen bajo los mantos terciarios y cuaternarios que los sepultan y recubren. Al Norte del Guadiana se alzan Sierras como las de Guadalupe que no son, al cabo, sino prolongación occidental de los Montes de Toledo. El territorio aparece constituido —de Mérida a Logrosán, Guadalupe y Puerto de San Vicente (800 m.)— por los arrasados y desmantelados plegamientos de la vieja cordillera herciniana meseteña, orientados en dirección Noroeste a Sudeste.

arrumbamiento general que ha decidido póstumamente del gobierno y disposición de la red fluvial, al extremo de que varios de los extraños huertos y meandros del Guadiana y del Tajo —alojado, en gran parte, en honda y longícua geoclasa— no se explican sino por la persistencia del relieve primitivo, incongruente con el teatro presente de la penillanura extremeña, la cual se mantiene en torno de los 500 metros de altitud (Miajadas, 297; Zurita, 458; Logrosán, 472; Cañameras, 611), alcanzando su máxima culminación en la Sierra de Guadalupe a los 1.558 metros.

.

Clima seco (422 mm de lluvia anual en Badajoz) y de verano caluroso es el que caracteriza a toda esta región. Se han registrado absolutas extremas de 47º en Badajoz. La media es superior a 20º de junio a septiembre; la oscilación anual es de 35º (Badajoz) o de 33° (Cáceres).

El monte está formado por quejigos, encinas y sobre todo alcornoques. Aquí se ofrece por excelencia, bajo un cielo límpido y luminoso, la más espléndida vegetación de matorral; jarales (de jara negra, jara estepa, jaguarzos), brezales, lentiscares, madroñales, etc.

Coronadas las Sierras de Guadalupe y de Las Villuercas, los terrenos paleozoicos acaban en la meseta granítica; en una parte de ella, y ahondado, se aloja el Tajo, foso natural que aquí separa el alto más extremeño de la llanura diluvial toledano-madrileña abierta sobre su margen derecha, en la que se levantan Puente del Arzobispo, Talavera de la Reina y Navalmoral de la Mata, llanada extendida hasta el pie del alto macizo de la Sierra de Gredos (Pico de Almanzor, 2.592 metros) y más al Sudeste la Sierra de San Vicente (1.322 metros). Por la planicie diluvial fluyen, con rumbo

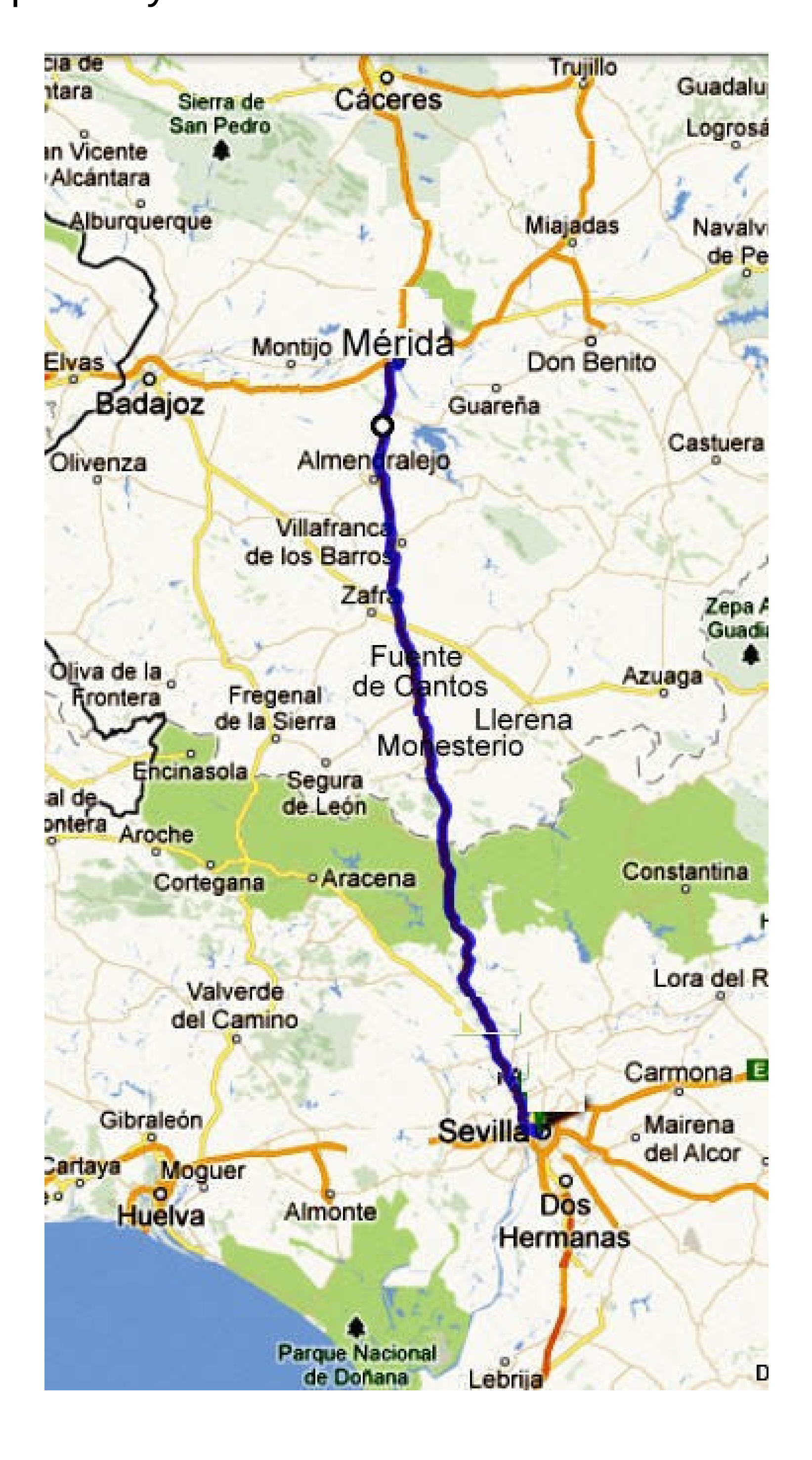
Suroeste, los ríos Tiétar y Alberche, paralelos, dejando entre ambos la Sierra de San Vicente; esos dos ríos, en sus tramos medio y superior, se encajan en hondas gargantas, labradas sobre el recio espesor de las rocas graníticas. Las fuentes respectivas del Tiétar y del Alberche, al Sur y al Norte, respectivamente, de la Sierra de Gredos, quedan lejanas, pero el río Villarejo, afluente derecho del Tiétar, y la carretera que por el puerto del Pico (1.352 metros) une Avila con Arenas de San Pedro, establecen comunicación entre ambos valles. Las aguas y la vegetación señalan otro mundo distinto del extremeño y andaluz. El pinar y el robledal serranos cubren el país carpetano en una gran parte. Al pie de ese paisaje, cruzado por las luces de un cielo diamantino, se asienta la capital de España.

Esta es, geográficamente resumida, la ruta que van a seguir los soldados que han salido de Sevilla bajo el mando del teniente coronel Yagüe. Son 4.500 hombres —una brizna—, con una capacidad militar prácticamente ilimitada. Se puede afirmar que ninguna otra Infantería del mundo, ni de estos tiempos ni de los pasados, les supera en combatividad. Cuatro mil quinientos hombres que van a cumplir esta triple misión: conquistar la frontera hispanoportuguesa, enlazar al Ejército del Sur con el del Norte y caer sobre Madrid con la velocidad del rayo.

A todas las razones de índole permanente que antes he dado en favor de esta línea de marcha viene a añadirse otro motivo de índole circunstancial que tiene un extraordinario valor. El Gobierno de Madrid, ignoro por qué, ha movilizado sus primeros efectivos meridionales en el sentido de la carretela general de Andalucía, o sea, al través de la Mancha y de las tierras de Jaén. Por la ruta de Mérida, al menos en los primeros días, los soldados de Yagüe sólo

encontrarán partidas de milicianos incapaces de sostener combate con los soldados de la Legión y con las tropas Regulares indígenas.

Todo el problema reside en forzar las etapas, acelerar el ritmo del avance, no descansar sino las horas justamente necesarias para reponer fuerzas, a fin de evitar que Madrid tenga tiempo de cambiar sus planes y de trasladar nuevos efectivos al Sur.



En efecto; la columna Castejón, que ha salido de Sevilla durante la noche del 2 al 3 de agosto amanece sin novedad el día 4 en el pueblo del Ronquillo. Ha recorrido, por consiguiente, 50 kilómetros sin encontrar enemigo. Los cronistas que acompañan a las tropas no han oído otra cosa que el rugido de los motores —la columna va sobre camiones—, los lejanos ladridos de los perros en el horizonte de la noche y el vuelo misterioso de las aves. Ciento diez Guardias civiles pertenecientes a las fuerzas de Badajoz se unen a las tropas que avanzan. Ciento diez hombres, en aquellas circunstancias, eran un refuerzo notable. Castejón y los suyos se llenan de alegría. Las tropas de Yagüe marchan organizadas en tres columnas; las mandan el comandante Castejón, que cubre el ala derecha, el teniente coronel Asensio, que integra el ala izquierda y el teniente coronel Tella, que va intercalado en el centro.



El comandante Castejón, también Jefe de columna a las órdenes de Yagüe

El día 5, los legionarios toman Llerena en la derecha, mientras Asensio ocupa Fuente de Cantos. El mismo día, el ala izquierda de marcha sube hasta Monesterio. Han pasado dos días y medio desde que se inició la maniobra en Sevilla y ya se encuentran las vanguardias nacionales a 100 kilómetros de la capital andaluza. El

Gobierno de Madrid comprende —demasiado tarde— que la plaza fronteriza de Badajoz corre gravísimo peligro. Las fuerzas de que dispone para resistir la embestida próxima están constituidas por el 16 Regimiento de línea muy rebajado de efectivos. Llega en avión, desde Madrid, el coronel Puigdengolas, con la misión de defender a toda costa la ciudad amenazada. A toda prisa se procede al armamento de los milicianos voluntarios que vienen a compensar así la escasez de efectivos de la guarnición. Quinientos hombres pertenecientes a las fuerzas de Seguridad y Guardia civil completan las disponibilidades de Puigdengolas. Este intenta crear una línea de resistencia en la tierra de Barros, apoyándose en Zafra y en Los Santos de Maimona; pero el día 6, Castejón ocupa Zafra, mientras la 16 Compañía de la Legión y los Regulares de Tetuán envuelven Santos. Las fuerzas rojas tienen que replegarse desordenadamente hacia Badajoz y encerrarse en la plaza, al amparo de sus muros. A las cinco de la mañana del día 7, las segundas líneas de resistencia apoyadas en Villafranca y Almendralejo, son envueltas mediante una operación de sorpresa llevada a cabo por las columnas de Castejón y Asensio. Núcleos ligeros cubren el flanco hacia Badajoz, y el resto de la tropa se dedica a consolidar el dominio de la Tierra de Barros. El coronel Yagüe fija para el día 11 el asalto contra la plaza de Mérida. La artillería mandada por el capitán Alarcón de la Lastra comienza el día 10 a batir los atrincheramientos rojos y los parapetos construidos apresuradamente en los alrededores de la ciudad. Se aprecia que las granadas causan daños serios. Legionarios y Regulares pernoctan el día 10 a seis kilómetros de Mérida. Antes del amanecer vuelven a ponerse en marcha y se acercan a las líneas enemigas. El plan de ataque dibuja un envolvimiento de la ciudad por el Sur, el Este y el Oeste. Los defensores lo han

comprendido y montan un contraataque encaminado a rechazar el flanco izquierdo nacional, a fin de desarticular de ese modo el dispositivo de Yagüe. El contraataque se produce en condiciones de inexorable fracaso. Los movimientos son torpes y ciegos. Se aprecia una completa falta de mandos. Unas piezas de artillería, situadas al Norte de Mérida, baten la carretera con tiro muy poco eficaz. La maniobra envolvente se lleva a cabo. Una Compañía de la 5.ª Bandera de la Legión ocupa el puente romano, mientras la columna de Asensio rebasa el caserío y amenaza las comunicaciones de los defensores. Tan rápidos son los movimientos, que los milicianos, al retirarse, no tienen tiempo para volar los depósitos de explosivos.

A media tarde, Mérida ha quedado completamente ocupada por la pequeña columna salida de Sevilla, Se encuentra ésta a 215 kilómetros del punto de partida. Y van transcurridos solamente siete días. El avance se ha caracterizado por la audacia de las decisiones y por el ímpetu de la ejecución. No hay que decir que, salvo en la zona inmediata a la marcha, las columnas no se preocupan de los flanqueos, porque semejante preocupación sería inútil. Carecen de fuerzas para cubrirse. A derecha e izquierda, las posiciones dominantes sobre la carretera son la «tierra de nadie». De vez en cuando suenan algunos disparos lejanos, señal de presencia de tal cual patrulla miliciana. Una sección legionaria o unas parejas de moros enviadas hacia el lugar de donde han partido los disparos bastan para que la patrulla rehúya todo encuentro y desaparezca.

El día 12, muy de mañana, Yagüe ordena una conversión hacia el Oeste. Se abandona la carretera de Sevilla y se toma la de Portugal. Asensio y Castejón, con un dispositivo semejante al

adoptado para avanzar hasta Mérida, se vuelven sobre Badajoz. El teniente coronel Tella guarda la posesión de Mérida. En el Cuartel general del teniente coronel Yagüe se han recibido informes seguros acerca de un intento de reacción roja contra las columnas atacantes. Madrid ha enviado 2.000 fusiles más para que con ellos se armen unidades de milicianos reclutados en los pueblos de Extremadura. Vienen dos trenes con diez pequeñas unidades militares (unos 2.000 hombres), algunos carros y una batería de 105. El objetivo rojo es claro: reconquistar Mérida derrotando a la columna que se ha quedado allí, y una vez logrado esto, caer sobre la retaguardia del teniente coronel Asensio y del comandante Castejón, que ya están marchando camino de Badajoz. El ataque ha de combinarse con la salida de la guarnición que manda el coronel Puigdengolas. De este modo, cogidos entre dos fuegos, los soldados de Yagüe están condenados a perecer, y la columna de Sevilla, la llamada «columna de Madrid» tendrá que rendirse o dispersarse en franca huida.

El teniente coronel Tella espera el contraataque rojo. Cuenta para ello con dos Compañías de fusiles, una de ametralladoras y los magros efectivos del Batallón de línea que guarnecía la ciudad de Cáceres. A las luces de la mañana se entabla el combate. Los rojos, dando muestras de positivo coraje, atacan entre la estación del ferrocarril y el río Guadiana. Los asaltos se suceden sin interrupción. Tella cruza los fuegos sobre una masa de asaltantes que pone en su acción más ímpetu que sentido militar. Las bajas de la columna llegada de Madrid son muy considerables. A las cinco de la tarde, los rojos, en peligro de ser envueltos, vencidos por la fatiga y desalentados ante la imposibilidad de romper la resistencia de los nacionales, se retiran al Norte de Mérida y abandonan la empresa.

Mientras tanto, Asensio y Castejón ocupan Talavera la Real, a pocos kilómetros de la ciudad fronteriza. Yagüe ha seguido con gran emoción las incidencias del combate de Mérida; cuando le comunican la victoria sabe ya a qué atenerse; la primera gran etapa de la marcha hacia Madrid está salvada; la conquista de Badajoz rematará la victoria.

En efecto; a las tres de la tarde del día 13 de agosto se da la orden de ataque contra Badajoz. Puigdengolas apoya su defensa en dos puntos: la puerta de la Trinidad y el Cuartel de Menacho. Mientras esos dos puntos resistan, se hace imposible entrar en la ciudad. Las murallas están coronadas de milicianos que tiran bien parapetados, casi impunemente. Igual que en Mérida, Yagüe manda envolver Badajoz. Castejón entrará por el sector en donde está enclavado el Cuartel de Menacho; Asensio romperá la resistencia en la Puerta de la Trinidad. A medida que las fuerzas nacionales se acercan a la plaza, arrecia el fuego de los defensores hasta alcanzar una densidad considerable. Indudablemente, es el encuentro más serio que libran las tropas del Ejército del Sur a partir de su salida de Sevilla. El comandante Castejón logra acercarse y entrar en el Cuartel de Menacho, donde se defendía el 16.° de línea. Pero el Cuartel está batido desde algunos lienzos de la muralla y esto exige un gran tiento en la continuación de la maniobra si se quiere evitar bajas excesivas. El teniente coronel Asensio acerca sus vanguardias a la Puerta de la Trinidad, ocupa algunas casas y pide una preparación artillera, que deberá efectuarse al amanecer el día 14. Truenan los cañones a la aurora y los defensores ven cómo unos legionarios —la 16.ª Compañía, perteneciente a la 4.ª Bandera que manda el comandante Vierna—atraviesan el foso del río Rivilla y asaltan de frente las obras de defensa de la Puerta de la Trinidad. Un último esfuerzo, a

pesar del intenso fuego de las ametralladoras rojas, y la posición es ocupada; la brecha sobre Badajoz está abierta; por ella entran los legionarios de Vierna. ¿Cuántos hay en pie? De toda la Compañía de vanguardia, sólo quedan el capitán, un cabo y catorce soldados. Estos son los que penetran en Badajoz, mientras Castejón, prevenido de lo que sucede, ataca por el lado del Cuartel de Menacho y se une en el centro de la ciudad a las fuerzas de Asensio. La defensa de Badajoz ha terminado. El coronel Puigdengolas, con una parte de las tropas y de las milicias defensoras, se ha internado en tierras de Portugal. Yagüe reúne a sus tropas y las arenga con estas palabras: «Legionarios: Merecéis el triunfo, porque frente a los que sólo saben odiar, vosotros sabéis amar y cantar y reír. Allá lejos está Madrid, legionarios, y allí llegaremos todos, porque para guiar nuestros pasos en la lucha resucitarán los que aquí cayeron luchando por España. Legionarios de la 16.ª Compañía ¡qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros! Gritad conmigo: ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército! »

La primera parte del plan de operaciones hacia Madrid había terminado. Badajoz representaba la unión del Ejército del Norte y del Sur, o, para ser más exacto, el restablecimiento de unas comunicaciones esenciales que hasta aquel momento estuvieron cortadas. Ya se podía ir por carretera desde Cádiz y Sevilla a Burgos y a Pamplona. Ya era posible organizar un servicio ferroviario mediante la unión de las líneas de Mérida con las de Cáceres y Salamanca. Franco y Mola podían contar ahora con una línea de comunicación bastante aceptable, aunque no fuese la ideal. Madrid quedaba cortado de Portugal, aislado de la República vecina. Franco era dueño de una de las fronteras de España. Por el Sur estaban, pues, cumplidos los tres objetivos primordiales y

resueltos aquellos tres problemas que se plantearon en los primeros días: paso del Ejército de Africa a la Península y comunicación libre entre Africa y España por el Estrecho de Gibraltar; conquista de las líneas fronterizas de Portugal, y finalmente comunicación directa y relativamente amplia del Ejército del Sur con el Ejército del Norte. Todo se había logrado en el espacio de diez días. Las altas sierras, los caminos y veredas olorosos a monte andaluz y a dehesa extremeña, las fecundas tierras de labor, los huertos húmedos, los grises encinares, las vías antiguas, cargadas de civilización nobilísima, que conocieron en siglos pasados el paso de legiones triunfales, acababan de sentir de nuevo sobre su muda superficie el paso de un Ejército que parecía estar dotado de un aliento invencible. Todo ello había exigido sacrificios fuertes. Hasta las cercanías de Mérida, las cosas fueron fáciles y alegres; en Mérida y en Badajoz, el ardor de legionarios y musulmanes había tropezado con una resistencia y un denuedo más ásperos por parte de los marxistas. Las unidades acusaban huellas visibles de su desangramiento. Pero ya llegaban de Sevilla nuevas fuerzas, que colmarían los huecos producidos por las balas enemigas. Los parques de municiones y la disponibilidad de armamento empezaban a crecer a fuerza de botín. Mérida y Badajoz habían dado gran acopio de armas y de toda clase de elementos para la guerra. Franco podía sentirse optimista, aunque aún estaba muy cubierto de nubes negras el horizonte del Alzamiento nacional.

Entretanto, el Gobierno de Madrid daba muestras de no tener un plan bien meditado, y, por otra parte, las masas que le eran adictas no se avenían en manera alguna a disciplinarse para la guerra, porque a los azares de los combates preferían el frenesí sangriento de la revolución. Las fuerzas enviadas a Extremadura

con la misión de contener el avance de las columnas de Yagüe habían ofrecido pruebas terminantes de su escasa combatividad y de su ineficacia táctica. Un Mando inteligente y enérgico y un Ejército bien encuadrado hubieran podido maniobrar de modo que las tropas nacionales mandadas por Franco se encontraran en situación estratégica desventajosa y peligrosísima. Para ello era necesario que las concentraciones situadas entre Jaén y Córdoba al mando del General Miaja rompieran la resistencia del adversario y a lo largo de los valles del Guadalquivir invadieran la provincia de Sevilla, con lo cual quedarían amenazadas las comunicaciones de los vencedores de Mérida y Badajoz, obligando a éstos a volver sobre sus pasos, con renuncia de toda operación hacia Madrid. Sin duda, esa idea pasó por la mente del Mando rojo, y a eso hemos de atribuir la obstinación con que reiteró sus ataques en la región de Córdoba, pero con tan escasa profundidad y tanta falta de método, que no sólo fueron rechazados fácilmente, sino que al final de los mismos una reacción de los defensores de Córdoba fijó el frente en condiciones de seguridad para los soldados de Franco.

Las masas milicianas, a las que se había ocultado la verdad de la situación en el Sur, se encontraron de pronto con la noticia de que se estaba combatiendo en tierras extremeñas. La sorpresa les fue muy desagradable, y a fin de paliar sus efectos psicológicos, todos los recursos de la propaganda se pusieron al servicio de una campaña que presentaba al coronel Yagüe en trance de ser aniquilado juntamente con sus tropas. El día 16 de agosto, el Ministerio de la Guerra de Madrid comunicaba que «en Extremadura se sigue luchando con gran encarnizamiento; el enemigo, que había acumulado considerables elementos, queriendo a toda costa avanzar, se ha tenido que detener para poner orden en sus cuadros, después de haber sufrido violentos

ataques de nuestras fuerzas con aviación. Sigue la lucha —añade — con resultado favorable para los nuestros».

El día 19 se dice al pueblo que «los aviones rojos bombardearon en Medellín una fuerte columna de 300 camiones con Tercio y Regulares, al mando, *al parecer*, de Yagüe». El día 22 del mismo mes, los cronistas oficiosos del Frente Popular anuncian que «una columna de 4.500 hombres, formada por los facciosos en Sevilla para avanzar por Extremadura, ha sido aniquilada después de los combates sostenidos en Mérida». El día 23, esos mismos corresponsales anuncian «la inminencia de la caída de Córdoba en poder de las vanguardias milicianas que manda el General Bernal». Agregan que los facciosos han podido llegar a Mérida sin disparar un tiro, pero que a partir de Mérida «el Ejército del pueblo se ha encargado de aniquilar todos los intentos de Yagüe».

La realidad es que mientras el Gobierno de Madrid lanza infatigablemente todas estas informaciones, Yagüe se reúne en Trujillo con sus lugartenientes y estudia el plan de marcha sobre el valle del Tajo para saltar más tarde a la capital de España. La maniobra de Extremadura ha constituido un grave fracaso para los rojos y ha decidido en favor del Alzamiento una de las fases más interesantes de la guerra.

Operaciones del Ejército del Norte. — Conquista y dominio del Guadarrama. — Combates por la frontera francesa en el Pirineo occidental.

Ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores cuál era la situación militar en el Norte de España como consecuencia de los éxitos y de los fracasos locales del Alzamiento. Las esperanzas

puestas en algunas guarniciones no se habían cumplido; las previsiones mejores fallaban por su base. En especial, el dominio de San Sebastián (capital de Guipúzcoa) por las masas adscritas al Frente Popular venía a turbar esencialmente los proyectos del General Mola, comandante militar de la plaza de Pamplona y director del Movimiento en la Península desde el mes de mayo de 1936.

¿De qué medios disponía Mola para la guerra? Si era posible dar un golpe rápido y vencer la resistencia del Gobierno de Madrid en quince días, quizá bastara con los centenares de soldados, los miles de voluntarios entusiastas y los pequeños parques de municiones disponibles. Si las dificultades eran más complejas y se alargaba el plazo, el General Mola llegaría a encontrarse —como sucedió— en situación muy acongojante. Las guarniciones movilizables para el combate pertenecían a las ciudades de Zaragoza, Huesca, Jaca, Logroño, Soria, Pamplona, Vitoria, Burgos, Valladolid, Segovia, Avila, León, Palencia, Zamora, Salamanca, Orense, Lugo, La Coruña y Pontevedra. Dados los resultados del Alzamiento, las de Zaragoza, Huesca y Jaca, tenían que entregarse totalmente a defender las ciudades de Aragón, y aun para ello necesitaban recibir refuerzos, porque la amenaza que sobre ellos iba a caer desde Valencia y Cataluña era muy grande y los medios de combate muy escasos. León quedaba a merced del ataque posible por parte de las masas marxistas de Asturias, bien armadas. El coronel Aranda estaba ya encerrado en Oviedo al frente de menos de 3.000 hombres. La potencia de Asturias exigía que para vencerla se movilizasen las fuerzas dependientes de Orense, Lugo, Pontevedra y La Coruña. En Salamanca, Zamora, Palencia y sus campos respectivos había apenas los soldados indispensables para dominar las comarcas del antiguo reino de

León. Vitoria estaba destinada a amenazar los caminos de Bilbao, capital de Vizcaya y reducto de fuerzas separatistas y socialistas muy considerables. De suerte que, para la marcha sobre Madrid, el Norte no podía contar sino con las unidades que organizaran las ciudades de Pamplona, Burgas y Valladolid. Los pequeñísimos efectivos de Logroño necesitaban permanecer en su puesto, porque la zona de la Rioja no ofrecía perspectivas demasiado tranquilizadoras. Soria carecía de guarnición. Segovia y Avila no eran sino complemento de la columna de Valladolid.

Desde el primer instante, el General Mola tuvo que dividir sus fuerzas en dos direcciones: una que tomó el rumbo madrileño y otra que se dirigió a las ciudades de Irún y San Sebastián. Aquí, como en el Sur, se encontraba el Ejército nacional con dos problemas a resolver: el dominio de las líneas fronterizas con Francia a lo largo del Pirineo occidental —valle de Baztán, campo de Oyarzun y complejo orográfico en cuyo fondo se aloja el río Bidasoa— y la amenaza directa sobre la capital de España. Para esta segunda finalidad —que en realidad había sido calculada como la más importante de todas— era urgente correr hacia la Sierra de Guadarrama, baluarte de Madrid contra un Ejército procedente del Norte y línea defensiva de toda la submeseta septentrional contra una maniobra procedente del Centro.

«En el extremo occidental del Pirineo, abierto al mar —dice el comandante Díaz de Villegas en su interesantísima *Geografía militar de España*—, la región vasconavarra constituye un caos montañoso, levantado sobre el camino tradicional de las invasiones que buscan la ruta directa al corazón de España y de su capitalidad. Las montañas que quiebran este país son:

»Los Pirineos occidentales, de altitud decreciente según se

avanza hacia la costa, que constituyen una región delimitada al Oeste, orográfica y geológicamente, por la alineación Estell-Echauri, dejando al Norte un bloque de terrenos antiguos que sirve de cuenca al Bidasoa y al Urumea.

»Las montañas del país vasco, que constituyen, en realidad, una verdadera depresión entre las cimas pirenaicas y las cantábricas, pero que forman una maraña orográfica, sin alineaciones definidas, en las que predomina el cretáceo, en gran parte calizo.

»La alineación meridional, vecina del Ebro, que jalonan las estribaciones cretáceas de las sierras de Codés, Cantabria, Toloño, etc.»

Y agrega, por lo que se refiere a la zona que ahora nos interesa:

«La zona axial pirenaica, representada en el país navarroguipuzcoano por el macizo paleozoico vasco, está drenada por los valles altos del Bidasoa y de Ulzama. Ese macizo está circundado por una faja triásica, rodeada a su vez por terrenos jurásicos y cretáceos, los últimos de los cuales resultan ser los predominantes en el país vasco. El río Bidasoa corre en su curso alto por el valle del Baztán. De Elizondo a Santestelos sigue dirección paralela a los pliegues del terreno, en contacto con los terrenos triásicos y jurásicos, acomodados a una gran falla longitudinal. Después, la masa granítica le aprisiona en Endarlaza. Desde el puente de este nombre a su desembocadura, el río forma frontera con Francia. La divisoria entre su curso bajo y el Nivelle la forma el monte Larún, la loma de las Bayonetas, alturas de Comisari y la montaña de Luis XIV, testigos todos en la historia militar de reiteradas campañas y batallas. Entre la Peña de Aya,

gemela y frontera de Larún, y el Jaizquíbel, monte litoral que se sumerge en el Cabo Higuera queda una vallonada sin más obstáculo que las Peñas de Arcale y las alturas de Oyarzun. Al Sur, el río de este nombre desemboca en Pasajes. Separando el Oyarzun del Urumea, que vierte en San Sebastián y nace en los montes de Goizueta, queda el Urdaburo. El boquete de Oyarzun, bien servido por las comunicaciones entre el Jaizquíbel y el Aya, es el acceso más amplio y fácil hacia España. Para barrearlo se proyectó un campo atrincherado, del que se han construido varias obras (fuertes de Guadalupe, San Marcos y Choritoquieta)».

En cuanto a Madrid, salta a la vista la extraordinaria importancia que para su ataque o defensa revisten los accesos de ese gran complejo montañoso conocido por el nombre de Sierra de Guadarrama, y que extendiéndose entre el río de este nombre y el Jarama, se caracteriza por sus pasos de Guadarrama o Alto del León, Navacerrada, Somosierra y puertos sorianos. Era obvio que las fuerzas de Madrid, fieles al Gobierno de la República, se apresurarían a cubrir esos accesos, dominados los cuales podrían pensar en descolgarse sobre la submeseta septentrional y sobre todas las comunicaciones principales de Castilla la Vieja. Por la misma razón, a la inversa, el General Mola contaba con ser inmediatamente dueño de los pasos del Guadarrama; con ello aseguraba la invulnerabilidad y la normalidad de todo el territorio que en el Norte de España se había pronunciado en favor del Alzamiento, y a la par constituía excelentísimas bases de partida para bajar a Madrid cuando llegase el momento oportuno. La conservación del triángulo estratégico Miranda de Ebro-Valladolid-Zaragoza exigía la firme cobertura del Guadarrama. Igualmente, la tranquila presencia del Ejército nacional en Burgos, ciudad de inmensa importancia militar, estaba ligada al supuesto de que Mola

pudiera ser victorioso en los puertos o accesos de la Sierra carpetana.

La Sierra de Guadarrama propiamente dicha se extiende desde Cabeza Lijar (1.824 metros de altitud), en el límite común de las provincias de Avila, Madrid y Segovia, hasta Cerro Minguete (2.023 metros), arrumbada de Sur-Sureste a Norte-Noreste. Se prolonga al Oriente por los montes carpetanos alongados desde Cerro Minguete a la Somosierra, alcanzando en Peñalara (2.409 metros) la máxima culminación. En el país, y de ordinario, no se distinguen tales tramos y se acostumbra a designarlos en conjunto con el nombre, ya general, de Sierra de Guadarrama. La erosión en el granito origina formas redondeadas y opulentas —con excepción de las agudas cumbres— y en el estrato cristalino dominan las agrias y desgarradas.

La submeseta meridional y la submeseta septentrional, escalones en que por razón de su distinto nivel es fuerza dividir la extensa y recia meseta central peninsular, es decir, Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, se comunican al través de los puertos de dicha Sierra, los cuales, del Suroeste al Noreste, o sea desde Cabeza Lijar a Somosierra, son los siguientes:

1.º Collado de la Gasca, 1.599 metros, el más occidental y meridional.

2.º Puerto de Guadarrama, a 1.511 metros, en que se encuentra el león de piedra que separa ambas Castillas, al presente «Alto de los Leones de Castilla». Por su comodidad y cercanía relativa a Segovia, Valladolid y reino de León al Norte y Madrid al Sur, es uno de los más frecuentados. La rampa septentrional, que pasando por San Rafael se extiende hasta El Espinar, es relativamente suave y rendida, en tanto que la rampa

meridional, o más bien oriental, hasta Guadarrama (981 metros), es más abrupta por estar la submeseta Sur, o de Castilla la Nueva, un centenar de metros más baja que la submeseta Norte o de Castilla la Vieja. Un denso pinar, más cerrado en las faldas segovianas que en las madrileñas, compuesto casi exclusivamente por el pino silvestre, decora con su manto de severos tonos ambas laderas.

El ferrocarril de Madrid-Segovia-Medina salva este puerto cruzándolo por debajo de largo túnel, que del lado segoviano se abre a los 1.300 metros de altitud; del lado opuesto su boca aparece al mismo nivel.

3.° Al Nordeste del anterior se dibuja otro collado de 1.498 metros, recorrido por una senda local, al pie del vértice Sevillana (1.556 metros).

4.° En collado de 1.509 metros da paso a la cañada ganadera del Guadarrama.

5.º Collado de Matalafuente (1.646 metros) al Sur de la Peña del Cuervo (1.703 metros).

6.º Collado del Mostajo (1.645 metros) al Norte de la citada Peña.

7.º Collado de Gibraltar (1.690 metros), al Suroeste de La Peñota o Tres Picos (1.943 metros), dominante de Los Molinos y elevación en que la Sierra se encumbra en cimas cercanas a los 2.000 metros.

8.° Los collados se encumbran igualmente, y así el de Cerromalejo, situada entre Peñota y Peña Aguila (2.009 metros), se alza a los 1.774 metros.

9.° Collado de Marichiva (1.750 metros), que tiene a su Norte la Peña Bercial y al Nordeste el Cerro Minguete (2.023 metros).

10. Puerto de la Fuenfría, a 1.795 metros, por donde cruza la vieja cañada de ganados a Segovia, limitado al Este por Cerro Ventoso, a 1.965 metros.

11. Collado Ventoso, a 1.899 metros, a cuyo Sureste se yergue la cumbre en corona de Siete Picos (2.138 metros, el más elevado de todos ellos).

12. Allende un collado de 1.943 metros de altitud se abre al Nordeste el Puerto de Navacerrada, a 1.860 metros de altura, entre el Alto del Telégrafo (1.975 metros) al Suroeste y el Alto de Las Guarramillas (2.262 metros) al Este. Por este Puerto de Navacerrada, el de menos tránsito en el grupo de los tres puertos carreteros, cruza la carretera de la estación de Villalba a Segovia, y de él arranca al Noroeste, a través del bello pinar de Balsaín, la carretera a Rascafría, trazada a media ladera de la umbría del macizo de Cuerda Larga, que en Cabeza de Hierro Mayor ostenta su más alto lomo (2.383 metros), y allende el Puerto de El Paular o de Los Cotos (1.830 metros), sigue el valle del río de la Angostura en demanda de Rascafría, por cuya vaguada fluye, torrencial, el ahora llamado río Lozoya.

13. Los puertos sucesivos de Quebrantaherraduras (2.040 metros), del Reventón (2.029 metros), Collado de la Flecha (1.970 metros), Puerto de Malagosto (1.946 metros), Puerto de Navafría (1.860 metros), frente a Lozoya; Puerro de La Linera (1.850 metros), Puerto de Arcones (1.765 metros), Puerto de la Acebeda (1.690 metros) y Puerto de Casla (1.626 metros), tienen un escaso valor local, aun cuando alguno de ellos (Puerto de Navafría) haya figurado en la guerra de liberación de España. Muchos de ellos carecen hasta de sendas de herradura.

14. Finalmente, el Puerto de Somosierra (1.454 metros) es

utilizado por la carretera de Madrid a Burgos y a Francia por Aranda de Duero. De su vertiente Norte, la rampa es suave, acentuada desde Cerezo, a 14 kilómetros del alto del puerto; en oposición, la rampa meridional hasta San Agustín es abrupta y de señalado declive. En El Molar se abandona, en rápido descenso, la meseta estratocristalina, ceñida de una faja cretácica, para entrar en la planicie diluvial rendida al pie de la Sierra y edificada por las aguas con los materiales de la lenta y pertinaz erosión a que las rocas graníticas y arcaicas de la Sierra vienen ha tiempo sometidas.

* * *

El día 19 de julio de 1936 el coronel García Escámez, que tenía en Pamplona el mando de una media Brigada, organizó la primera columna expedicionaria. Ibanse presentando millares y millares de voluntarios, pertenecientes en su inmensa mayoría al partido carlista; eran los requetés de la boina roja, que muy pronto habían de alcanzar fama de tropas magníficas. Con ellos se mezclaban, en menor proporción, Centurias de voluntarios de Falange Española, pertenecientes a unos cuantos pueblos de Navarra y, por consiguiente, combatientes de la misma calidad combativa que los requetés. Los jefes carlistas hablaban al General Mola de la posibilidad de reunir 30 ó 40.000 voluntarios. «Con cinco mil tengo bastante», dijo el General. Estaba entonces España en el trance ilusorio de la guerra chica, fulminante, breve.

El coronel García Escámez se puso al frente de 1.600 hombres, integrados en dos Batallones (América y Sicilia), dos Compañías de requetés y una de falangistas en cada uno de ellos, una Compañía de ametralladoras y una de zapadores minadores.

Los Batallones de América y Sicilia solamente destacaron dos Compañías cada uno para la formación de esta primera columna.

Los mandos recayeron en los tenientes coroneles Rada y Galindo y en los comandantes Sotelo e Ibisate. A última hora, contrariando el plan primitivo (marcha hacia Somosierra), el General Mola ordenó a Escámez que a toda prisa, atravesando una parte de Navarra y salvando la provincia de Soria, se dirigiese hacia Guadalajara, no solamente para quedar en condiciones de seguir la marcha a Madrid, sino porque la guarnición de Guadalajara, sublevada el día 18, se defendía heroicamente contra una masa importante de milicianos llegados de la capital y su situación iba siendo tan difícil que sólo la urgente incorporación de refuerzos evitaría la derrota de los sublevados.

La marcha, sin embargo, no podría ser ni tan rápida ni, por consiguiente, tan eficaz como el Mando anhelaba. Apenas el coronel García Escámez abandonó Navarra y se internó en la provincia de Logroño, fue avisado de que la ciudad de este nombre, lejos de haber sido ya dominada por la guarnición de Artillería, ofrecía el peligro de incorporarse al Frente Popular, por lo cual era necesario que las fuerzas navarras hicieran acto de presencia y resolvieran una situación poco tranquilizadora. El comandante militar de la plaza, General Carrasco, se unió al Alzamiento, pero no adoptó las medidas que el momento exigía, con lo cual las masas proletarias comunistas y sindicalistas podían actuar sin limitaciones e imponerse a sus adversarios. Hubo, pues, el coronel Escámez de dedicar todo el día 20 de julio y parte de la jornada siguiente a la pacificación de Logroño; esto retrasó su llegada a las cercanías de Madrid, en donde se estaba jugando la suerte del Movimiento nacional, al menos en lo que se refería a una

rápida victoria.

No había aún terminado el episodio de Logroño cuando se recibió en el Cuartel General de la columna navarra noticia cierta de que la pequeña ciudad riojana, o, si se quiere, el gran pueblo de Alfaro resistía tenazmente a las tropas —dos Compañías— que el día anterior habían sido enviadas allí. Escámez mandó que con parte de sus fuerzas se organizara una columna, a la cual debía agregarse una batería de 105 de las dos que para la columna de Navarra se habían organizado en Logroño. Salieron las tropas en camiones y unas horas después tropezaban con los parapetos y las alambradas del enemigo, que hacía nutrido fuego de fusil sobre los atacantes. Una demostración artillera y una concentración de fuegos contra la plaza de toros, foco de la resistencia de los milicianos, demostró a éstos que no tenían otra solución que rendirse. En efecto; los soldados llegados de Logroño entraron fácilmente en Alfaro, y dominaron la situación sin demasiado esfuerzo. Pero todo esto había exigido tiempo, y he aquí que el objetivo principal —batir a los rojos en Guadalajara— se iba alejando.

A toda prisa se continuó la marcha, tratando de rescatar una parte de las horas consumidas en Logroño y Alfaro. En Soria, Escámez recibió telefónicamente un verdadero S. O. S. que le dirigían los sublevados de Guadalajara. La situación no permitía mas esperas. Pero a la misma hora llegaban también informes ciertos de que las tropas y unidades milicianas procedentes de Madrid habían ocupado el paso de Somosierra en la Sierra de Guadarrama. ¿Qué hacer? Escámez optó por acudir a Guadalajara, y había rebasado los pasos de Jadraque cuando le comunicaron que la guarnición de aquella ciudad no había podido

continuar la resistencia porque los grupos de jefes y oficiales que allí se batían carecían ya de todo, y sin los medios más elementales era imposible seguir la lucha contra el cerco establecido por los rojos. Fue, pues, necesario volverse rápidamente, en una verdadera marcha guerrillera, hacia Somosierra, con la finalidad de reconquistar aquel acceso serrano, sin el cual quedaban muy en precario la meseta de Aranda de Duero y el haz de comunicaciones de Burgos.

Somosierra.

El Gobierno de Madrid comprendió desde el primer momento la importancia que para sus designios militares tenía el dominio de los pasos o «puertos» de la Sierra de Guadarrama. Apenas se hubo producido el Alzamiento empezaron a organizarse en la capital las fuerzas que debían ocupar el collado y las posiciones flanqueantes de Somosierra.

Tomó el mando del sector el general Bernal, que pocos días después sería enviado hacia Andalucía, porque «su actitud —dice un informe político de los milicianos— no inspira confianza». La primera expedición que sale hacia Somosierra está formada por unos 2.000 hombres que ocupan camiones y camionetas requisados en los establecimientos industriales y mercantiles de Madrid. Casi la totalidad de esa fuerza está armada de fusiles. Varias ametralladoras que llegan en el curso del día 19 a Buitrago van servidas caprichosamente por grupos de voluntarios, sin formar sección ni compañía. Por la carretera de Chamartín salen igualmente unos cuantos carros blindados y algunas piezas de 75 y 105. Los cánticos y vítores rojos atruenan el espacio, porque aquellos hombres, que todavía no han empezado a combatir, creen

que han ganado ya la guerra. El día 20 se añaden a la columna de Somosierra otros 2.000 hombres, y dos días después 3 ó 4.000 más, entre ellos una columna de sindicalistas que antes de partir declara su decisión de no admitir mandos profesionales, ni órdenes tácticas de nadie, ni colaboraciones de otras fuerzas. A fin de señalar su deseo de total independencia, organiza su Intendencia propia. Los camiones señalados con las iniciales C. N. T. F. A. I. (Confederación Nacional del Trabajo y Federación Anarquista Ibérica) no se detienen ante los puestos de mando y de centinela, ni se sirven de los almacenes y parques del Ejército para proveerse de víveres o de cartuchería, sino que enlazan directamente una parte del sector de Somosierra con sus propios depósitos de Madrid, que el Gobierno ni siquiera conoce.

Para comprender hasta qué punto era sencilla, desde el punto de vista del Gobierno, la ocupación de Somosierra, basta con añadir que frente a los 6.000 ó 7.000 hombres salidos de Madrid por la carretera de Burgos, la España nacional no disponía sino de *cuarenta y dos fusiles*, correspondientes a otros tantos voluntarios, reclutados en el partido monárquico de Renovación Española y mandados por el heroico joven Carlos Miralles. Esos 42 combatientes ocuparon Somosierra el día 17 de julio, o sea, veinticuatro horas antes de que el Alzamiento nacional se produjera en la Península. Corre por las entrañas del monte, precisamente a fin de salvar el paso, un amplio túnel de ferrocarril, parte de la línea ferroviaria directa entre Burgos y Madrid, todavía en construcción. En ese túnel se refugiaron los 42 defensores de Somosierra, a fin de no despertar sospechas y de esperar el momento convenido. Unas patrullas de exploración y tanteo que durante los días 19 y 20 enviaron al collado las organizaciones sindicales de los pueblos inmediatos fueron rechazadas con vivo fuego de fusil; y tan

enérgica fue la acción del inverosímil grupo de Miralles que al punto llegaron a Madrid noticias de haberse presentado en Somosierra una fuerte columna perteneciente al Ejército del General Mola. A la vista de ese informe, el Ministro de la Guerra dio orden de que el día 21 se organizara un ataque, con todos los elementos disponibles, para ocupar Somosierra. El ataque no se produjo, sin embargo —y ello a causa, no solamente de la gran desorganización existente entre las milicias, sino también como efecto de la actitud de algunos Jefes y Oficiales—, hasta el día 22, en que toda la masa de voluntarios rojos, apoyada por algunas fuerzas regulares, acompañada de fuego artillero y protegida por una escuadrilla de aviación, se lanzó al asalto de las posiciones que dominan el mencionado paso de la Sierra. A las ocho de la mañana se inició la operación, cuyos resultados eran bien previsibles. Los 42 fusiles, reducidos ya a 38, hacían prodigios de valor, desplazándose de un lado para otro a fin de dar la impresión de que el frente se hallaba cubierto por fuerzas más numerosas. Poco después de las doce del mediodía fue muerto de un tiro el jefe de la posición —Carlos Miralles—; su sucesor, el oficial de Marina Luis Ortiz, ante la muchedumbre de sus enemigos que por todas partes trepaba hacia las lomas dominantes, ordenó la retirada sobre las estribaciones septentrionales de la montaña. Con su propio fusil cubrió la retirada de los compañeros. Su joven vida, sacrificada allí, salvó las de aquellos que se replegaban, perseguidos por las ráfagas de las ametralladoras y por el bombardeo de la aviación.


Don Manuel, don Carlos y don Luis Miralles Alvarez de Aymerich

El día 23 aparecieron por la carretera de Burgos algunas fuerzas que enviaba el General Mola, procedentes de la capital de Castilla. Encontraron, como es natural, sólidamente ocupadas por el adversario las posiciones de Somosierra y tuvieron que detenerse en los alrededores del pueblo de Cerezo de Abajo, a donde habían llegado las vanguardias de Madrid. Un oficial, afiliado de antiguo al partido comunista español —el teniente Galán, hermano del capitán que se sublevó en Jaca contra la Monarquía el año 1930— era, en realidad, quien ejercía el mando supremo sobre las fuerzas del Gobierno de la República. Era propósito del Ministerio de la Guerra empujar el avance de los milicianos hacia Aranda de Duero e invadir las tierras burgalesas; pero la pequeña columna de Burgos impidió que Galán desembocara hacia el Norte. A su vez, el mismo día 23, esa columna intentó contraatacar las posiciones de Somosierra; su intento quedó cortado por el fuego

enemigo. Critica llegaría a ser la situación de la ciudad de Segovia, si no se ponía pronto remedio en el campo nacional. Para resolver el angustioso problema llegaba el coronel García Escámez con las fuerzas de Navarra. El día 23 acampó la columna Escámez en Aranda de Duero. Mola puso a las órdenes del mencionado jefe todas las fuerzas de la columna de Burgos, con lo cual las tropas encargadas de la maniobra sobre Somosierra quedaron constituidas del modo siguiente:

Batallón del Regimiento de América.

Batallón del Regimiento de Sicilia.

(Los dos formados por dos Compañías de soldados, una de voluntarios falangistas y dos Compañías de voluntarios requetés.) Compañía de Zapadores-Minadores.

Dos baterías de Artillería organizadas en Logroño.

(Todas estas fuerzas pertenecían a la columna de Pamplona.)

Batallón incompleto del Regimiento de Bailén.

Batallón incompleto del Regimiento de San Marcial.

Un Escuadrón de Caballería.

Dos baterías de Artillería ligera.

(Estas eran las tropas de la llamada «columna de Burgos».)

En resumen: poco más de 2.000 hombres.

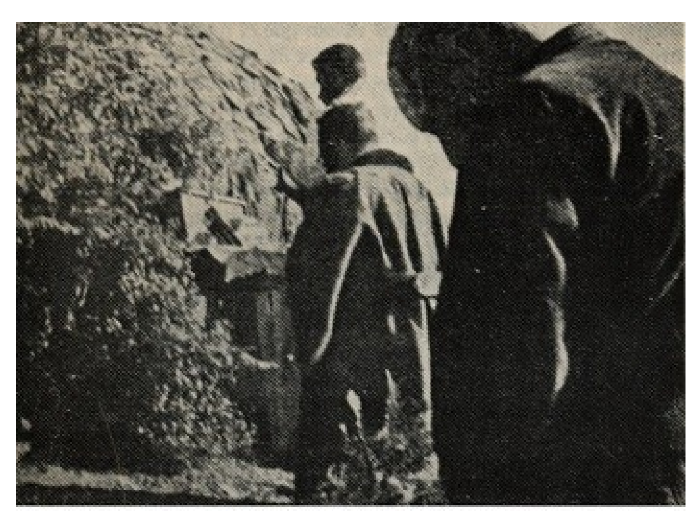
Tomó el mando de la columna de Pamplona el teniente coronel Rada, al cual se le señaló como misión la reconquista de las alturas que dominan la carretera, el barranco y el collado de Somosierra por la izquierda. La columna de Burgos quedó a las órdenes del teniente coronel Cebollino, que debía asaltar y ocupar las alturas flanqueantes por la derecha. El coronel García Escámez dejó en reserva a sus inmediatas órdenes el Escuadrón de

Caballería y una pequeña escolta personal. El acercamiento de las tropas al pie de los objetivos se hizo durante la noche del día 24. Cuando amanecía el 25, la artillería comenzó un fuego de preparación que no dejó de sorprender a los milicianos rojos, a quienes ninguna información había llegado relacionada con la concentración que tenían enfrente. Un avión muy viejo, salido de cualquier rincón de alguno de los aeródromos, hizo acto de presencia y dejó caer unas cuantas bombas contra los parapetos rojos. Pronto hicieron su aparición cuatro aparatos que enviaba el Gobierno de Madrid. Entablada la lucha, el avión nacional pudo sostenerla mientras le quedaron municiones; terminadas éstas, fue alcanzado y derribado sobre las líneas nacionales, con lo cual desapareció la única ayuda aérea que Mola podía enviar al coronel Escámez.

El asalto a las alturas fue llevado con ritmo muy veloz, para aprovechar el efecto de la sorpresa; los atacados viéronse envueltos por las vanguardias de Escámez, y ante el temor de que su retirada quedase pronto cortada por una filtración de la columna de la izquierda que ya coronaba las lomas de flanqueo, inició un apresurado repliegue, que pronto se convirtió en un «sálvese el que pueda». Al atardecer del día 25, el acceso de Somosierra y todas las posiciones que lo dominan, estaban en poder del Ejército del Norte. Fuerzas de refresco que llegaron de Madrid pretendieron contraatacar por el flanco izquierdo de la maniobra nacional; pero bastó una concentración de artillería ligera para que el intento muriera en flor. Así quedó ocupado uno de los más importantes pasos de la Sierra de Guadarrama. El coronel García Escámez hubiera querido continuar su avance, ocupar otros pasos secundarios para forzar la operación contra Madrid y ayudar a los núcleos de fuerzas que operaban a su derecha, pero cuando se

disponía a ello, luego de haber tenido que renunciar a la ocupación de la zona de Navafría, le entregaron un despacho del General Mola —ya citado en el capítulo anterior— que decía textualmente:

«Ni un tiro más. Sólo dispongo de 26.000 cartuchos para todo el Ejército del Norte.»



Somosierra: Misa en las posiciones de la columna Rada el día de la bendición de su bandera.

Y en Somosierra se fortificaron las tropas vencedoras. Allí habrían de pasar, por azares de la campaña general, los dos años y medio largos de la guerra, sin más incidencias que las felices operaciones complementarias de Navafría y Sigüenza, y algunas pequeñas rectificaciones a vanguardia.

Navacerrada y Alto del León.

Con estos nombres son conocidos los otros dos grandes accesos de la Sierra de Guadarrama. La Historia de la campaña española desde 1936 a 1939 apenas registra durante los primeros meses ningún hecho importante relacionado con el puerto de Navacerrada, por donde pasa la carretera que desde Madrid se dirige a La Granja y Segovia. Como el Ejército nacional, en los instantes del Alzamiento, no disponía de elementos ni siquiera para

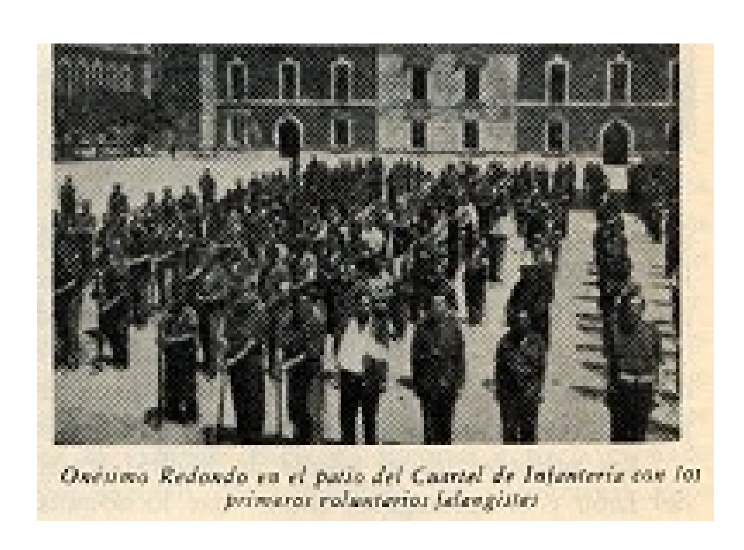
las atenciones esenciales, despreocupóse un poco de la zona de Navacerrada, considerando, con mucho acierto, que este acceso es, en cierto modo, subsidiario de los de Somosierra y Alto del León, y que, en consecuencia, importaba dominar aquéllos, aun con olvido relativo del tercero. Pequeñas patrullas de exploración sostuvieron algún fuego con los núcleos milicianos que desde el primer momento se establecieron en las posiciones dominantes y fueron dueños del collado. Unas avanzadillas nacionales se parapetaron dentro de los extensos pinares de Balsaín, apoyándose en La Granja. Hasta bien entrado el año 1937 no había de tener mucho interés el sector de Navacerrada. El Gobierno de Madrid, por su parte, se conformó con ocuparlo y dejar allí unos cuantos pelotones de milicianos. Entre éstos apareció, como simple fusilero, el que luego había de ser nada menos que jefe de uno de los Ejércitos rojos de maniobra, Modesto Guilloto, hombre desconocido de sus propios compañeros, los cuales no podían adivinar que él seria el encargado, algún día, de mandar la operación del paso del Ebro entre Mequinenza y Tortosa.

Muy al contrario de lo que aconteció en Navacerrada, desde las primeras horas fue escenario de dramáticos choques el paso conocido por el nombre de Puerto de Guadarrama o Alto del León. (En memoria de los héroes que allí se batieron y vencieron, el Gobierno del General Franco ha rebautizado ese paso llamándole «Alto de los Leones de Castilla»).

Lo mismo que sucedió en Somosierra, los dos bandos en lucha comprendieron la extraordinaria importancia que para la suerte de las operaciones futuras tendría la posesión y dominio del Alto del León. Por el lado de la vertiente madrileña, esta altura domina el amplio valle del río Guadarrama y manda sobre las

comunicaciones que conducen a Madrid siguiendo la carretera general de La Coruña. Por las vertientes que miran hacia el Noroeste, tiene a sus pies la parte de la meseta en que se asientan las ciudades de Avila y Segovia, así como las comunicaciones ferroviarias entre el Norte y Noroeste de España y Madrid.

El día 22 de julio de 1936, una vez que la guarnición de Valladolid y las centurias falangistas de la citada capital hubieron asegurado el éxito del Alzamiento en buena parte de Castilla, se ordenó a toda prisa la ocupación del collado de Guadarrama. El Jefe de la Falange castellana, Onésimo Redondo, ordenó al Jefe de Milicias (Girón) que saliera inmediatamente hacia el Alto del León con los falangistas que pudiera reclutar y con los fusiles disponibles. Un par de centenares de jóvenes entusiastas se pusieron en marcha sobre camiones. En un viaje de inspección de esas milicias cayó muerto el propio Jefe castellano de la Falange al atravesar el pueblo de Labajos.


Onésimo Redondo en el patio del Cuartel de Infantería con los primeros voluntarios falangistas

Había que evitar que las fuerzas del Gobierno de Madrid desembocaran en Castilla, y aunque el taponamiento del Guadarrama ofrecía dificultades tácticas de consideración, se confió a los primeros voluntarios de Valladolid tan ardua tarea, con la consigna de cumplirla hasta la muerte.

Tras ellos, también sobre camiones, salió de Valladolid —el mismo día 22— una columna formada por un Batallón del Regimiento de San Quintín (con efectivos reducidísimos, insignificantes), un Escuadrón y una sección de ametralladoras del Regimiento de Caballería de Farnesio, dos baterías del 14.° Regimiento ligero de Artillería y unos elementales servicios de Intendencia y de Sanidad Militar.

Al llegar al cruce de carreteras de Villacastín les aguardaban dos secciones —una de ametralladoras, otra de piezas de 7,5—, que se habían organizado en Segovia el día 21 y que se incorporaron a la columna de Valladolid. El mando de todas las fuerzas quedó encomendado al coronel Serrador. Carretera adelante llegaron hasta el pueblo de San Rafael, donde se encontraron con la grata sorpresa de hallarse allí una Compañía de Ingenieros del Regimiento de Transmisiones que en las primeras horas de la sublevación consiguió salir de El Pardo y pasar a las líneas nacionales, pese a la persecución rápida de que fue objeto por parte de las patrullas de milicianos destacadas desde Madrid. Por otra parte, pronto recibían otro pequeño refuerzo con la llegada de algunos Guardias civiles fugitivos de las filas rojas y con el grupo de auto-ametralladoras del Regimiento de Caballería de Aranjuez, que el Gobierno había enviado hacia el Alto del León y pasó a las filas nacionales.

Las primeras tropas salidas de Madrid tenían ocupado ya el paso del León y las pedregosas alturas que lo dominan por la derecha, así como los pinares que lo flanquean por la izquierda. Siete kilómetros más abajo concentró el coronel Serrador sus efectivos. La operación fue turbada por un súbito bombardeo de la aviación de Madrid, con el consiguiente resultado, fácil de prever

tratándose de tropas que por primera vez eran víctimas del fuego aéreo. La energía del coronel Serrador logró imponerse, y pronto se dio orden de marcha, con la consigna de ocupar el Alto del León y todas sus posiciones complementarias.

El enemigo se hallaba parapetado en las fragosidades de la Sierra. Los peñascales, la abundancia de arbolado y el encajonamiento de la carretera por donde subía la columna de Valladolid daban a los rojos una superioridad de posición y de fuego extraordinarias. Guarnecían el Alto del León dos Compañías del Regimiento de Ferrocarriles, fuerzas de Seguridad muy adictas al Gobierno y núcleos muy importantes de milicianos. En total, no bajaban de 2.000 los combatientes que Madrid había enviado a la altura del León. Al pie del collado, sobre la extensa llanura que se extiende hacia El Escorial y hacia el nudo ferroviario de Villalba, seguían concentrándose los voluntarios rojos por millares, asistidos de no menos de ocho baterías, carros blindados, Compañías de ametralladoras y carros de asalto. El esfuerzo llevado a cabo por el Gobierno republicano sobre el Alto del León no admite comparación con ningún otro de los que se produjeron para hacer frente a los avances nacionales a lo largo de la Sierra de Guadarrama. Parecía como si en el Alto del León quisiera encontrar la clave y solución de una victoria aplastante y muy rápida. Desde el 21 de julio hasta el 15 de agosto desfilaron por los llanos de Villalba y atacaron el León no menos de 20 ó 25.000 combatientes rojos, que aun cuando no se sometían a disciplina, ni operaban coherentemente, ni conocían los secretos del fuego, ni llevaban cuadros subalternos, podían acaso imponerse por su inmensa superioridad numérica.

A las dos de la tarde del día 22 dio el coronel Serrador la

orden de asaltar el paso del León. Renuncióse a toda maniobra flanqueante porque siendo los efectivos tan escasos no, se podía aspirar a tanto, y de otra parte, urgía la operación. Optóse, pues, por la via del ataque frontal, con el máximo sacrificio. Bajo un sol ardiente marcharon las fuerzas de Valladolid, que apenas aparecieron en la parte alta de la carretera fueron recibidas por un fuego vivísimo de fusiles y de algunas ametralladoras. Los aviones rojos continuaron sus incursiones y causaron daños de consideración en los elementos motorizados. Los falangistas de Girón y las Compañías del Batallón de San Quintín estrecharon las distancias y buscaron el cuerpo a cuerpo. No había otra forma de lucha en aquellos instantes. Cinco horas duró el choque. Las bajas nacionales crecían de manera alarmante. Por fin, a las siete de la tarde lograron coronar las alturas y plantar en ellas su bandera. Los milicianos se replegaron monte abajo en dirección de las llanuras que se abren hacia Madrid y dieron tiempo a que los supervivientes de la columna de Valladolid pudieran fortificarse, siquiera fuese muy superficialmente. Las baterías de Valladolid y Segovia quedaron situadas en el mismo collado y recibieron orden de disparar sin descanso. Pronto, sin embargo, empezaron los contraataques. ¿Cuántos? No menos de doce resistieron los conquistadores del Alto del León en otras tantas horas. La mortandad en los dos campos alcanzaba cifras relativas muy grandes y todo hacia prever combates encarnizadísimos para los días siguientes. Por la noche, Valladolid enviaba al coronel Serrador un refuerzo de 105 hombres. ¡Imagine el lector con qué efectivos tenía que operar el Ejército del Norte nada menos que para dominar la Sierra de Guadarrama!

El día 23, los milicianos intentan un ataque con carros. La artillería se emplea durante todo el día para frustrarlo «Es

abrumador —dice el "Diario de Operaciones del 13.º Regimiento de Artillería"—, el consumo de municiones. Sólo una pieza ha hecho durante la jornada 600 disparos».

El día 24 entra en la posición una pieza más; y el 25 una nueva batería.

El 25 los ataques rojos acrecientan su intensidad. Aviación, artillería y ametralladoras barren el collado y dejan huellas de su acción sobre los cada día más exiguos efectivos del coronel Serrador. Falangistas, soldados de Transmisiones y Compañías o, mejor dicho, restos de las Compañías de San Quintín y de las Centurias de Girón tienen que rebasar los límites normales de la resistencia para contener a duras penas los intentos del adversario. El antes citado «Diario de Operaciones del 13.º Regimiento de Artillería», dice textualmente:

«Día 26. — Aumentadas la Aviación y la Artillería del enemigo, la gente nuestra, diseminada o agrupada alrededor del monumento del León (que corona el paso) y en las piedras del terreno, se cubre como puede del incesante peligro que supone permanecer en la fatídica explanada, cada vez mejor batida por la artillería y los proyectiles de la aviación contraria, que se recrea escogiendo los objetivos y las oportunidades. No se duerme, no se descansa. Los heridos y los muertos son evacuados como se puede, unos a San Rafael, otros, en montón anónimo, son enterrados en el cementerio de El Espinar. No se cuentan, no se apuntan, no se identifican.»

Ese día 26 llega a la posición el General Ponte. Como el General Mola, en vista de tan crítica situación, ha dispuesto que nuevas fuerzas se encaminen hacia el Alto del León para asegurar su dominio, viene un General a mandarlas.

El día 27, los ataques rojos alcanzan su máxima violencia. En

la llanura se advierten grandes concentraciones. Hay allá abajo miles y miles de hombres, la artillería del Gobierno de Madrid hace un fuego intensísimo. Le contestan las piezas del 13.º Regimiento ligero. Los rojos atacan descubriéndose demasiado y ofreciéndose en masa al fuego de los cañones nacionales y al de las ametralladoras. La mortandad en sus filas es alta. Trenes y camiones se llevan los heridos, por centenares, a los hospitales de Madrid. La aviación actúa incesantemente. Los defensores de las alturas no tienen tiempo para probar bocado ni para dormir una hora. Hay un momento, mediado el día, en que los asaltantes consiguen tomar una de las posiciones que flanquean el collado. Ya no queda, en aquel momento, sino una pieza nacional disponible. Esa pieza tiene que tirar con espoleta a cero. Los actos de heroísmo desesperado se multiplican. Un testigo presencial dirá: «La táctica es improvisada, de circunstancias. Las piezas son servidas indistintamente por el comandante, por el capitán, un oficial o un cabo; el peligro borra jerarquías y acerca misiones».

El Ejército rojo ve llegar las horas del anochecer sin que haya alcanzado sus objetivos. Entre dos luces inicia la retirada hacia el llano. Su quebranto es tal que no atacará durante todo el día siguiente.

El coronel Serrador tiene que ser retirado, porque le ha alcanzado la metralla roja. Van llegando los refuerzos enviados por Mola. Aparecen en la dramática altura las boinas rojas de los Requetés de Pamplona. El General Ponte cuenta ya con efectivos más nutridos, si los comparamos con la pobreza y exigüidad de los días primeros. Nuevas masas rojas reanudan los ataques el día 29, pero cada vez encuentran un frente nacional mejor organizado. Hasta el día 15 de agosto no cejarán en sus propósitos. Para

conquistar el Alto del León son sacrificadas unidades completas. Todo resulta inútil. El día 5 de agosto es el General Ponte quien pasa a la ofensiva y conquista algunas líneas, aun a costa de ser herido. Durante los combates del Alto del León han desfilado por la sangrienta montaña las siguientes fuerzas nacionales:

Cuartel General de la columna.

Primer Batallón de Infantería de San Quintín.

Primera y segunda Compañía del Batallón de Montaña de Arapiles

Segundo Batallón del Regimiento de Infantería de la Victoria.

Primer Batallón del Regimiento de Infantería de Toledo.

Segunda Compañía del Batallón de Ametralladoras, número 7.

Cuarto Escuadrón de sables del Regimiento de Cazadores de Farnesio.

Primera sección del Escuadrón de armas automáticas del mismo Regimiento de Caballería.

Primera, segunda y cuarta baterías, una sección de 7,5 con personal de la primera batería orgánica y otra de ametralladoras con personal de la Plana Mayor, todas del Regimiento de Artillería ligera núm. 13.

Segunda batería del cuarto Regimiento de Artillería pesada.

Primera y segunda Compañías del Regimiento de Transmisiones.

Sección automóvil de la tercera Compañía mixta del séptimo grupo divisionario de Intendencia.

Sección de evacuación automóvil del tercer grupo de la primera

Comandancia de Sanidad Militar.

Bandera «Girón» de Falange Española de Valladolid.

Tres Compañías de fusiles del Requeté de Navarra y Rioja, que integraban el «Tercio de Requetés de Abárzuza».

Al otorgar a estas fuerzas la Medalla Militar por su comportamiento durante los combates del Alto del León, dice la exposición de méritos:

«Las tropas que constituían la columna del Alto del León tuvieron que resistir los primeros días del Movimiento nacional, con efectivos reducidos, los constantes ataques de numerosos enemigos, que a todo trance intentaban apoderarse de las posiciones que ocupaban, combatiendo a diario, incesantemente, desde las cuatro y media de la mañana hasta las siete de la tarde, rechazando a la Infantería roja, que apoyada por constante bombardeo de su numerosa aviación y artillería de todos los calibres, determinó que se produjera, desde el 24 de julio hasta el 1 de agosto, una cifra considerable de bajas en relación con los escasos efectivos de que se disponía. El espíritu de estas tropas fue, en todo momento, admirable, habiendo ocasiones en que los oficiales de Artillería tuvieron que servir las piezas. Para conservar las posiciones hubieron de realizar estas fuerzas diversos contraataques, no logrando abatir su admirable espíritu ni el incendio del Parque de municiones, ni los constantes bombardeos de la aviación. Finalmente, aprovechando los refuerzos recibidos, realizó en los días 31 de julio y 1 de agosto un ataque a las líneas enemigas, en las que el adversario, fuertemente atrincherado, apoyado por las ametralladoras en casamatas, por carros de combate y por la intensa acción de la artillería y aviación, presentó una extrema resistencia, no obstante lo cual consiguieron batirlo,

apoderándose de numeroso material y ocupando sus posiciones»

No comprenderíamos bien los sucesos militares de las alturas del León si no tratáramos de reflejar lo que acontecía en el campo rojo, donde el mando disponía de fortísimos medios de combate, tanto en hombres como en material. Un documento cogido por las tropas nacionales en el frente madrileño de Carabanchel, ilumina el panorama. Se trata de un informe secreto redactado por el teniente coronel rojo Morales Carrasco, que participó en las operaciones de que venimos ocupándonos. Dice así el mencionado jefe:

«El 23 de julio llegue a Guadarrama. La carretera estaba taponada por la acumulación de vehículos. La artillería nacionalista bate con gran eficacia el centro del pueblo. La intensidad del fuego de cañón causa tal depresión en las fuerzas milicianas que se encontraban a lo largo de la carretera que algún camión, dando la vuelta, emprende rápida marcha a retaguardia, actitud que bien pronto es imitada por otros muchos, siendo necesario, para impedir las consecuencias de un momento de pánico irreflexivo, atravesar un camión para impedirles la huida.»

Morales refiere después una entrevista que el teniente coronel Puig celebró con él, a fin de decidir sobre cuál de los dos debía tornar el mando de las tropas. Se da cuenta del disentimiento al Ministerio de la Guerra. Triunfa Puig, que inmediatamente ordena un ataque al Alto del León mediante la combinación de un asalto frontal y un flanqueo por la izquierda. Fracasa por completo. Morales cuenta que el espectáculo a que dio lugar este fracaso es «imposible de describir». Ese mismo día se pasaron a las filas nacionales los oficiales y soldados del Grupo auto-ametralladoras-cañones que iban en vanguardia. Puig pide nueva preparación de artillería para reiterar el asalto. Se refuerza el frente rojo con dos

baterías de 15,5 y dos Batallones mandados por el comandante Escudero y el capitán Benítez. Después de una conferencia borrascosísima entre el General Riquelme, jefe de todo el sector, y el teniente coronel Puig, éste se compromete a conquistar las alturas codiciadas. Escudero y Benítez van en vanguardia con sus Batallones. El primero muere al iniciar la marcha y su Batallón es aniquilado. La unidad del segundo queda reducida a la nada. El día 26 se producen nuevas desavenencias entre el General Riquelme y los tenientes coroneles Morales y Puig. Este acusa a los otros dos. Los soldados rojos están de tal suerte desmoralizados que hay que montar guardias especiales a la salida de los pueblos para evitar su huida hacia Madrid. «Por este procedimiento —dice Morales— se consiguió detener en el pueblo de Guadarrama alguna fuerza miliciana; pero buena parte de ella debió de filtrarse fuera de los caminos, toda vez que el alcalde de El Escorial comunica haber llegado allí 1.800 milicianos procedentes de Guadarrama. A los pocos días, Puig muere en combate, Riquelme es destituido y Morales pide la baja por enfermo. Realmente, las operaciones sobre el Alto del León habían terminado. Una pequeña fase complementaria vendría a rematarlas por completo. Convencido el Gobierno de Madrid de la imposibilidad de tomar el famoso collado, determinó flanquear la posición siguiendo la cadena de montañas que se alza al norte de El Escorial a fin de caer sobre la retaguardia nacional en la zona de Avila y amenazar de envolvimiento esa parte de la sierra, al par que se intentaba llegar hasta las ciudades de Avila y Segovia. Para lograr estos fines se organizó en Madrid una columna, cuyo mando fue otorgado al teniente coronel don Julio Mangada, tenido en los centros revolucionarios como una especie de ídolo militar. Los mejores combatientes fueron a inscribirse en la columna Mangada, que en pocos días llegó a

disponer de unos 4.000 hombres y de un material moderno y abundante. La esperanza que las masas sindicales pusieron en las operaciones dirigidas por el mencionado teniente coronel fue extraordinaria. Parecía como si se hubiera encontrado la clave de una indiscutible victoria roja. Es justo declarar que el teniente coronel Mangada operó con mayor sentido del arte militar y con más eficacia que sus compañeros encargados de atacar Somosierra y el Alto del León. A partir del día 22 de julio guerrilleó con cierta actividad a espaldas y sobre el flanco derecho de las posiciones nacionales de Guadarrama, sin dejar de alcanzar algunos éxitos locales que pronto eran compensados por los contraataques nacionales de las patrullas pertenecientes a la columna de Valladolid ya las pequeñas guarniciones de Avila y Segovia.

En resumen: al final de una serie de violentísimos choques y de un mes de combates que frecuentemente revistieron singular aspereza, los pasos principales de la Sierra de Guadarrama habían quedado en poder del Ejército del Norte. Mola podía estar seguro de que la sub-meseta septentrional de España, con sus líneas de comunicaciones y con sus centros estratégicos decisivos, ya no sería eficazmente amenazada por las tropas del Gobierno de Madrid. La situación militar de éste era de franca inferioridad en cuanto a las posiciones que ocupaba, aunque sus efectivos y material fueran todavía muy superiores a los que el General Mola tenía organizados y en campaña. Para éste la guerra presentaba el inconveniente de tener que prestar atención a varios frentes. En todos ellos, el enemigo le planteaba problemas delicados, de todos los cuales nos ocuparemos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V

SOBRE LA FRONTERA FRANCESA

Auxilio frustrado a la guarnición de San Sebastián. — Combates en el Pirineo occidental. — Orden de marcha hacia Irún y rectificación de la maniobra. — En el campo de Oyarzun. — Conquista de Irún y de San Sebastián por las tropas del General Mola. — Llegada del Ejército nacional a la línea del río Deva

Había decidido el General Mola antes del Alzamiento nacional que las tropas de su mando y los voluntarios que se le incorporaran serían destinados principalmente a colaborar desde el primer momento con eficacia en la conquista de Madrid. Para ello, el grueso de las fuerzas disponibles se lanzaría sobre la capital de España; solamente unos pequeños núcleos volantes operarían por el Norte, a fin de prestar ayuda a las guarniciones pirenaicas y cantábricas que necesitaran auxilio para poner remate y coronación a sus luchas y esfuerzos. Por eso, la primera preocupación —el 19 de julio— fue organizar la columna expedicionaria del coronel García Escámez, que salió de Pamplona el mismo día, cuando se insinuaban las sombras del anochecer.

Como se creía descontado el éxito de la sublevación militar en San Sebastián, aunque la guarnición hubiera de sostener luchas en las calles con algunos grupos marxistas, se pensó en enviar hacia allí unas pequeñas columnas de apoyo, las cuales harían más fácil la probabilidad del triunfo y ahuyentarían de los valles guipuzcoanos a las partidas milicianas. Sin embargo, las cosas

habían de suceder de manera bien distinta. En las primeras horas del día 20, a la vista de las noticias que iban llegando en relación con los sucesos de San Sebastián e Irún, comprendió el General Mola que las organizaciones del Frente Popular presentaban muy dura resistencia y estaban a punto de adueñarse de toda la provincia de Guipúzcoa. Aquella ilusión, largo tiempo acariciada, de que San Sebastián sería desde los primeros momentos la base de partida hacia Bilbao y de que el coronel Ortiz de Zárate podría lanzarse contra la capital de Vizcaya antes de que el adversario tuviera tiempo de organizarse, iba siendo reemplazada por una realidad más amarga y difícil. Nos encontrábamos ante una verdadera guerra, cuyos objetivos esenciales, a lo largo de la frontera francesa, eran esa zona del Pirineo y la conquista de Irún, del campo de Oyarzun y de San Sebastián como medio indispensable para dar solidez a la situación del Ejército del Norte. Sin embargo, la influencia del primitivo plan persistió durante algunos días en el ánimo de los jefes que mandaban las columnas.

Las instrucciones de marcha hacia San Sebastián fueron perfectas desde el punto de vista de la táctica aplicada al terreno, pero evidentemente erróneas, por demasiado optimistas, en cuanto al empleo de efectivos. La falta de información inicial acerca de la cantidad y calidad del enemigo llevó a los lugartenientes de Mola a unas operaciones locales que no pudieron prosperar totalmente y que hubieron de convertirse en movimientos de exploración y tanteo, de los que salió después un plan mejor concebido y más eficaz. Originalmente, las fuerzas da Pamplona destinadas a operar en el sector pirenaico y cantábrico debían marchar en tres grupos: uno de ellos tomaría el valle del río Bidasoa, con el propósito de envolver San Sebastián mediante la conquista de Irún; otro seguiría la dirección marcada por el valle del río Oria, para completar la

operación de envolvimiento por la izquierda; el tercer núcleo tuvo como misión marchar por las no muy elevadas cresterías de la divisoria entre los dos ríos antes mencionados.

El día 20 de julio se organizó en el valle del Baztán una columna de la que formaban parte una Compañía de Requetés, unos voluntarios falangistas y unos Carabineros. El 21 tomó el mando de estas tropas el coronel Beorlegui, que incorporó una nueva Compañía de Requetés. Al propio tiempo, el teniente coronel Cayuela se puso al frente de cuarenta requetés, treinta falangistas y algunos soldados de los Batallones de América y Sicilia para marchar hacia Tolosa por la carretera de Betelu.

El mismo día 21, el coronel Beorlegui, que se había situado en Vera del Bidasoa, mandó forzar el angosto paso de Endarlaza, donde el río Bidasoa se encajona entre dos montes que parecen querer unirse sobre las aguas. Allí les esperaban las primeras patrullas milicianas llegadas de Irún. Ocupaban los rojos posiciones muy ventajosas y desde ellas hicieron fuego terco y nutrido sobre las vanguardias navarras. Históricamente, el paso de Endarlaza ha sido teatro de luchas sangrientas en las guerras civiles de España; una vez más, las armas atronaban aquel pequeño desfiladero y en él se detenía el ardor del ataque. A partir de Endarlaza, el río Bidasoa marca la frontera con Francia, de suerte que no podía Beorlegui flanquear las posiciones rojas por el lado de las montañas que se alzaban a la derecha de su eje de marcha; esas montañas forman parte del territorio francés.

En el choque inicial, apoyados los asaltantes por el fuego de unas piezas excelentemente situadas, consiguieron desalojar al enemigo de las posiciones de vanguardia; pero cuando se pensó en pasar al otro lado del río, una gran voladura destruyó el puente,

haciendo imposible la operación proyectada. El coronel Beorlegui no insistió. Sus tropas volvieron al pueblo Ir Vera, y tomando los caminos de los montes se dirigieron hacia Oyarzun, con objeto de situarse entre Irún y San Sebastián en condiciones de atacar aisladamente a cada una de estas dos ciudades.

Mola, que veía complicarse la situación en el Pirineo occidental, formó en Pamplona una nueva columna el día 22 y dio el mando de la misma al coronel Ortiz de Zárate. El 23 salieron otras fuerzas en la misma dirección de Irún; las mandaba el teniente coronel Los Arcos.

De derecha a izquierda, o sea desde el Pirineo hasta el valle del Oria, el número de unidades nacionales empeñadas va aumentando de día en día. El 24 de julio, los soldados de Los Arcos avanzan por el ala derecha; los del coronel Ortiz de Zárate, a su flanco, siguiendo la orilla izquierda del río, empiezan a expugnar las posiciones de Peña Endarlaza; las del coronel Beorlegui han llegado a los caseríos próximos a Oyarzun; las columnas de Becerra y Cayuela dominan las comunicaciones hacia Betelu y Tolosa y toman precauciones contra los carros blindados que, según parece, empiezan a emplear los rojos de San Sebastián; las tropas de Tutor dominan posiciones en la divisoria, entre Leiza y Berástegui...

El día 25, las dificultades de la situación van creciendo. El coronel Beorlegui, que intenta conquistar el pueblo de Oyarzun con poco más de cien hombres, no ha podido vencer la resistencia enemiga; el coronel Ortiz de Zárate abandona momentáneamente la empresa de Endarlaza y retrocede a Vera del Bidasoa, porque es necesario ayudar rápidamente a Beorlegui. Este envía al General Mola un mensaje que dice:

«Estoy en las inmediaciones de Oyarzun, en el monte denominado Zabaldi. Necesito socorros. Sólo cuento con cuatro cajas de municiones.,

Efectivamente; los atacantes de Oyarzun llevaban en las cartucheras 80 ó 90 tiros. Los socorros iban a salir de las demás columnas operantes. Dos Compañías, mandadas por el capitán Ureta y por el teniente Ormaechea, se incorporaron a la columna de Beorlegui. Pero hacía falta algo más. Entonces se vio llegar al campo de operaciones a otras dos Compañías, mandadas por el capitán Tejero —las fuerzas correspondían al Regimiento de América— y se inició una ágil operación de flanqueo hacia la carretera fronteriza de Irún, a fin de facilitar la maniobra de Beorlegui sobre Oyarzun. Llevaba Tejero algunas ametralladoras y dos piezas del 10,5, que fueron llevadas hasta el frente con muy grandes dificultades. Aquella pequeña y audaz maniobra flanqueante tuvo completo éxito. El enemigo abandonó sus posiciones, y entretanto Beorlegui ocupó una línea que dominaba parte de la cuenca de Oyarzun y amenazaba las comunicaciones de San Sebastián con la frontera. El coronel Ortiz de Zárate se adueñó del collado de Arichulegui.

Animado Beorlegui por aquel éxito, dio orden de que las vanguardias avanzaran hacia el pueblo de Rentería con el fin de apretar la amenaza sobre San Sebastián; allá fue el capitán Ureta, pero el enemigo se había parapetado excelentemente en las fábricas papeleras y hacía un fuego realmente eficaz contra fuerzas fatigadas que, por añadidura, debían avanzar a pecho descubierto. Mediada la tarde fue necesario mandar «retirada» a las ardorosas vanguardias. El teniente Ibáñez presentó un plan de golpe de mano sobre Irún, pero su ardiente iniciativa no fue aceptada.

Mientras tanto, las fuerzas que marchaban por las crestas de

la divisoria y por el valle del Oria iban cerrando la tenaza sobre San Sebastián por el flanco izquierdo.

El día 26 una columna ocupaba posiciones en las inmediaciones del centro industrial de Beasain, al par que otra se acercaba a Tolosa. El 27 las columnas Cayuela, Malcampo y Albizu llegaron a Beasain, y un núcleo activo, mandado por el capitán Duñabeitia, se encaminó hacia los montes que defienden San Sebastián por el Norte. El 29 las tropas nacionales de Beasain emprendieron la marcha hacia Villafranca de Oria, adonde no podrían llegar hasta el día 1 de agosto por la gran resistencia que oponían las milicias vascas. Sin grandes modificaciones en la situación de unos y otros combatientes transcurrieron los días 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9 de agosto. El enemigo, muy reforzado en hombres y en material por la llegada de unidades milicianas procedentes de Vizcaya y de Asturias, sostenía el fuego sin cansancio y arreciaba en su resistencia, pegándose desesperadamente al terreno y obligando a los nacionales al empleo frecuente del arma blanca.

El coronel Beorlegui reagrupó sus fuerzas, porque de aquella primera columna de 500 hombres con que había pretendido tomar San Sebastián muchos habían sido evacuados a los hospitales inmediatos. Los fuertes del campo atrincherado de Oyarzun, sobre todo los de Guadalupe y San Marcos, hacían fuego de cadencia lenta, pero muy mortificante, sobre las líneas de Beorlegui. Este había tenido que abandonar el pueblo de Oyarzun y situarse, más a cubierto del fuego rojo, en los montes dominantes.

El día 9, las columnas mandadas por los jefes Cayuela, Gual y Latorre, decidieron la toma de la ciudad de Tolosa, en cuya conservación ponían los enemigos gran interés. Dos días de violentos combates transcurrieron antes de que la operación

quedase rematada. El día 10, en las horas del atardecer, algunas vanguardias penetraron en los barrios nuevos de la población, pero la retaguardia de los defensores continuaba resistiendo en el Barrio Viejo. Fue necesario operar nuevamente en la madrugada del 11, envolver Tolosa por la izquierda, batir con artillería las comunicaciones de las unidades en retirada y asaltar el Barrio Viejo para que Tolosa quedara plenamente en poder de las tropas nacionales.

Este golpe había de resultar rudísimo para las milicias vascas y los voluntarios del Frente Popular, porque Tolosa, aparte de su significación política y sentimental entre los vascos, es cabecera de una importante zona de la provincia y nudo esencial de comunicaciones en toda una comarca de gran valor táctico.

El mismo día 11, mientras el ala izquierda del dispositivo —¡elemental dispositivo todavía!— entraba en Tolosa, comenzaba Beorlegui sus operaciones decisivas contra Irún. Ya no era San Sebastián el objetivo urgente, sino Irún; en primer término, porque en San Sebastián los militares refugiados dentro de los cuarteles de Loyola habían tenido que rendirse, abandonados por el jefe de mayor responsabilidad y engañados por una negociación de índole política; en segundo lugar, porque Irún era el verdadero punto de empalme del Frente Popular con las organizaciones equivalentes de Francia y su posesión entrañaba importancia excepcional, tanto desde el punto de vista militar como desde el político.

Las posiciones rojas aparecían muy reforzadas. La densidad del fuego miliciano era superior a la del nacional. Se podía apreciar perfectamente la importancia numérica de las armas automáticas. Un tren blindado recorría la línea entre Irún y San Sebastián. Carros también blindados cruzaban las carreteras. La artillería

ajustaba su tiro con mucha precisión.

Antes del día 11, un golpe de mano de los nacionales mandados por el coronel Ortiz de la Torre ocuparon una posición denominada Picoqueta, que era una excelente base de partida con vista a operaciones de mayor alcance.

Los días 12, 13 y 14, las vanguardias de Beorlegui, apoyadas por una pequeña columna al mando del comandante Galbis, tomaron varias posiciones de cierto valor táctico. El objetivo de la maniobra eran los altos llamados de Erlaitz y Pagogaña, en el sistema montañoso coronado por las Peñas de Aya, Los jefes, reunidos en Picoqueta, decidieron que el asalto fuera llevado a cabo el día 15. Entre esos jefes aparecía un comandante joven, D. Rafael García Valiño, escapado de la costa cantábrica, donde pudo burlar las suspicacias y la vigilancia de los rojos; ahora asumía el mando de las fuerzas navarras de extrema vanguardia, aquellas fuerzas de las que luego nacería la 1.ª División de Navarra. García Valiño, jefe del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo en las grandes campañas de la guerra española, mostró en las operaciones sobre Irún todas las cualidades que más tarde habían de darle fama en el mando de unidades superiores.

A las diez de la noche del 14 se situaron las tropas atacantes en los puntos de partida. Y apenas rayó el alba del día 15 comenzó el combate, que duró hasta las cinco de la tarde del mismo día. A esa hora los montes de Erlaitz y Pagogaña, clave militar de toda la zona, eran ocupados por la columna del coronel Ortiz de Zárate y por los soldados de Beorlegui. La suerte de Irún estaba echada. El campo atrincherado de Oyarzun iba a pasar rápidamente a manos del General Mola. La primera victoria interesante del Norte había sido la de Tolosa; la segunda era esta de los montes de Oyarzun e

Irún. La operación había sido dura. Entre otras bajas, el mando nacional anotaba la del propio coronel Ortiz de Zárate, muerto de dos balazos.

Igual que en Tolosa, los rojos abandonaban artillería, ametralladoras municiones y municiones.

A pesar de todo, el Frente Popular va a intentar un supremo esfuerzo. Dueño todavía su voluntariado y sus tropas de las principales líneas de comunicaciones, proceden a reforzar el frente, traen al sector de la frontera unidades frescas, acrecientan sus parques de municiones y su material artillero y preparan varios contraataques. Comprenden que una estricta defensiva será estéril y que, por lo menos, es indispensable recobrar los dos grandes observatorios que acaban de serles arrebatados.

En este momento de la guerra de España es cuando aparece el primer núcleo de combatientes extranjeros en auxilio del Frente Popular. Las disposiciones que los rojos adoptan, la organización de las posiciones para la resistencia, el perfeccionamiento en los métodos de fuego y las instrucciones que reciben los mandos subalternos, indican que están interviniendo jefes duchos en las artes del combate.

Las líneas nacionales son hostilizadas incesantemente, noche y día, con fuego de cañón, y se hace necesaria una mejor preparación de los parapetos. Algunos tanteos a vanguardia tropiezan con un espíritu reactivo mucho más móvil y más elástico por parte de los rojos. En suma: desde el anochecer del día 15 hasta el amanecer del 26, apenas se registran hechos de consideración. Los 500 hombres que ocupan las alturas de Oyarzun esperan la acción de otras columnas que marchan por la derecha y que se disponen a atacar siguiendo, como eje de

marcha, la carretera de Pamplona a Irún. Como la voladura del puente de Endarlaza incomunica esas dos ciudades en una zona difícil, se hace necesario crear otro sistema de comunicaciones. Luego de rechazados varios proyectos por diversos motivos, se resuelve levantar los raíles del ferrocarril de vía estrecha que recorre el valle del Baztán y convertir el camino de hierro en carretera, o más bien en pista útil para el transporte de tropas, de municiones y de artillería.

El día 26 se reanudaron las operaciones contra Irún. Las tropas atacantes habían sido previamente reforzadas por la Bandera de la Legión, que Franco envió a Mola en cuanto las comunicaciones entre el Norte y el Sur fueron posibles por las victorias de Yagüe en Mérida y en Badajoz. La presencia de esos 500 combatientes de primer orden cambió el aspecto de las cosas, aunque también la capacidad de resistencia del enemigo había aumentado considerablemente.

Iniciada la maniobra al amanecer, y señalados como objetivos el pueblo de Behovia, el monte San Marcial —de histórico recuerdo — y las Ventas de Irún, entre esta ciudad y San Sebastián, se encontró al enemigo perfectamente atrincherado, con alambradas y con fuertes disponibilidades de municiones y explosivos. Por primera vez aparecieron oficiales extranjeros, pertenecientes a los cuadros de reserva franceses y belgas. La defensa era enérgica, la acción de los aviones rojos muy insistente, la actividad de la artillería nacional deficiente por el temor de que algunos proyectiles cayeran en territorio francés... Cuando llegó la noche pudo comprobarse que el avance había sido casi nulo. En el ala izquierda, la 2.ª Bandera de la Legión, desorientada, no pudo llegar a las Ventas de Irún; en el centro, las dos Compañías del

Regimiento de América, la 4.ª del Tercio de Montejurra y una Compañía del Tercio de Lácar tuvieron que conformarse con muy pequeños progresos; por la derecha, el comandante Galbis, al frente de unos carros, avanzaba penosamente desde Endarlaza al pueblo fronterizo de Behovia.

El día 27 se volvió al ataque. Se fijó a las fuerzas del centro como objetivo inmediato la ocupación del monte Zubelzu, que, en efecto, vio pronto en su cima la bandera nacional; pero un contraataque rojo, llevado a cabo con gran decisión, obligó a las vanguardias de Beorlegui a replegarse, dejando nuevamente Zubelzu en manos rojas. En la parte vital del frente aparecían tres líneas de trincheras perfectamente organizadas; sólo se pudo ocupar, con grandes dificultades, la primera; sobre ella tiraban numerosas ametralladoras, cruzando perfectamente los fuegos.

El día 28, nuevo asalto, que tampoco logra los objetivos. Las tropas atacantes acusaban la fatiga producida por el esfuerzo de los dos días anteriores; de otra parre, pudieron observarse deficiencias en el sistema de enlace entre las distintas unidades, y a ello se añadía la antes citada dificultad de emplear las baterías artilleras de 75, 105 y 155, porque el peligro de batir tierra francesa era muy claro.

Al día siguiente, como la insistencia de los nacionales acusara el designio de la ocupación de Irún, costara lo que costase, los rojos contraatacaron violentamente las posiciones de Beorlegui frente a San Marcia. Artillería, ametralladoras y granadas de mano trataron de desconcertar la organización de las líneas nacionales. El contraataque fue dirigido con buen sentido militar y con indudable decisión, pero fracasó completamente, porque las posiciones navarras no cedieron un solo palmo.

Durante los días 30 y 31 se dio a las tropas un reposo necesario y fueron repuestos los parques de municiones, que Mola iba alimentando desde Pamplona con cuentagotas, porque sus disponibilidades eran insignificantes. Se aprovechó el descanso del centro de la línea para que el ala derecha, siempre apoyada en carros y en el fuego que la artillería situaba sobre las laderas de la margen izquierda del Bidasoa, adelantara las tropas hacia Irún, no sin que los pequeños elementos de infantería que iban en esta columna encontraran fortísima resistencia en diversos recodos de la carretera, y especialmente en el conocido con el nombre de «Puntha», casa-cuartel de Carabineros, donde grupos de fusileros rojos resistían tenazmente, sin que los requetés atacantes pudieran hostilizarles adecuadamente a consecuencia de la extraordinaria proximidad del pueblo francés de Biriatou y de los campos de labor pertenecientes a los primeros caseríos de Francia.

El día 1 de septiembre, repuestas las fuerzas del centro, volvieron los nacionales al ataque de San Marcial. «A pesar de la intensa preparación artillera y de la aviación, el enemigo, fuertemente reforzado en sus atrincheramientos, dificultó el avance, que sólo pudo ser parcial en algún punto del frente, sin conseguir la ruptura de la línea enemiga». Así daba cuenta de la jornada el mando subalterno al mando superior. El día, en efecto, había sido doloroso para los nacionales. Cien bajas sufrieron sus tropas de vanguardia. Entre ellas figuraba, con un balazo en el pecho, el comandante García Valiño, jefe de las fuerzas de choque.

Por fin, el día 2 de septiembre trajo al coronel Beorlegui, con la toma de San Marcial, el premio a sus sacrificios y a su tenacidad. Preparóse el asalto con un fuego artillero de gran eficacia, y a media mañana, comprobados que fueron los efectos causados por

tres baterías de 75, dos de 155, dos de 105 y dos obuses, se dio orden de ataque. Previamente, los soldados de la Legión por la derecha, y requetés y falangistas por la izquierda, habían arrebatado al enemigo las posiciones flanqueantes. Los defensores de San Marcial comprendieron la difícil situación en que se encontraban y se retiraron hacia Irún, dándolo ya todo por perdido. San Marcial es como un balcón desde el que se puede, virtualmente, apedrear las calles de Irún.

Mientras el centro tomaba San Marcial, la columna de la derecha entraba en el pueblo de Behovia, obligando a los milicianos a trasponer la frontera y a entregar sus armas a los gendarmes franceses. La victoria de Irún estaba alcanzada. Unas horas más para reorganizar y enlazar bien las distintas columnas; una maniobra para ocupar nuevamente el monte Zubelzu, cortando así las comunicaciones entre Irún y San Sebastián, y todo estaría terminado. El día 5 de septiembre la columna del coronel Beorlegui entraba en la ciudad fronteriza, en la ciudad de la que sólo quedaban unos pobres restos. Inmensas columnas de humo se alzaban hacia el cielo, en un siniestro espectáculo. A todo lo largo de la frontera de Francia, desde Hendaya hasta Biriatou, millares de personas contemplaban aquel panorama de desolación y de muerte. Las organizaciones anarquistas, al retirarse en derrota a territorio francés —por el monte unas veces, por el río otras, o por las playas de Fuenterrabía y Hendaya—, incendiaron la ciudad de Irún. Casa por casa rociaron de gasolina todos los edificios y luego lanzaron sobre ellos docenas de bombas de mano. Irún quedaba reducido a la quinta parte de su población normal. Los rojos empezaban a perder inexorablemente la guerra. Junto a su falta de unidad y de técnica surgía la inclinación al crimen y al terror de varios de sus núcleos políticos. Inevitablemente, llegarían a ser

víctimas de sus propios métodos. Los franceses que contemplaron el día 5 de septiembre de 1936 el espectáculo de Irún debieron haber comprendido con absoluta claridad cuanto sucedía en España y el sentido profundo de nuestra guerra.



En la frontera francesa ondea ya la bandera de España

La marcha sobre San Sebastián

Ocupada la ciudad de Irún, dominada la frontera francesa en el Pirineo occidental, dueños ya los nacionales de la carretera que desde la frontera va a San Sebastián para seguir luego hacia Burgos y Madrid, era evidente que la capital de Guipúzcoa, la linda y bien compuesta ciudad de San Sebastián, apenas tenía defensa posible. Amenazada por todas partes, menos por la carretera que la une con Bilbao, los milicianos y las unidades militares de San Sebastián no podían aspirar sino a una resistencia de última hora, sin otra finalidad que la de retrasar el avance de los nacionales y proteger la retirada de las masas armadas y de los partidarios políticos del Frente Popular hacia Bilbao. Con éstos iban a ser conducidos a las cárceles bilbaínas unos centenares de rehenes, elegidos entre las familias más distinguidas de Guipúzcoa y caracterizados por su hostilidad electoral y política hacia el Frente Popular.

La defensa retardatriz se empleó a fondo contra la columna mandada por el coronel Iruretagoyena, que se lanzó a toda prisa sobre las comunicaciones que dominan la ciudad de San Sebastián por el Sur. La resistencia fue menor en Fuenterrabía, donde Beorlegui, con un centenar de hombres, se apoderó del fuerte de Guadalupe y de todo su material artillero. Los requetés que descendieron hacia la carretera de las Ventas de Irún tampoco tuvieron que esforzarse con exceso. Desde las peñas de Arcale fue relativamente sencillo el acceso al pueblo industrial de Rentería. Es decir, toda la frontera con Francia en aquella parte del Pirineo, los puentes internacionales, la zona del Bidasoa y del campo de Oyarzun (salvo los fuertes de San Marcos y Choritoquieta) quedaban en manos de las tropas nacionales. Iruretagoyena iba aproximándose al mismo tiempo hacia el monte de Santa Bárbara, pero sus pasos eran muy contados, porque los milicianos vascos y socialistas se entregaban allí a una furiosa defensa, temerosos de que sus comunicaciones con Bilbao quedasen cortadas y copado todo el Ejército rojo de Guipúzcoa en el cepo de San Sebastián. Los días 8, 9, 10, 11, 12 y 13 de septiembre, la columna del coronel Beorlegui termina la ocupación del campo de Oyarzun, se apodera del espinazo marítimo del monte Jaizquíbel, invade Rentería, Lezo y Pasajes de San Juan, trepa a la loma defensiva de Santiagomendi y resuelve definitivamente el problema táctico de la entrada en San Sebastián.

A partir del día 16, las columnas de Tolosa y las que marchan por los montes divisorios entre el Bidasoa y el Oria han ocupado los pueblos le Iruta, Villabona y Andoain, rechazan un ataque de flanco —que pudo ser muy peligroso— procedente de núcleos vizcaínos concentrados en Azpeitia y situados a favor del paso de Vidania; resisten algunos bombardeos enérgicos de la aviación roja

y se dirigen con rumbo al monte de Santa Bárbara, teniendo a San Sebastián como objetivo e intentando envolver la ciudad y cortar la retirada de las milicias rojas. Hasta el día 12 no pudieron los nacionales ocupar el cerro cónico de Santa Bárbara. No disponían de efectivos suficientes para un ataque de gran profundidad y de ritmo rápido, ni de los elementos indispensables para pensar en operaciones de tanta amplitud como el corte de toda una línea de comunicaciones a retaguardia o al flanco del enemigo.

Alguna unidad de la naciente Escuadra Nacional —el crucero «Almirante Cervera» y el destructor «Velasco»— ayudaban con sus tiros sobre la costa a la operación que llevaban a efecto las columnas de tierra. El efecto de esa colaboración era, sobre todo, de índole psicológica.

El día 13 de septiembre las defensas de San Sebastián se han desplomado por completo. Beorlegui, triunfante después de tantos momentos difíciles, entra en la capital de Guipúzcoa al frente de unos grupos de requetés. Detrás sigue toda la columna. Al mismo tiempo, las fuerzas que llegan por la carretera de Tolosa y Andoain, vencida la resistencia de Santa Bárbara, toman los accesos del Norte y el Nordeste. Los milicianos, en su inmensa mayoría, se han replegado por la carretera de Bilbao. Una parte de la población ha huido en barcos mercantes y pesqueros con rumbo a los puertos vizcaínos. Mola, desde su Cuartel general, ordena que comience una persecución muy activa del enemigo. En cumplimiento de esa orden, las columnas que avanzaban por el flanco izquierdo sobre la divisoria de las aguas entre Navarra y Guipúzcoa dibujan una brusca conversión y toman dirección resuelta hacia Bilbao. Hay que pasar, por de pronto, desde el valle del río Oria hasta el valle del Deva.

En una marcha muy rápida, las tropas nacionales se disponen a conquistar toda la provincia de Guipúzcoa. Si es posible, llegarán hasta Bilbao. Desafortunadamente para el Ejército del Norte, Bilbao estaba, por el momento, muy lejos del alcance de sus posibilidades militares.

El día 20 de septiembre el frente alcanzado por las tropas de Iruretagoyena, Latorre y Cayela ocupa una línea jalonada por los pueblos de Orio, Régil, Beizama, Astigarreta y Bríncola. La Agrupación Tejero ocupa Zurnárraga y Puerto Descarga; la de Díez Rivera entra en Azpeitia y Azcoitia. Las banderas de los requetés son izadas en el monasterio de Loyola, casa solar de San Ignacio. Iruretagoyena avanza hasta Zumaya, Arrona y Cestona. El día 21 ya están los soldados del General Mola en el valle del río Deva. En días sucesivos son ocupados Placencia de las Armas, Vergara —donde entra el teniente coronel Los Arcos—, Deva, Alzola, Elgóibar, Motrico, Ondárroa, algunas posiciones próximas a Eibar y Elgueta... Pero el Ejército del Norte ya no puede ir más allá. Está cansado. El ciclo de operaciones de Guipúzcoa ha sido largo y fatigoso. Por otra parte, Mola carece de repuestos de armamento, y las municiones con que cuenta son muy pocas.

La Escuadra roja, formada por el acorazado «Jaime I» y los cruceros «Cervantes» y «Libertad», bombardea el pueblo de Deva y sus alrededores. Los efectos del bombardeo son tan cortos como los del «Cervera» en Irún y Fuenterrabía. El avance nacional ha terminado por ahora. El frente pasa por ese momento típico de la preestabilización. Se libran combates locales muy vivos y el enemigo hostiliza sin cesar con nuevas fuerzas. En Vitoria se orga-

niza una columna cuya misión es flanquear a las que vienen de San Sebastián e intentar la ocupación de algunos puntos dominantes en la zona de Mondragón y Elgueta. Pasan unos días, y puede decirse que el frente está ya fijado. El Ejército del Norte se encuentra en las líneas del río Deva. Delante de él se alzan las montañas que defienden el acceso a Vizcaya. En ellas hace su aparición el Ejército vascorrojo, formado por unidades separatistas y por Batallones de milicianos vizcaínos, santanderinos y asturianos. Unos días más, y ya es claro que nos encontramos ante lo que los franceses llaman *piétinément sur place*. Hemos entrado de lleno en la fase de la estabilización. Comienzan a caer las abundantes lluvias de la otoñada. Muy pronto, todo el frente será un inmenso mar de fango resbaladizo. Mola aplaza para mejor ocasión la marcha sobre Bilbao.

Consecuencias político-militares de la victoria nacional en Irún y en San Sebastián

Antes de dar por terminado este capítulo vale la pena de que examinemos las consecuencias militares y políticas de las operaciones llevadas a cabo por el Ejército del Norte sobre la frontera francesa y sobre las ciudades de Irún y San Sebastián.

De los tres grandes problemas que se planteaban a la consideración y a la resolución del Alto Mando nacional en los días finales del mes de julio (paso del Ejército de Africa a la Península, con el natural restablecimiento de las comunicaciones a través del Estrecho de Gibraltar; comunicación del Ejército del Sur con el del Norte; dominio de las líneas fronterizas con Portugal y con Francia) ya no quedaba ninguno en pie. El Ejército del Sur había dado

buena cuenta de los dos primeros y de una parte del tercero; el del Norte completaba ahora la operación.

La victoria nacional en el Pirineo occidental y la conquista de Irún cortaba a los rojos su enlace directo con Francia en la frontera Norte y permitía a los Generales Franco y Mola dar muestra segura de su personalidad política, militar y económica ante el Estado francés. Las provincias cantábricas que seguían la suerte del Frente Popular —Vizcaya-Santander-Asturias— no podrían en lo sucesivo comunicarse con el exterior sino por vía marítima o aérea. Su cerco y bloqueo serían, en consecuencia, más fáciles y hacederos para el Ejército en campaña.

Desde el punto de vista internacional, Francia —y aun Inglaterra—no tendrían más remedio que reconocer una situación de hecho; y aunque al Frente Popular francés le costara gran esfuerzo y mucha violencia ¿cómo podría borrar la realidad de que en Irún, sobre el puente Internacional y en Behovia, y en las fronteras del Bidasoa, y en los pasos de Vera y de Echalar, y en Dancharinea, y en toda la alta Navarra montañosa, hasta los confines lejanos de la provincia de Huesca, eran soldados de Mola los que montaban la guardia, poblaciones dominadas por Mola las que vivían y comerciaban, muchedumbres adscritas a la España nacional las que ocupaban pueblos, campos y caseríos?

En el transcurso de dos meses, toda una provincia muy industriosa, una de las más activas y progresivas de España —Guipúzcoa— había sido perdida por el Gobierno de Madrid. Con ello pasaban de las manos del Frente Popular a las del Ejército alzado una zona abundante en pastos y en ganado, algunos centros mineros de segundo orden, parte de las industrias químicas, metalúrgicas y papeleras, fábricas de primera clase,

como las de Beasain y Rentería, una población de considerable densidad y, por consiguiente, una nueva posibilidad de futuros reclutamientos, un sector costero con estimables posibilidades pesqueras, un buen puerto abierto al tráfico internacional —Pasajes— y una serie de montes que, mirados a la luz del arte militar, representaban la consolidación del dominio ya ejercido sobre las provincias de Navarra y Alava; una mayor seguridad y amplitud en el sistema de comunicaciones que une la frontera con las ciudades de la submeseta, una técnica y una riqueza básicas que reforzaban la economía del Estado naciente y... el prestigio de la victoria, pronto cotizado en el mundo entero. A cambio de esto el General Mola había tenido que consumir dos meses, retrasar y debilitar la acción sobre Madrid, desviar sus planes, resignarse a perder Bilbao y Vizcaya durante mucho tiempo, aceptar el criterio de una guerra más larga de lo que había pensado y reflexionar sobre la necesidad ineludible de organizar un verdadero Ejército, porque las fuerzas guerrilleras que habían marchado desde Pamplona hasta el valle del río Deva no eran suficientes para el desarrollo de los planes futuros.

Mil bajas había sufrido el Ejército del Norte en la campaña de Irún y San Sebastián. Si se tiene en cuenta que los efectivos no fueron superiores a los 3.000 hombres —salvo en los instantes finales—, se comprenderá la violencia que los combates revistieron. Frente a esos 3.000 hombres nacionales los rojos habían puesto en las líneas de fuego unos 5.000, de los que fueron baja desde el 18 de julio hasta los primeros días de octubre unos 1.800.

En esta campaña de la frontera habían comenzado a existir los núcleos que luego conoceríamos con el nombre de *Brigadas de*

Navarra, más tarde *Divisiones de Navarra*. Se habían incorporado a ellas, además de algunos jefes que ya han sido mencionados, el coronel Vigón, como jefe de Estado Mayor y el teniente coronel Martínez Campos, como jefe de la Artillería. Bajo el mando del General Solchaga —su primero y único jefe—, iban a entrar en el período decisivo de una nueva organización. Coincidiendo con la entrada en San Sebastián, el Ejército del Norte recibía los primeros aviones «Savoia» y los primeros carros ligeros italianos, conducidos por españoles. Al hacer alto en la línea del Deva, empezaba a constituirse el que pronto conoceríamos con el nombre oficial de *Ejército del Norte*.

Por el lado de las fuerzas adictas al Gobierno de Madrid, los reveses de Guipúzcoa parecían abrirles los ojos. Creyeron, sin duda, que Irún y San Sebastián resistirían prolongadamente, merced a la superioridad de los efectivos y a la excelencia del material que las organizaciones comunistas les enviaron desde Francia. Pero la ausencia de una técnica superior y la extrema escasez de los mandos subalternos dieron sus frutos naturales.

Al encontrarse con la pérdida de Guipúzcoa, el Gobierno de la República de Euzkadi —acababa de ser otorgado a los nacionalistas vascos el Estatuto de autonomía que les permitía organizar un Gobierno comarcal o local— y las representaciones del Frente Popular en Santander y Asturias entraron en una fase de super-actividad y decidieron organizar sus fuerzas militares de un modo sistemático. El Gobierno de Madrid les envió mandos —los Generales Llano de la Encomienda y Gamir Ulibarri, entre otros—, jefes de Estado Mayor, dinero, expediciones de armamento en barcos que procedían de puertos franceses, ingleses y mejicanos, aviación y toda clase de elementos auxiliare, La moral miliciana y

vasca superó el grave episodio guipuzcoano, y al amparo de formidables líneas naturales, que les prometían una fácil defensa, se dispusieron a preparar el Ejército que la guerra de España requería. Realmente, el frente de los montes de Elgueta y Elgóibar, cerrándose hacia las llanuras de Alava, constituye un verdadero recinto de fortificaciones colocadas por Dios entre Guipúzcoa y Vizcaya. Al amparo de esa enorme fortaleza un mando inteligente puede disponer campañas defensivas de gran alcance y de posibles resultados fecundos.

CAPÍTULO VI

LA GUERRA EN LOS FRENTES LLAMADOS SECUNDARIOS. ARAGÓN, BALEARES. ANDALUCÍA, SANTANDER Y ASTURIAS

El frente aragonés en las primeras semanas de la lucha. — Los nacionales abandonan las líneas del Ebro y del Cinca. — Rápido avance de las columnas rojas de Cataluña y Valencia sobre Zaragoza, Huesca y Teruel. — Fracaso de los planes militares rojos y fijación del frente en Aragón. — La expedición Bayo contra Mallorca. — Carácter de la guerra en Santander y Asturias. — Resistencia nacional en tres focos aislados: Oviedo en el norte, el Alcázar de Toledo en el Centro y el Santuario de Santa María de la Cabeza en el Sur

Si en la cabecera de este capítulo hemos llamado «secundarios» a los frentes de que hemos de ocuparnos ahora, no es porque fueran de segunda orden o más o menos desdeñables los hechos militares acaecidos en tales teatros de operaciones, sino porque estando fija la mirada de los Altos Mandos españoles en los objetivos de la meseta central, concretamente en la villa y capital de Madrid, pasaba a término subalterno cuanto sucedía en otras zonas del país y se le prestaba, por así decirlo, una atención tangencial. A medida que la duración y alargamiento de la guerra fueron presentándose como un panorama inevitable, esos frentes cobraron mayor interés y acabaron por transformarse en la

preocupación fundamental del Ejército.

Es claro que una mayor victoria del Alzamiento en las guarniciones principales y una rápida conquista de Madrid hubiesen permitido, ese cierto modo, desdeñar los posibles éxitos periféricos del Ejército rojo; porque ¿adónde les conduciría el dominio de Mallorca, o la toma de Huesca y de Teruel, o el aplastamiento de la resistencia en Oviedo, si perdían Madrid, y con Madrid la sede del poder político?

Pero Madrid, como objetivo inmediato, pasaba a ser una quimera; el Mando comprobaba todos los días que para llegar a la capital de España habría de esforzarse mucho y vencer resistencias importantes. La situación general tendía a mejorar, gracias a los triunfos de los primeros días en el Sur y a la consolidación de las posiciones conquistadas por el Ejército del Norte; pero, al propio tiempo, los rojos mostraban propósitos de defenderse por todos los medios, empezaban a recibir considerables refuerzos del exterior y trataban de invadir territorios y tomar ciudades que necesariamente debían ejercer influencia en el desarrollo de las operaciones generales.

Por ejemplo, ahora que podemos contemplar el paisaje de la guerra de España de una manera total, ¿quién duda de que la entrada de las milicias catalanas en Zaragoza hubiese producido consecuencias incalculables, profundísimas, en el curso de los sucesos militares? ¿Cómo negaríamos que el acceso de 20 ó 30.000 mineros asturianos y 8 ó 10.000 combatientes de Santander a la submeseta septentrional donde se asientan las ciudades de Burgos, Palencia y León, entre otras, no podía menos de transformar radicalmente las condiciones en que se entablaba la lucha? Por eso, aunque los esfuerzos más directos y la actividad

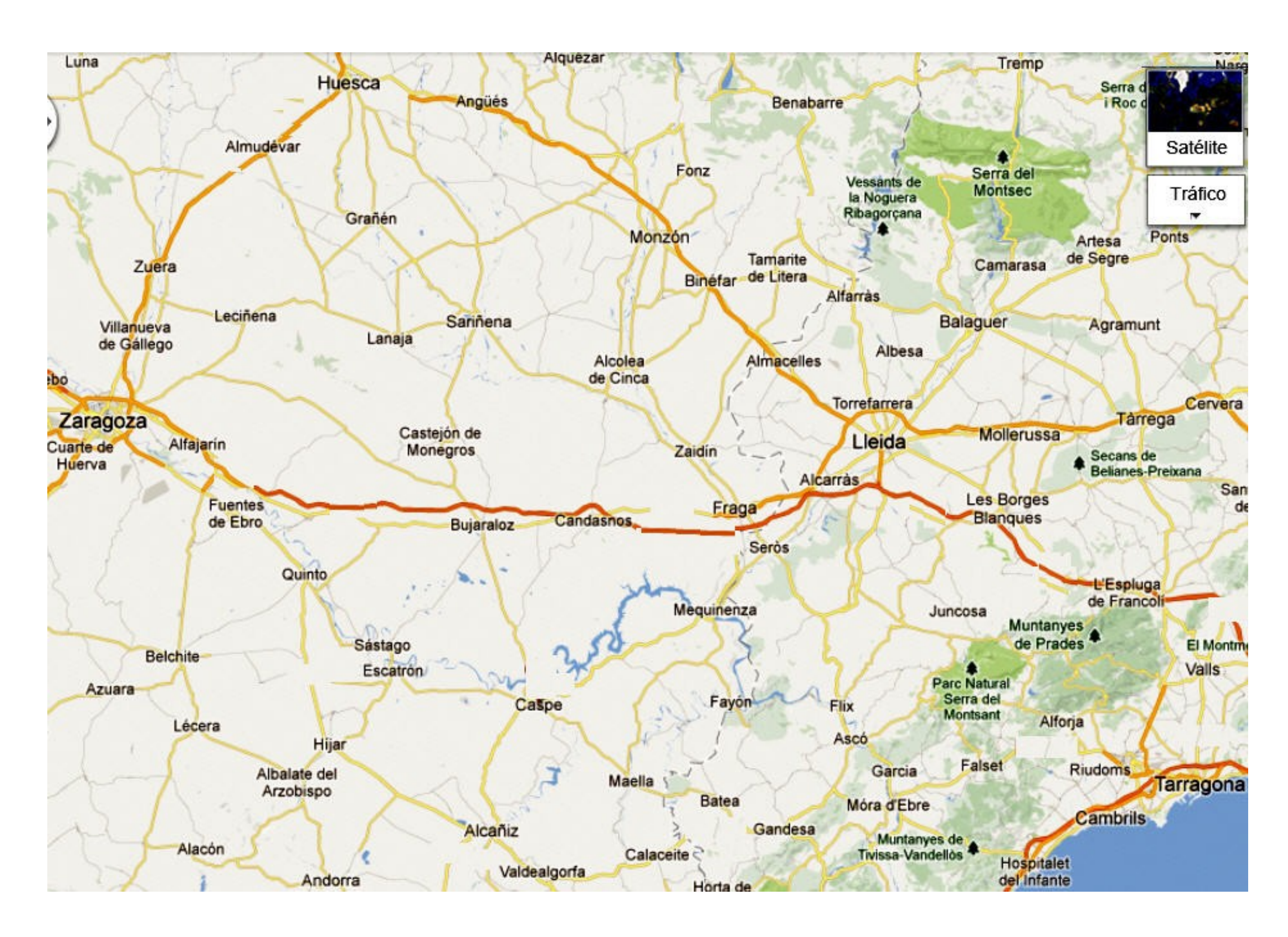
más apretada de los elementos materiales eran aplicados al designio de marchar sobre Madrid, comprendió el Alto Mando nacional que resultaba peligroso apartar los ojos excesivamente de los «frentes secundarios», y que tanto desde el punto de vista moral, psicológico y político, como en relación a las circunstancias militares de la campaña, era imprescindible ocuparse de todo lo que estaba aconteciendo lejos de las rutas directas de Madrid.

Las primeras semanas en el frente de Aragón

Triunfantes las masas del Frente Popular en Barcelona, mejor dicho, en toda Cataluña y en Valencia, comprendió el Gobierno de la República que debían marchar sin pérdida de tiempo hacia las provincias de Aragón y aplastar el Alzamiento mediante la conquista de las tres capitales aragonesas: Zaragoza, Huesca y Teruel.

Desde el Pirineo central descienden a rendir aguas en el Ebro los ríos Segre, Cinca, Alcanadre y Gallego, los cuales recogen en su curso el caudal de un considerable número de afluentes. Esos cuatro ríos constituyen las líneas naturales de defensa entre Aragón y Cataluña. En sus fosos puede oponerse una fuerza bien situada y dotada de armamento moderno, siquiera sean pequeños los efectivos, a los intentos de ofensiva e invasión que se produzcan desde el Pirineo oriental contra las tierras aragonesas y navarras, o a los que, naciendo en Aragón, traten de llegar al Mediterráneo por Cataluña. Los altos valles de estos ríos están guardados por montañas laberínticas, de escasas comunicaciones y de clima excepcionalmente duro. Entre el Segre y el Cinca, otros dos ríos —el Noguera Pallaresa y el Noguera Ribagorzana— crean

dos líneas subsidiarias erizadas de dificultades para cualquier marcha que haya de llevar a cabo un Ejército a lo largo de la cordillera pirenaica o de la cadena de montes subpirenaicos. A partir de las ciudades de Huesca. Barbastro y Lérida, el relieve comienza a elevarse acentuadamente hasta rebasar ampliamente los 3.000 metros altitud.



Al Sur de la cadena subpirenaica empieza a abrirse la ribera del Ebro. Se trata de una región llana, «de extensos horizontes —dice Díaz de Villegas en su *Geografía militar*—, de suelo arcilloso, que forma terrazas esteparias muy pobres en agua. Se elevan allí parameras constituidas por plataformas aluviales del plioceno, que en el país se denominan «dasos». Los ríos escarpan sus orillas por la erosión; el piso se hiende en profundos barrancos». Dantin Cereceda opina que estamos ante «la más árida, seca y extensa meseta de España». En las riberas del Ebro, y orientada de Nor-

oeste a Sudeste, se alarga la Sierra de Alcubierre, cadena de montañas que gravita dramáticamente sobre la tremenda región de los Monegros. Esa sierra, cuya altitud máxima es de 812 metros, se cruza entre los ríos Gallego y Cinca.

Al Sur del Ebro nos encontramos can la región, erizada de montañas, del Maestrazgo —provincias, de Teruel y Castellón—, donde cada piedra, cada valle y cada villorrio parecen colocados por una mano misteriosa para hacerlos inaccesibles a toda operación militar llevada a cabo con efectivos crecidos y grandes cantidades de material.

He aquí, pues, que Aragón se divide en tres grandes zonas: la pirenaica, sucesión de fortalezas naturales y de fosos de paso difícil; la del Ebro, caracterizada por sus extensiones amplias y por la modestia de sus cotas, y la del Sur aragonés o Bajo Aragón, donde otra vez se intrinca y retuerce la Naturaleza, complaciéndose en acumular montes sobre montes y pedregales sobre pedregales.

De las líneas anteriores se desprende que la zona de acceso hacia el corazón de la tierra aragonesa, o sea hacia la ciudad de Zaragoza, es la ribereña del Ebro, y el eje de marcha de las tropas que procedan de Cataluña está señalado por el curso del gran río ibérico. Barcelona organizó sus primeras columnas desde el mismo día 19 de julio de 1936. Las dividió en dos formaciones distintas: una en la que participaban algunas tropas regulares de las guarniciones catalanas y los voluntarios procedentes de las organizaciones socialistas, comunistas y catalanistas; otra, integrada casi exclusivamente por elementos sindicalistas y anarquistas, a cuyo frente apareció Buenaventura Durruti, muy conocido por sus hazañas terroristas, entre las cuales habían

descollado el asesinato del Arzobispo de Zaragoza y el asalto a la sucursal del Banco de España en Gijón. El número de voluntarios que acudió a tomar las armas para marchar sobre Aragón fue muy grande. Por millares desfilaban los milicianos a lo largo de las avenidas de Barcelona. Frente a ellos, el Ejército nacional disponía en Aragón de cuatro guarniciones: Zaragoza, Huesca, Jaca y Calatayud; todas ellas paupérrimas de efectivos, hasta el punto de hacer imposible la formación de una columna de operaciones digna de tal nombre.

El día 19 de julio, el Mando de la División de Zaragoza sostuvo una conversación telefónica con el coronel del Regimiento de Navarra, número 25, comandante militar de Lérida, el cual comunicó que el Alzamiento había triunfado en la mencionada ciudad, importantísima para los fines militares. Nada se sabía de la guarnición de Barbastro, mandada por el coronel Villalba, aunque se daba por seguro que si Lérida caía en poder de los rojos, Barbastro seguiría la suerte de Cataluña. En efecto; la intervención de un teniente coronel frustró el triunfo inicial de la guarnición de Lérida. Por el mismo camino marchó Barbastro, que si dependía de Zaragoza para fines administrativos y de justicia, obedecía a Barcelona en todo lo relacionado con la organización y la instrucción de las tropas. Perdidas esas dos plazas, la situación de Zaragoza era delicada; quedaban abiertas a las milicias catalanas las zonas mejores para la invasión del territorio aragonés. Pero no era solamente ésta la razón de que Zaragoza se encontrase envuelta entre graves dificultades, sino que, a la par, las fuerzas disponibles tenían que desviar una parte de sus elementos hacia Madrid —según el plan previo del Alzamiento—, consolidar el Movimiento en las plazas de Aragón y pacificar una región muy extensa, acudiendo a las comarcas más peligrosas y levantiscas.

Desde el primer día se renunció forzosamente a la invasión de Cataluña; ni siquiera se pretendió alcanzar las riberas del río Segre. ¿Podrían sostenerse las vanguardias en los fosos del Cinca? Imposible. ¿Dónde se fijaría, por consiguiente, la organización defensiva? Se trazó una línea imaginaria que comprendía el Alto Gallego, el curso del río Alcanadre y la zona Caspe–Alcañiz, apoyada en los meandros del Ebro. En cuanto al Sur, o sea a la ciudad y provincia de Teruel, resultaba problemático el envío de cualquier socorro, porque la línea de comunicaciones entre Zaragoza y Teruel es muy extensa, y en ella se intercalaban zonas peligrosas, como la de las minas de Utrillas.

Tenía la responsabilidad del Movimiento en Jaca el coronel Bernabéu, jefe del Regimiento número 19; en Huesca, el General D. Gregorio de Benito, jefe de la 2.ª Brigada de la División; en Calatayud el coronel Muñoz Castellanos, jefe del Décimo Ligero de Artillería; en Teruel, el comandante de Infantería don Virgilio Aguado; en Zaragoza, el General de la 5.ª División, D. Miguel Cabanellas; el General de la Brigada de la 5.ª División, D. Eliseo Alvarez Arenas, y los coroneles de Caballería Monasterio y Urrutia, rodeados de una oficialidad joven, muy enardecida.

Los efectivos disponibles —buena parte de ellos existían solamente en el papel— eran:

Jaca:

Regimiento número 19: dos Batallones.

Comandancia de Carabineros.

Huesca:

Regimiento número 20, dos Batallones.

Fuerzas de Asalto.

Zaragoza:

Regimiento número 17: un Batallón y medio.

Regimiento número 18: dos Batallones.

Carros: un Batallón con cinco carros «Renault».

Caballería: Regimiento de Castillejos, con cinco Escuadrones de sables y una Sección de armas automáticas.

Regimiento Noveno Ligero de Artillería: dos Grupos de dos baterías de 7,5 «Schneider».

Grupo de Artillería A. A. «Skoda»: dos Baterías de 5,35 «Skoda».

Parque de Artillería Divisionario.

Parque de Artillería de Ejército.

Batallón de Zapadores: tres Compañías.

Regimiento de Pontoneros: un Batallón.

Comandancia de Intendencia.

Comandancia de Sanidad.

Calatayud:

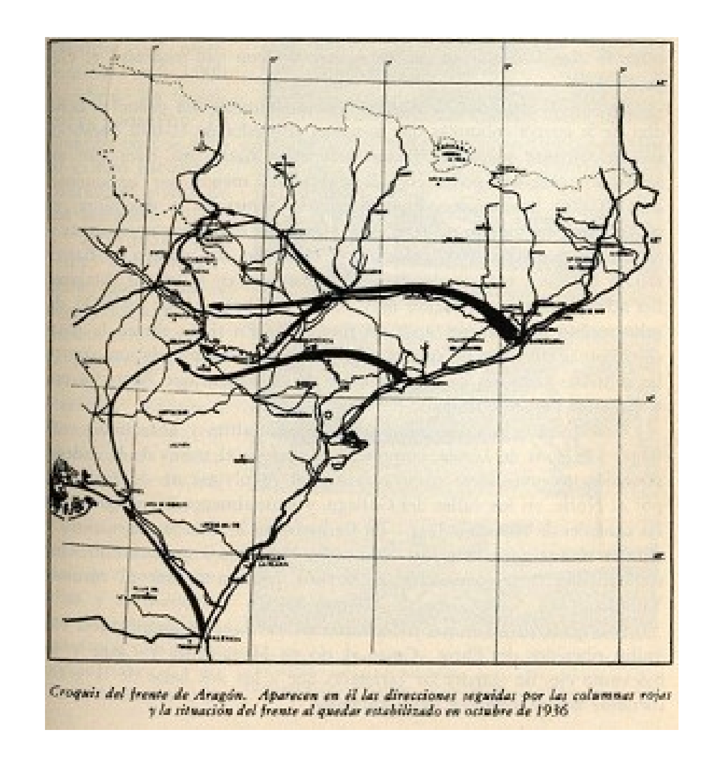
Décimo Regimiento Ligero de Artillería un Grupo de dos baterías de 105, «Wickers».

Esta lista de fuerzas, que enunciada así podrá parecer importante a los demasiado profanos, no era casi nada en la realidad. Para colmo de exigüidades, una buena parte del Parque de municiones y de armamento hubo de ser enviada a Pamplona los días 18 y 19, en atención a la casi absoluta falta de medios de

combate con que tropezaba el General Mola.

Contra las ciudades de Aragón salieron durante los primeros ocho días de la guerra columnas que sumaban alrededor de 10.000 hombres. En las semanas siguientes fueron reforzadas hasta una cifra que en aquellos momentos podía considerarse punto menos que imponente. Esos 10.000 hombres no iban demasiado sometidos a disciplina, es cierro, pero, en cambio, se permitían el lujo de derrochar municiones y medios de transporte, requisados por el Gobierno de Cataluña en Barcelona y en todos los grandes centros industriales de la región catalana. Les acompañaba una aviación muy activa, que hacia el día 24 ó 25 de julio recibió los primeros aparatos franceses. En tierra abrían la marcha algunas secciones de automóviles blindados, bastante eficaces contra las mínimas patrullas de exploración y de resistencia que Zaragoza enviaba a las líneas de los ríos.

Una de las columnas catalanas —la sindicalista y anarquista— al llegar a la zona de Lérida, emprendió la marcha al través de la cadena pirenaica, proponiéndose como objetivos el envolvimiento de Zaragoza por el Norte, en los valles del Gallego, y naturalmente, la conquista de las ciudades de Huesca y Jaca. En Barbastro se le unió la guarnición, y aunque el anarquista Durruti conservaba la primacía política entre los combatientes, se reconoció de hecho una jefatura militar al coronel Villalba.



Croquis del frente de Aragón. Aparecen en él las direcciones seguidas por las columnas rojas y la situación del frente al quedar estabilizado en octubre de 1936

Otra parre de las tropas procedentes de Cataluña se dirigió hacia los valles ribereños del Ebro. Cruzó el río en Mequinenza y Caspe y se fijó como ejes de marcha las carreteras que a los dos lados de la gran corriente fluvial conducen hasta Zaragoza.

Finalmente, columnas organizadas a toda prisa en Valencia treparon a las montañas de Teruel y avanzaron con rumbo a la ciudad de este nombre. Estas tropas, o mejor, unidades formadas con milicianos voluntarios y con Guardia civil, representaban unos 3.000 hombre, En la primera ocasión la Guardia civil se pasó al campo nacional y contuvo el avance de los atacantes.

Zaragoza es un centro de comunicaciones que enlaza la región catalana con la meseta central y con la provincia de Navarra, o sea, con el Pirineo occidental. Por ese haz de comunicaciones pasan igualmente las que llevan a Francia por Canfranc. Preside una comarca muy rica, de cosechas amplias, y su industria, por las instalaciones azucareras que posee, por sus fábricas y talleres dedicados a la construcción de material ferroviario y por una serie de industrias menores, representa

considerable riqueza. Estratégica, política y económicamente, la conquista de Zaragoza hubiera sido para el Frente Popular una baza maestra y una ventaja inapreciable.

El grito de « ¡A Zaragoza! ¡A Zaragoza! » atronó el espacio durante los primeros días de la guerra en Barcelona y en Madrid; sonaba como la más brillante de las consignas y no sé por qué secreto presentimiento, los milicianos estaban convencidos de que en Zaragoza encontrarían el final de la lucha, la clave de la victoria, el misterio mágico del triunfo. Al mismo tiempo salieron las masas armadas desde Barcelona y desde Madrid para encontrarse a orillas del Ebro, junto a los muros sagrados del templo del Pilar; pero las columnas madrileñas tuvieron que abandonar inmediatamente semejantes propósitos, porque después de su entrada en Guadalajara, fueron llamadas a la capital, a fin de hacer frente a la amenaza que para Madrid representaban los ataques nacionales en los pasos montañosos del Guadarrama. Quedó, pues, encomendada la operación contra Zaragoza a las columnas organizadas en Cataluña. Los núcleos más importantes, aquellos que se encaminaron hacia el objetivo siguiendo las dos orillas del río Ebro en dirección Este-Oeste, iban mandadas por el comandante Pérez Farras, condenado a muerte por los tribunales militares a consecuencia de su intervención en los sucesos revolucionarios de 1934, y reintegrado después por el Frente Popular a su puesto en el Ejército. Desde el aeródromo del Prat de Llobregat, varias escuadrillas de aviones apoyaron el avance de los milicianos, mediante bombardeos de las pequeñas concentraciones que iban observando, y finalmente, de la propia ciudad de Zaragoza. El teniente coronel Sandino, jefe de las fuerzas aéreas de Cataluña, anunció el día 27 de julio que las avanzadas rojas se encontraban ya a menos de 50 kilómetros de Zaragoza. El 29

prometió desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona que Zaragoza sucumbiría en plazo brevísimo. Ese día, en efecto, las columnas de vanguardia de Pérez Farras, que habían atravesado el Ebro a la altura de Caspe, se encontraron con fuerzas nacionales. Se trataba de medio Batallón de Infantería, un centenar de voluntarios falangistas y una Sección de ametralladoras enviados desde Zaragoza con la orden de recuperar la ciudad de Caspe, perdida el 25. El choque tuvo lugar en las inmediaciones del pueblo de Escatrón. Las tropas nacionales hubieron de replegarse y abandonar su intento, porque la superioridad numérica del enemigo era aplastante.

Por la línea de los montes pirenaicos, las columnas anarquistas y la guarnición de Barbastro habían adelantado sus líneas todavía con mayor presteza. Como los soldados disponibles en Huesca y Jaca eran necesarios para la complicada e insistente operación de limpiar la comarca de enemigos y consolidar el éxito inicial del Alzamiento, los combatientes a las órdenes de Durruti avanzaron sin disparar un tiro; la guarnición de Barbastro, por su parte, no encontró grave inconveniente para acercarse a las posiciones que defienden la ciudad de Huesca. Las fuerzas nacionales de Jaca fueron las más afortunadas, porque en los primeros días, a favor del terreno, llegaron hasta el alto Gallego y se organizaron en posiciones de fácil defensa. En cambio, la guarnición de Huesca se encontró con que a fines de julio, los milicianos habían ocupado el pueblo de Siétamo, situado a 17 kilómetros de Huesca. Un contraataque lanzado el día 2 de agosto, apoyado por grupos de vecinos armados desalojó a los marxistas, que, sin embargo, pudieron reorganizarse fácilmente en las inmediaciones de Sietamo. Más al Sur, las columnas atacantes se propusieron cortar las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza, a

cuya efecto se lanzaron contra los pueblos de Tardienta y Almudébar que ocuparon fácilmente, dejando así aisladas entre sí las dos ciudades aragonesas, salvo las comunicaciones que pudieran organizarse mediante desviaciones lejanas y poco convenientes. El 29 de julio, unos destacamentos de Zaragoza, después de violento combate, consiguieron reconquistar el pueblo del Almudébar; en cambio, su ataque a Tardienta fracasó totalmente y este pueblo quedó definitivamente en manos de los anarquistas. Con ello, la amenaza contra Zaragoza por el Norte se dibujaba perfectamente y tomaba caracteres muy alarmantes para el Mando nacional. Ebro arriba, Pérez Farras continuaba su avance directo hacia Zaragoza. El día 30 le salió al encuentro una columna formada por unos 500 hombres, al mando del coronel Sueiro. Trataba éste de establecer una línea en la orilla derecha del Ebro, apoyándose en los pueblos de La Zaida y Azaila; pero su propósito quedó frustrado, porque Farras le amenazó de envolvimiento, desplegando verdaderas masas milicianas sobre el flanco derecho nacional, que hubo de retirarse, y con el toda la columna. Unos Escuadrones de sables, a las órdenes del coronel Monasterio, llegaron, dentro de lo que ya era campo enemigo, hasta el pueblo de Sástago; el coronel fue herido en combate y los Escuadrones se batieron ordenadamente en retirada hacia Quinto, donde por el momento quedaron establecidos. El peligro se acercaba por momentos. El 5 de agosto salieron hacia Belchite una batería ligera y dos falanges de voluntarios.

Entretanto, Zaragoza acudía en auxilio de Teruel y enviaba a esta ciudad fuerzas del 10.° Regimiento ligero de Artillería y parte de los carros «Renault» de que antes se ha hecho mención. La aviación del Gobierno de Madrid había bombardeado Teruel el día 23 de julio. El día 6 de agosto, contestando a una petición de ayuda

que las autoridades de Valencia habían formulado ante las de Barcelona avanzó una columna de 3.000 hombres (fuerzas del Ejército en su mayoría), por la zona de Vivel del Río, a fin de amenazar la ciudad por el Norte y facilitar de ese modo la misión de las fuerzas salidas de Valencia con la orden le tomar la capital del Bajo Aragón. El comandante Aguado pretendió suplir la inferioridad de sus medios con una acción ofensiva en dirección de las huertas valencianas; en los alrededores de Sarrión encontró al enemigo; éste se impuso rápidamente por el número y por el armamento; el citado comandante resultó muerto en el combate y sus fuerzas retrocedieron hacia Teruel, mientras la aviación y la artillería enemigas hostilizaban la retirada nacional. Apoyóse la guarnición de Teruel en el Puerto de Escandón, en donde sostuvo un fuerte combate el día 28 de julio; el comandante Vélez, perteneciente al Regimiento de Carros y jefe del sector, murió en combate; pero sus fuerzas resistieron ardorosamente y consiguieron que, por el momento, el frente quedara estabilizado en el paso aludido, llave de los accesos a Teruel viniendo por la carretera de Sagunto. Al mismo tiempo, la ayuda que enviaba Barcelona para reducir rápidamente la resistencia de Teruel conseguía llegar a la región de Corbalán, donde mantuvo una firme presión durante varios días; la plaza amenazada llegó a verse críticamente comprometida; pero los mandos subalternos que la defendían supieron aprovechar el terreno en aquella parte de nuestro país, y después de varios intentos desgraciados los 3.000 hombres que pretendían envolver la plaza por el Norte, desistieron de su empresa y se dedicaron a fortificarse; de este modo quedaba fijado el frente en el Bajo Aragón.

El mando de la 5.ª División seguía obsesionado ante la idea de que los rojos consiguieran aislar absolutamente las plazas de

Zaragoza y Huesca dada la actividad y agresividad de las columnas milicianas sobre la carretera y el ferrocarril que une directamente las dos ciudades. Pidióse algún refuerzo al General Mola, el cual contestó que no podía enviar ni un solo soldado, empeñado como estaba en las operaciones de Somosierra y de Irún. En vista de ello, se pre paró una operación en la que debían intervenir conjuntamente tropas procedentes de Huesca y de Zaragoza. El objetivo era restablecer las comunicaciones libremente entre Almudébar y Huesca. El Mando nacional no había calculado bien sus fuerzas; a media tarde —era ya el 28 de agosto —, y ante el número de bajas sufridas, las columnas se replegaron a sus bases sin haber conseguido penetrar en las líneas enemigas.

Para que el peligro fuera más grave y profundo, los nacionales tuvieron que abandonar a los rojos todos los crestones y barrancadas de la Sierra de Alcubierre, con lo cual perdieron esa magnífica defensa de la ciudad de Zaragoza y hubieron de situarse en las últimas estribaciones hacia el Sur-Oeste y en las llanuras dominadas por el fuego de los rojos.

Hasta mediado el mes de septiembre no llegaron al frente de Aragón refuerzos de ninguna clase. Terminada la operación de Irún fue enviada a Huesca la segunda Bandera de la Legión, compuesta por ocho oficiales, 13 suboficiales y 269 legionarios; esas cifras dan idea del fortísimo desgaste que la unidad había sufrido en los combates de Irún, durante las jornadas de empeñosa lucha por las posiciones de San Marcial y de Zubelzu. El día 16 de septiembre, y ante la calidad y cantidad de los ataques rojos a Huesca, llegaron al frente aragonés un Batallón del Regimiento de Bailén y una batería del 10,5, procedente de Logroño. El 17 se incorporó al mismo frente una Bandera de la Falange gallega y un Tercio de

Requetés; el 6 de octubre se unieron dos Tabores de la Mehal-la de Tetuán. Con estas fuerzas y las que fue posible ir organizando en la región, se formó una columna de maniobra, no sólo para contener los ataques del Ejército enemigo, sino para intentar determinadas reacciones ofensivas de carácter local. El 8 de octubre se pretendió mejorar las posiciones frente a la Sierra de Alcubierre; para ello, avanzaron algunos centenares de soldados desde el pueblo de Villamayor en dirección de Farlete. El resultado de la operación fue negativo para los nacionales. Los días 11 y 12 del mismo mes, un nuevo conato que tenía como bases de partida los pueblos de Perdiguera y Zuera y marcaba un avance hacia Lecinena y posiciones bajas de la Sierra de Alcubierre, se vio coronado de éxito para el mando de Zaragoza, porque los objetivos que se habían señalado a las columnas quedaron ocupados. El 19 se trató de romper el frente rojo en el sector de Tardienta; pero la defensiva fue tan cerrada y enérgica que todos los ataques se estrellaron irremisiblemente contra ella. Sin embargo, fuerzas de otra columna ocuparon la posición valiosísima conocida por el nombre de «Ermita de Santa Quiteria», que en el curso de los meses siguientes había de desempeñar importante papel dentro del ciclo de estabilización del frente aragonés.

La amenaza más fuerte, y para los nacionales la más temible, fue la que durante todo el mes de agosto y especialmente durante el de septiembre fue organizándose contra la ciudad de Huesca. Una tras otra, todas las posiciones que aseguraban su defensa —Siétamo, Apiés, Montearagón. Estrecho de Quinto, etcétera —, fueron cayendo en poder de los atacantes. Las vanguardias rojas dieron vista a las calles de Huesca el día 1 de octubre de 1936. Los jefes encargados de ordenar la resistencia no podían menos de sentirse pesimistas ¿Cómo se explica que Huesca no cayera en

poder de las columnas catalanas? A partir del 28 de julio, los Gobiernos de Madrid, con insistente machaconería, anuncian la caída inminente de la capital del Alto Aragón. El día 2 de agosto los aviadores de Sandino informan que las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza están cortadas al Norte de Almudébar. El 4, el coronel Villalba declara en Barcelona que Huesca está de hecho en sus manos, y que sólo queda por llevar a término el acto material de la ocupación con el mínimo de bajas. El 8, el Gobierno de la Generalidad catalana hace saber que «los leales ocupan posiciones inmediatas a Huesca y que los aviones leales aterrizan en campos que distan muy poco de la ciudad». Los días siguientes, hasta el 25, la aviación del Prat de Llobregat bombardea Huesca ininterrumpidamente. El día 1 de septiembre la aviación roja comunica que el cerco de la ciudad es completo. Y así todos los días. ¿Cómo no cayó Huesca? —repito. El estudio y exposición del problema que esa pregunta plantea queda para otro capítulo de este libro. Baste decir, por ahora, que, efectivamente, las columnas catalanas consiguieron establecerse en los barrios mismos que rodean la ciudad y que todos sus optimismos estaban perfectamente autorizados, porque la defensa se hallaba teóricamente rota y los elementos de que disponía no merecían mención importante, salvo el heroísmo de los combatientes, que unido a las deficiencias técnicas de los atacantes, hicieron el milagro. Pero... quede para más adelante esta página de la guerra de España.

También arreciaba el peligro en la dirección de Zaragoza, sobre las orillas del Ebro. Fuerzas procedentes de Barcelona, integradas por soldados de los Regimientos de Chiclana y Almansa, Guardia civil y Carabineros, más las masas de milicianos, después de vencer la resistencia de la pequeña columna Sacien en

La Zaida, se precipitaron hacia los pueblos de Quinto, Codo y Belchite. Otra columna (la de Tarragona, mandada por el teniente coronel Mena) atacó y arrolló las patrullas nacionales en la zona de Lécera y Albalate del Arzobispo, no sin que necesitara librar para ello nueve horas de tenacísimo combate, durante el cual, estas avanzadillas de Sueiro hicieron prodigios de heroísmo. El pueblo de Pina de Ebro fue ocupado por Pérez Farrás el día 7 de agosto. Tan seguros estaban de la victoria los mandos catalanes que no tuvieron inconveniente en anunciar el cerco y aislamiento casi completos de Zaragoza, «de donde —añadían— sólo pueden escapar los facciosos por la carretera de Soria (!), pues las demás están cortadas. La seguridad de una incomunicación total de Zaragoza es completa». Todo, todo parece perdido para las tropas nacionales en el frente de Aragón, y quizá se ha pensado un momento —lo ha pensado alguien, según parece, en el Cuartel General de Mola— en acudir a resoluciones casi numantinas. Pero, a pesar de que los peligros no desaparecen, el hecho es que, de día en día, el frente tiende a estabilizarse, bien que en condiciones muy desfavorables para el Ejército nacional. El caso es que la estabilización se produce y que cuando Durruti promete a las masas sindicalistas la ocupación de Zaragoza, «donde nos esperan 30.000 compañeros», ya no le es posible cumplir su promesa, porque la defensa cuenta con algunos elementos que le permitirán prolongar casi indefinidamente su resistencia.

Así, pues, el frente aragonés, a primeros de octubre de 1936 queda dibujado por una línea que partiendo de las posiciones del alto Gallego sigue el curso de este río, sufre una profunda inflexión al llegar a Huesca, donde los rojos se han establecido a un kilómetro o kilómetro y medio de la ciudad, continúa por la derecha de la carretera Huesca-Zaragoza, dejando ésta en manos de los

rojos, la recobra en Almudébar y Zurra, se interna hasta ganar las estribaciones de la Sierra de Alcubierre, en cuyas alturas se han atrincherado los rojos, baja hacia el Ebro por el sector del pueblo de Osera, cruza delante de Zaragoza a 25 kilómetros de esta ciudad, pasa el río Ebro en la región de Quinto, que es la posición avanzada de los nacionales, desfila delante de Belchite y Mediana, alarga las líneas al través de las regiones de Cucalón, se interna en las abruptas serranías de Teruel, siguiendo aproximadamente la línea señalada por la carretera Daroca-Teruel, que los nacionales conservan a duras penas, describe un arco por delante de Teruel, a pocos kilómetros de la ciudad, y va a perderse en la región de Albarracin y los Montes Universales, donde ya no existe verdadero frente, sino una lucha de patrullas volantes de uno y otro bando que actúan prácticamente por su propia cuenta. Ese frente aragonés, de enorme longitud según ha podido apreciarse, está formado por líneas continuas en algunos sectores pequeños, y por posiciones, bastante alejadas entre sí, en la mayoría de su trazado. Hay sectores en donde la distancia entre posición y posición es de varios kilómetros. Los rojos no tienen suficiente densidad de fuerzas para mostrarse igualmente agresivos en todas partes; es lógico que desdeñen todo aquello que no les conduce a los grandes objetivos, y sobre todo, a las tres ciudades aragonesas; los nacionales se hallan, en realidad, desnudos, «como los hijos de la mar», por lo que a Aragón se refiere, y no tienen otra solución que multiplicar su heroísmo y su sacrificio, en espera ale que el General Mola les envíe los primeros refuerzos. La estabilización se considera definitiva, según digo, en los primeros días de octubre; pero, como es natural, ese hecho trae consigo otro, de gran importancia; los rojos, puesto que renuncian a sus marchas múltiples —Huesca-Almudébar, orilla derecha del Ebro, orilla

izquierda, Belchite. Teruel— se dedican a concentrar sus fuerzas sobre un objetivo único; ese objetivo, el que tienen más al alcance de la mano, es Huesca. A partir de la estabilización, la ofensiva contra Huesca cobra proporciones muy fuertes.

Durante el período que acabarnos de resumir, el mando de la 5.ª División (Zaragoza) pasó al General Gil Yuste, porque el General Cabanellas fue designado para presidir la Junta Técnica de Burgos, núcleo primero del Gobierno nacional de España A su vez, el General Gil Yuste fue a los pocos días llamado a desempeñar igualmente funciones de Gobierno en Burgos, y el General Mola designó, como jefe del frente de Aragón al General de Caballería don Miguel Ponce; la jefatura del Estado Mayor recayó en el teniente coronel don Darío Gazapo, que desde Melilla había pasado al Ejército del Sur.

Lucha por las islas Baleares

En las primeras horas del Alzamiento nacional, la isla de Mallorca (la más importante de las Baleares), se adhirió por completo a la sublevación y los mandos militares pudieron declarar, sin grandes contra tiempos, el estado de guerra. El General de División don Manuel Goded Llopis, magnífica figura de soldado, como le llama un historiador italiano, dejó el mando de la isla en manos del coronel Díez.



El General Manuel Goded

Goded se trasladó en hidroavión a Barcelona, donde tomó la dirección del Movimiento militar. El final del episodio barcelonés no pudo ser más trágico. Los Generales Goded y Burriel, traicionados por otros jefes, fueron apresados por los Comités revolucionarios, y un tribunal popular les condenó a muerte. La sentencia quedó cumplida inmediatamente. Al mismo tiempo, el General Bosch, comandante militar de la isla de Menorca, que debía trasladarse a Mallorca para suceder a Goded, fue asesinado por un grupo marxista en Mahón. No más tarde del 20 de julio, se iniciaron los bombardeos aéreos contra Palma de Mallorca y otros puntos de las Baleares. Poco a poco, los Comités sindicalistas y marxistas baleáricos fueron reaccionando contra su fracaso inicial, y en Mallorca empezó a advertirse el peligro de que la situación se convirtiera en favorable a los rojos si no se tomaban prontas y radicales medidas. A ese fin, se hizo un llamamiento a los voluntarios que quisieran batirse contra el comunismo, y en el espacio de unas horas, la cifra de inscritos llegaba a los 2.000 hombres. Su armamento no era muy abundante. Sin embargo, en él residía la defensa posible de Mallorca, porque se carecía en absoluto de verdaderas defensas fijas y de los indispensables elementos de exploración aérea, terrestre y marítima. La flota, en su totalidad (salvo las unidades de El Ferrol, dedicadas a apoyar

las operaciones del Norte), servía al Frente Popular; todo el litoral de Levante estaba ocupado por fuerzas rojas. En esas condiciones, no fue posible a los nacionales sostener el éxito del Alzamiento en las islas de Ibiza y Formentera, que pasaron a poder de los Comités revolucionarios. En Menorca, el Frente Popular se impuso desde los primeros instantes. Quedaba sola Mallorca. «La aviación nacional de Mallorca —dice el General italiano *Francesco Belforte* — estaba representada por un joven piloto que disponía de un pequeño, inofensivo aparato de turismo, desde el cual dejaba caer a ojo proyectiles de artillería con espoleta graduada a tiempo, en vista de que faltaban bombas aéreas». Durante el mes de agosto, los *hidros* del puerto de Barcelona y los aviones terrestres del Prat de Llobregat bombardearon 19 veces la ciudad de Palma. Cuando los jefes militares de Cataluña creyeron que la situación militar de la isla ofrecía mejor coyuntura para un desembarco, organizaron una columna expedicionaria de 3.000 milicianos, cuyo mando asumió el capitán aviador Alberto guerra —entre estos el acorazado «Jaime I»—, más tarde reforzados por tres submarinos, llegó la expedición a la zona oriental de Mallorca y eligió lugar para el desembarco entre la bahía de Artá y Porto Cristo, hasta decidirse por este último punto. El día 16 de agosto acometió el capitán Bayo la delicada operación, para la que se sirvió de una sección de barcazas, en las que trasladó a tierra los hombres y el material de armas automáticas y de artillería.



Unas avanzadillas fueron a ocupar las posiciones necesarias, y se procedió a organizar la base de acción en Porto Cristo y en las «calas» próximas. El día 17, soldados y voluntarios falangistas contraatacan las posiciones de los desembarcados y les obligan a dejar para otra ocasión sus planes de invasión de la isla; pero Bayo consigue fortificarse y conservar la base alcanzada el primer día. Los Comités revolucionarias de Mallorca se sienten renacer al amparo de la expedición, y los aviones de Barcelona siembran el terror en una parte de la población mallorquina por medio de sus constantes incursiones. Algún timorato insinúa la conveniencia de evacuar la ciudad; los Jefes y Oficiales, así como los voluntarios falangistas, se oponen resueltamente. Pasan los días amargos y sombríos para las columnas nacionales, que ven cómo al Norte de Porto Cristo desembarcan 2.500 milicianos más. La fuerza del capitán Bayo va siendo considerable. En ese momento, un grupo de españoles residentes en Roma, y singularmente un financiero mallorquín de gran pujanza económica, acuden en auxilio de la isla amada. El 18 sale de Italia una escuadrilla compuesta por tres aviones de bombardeo, cuyos servicios han sido gestionados por el

grupo español. En días sucesivos, esa primera escuadrilla sería reforzada por otros aparatos. El 19, los tres *hidros* nacionales, que habían amarado en la bahía de Pollensa, bombardean toda la zona del desembarco rojo, y ponen en dispersión a las unidades de la flota, las cuales, acompañadas de los barcos mercantes que habían transportado el contingente de milicianos, van a refugiarse a Mahón. Coincidiendo con estos sucesos llega a Mallorca un voluntario italiano, Arconovaldo Bonaccorsi, a quien los mallorquines llamarán desde el primer momento «Conde Rossi». Bonaccorsi se caracteriza por su optimismo, su espíritu acometedor y su audacia. Con un puñado de voluntarios crea una organización de vanguardia a la que denomina «Dragones de la muerte». Durante la última decena de agosto se incorporan a la base aérea de Pollensa algunos aparatos legionarios de caza, pilotados por voluntarios italianos que se han inscrito en el Tercio. Ya los bombardeos aéreos que los rojos frecuentan se van haciendo más difíciles. El día 28 pierden dos aviones en combate. El 1 de septiembre, los jefes militares han acordado ya el plan de liberación de la isla; todo está dispuesto para un ataque fulminante, cuyo resultado deberá coronarse con el lanzamiento de la columna de Bayo al mar. El 3 de septiembre se produce el ataque. Las lomas de Son Corp y las playas de Son Servera son conquistadas por los nacionales. El 4, los expedicionarios rojos abandonan Punta Amer. Los barcos encargados del transporte abandonan en tierra a varios centenares de milicianos. El mismo día 4, Bayo ordena el reembarco en Porto Cristo. Quedan en tierra los cañones, los fusiles, las ametralladoras que llegaron de Barcelona. El día 5, el Mando militar de la isla comunica a la Junta de Defensa de Burgos:


El capitán aviador Bayo, que mandó la expedición roja contra Mallorca

«Con el inapreciable apoyo de la aviación de Mallorca, que en poco tiempo ha llevado a cabo magníficos bombardeos, los marxistas han sido completamente derrotados.» Mallorca vuelve a ser en su totalidad del dominio nacional. Como consecuencia de esta victoria, lo son también en el espacio de unos días las islas de Ibiza y Formentera. Menorca continúa en poder de los rojos, porque no se dispone de medios para acometer la dudosa aventura de atacar Ciudadela o de expugnar Mahón. España y Franco poseen ya la mayor de las islas Baleares; contra el poderío rojo de Cataluña y de Levante se alzan ya una base marítima y una base aérea que en el curso de la guerra adquirirán extraordinaria importancia y que contribuirán eficazmente —bloqueo comercial sobre las costas y puertos, bombardeo de comunicaciones y factorías— a la victoria del Ejército nacional.

La guerra en Santander y Asturias

Desde Irún hasta los confines que separan Asturias de Galicia, todo el litoral cantábrico —Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Asturias— quedó adscrito al Gobierno de Madrid, porque en las cuatro provincias citadas fracasó, por distintas razones en cada caso, el Alzamiento militar y nacional. Reducida la provincia de Guipúzcoa por el esfuerzo de las columnas organizadas en

Pamplona, y estabilizado el frente entre Guipúzcoa y Vizcaya a lo largo de las montañas de Elgóibar, Elgueta, Vergara y Mondragón, creóse en el Norte de España un enclave estratégico, formado por un frente de carácter discontinuo que aislaba las regiones vizcaína, santanderina y asturiana. Ese frente seguía el trazado de la Cordillera Cantábrica internándose en los valles y en las montañas vascocantábricas y astúricoleonesas. A poco más de 1.000 metros de altitud corre el sistema vascocantábrico, que bruscamente eleva su nivel al iniciarse el leonés y asturiano, para alcanzar la mayor altura en los Picos de Europa (2.678 metros). País todo él muy poblado y de grandes recursos ganaderos e industriales, constituye una de las más fuertes reservas humanas y económicas con que cuenta España. Las instalaciones mineras, metalúrgicas, siderúrgicas y navales de Bilbao, Santander y Gijón, con las correspondientes zonas ricas en mineral de hierro, los puertos modernos, abiertos a un tráfico intenso, el progreso y perfección alcanzados en estas zonas por la técnica, y el desarrollo de las organizaciones mercantiles y agrícolas, definen a las provincias de la orla cantábrica entre las regiones más adelantadas, prósperas y pujantes de Europa. Las constantes relaciones mercantiles que desde hace muchos decenios mantienen con los países del Norte y Centro europeos otorgan a todo el Cantábrico una significación saliente en el orden internacional. Desde el punto de vista militar que ahora nos interesa principalmente, la Cordillera Cantábrica y las provincias que en ella se amparan forman una fortísima muralla natural que como línea defensiva parece insuperable. Esa muralla domina las llanuras de la submeseta septentrional y las amenaza. Sostienen los tratadistas militares que para un Ejército en marcha hacia Madrid por las comunicaciones de Burgos es indispensable la conquista paralela de los puntos dominantes en la mencionada

cordillera, porque de otro modo, esas comunicaciones burgalesas están expuestas a un incontenible ataque de flanco que descendería desde los montes de Asturias y de Santander. Recuerdan esos tratadistas las palabras de Napoleón: «...sin Asturias, que asegura la posesión de las montañas, ni Salamanca, ni Burgos, ni siquiera Vitoria pueden sostenerse». Sin embargo, sin Asturias, sin Vizcaya y sin Santander, Salamanca, Burgos y Vitoria, no solamente se han sostenido en la guerra de España, sino que han triunfado. ¿Cómo?

Las ciudades con que cuenta la meseta para una marcha inmediata sobre el litoral son: Vitoria, Burgos, León y Zamora; las cuatro estaban en manos del Ejército nacional. Frente a ellas, la Cordillera Cantábrica, dominada por el enemigo, oponía una barrera infranqueable, a menos que se reunieran fuerzas muy poderosas y se actuara con una gran superioridad de material moderno. Los rojos perdieron sus ocasiones más propicias en las primeras semanas del Alzamiento. En Vizcaya produjo gran emoción la caída de Irún y San Sebastián; esa emoción y las andanzas políticas en que los separatistas vascos se hallaban entretenidos les hizo olvidar que, si organizaban rápidamente un par de columnas fuertes, de 3 ó 4.000 hombres cada una, estaban en condiciones de atacar las llanuras de Vitoria, a la par que aseguraban la defensa de la línea del Deva. Cuando quisieron acometer esta empresa, era un poco tarde. La línea nacional en las citadas llanuras de Vitoria, debilísima al principio, se había reforzado, y aunque continuaba ofreciendo puntos de notoria flaqueza en cuanto a efectivos, permitía, cuando menos, mellar y retardar una posible ofensiva vizcaína. Por las alturas de Orduña se habían elegido puestos defensivos que eran como nidos de águilas, y desde ellos se vigilaba cualquier intento de filtración

enemiga, que no llego a presentarse sino al cabo de varios meses.

Por lo que a Santander se refiere, parece que los Comités del Frente Popular atendieron en primer término a la Revolución y sólo en segundo lugar a la guerra. En vez de formar rápidamente las columnas que pudiesen atacar a los nacionales en dirección a Burgos y a Palencia, dieron tiempo al tiempo, sin demostrar más actividad que la señalada por unas cuantas incursiones, llevadas a cabo sin plan de conjunto y sin asomo de técnica militar. Las fuerzas que el General Mola envió hacia las estribaciones de la cordillera en los confines de Santander eran tan escasas, que todavía no nos explicamos bien cómo pudieron cubrir los accesos de Burgos. Las zonas de Villarcayo, Soncillo, Espinosa, Bricia y Aguilar fueron teatro de combares locales caracterizados por una gran fiereza, y tal fue el denuedo puesto a contribución por los nacionales, tal la flojera e incoherencia con que se movieron las milicias de Santander que, en realidad, el famoso y temido ataque de flanco contra Burgos no amenazo jamás la tranquilidad del General Mola ni perturbó sus horas de reposo.

Venimos, en tercer lugar, a la lucha en Asturias. Toda la provincia quedó en poder de las masas rojas, organizadas en unidades de combate desde hacía tiempo, con núcleos de vanguardia llamados «los dinamiteros» por su especialización en el manejo de la dinamita. Los Comités marxistas podían contar seriamente con 30.000 ó 40.000 hombres de indudable acometividad, fanatizados hasta el frenesí por una larga propaganda. Contra ellos, el Ejército no contaba sino con dos núcleos de tropas; unas Compañías de Gijón, que se vieron forzadas a refugiarse en los cuarteles de la ciudad, y que después de varios días de lucha increíble, sostenida con un heroísmo que produce

asombro, fueron vencidas por los asaltos rojos; y los 3.000 ó 4.000 hombres con quienes el coronel Aranda, jefe militar de la provincia, se encerró en Oviedo. Parecía lógico que esos 30.000 ó 40.000 combatientes reclutados entre las organizaciones mineras, teniendo en cuerna la situación general, se hubiesen preocupado de lanzarse sobre la meseta, en auxilio de las fuerzas de Madrid o de las masas revolucionarias vencidas en Castilla la Vieja. Lejos de hacerlo así —salvo un pequeño intento frustrado, del que trata-remos en otro lugar de este libro— anclaron en la preocupación local y comarcal y se dejaron fascinar por la conquista de Oviedo, que para ellas quedó convertida en objetivo, no solamente principal, sino único. «Ahora —se dijeron— tomaremos Oviedo; luego marcharemos sobre Madrid». La alteración de esos posibles movimientos en el tiempo parecía más conforme a las exigencias del arte militar. Es el caso que cuando los mineros tuvieron conocimiento de que el coronel Aranda se había unido resuel-tamente al Alzamiento nacional, ya no tuvieron otra obsesión que cercarle, acorralarle, aniquilarle. Todo lo demás de la guerra de España desapareció de su imaginación. Los hombres disponibles, el material, la dinamita, la propaganda, las órdenes e instrucciones de ataque se concentraron sobre Oviedo. Cuando desde Guipúzcoa pidieron a Asturias refuerzos para defender Irún y San Sebastián enviaron algunas unidades de milicianos, pero lo hicieron de mala gana, pues ante la posibilidad de entrar en Oviedo, el resto de los objetivos no existía. Para asegurar los pasos principales de la cordillera destacaron algunas guardias y patrullas cuya misión fue muy fácil, pues el Ejército nacional no tenia fuerzas con que atacar esos pasos. De este modo se fue estabilizando el frente asturiano. Sus posibles reacciones estaban contenidas hacia el Sur por las fuerzas nacionales situadas en

León, Astorga y La Bañeza; su flanco, amenazado por las tropas que iba organizando el Mando militar en Galicia. No existían líneas continuas, y en las fronteras entre León y Asturias quedaban amplias zonas libres, en las que los dos bandos enemigos ni siquiera habían llegado a establecer contacto. La guerra en Asturias tiene, pues, en la primera época del Movimiento, un solo nombre: Oviedo. Pero el tema de Oviedo va en capítulo aparte.

Tres centros de resistencias aislada

Ese nombre, Oviedo, nos lleva como de la mano a fijar la atención en tres lugares de España que tienen ya, y para siempre, categoría de paisaje sagrado. Me refiero al Santuario de Santa María de la Cabeza —en las serranías que se alzan entre Córdoba y Jaén—, a la ciudad de Oviedo —capital de Asturias— y al Alcázar de Toledo, del que Maurras ha dicho que es —a partir de los primeros meses de la guerra española— «una de las cumbres de la Humanidad». Fueron como islotes en medio de un mar agitado por ciclones. Pero esos islotes, a su vez, no eran excepciones de apacible reposo dentro de la tempestad, sino que sufrían en sus entrañas las sacudidas más atroces de la guerra. Una pequeña columna de guardias civiles, a quienes acompañaban sus familias y algunos paisanos voluntarios, constituyeron la guarnición de Santa María de la Cabeza, y allí escribieron páginas de valor y de coraje inmarcesibles, hasta que los asaltos y el cerco enemigos consiguieron aniquilar aquella sublime fortaleza de ánimo que iguala las más grandes hazañas de la Historia.

En Oviedo, el coronel Aranda, calificado jefe de Estado Mayor del Ejército español, atrajo sobre sí la fortísima oleada de los mineros asturianos, que reunidos por decenas de millares

formaban la fuerza probablemente más combativa del Frente Popular. El asedio de la capital de Asturias: la resistencia de los defensores hasta los límites del agotamiento, la energía y prudencia con que fueron dirigidas y llevadas a cabo las operaciones militares por parte de los sitiados, el ardor que los sitiadores aplicaron a la lucha y, finalmente, los combates a que dio lugar la marcha de la liberación, alcanzan las calidades de lo increíble y novelesco.

En cuanto a los episodios que tuvieron por escenario el Alcázar de Toledo, el mundo entero los conoce punto por punto, fecha por fecha, y puede afirmarse, sin ninguna exageración, que figuran al lado de los más insignes acontecimientos de todos los tiempos. No hay, ni en los remotos confines de la antigüedad, ni en la reseña y examen de las guerras o aventuras modernas, nada más noble ni más enorgullecedor para la estirpe humana.

La descripción de lo que aconteció en estos tres centros de resistencia aislada ocupará otro capítulo del presente libro.

CAPÍTULO VII

COMIENZA LA MANIOBRA PARA EL CERCO Y ASALTO DE MADRID

Del Guadiana al Tajo. — Las columnas mandadas por el teniente coronel Yagüe maniobran con extraordinaria agilidad y dominan la línea del Tajo. — El general Riquelme intenta establecer un frente defensivo para cortar el avance del Ejército del Sur. — Las tropas nacionales conquistan Talavera de la Reina. — Fuerte contraataque rojo. — Una columna de Caballería del Ejército del Norte entra en contacto con el del Sur a través de la Sierra de Gredos. — El cerco de Madrid aprieta sus líneas sobre la capital. — Operaciones en la provincia de Avila. — Cierre de los pasos hacia Soria

Es hora de que volvamos los ojos hacia el Ejercito del Sur, al que dejamos en la línea del Guadiana después de las victorias de Mérida y Badajoz. Con las tardanzas y debilidades técnicas, que serán durante toda la guerra —salvo momentos muy aislados— características del Ejército rojo, los Mandos que sirven al Gobierno de Madrid se han dado cuenta, ¡al fin!, de la gravedad que entraña la marcha del Ejército del Sur a través de las tierras de Extremadura. «Hay que detener a toda costa ese avance» —es la consigna en el Ministerio de la Guerra—. A fin de lograrlo se estudia un plan que en principio no parece disparatado. Todo dependerá de los medios con que se cuente para llevarlo a la práctica. ¿Medios? El Gobierno del Frente Popular dispone de efectivos en número más que suficiente. Su material es tres o cuarto veces

más importante que el de las columnas nacionales. Le asisten algunos Mandos superiores que, sin embargo, no inspiran confianza política a los milicianos. En cambio, le faltan los mandos subalternos. No existen cuadros profesionales y técnicos en el Ejército rojo. A toda prisa, los tenientes son ascendidos a comandantes, los capitanes a coroneles. Al frente de los Batallones o de las unidades equivalentes al Batallón aparecen jóvenes militantes de los Sindicatos.

Desde el día 6 de agosto, el General Franco se encuentra en España. Estableció en los primeros momentos su Cuartel General en Sevilla; pero apenas quedaron expeditas las comunicaciones entre el Sur y el Norte por Mérida, Cáceres y Salamanca, se trasladó a la segunda de las citadas ciudades. Quiere estar cerca de las tropas combatientes, en contacto personal y directo con los jefes de las columnas. La presencia de Franco en los frentes es mucho más importante que un refuerzo en hombres y en material. Los oficiales y los soldados le ven como el símbolo de la indudable victoria. Los jefes le obedecen entusiasmados.

El General Riquelme pasa por ser, como si dijéramos, el Generalísimo rojo de Madrid. Suyo es el plan destinado a detener los avances del teniente coronel Yagüe. Consiste ese plan en que sobre la orilla derecha del Tajo se forme un frente sólido, destinado a recibir el choque de los atacantes, mientras otras fuerzas se lanzan por el ala izquierda y amenazan las líneas de comunicaciones de la retaguardia nacional.

En efecto; cuando se ha completado el dominio del valle del Guadiana por parte del Ejército nacional del Sur y Yagüe prepara una nueva etapa de marcha, núcleos de campesinos, sin encuadramiento ninguno, hostilizan hacia el lado de Llerena y de

Medellín. Prevenidos los defensores de la línea, falla el esperado efecto de la sorpresa, pero durante algunas horas, la simple violencia de una masa de combatientes muy importante y tenaz parece que va a obtener resultados tácticos de consideración. Sin embargo, la elasticidad de los legionarios se impone, y el ataque de flanco termina en un total fracaso. Los rojos desisten. ¿Por qué? Sencillamente, porque los campesinos por sí solos, entregados a su iniciativa y a su interpretación de la guerra, no bastan para una maniobra tan interesante; de otro lado, la zona en que atacan los rojos es pobre en comunicaciones y no permite concentrar allí, con la suficiente rapidez, efectivos regulares capaces de inquietar a los nacionales. Sin embargo, es inexplicable el hecho de que, aun reducido todo a un instintivo guerrilleo, no insistieran los rojos en su amenaza; al menos, hubiesen podido obligar a una distracción de fuerzas y con ello a una debilitación de las columnas que debían marchar hacia el Tajo. Porque la etapa próxima de Yagüe era la de invasión de las líneas del Tajo y dominio del valle atravesado por este río. Reunidos todos los jefes de columna en Trujillo, se reanudan las operaciones el día 25 de agosto.

El Mando superior ha dado orden de aprovechar una parte de las noches claras y luminosas, para evitar de ese modo la agotadora fatiga de unas horas de sol terrible. Los efectivos del Ejército del Sur han ido aumentando gracias a la solidez del sistema de comunicaciones y transportes organizado por el General Franco. Aquellas primitivas columnitas volantes que iban apareciendo como rayos en donde menos podía esperárselas, son ya más fuertes. A las agrupaciones de los tenientes coroneles Tella y Asensio y del comandante Castejón hay que añadir las que mandan los tenientes coroneles Barrón y Delgado Serrano. Estas, que no han terminado aún su concentración, constituyen, por el

momento, la reserva de Yagüe, el cual las lanzará al combate cuando las circunstancias lo aconsejen. Hasta entonces, seguirán mandando la vanguardia perforante los tres jefes que salieron de Sevilla al anochecer del 2 de agosto.

El Gobierno de Madrid intenta reaccionar contra el caos de las milicias populares. Al iniciar el Movimiento creó el Ministerio de la Guerra los «Batallones de voluntarios», mandados por oficiales y clases del Ejército, Guardia civil, Guardias de Asalto o Carabineros. Los voluntarios no podían ser menores de veinte años ni mayores de treinta.

En realidad, esta disposición oficial no tenía otra finalidad que convalidar la organización adoptada por los propios partidos políticos. Lejos de oponerse a ella, la legalizaba. A lo largo del mes de agosto se ordenó a la Prensa de Madrid que hiciera ver la necesidad de someter las milicias a verdadera disciplina, porque el ardor de los milicianos era insuficiente para hacer frente al coraje y técnica del Ejército nacional.

Como resultaba peligroso contrariar la independencia de los Comités milicianos, se optó por halagarles y llevarles al convencimiento de que constituían un Ejército potentísimo. Trataba el Gobierno de despertar así la reflexión de los partidos y de los Sindicatos.

Un documento rojo del 27 de agosto escribe estas palabras increíbles:

«En un mes, España ha levantado un Ejército como hace siglos no lo tenia El pueblo en armas se ha ido organizando militarmente bajo el imperativo de la guerra, y en cinco semanas, aquellas masas informes que en Madrid, se lanzaban al asalto del Cuartel de la Montaña a pecho descubierto y en Barcelona iban a coger por la boca las ametralladoras, han

aprendido a practicar el arte de la guerra...» «Hoy las milicias son tropas aguerridas y con una moral como no la tuvo jamás el soldado español.»

Cuando se puede escribir impunemente lo que antecede y se dice que «en un mes se ha levantado un Ejército como hace siglos no lo tenía España», fácilmente se comprende que quien predica tales cosas y quien consiente su publicidad ignoran en qué consiste un Ejército y cuál ha sido en la Historia la moral del soldado español. Por consiguiente, les resulta muy difícil afrontar una guerra con probabilidades de éxito. Los sucesivos fracasos tienen fáciles explicaciones.

El Gobierno insinúa débilmente nuevos intentos de reacción, pero la decisión revolucionaria de las milicias le aplasta y sumerge. Así, el 1 de octubre se publica una nueva disposición de la Presidencia del Consejo y en ella se decreta «que a partir de este momento, las milicias del Ejército del Centro tienen carácter, condición y fuero militar. Se fija la edad entre los veinte y los treinta y cinco años».

El día 23 de septiembre se anuncia un concurso para cubrir ocho mil plazas en el Cuerpo de Carabineros. Pocos días más tarde ese número se amplía a 20.000. Asistimos aquí al nacimiento del nuevo Cuerpo de Carabineros, que andando el tiempo será el favorito y preferido de Negrín y del partido comunista español. A fines de octubre se aprueba un proyecto de militarización de todos los varones entre veinte y cuarenta y cinco años. Las Comandancias militares y los Regimientos de los partidos políticos desaparecen. Para no descontentar a las milicias se fija en 30.000 hombres los efectivos que aportarán esas milicias al Ejército del Centro, pero quedarán distribuidas en Batallones con números correlativos y sujetas a los Mandos profesionales. A pesar de las

órdenes del Gobierno, los milicianos siguen imponiendo su voluntad y el progreso en la organización del Ejército es muy pequeño.

Cuando Yagüe vuelve a sus operaciones ofensivas entre el Guadiana y el Tajo, el Ministerio de la Guerra de Madrid envía hacia las líneas de este último río al General de División José Riquelme, pese a la torpeza con que éste había dirigido los ataques rojos contra el Alto del León. Riquelme toma una primera medida perfectamente discreta: sitúa en la Sierra de Guadalupe una columna de 1.250 hombres, con buen número de armas automáticas. Esa columna, mandada por el capitán Uríbarri, ocupa el pueblo de Alía, cerca del pueblo y monasterio de Guadalupe.



Gráfico de la marcha de las columnas nacionales a partir de Mérida

Yagüe tiene delante de sus vanguardias las Sierras de Las Villuercas, de Guadalupe y de Montánchez. Para un Ejército que procedente del Sur amenace los valles y llanos del Tajo, el obstáculo principal, una vez salvada la línea del Guadiana, está

constituido por los montes de Toledo. Desde ellos se puede atacar eficazmente el flanco derecho de las fuerzas que pretendan avanzar hacia el Norte e impedir que pasen desde los valles del Guadiana a los del Tajo. Esa finalidad queda encomendada al capitán Uríbarri, el cual, como dejamos dicho, se ha instalado en Alía el 20 de agosto. En cambio, por el centro, Riquelme deja abandonados el puerto de Miravete y los puentes de la zona de Almaraz y sitúa su línea en la orilla derecha, desde Navalmoral de la Mata hasta Oropesa. «Esa línea —declara un documento rojo— es la más interesante para abatir la resistencia de los facciosos. Por ello, tratan de forzar dicho frente. Hay que ir adelante, aunque haya que volcar ahí toda la fuerza combativa de que se disponga. No pasarán, no avanzarán un palmo, porque en ello va el prestigio del Gobierno y el de nuestras milicias...» Es interesante declarar que la presencia del capitán Uríbarri en los montes de Guadalupe se había producido sin combate.

El dispositivo de Yagüe era sencillo. Su flanco izquierdo no ofrecía peligro alguno porque se apoyaba en los pueblos de Cáceres, adictos desde el primer momento al Movimiento nacional. El centro estaba formado por tropas de gran capacidad ofensiva y tenía por misión forzar rápidamente los pasos que conducen al Tajo a través de la Sierra de Montánchez, donde los niveles se achatan un poco y donde los caminos son muy practicables. El flanco derecho necesitaba apoyarse firmemente en los montes de Guadalupe, para lo cual era indispensable desalojar de allí a la columna de Uribarri.

El choque fue violentísimo en esta parte del frente. Uribarri esperó muy atrincherado, pero incapaz de maniobrar, pronto se vio

envuelto en los desconcertantes movimientos de un Tabor de Regulares de Tetuán y de la 5.ª Bandera de la Legión. El grueso de la columna roja quedó fijado sobre sus posiciones, sin poder moverse de ellas por la violencia del asalto frontal, mientras los moros describían un amplio semicírculo y caían sobre la retaguardia, hasta el punto de llegar muy cerca de las comunicaciones que las vanguardias de Uríbarri tenían con su base. Al cabo de cinco horas de combare los rojos iniciaron un veloz repliegue y abandonaron todas sus posiciones. Sobre el terreno dejaron 20 camiones, 16 ametralladoras, 100.000 cartuchos y todo su material sanitario. Pata consolidar el avance, el comandante Castejón forzó la marcha hasta ocupar el pueblo y el monasterio histórico de Guadalupe, en donde 5.000 personas permanecían semisitiadas desde que los rojos tomaron Alía. Durante esta jornada, el General Riquelme estuvo a punto de caer prisionero. Como los enlaces y transmisiones funcionaban deficientemente o no existían, quiso comprobar personalmente los resultados del combate sostenido por el capitán Uríbarri, pero llegó al campo de operaciones en el momento de la retirada roja, y poco faltó para que fuera a dar en una de las avanzadas nacionales.

Ya está asegurado el flanco derecho de la marcha; ya tiene Yagüe una apoyatura muy firme en las montañas; los restos de la columna enemiga derrotada se internan en los montes de Toledo y merodean por ellos inútilmente. Entre los milicianos cunde la interpretación de que aquella fuerza está destinada a cumplir fines muy misteriosos, de donde le viene el nombre de «columna fantasma» con que durante unos días la conocen en Madrid. En realidad, la fuerte barrera de los montes Toledanos, magnífico sistema de posiciones defensivas contra un Ejército que vaya del Guadiana al Tajo, queda inutilizada por la derrota de Alía y por la

incoherencia creciente del plan de Riquelme.

Seguro en cuanto a su ala derecha, Yagüe ordena que la presión ejercida sobre el centro se convierta en ataque resuelto. Asensio y Tella pasan la Sierra de Montánchez, superan el paso de Miravete, y cuando llegan a la ribera del Tajo encuentran intactos los puentes. Por el de Almaraz pasan a la orilla derecha, donde encuentran los primeros elementos de la línea de resistencia organizada por el General Riquelme.

Entre las preocupaciones del Mando nacional, la primera de todas se vuelve hacia el nuevo dispositivo que el flanco izquierdo ha alcanzado en su avance. Por allí aparecen las sierras de La Vera; un poco más a la derecha, la de San Vicente, que separa los valles del Tiétar y del Alberche; coronando el paisaje, los gigantescos relieves de Gredos. ¿Se habrá situado oportunamente el enemigo en los profundos barrancos y en los desfiladeros de esas montañas? ¿Pretenderá caer sobre la izquierda nacional para aplastar a las columnas que acaban de atravesar el Tajo?

Afortunadamente, la posesión de Cáceres ha permitido a Franco —porque la presencia de Franco en Cáceres es uno de los acontecimientos militares y políticos de esta fase de la campaña— ocupar sin esfuerzo ninguno el pueblo de Navalmoral de la Mata. Ahí se establece la columna del teniente coronel Tella, que se ocupará de organizar el ala izquierda y de prevenirse contra cualquier amenaza que pudiera venir desde Arenas de San Pedro y desde la Sierra de San Vicente.

Van apareciendo en el frente rojo nuevas unidades. Riquelme dispone de 5.000 hombres para la resistencia. Ha llegado a sus campamentos el Batallón «Pasionaria», perteneciente al 5.° Regimiento de Milicias; se sabe que también se ha incorporado al

frente la columna «Dimitroff», y la de «Acero», y «Los Leones de la República», y «Los Aguiluchos». Al lado de ellos hay Batallones de los Regimientos de Wad-Ras y de Argel, y Compañías del Batallón ciclista de Alcalá de Henares, y una fuerte columna de 2.000 hombres, todos pertenecientes a los Sindicatos anarquistas; manda esta última el teniente coronel Rosal. Estos 2.000 hombres, que no tienen nada que ver con el grueso de 5.000 puesto a disposición del General Riquelme, se niegan a obedecer las órdenes del Mando; el teniente coronel Rosal, por su propia cuenta, se lanza a cubrir el flanco derecho rojo con el fin de impedir el avance nacional hacia la Sierra de San Vicente y hacia la región de Arenas de San Pedro.

El teniente coronel Asensio y el comandante Castejón se han descolgado de la Sierra de Guadalupe sobre el valle del Tajo y rastrillean el territorio serrano; pueblo tras pueblo van cayendo en sus manos todos aquellos que bordean las aguas del río. Cuando Yagüe se encuentra a caballo sobre las dos orillas, cubiertos sus flancos hasta donde las circunstancias lo permiten, repuestos sus parques de municiones y rectificada oportunamente la situación de su artillería, emprende la tercera gran etapa de su marcha (primera: Sevilla-Mérida-Badajoz; segunda: Mérida-Badajoz-valle del Tajo; tercera: maniobra a vanguardia hacia Talavera de la Reina), con un dispositivo cerrado que tiene por base las carreteras, salvo en el flanco izquierdo, retrepado hacia las estribaciones de unas montañas amenazadoras. A la derecha va Castejón; en el centro, Asensio; a la izquierda, Tella. Las columnas han sido reforzadas ligeramente. Aparte de esos refuerzos, ya hemos dicho que Yagüe dispone de reservas interesantes que mandan los tenientes coroneles Barrón y Delgado Serrano.

La aviación roja ha recibido estimables refuerzos en Madrid. Una parte de los aparatos comprados en Francia van llegando a los aeródromos de Cuatro Vientos, Getafe y Barajas, situados en el cinturón de la capital de España. Para reprimir el ímpetu nacional, las escuadrillas de bombardeo hacen su aparición sobre las líneas de ataque y dejan caer bombas en gran número. El Mando del Ejército nacional del Sur advierte que Riquelme cuenta con mayor número de baterías y con un importante «stock» de municiones, porque el fuego acusa calibres distintos y densidad inacostumbrada. La caza legionaria, que coincidiendo con esta etapa del avance hacia Madrid confirma su pujanza y su audacia, anula buena parte de los bombardeos aéreos del enemigo, el cual se ve en la necesidad de lanzar sus bombas sobre terreno desalojado, en donde no hay un solo soldado de Yagüe.

Los días 27 y 28 de agosto se caracterizan por la toma de dos pueblos que cuestan sendos combates: Valdehuncar y Peraleda de la Mata; allí abandonan los milicianos media batería semipesada, municiones en abundancia, doce ametralladoras y varios camiones. En el pueblo denominado El Gordo, la Bandera de la Legión sorprende a una columna de 600 hombres y la hace prisionera con todo su material. Sigue el ataque, y en los días 29 y 30 Asensio conquista Puente del Arzobispo, lugar importante de la comarca, Tella entra en Oropesa, Castejón embolsa seis o siete pueblos.

Del Tiétar al Tajo, los hombres del Sur, las tropas de Marruecos, se mueven con la precisión de una máquina irresistible. Son pocos, pero su movilidad centuplica la eficacia. Riquelme pierde terreno. Desde la Sierra de La Vera hasta las estribaciones de Guadalupe, todo el dispositivo rojo está cediendo y quebrándose irremediablemente.

Franco puede estar satisfecho. Ha llamado a Cáceres al teniente coronel Yagüe y le ha dado su parabién. El Generalísimo quiere que la operación hacia Talavera de la Reina se precipite, porque Talavera representa el verdadero dominio del Tajo y la llave de todos los avances posteriores sobre Madrid. La sombra de Wellington pasa bajo el cielo extremeño y hay en el aire ecos de varios nombres napoleónicos. Ahora como antaño, Talavera decide muchas cosas.

Castejón toma el día 1 de septiembre los objetivos próximos al municipio de Calera y entra en el pueblo de este nombre. Asensio ex pugna Gamonal y Casar de Talavera. Talla, a la izquierda de la carretera de Madrid, flanquea impecablemente y rechaza las vanguardias rojas. Entre ellas aparece, con más denuedo que acierto, una columna de obreros tranviarios de Madrid, que es lanzada contra los barrancos de las montañas próximas. Los días 1, 2 y 3 de septiembre, la irrupción hacia Talavera es decisiva. Riquelme contempla la desarticulación de todas sus líneas, el desmoronamiento de todo el frente. Alguna unidad que intenta resistir con más firmeza se ve aislada de las demás, descubierta a derecha e izquierda, y después de defenderse con arrojo tiene que retirarse a destiempo, con lo cual sufre gran número de bajas. A las dos de la tarde del día 3, el comandante Castejón comunica al teniente coronel Yagüe: «Somos dueños de Talavera de la Reina».

Era el final de un avance iniciado en las horas del amanecer contra un enemigo bien atrincherado y asistido de mucha artillería. Riquelme disponía, para un frente de 12 kilómetros, de 14 baterías, cifra que en aquellos tiempos podía considerarse excepcional. Las consignas dadas a los milicianos eran categóricas: «En Talavera está la victoria». Las columnas de Riquelme estaban formadas no

solamente por milicianos, sino por unidades regulares del Ejército, secciones de Carabineros, alguna Compañía de Asalto y determinados núcleos de la Guardia Civil. Castejón les atacó de frente. Al mismo tiempo, el teniente coronel Asensio flanqueó la ciudad con la intención de caer sobre el aeródromo que allí habían preparado los rojos. Dos tabores de Regulares y una Bandera del Tercio (poco más de 1.200 hombres) llevaron a cabo esta operación envolvente. Cuando los primeros soldados de Asensio llegaban a las cercanías del campo de aviación, en el frente rojo de Talavera resonó el grito que había de hacerse clásico entre los rojos: « ¡Estamos copados!» Y temiendo el copo, cada batallón miliciano empezó a replegarse precipitadamente. Castejón acentuó su presión, y momentos después sus vanguardias ocupaban las calles de Talavera de la Reina.

La sorpresa fue tal en los mandos madrileños y el desconcierto tan fuerte en el Ministerio de la Guerra, que el subsecretario del Departamento llamaba al teléfono oficial de Talavera de la Reina cuando ya eran dueñas de la instalación telefónica las tropas Regulares indígenas. Así pudo darse el caso de que la primera noticia del desastre la tuviera el Gobierno por la conversación sostenida entre el subsecretario y un oficial perteneciente a los tabores africanos.

Contraataque

No podía Madrid resignarse a la pérdida de Talavera de la Reina, y mucho menos a las consecuencias que forzosamente había de producir el hecho. Perfectamente visibles son, aun para los más apartados de todo contacto con el arte militar, porque el nombre de la ciudad del Tajo y del Alberche es, en la historia de las

guerras de España, un gran punto de referencia, y se sabe que quien sea dueño de ella posee las líneas del Tajo y tiene abierta la marcha sobre Madrid. En el afán de reconquistar esa posición clave, el Frente Popular hizo un esfuerzo extraordinario. Pese a la gravedad de las circunstancias y a la falta de un Ejército auténtico, el Alto Mando rojo consiguió organizar una nueva columna, integrada por 4.000 hombres que procedían de las tropas de Somosierra mandadas por Galán, de las de Guadalajara, de la guarnición de Valencia, de las recientes formaciones populares y de la columna Mangada, que operaba entre El Escorial y el Alto del León. Riquelme fue destituido del mando supremo y le remplazó el coronel Salafranca, aunque de manera interina, porque la jefatura del Ejército, que aún seguían llamando «de Extremadura», fue encomendada en última instancia al coronel Asensio Torrado, el mismo que sustituyó anteriormente a Riquelme en la Sierra. Asensio Torrado gozaba fama de ser buen capitán de vanguardia, y su hoja de servicios, en este punto concreto, anotaba hechos laudables durante las campañas de Africa. Pese a la oposición que formularon contra él los comunistas, el mencionado coronel asumió la responsabilidad de reparar lo que Riquelme había desbaratado. El contraataque rojo sobre Talavera fue muy violento. Entre el Alberche y el Tajo, los 4.000 hombres, más los restos de las unidades derrotadas el día anterior, se lanzaron brutalmente al asalto de las líneas nacionales. La táctica aplicada era tan elemental e ingenua que los Legionarios y los Regulares indígenas tuvieron que esforzarse muy relativamente para oponerse a ella. Todo consistió en una serie de ataques frontales, sin la menor idea de la maniobra. El coronel Asensio Torrado se lamentaba por la noche, en su puesto de mando, del incumplimiento de las órdenes dadas. Por delante de la casa en que había establecido su Cuartel

General vio a los milicianos desfilar en desordenada huida, sin que las medidas de coacción adoptadas sobre el terreno, ni siquiera las extremas sanciones aplicadas, consiguieran atenuar los desastres que el combate había producido en la moral de aquellos hombres. Cuatro baterías, 30 ametralladoras, todos los depósitos de Intendencia, 45 automóviles, más de 300.000 cartuchos y el vestuario completo de dos regimientos quedaron en poder de los soldados victoriosos; 500 muertos esparcidos por el terreno de la lucha bajo un cielo de añil, junto a las filas de álamos que dan escolta al Alberche y sobre los alcores del ancho paisaje talavereño, daban lúgubre testimonio de la derrota roja. La reacción de los aviones de Madrid, que se encarnizaron contra el caserío de Talavera, no sirvió de nada. Al día siguiente, el frente se encontraba 25 kilómetros más cerca de Madrid. La situación estratégica de las tropas acaudilladas por Franco mejoraba por momentos. El cerco de la capital de España tomaba caracteres alucinantes para las fuerzas del Frente Popular.

Enlace de los Ejércitos del Norte y del Sur

Llegadas las cosas al punto que dejo dicho, aún habían de sufrir las tropas milicianas una nueva adversidad de grave alcance. Desde la toma de Badajoz por los Legionarios y los Regulares, quedaron abiertas las comunicaciones entre el Sur y el Norte de España a través de las provincias de Badajoz, Cáceres y Salamanca. Faltaba complementar esa operación con el enlace directo de los dos Ejércitos; es decir, con el contacto inmediato y la unión indiscutible de unidades que dependían del mando de los generales Mola y Franco. Esto se produjo mediante el encuentro

del ala izquierda de Yagüe (donde operaban los tenientes coroneles Tella y Delgado Serrano) con la columna de Caballería que mandaba el coronel Monasterio y que venía operando desde Avila en las intrincadas montañas de la Sierra de Gredos. La importante maniobra ha sido descrita del siguiente modo por el Estado Mayor del Ejército del Centro:

«La necesidad de efectuar un flanqueo efectivo de las columnas que desde el Sur avanzaban sobre Madrid fue la causa determinante de esta serie de operaciones, cuya realización corrió a cargo de las fuerzas de la séptima región (Valladolid), núcleo sobre el que más tarde había de constituirse el Ejército del Centro, bajo el mando del General Saliquet.

»El objetivo clave de las citadas operaciones residía en la ocupación del Puerto del Pico, único punto de penetración en la enorme barrera montañosa que señala la divisoria entre las sierras de Avila y Arenas de San Pedro, lugar designado de antemano para la conjunción de las fuerzas del Sur y del Centro. El valor estratégico del Puerto del Pico había sido ya percibido por el enemigo, el cual reforzó las ventajas topográficas de la posición con un magnífico sistema defensivo, integrado casi en su totalidad por obras permanentes de fortificación. El terreno de acceso, organizado con singular acierto, hacía de la cumbre un lugar prácticamente inexpugnable, tanto más cuanto que el núcleo de las fuerzas de maniobra estaba constituido por unidades de Caballería.


Fuerzas de Caballería de la columna Monasterio

»El eje de avance quedaba determinado forzosamente por la carretera que serpea en la montaña, y que por su trazado impide en absoluto la ocultación de las tropas, así como la naturaleza del terreno en que está abierta dificulta un eficaz y seguro flanqueo de la misma.

»Dieron comienzo las operaciones preparatorias el 30 de agosto de 1936 y se prolongaron hasta el 8 de septiembre, en que quedó plenamente cubierto el objetivo.

»El mismo día 30 de agosto se dio la orden de ocupación de la Venta del Obispo y Venta Rasquilla, en la carretera, iniciándose así el montaje del dispositivo ofensivo sobre el Puerto del Pico, completado el día 2 de septiembre con la toma de posiciones en las alturas dominantes de la Venta de San Miguel. El enemigo advierte el peligro y procura impedir los preparativos con intensas reacciones ofensivas, brillantemente rechazadas, y con ataques aéreos, que obligan a llevar a cabo la aproximación de fuerzas durante la noche.

»El día 5, a las cero horas, partieron dos columnas de Hoyocarrero y San Martín del Pimpollar, con orden de ocupar la cresteríа de la Sierra, a derecha e izquierda del puerto, y proteger el avance de las fuerzas que en la Venta de San Miguel esperaban la orden de hacerlo por la carretera.

»La artillería enemiga trató de impedirlo haciendo intenso

fuego sobre las dos columnas de protección, que mantuvieron fuerte combate durante todo el día. Por la noche, la Caballería, venciendo las enormes dificultades del terreno, avanzó por sorpresa, y en un magnífico golpe de audacia sobre la corona del puerto desconcertó al enemigo, que tras leve resistencia huyó sin intentar utilizar el sistema defensivo organizado en la cima.

»Ocupado el Puerto del Pico, las fuerzas, evitando la localización aérea, descienden al valle en busca del enemigo, que se limita a hostigarlas con fuego de artillería.

»El día S de septiembre las columnas avanzan sobre Arenas de San Pedro. En vanguardia va un grupo de Escuadrones formado por cuatro de sables y uno de máquinas, que establece contacto con el enemigo en la cuesta de la Parra; éste, reforzado y dispuesto a resistir, entabla combate durísimo, que se prolonga todo el día. Al llegar la noche, las fuerzas acampan sobre el terreno y se destaca uno de los Escuadrones, que en un impetuoso galope de ocho kilómetros por el flanco izquierdo llega a Ramacastañas y Arenas de San Pedro, estableciendo contacto con los Regulares de Alhucemas. La unión de las fuerzas del Centro y del Sur estaba cumplida.»

Como el lector habrá comprendido, chocaron en estas operaciones dos fuerzas de flanqueo: la que organizó el Ejército del Sur para asegurar el ala izquierda de las columnas atacantes en la región de Talavera de la Reina (Tella y Delgado Serrano) y la que salió de Madrid, ocupó la Sierra de San Vicente y se extendió por el valle del Tiétar con el propósito de apoyar los contraataques rojos sobre Talavera. Esta última estaba formada por unidades de milicianos voluntarios, en su mayoría, y es cierto que atacó con especial arrojo, porque se había comunicado a todas las tropas

rojas la consigna de vencer mediante un asalto en masa, anticipándoles que las líneas nacionales se encontraban debilitadas a consecuencia de las bajas sufridas en Oropesa y en Talavera de la Reina. Al segundo día de operaciones la dispersión de los rojos era tal que algunas de las milicias aparecieron en Madrid, luego de haber recorrido a salto de mata, y a través de los barrancos de la Sierra, decenas de kilómetros. Sin embargo, el coronel Asensio Torrado consiguió llevar al frente nuevas formaciones y con ellas se batió en retirada, obligando a los atacantes a marcar un ritmo más lento en todo el terreno que se abre desde Talavera al pueblo de Santa Olalla. Durante una semana, los avances son menos profundos, las operaciones más cautas, las conquistas menos brillantes. Esa especie de obligada pausa sirve al General Franco para reagrupar sus fuerzas, añadirles efectivos, modificar el dispositivo, alimentar los parques y tomar todo género de disposiciones adecuadas a fin de aplastar la nueva resistencia que bajo el mando del dicho coronel Asensio Torrado se estaba montando en la zona de Santa Olalla, Maqueda y Escalona.

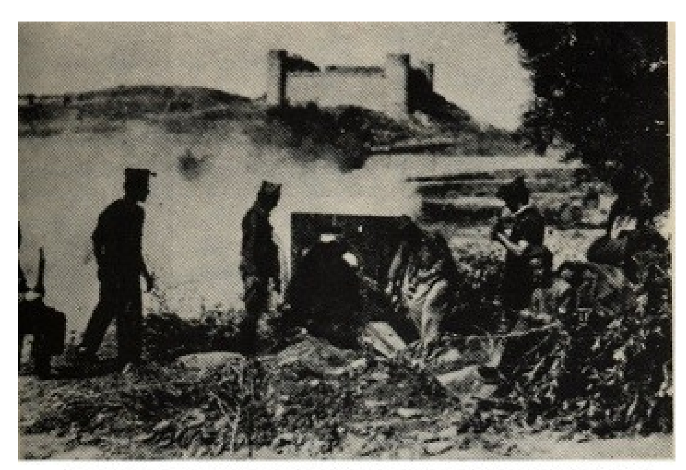
Combates de Santa Olalla

La unión de los Ejércitos del Sur y del Centro fue decisiva para la suerte del flanco derecho rojo. Todos los pueblos de la Sierra de San Vicente, y la Sierra misma, con los valles de los ríos Alberche y Tiétar, cayó en poder de las tropas nacionales, con lo cual se hizo muy precaria la posibilidad de la defensa roja en esa parte del frente. En cambio, bajo la dirección del General Masquelet, del Cuerpo de Ingenieros, jefe de la Casa Militar del Presidente de la República, fueron levantadas a toda prisa unas líneas de

fortificaciones en torno al pueblo de Maqueda, a los dos lados de la carretera Sevilla-Madrid. Avanzada de esas fortificaciones eran las posiciones de Santa Olalla, en donde el coronel Asensio Torrado concentró las tropas de choque que consideraba más seguras. Sobre ellas se lanzó el teniente coronel Yagüe, llevando a la derecha al comandante Castejón, en el centro a los tenientes coroneles Asensio y Barrón y a la izquierda a los tenientes coroneles Tella y Delgado Serrano. El encuentro revistió violencia singular. Los rojos trataron de conservar sus posiciones a toda costa. Una vez más, la capacidad maniobrera de los nacionales dio buena cuenta de la resistencia. La artillería roja, situada en las fortificaciones de Maqueda, hizo un fuego muy intenso y muy bien dirigido, pero cada vez que los mandos profesionales dieron a la infantería orden de llevar a cabo un movimiento elemental, se frustró el intento. Los milicianos no querían salir de las trincheras. Cuando lo hacían era para replegarse. Luego de siete horas de combate, Santa Olalla quedó incorporado al campo del Alzamiento.

—Inmediatamente, el ataque nacional continuó sin un instante de descanso. Las baterías mandadas por el capitán Alarcón baten las fortificaciones permanentes levantadas por el General Masquelet. La artillería de Yagüe da muestras de excelente eficacia y exactitud. Una ojeada de los Mandos hacia vanguardia descubre que la organización de la defensa en Maqueda es puramente ilusoria. Se trata de unas obras encaminadas a mellar los ataques que se produzcan por el centro. Para los posibles flanqueos no se ha previsto nada. Los nidos de ametralladoras han sido construidos en lugares que la artillería puede batir fácilmente. El cruzamiento de fuegos es muy imperfecto. En efecto; Tella y Delgado Serrano envuelven las líneas rojas por el Oeste; Castejón y una parte de la columna Asensio flanquean vigorosamente por el Este; el ataque

frontal, resulta innecesario, porque el enemigo se ha dado cuenta de la maniobra, y sin esperar el asalto abandona sus posiciones e inicia su retirada con dirección a Navalcarnero.



La artillería nacional hace fuego en las líneas de Maqueda

Al llegar a las líneas de Maqueda, el Ejército del Sur ha recorrido 450 kilómetros aproximadamente en dirección Norte. Hay que anotar, sin embargo, un hecho por demás interesante y que va revelando situaciones nuevas. El día 4 de agosto partieron de Sevilla las columnas de Yagüe. El día 21 de septiembre rompieron las fortificaciones de Maqueda y se apoderaron del pueblo. Han transcurrido 48 días de guerra. Si tenemos en cuenta que el 4 de septiembre acampó en Talavera de la Reina el grueso del Ejército atacante, llegamos a la siguiente conclusión: en un mes, los nacionales han saltado de Sevilla a Talavera de la Reina, o sea han cubierto 426 kilómetros de marcha, sin tener un cuenta la conversión de una parte de las columnas sobre Badajoz. Desde el día 4 de septiembre hasta el 21, fecha de la toma de Maqueda, o sea en el transcurso de 17 días, han ganado 42 kilómetros más; la atenuación del ritmo es evidente. ¿A qué atribuirla? Franco, que guerrea con efectivos limitados, cuenta, sin embargo, con más hombres en esta última etapa; su artillería, nutrida con las piezas tomadas a los rojos, es más potente; la moral de sus tropas, que

era magnifica desde el primer momento, cuenta con las soberbias añadiduras que comunica la victoria. ¿Por qué ha habido que emplear 17 días en el recorrido de 42 kilómetros desde Talavera a Maqueda?

En primer término, fue necesario esperar a que la maniobra de enlace entre el Ejército del Centro y el del Sur estuviera terminada; esa maniobra garantizaba el flanqueo izquierdo de la marcha y daba la seguridad indispensable. Por otra parte, el coronel Asensio Torrado se muestra en el mando superior de los rojos más discreto y capaz que el General Riquelme. En tercer lugar, a medida que el objetivo nacional —Madrid—se ha ido concretando, el frente cobraba caracteres más definidos y más limitados; es totalmente claro que la densidad de tropas y de fuego en las líneas rojas resultaba más considerable; finalmente, era natural que ese Ejército del Sur, que acababa de recorrer 400 kilómetros sin descansar apenas, se resintiera un poco de la fatiga física. Si a ello añadimos que al acercarse los nacionales a Madrid empujaban a los rojos muy cerca de su base principal y ellos, en cambio, se alejaban de las suyas, viéndose obligados a crear otras, creo que encontraremos explicación suficiente para la atenuación del ritmo que antes hemos apuntado. Franco siente, a partir del primer día, la preocupación de crear un verdadero Ejército; no quiere conquistas precarias que, sin los ulteriores medios de consolidación, apenas podrá conservar; está llegando a su frente la aviación moderna, con los nuevos sistemas de enlace; se plantean difíciles problemas de organización... Los días que parecen perdidos son, en realidad, ganados si se mira a la victoria final.

El día 21 de septiembre, en las líneas de Maqueda, se plantea ante el Mando un dilema angustioso: allá, al fondo, casi al alcance

de la mano, está Madrid; pero a la derecha resiste, en la agonía de su heroísmo, el Alcázar de Toledo. ¿Adónde se dirigirán las tropas victoriosas? ¿Sacrificarán a los héroes del Alcázar para llegar rápidamente a la capital de España? ¿Aplazarán la entrada en Madrid a fin de que no se agoste y pierda la maravilla del Alcázar? Hay opiniones para todos los gustos; piensan unos que en Madrid se podrá rescatar, no solamente la ciudadela de Toledo, sino toda España; opinan otros que la toma de Madrid es dudosa y que España perderá gran parte de su fuerza moral y de su espíritu si permite que sucumban los héroes de la Academia de Infantería. ¿Qué hacer? Franco zanja la cuestión: España irá a Toledo; España hará honor a su interpretación espiritualista de la Historia; van en ello el honor del pueblo y la gloria del Ejército.

El mismo día 21 de septiembre, las columnas que se encaminaban hacia Madrid dejan en Maqueda tres Batallones y dos baterías; otros seis Batallones y cuatro baterías se encaminan resueltamente hacia la imperial ciudad de Toledo.

Operaciones complementarias del cerco de Madrid

El Ejército del Norte había cedido al del Sur la plenitud de la iniciativa en cuanto a la conquista de Madrid. Mola se limitaría, por el momento, a coadyuvar con todos los elementos a sus órdenes. Para ello se estudió un plan de operaciones complementarias, cuyos escenarios habrían de ser los montes entre las provincias de Avila, Madrid y Toledo, de una parte; de otra, los pasos de la provincia de Soria.

Tenían una triple finalidad: apretar el cerco de la capital; fijar al enemigo para impedir que enviara refuerzos contra las columnas

del Sur y desorientar en lo posible al Mando rojo acerca de las intenciones de los jefes nacionales.

Por lo que se refiere a los montes de Avila, las maniobras ocuparon todo el mes de septiembre y uno buena parte del de octubre. Fue ocupado el paso del Boquerón, sobre la carretera de Avila a Toledo. Entraron las vanguardias del Centro en el pueblo de Santa Cruz de Pinares. Un ataque concienzudamente preparado para romper el frente rojo al Norte de El Escorial tuvo una primera fase muy brillante, porque los atacantes entraron en el pueblo de Peguerinos y aniquilaron una parte de las guarniciones enemigas situadas al amparo de las rocas en que es tan abundante la región. Pero «el error cometido por un mando subalterno» —según dijo el General Mola en una de sus alocuciones— hizo que el éxito inicial se convirtiera en revés. Los victoriosos de Peguerinos descuidaron su sistema de flanqueos, y cuando creían estar más seguros recibieron un vigoroso ataque sobre su ala derecha. El desconcierto producido por la sorpresa y la mejor situación táctica en que momentáneamente se encontraron los rojos, forzaron la retirada de las vanguardias nacionales, las cuales hubieron de abandonar las posiciones de Peguerinos, no sin sufrir bajas muy dolorosas.

Esta adversidad no desorganizó lo fundamental de los planes ofensivos, porque en los días siguientes fueron ocupados Herradón de Pinares, San Bartolomé de Pinares y, por fin, el pueblo de Navalperal, en donde había establecido su Cuartel General el teniente coronel Mangada.

Navalperal ofrecía un gran interés táctico para el dominio de los montes entre Avila y Toledo. Pasaba entre los milicianos rojos como posición inexpugnable. Pero dos días de combare incesante

dieron en tierra con la inexpugnabilidad. Tres núcleos de tropas de Mola ocuparon el pueblo, y al propio tiempo se establecieron en las posiciones fortificadas al norte del mismo, así como en una altura de 1.300 metros, situada al Sur. El domingo 7 de octubre —dice el Estado Mayor del Ejército del Centro —«la columna de Navalperal, en unión de otra que bajó desde el puerro del Descargadero, estableció contacto nuevamente con el enemigo. Este abandonó sus posiciones y dejó enorme botín. Dos columnas partieron de Hoyo de Pinares y de San Bartolomé; tras brillante ataque, ocuparon el puerro de Cebreros. Y en la última fase de las operaciones ocuparon Robledo de Chavela, Navas del Marqués, Valdemaqueda, Hoyo de Híjar y posiciones al oeste de Peguerinos. De ese modo se estableció un frente defensivo como base para operaciones futuras».

Rectificaciones en Navafría y Sigüenza

No podía el frente de Somosierra, ni el llamado de Almazán o «de los Pasos de Soria», quedar ligeramente hilvanado y en condiciones de que los rojos lo expugnaran mediante el envío de fuertes columnas. Por eso, el coronel García Escámez, al que dejamos victorioso en el collado de Somosierra, se propuso, durante los meses de septiembre y octubre, rectificar sus líneas y darles más solidez. Para ello operó sobre los pasos de Navafría, entre Somosierra y Navacerrada. Combates rudísimos, defensas rojas de primer orden, sostenidas con innegable valor, reacciones ofensivas de los milicianos, llevadas a cabo con fuerzas importantes, mantuvieron el sector de Navafría muy alterado, sin que ninguno de los combatientes lo dominara por completo. Hasta que

el día 16 de septiembre la columna mandada por el teniente coronel Rada obtuvo una positiva victoria, destrozó varias secciones de milicianos y se estableció en posiciones que permitían una tranquila estabilización y una fuerte organización de la resistencia.


El coronel García Escámez

Al propio tiempo, el teniente coronel Marzo propuso al coronel García Escámez otra operación encaminada a reconquistar la plaza de Sigüenza, a fin de mandar desde ella sobre los pasos de Soria. El día 9 de octubre se dispuso el ataque a la ciudad, que poco después del mediodía era ocupada por las vanguardias de Marzo; los defensores se refugiaron en la Catedral, joya del arte español, mitad iglesia, mitad fortaleza, con positivas condiciones para convertirse en transitoria ciudadela. El día 10, García Escámez envió a los rojos una conminación que decía lo siguiente

«El coronel jefe de la División de Soria, al responsable de las fuerzas refugiadas en la Catedral de Sigüenza:

»Con la aprobación del General en Jefe del Ejército nacional del Norte: Hago saber a todas las personas refugiadas en la Catedral que si antes de las ocho de la mañana del día de hoy no se han rendido, será tomado el edificio a viva fuerza, empleando el

mayor rigor tanto en el ataque como en la represión que ha de seguirle. Caso de rendirse antes de dicha hora, garantizo la vida a todos los refugiados, quedando en calidad de prisioneros de guerra y a disposición de la autoridad militar.

»La rendición ha de hacerse saliendo por la calle de Medina, de uno en uno, sin armas, con los brazos en alto y llevando el primero una bandera blanca. La garantía de la vida no surtirá efecto hasta que se haya reconocido la Catedral sin agresión para la fuerza que penetre en ella.

»Sigüenza, 10 de octubre de 1936. Primer Año Triunfal.»



Siguenza: el hueco mutilado de la puerta de la Catedral

El emisaria que llevó el documento a los sitiados regresó al día siguiente con una respuesta que decía: «Nos rendiremos; pero a condición de no quedar sometidos a procedimiento militar».

Escámez no esperó más. Anunció que un cuarto de hora más tarde empezaría la expugnación de la Catedral. Una pieza de 15,5 inició la preparación. Las tropas de infantería se fueron acercando al edificio. Cuarenta y ocho horas más tarde, los defensores rojos

se habían entregado.

Con esto quedaba absolutamente cerrado todo el sistema de pasos en las sierras que guardan Madrid por el Norte, el Nordeste y el Noroeste.

Se completa el dominio de Andalucía

No habían permanecido cruzadas de brazos las fuerzas de Andalucía mientras en el Norte y en el Centro se libraban los combates que llevamos relatados. Diversas columnas, bajo el mando en campaña del General Varela, completaron la conquista del sector de Ronda; otras ocuparon Villanueva de San Juan, Villaluenga del Rosario, Jerez de los Caballeros, Villaviciosa... El día 13 de septiembre pasaba a manos de Franco una gran parte de los yacimientos de Peñarroya. La situación iba siendo cada vez más halagüeña. Pero...

* * *

El dilema. — ¿Madrid? ¿Toledo? ¿Toledo? ¿Madrid? Ya he dicho que Franco ordenó tajante: «Toledo». Termina este capítulo en medio de la ansiedad que esa marcha nos produce. Esperemos...

CAPÍTULO VIII

TRES CENTROS AISLADOS DE RESISTENCIA: EL ALCÁZAR DE TOLEDO, OVIEDO, SANTA MARÍA DE LA CABEZA

El coronel Moscardó se subleva en Toledo. — El enemigo le obliga a refugiarse en el Alcázar. — Sesenta y ocho días de sitio. — El heroísmo español alcanza cimas increíbles. —Fases y circunstancias especiales del asedio. — El día 28 de septiembre varias columnas mandadas por el General Varela libran a los sitiados y derrotan al Ejército marxista en Tolero. — El caso del coronel Aranda en Oviedo. La capital de Asturias contiene el alud de los mineros que pensaban lanzarse sobre Castilla. — Cerco y combates por la posesión de la ciudad. — Las columnas gallegas, al mando del General Martín Alonso, rompen las líneas rojas y salvan a Oviedo. — Epopeya, gloria y amargura de los sitiados en el santuario de Santa María de la Cabeza (Jaén)

Lector: Vamos a entrar en un recinto sacratísimo —si se me permite la palabra—, no sólo para los españoles, sino para todo hombre civilizado. Estamos ante el Alcázar de Toledo. La pluma tiembla y el ánimo vacila antes de iniciar los relatos del fabuloso heroísmo y de la universal hazaña que entre los muros del Alcázar tuvieron su escenario. No se sabe aún, ni se sabrá jamás, cómo pudo suceder aquello. Un puñado de españoles superaron durante sesenta y ocho días todos los esfuerzos y sacrificios de que es capaz la humana especie. Ni en la historia de los tiempos pasados ni en las crónicas de los presentes se ha escrito página más extraordinaria. Y no ha de escribirse en los venideros otra que

tenga más brillo ni mayor hondura.

Ha estudiado el cronista de este libro los más ardientes episodios de aquella guerra que conmovió al mundo desde 1914 a 1918. ¡Fuertes de Vaux y de Douaumont! ¡Reductos de Lieja! ¡Cómo comparar calidad con calidad, dolor con dolor, amargura con amargura, victoria con victoria! Ante el Alcázar de Toledo, la frente se inclina reverente hacia la tierra. De aquellos muros destrozados nace un raro fulgor que ciega e ilumina al mismo tiempo. En estos tiempos de bajo vuelo de las almas, el Alcázar de Toledo es para toda la Humanidad un lugar de ejemplo y de redención. ¡Honor y veneración a los héroes por los siglos de los siglos!



* * *

El día 18 de julio de 1936, el coronel D. José Moscardó Iruarte, director de la Escuela Central de Gimnasia en la Academia de Infantería de Toledo, llegó a Madrid sin otra finalidad que obtener buena información acerca de los preparativos para el Alzamiento. Sabía que el Ejército de Africa estaba levantado en

armas, pero lo sabía por los informes del Frente Popular. Moscardó necesitaba confirmaciones más directas. En Madrid recibió las últimas instrucciones —porque el coronel estaba comprometido en los proyectos del Movimiento nacional—, y sin pérdida de tiempo regresó a Toledo.

Ante un grupo de jefes y oficiales se limitó a decir:

— ¡Señores! ¡La provincia de Toledo se suma desde este día a la sublevación!

¿Quiénes eran los que iban a sublevarse? ¿Cuántos? ¿Con qué medios contaban?

Helos aquí

Academia militar: 241 hombres entre jefes, oficiales, suboficiales, ordenanzas, y tropa.

Escuela Central de Gimnasia: 43 hombres (jefes, oficiales y soldados).

Guardia civil: 600 hombres, pertenecientes a las cuatro Compañías de la provincia de Toledo.

Diferentes Cuerpos: 52 hombres (jefes, suboficiales y tropa).

Disponibles: 16 jefes y oficiales.

Caja de Recluta: 10 jefes, oficiales y tropa.

Cuerpo de Seguridad: 25 jefes y miembros del Cuerpo.

Civiles al servicio de la Academia: 12.

Voluntarios de Falange Española: 60.

Idem de Acción Popular: 18.

Idem de Renovación Española: 8.

Idem, tradicionalistas: 4.

Independientes: 15.

Republicano autónomos: 1.

Total: 1.105 hombres.

Añadamos a esta cifra algunos Mandos de que no se hace mención en la estadística anterior —el de la Guardia civil, por ejemplo, al frente de la cual se hallaba en Toledo el teniente coronel D. Pedro Romero Basart—, y apenas llegaremos a rebasar la cifra de 1.150 hombres.

Entre ellos sólo figuran siete caballeros cadetes, porque dada la época del año, los alumnos de la Academia se encontraban disfrutando de la vacación veraniega. Muchos de ellos —de los residentes en Madrid— acudieron al Cuartel de la Montaña y allí perecieron por la Causa nacional.

Para completar el cuadro del Alcázar en cuanto al número de personas que se refugiaron en su recinto, agregaremos 500 personas procedentes de la población civil de Toledo. La mayoría de estos refugiados estaba integrada por los familiares de la Guardia civil.

Con gran tino y mucho sigilo, el teniente coronel Romero Bassart, que no creía muy lejana la fecha del Alzamiento, concentró en la capital de la provincia todas las Compañías de la Guardia civil que estaban dispersas en los puestos respectivos. Uno solo de esos puestos, el del pueblo de Tembleque, fracasó en el intento de marchar a Toledo.


El General Moscardó

El día 19 de julio, el coronel Moscardó, que asumió el mando de los alzados, dispuso la ocupación de las oficinas públicas y de los lugares adecuados para organizar la defensa de Toledo, pero no se resolvió a declarar el estado de guerra, porque una precipitación en tal sentido hubiese llegado a comprometer muchas cosas, entre otras, el depósito de municiones existente en la Fábrica de Armas. Dirigía el citado establecimiento militar el coronel Soto, sobre cuya actitud mantenían los demás jefes de la guarnición graves sospechas. Si Moscardó hubiese revelado la decisión de sublevarse, es posible que Soto hubiera puesto la Fábrica y los depósitos de cartuchería a disposición del Frente Popular, antes de entregarlos a los defensores del Alcázar. Esos depósitos eran la preocupación del Ministerio de la Guerra.

Durante los primeros días, el coronel Moscardó celebró cinco conferencias telefónicas: una con el subsecretario de la Guerra, General Cruz Boullosa; otra con el propio ministro del ramo, teniente coronel Sarabia; la tercera con el General Riquelme; una cuarta conferencia con este mismo General y la quinta con el ministro del Frente Popular, Francisco Barnés.

Llamó el General Cruz Boullosa para pedir que fueran enviadas a Madrid las municiones existentes. Contestó el coronel Moscardó:

— ¿Quién llama?

— Aquí, el subsecretario de Guerra.

— ¿Qué desea?

— Que envíe inmediatamente a Madrid las municiones que existen en la Fábrica de Armas.

—No reconozco bien la voz. Haga el favor de darme la orden por escrito.

— ¿Es que no se fía de mí?

—Es mejor que mande la orden por escrito —repitió Moscardó.

El caso era ganar tiempo.

La segunda conferencia — esta vez con el teniente coronel Hernández Sarabia— tuvo la misma finalidad: ¡las municiones!, ¡las municiones!

Llamó más tarde el General Riquelme.

—A sus órdenes, mi General. ¿Qué desea?

—Preguntarle si podemos contar con usted. Contésteme claramente.

—Para defender a España, sí; para traicionarla, no.

—Está bien. Entregue las armas y municiones que tiene en la Fábrica.

—No puedo entregarlas a las milicias rojas.

—Pues las tomaré yo.

—Enterado, mi General.

La conversación telefónica con el ministro de Instrucción Pública (Francisco Barnés) fue suave y casi amorosa por parte de éste:

—Ya han cumplido ustedes con lo que les dictaba su

conciencia; el gesto ha sido hecho. Pero, ¿por qué continuar, si no tienen la menor posibilidad de triunfo? Eso sería una chiquillada, mi coronel; chiquillada simpática en otras circunstancias y hasta digna de admiración; pero en el trance actual, no. Creo que deben desistir...

El coronel Moscardó contestó con sequedad cortés.

Aún insistió el General Riquelme en otra llamada.

— Va usted a ser responsable de la destrucción del Alcázar.

—Cumplo con mi deber de español, mi General.

— Tengo la artillería dispuesta y las tropas listas. Cuento con medios para aniquilarle. Esta es la última vez que le doy la oportunidad de evitar el derramamiento de sangre. Si no renuncia a su actitud, mandaré atacar inmediatamente...

—Pues vamos a verlo; puede usted empezar cuando quiera.

De intento hemos dejado para el final otra conferencia telefónica, de la que la Historia de España habrá de hacer mención excepcional mientras dure la memoria de los hombres. Era el día 23 de julio. A media mañana un ayudante comunicó al coronel Moscardó que le requerían telefónicamente:

— ¿De qué se trata? —dijo el coronel, que estaba ya un poco cansado de tantas llamadas inútiles.

—Creo que es su hijo Luis —contestó el ayudante.

El coronel acudió al teléfono. Entonces nació este diálogo que está escrito, en letras de oro, sobre una de las paredes del despacho que ocupó el jefe del Alcázar durante el asedio,

«*Una voz*. —Habla el jefe de las milicias populares.

Moscardó. —Aquí, el coronel Moscardó.

El jefe de milicias. —Son ustedes responsables de todos los

crímenes que se están cometiendo, y de todo lo que está ocurriendo en Toledo. Le doy diez minutos de plazo para que rinda el Alcázar. Si no lo hace fusilaremos a su hijo Luis, que está prisionero y lo tengo aquí a mi lado.

Moscardó. —Lo creo.

El jefe de milicias. —Para que vea usted que es verdad lo que le digo, ahora se pone al aparato.

Luis. — ¡Papá!

Moscardó. — ¿Qué hay, hijo mío?

Luis. —Nada; que dicen que me van a fusilar si el Alcázar no se rinde.

Moscardó. —Pues encomienda tu alma a Dios, da un viva a Cristo Rey y muere como un patriota.

Luis. — ¡Un besó muy fuerte, papá!

Moscardó. — ¡Adiós, hijo mío! ¡Un beso muy fuerte!

Moscardó (al jefe de milicias). —Puede usted ahorrarse el plazo que me ha dado, porque el Alcázar no se rendirá jamás.»

Esta conversación, prodigiosa de grandeza y de hermosura por parte del coronel y de su hijo Luis, fue la última que sostuvo Moscardó por el teléfono de la Academia Militar. Luis Moscardó, que estaba preso en manos de las milicias populares, en compañía de su madre y de otro hermano menor, fue fusilado al cabo de unos días. Así se cumplió la siniestra amenaza del jefe miliciano. Así se cumplió, igualmente, la histórica palabra del coronel Moscardó. El mundo entero, al conocer este diálogo, sintió estupefacción y orgullo al mismo tiempo. Un hombre daba todavía ejemplos inmortales a las generaciones actuales y a las venideras.

Dos días antes, la esposa del coronel Moscardó y sus dos

hijos —el tercero había de ser fusilado por las milicias en Barcelona — se encontraban dentro del Alcázar.

—Aquí vais a morir, seguramente —les dijo el coronel—; vamos a morir todos; tenemos otro hijo fuera. Creo que es mejor que salgáis. Al menos, una vez en la calle tendréis posibilidades de salvaros y de salvar al otro hijo. Aquí me quedo yo, a esperar la muerte combatiendo.

Y salieron; salieron a desafiar la furia de las calles hasta que —muy pronto— fueron hechos prisioneros los familiares del jefe del Alcázar.

— ¡Buena presa! —clamó el jefe de las milicias de Toledo. Al punto pensó en emplearla para rendir el Alcázar.

Es curioso seguir, día a día, la reacción del Gobierno de Madrid ante la epopeya de Toledo. Esa reacción, tejida de inventos y de esperanzas frustradas, puede quedar resumida del siguiente modo, según las noticias oficiales rojas:

22 de julio.—La columna Riquelme ocupa el cementerio y la fábrica de luz de Toledo. Ha quedado cortada la salida del Alcázar. Riquelme dispone de dos piezas de artillería y de varios carros blindados. El Gobierno tiene la impresión de que el Alcázar se rendirá en la madrugada próxima.

23 de julio.—Una emisión de «radio», con informes del Ministerio de Gobernación, da la noticia de la ocupación de Toledo y de que en el Alcázar han caído prisioneros muchos Jefes y Oficiales. A las nueve de la noche llegan de Toledo coches de turismo cargados de milicianos y se organiza una manifestación popular en la Puerta del Sol para celebrar la conquista de la imperial ciudad.

25 de julio.—Los facciosos han intentado una salida del Alcázar —comunicado oficial de Madrid—, pero el intento acabó en un gran fracaso. Todos los que salieron resultaron muertos.

26 de julio.—Unos guardias civiles dan cuenta al General Riquelme de

que los refugiados en el Alcázar se proponen resistir.

28 de julio.—A primera hora de la tarde, el Director General de Seguridad reúne a los informadores para comunicarles que, según noticia acabada de recibir, se ha rendido el Alcázar. Los Jefes, Oficiales y guardias civiles —agrega el citado funcionario—, fueron saliendo de cinco en cinco, con los brazos en alto. La rendición —termina— obedece al temor que inspiraban a los rebeldes las minas colocadas por las fuerzas sitiadoras.

29 de julio.—El Gobierno de Madrid reconoce que en el Alcázar quedan Todavía grupos de «sediciosos». Para explicar, que el Director General de Seguridad se ha equivocado, dice una nota que, «en efecto, salieron algunos familiares de los sublevados, pero que el mayor núcleo permanece en el recinto» (No había salido ningún familiar).

(*Durante el mes de agosto, los comunicados rojos aluden menor al asedio del Alcázar*.)

3 de septiembre.—Nuestras baterías han abierto una brecha en el Alcázar de Toledo y se espera la pronta rendición de los facciosos.

6 de septiembre.—Hemos bombardeado intensamente el Alcázar. El torreón de la izquierda está casi destruido. El Gobierno Militar fue conquistado al asalto con dinamita y gasolina. Aprovechóse el momento en que ardía parte del Alcázar. El sector Norte del edificio, por donde comunicaban los rebeldes con las casas colindantes, ha quedado destruido.

7 de septiembre.—La artillería ha derribado lo que quedaba en pie del Gobierno Militar y dos torreones del Alcázar. Los sitiados no responden al fuego desde hace varias horas. Un diputado sindicalista da cuenta de la acción de los dinamiteros sobre las casas colindantes con el Alcázar, y anuncia que dentro de pocos días se rendirán los facciosos.

9 de septiembre.—Ha sido derribado el último torreón del Alcázar sin que los rebeldes dispararan contra los sitiadores.

10 de septiembre.—El bombardeo de artillería y aviación sobre el Alcázar es incesante. La Infantería ataca a los rebeldes con bombas de mano y dinamita. Los facciosos se han refugiado en el edificio de Capuchinos

12 de septiembre.—La moral de los refugiados en los sótanos del Alcázar es pésima. Los jefes resisten por temor a ser castigados.

15 de septiembre.—El Gobierno anuncia que han fracasado las gestiones llevadas a cabo por mediación del Cuerpo Diplomático y del canónigo Camarasa para que salgan del Alcázar las mujeres y los niños.

16 de septiembre.—Dos soldados evadidos del Alcázar dicen que Moscardó mandó hacer fuego sobre dos mujeres y un niño que huían del recinto.

17 de septiembre.—Ya no poseen los facciosos ningún punto dominante sobre la ciudad de Toledo. Se puede circular libremente por ella. La consigna de Moscardó es continuar la defensa imponiendo el terror entre los refugiados.

19 de septiembre.—Comunicado del Gabinete de Prensa: «Un hecho de gran importancia se produjo ayer en una ciudad cercana a Madrid. Se trata de un verdadero acontecimiento para la futura marcha de las operaciones. Lo ocurrido causará enorme impresión en el campo rebelde. El Gobierno, la milicia y las fuerzas leales, que ante el hecho inevitable han extremado su generosidad, sobre todo en estos últimos días, no son responsables, en absoluto, de lo sucedido. Por hoy no podemos ser más explícitos. Nos lo veda el convencimiento de la propia responsabilidad, puesto que corresponde al Gobierno hacer público el hecho cuando llegue el momento oportuno».

Día 21 de septiembre.—Las bravas milicias populares han ocupado el que fue comedor de los alumnos de la Academia Militar y ya están enfilando los sótanos en donde, como último recurso, han tenido que refugiarse los rebeldes.

Día 23 de septiembre.—El Presidente del Consejo ha declarado que al hacerse cargo del Poder se propuso, como uno de los fines inmediatos, acabar con la resistencia facciosa en el Alcázar de Toledo; ese fin quedará cumplido en breve, pese a las incidencias que hasta ahora han ido alargando el plazo de la inevitable rendición.

Día 25 de septiembre.—Alentados por una esperanza de socorro que no puede llegar, los rebeldes del Alcázar se obstinan en resistir; pero todo

acabará dentro de unas horas, porque, para ello, el Gobierno ha adoptado las medidas oportunas.

Hasta aquí la información del Frente Popular acerca del fabuloso episodio del Alcázar. Ya no volvió Madrid a pronunciar una sola palabra sobre este dramático y patético capítulo de la guerra. En efecto, el día 27, por la tarde, una avanzada de las tropas Regulares indígenas penetraba en el sagrado recinto defendido por el coronel Moscardó; poco, muy poco después, llegaban otras avanzadas de la Legión; al día siguiente, 28 de septiembre de 1936, el grueso del Ejército del Sur, con el General Varela al frente, liberaba definitivamente el glorioso palacio imperial y toda la ciudad de Toledo.

¿Qué acontecía dentro del Alcázar, mientras el Gobierno rojo comunicaba al mundo las noticias que acabamos de transcribir?

La primera intención del coronel Moscardó, una vez que dio la orden de sublevación en Toledo y se hizo cargo del mando, fue constituir una línea de resistencia fuera de la ciudad, al otro lado de las antiguas puertas de piedra y de los muros cargados de gloria. Esa línea estaría apoyada en dos construcciones importantes; a la derecha, el Hospital de Afuera, o por otro nombre, el de Tavera (en recuerdo del Cardenal cuyos restos reposan allí), y a la izquierda la Fábrica de Armas. De ese modo se cubría el acceso por la carretera de Madrid y el posible flanqueo por las lomas que circundan el cementerio. La derecha del Hospital quedaría asegurada, al menos en lo principal, por el foso del río Tajo. El frente, así concebido, fue una realidad el día 21 de julio. El número de milicianos que llegaron desde Madrid no bajaría de 5.000; en el frente trazado por Moscardó había unos 600 hombres. El

comandante Villalba, perteneciente a la Escuela de Gimnasia, mandaba las fuerzas del Hospital. En cuanto a la Fábrica de Armas, continuaba bajo la jurisdicción del coronel Soto. Apenas sonaron los primeros tiros, este último entregó la posición a los milicianos atacantes. Desbordado Villalba por su izquierda, hallóse en una situación insostenible, por lo cual dispuso el repliegue hacia la ciudad. Esta retirada, hecha bajo el fuego, fue elásticamente llevada a cabo, sin más bajas que un muerto y cinco heridos. Quedaba con ello frustrado un magnífico propósito del coronel Moscardó; el cual quiso presentar combate en campo abierto a las columnas de Riquelme, pese a la positiva superioridad numérica de éstas; y es presumible que si el mando de la Fábrica de Armas hubiera sido fiel a los designios nacionales, el ataque de Riquelme se hubiese convertido en un desastre para los rojos, porque el despliegue de sus tropas en las lomas del cementerio fue de una gran ingenuidad, y las vanguardias ofensivas ofrecieron frecuentemente puntos muy débiles a la maniobra defensiva, muy bien conducida por jefes y Oficiales con experiencia de la guerra. Renunciada la línea exterior, el coronel Moscardó procedió a establecerse sobre otra más corta, dentro de la ciudad, con el Alcázar como núcleo y base. La eminencia en que el Alcázar se encuentra asentado, el dominio táctico que desde ella ejerce sobre Toledo y el especial trazado de las calles en torno, permitieron al jefe de la defensa ocupar varios puntos de apoyo a vanguardia, con la finalidad de establecer en ellos un sistema de choque contra el que estrellasen las embestidas de los milicianos, y retrasar todo lo posible a retirada al interior del Alcázar.

Hay, en realidad, dos recintos del Alcázar el que llamaríamos «exterior» y el recinto propiamente dicho. Retrepado en una loma sobre el Tajo, el imperial edificio ofrecía a la contemplación, cara a

los cielos, sus cuatro fachadas magníficas: la del Norte, obra de transición plateresca debida a Covarrubias, con su magnífica puerta en la que abrían su vuelo las águilas de Carlos V; la del Este, salvada, mejor que ninguna otra, de los agravios del tiempo y de la voracidad de un incendio, restos del edificio que existía en tiempos de San Fernando; la del Sur, huella del genio escurialense de Herrera, semicubierta por unos edificios anodinos que bajan hacia el Tajo; y la del Oeste, dudoso resto e incierta reliquia del siglo XV, bordeada por una calle de gran sabor toledano y alongada frente a una barriada de casas vulgares. Las fachadas Este y Sur están, en cierto modo, defendidas por el foso del Tajo; a las del Oeste y el Norte se sube desde la plaza central de la ciudad, siguiendo callejuelas remecidas, algunas de las cuales, por su trazado, se designa con el nombre de «el zigzag».

El recinto que hemos llamado «exterior» estaba constituido por algunos edificios importantes; al Norte, o mejor dicho, en el ángulo Nordeste, se alzaban —aún se alzan en parte— el Hospital de Santa Cruz y el Gobierno Militar, más las casas en torno a la Posada de La Sangre, donde el autor de *Don Quijote* escribió *La Ilustre fregona*. Por el Este, los caminos del Alcázar descienden bruscamente sobre una explanada en la cual existía un Picadero para los ejercicios de equitación de los alumnos; junto al Picadero había otros edificios, como el comedor de los cadetes, los depósitos y la piscina; hacia el lado Sur, según queda dicho, una hilera de casas cubría en parte la fachada y la hacía más segura frente al tiro artillero de los rojos; finalmente, por el Oeste, las milicias populares instaladas en las casas fronteras, podían hostilizar a los defensores desde una distancia de 20 ó 30 metros.

Moscardó ocupó el Hospital de Santa Cruz, el Gobierno

Militar, algunas casas del Sur, y por supuesto, los edificios de la explanada Este, desde la cual batía uno de los puentes del Tajo y una carretera de gran utilidad para los sitiadores.

El Hospital de Santa Cruz pasó inmediatamente a manos de los asediantes, porque su ataque era incoercible, dados los puntos de acceso que poseían hacia el Hospital y la imposibilidad de establecer centros de fuego que cerraran el paso por esa parte de Toledo. Desde el Hospital, los centinelas milicianos batían las ventanas del Gobierno Militar a no más de 25 metros.

Para hacer frente a las circunstancias, Moscardó disponía de los siguientes elementos de boca y guerra, según estadísticas que uno de los sitiados entregó al Padre Alberto Risco y que éste publicó en su libro *La Epopeya del Alcázar de Toledo:*

Armas:	13
Ametralladoras:	13
Fusiles-ametralladores:	13
Cañones de acompañamiento:	2 (con 40 granadas de dotación).
Morteros de 50 mm:	3 (sin dotación).
Fusiles y mosquetones:	500 (incluidos los de la Guardia civil)

Municiones1.000.000 de cartuchos traídos de la Fábrica de Armas

Víveres:

Patatas: 800 kilos.

Alubias: 1.200 »

Arroz: 200 »

Chocolate 100 »

más algunas pequeñas existencias de otros artículos que, por su

insignificancia, no vale la pena de consignar. A este pequeño depósito fueron añadidas el día 24, como consecuencia de una salida hecha sobre las calles del centro de Toledo, las cantidades siguientes:

Arroz	2 sacos.
Alubias	2 »
Azúcar	2 »
Sal	2 »

Finalmente, el coronel contaba con 140 botes de leche condensada.

Es interesante dejar aquí una referencia, siquiera sea sumaria, del traslado de las municiones de fusil desde la Fábrica de Armas hasta el Alcázar. El lector sabe ya que en Madrid solicitaban angustiosamente el envío de esas municiones y que el coronel director de la Fábrica era afecto al Gobierno del Frente Popular. Pero como el Mando supremo de la plaza había pasado a Moscardó, el mencionado director no quiso tomar providencia ninguna sin órdenes de su superior jerárquico. Llegó un instante, poco antes de que se constituyera y se replegase la línea de resistencia en las afueras de la ciudad, en que Moscardó comprendió que ya no podía eludir ni retrasar por más tiempo una decisión acerca de los almacenes de la Fábrica. Temió que si declaraba sus propósitos al coronel Soto éste se decidiera por sí mismo a servir los deseos del Gobierno de Madrid. En consecuencia, Moscardó envió unos núcleos de Guardia civil sobre camiones y les dio orden de presentarse en la Fábrica para recoger las cajas de municiones. Al ser interrogados debían contestar que tenían la misión de llevar los cartuchos a la capital y ponerlos a

disposición del Ministerio de la Guerra. Así lo hicieron. El coronel Soto permitió que se hiciera la carga de los camiones y los vio marchar muy complacido. Al llegar a la carretera principal, la caravana de vehículos se internó en la ciudad, y minutos después depositaba las deseadas municiones en los sótanos del Alcázar. Eran un millón de tiros de fusil. Moscardó ha dicho: «Tan exactamente fue obedecida mi orden de no disparar sino cuando el tiro fuera seguro, que al final del asedio me quedaban cerca de 700.000 cartuchos disponibles».

Por lo que hace a los víveres, de poco habían de servir los depósitos existentes, pese al refuerzo que recibieron el día 24; con todo ello, apenas se podía asegurar una mínima alimentación de los sitiados durante ocho días. Pero he aquí que inesperadamente, por confidencias de un comerciante francés residente en Toledo, supo Moscardó que junto a la explanada del Este, en una casa de aspecto muy pobre, existía un gran depósito de sacos de trigo, almacenado allí como garantía de una operación bancaria. Difícil era llegar a la casa, y más difícil extraer las cantidades de trigo necesarias sin que lo advirtieran los puestos guarnecidos por milicianos. Sin embargo, a lo largo de los sesenta y ocho días de sitio, patrullas especialmente designadas para esa misión salían de noche, saltaban al tejado de la «caso del trigo», bajaban al depósito y conseguían llevar a los sótanos de la Academia 40 ó 50 sacos, con lo cual fue haciéndose posible la alimentación de los sitiados, aunque en condiciones durísimas y muy limitadas. Entre ese trigo, penosamente logrado, y la carne de los caballos que día a día eran sacrificados, pudo organizarse el abastecimiento de aquella dolorosa, heroica y admirable población del Alcázar; no es necesario añadir que ese abastecimiento dejaba mucho que desear y no impidió que el día de la liberación los soldados de la columna

Varela vieran salir de los sótanos una procesión de seres semifamélicos, casi espectrales, víctimas de una infinita angustia, de los días sin luz de sol y de los tristes ranchos.

El agua no fue en ningún momento motivo de inquietud especial, porque el Alcázar, como vieja fortaleza militar, poseía las cisternas y pozos indispensables.

En cuanto a la luz, el día 23 de julio quedó cortado el fluido que el Alcázar recibía de la ciudad; a partir de ese instante, las bombillas eléctricas fueron remplazadas por unas candilejas alimentadas con grasa de caballo.

Uno de los problemas que Moscardó tuvo que afrontar y resolver de manera urgente fue el de la molienda del trigo. Se carecía en el Alcázar de las máquinas indispensables para esa importante operación; el ingenio de algunos de los sitiados dio en crear un mecanismo muy elemental utilizando la rueda de una motocicleta, unida por una correa a cierto gracioso molinillo de café, donde trataban vanamente los sitiados de convertir en tolerable harina los granos de trigo. Los resultados eran mediocres. La mitad del trigo salía del molinillo casi como había entrado, y con ello se amasaba unos panecillos que sólo un hambre indescriptible podía afrontar con diente optimista.

A partir del día 23 hizo su aparición la artillería del General Riquelme en medio de las masas de milicianos que constantemente acudían desde Madrid. Para las milicias del Frente Popular, la batalla de Toledo tenía especial sugestión. Preferían todos ser sitiadores del Alcázar antes que atacantes contra las posiciones de la Sierra de Guadarrama o contra el avance del teniente coronel Yagüe en tierras de Extremadura. Lo de Toledo les parecía una aventura divertida y pintoresca, de escaso riesgo y mucho

lucimiento. Después de todo, el Alcázar era un símbolo de significación universal; por otra parte, pensaban que sería cosa fácil rendirlo; ¿qué podrían oponer los pobres sitiados a los fusiles de las milicias, a los carros blindados, a la dinamita asturiana y a los cañones traídos de Madrid?

Dos baterías completas quedaron asentadas en las rojizas lomas de la Dehesa de Pinedo, a menos de tres kilómetros del Alcázar en línea recta. Una de las baterías —de cuatro piezas— era de diez centímetros y medio de calibre; la otra, también de cuatro piezas, de siete y medio. Puesto que Moscardó no disponía de elementos para hacer fuego de contrabatería, es claro que los cañones de Riquelme podían disparar exactamente igual que en una maniobra, o por mejor decir, como si tiraran al blanco. A los dos días se añadieron dos piezas de quince y medio, perfectamente aptas para batir los recios muros del Alcázar, sobre todo a tan corta distancia. El fuego de cañón, iniciado en cuanto Riquelme se convenció de la actitud de Moscardó, iba acompañado de constantes bombardeos aéreos, efectuados con bombas de 12 y de 50 kilos.

El primer gran bombardeo fue desencadenado el día 25 de julio. Durante la jornada anterior, los observatorios rojos habían comprobado que los efectos de los proyectiles de siete y medio y de diez y medio en las paredes del Alcázar eran tenues y que no servían eficazmente a las finalidades del asedio. Se resolvió emplear el quince y medio, y desde la hora del alba del 25 empezaron a oírse los silbidos característicos de este calibre artillero. El objetivo que las piezas de Riquelme batían con marcada preferencia era la fachada Norte. Pronto pudo advertirse lo terrible de los resultados del fuego. Volaban por el aire, en pedazos, piedras,

molduras, aleros, puertas y muebles. Uno de los proyectiles derribó la puerta principal y alcanzó la estatua de Carlos V en el centro del gran patio de la Academia. Como acontece siempre que la guerra obliga a aguzar el ingenio, se creó rápidamente un sistema de observación muy primario y pintoresco, pero de señalada eficacia. Agazapados en varios lugares del edificio, desde los cuales se veía claramente la Dehesa de Pinedo, unos voluntarios observaban los fogonazos de las piezas. Inmediatamente daban la voz de «fuego», que era transmitida al patio por medio de un altavoz. Ello concedía el necesario margen de segundos para que los defensores adoptasen la posición de «cuerpo a tierra», y así esperaban la explosión, tras la cual volvían a ponerse en pie para repeler las posibles agresiones de los milicianos de Infantería, que en número de 7.000, aproximadamente, esperaban la ocasión del asalto entre la Plaza de Zocodover y los muros del Alcázar.

Creyó confiadamente el General Riquelme que ante semejante presión artillera —más el complementario riego de milita a cargo de la aviación— el ánimo de los sitiados flaquearía, y que al finalizar la jornada, Moscardó vendría a rendirse, siquiera fuese para no seguir soportando semejante bombardeo infernal sin posibilidades de adecuada respuesta. Llegó, sin embargo, la noche, y la situación siguió inalterada. El Alcázar resistía impávido. Una de sus torres, mejor, torreones, había sido destruida por la artillería, pero el conjunto del edificio continuaba íntegramente dispuesto para la resistencia.

La vida entre los muros del Alcázar empezó a organizarse con todos los rigores que impone un asedio. Entre los muchos méritos que es justo reconocer al coronel Moscardó figura el de la rigurosa previsión que puso en práctica desde los primeros instantes. Pudo

muy bien haberse dejado llevar de esperanzas demasiado lisonjeras, pensando que el triunfo de las tropas nacionales se hallaba muy cercano y que, en consecuencia, no valía la pena de apretar excesivamente las condiciones de vida; pudo, asimismo, dejarse arrastrar por decisivos pesimismos —que en aquellos trances eran explicables— y entregarse a una especie de fatalismo heroico, diciéndose a sí mismo: « ¿que importan mis cuidados si todo está perdido?» Lejos de las dos posiciones, adoptó la que cuadra a un verdadero jefe, cuyo espíritu no debe inclinarse con exceso a las emociones, sino permanecer sereno en medio de la borrasca, dispuesto a señalar y ordenar en cada momento los rumbos más eficaces. Gracias a ello resistió el Alcázar. La vida intima de aquellos seres, rodeados de una atmósfera casi morral, se desenvolvió como los actos de una tragedia, pero todo lo superó el ánimo patriótico, bien secundado por la capacidad organizadora del jefe y de sus lugartenientes.

El problema del agua, resuelto en principio, quedó mejor asegurado por dos medidas que el Mando del Alcázar adoptó inmediatamente: una consistió en aplicar restricciones importantes; la otra en proceder a la transvasación del liquido de unos depósitos a otros, para... preservarla de los bombardeos y del contacto con los explosivos de las granadas y de las bombas arrojadas por la aviación y por la artillería.

Poco a poco, las disposiciones del coronel Moscardó fueron creando un orden de vida que, si no resaltaba muy aceptable, al menos aseguraba un sistema, y mediante el sistema, una organización adecuada a las dramáticas jornadas del sitio. No se piense, sin embargo, que todo fue muy sencillo y hacedero, porque entre 1.500 refugiados, era lógico que existieran distintos

temperamentos y sensibilidades de diversa condición, y ni todos ellos se adaptaban por igual a la nueva vida, ni era posible que faltaran algunos pequeños motivos de rozamiento entre el gobierno del Alcázar y los gobernados; a todo ello hizo frente el coronel Moscardó con una energía mezclada de paternalismo, con una decisión que no excluía la ternura.

«El dormir —dice una de las mujeres que sufrió el sitio— era muy pasajero, porque apenas podíamos respirar. Cuando, en medio del sueño, explotaba alguna bomba en los muros del sótano, lo cual era muy frecuente, nos despertábamos todas despavoridas. El humo y los gases de la trilita penetraban por los huecos de las claraboyas hasta nosotras y era preciso cubrirse los ojos y la boca con la manta y tapar inmediatamente a nuestros hijos, que dormían destapados porque el calor se hacía insoportable. Entonces se rezaba con fe, con mucha fe, a la Virgen del Sagrario alguna plegaria. El polvo y la trilita iban poco a poco desapareciendo y volvíamos a echarnos sobre la cama para intentar dormir otro rato.

Es interesante, en los relatos del asedio del Alcázar toledano, aquello que se refiere a las prácticas religiosas de los sitiados. Existía dentro del edificio una pequeña capilla, dedicada a la Virgen Inmaculada. Cuidaban del sagrado rincón unas Hermanas de la Caridad dirigidas por sor Josefa Barber. Igual que todas las demás instalaciones, la capilla hubo de ser trasladada a lugar más guardado de los bombardeos, porque de lo contrario hubiese quedado rápidamente reducida a polvo por efecto de los proyectiles artilleros. Un comandante de Infantería —Martínez de Simancas—, un capitán de Caballería —Sanz de Diego— y otro de los asediados —don Andrés Marín— atendieron a la cura de almas y desempeñaron todos aquellos oficios eclesiásticos que los cánones

y la liturgia permiten a quienes no hayan recibido ordenación sacerdotal. Oraciones, asistencia espiritual a los moribundos, organización funeral de los entierros religiosos, todo quedó a cargo de las tres personas mencionadas, que fueron el consuelo de muchos afligidos en horas sombrías y terribles.

«El Alcázar —ha dicho el coronel Moscardó— fue un milagro»

Sobrecogedora realidad la de los cuidados médicos y quirúrgicos mientras los rojos tuvieron sitiado el imperial edificio. Cuatro médicos había allí, ninguno de los cuales se había dedicado anteriormente a la cirugía. ¿Quirófano? ¡Quién podía pensar en ello!... Se instaló una pobre mesa de operaciones a cubierto de las bombas, dentro de la capilla, y allí trabajaron los médicos sin luz, sin anestésicos, sin elementos asépticos, sin aparatos adecuados. Las monjas alumbraban valiéndose de unas lamparillas alimentadas con grasa de caballo, que daban una llama muy pobre y difundían un olor nauseabundo. De ese modo se practicaron amputaciones de brazos y piernas, se hicieron operaciones de vientre, se afrontaron partos —nacieron en el Alcázar dos criaturas —, se cuidaron graves convalecencias, y todo ello sin que jamás asomara la terrible amenaza de una epidemia y sin que tampoco se dieran casos notorios de infección por efecto de las operaciones.

Es frecuente el hecho —durante la guerra de España— de unidades militares que han vivido en condiciones abrumadoras, respirando un aire viciado, rodeadas de una atmósfera séptica y, sin embargo, han podido librarse milagrosamente de contagios e infecciones.

* * *

Hasta el día 17 de agosto, el aparato receptor de «radio» con que contaban en el Alcázar no permitió captar más ondas que las de Madrid, o sea las correspondientes a las estaciones emisoras dominadas por el Frente Popular. Ese día 17, después de varias semanas de esfuerzos incansables, consiguió uno de los oficiales oír una emisión de Radio Club de Lisboa. Era la primera vez que conocían noticias favorables al Movimiento nacional; hasta entonces sólo recibieron informes contrarios, que consistían siempre en relatos de presuntos desastres sufridos por las tropas de los Generales Mola y Franco.

* * *

La primera visita de un avión nacional fue señalada en Toledo el día 22 de agosto. Volaba a gran altura, y cuando estuvo en condiciones de planear se lanzó con la velocidad del rayo hacia el Alcázar, para desaparecer inmediatamente con rumbo Oeste. Los sitiados ignoraban que se trataba de un aparato amigo, porque dada la hora del atardecer en que se produjo el suceso, era difícil distinguir los signos que el avión llevaba pintados en las alas. Siguieron anhelantes el raudo vuelo, y de pronto vieron cómo descendían tres bultos, que eran otros tantos paquetes de asistencia. Uno de ellos cayó dentro del patio central, ya convertido en montón de hierros retorcidos y de pulverizados cascotes; otro en el exterior, junto a la puerta llamada de Carros. Los dos fueron recogidos inmediatamente, y de ellos salieron cajas de leche condensada, carne congelada, medicamentos y algodón hidrófilo.

¿Sería, en efecto, nacional el avión visitante? El coronel Moscardó dispuso algunas medidas de cautela, hasta que al día siguiente, 23 de agosto, el comandante Villalba, en servicio de

descubierta sobre la explanada Este, recogió otro tercer paquete que llevó al coronel.

En él aparecieron estos dos mensajes:

«General-Jefe del Ejército de Africa y Sur de España.—A los bravos defensores del Alcázar toledano.—Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. Pronto llegaremos a ésa. Mientras tanto, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos. ¡Viva España! — *El General F. Franco Bahamonde.»*

«General-Jefe del Ejército de Africa y Sur de España — ¡Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar! —Nos acercamos a vosotros; iremos a socorreros. Mientras, resistid. Para ello os llevaremos pequeños auxilios. Vencidas todas las dificultades, avanzan nuestras columnas destruyendo resistencias. ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar! — *El General Franco.»*

«El día 20 —dice uno de los Diarios del sitio— se sirvió a todos un plato extraordinario con lo que dejó caer el avión: sardinas, mortadela y frutas en almíbar como postre.» Fuera de este obsequio, todo lo demás que se recogió de los paquetes lanzados por el aeroplano nacional fue destinado a los enfermos y a los niños, según orden dada por Moscardó.

El 27 de agosto, tres aviones de Franco volvieron a Toledo; por medio de paineles se les hizo saber desde el Alcázar que todo continuaba sin novedad y que no había en el recinto sitiado ninguna necesidad urgente.

El día 6 de septiembre, otro aeroplano, éste procedente del Ejército del Norte, dejó caer unos tubos con dos mensajes de Mola. Decían:

«Valladolid, 30 de agosto de 1936. — El General-Jefe a los bravos defensores del Alcázar de Toledo. — Vencemos en todos los frentes y caminamos con paso seguro hacia la victoria. Espero que seáis libertados dentro de poco. La columna Yagüe va camino de Talavera; la mía, más avanzada, cerca del Escorial. ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar de Toledo! Un abrazo a todos de vuestro General, *Emilio Mola.*»

«Valladolid, 30 de agosto de 1930. — El General-Jefe a los bravos defensores del Alcázar de Toledo. Mi respeto, mi cariño, mi entusiasmo y mi corazón de viejo infante para los gloriosos defensores de la Cuna de la Infantería española. Vuestro General, *Emilio Mola.*»

No es necesario apuntar que los días del asedio transcurrían constantemente animados por los episodios del bombardeo y por el fuego de fusilería con que los sitiadores pretendían amedrentar a los defensores del Alcázar. Desde el Hospital de la Santa Cruz, fuerzas de choque atacaban el edificio del Gobierno Militar, sin ocuparlo jamás, hasta que empleando gasolina consiguieron incendiarlo, en vista de lo cual tuvieron las patrullas de Moscardó necesidad de replegarse y abandonar el edificio. Por la cuestecilla que sube desde la Plaza de Zocodover pretendían otras veces filtrarse los fusileros del Frente Popular, pero la vigilancia de los centinelas del Alcázar era tal que no lograban acercarse a los muros sin que uno o varios milicianos quedaran en tierra, acribillados a balazos.

En uno de los ataques, el Mando rojo dio orden de que al amparo de un fortísimo bombardeo y de la explosión de una mina intentaran los sitiadores penetrar en el patio central, y que para ello se cubrieran tras los enormes montones de escombros acumulados en la explanada principal, o sea delante de la fachada Norte del Alcázar. En efecto; los preliminares del asalto se cumplieron

perfectamente. Cuando las explosiones del 15,5 causaron nuevos estragos en los muros del patio y una tremenda mina voló en el ángulo Suroeste del Alcázar, un núcleo decidido trepó sobre los escombros y consiguió entrar en uno de los pisos altos, desde donde empezó a lanzar bombas de mano. El momento era crítico. Podían los milicianos afirmar que estaban dentro del edificio. Moscardó se dispuso a contraatacar, para lo cual situó su puesto de mando en el ángulo Sudeste del patio, al lado de un parapeto de piedra, tras el cual se colocaron varios defensores. Desde otros puntos iniciase al propio tiempo un fuego nutrido de ametralladoras. En el montículo de escombros apareció una bandera comunista, un lienzo rojo decorado con la hoz y el martillo. El grueso de los sitiadores no se aventuró a seguir el camino de los primeros atacantes, que ya estaban en el piso superior. De pronto se asiste a lo increíble. Unos oficiales deciden subir al piso en que los rojos parecen dispuestos a instalarse. ¿Cómo ascenderán hasta allí? Bajo el fuego de las bombas de mano consiguen empalmar dos escalas de madera; las sitúan encima de un gran mueble, porque de otro modo resultan cortas; las apoyan en un boquete del piso superior y trepan decididos, sin parar la atención en que desde arriba pueden matarlos a mansalva. ¿Por qué no los mataron? ¡Incomprensible! El caso es que poco después los defensores volvían a ocupar la totalidad de las dependencias atacadas, los milicianos se retiraban desordenadamente y el lienzo rojo clavado en los escombros era remplazado por la bandera de España.

Angustiaba al coronel la falta de enlaces directos con las columnas nacionales que avanzaban en el Norte y en el Sur, así como la ausencia de noticias concretas sobre la situación táctica y estratégica de las tropas. Para remediarlas, aceptó los ofrecimientos del capitán don Luis Alba, que se proponía atravesar

las líneas rojas y trasladarse a los campamentos del General Franco. Con juvenil ardor y no pequeña demostración de ingenio, el capitán salió del Alcázar entre las sombras de la noche, burló la vigilancia de los puestos enemigos, y a las pocas horas se encontraba en campo libre. Iba vestido con «mono» azul, igual que los milicianos de Madrid; llevaba consigo la documentación indispensable para pasar por afiliado a una de las organizaciones del Frente Popular. En una venta del camino entró a reponer sus fuerzas, e lo hizo con tan mala fortuna que allí se encontró de manos a boca delante de un antiguo asistente suyo, el cual le denunció a sus compañeros y determinó la prisión del capitán Alba. Pocas horas después moría fusilado este magnífico militar español.

Así iban transcurriendo las semanas, llenas todas ellas de bombardeos artilleros, de visitas de la aviación enemiga, de lanzamiento de gases sobre el patio central de la Academia, de ataques parciales a distintos núcleos de resistencia, de asaltos —por otra parte tímidos en su mayoría y mal organizados—, que iban apretando el cíngulo del sitio, de episodios dramáticos en cada uno de los puestos de la defensa, de vida acongojante en el interior del edificio, cuando el día 7 de septiembre la artillería arreció en su actividad de manera harto desusada hasta entonces. Más de 100 proyectiles de 15,5 alcanzaron los muros y torreones, con lo cual llegó la destrucción a tomar caracteres impresionantes. El día 8 de septiembre el bombardeo continuó con parecida violencia. Serían las nueve de la noche cuando desde una de las casas fronteras surgió una potente voz que reclamaba la presencia del coronel Moscardó o del capitán Alamán, pues era necesario que recibieran un importante mensaje. El que llamaba era un comandante de Infantería —Vicente Rojo— que había sido profesor de Táctica en la Academia y que gozaba de buena fama entre los jefes y oficiales

del Ejército, no sólo por sus ideas, sino por su preparación técnica. Compareció en una de las ventanas el propio coronel Moscardó. Se trataba de que el comandante Rojo tenía el encargo de comunicar al jefe del Alcázar una proposición interesante. El coronel Moscardó aceptó el diálogo. Se convino que al día siguiente, 9 de septiembre, el propio comandante Rojo entraría en el Alcázar como parlamentario.

Y, en efecto, eran las nueve de la mañana cuando el mencionado comandante aparecía en la llamada Plaza de Capuchinos. Esperaban dos oficiales de la defensa. En la puerta de entrada le vendaron los ojos. Tembloroso y en silencio, Vicente Rojo atravesó las silenciosas y solemnes galerías. Minutos después llegaba al despacho del coronel Moscardó. Los oficiales acompañantes soltaron la venda.

— ¡A sus órdenes, mi coronel!

Moscardó le invitó a sentarse. Todos los demás jefes y oficiales presentes se retiraron inmediatamente, salvo uno que por orden del coronel quedó allí, mudo testigo de la histórica escena.

Advirtió, sin duda, Moscardó que la emoción del instante, la situación personal y la calidad del mensaje de que era portador conturbaban el espíritu del comandante Rojo, y por ello le dijo

—Tranquilícese usted; se encuentra entre caballeros, entre hombres de honor, y nada puede sucederle. ¿Qué trae?

Rojo alargó un papel. El coronel lo leyó detenidamente. Decía el documento:

«Condiciones para la rendición del Alcázar acordadas por el Comité de Defensa:

Primera. Garantía completa de todos los residentes en el Alcázar.

Segunda. Libertad inmediata de todas las mujeres, niños y hombres menores de dieciséis años.

Tercera. Todos los demás serán entregados a los jueces para que delimiten su culpabilidad.

Jefatura de la columna de operaciones. Toledo.»

El coronel Moscardó miró brevemente al comandante e inmediatamente escribió:

«Comandancia Militar de Toledo. Enterado de las condiciones que para la rendición del Alcázar presenta el Comité de Defensa de Toledo, tengo la inmensa satisfacción de manifestarle que desde el último soldado hasta el jefe que suscribe, rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España hasta el último momento.

Toledo, 9 de septiembre de 1936. — *El coronel Moscardó.»*

Se levantaron el coronel y el comandante; aquél añadió mientras le entregaba la respuesta:

—Para ocupar el Alcázar hay que venir a tomarlo; sólo a la fuerza lo entregaré; todos estamos dispuestos a que esto sea un cementerio antes que un muladar.

Terminó así la entrevista oficial. En seguida, de orden del coronel, varios jefes y oficiales fueron invitados a entrar. En reunión íntima habló el comandante Rojo con todos ellos; eran sus amigos, sus compañeros; algunos de ellos, verdaderamente fraternos. Rojo habló largamente, repartió sus cigarrillos, y como alguien le sugiriera la idea de quedarse allí, respondió:

—Sí, me quedaría; pero me falta el valor suficiente para sacrificar a mi mujer y a mis hijos. Si yo me quedo, esta noche serán asesinados en Madrid.

Antes de retirarse y de que nuevamente le vendaran los ojos,

ya en la puerta del despacho de Moscardó, se despidió con un « ¡Viva España! » Para este hombre había acabado la carrera de gloria de las armas. El comandante Piñar y el capitán Alamán le acompañaron silenciosos hasta la puerta, por donde desapareció hacia el exterior.

«Al verle salir de mi despacho —escribe el propio Moscardó—me pareció que el pañuelo que vendaba sus ojos servía para algo más que para ocultarle el camino que le conducía fuera del Alcázar y que le alejaba tanto, tanto, de nosotros, los asediados. ¡Pobre ciego! Pero Dios y España quedaban con nosotros.»

Al lado de la rotunda negativa, el comandante Rojo era portador de una súplica que el jefe del Alcázar le había hecho con destino al Gobierno de Madrid. Se trataba de que las autoridades del Frente Popular permitiesen la entrada en el Alcázar de un sacerdote dispuesto a quedarse allí para fines de asistencia espiritual. Rojo hizo presente este deseo, y en él debieron ver los gobernantes madrileños un medio extraordinario de quebrantar la resistencia del Alcázar.

El día 11 de septiembre, una bocina comunicó que el sacerdote solicitado iba a llegar al Alcázar y que, por consiguiente, debían quedar las hostilidades en suspenso durante tres horas; el plazo, por consiguiente —ya que eran las nueve de la mañana— terminaría a las doce.

Se sorprendió mucho Moscardó de aquel anuncio, porque su solicitud había puntualizado perfectamente la condición de que el sacerdote debía quedarse allí, con ellos, a seguir la suerte del Alcázar. ¿Qué era ese plazo de las tres horas? ¿Otro parlamentario? Lo sospechó el coronel. Pese a lo cual accedió a que entrara en el edificio el canónigo magistral de la Catedral de

Madrid, D. Enrique Vázquez Camarasa.

Era el canónigo Camarasa el orador sagrado de moda en Madrid y en buena parte de España; hombre de maneras muy suaves y cumplidas, excelente retórico, perteneciente, sin duda, a una escuela oratoria ya en desuso, pero que siempre conserva considerable número de adeptos por su musicalidad verbal y por el brillo de las imágenes que emplea.

En medio de las espantosas matanzas de Madrid, el Sr. Camarasa debía a Dios el privilegio de conservar su vida. Por añadidura, las autoridades del Frente Popular no desconfiaban demasiado de él, puesto que le emplearon para menesteres tan importantes como el que ahora Veremos.

Avanzaba el canónigo por la cuesta del Alcázar. Vestía de negro. Su mano derecha sostenía en alto un gran Crucifijo. Al llegar a la puerta que Moscardó había indicado, dos oficiales le vendaron los ojos. En los sótanos y galería del Alcázar no aparecía nadie. Minutos antes se ordenó que todos se retiraran, a fin de que el nuevo parlamentario no oyera ni el bisbiseo de un murmullo.

Igual que aconteció con Rojo, fue conducido al despacho del coronel Moscardó. Los dos hablaron largamente. ¡Qué de razones y argumentos, qué de matizadas insinuaciones envueltas en mieles literarias, qué tiernos llamamientos a la conciencia de creyente del coronel, qué recuerdos emocionados para las mujeres y los niños encerrados en el Alcázar!

« ¡Si ya han ganado ustedes el Cielo! —decía—. ¿Para qué más? Suponiendo que esta noche murieran todos, irían derechos a gozar de la presencia de Dios. Por consiguiente, han alcanzado lo que importa alcanzar. Ya no ha lugar a insistir. ¡Y además! ¡Esas criaturitas! ¡Esas débiles mujeres! ¿No sentirá usted en su conciencia el peso de lo que les pueda acontecer?

Reflexione, coronel, reflexione. Es la voz de Dios la que le llega por mi mediación.»

De este o parecido género eran las reflexiones de Camarasa. El coronel cortó en seco:

— ¿Viene usted preparado para confesarnos, darnos la Comunión y celebrar la Misa?

—Sí, vengo preparado —dijo el sacerdote.

—Pues apresurémonos, porque el tiempo va pasando y a las doce termina el plazo.

Confesó el coronel; después, varios de los sitiados. En un ángulo de los sótanos quedó levantado un pequeño altar. Sobre el altar, la imagen de la Inmaculada, trasladada allí desde la capilla. Poco a poco fue reuniéndose en la dramática galería toda aquella población espectral del Alcázar. Delante, cerca del altar, las mujeres, los niños, los hombres civiles. Detrás la guarnición, en pie, cubierta de harapos, pero rígida. Antes de la Comunión y de la Misa, el coronel dijo al sacerdote:

—Me ha dicho usted que desea pronunciar una plática. Yo le suplico que no aluda más que a temas espirituales, religiosos; que no roce siquiera el problema de la defensa y resistencia del Alcázar; que no se oiga una sola palabra capaz de ablandar la moral de los sitiados.

El sacerdote lo prometió así. El coronel ha dicho después:

—Si Camarasa hubiera insistido públicamente en los razonamientos que hizo en mi despacho, yo, que acababa de confesar y que iba a recibir la Comunión de sus manos, acaso no hubiera podido mantener la palabra dada de tratarle como parlamentario.

Porque la plática, efectivamente, trató temas espirituales, pero de tal modo y con tales habilidades retóricas que la población del Alcázar no pudo menos de advertir en las palabras del canónigo una invitación secreta a la rendición. ¡Qué drama de conciencia el de Moscardó! Afortunadamente para todos, la plática terminó muy pronto.

Inmediatamente se organizó la Comunión de los enfermos. En procesión fueron todos hacia los sótanos. Resonó una canción eucarística. Terminada la ceremonia, Moscardó llamó ante el canónigo a una de las mujeres sitiadas.

— ¿Están ustedes aquí por miedo o en virtud de alguna coacción mía?

La mujer contestó resueltamente:

—No saldremos de aquí sino con nuestros maridos y con nuestros hijos. O todos o ninguno.

Camarasa bajó los ojos.

Momentos después salía hacia la cuesta del Alcázar. Días más tarde, el Frente Popular le expedía un salvoconducto para que pudiera trasladarse a Francia.

No habían transcurrido cuarenta y ocho horas cuando el altavoz de las casas fronteras al Alcázar llamaba para anunciar que un diplomático extranjero —el Sr. Núñez Morgado, embajador de Chile y decano del Cuerpo en Madrid— deseaba dialogar con el coronel Moscardó sobre la libertad de las mujeres y los niños. Moscardó mandó contestar: «Que el parlamentario diplomático comunique sus deseos al Gobierno de Burgos, porque esta fortaleza no obedece otras órdenes».

Con esto quedaron terminadas para siempre las intentonas de

parlamento y rendición por parte de los sitiadores.

* * *

Durante todo el mes de agosto el asedio del Alcázar estuvo especialmente subrayado por el fuego incesante de la artillería y por los bombardeos aéreos. No se crea, sin embargo, que los fusileros de las distintas unidades rojas se mantuvieron inactivos. Es cierto que apenas dieron muestras de agresividad directa; quiero decir que evitaron en lo posible los asaltos al edificio, porque siempre que los insinuaron, el fuego de los defensores dio pruebas de ser muy certero y de estar muy bien estudiado. Pero el cerco de fusiles y granadas de mano se apretó hasta el punto de alcanzar, al fin, líneas situadas materialmente encima de los parapetos nacionales. Todos los huecos del Alcázar —puertas, ventanas, brechas abiertas por la metralla— eran incesantemente tiroteados. Moscardó había dado orden de no contestar al fuego sino sobre blancos seguros.

Cuando los cañones de 15,5, desde la Dehesa de Pinedo, consumaron la destrucción de la fachada Norte, dio, sin duda, el Mando militar rojo en comprender que la aludida fachada no constituía el punto más vulnerable del Alcázar. Entonces —esto sucedía el 9 de septiembre— se ordenó el envío de varias piezas del mismo calibre al campamento militar de Los Alijares, situado a unos cinco kilómetros de distancia, en línea de aire, frente a la fachada oriental. No se comprende cómo el General Riquelme tardó tanto tiempo en advertir su error. Batido el Alcázar desde los primeros momentos sobre los dos frentes —Norte y Este—, es indudable que la situación de Moscardó hubiera sido extra-ordinariamente crítica, porque era difícil que la población sitiada y

el dispositivo de la defensa se mantuvieron mucho tiempo con eficacia sobre esos dos frentes. La prueba de ello está en que las baterías de Los Alijares produjeron en la primera semana de actividad efectos de destrucción mucho más peligrosos para la defensa que los cañones de la Dehesa de Pineda en un mes de continuo fuego. Está demostrado que desde el punto de vista del arte militar, la acción debió desarrollarse sobre la fachada y explanada Este, y ello habría determinado en el interior del Alcázar dificultades insuperables. Las brechas abiertas en esa fachada estuvieron a punto de incomunicar las dos alas del edificio, con lo cual no sé qué disposiciones hubiera debido adoptar Moscardó para sostener una organización segura de su resistencia.

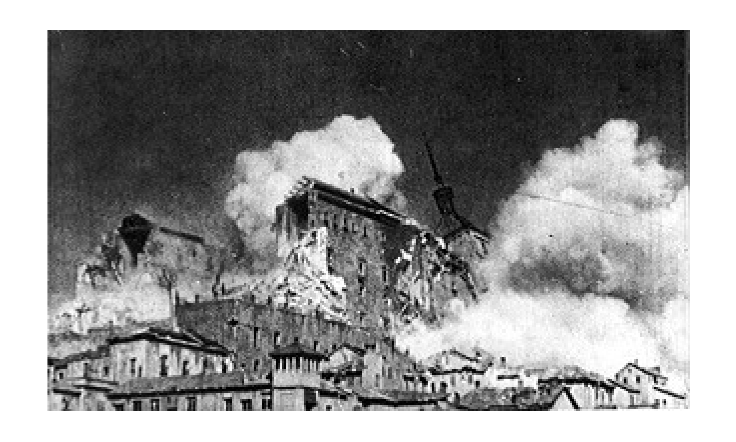
A partir del fracaso de los tres parlamentarios enviados a Toledo por el Frente Popular, la actividad del sitio fue aumentando. Contribuyó a ello no solamente la decisión inquebrantable de Moscardó, sino la prisa que iba sintiendo el Gobierno de Madrid a la vista del rápido avance del Ejército del Sur por los valles del Guadiana y del Tajo. Si el problema del Alcázar no quedaba resuelto victoriosamente en muy pocos días, el desastre de los sitiadores parecía seguro, o al menos muy probable. Como el General Riquelme había fracasado, le sucedió en el mando el coronel Asensio Torrado, el mismo que le había remplazado frente al Alto del León y en la batalla de Talavera.

El Gobierno comunicó órdenes muy rigurosas para «que se acabase de una vez con la pesadilla toledana». Los 7.000 milicianos que sitiaban el Alcázar recibieron 3.000 hombres de refuerzo. Enviáronse a Los Alijares más cañones. La mina que los dinamiteros asturianos venían preparando desde hacía un mes debía quedar terminada en pocos días.

* * *

Este capítulo de las minas es uno de los más dramáticos en la historia del asedio del Alcázar. Por primera vez se acusaran ruidos subterráneos en la noche del 15 al 16 de agosto. Una observación cuidadosa —aunque se carecía de aparatos adecuados para ello— confirmó la terrible sospecha. Los dinamiteros estaban perforando; por las entrañas de la tierra llegaba a los asediados el anuncio de una muerte segura.

El coronel Moscardó llamó al teniente de Ingenieros D. Luis Barber y le encomendó todos los trabajos encaminados a informarse acerca de la mina en preparación, así como la adopción de medidas para hacer frente al peligro. El primer cuidado fue el de averiguar el sitio en que los rojos habían abierto la boca de la mina. Tres veces salieron patrullas de sitiados; las tres creyeron haber dado con el secreto y atacaron violentamente con bombas incendiarias el lugar que suponían decisivo. Después de la liberación se supo que la perforación se había iniciado en la imprenta del periódico El Castellano. La galería estuvo terminada hacia el 15 de septiembre. Los ruidos fueron cesando y el teniente Barbar comunicó que, a su juicio, todo estaba dispuesto para la explosión. No quedaba otro recurso que esperarla. Calculados los efectos probables y la dirección de la galería, dióse orden de que toda la población civil refugiada hacia los muros Oeste y Suroeste se trasladara hacia los sótanos del Este y Sureste. Con ello se confiaba en disminuir, al menos, y muy considerablemente, las bajas que la explosión habría de producir.



El día 16 cuatro soldados del Alcázar se pasaron al enemigo. Sus informes fueron preciosos para el Mando rojo. Explicaron el traslado de los sitiados de un ala a otra del Alcázar y comunicaron que si varias horas antes de la voladura preparada se concentraba el fuego de los cañones de 15,5 sobre la fachada Este, la situación de los sitiados sería insostenible. En todo caso, se les obligaría a volver sobre el ala Oeste, con lo cual los estragos de la mina alcanzarían tremenda eficacia.

El día 17, desde el amanecer, las baterías de Los Alijares dispararon con verdadera furia. Cerca de 200 proyectiles cayeron rítmicamente y causaron destrozos terribles. Durante toda la jornada, los vecinos de Toledo fueron abandonando sus habitaciones y se concentraron en las afueras por el temor de que la explosión de la mina afectase a grandes zonas de la ciudad.

El día 18, las mismas baterías citadas dispararon contra la fachada Este 350 proyectiles de cañón. Todo esto sucedía en las horas del amanecer. Poco antes de las siete de la mañana se pulsó el contacto eléctrico. Un inmenso y sordo trueno retumbó en Toledo. Altas columnas de humo, de polvo y de piedra cubrían no solamente el Alcázar, sino más de la mitad del cielo toledano. A más de dos kilómetros de distancia aparecieron gruesas piedras arrancadas de los muros; camiones enteros volaron por encima de los edificios; de cuajo quedaron arrancados balcones y tejados de

las casas. Los efectos de los 5.000 kilos de trilita colocados al final de una galería de 70 metros fueron considerables. La brecha abierta en el ángulo Sudoeste del edificio atacado parecía que iba a tragarse a todos los defensores.

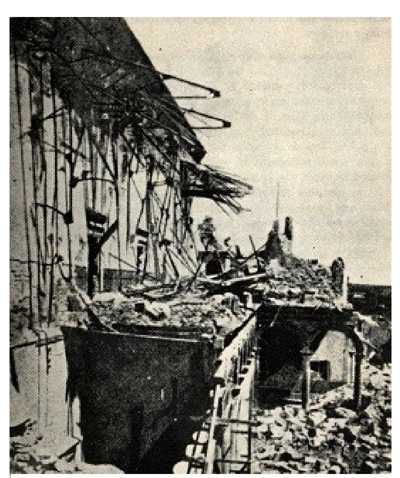
«Todo fue milagro —ha dicho Moscardó—. Milagro el que encontrásemos en unos depósitos 1.000 sacos de trigo y que en varias salidas nocturnas pudiéramos trasladarlos al Alcázar. Milagro el que nos viésemos obligados a trasvasar el agua del aljibe para cerciorarnos de que no nos faltaría. Milagro el que en medio de aquel ambiente, saturado de trilita y de miasmas, todas las mujeres y los niños hayan salido sanos y salvos. Milagro el que, hallándome un día reunido con mi Estado Mayor en mi despacho, nos tiraran con el 15,5, quedase destrozado el gabinete y nosotros resultáramos ilesos. En fin, todo un continuo llover milagros sobre nosotros.»

Milagro —agregaría yo— el que la mina del día 18 de septiembre no diera por terminada la resistencia de los sitiados.

Cuentan éstos que al oír la explosión, seguida de enormes desplomes hacia la parte Sudoeste del edificio, esperaron unos segundos, como para comprobar lo que sucedía. Pero inmediatamente reaccionaron; escuchóse una orden que decía: « ¡Todo el mundo en pie! ¡A reforzar los puestos!»

Los puestos quedaron reforzados. Minutos más tarde subían masas de milicianos convencidos de que en el Alcázar no quedaba cuerpo viviente. La estupefacción de los atacantes al verse recibidos con fuego nutridísimo de fusiles y ametralladoras fue indescriptible. «Por los derrumbes de las tres alas (Norte, Oeste y Sur) —dice en su libro el Padre Risco— aparecían al descubierto las entrañas del coloso caído, y por ellas asomaban las bocas

oscuras de los sótanos, que ofrecían paso seguro al invasor para llegar al interior del recinto y rematar su obra, apagando todo resto de vida que en aquellos abiertos túneles pudiese palpitar».



Lugar en que los rojos llegaron a colocar una bandera que inmediatamente los defesores sustituyeron por la nacional

El ataque miliciano, al amparo de los efectos de la mina, había sido preparado con arreglo a la siguiente orden de operaciones comunicada por el Estado Mayor rojo a los Mandos subalternos:

«*Orden de la columna de operaciones*.—Día 17 de septiembre de 1936 En la madrugada del día 18 tendrá lugar la operación para la toma del Alcázar con arreglo a las órdenes transmitidas La columna se dividirá en dos sectores, el Sur, mandado por el comandante Torres; el Norte, por el comandante Madroñero. Se compondrá el Norte de una Compañía de Asalto al mando del capitán Magán, con 200 hombres; la Compañía de Asalto recientemente incorporada, con 140; la C. N. T., con 150; capitán Rueda, con una Compañía del Regimiento número 2 (100 hombres); la Compañía «Milicias Castilla», con 150; un Batallón de milicias de Toledo, con 500. Este sector llevará los dos blindados de asalto y el tanque-oruga, seis ametralladoras de asalto, cuatro del Regimiento número 2 y los morteros del mismo Regimiento.

El sector Sur se compondrá de una Compañía de Asalto al mando del capitán Gener, con 220 hombres; la C N. T. y locales, con 150; los llegados de Madrid, con 200; el capitán Robert con una Compañía del Regimiento número 2 (100 hombres) y una sección del Regimiento número 1, con 38

hombres; una Compañía de las «Milicias Sediles» con 100 y un Batallón de «Milicias Toledo» con 400. Este sector tendrá a su disposición un cañón de 7,5, siete ametralladoras y cinco morteros.

Cada agrupación tendrá un médico, diez camilleros y una ambulancia. La evacuación de heridos será sobre los hospitales y puestos de socorro, estableciéndose un equipo en el Colegio de Huérfanos. El servicio de municionamiento estará a cargo del teniente de Intendencia Vicente, quien se pondrá de acuerdo con los jefes de agrupación. El Cuerpo de Tren dará cuatro camiones; los puestos serán establecidos en San Lucas, Escuela Normal, calle de las Armas y El Miradero. La Fábrica de Armas les facilitará las municiones que necesiten. El oficial encargado del Hospital de Afuera les facilitará las granadas de mano y morteros que necesiten...»

El «Diario de operaciones del Alcázar» refiere del siguiente modo el episodio de la primera mina, que en realidad era doble, porque la carga había sido colocada en dos direcciones distintas:

«18 de septiembre, jueves. Desde el alba, tiroteo intenso que va aumentando; rompen las piezas de 7,5, que baten la sección de tropa. Se sigue oyendo el compresor de la mina para desorientarnos, pero ya están tomadas todas las precauciones. A las seis y cinco rompen las piezas del 15,5 sobre el frente Este, compañía de tropa, patio del Alcázar y frente Oeste por el interior.

A las seis y media, cuando llevaban disparadas 86 granadas de 15,5, se oye una fuerte detonación, seguida de intenso humo, que invade todos los locales del Alcázar. Se comprueba, acto seguido, que es la explosión de dos minas subterráneas, las cuales han derribado el torreón Sudoeste y casi toda la fachada Oeste, más todas las casas de los frentes Oeste y Sur en su mitad derecha. Inmediatamente después de la explosión arrecia un tiroteo intensísimo en todos los frentes, en especial Norte y Oeste, que nos anuncia el asalto, que es rechazado por todas las fuerzas, sin distinción, con altísimo valor y espíritu.»

Así, sobriamente, elegantemente, da cuenta el «Diario de

operaciones» de una jornada que merece los honores del poema épico. En medio del combate que milicianos y defensores sostienen después de la explosión se produce el hecho asombroso que ya hemos dejado referido, el de la invasión del piso alto por los atacantes, rechazados por unos cuantos héroes que treparon de manera inverosímil por unas escalas empalmadas.

«Nos tiran al patio infinitas granadas —dice el teniente Oliveros— que nos hacen bajas, y pasando entre ellas, dos oficiales y varios muchachos treparon por una improvisada escalera, van desalojando a los rojos, y en medio de un infernal tiroteo a pistola recogen la bandera y se hacen dueños de la galería.»

«Hacia la una de la tarde —prosigue el «Diario de operaciones»— se puede considerar que el ataque ha fracasado, aunque el tiroteo sigue muy intenso en todos los frentes Norte, Oeste y Sur. A esta hora enmudecieron casi por completo las baterías de Los Alijares, que desde las diez y media nos habían estado disparando, hasta lanzarnos 72 proyectiles más, de 15,5. A las once aparecieron dos aviones nuestros, que dieron una vuelta de reconocimiento sobre el Alcázar, y poco después volaron tres aviones rojos y luego cuatro, sin hacernos daño. Hacia las seis y media volvió el cañón de 15,5 a hostilizar, pero con ritmo lento, batiendo los objetivos acostumbrados.

Como Las baterías de dicho calibre han estado batiendo la parte oriental, donde está el depósito de armamento, en el cual se había instalado la enfermería, hubo que trasladar ésta precipitadamente, con el botiquín y los enfermos, a otro sitio más seguro, a lo que era la capilla antigua, en el ángulo Noroeste. Por la noche, tiroteo y cañón de 15,5, que lanzó 75 granadas sobre la fachada Este, Lavadero, Paso Curvo, Capuchinos, y a veces contra la fachada Sur, en el interior. Hoy se han disparado contra nosotros 272 proyectiles de 15,5. Hemos tenido 13 muertos y 48 heridos.»

Añadamos que el número de bajas de los milicianos asaltantes fue, según nota de las propias milicias rojas, de 282 muertos, y un número proporcional de heridos.


Fachada de mediodía, sobre la explanada de Capuchinos

A partir del 19 de septiembre, los sitiadores no dan muestras de prisa, sino de desesperación. Las tropas Regulares indígenas y la Legión avanzan resueltamente por la carretera de Sevilla a Madrid y amenazan las líneas de Santa Olalla y Maqueda. ¡Todo parece perdido para el Gobierno de Madrid! Las instrucciones que el Mando rojo recibe son apremiantes. Se ordena acabar pronto, muy pronto, lo de Toledo, a fin de disponer de los 11.000 hombres que allí hay, para lanzarlos sobre el flanco del teniente coronel Yagüe. Por eso aumentan los bombardeos, menudean los asaltos a los parapetos exteriores; se desploma el torreón Sudeste (el único que quedaba en pie). El día 23, los combates son rudísimos; el 24 hay que ordenar durante la noche el repliegue de las avanzadillas que defienden los accesos hacia la explanada Este; el 25 aparecen unos tanques que no logran penetrar en el recinto; el 26, los observadores del Alcázar advierten que el fuego de los cañones nacionales ha iniciado un duelo con las baterías de la Dehesa de Pinedo; el 27 estalla una nueva mina (la tercera) en el ángulo Nordeste del edificio y fracasa otro ataque rojo; el 27, ¡por fin!, suena para los sitiados la hora de la liberación.

Durante todo el día se observa el avance de las tropas

nacionales por la vega toledana. El General Varela, que ha tomado el mando de las columnas en marcha sobre Madrid, está dirigiendo la operación fulminante hacia Toledo. La alegría dentro del Alcázar es indescriptible. A mediodía, las escuadrillas de aviones nacionales cruzan y recruzan tranquilas por encima del Alcázar; lejos se oye el combare que libran los milicianos con la Legión y con los Regulares. De pronto —son las ocho y media de la noche —, delante del Alcázar se oyen palabras en árabe. Es una Compañía de Regulares que manda el teniente D. Luis Lahuerta. Los defensores no les abren paso así como así. ¿Se tratará de una añagaza del enemigo? Pero el teniente Lahuerta se da a conocer. Y en seguida penetra en el Alcázar seguido de sus soldados. Minutos más tarde suben por la explanada oriental los legionarios de la 5.ª Bandera, mandados por el capitán D. Carlos Tiede. El Alcázar está liberado.

La tragedia se convierte en la más radiante fiesta del espíritu. Gritos, clamores, cánticos, abrazos, lágrimas, vivas, brincos de gozo. Toda aquella población del Alcázar, sucesión de personajes macilentos, con los ojos hundidos por la fiebre y por el sufrimiento, pálidos, demacrados, hambrientos, pero más arrogantes que nunca, sale al patio, se vierte hacia el exterior con el afán de ver directamente el cielo y de respirar al aire libre.

Al día siguiente, 28 de septiembre, el grueso de las tropas de Varela ocupa Toledo. Caminando entre escombros, sube el brioso y joven General hasta el Alcázar. Moscardó espera su llegada. Cuando Varela penetra en el recinto, Moscardó se cuadra militarmente, saluda rígido y pronuncia unas palabras memorables:

—Sin novedad en el Alcázar, mi General.

Durante 68 días, un puñado de españoles ha escrito uno de

los capítulos más bellos de la historia del mundo.

En el transcurso de esos 68 días, el Alcázar sufrió:

Disparos de cañón de 15,5 cm	3.300
Disparos de cañón de 10,5 cm.	3.000
Disparos de cañón de 7,5 cm.	3.500
Disparos de mortero de 50 mm	2.000
Granadas de mano	1.500
Petardos	2.000
Intentos de asalto	8
Ataques de avión	30
Bombas de avión	500
Latas de gasolina desde avión	35
Botellas de líquido inflamable	200
Incendios por avión y cañón	10
Minas	3
Hornillos	2
Máximo de disparos de 15,5 por día	472

Las piezas que constantemente bombardearon el Alcázar eran:

De 15,5 en Pinedo	2
De 15,5 en Alijares	7
De 7,5 en Pinedo y Alijares	7
De 10,5 en Pinedo	4
TOTAL	20

El estado de fuerzas y bajas del Alcázar ofrece la siguiente estadística:

Fuerzas combatientes	1.100
Muertos	82
Heridos	430
Contusos	150
Desaparecidos	57
Desertores	30
Hombres fallecidos	5
Suicidados	3
Total de bajas	59 %
Oficiales muertos	23 %
Oficiales heridos	14 %

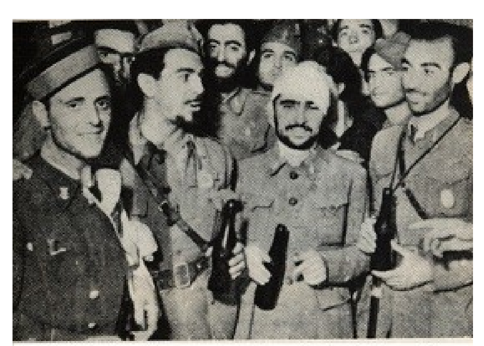
Había en el Alcázar 520 mujeres y 50 niños. No hubo entre ellos una sola baja por accidentes de guerra. Dos señoras de más de setenta años murieron de muerte natural. Nacieron durante el asedio un niño y una niña.



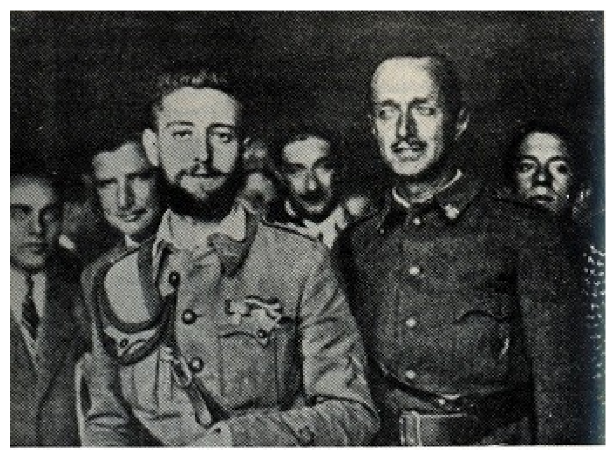
El Coronel Moscardó refiere detalles del asedio a los generales Franco y Varela

Al terminar este resumen de los acontecimientos que tuvieron lugar en el Alcázar, sólo nos cumple repetir las palabras de un gran

escritor francés: «Arrodillémonos ante estos hombres; son la dignidad del mundo; ellos nos han engrandecido con su heroísmo; por ellas estamos seguros de que el alma humana es todavía capaz de infinitas grandezas».



Las primeras cervezas después de la liberación



Un cadete, poco después de salir del Alcázar, junto a su padre, llegado con las fuerzas de liberación

OVIEDO. — ASEDIO, DEFENSA Y LIBERACIÓN DE LA CAPITAL DE ASTURIAS. — EL CORONEL ARANDA FRENTE A 50.000 DINAMITEROS ASTURIANOS

Con sus 60.000 habitantes y a poco más de 200 metros sobre el nivel del mar, la capital del Principado asturiano se asienta en el fondo de un valle bastante cerrado, en torno al cual se yerguen, cercándolo, los relieves de la cordillera cantábrica. Desde el punto de vista militar, quien posea esos montes posee Oviedo. De una manera especial domina la ciudad por el Noroeste el monte Naranco, cuya cima alcanza 620 metros de altitud. En las

estribaciones del Naranco, que llegan hasta el mismo caserío, se encuentra la estación del ferrocarril del Norte, y desde ella arranca hacia el centro la calle de Uría, de tal suerte que para una fuerza situada en el Naranco, la invasión de Oviedo es cosa teóricamente sencilla, así como inverosímil la defensa para quien pretenda cerrar el paso.

El 18 de julio de 1936 era comandante militar de Asturias el coronel de Estado Mayor D. Antonio Aranda. La simpatía personal de Aranda, sus sentimientos populares, su generosidad de carácter, fueron gratuitamente interpretados como señal de inclinaciones demoliberales. Mientras semejante suposición se difundía en Asturias y en Madrid, Aranda vivía entregado a sus preocupaciones militares. No tenía por qué explicar a nadie sus verdaderas preferencias políticas, ni el gran arraigo de los sentimientos nacionales en su corazón. Así, pues, dejó correr leyendas y pensó seriamente en las medidas que tendría que adoptar en Asturias el día de la revolución marxista, para él segura en plazo más o menos largo. Ya en 1934, cuando los mineros asturianos se sublevaron en armas y fueron dueños de Oviedo durante más de una semana, Aranda había tenido que actuar en misión pacificadora. Posteriormente, el estudio de las condiciones políticas y sociales de España le convenció de que nuestro pueblo no podría evitar nuevas convulsiones y, probablemente, una guerra civil. En ese caso, ¿cuál sería la misión de Asturias? ¿Cuál la de Oviedo? Dos posibilidades se presentaban ante el entendimiento del coronel Aranda: una, la de tomar resueltamente la ofensiva contra las masas de mineros revolucionarios; para esto necesitaba fuerzas considerables y buen material moderno de campaña; otra, la de permanecer a la defensiva y resistir con las escasísimas tropas de que disponía. La primera posibilidad rayaba en la quimera, porque

¿quién iba a enviarle tropas, y cañones y ametralladoras, en número suficiente, si el Poder público estaba en manos del Frente Popular y éste era el instrumento de la revolución?


El Coronel Aranda, Jefe de la defensa de Oviedo

La acción militar en Oviedo fue planeada un mes antes de las elecciones que dieron el triunfo a dicho Frente Popular, en colaboración con los jefes de Estado Mayor, fuerzas, servicios y fábricas, como parte de una acción general en Asturias, proyecto que fue oficialmente comunicado al Ministro de la Guerra y publicado después en la Prensa roja, en los primeros días de agosto, por haberse encontrado en el equipaje del General Goded, antiguo inspector de la región. Se basaba en disponer de dos Banderas del Tercio, dos Batallones y dos Baterías de montaña, fuerzas todas entonces presentes, pero que fueron reducidas primero a dos Batallones y dos Baterías al hacerse cargo del Poder el Frente Popular, y a un Batallón y ocho piezas, con los servidores de una sola batería, quince días antes del Movimiento, en virtud de un licenciamiento intencionado. Al iniciarse los desórdenes según consigna de los Comités revolucionarios, el coronel Aranda se presentó en Madrid para protestar ante el Gobierno y ante Azaña, a quien expresó su convencimiento de que no había autoridades, y añadió que la fuerza pública sería incapaz de contener el alud marxista, claramente en marcha. No obtuvo respuesta satisfactoria, en vista de lo cual regresó a Oviedo y aprovechó la circunstancia de la entrega de su Bandera al Regimiento de Simancas, de Gijón,

para reunir a la oficialidad de Asturias, exponerle la situación y pedirle que tuviera confianza en él hasta el momento supremo, manteniéndose entretanto en la más discreta disciplina, a fin de evitar pretextos de nuevos traslados y de reducciones que debilitaran más las fuerzas y su espíritu. Debe anotarse la circunstancia de que el día en que el coronel Aranda salía del Ministerio de la Guerra desesperanzado halló casualmente en la puerta principal a los Generales Franco y Fanjul, que discutían sobre modalidades del Alzamiento, y el General Franco cerró la conversación diciendo: «No hay otro camino que el de que en un momento dado cada jefe militar declare con decisión el estado de guerra en su jurisdicción; luego veremos cómo se organiza la acción común».

Vista la proximidad de los acontecimientos, fueron adoptadas en Asturias las precauciones siguientes:

1.° Triplicar la dotación de ametralladoras y municiones de los Regimientos de Infantería de Oviedo y Gijón, instruyendo al personal necesario.

2.° Dotar de ametralladoras al Grupo de Artillería de Oviedo.

3.° Trasladar a lugares seguros la totalidad del armamento y municiones existentes en las fábricas, e incluso las piezas sueltas fabricadas.

4.° Dictar instrucciones severísimas a los comandantes militares y jefes de fuerzas, ordenando que cualquier oficial, en cuanto viera vacilar al jefe, le destituyese en el acto.

5.° Reforzar el destacamento que custodiaba Trubia.

6.° Disponer que se depositara en los cuarteles de la Guardia civil todo el armamento de las Corporaciones civiles.

El día 17, cerca de la media noche, tuvo el coronel Aranda

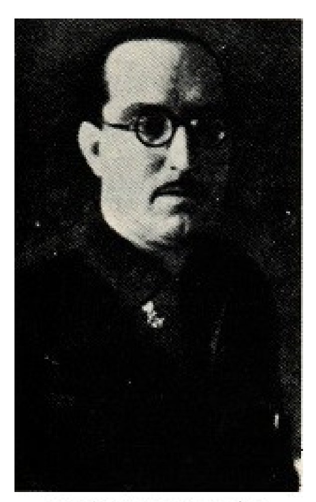
noticias del Alzamiento en Marruecos por una comunicación telefónica de su esposa que se encontraba en Ceuta. En vista de la escasez de fuerza, ordenó, so pretexto de posibles desórdenes, que durante el día 18 se llevara a cabo la concentración sobre sus cabeceras de las ocho Compañías de la Guardia civil existentes en Asturias, fuertes cada una de cerca de 180 hombres. El día 18 se vio Oviedo inundado por las milicias comunistas y socialistas, en número de unos 3 a 4.000 hombres, todos armados de pistolas y con 300 a 400 fusiles más alguna ametralladora. Los fusiles y las ametralladoras procedían de las armas escondidas en 1934. Consultado el coronel Aranda por el gobernador civil sobre la conveniencia de enviar algunos contingentes mineros a Madrid, se manifestó propicio a ello, a fin de librar a la población de tales masas, y dar lugar a la concentración de sus fuerzas. Tenía la seguridad de que los mineros no irían muy lejos, faltos de armamento y de mando capaz, y debiendo atravesar toda Castilla, adicta al Movimiento. Dirigidos y encuadrados por Oficiales rojos de Asalto, salieron aquel día unos 2.000 milicianos, parte en tren, parte en autobuses requisados, con el armamento precario antes citado, mucha dinamita y unos 200 mosquetones más que les facilitó el Grupo de Asalto; quedaron en Oviedo de 3 a 4.000 hombres, esperando armas y elementos de transporte. Este día 18 se dio reservadamente a la Guardia civil la orden de que se incorporaran a Oviedo siete Compañías, y a Gijón la 8.ª, de su demarcación. Se tomaron secretamente precauciones defensivas en los Cuarteles y se acuartelaron las fuerzas. El coronel Aranda fue en viaje secreto a Gijón y Avilés para pulsar la situación; volvió de allí con malas impresiones sobre las fuerzas de Asalto de Gijón y las de Carabineros de Avilés, cuyos jefes eran francamente rojos. El día 19, a las seis horas y diez minutos, llamó el General Mola

desde Pamplona al coronel Aranda, y le comunicó la iniciación del Movimiento en Navarra, a lo que Aranda contestó que se sumaría en cuanto llegase a Oviedo la fuerza en marcha. La réplica del General Mola fue: «Te felicito y me felicito». De La Coruña, Jefatura de la Región militar (General La Cerda), ni preguntaron nada, ni dieron orden alguna. Durante la mañana, los Comités del Frente Popular de Gijón y Oviedo, desconfiando del Ejército, requirieron la presencia de los comandantes militares junto a ellos, *para mostrar su solidaridad*, en realidad para tenerles en rehenes. Exigían la entrega del armamento al pueblo. Ante las excusas dadas, pidieron a Madrid órdenes para el coronel Aranda; sucesivamente, el General Castelló, el General Miaja y el teniente coronel Sarabia, en nombre de Azaña, reiteraron la orden, que se recibió por telégrafo en el Gobierno civil a las 16,30 del día 19.

Informado el coronel Aranda de que habían llegado a Oviedo seis Compañías de la Guardia civil, creyó llegado el momento de actuar, y aprovechó, para evadirse del Gobierno civil, la excusa de que si no iba personalmente al Cuartel no se cumpliría la orden de entregar el armamento (eran 10.000 fusiles, 200 ametralladoras, 100 fusiles-ametralladores y dos millones de cartuchos). Trasladóse a la Comandancia Militar, donde reunió a los Jefes (coronel Recas; teniente coronel de la Guardia civil, Lapresta; capitán Corujedo, de Artillería; teniente coronel Ortega, Jefe de Estado Mayor y otros), y dada la orden de preparar las fuerzas marchó al Cuartel de Pelayo para tomar el mando. Antes mandó por teléfono al comandante militar de Gijón, coronel Pinilla, que ocupara en los alrededores de la ciudad las posiciones previstas para dominarla, y al coronel Franco, Director de la Fábrica de Trubia y jefe de su guarnición, la orden de defenderla hasta donde fuera posible y volarla antes de entregarla. El coronel Pinilla acogió

la orden mostrándose conforme, y el coronel Franco ofreció garantizar la defensa, pero opuso reparos en cuanto a inutilizar la fábrica, por lo que fue reprendido al par que se le reiteró la consigna.

Milagrosamente pudo llegar el coronel Aranda al Cuartel de Pelayo, pues ya sospechaban algo los rojos; una vez allí trató, en primer lugar, de atraer al Movimiento a la única fuerza sospechosa (el Grupo de Asalto) por su mando, netamente rojo, y para lograrlo llamó al comandante Caballero, que estaba oculto en Oviedo; facilitóle una escolta de Guardia civil, le comisionó para sublevar a los de Asalto, a fin de que, partiendo del Cuartel de Santa Clara, donde aquél se hallaba, ocupara a continuación todos los centros civiles de mando y transmisiones de la población. El comandante Caballero cumplió su cometido con valor y acierto admirables; casi sin lucha se apoderó del Cuartel y redujo a los oficiales y soldados rojos, salvo el comandante del Grupo y una docena de soldados, que se refugiaron en un calabozo y fueron muertos al día siguiente, cuando salieron atacando con granadas de mano. En la Central de Telégrafos llegaron a estar frente a frente las fuerzas de Guardia civil y Asalto, pero se evitó el choque hasta que, dominados los oficiales rojos de Asalto, los soldados se sumaron al Movimiento. Al mismo tiempo, las fuerzas del Ejército ocupaban posiciones sobre las carreteras de Gijón y Santander.



El Comandante Caballero

La inquietud de las masas rojas de Oviedo al conocer la sublevación del Ejército fue indescriptible; todos los lugares céntricos quedaron cubiertos de camisas, corbatas, insignias y hasta armas de los milicianos y simpatizantes, que huyeron a las afueras en todas las formas posibles, tiroteando a la salida el Cuartel de Pelayo, donde suponían que se hallaba el Mando militar. Escasa fue la resistencia en los centros oficiales y en las posiciones cercanas a Oviedo. La Guardia civil de la provincia, al entrar ya de noche en la ciudad, sufrió algunas bajas. El gobernador civil se negó a rendirse y procuró organizar la defensa del Gobierno civil; se entregó cuando le abandonaron las fuerzas de Asalto que tenía consigo.

Llegaron a Oviedo seis Compañías de la Guardia civil, pues la de La Felguera se concentró e hizo fuerte en su cuartel, sin proseguir la marcha, para rendirse pocos días después. La Compañía de Gijón se concentró sobre la capital. De Carabineros se reunieron en Oviedo el teniente coronel jefe, el comandante segundo jefe, dos capitanes y catorce soldados.

A las diez de la noche, Oviedo era ya de España y estaba protegido. Poco después participó el resultado al coronel Pinilla,

comandante militar de Gijón, quien manifestó que se había reunido la oficialidad y acordado no salir con las fuerzas de los cuarteles de Simancas y Zapadores del Coto, *para evitar que se promovieran fuertes disturbios*. Sorprendido el coronel Aranda por esta decisión inesperada, tanto más cuanto que el mismo jefe, a las cinco de la tarde, había aceptado sin reparo alguno la orden de Alzamiento y era persona enteramente adicta a la Causa nacional, le reiteró la orden de salir cuanto antes a ocupar la población; hízole ver los perjuicios que el no hacerlo o el simple retraso ocasionaría, ya que las masas rojas estaban prevenidas y reforzadas por las de La Felguera; quedó en obedecer aquella misma noche, pero no lo hizo hasta la mañana siguiente, con resultado desastroso por la defección de algunos mandos y, sobre todo, por evidente falta de oportunidad en la ejecución. Las fuerzas quedaron encerradas en sus cuarteles y en la cárcel del Coto, así como en algunas pequeñas casas inmediatas, desde donde los rojos podían molestar. La Compañía de Guardia civil de Gijón se encerró en su cuartel de los Campos Elíseos y se rindió al día siguiente. La Compañía de Asalto se pasó a los rojos y encuadró la acción de las masas; los Carabineros se fueron asimismo sumando a los rojos. A primera hora de la noche llegaron a Oviedo varios Jefes y Oficiales de la Fábrica de Armas de Trubia, con la noticia incomprensible de que su coronel-director, a pesar de la orden de defender su puesto, les había dejado en libertad de quedarse o marcharse; ellos, recelosos, se incorporaron a la capital. El pagador, capitán Santiago, trasladó todos los fondos posibles; también trajeron los obturadores plásticos de ocho piezas de 105 mm de montaña en curso de terminación. Quedaron en Trubia con el coronel Franco seis jefes y oficiales, de los cuales uno pudo pasar meses después a las filas nacionales, otro se ahogó en el Nalón al intentarlo, y el

resto siguió fabricando para los rojos hasta la terminación de la campaña del Norte. El coronel Franco, de acuerdo con el comandante Ayza, enviado de Azaña, y utilizando partidas de mineros armados, desarmó el día 20 a la Compañía de Infantería de guarnición en Trubia y se puso al servicio del Frente Popular.

En la noche del 19 al 20 se comunicó al General Mola la ocupación de Oviedo y la adhesión al Movimiento. No se tenía allí noticia alguna verdadera de lo que ocurría en España, pues las comunicaciones estaban en manos de los rojos.

El día 19 de julio, ya cerrada la noche, lanzó Aranda a la población de Asturias su «comunicado número 1», que decía:

«Asturianos: El gobernador civil ha resignado el mando. Yo, el coronel Aranda, tan vuestro, tan asturiano, tan amante de su Patria y la República, saludo a todos con emoción. A todos ruego que cooperen en esta obra de salvación de la Patria; que cada hombre vaya por un fusil; que todos cumplan con su deber. Estad tranquilos y confiados. Los que hemos hecho con anterioridad el sacrificio de nuestra vida por el honor de la República y por salvar la vuestra, tenemos que cumplir con nuestro deber para que, de una vez para siempre, termine la era de crímenes sin cuento, perpetrados al amparo de un amor a la Democracia y a la República que no sentían y que se nos venía imponiendo.»

Pero Aranda necesita combatientes, voluntarios, ardientes defensores de la Causa que enardecía a los sublevados. Para ello lanzó un «comunicado oficial número 2» en los términos siguientes:

« ¡Viva España! Asturianos, ciudadanos todos, patriotas: El que quiera defender el honor de España, que se presente en el Cuartel de Santa Clara, donde le serán facilitados el correspondiente armamento y municiones para unirse a las fuerzas que luchan por la liberación de España. Españoles: presentaos todos en el Cuartel de Asalto. ¡Viva España!»

Respondieron a este llamamiento 856 voluntarios. Los únicos datos que he podido lograr permiten asegurar que de esos 856 hombres, medio centenar pertenecía a Falange Española. Y aquí entramos en uno de los motivos de hondísima preocupación que pesaron sobre Aranda durante el sitio de Oviedo. La ciudad, ¿era su aliada o su enemiga? Hay un testigo que nos responde diciendo: «... había que defenderse contra un enjambre de enemigos, comenzando por los numerosísimos que en la capital acechaban el momento de caer por la espalda sobre nuestros soldados». Y agrega: «Barrios enteros de la ciudad, y hasta alguna de sus calles relativamente céntricas —la del Rosal, por ejemplo—, estaban plagados de enemigos nuestros. Salir del cogollo de Oviedo era tanto como entrar en terreno contrario. Si el Diablo Cojuelo hubiera podido repetir su hazaña de levantar la techumbre de las casas y ver y oír lo que en ellas pasaba y se decía, hubiese prestado inestimables servicio a nuestro contraespionaje. No hace falta ser muy lince para comprender que en la mayoría de aquellas viviendas se suspiraba por la caída de Oviedo, y, desde luego, se procuraba ayudar a los rojos en la medida de lo posible». Esto —y otras cosas parecidas— escribe un defensor, capitán de la 18 Compañía de Asalto. (Del libro «Sitio y defensa de Oviedo», por Oscar Pérez Solís.)

La defensa de la ciudad se planeó como parte de la custodia de una base formada por el triángulo Gijón-Avilés-Oviedo, con el anexo de Trubia, desde la cual se irradiase una acción pacificadora al resto de la provincia; partíase, al actuar así, del principio de que eran indefendibles las comunicaciones con León, dada la escasez de fuerzas, y resultaba más fácil asegurar las marítimas, como ya ocurrió en 1934. Se consideraba a la región de Oviedo como centro de la acción ofensiva por las razones siguientes:

a) Era el principal centro de comunicaciones.

b) Contenía la totalidad de las reservas de armamento (Fábricas de Oviedo y Trubia), explosivos (Fábricas de La Manjoya y Llanera) y de metales (Lugones).

c) Residían allí el mando civil y el militar, así como las fuerzas militares principales.

La acción desde Oviedo comprendía:

1.° Creación de unas líneas de fortificación ligera de campaña que garantizasen la defensa de la ciudad contra un enemigo irregular.

2.° Constitución de una fuerza móvil que actuara sobre la cuenca minera (principal foco de rebeldía) y sostuviese Trubia.

Las fuerzas de Gijón y Avilés protegerían las poblaciones respectivas y guardarían las comunicaciones entre sí y con Oviedo. Trubia se bastaría a su defensa, al menos en los primeros momentos, con su destacamento especial de custodia.

Las fuerzas con que se creía contar eran:

Dos Banderas del Tercio, de 600 hombres cada una, en Oviedo.

Dos Regimientos de a dos Batallones de 500 hombres, uno en Gijón y otro en Oviedo.

Dos baterías de obuses de montaña de 105 mm, en Oviedo.

Un Batallón de Zapadores, de 350 hombres, en Gijón.

Ocho Compañías de la Guardia civil, de 220 hombres (total, 1.760 hombres), destacadas en la provincia.

Un grupo de Asalto de tres Compañías, con 300 hombres, en Oviedo.

Una Compañía de Asalto, de 120 hombres, en Gijón.

Un Escuadrón del Ejército, de 150 hombres, en Avilés.

Las fuerzas de Carabineros que pudieran sumarse (200 hombres como máximum).

Los paisanos adictos movilizables, a cuyo fin se dotó a Gijón y Avilés de fusiles y municiones suficientes.

Se desconocía las posibilidades en cuanto a Marina de guerra y Aviación, pero se había preparado un campo de aterrizaje en Llanera.

El advenimiento del Frente Popular produjo los efectos siguientes:

Retorno a Marruecos de las dos Banderas del Tercio.

Disolución del Escuadrón de Caballería de Avilés.

Relevo de algunos mandos en las fuerzas de Asalto y Carabineros por otros afectos a los rojos.

Reducción de la Guardia civil a 1.300 hombres.

Disolución de las organizaciones civiles opuestas al Frente Popular, que sumarían unas 1.000 personas combatientes, y persecución de los probables adictos al Movimiento.

Licenciamiento de un 40 por 100 de las fuerzas del Ejército sobre los permisos de verano. Así, los efectivos disponibles quedaron reducidos a:

Regimiento Simancas.—En Gijón. Un solo Batallón en armas, con unos 550 hombres.

Regimiento Milán.—En Oviedo. Un solo Batallón en armas, con unos 460 hombres, de ellos 60 en Trubia y 400 en Oviedo. (Tenía 150 bajas en la plantilla.)

Un Grupo de dos baterías en Oviedo, con 200 hombres.

Un Batallón de Zapadores en Gijón, con 180 hombres.

Ocho Compañías de Guardia civil, con 1.300 guardias.

Cuatro Compañías de Asalto: una en Gijón, con 140 hombres, y tres en Oviedo, con 270 hombres.

Una Comandancia de Carabineros, con 300 hombres.

No había posibilidad de movilizar gran cantidad de reservistas o voluntarios, porque un elevado porcentaje de la población obrera y campesina era más o menos roja, o estaba tan alejada y dispersa que no podía contarse con ella en los primeros, decisivos momentos.

En vista de todo ello se proyectó:

Defender Gijón y sus comunicaciones con Oviedo, contando con el Regimiento de Simancas, el Batallón de Zapadores y una Compañía de la Guardia civil.

Defender Trubia con sus medios y con la Compañía de Infantería del Regimiento de Milán, allí destacada.

Defender Oviedo con 400 paisanos movilizados, cinco Compañías de la Guardia civil y una batería de obuses de montaña de 105 mm (Total, 1.350 hombres.)

Formar en Oviedo una columna, con:

Regimiento Milán	400 hombres
Dos Compañías de Guardia civil	270 »
Grupo de Asalto	270 »
Una batería de 105 mm	100 »
Refuerzos de paisanos movilizados	600 »
TOTAL	1.640 hombres

que acometerían la tarea de reducir la cuenca minera.

Este objetivo se dio como tema de instrucción a la guarnición de Asturias y se hicieron frecuentes ejercicios en la provincia y en las cercanías de las poblaciones, a las que concurrieron pequeños destacamentos de Guardia civil y Asalto. Se efectuaron levantamientos topográficos regulares, a escala de 1: 5.000, de las cercanías de Oviedo y Gijón, y comenzó a prepararse otro de la cuenca minera a 1: 10.000.

El día 20, al quedar dominada la situación en Oviedo y conocerse las noticias de Asturias y de toda España, la situación era la siguiente:

La ocupación de Gijón había fracasado; las fuerzas estaban encerradas en los cuarteles, sin potencia ofensiva.

Trubia se hallaba en poder de los rojos por designio del coronel-director de la Fábrica de Armas.

El resto de Asturias era rojo y se preparaba al ataque de Oviedo y de los cuarteles de Gijón.

En León triunfaban los nacionales, pero carecían de fuerzas para actuar hacia Asturias.

En Galicia se mantenía indecisa la situación, que no se aclaró hasta el día 21; por eso no era posible esperar una acción enérgica inmediata (comenzó el 3 de agosto).

Se conocía la caída de Madrid, Valencia, Barcelona, etc., en poder de los marxistas, lo que privaba al Alzamiento de la esperanza de resolver la situación por medio de un rápido golpe de mano; ya no se trataba, como en 1934, de dominar focos aislados, sin encuadramiento militar ni buen armamento, sino que había de

afrontarse una guerra civil, ya que el Frente Popular disponía en los primeros momentos de la masa mayor de hombres, de los grandes depósitos de armamento y de los centros industriales, así como de bastantes cuadros técnicos militares y, por añadidura, dominaba casi totalmente el mar y el aire.

Las fuerzas de Asturias, ya pequeñas, quedaban inicialmente disminuidas en:

Toda la guarnición de Gijón.

Una Compañía de Infantería del Regimiento Milán, de Trubia.

Una Compañía de Guardia civil de La Felguera, que no llegó a Oviedo.

Veinte hombres rojos de Asalto, de Oviedo.

Toda la Comandancia de Carabineros de Asturias, menos 4 jefes y oficiales y 14 hombres.

De los 1.000 paisanos que se pensaba alistar en Oviedo acudieron 100, llamados como soldados de cuota, que formaron una Compañía del Regimiento de Milán, y algo más de 800 que recibieron armas durante la noche del día 19 en el Cuartel de Santa Clara, pero de los cuales no prestaron servicio de armas en el frente más que unos 600, encuadrados en las fuerzas militares.

Hubo, pues, que variar el plan de acción, optando por otro más modesto que se basaba en defender Oviedo con:

Dos Compañías de Milán	200 hombres.
Cinco Compañías de Guardia civil.	900 »
Una Compañía de Asalto	100 »
Una batería	100 »
TOTAL	1.300

Actuar ofensivamente con el resto de las fuerzas:

Tres Compañías de Milán	450 hombres.
Dos Compañías de Asalto	300 »
Una Compañía de Guardia civil	100 »
Una batería	100 »
TOTAL	950

Se disponía de dos millones de cartuchos de fusil y ametralladora; 2.000 granadas de mano (cuando se consumieron, se fabricaron de dinamita, a razón de 500 diarias); 150 disparos de mortero de 81 mm y 3.000 de 50 mm

Se contaba con dinamita abundante, traída de la cuenca minera por la Guardia civil.

Las transmisiones se aseguraron con una radio-automóvil militar que se instaló en el Cuartel de Pelayo y con otra particular, colocada en el puesto de mando (Fábrica de Armas), que se denominó «Radio Asturias Victoriosa».

La actitud de buena parre de la población era tan dudosa que, ante la imposibilidad de evitar en absoluto que huyese quien quisiera, o que se comunicase con el enemigo, el coronel Aranda autorizó a que quien lo solicitara pudiera salir de la plaza, siempre que no estuviera en edad militar y a reserva de tomar las medidas oportunas a su regreso, una vez que Asturias fuera dominada por el Ejército. El primer intento del coronel consistió en abrirse paso hacia Gijón, en donde la guarnición se había sublevado. Pensó Aranda en la posibilidad de incorporar las fuerzas gijonesas a su pequeña columna expedicionaria, con lo cual hubiérase perdido Gijón inmediatamente, pero la situación general de Oviedo habría cambiado algo. Más de la mitad de la distancia que separa las dos

ciudades fue recorrida por el propio coronel al frente de dos Compañías; las masas de mineros cerraban el camino con tal densidad que Aranda mando replegar sus fuerzas y volver a Oviedo. Igualmente, el 31 de julio quiso abrirse paso hacia Trubia con el fin de apoderarse de la fábrica de cañones allí existente; un durísimo combate sostenido en el caserío de Olivares le demostró que el propósito era irrealizable. En ese encuentro los mineros sufrieron muchas bajas, pero la poquedad de las tropas de Aranda aconsejó a éste una inmediata renuncia a sus planes sobre Trubia.

Elección de la línea defensiva de Oviedo.

Oviedo está situado en la divisoria entre los ríos Nora y Nalón, que casi lo cercan a distancia de cuatro a seis kilómetros; así, su término municipal forma, en líneas generales, una especie de península, con gola de fácil cierre, y constituye, por consiguiente, una fortaleza natural de la que Oviedo viene a ser la plaza de armas, tanto más cuanto que suele contarse con pocos y difíciles pasos en ambos ríos. Sin embargo, el alcance eficaz de la actual artillería de campaña hace que para evitar el bombardeo de la población se aleje la defensa a un mínimo de diez kilómetros en línea recta saliendo de la península citada hacia las posiciones del Escamplero, Santofirme, Pruvia, Noreña, Sierra de Paranza, Pico Agudo, Morcín y Ribera de Arriba. Esto llevaría a una línea exterior de 70 a 8O kilómetros de desarrollo que, aun suponiendo que no fuera continua (lo que no depende de la voluntad del defensor, sino de la fuerza técnica del atacante), exigiría fuerzas del orden de dos a tres Divisiones de doce Batallones. El recinto de la península jalonado por las posiciones del Naranco, Sograndio, Pando de

Manzaneda, La Grandota y Lugones, tiene un desarrollo de 40 a 50 kilómetros, que requiere para su buena defensa de una a dos Divisiones. Por último, una línea que apoyándose en la arista del Naranco y San Esteban de las Cruces cerrase por el Picayón y Ventanielles, tendría de 25 a 30 kilómetros y exigiría una División fuerte. Como se disponía tan sólo de una pequeña Brigada de 2.300 hombres compuesta de fuerzas heterogéneas, en parte improvisadas, fuerza fue ocupar una línea aún más reducida, que en su origen tuvo 16 kilómetros de desarrollo y llegó a alcanzar 19 kilómetros por sucesivas ampliaciones.

Sin duda, la cantidad y calidad de las fuerzas precisas para defender una línea o plaza no son fijas, ni tampoco exactamente proporcionales a su desarrollo y fuerzas atacantes, pero ciertamente han de guardar un equilibrio con ellas, según la misión que se señale a la defensa; en las plazas sitiadas ha de contarse, además, con la necesidad de forzar, hasta cierto punto, la proporción de las reservas por la imposibilidad de reponer las bajas. En el caso concreto presente no podían ni debían observarse los preceptos de la guerra regular, ya que la calidad del enemigo probable aconsejaba amoldarse a sus especiales condiciones morales y materiales. Si siempre la guerra es ante todo el choque de dos voluntades, y lo esencial es imponer la propia cuanto antes en Oviedo (como en toda España) la lucha era más bien espiritual, y hubo que prescindir en gran medida de los preceptos técnicos mientras la lucha fue esencialmente del espíritu contra la materia y cuidar, ante todo, de sostener la moral a toda costa, ya que en el terreno puramente material no había en esa época solución aceptable. Estrechar más el perímetro para obtener una densidad conveniente hubiera llevado desde el primer momento a la lucha en la ciudad. La solución adoptada es, a

primera vista, fácilmente criticable en el terreno teórico profesional; pero bien meditado, como lo fue, el problema, bien valoradas las posibilidades del armamento, las condiciones de los Jefes y las fuerzas propias y contrarias, no se halló otra en que se compensasen mejor las ventajas y los inconvenientes.



Aspecto parcial de Oviedo con el monte Naranco al fondo

Se ha comentado mucho la influencia de la Sierra del Naranco en la defensa de Oviedo. Ese macizo montañoso, especie de reborde de la península en su frente Norte, tiene siete kilómetros de longitud en la cresta, una altura entre 500 y 636 metros, y se halla de dos a cuatro kilómetros de Oviedo, que está situado entre los 220 y 260 metros de altitud. La dominación táctica es tan absoluta, que cualquier plan de defensa regular *a base de contar con fuerzas suficientes* debe comprenderlo en todo o en parte; pero en el caso especial de Oviedo en 1936, la debilidad de las fuerzas no permitía ocuparlo, ya que exigía un mínimo de dos Batallones (mitad de la fuerza disponible) para un solo frente (un quinto de la línea total), y así se vio después, de noviembre del 36 a octubre del 37, en que se necesitaron de cuatro a seis Batallones de fuerzas magníficas para sostenerse difícilmente, sin ocuparlo del todo.

Por estas causas, la línea se estableció en dos contrafuertes bajos del Naranco hacia Oviedo, uno el de la Cruz y el Canto, a 1.000 metros de distancia y 313 de altitud, y otro el de Pando, a

600 metros del Cuartel de Pelayo y 230 metros de altitud, que permitían alguna defensa en profundidad y llenaron su misión perfectamente, ya que el enemigo no pudo nunca rebasar la línea férrea de Gijón y se conservó hasta el final la zona de los Ferreros (Cárcel) y la loma de Pando últimamente citada (cota 230,4). La cresta y pendiente Sur del Naranco resultaban separadas de nuestras posiciones por los fosos naturales del arroyo de Vaqueros y orígenes del de San Claudio, y estaban bien vistas y batidas desde el depósito de aguas, la loma del Canto, los Ferreros y loma de Pando, y todo intento de despegue del enemigo le fue por ello costosísimo. Sólo mediante concentraciones rápidas e intensas de artillería, ejecutadas a 1.200 metros de distancia y utilizando bases de partida situadas al pie del Naranco y ocupadas de noche, le fue posible a la Infantería atacante llegar a la posición del Canto a los 75 días de sitio, y a pesar de ello tardó tres días en alcanzarla, llegando tan exhausta, que cuando convino fue dicha posición evacuada, sin persecución ni apresuramiento, a posiciones inmediatas (San Pedro de los Arcos y Central eléctrica del Naranco); bien es verdad que ello costó a la defensa tres de sus mejores Jefes dos muertos, teniente coronel Iglesias y comandante Vallespín, y uno herido grave, el comandante Caballero.¡Honor a los héroes!

La línea adoptada geométricamente constituía un cuadrilátero cuyos vértices eran las posiciones principales de la Cruz, Cadellada, Cementerio y Depósito de Aguas; geográficamente, estaba formada por dos espolones del Naranco, Cruz y Pando; el extremo de la divisoria entre el arroyo de San Claudio y el de la Vega (Depósito); la cresta de la divisoria, entre el arroyo de la Vega y el de Santullano (Cementerio), y la divisoria entre el arroyo de Santullano y el de Vaqueros (Cadellada).

Las distancias extremas al casco de Oviedo oscilaban entre una máxima de 1.600 metros para el Cementerio, una media de 1.000 a 1.200 metros para La Cruz, el Depósito y la Cadellada, y una mínima de 600 metros para la loma de Pando, cubriendo todos los fuegos de ametralladora por su situación y altitud el frente de la población más cercano. Al mes de iniciado el sitio resultó conveniente avanzar entre 500 y 1.000 metros algunos salientes para ganar observatorios y evitar fuegos flanqueantes del enemigo; al primer objetivo respondieron las ocupaciones del Picayón (Campón) y Venranielles, y al segundo la de Abuli. Los intervalos fueron fortificándose a medida que lo hizo preciso el ataque enemigo, empezando por simples puestos de enlace o barreamientos de caminos, para terminar en posiciones fundamentales cuando, fracasado el ataque a los salientes, acudió el enemigo a buscar su estrangulación por presión en los intervalos y entrantes.

El trazado de la línea fue estudiado y ensayado meses antes del Alzamiento para efectivos propios superiores a los que luego hicieron su defensa; se ajustó a la necesidad de explotar nuestra superioridad en moral y armas automáticas frente a la superioridad en número y artillería del enemigo, y llenó su finalidad resistiendo 90 días a costa de un 70 por 100 de bajas propias (2.000) frente a 14.000 del enemigo.

Organización de la defensa.

La defensa se proyectó desde el primer momento en dos líneas concéntricas: una exterior, de contacto, fundamental y suficientemente fuerte para detener al enemigo (la antes descrita), y otra interior, de seguridad, destinada a evitar incursiones

enemigas, prevenir evasiones y relaciones de la población civil y apoyar cuanto fuera preciso el repliegue de la línea exterior a posiciones intermedias; esta segunda línea se ceñía al casco de la población, y sus posiciones principales eran

Fábrica de Armas (donde estaba el puesto de mando de la Plaza), Cuartel de Pelayo (depósito de municiones y centro de transmisiones), Cuartel de la Guardia civil, Cárcel celular, San Pedro de los Arcos, Finca de D. Melquiades Alvarez, Fábrica de electricidad del Fresno, Convento de Dominicas y Adoratrices y Convento de Santo Domingo. Entre la primera y segunda líneas se organizaron algunas posiciones de enlace y apoyo, como las del Matadero, transformador del Naranco, Plaza de Toros, Asilo de Huérfanos, antiguo depósito de aguas, mesetas de Catalanes y la casa del Caño del Aguila, que en su mayoría constituían los puestos de mando de los sectores.

La línea exterior careció casi siempre de posiciones avanzadas; sus posiciones principales fueron unidas por cortinas fácilmente vigilables, que seguían en lo posible las líneas naturales y despejadas del terreno, como el camino de Villafría, la línea de cambio de pendiente del Naranco, los bordes Norte y Sur de la loma del depósito de aguas y los bordes Este y Oeste de la loma de San Lázaro al Cementerio; por ello, las posiciones principales del depósito de aguas, el Cementerio y la Cadellada, resultaban muy saliente, lo que, si bien las dejaba algo aisladas, permitía, en cambio, dado lo reducido de las distancias (2.000 metros), y la cantidad de ametralladoras disponibles, batir perfectamente los intervalos. A medida que el enemigo fracasó en sus ataques a los salientes, especialmente en los días 8 y 9 de septiembre sobre el Cementerio, fue tanteando los intervalos y éstos fueron nutriéndose

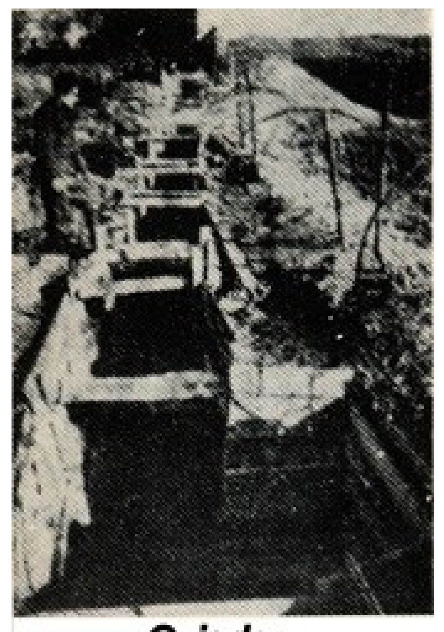
de puestos y posiciones intermedios, guarnecidos a costa de los nuevos elementos creados para la defensa (Batallón de Voluntarios de Oviedo y «Harca») y de las reservas. En la fase final, cuando sólo había 500 defensores útiles y 100 heridos para defender ocho kilómetros de frente, fueron organizados cinco reductos en la Fábrica de Armas, Cuartel de Pelayo, Cuartel de la Guardia civil, Diputación provincial y Ayuntamiento, de los cuales sólo llegaron a utilizarse la Fábrica y el Ayuntamiento.

Fortificación.

Como las líneas debían constituirse en el plazo de pocas horas y por sorpresa, su organización, en principio, fue sumaria y limitada a la improvisación de frentes de fuego en las edificaciones más apropiadas. Inmediatamente se relegó el fuego de fusil a la defensa próxima y se desarrolló un plan de fuegos de ametralladora, empleando estas armas por parejas aisladas, al principio en edificios y después en pozos protegidos, situando cada máquina en los extremos de una trinchera quebrada de 15 a 30 metros, con perfil para tirador en pie, sin banqueta.

En los primeros días, las protecciones se limitaron a lo preciso para sufrir el fuego de mortero de 50 y 81 mm; pero a medida que intensificó el enemigo el uso de la artillería, obligó a abandonar los edificios que no protegían eficazmente (la mayoría), a profundizar las trincheras, dotándolas de saneamientos y banquetas, y a aumentar el espesor de las protecciones con carriles y tierra. La aviación enemiga influyó muy poco en el carácter de la fortificación, pues rara vez atacó las posiciones y nunca con ametralladora o bombas potentes, limitándose en los ataques generales a batir los caminos de acceso; elegía casi siempre como objetivo los

Cuarteles y edificios donde suponía alojada la guarnición, el barrio moderno cercano a la Escandalera y el Parque de San Francisco por odio a la burguesía que lo habitaba. El afán agresivo era tan extremado, que los aviadores rojos, cuando carecían de bombas, arrojaban al principio proyectiles de artillería, paquetes de granadas de mano y hasta adoquines, naturalmente poco eficaces. La gran escasez de alambrada limitó las defensas accesorias a algunos caballos de frisa o tendidos ante las posiciones principales. Las minas fueron usadas contra los camiones blindados, pero sólo sobre las carreteras y calles y en número reducido; eran generalmente de tipo automático y excepcionalmente con mando a distancia. No se utilizó la zapa para la colocación de minas. Se montó un taller de confección de sacos terreros que produjo cerca de un millón.



Oviedo: trincheras nacionales

El trazado consistió generalmente en lunetas de 20 a 50 metros de longitud, con dos a cuatro ametralladoras separadas por intervalos de 100 a 500 metros, según el terreno. Las posiciones principales se constituían con varias lunetas escalonadas en los

flancos defensivamente y apoyadas en un reducto constituido generalmente a base de un edificio. Avanzado el sitio, se escalonó en profundidad la defensa de las posiciones más duramente atacadas, constituyendo una segunda línea mediante ataque por sorpresa de 400 a 1.000 metros de la propia (Abuli, Mercado, Ventanielles y Campón). Siempre se compartimentaron cuidadosamente las posiciones principales, y a ello se debió el éxito en los contraataques.

Faltaron en absoluto las fuerzas y material de las unidades de Zapadores, por lo que las líneas hubieron de ser proyectadas y construidas por los mismos ocupantes con útiles de ocasión. Cuando se hizo precisa la ejecución de trabajos de fortificación importantes que exigían dirección y especialistas de mayor tecnicismo, se constituyó una agrupación de veinte trabajadores civiles seleccionados, a las órdenes del capitán de Ingenieros Sr. Berrio, que resolvió arduos problemas técnicos con escasísimos medios y recibió por su extraordinaria eficacia y espíritu el nombre de «Sección de Empuje», la que en el período final se batió bravamente en las posiciones mas amenazadas, sucumbiendo heroicamente en su casi totalidad.

Organización del terreno y distribución de las fuerzas.

El terreno fue organizado, en principio, en cinco sectores:

1.° *Pando*. — Posición esencial para la protección de los Cuarteles de Pelayo (Infantería) y Guardia civil. Guarnición: una Compañía de cuotas del Regimiento de Infantería de Milán (150 hombres). Jefe, capitán de Infantería Janariz. Murió en los combates del frente de Guadalajara.

2. ° *Cadellada*. — Posición principal que mandaba las carreteras de Gijón y Santander y protegía el Cuartel de Artillería y el Matadero. Guarnición: una Compañía del Regimiento de Milán (150 hombres). Jefe, capitán Soto, herido.

3.° *Cementerio*. — Posición principal que cubría los accesos de las carreteras de León y de la Manjoya. Guarnición: una Compañía de la Guardia civil y voluntarios con 250 hombres. Tuvo varios jefes de Guardia civil y de Infantería por virtud de los relevos, entre ellos el comandante Bruzo, herido en el sitio y luego muerto en el Alfambra; el comandante Bozzo, herido, y varios comandantes y capitanes de la Guardia civil.

4.° *Depósito de agua. Buenavista*. — Posición principal sobre la carretera de La Coruña y el Valle de la Manjoya. Guarnición: una Compañía de la Guardia civil y voluntarios. Turnaron como jefes varios de Infantería y Guardia civil.

5.° *Canto*.—Posición principal para contener los ataques procedentes del Naranco, con su avanzada de la Cruz. Guarnición: una Compañía de la Guardia civil y voluntarios, que empezó con 50 hombres y luego subió a 120.

Los intentos de filtración enemigos obligaron después a crear sectores intermedios de cierre y enlace, y así nacieron:

Argañosa. — A base de los talleres del ferrocarril del Norte y barrio de La Argañosa. Guarnición: una Compañía (de Asalto y voluntarios) de 100 hombres. Jefe, un oficial de Asalto.

Villafría. — Carretera de enlace entre las de León y Santander, jalonada de hoteles y fincas de recreo. Guarnición: 80 hombres, guardias civiles y voluntarios. Jefe, un oficial del Ejército (variable).

Mercadín. — Barreamiento de la carretera a Santander.

Guarnición: una Sección de voluntarios y Guardia civil, de 80 hombres. Jefe, capitán Santiago.

Cárcel celular. Enlace del Canto con Pando.— Una Sección de guardias civiles y voluntarios, de 50 hombres.

La cifra total era de 1.230 hombres para la guarnición de las líneas.

Los sectores comprendían al principio la primera y segunda línea. Cuando las posiciones de primera línea y sus enlaces precisaron de mayor densidad, absorbieron los efectivos de la segunda línea, siendo reemplazados en la mayor parte de ésta por el Batallón de Voluntarios, formado con oficiales y paisanos de más de cuarenta años, pertenecientes en su mayoría a la clase media y que perdieron en esforzados combates más de dos tercios de su efectivo.

Como reserva quedaron:

3 Compañías del Regimiento de Infantería Milán.

2 Compañías de Asalto.

1 Compañía de la Guardia civil.

2 Baterías de montaña de 105 mm (7 piezas).

En total sumaban 900 hombres.

En 1 de septiembre las bajas sumaban 800 hombres, pero la creación del Batallón de Voluntarios con unos 600 enjugó el déficit, y el número de unidades continuó invariable. A consecuencia de los ataques al Cementerio en 8 y 9 de septiembre, se sufrieron otras 300 bajas y fue preciso embeber en la defensa la totalidad de las reservas, recobrándose poco después tres Compañías (dos del Ejército y una de Asalto), que se reconstituyeron y conservaron hasta el 4 de octubre; del 4 al 12 de octubre se sufrieron de 100 a

150 bajas diarias y se embebieron nuevamente todas las disponibilidades en la línea única de defensa, improvisándose pequeños núcleos de reserva a base de los restos de guarniciones replegados y personal de servicios civiles o militares ya innecesarios, y así surgieron secciones de Intendencia, conductores de automóviles, guardias civiles sueltos, serenos, guardias municipales y bomberos.

Merece párrafo aparte la llamada «Harca de Oviedo». Cuando, mediado el sitio, empezaron a señalarse lugares peligrosos en los intervalos de las posiciones principales, se reunió un grupo de voluntarios mandados por el capitán Santiago, de Intendencia, que cubrió el sector de Mercadín, el cual se dio a sí mismo el nombre de «Harca» (en árabe vulgar, agrupación temporal militar de voluntarios irregulares). Más tarde, al perderse reservas en septiembre y preverse el recrudecimiento de los ataques por la caída de Gijón y llegada de gran cantidad de armamento a los rojos, se creyó preciso contar con alguna fuerza segura y decidida que, mantenida en reserva hasta el último momento, expulsase de la población a quien lograse penetrar en ella. A este fin se reunieron hasta 160 voluntarios civiles, jóvenes y decididos; ellos mismos se nombraron cabos y sargentos, y del mando se encargó el referido capitán Santiago. Cumplieron como héroes; murieron todos los mandos menos uno, y del total restan 16 hombres que constituyeron después, durante la campaña, la guardia personal del General jefe del Cuerpo de Ejército de Galicia.

Como era necesario atender a los distintos servicios del Ejército y al orden y cuidado de la ciudad, la situación no podía ser menos alentadora.

A pesar de todo, el coronel Aranda aplicó en Oviedo —aunque

con carácter distinto— el método que tan buenos resultados dio al General Queipo de Llano en Sevilla; se dedicó a pronunciar arengas entusiastas y a lanzar noticias optimistas por medio de las emisoras de radio que tenía en su poder. Cuanto más apretaba la desventura, más confiada parecía la voz del coronel. Hasta que ya en los días finales del sitio, cuando apenas le quedaban hombres y escaseaban las municiones, y cuando, por otra parte, la masa de mineros estaba representada por muchos millares de asaltantes, dirigió al General del Ejército del Norte el famoso mensaje que terminaba diciendo: «Ya no nos queda otra cosa que morir como españoles».

En el sitio de Oviedo hemos de distinguir dos etapas perfectamente diferenciadas: la del sitio propiamente dicho, que duró desde el 18 de julio de 1936 hasta el 17 de octubre del mismo año —en cifras redondas, tres meses— y tuvo como objetivo, por parte de los rojos, la rendición directa de la ciudad mediante un cerco riguroso, acompañado de bombardeos de todo orden y de asaltos de la Infantería, y la segunda etapa, que se inicia el 17 de octubre de 1936 y termina en octubre de 1937, cuando toda la región de Asturias queda incorporada a la España nacional merced a la victoria completa del Ejército de Franco en el litoral cantábrico. En este periodo, los rojos tratan igualmente de conquistar Oviedo. pero la batalla tiene más amplitud, porque existiendo una línea de comunicaciones que, aunque de modo precario, unía la ciudad con la retaguardia nacional, las masas de mineros, reforzadas con algunos contingentes milicianos de Santander y Vizcaya, se dedicaron preferentemente al intento de cortar las comunicaciones mencionadas a fin de restablecer el cerco. Las notas de este capítulo se refieren únicamente a la primera etapa.

En ella nos encontramos —como en una subdivisión escolar— con otros períodos claramente definidos.

Desde el 19 de julio hasta el 4 de octubre —fecha en que los sitiadores se lanzan a sus máximos esfuerzos e intentos—, el peligro para los fines de Aranda estuvo más en la propia ciudad que en el frente. Toda la línea de resistencia se mantenía brillantemente; los casos de heroísmo se repitieron uno tras otra, en forma tal que produce asombro ver cómo aquellos hombres superaron las más graves dificultades físicas y morales. Durante el mes de agosto la presión roja no alcanzó caracteres demasiado alarmantes en las líneas de fuego. En cambio, la ciudad comenzó a sufrir padecimientos indecibles. Aranda se permitió el lujo de rectificar algunas de sus posiciones a vanguardia; así avanzó la posición llamada de la Tenderina Baja hasta la denominada Mercadín, para continuar días más tarde hasta Abuli; igualmente, por el lado que mira a Trubia, las extremas vanguardias profundizaron desde la Ermita del Cristo de las Cadenas hasta la loma del Campón, con lo cual mejoró notablemente el dispositivo de la resistencia. Pero a la par de esos pequeños éxitos locales, conseguidos a fuerza de un valor personal y de una combatividad que iguala los rasgos de valor más altos de la Historia, la ciudad iba decayendo en sus posibilidades de vida; se agotaban los víveres; el carbón pasó a ser un artículo de lujo; la conducción de agua quedó cortada por los rojos y hubo Aranda de limitarse a las existencias que había en ciertos depósitos, pero tan limitadas, que el racionamiento suprimió el empleo del agua en todos los usos sanitarios. En cuanto a la luz, hubo que procurarse candiles y lámparas de aceite, lo cual, dada la vida de una ciudad moderna, equivale prácticamente casi a la completa oscuridad. Pero el enemigo más terrible hizo su aparición —como resultado de la falta

de agua— en forma de fiebres paratíficas y aun de tifus, sin que fuera posible contrarrestar ese gravísimo peligro por carencia de los medios sanitarios indispensables. El mes de septiembre transcurrió en medio de indecibles amarguras.

«La situación —dice un testigo— llegó a ser crítica en extremo. La población civil estaba aplanada por los sufrimientos morales y materiales, y los restos de la guarnición de Oviedo, aunque conservaban una moral estoica que les tenía resueltos a morir antes que entregarse, estaban ya a punto de agotar su resistencia física, abrumados de fatiga, de sueño y de falta de alimentación. Pues si bien se hacían esfuerzos inauditos para que no faltasen los víveres, éstos llegaron a escasear de tal modo que una libreta de pan de un kilo se tuvo a veces que repartir entre cuatro hombres, y la ración era para todo el día.

En los días de julio y parte de agosto, la situación no tuvo gran cosa de difícil. Después, los frecuentes bombardeos aéreos y los cañones del 15,5 enemigos se encargaron de ir apagando paulatinamente la animación y los optimismos de la ciudad. Se inició el reflujo de la gente desde la calle y los pisos altos, que resultaban peligrosos, hacia los sótanos, de donde una parte de la población civil concluyó por no salir para nada o poquísimas veces. Los sacos terreros y los gruesos tablones, puestos a guisa de parapeto en muchas plantas bajas —y, sin embargo, granadas de cañón y bombas de aviones entraron al través de aquellas improvisadas defensas en algunos sótanos, causando espantosas desgracias—, se multiplicaron por todas partes, y detrás de ellos languidecía la vida del Oviedo «alegre y confiado» de las primeras semanas.»

¿Por qué siguieron los rojos táctica tan torpe como la de bombardear bárbaramente la ciudad en vez de emplear la artillería contra los nidos de ametralladoras? ¿Por qué emplearon sus armas automáticas en tiro directo, de un modo casi pueril? ¿Por qué fue tan escasa la profundidad de sus ataques de Infantería?

Influyeron, indudablemente, varias causas: de un lado, la

ausencia de la técnica militar; de otro, el desconocimiento del valor del fuego en la guerra, y finalmente la convicción eufórica de que bastaba con cercar Oviedo para que fatalmente tuviera que rendirse. Desde Madrid les lanzaron, a guisa de consigna, el viejo aforismo de «plaza sitiada, plaza tomada»; a él quedaron asidos y se dijeron, sin duda: «Esperemos, que ellos acabarán por rendirse y entregarnos cuanto poseen». Cálculo que también hicieron frente al Alcázar de Toledo y que hubiera sido aceptable si mientras se prolongaba el asedio no hubiesen apuntado las operaciones de socorro y liberación organizadas por el Alto Mando nacional.

Parece comprobado que apenas se iniciaron las hostilidades, los directores de la masa minera pretendieron lanzarla al asalto de Oviedo valiéndose de la dinamita. Así, por ejemplo, el diputado socialista Amador Fernández comunicó por radio desde Asturias a Madrid un informe en quo sostenía que Aranda disponía de mucho armamento y que sólo mediante la dinamita y el asalto se le podría reducir. Madrid le respondió aconsejándole una prudente espera. Es evidente que el asalto propuesto por Amador Fernández habría sido un desastre para los mineros, los cuales hubieran sido segados por las ametralladoras de Aranda. Insistieron los directivos socialistas, sin embargo, y obtuvieron del Gobierno central la autorización para atacar los barrios extremos. Pero ya no se habla de asaltos, sino de una destrucción rápida por el cañón. El 2 de agosto, la radio oficial roja de Asturias dice que «la situación de Aranda es insostenible porque carece de agua, luz, hombres y municiones». El 9 del mismo mes, otro líder socialista, Belarmino Tomás, anuncia textualmente —con tono de absoluta seguridad— que «una vez ultimada la inminentísima rendición de Oviedo, caeremos sobre las llanuras castellanas».

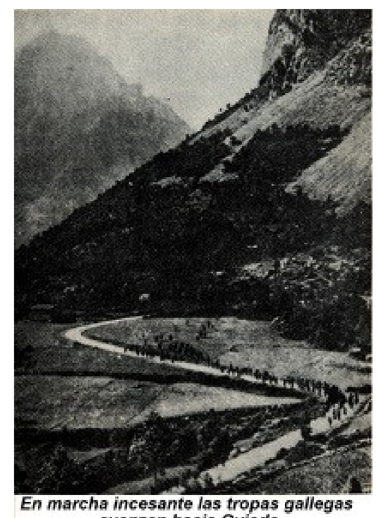
Pero he aquí que para los mineros asturianos se insinúa una amenaza muy grave. Desde Galicia —cuyas guarniciones se han incorporado unánimes al Movimiento nacional— han salido unas columnas con el propósito de levantar el cerco de Oviedo. Una de ellas, mandada por el coronel Ceano, ha conseguido penetrar en territorio asturiano a primeros de agosto. Y aunque el Gobierno de Madrid comunica el 6 de este mes que «la columna Ceano, organizada para socorrer a Oviedo, ha sido destrozada», lo cierto es que avanza rápidamente y domina toda la costa, hasta ocupar la importante población marítima de Luarca. No trae más de mil soldados, pero como los mineros estaban entretenidos en Oviedo y Gijón, la marcha ha sido llevada a cabo sin excesivas dificultades. Una vez en Luarca, advertidos los rojos del peligro, envían contra Ceano parte de sus masas, y en como a Luarca se libran combates bastante duros; uno de ellos termina con la caída del jefe de la columna nacional, que sufre heridas muy graves.



Una bateria ligera nacional de la columna gallega
en un alto en la marcha

Otra columna gallega sale desde Orense y marcha, tierra adentro, por las comarcas de Bierzo y Villablino, a fin de cubrir el flanco derecho de las fuerzas operantes en la costa. Al mando del teniente coronel Teijeiro, esta segunda columna domina el paso o puerto de Leitariegos, y el día 7 de agosto entra en el pueblo de

Cangas de Narcea. El coronel de Infantería D. Pablo Martín Alonso reemplaza al coronel Ceano en el mando de las fuerzas de Luarca. Trae consigo algunos refuerzos para proseguir la operación. Se trata de salvar el sistema montañoso que corona el puerto de La Espina, a fin de caer inmediatamente sobre la importante población rural de Grado, tomar la carretera de Trubia y penetrar en Oviedo por el Oeste.


En marcha incesante las tropas gallegas avanzan hacia Oviedo

La operación hacia el puerto de La Espina era teóricamente difícil. Los rojos disponían de posiciones magníficas. Sin embargo, atacadas esas posiciones por las dos columnas en brioso movimiento de convergencia, La Espina pasó a manos nacionales y el día 1 de septiembre las vanguardias amenazaban Grado. Una semana después, bien asegurados los flancos se procedía a la ocupación de Muros de Nalón, Pravia y San Esteban de Pravia. Cualquiera que contemple estos avances sobre el mapa puede darse cuenta de que la llegada del coronel Martín Alonso a Grado representaba una modificación importante en las condiciones del sitio de Oviedo. Los rojos se inquietaron un poco, pero siguieron creyendo que sus líneas de Peñaflor y de La Cabruñana resistirían perfectamente; sobre todo, mantuvieron el convencimiento de que

Oviedo caería mucho antes de que Martín Alonso pudiera rematar su maniobra de liberación.

El 14 de septiembre, Grado era campamento nacional. Inmediatamente se dio orden de continuar la marcha hacia Trubia. Ya estaba Martín Alonso a 25 kilómetros de Oviedo; a 20; a 16... Aranda anunció: «Oigo los cañones de las columnas de socorro».



La mala información de los rojos, o la necesidad de mantener la moral de sus masas a fuerza de invenciones, sorprende constantemente. Sólo así se explica que el día 28 de agosto dijera una nota oficiosa del Mando marxista asturiano: «Nuestra aviación, superior en elementos y en hombres a la de los rebeldes, ha llevado a cabo un brillante hecho de armas, consistente en el bombardeo intensísimo de Oviedo, con 80 bombas de 100 kilos sobre los edificios donde resisten los facciosos. Ha sido uno de los bombardeos más terribles. Se ven banderas blancas en las casas. Anoche llegó a Gijón la noticia de la ocupación de Oviedo. Esta noticia no ha sido aún confirmada». El 4 de septiembre anuncia otra nota que «la columna gallega de socorro se ha dispersado en Luarca al rebelarse los soldados, matando a casi todos los oficiales. Ha sido encontrado un coche con oficiales muertos.

Hemos tomado 14 ametralladoras y centenares de fusiles». El día 5 de septiembre se da a conocer que «en seis días quedaron organizados perfectamente para la guerra otros 20.000 hombres. La organización está presidida por un Comité Provincial del Frente Popular del que dependen tres departamentos: Abastos, Transportes y Sanidad. La Comisaria de Guerra planea las operaciones, pero no puede ponerlas en práctica sin acuerdo con el Comité Provincial». En 10 de septiembre el Mando rojo dice a un enviado de la Agencia United Press que «dentro de Oviedo sólo hay un puñado de hombres en espera del imposible socorro que les han anunciado las columnas de Galicia». Pero la misma referencia, haciendo honor a la homérica defensa, agrega: «Los huidos de la ciudad han declarado que los rebeldes están dispuestos a resistir hasta el último momento y, finalmente, volarán la ciudad sobre sus propios cadáveres». El día 11 la amenaza de las columnas de Galicia merece alguna atención más cuidadosa por parte del Frente Popular. Ya asegura su emisora oficial que «han sido rechazados núcleos enemigos procedentes de Galicia que intentaron atacar la retaguardia de los sitiadores. Sigue el bombardeo de Oviedo. La aviación ha atacado intensamente el Gobierno civil y la Catedral. Se calcula en 300 las bombas de 100 kilos que han sido arrojadas». Hacia el 12, los rojos ponen sus mejores esperanzas en la epidemia tífica, que es una terrible realidad.

Entretanto, el coronel Martín Alonso trata de abrirse paso hacia Trubia. Tiene que marchar tomando como eje la carretera principal, dominada por fuertes posiciones que los rojos guarnecen. Los encuentros son durísimos, porque desde el frente de Oviedo han salido dos columnas de mineros, bien pertrechados, que no tienen otra finalidad que detener en seco el avance de los

libertadores. Los nacionales optan, al cabo, por desistir de su intento. Es imposible forzar el paso de Trubia con los elementos de que disponen. La situación en Oviedo se va haciendo cada día más crítica. Martín Alonso decide desandar parte del camino andado. Irá a Oviedo siguiendo la margen derecha del Nalón. Para ello cuenta con una carretera que desde las posiciones rojas de Peñaflor sigue la dirección del monte Naranco. Pero a mitad de camino se alza otro monte, llamado El Escamplero, que será necesario tomar al asalto. Los rojos comprenden el sentido de la nueva maniobra, y es entonces cuando se deciden a emplearse a fondo, con la intención de que no se repita en Oviedo el caso del Alcázar. La defensa y liberación de los héroes toledanos había producido inmensa emoción en todo el mundo. ¿Qué sería si ahora en Asturias, en la Asturias roja, se reiterase el triunfo nacional?

He aquí que llegamos a la fecha en que se inicia con caracteres violentísimos la verdadera batalla por Oviedo. Es el 4 de octubre. Coincide con el aniversario de la revolución marxista de 1934.

Desde el punto de la mañana, el bombardeo artillero anuncia perfectamente que los rojos van a atacar como no habían atacado hasta ese momento. Disponen ya de diez baterías que tiran con alarmante precisión. Están servidas por especialistas de la Fábrica de cañones de Trubia. Los capitanes que las mandan corrigen el tiro perfectamente y, sin perjuicio de seguir destruyendo la ciudad para desmoralizarla hasta en sus últimas profundidades, baten concienzudamente los nidos de ametralladoras. Ha llegado el momento temido por Aranda; aquel en que la artillería toma a su cargo el aniquilamiento de las armas automáticas. Le sorprende esta hora con una gran fatiga de sus tropas, con una

depauperación notoria en todos los combatientes a causa de la escasez de víveres, con una enfermería numerosa, con una disminución inquietante de los «stocks» de proyectiles; las probabilidades en favor de los rojos han aumentado en proporción notable. Si las columnas de Galicia no consiguen llegar a tiempo, los días de la ciudad están contados. Resistirán los sitiados hasta el último aliento; el jefe se hundirá con la nave, sin abandonar el puente de mando; arderá la villa entera; pero todo el heroísmo no bastará —como no bastó el del Cuartel de Simancas, de Gijón— para evitar la entrada de los rojos.

El día 6 —después de dos jornadas de bombardeo endiablado — comunica la emisora marxista de Asturias que «las fuerzas del Naranco han avanzado hasta ocupar la Casa Negra. Igualmente se adelanta hacia el barrio de San Antonio y han quedado ocupados los almacenes de Obras Públicas. El barrio de Areneros ha sido aislado. Una patrulla llega hasta el convento de las Adoratrices. Veintiocho guardias civiles que intentaban volar un camión blindado han perecido. Los facciosos han tenido centenares de bajas; entre ellas hay que contar al teniente coronel Iglesias, tres capitanes y cinco tenientes». Ese mismo día el comunicado rojo añade los informes siguientes: «Por la Cadellada avanzamos hacia el Manicomio. Conquistamos el terreno palmo a palmo. Cada casa es una fortaleza. A última hora, los dinamiteros han obligado al enemigo a replegarse sobre los cuarteles. Es seguro que va a repetirse al caso de Simancas (Gijón)».

Noticias que el Frente Popular difunde el día 10 de octubre:

«Los facciosos se defienden tenazmente. Esta mañana hemos ocupado la estación del Norte y vamos a avanzar por la calle de Uría. La aviación, la artillería y los tanques son empleados sin cesar. Por el barrio de

San Lázaro, los mineros han llegado al convento de las Adoratrices. Por Areneros, nuestras líneas se han situado en el Cementerio, que era la mejor de las posiciones rebeldes. A medianoche nos hemos instalado en Rubín, donde está dominado el Cuartel de Artillería. Aranda se encuentra embotellado en el barrio de la Catedral. Las tropas republicanas se baten dentro de la capital de Asturias. Todo el barrio de la Argañosa es nuestro. La línea de ataque queda por debajo de la Plaza de Toros. En angustioso llamamiento, Aranda comunica a Burgos que va perdiendo las posiciones una a una y que sus bajas son muy grandes.»

El día 11, los rojos dicen haberse apoderado de Abuli. Arde el convento de las Adoratrices.

«Día 13. Hemos ocupado el Cementerio del Salvador y Areneros. También el barrio de San Lázaro es nuestro. En el Cementerio hemos encontrado 600 inscripciones de muertos enterrados por los facciosos. Se asegura que ha muerto el comandante Caballero.

Día 15. Continúa el avance por los barrios de la ciudad. Una columna ataca el Hospital, mientras otra tirotea el edificio del Ayuntamiento. Desde el barrio de la Tenderina es atacada la Fábrica de Armas, muy fortificada. Los facciosos disparan desde las torres de la Catedral. Hay noticias de que las columnas gallegas son incapaces de vencer la barrera de los mineros.»

Así llega el día 17 de octubre, durante el cual el Frente Popular de Asturias dice:

«Se está luchando dentro de Oviedo. En el Cuartel de Pelayo y edificios contiguos resisten los facciosos. Ya no tienen más que un cañón que esta descalibrado. Por la calle de Acevedo, los mineros han avanzado 500 metros hacia el interior de Oviedo. Las posiciones de La Manjoya, Olivares y Abuli, la del Depósito de Aguas y la del Cristo de las Cadenas, han sido abandonadas por los rebeldes. La aviación ha destrozado un convoy de 60 camiones que pretendía avanzar cargado de tropas moras. Los últimos núcleos de resistencia de Aranda son la Fábrica de Armas, el Cuartel de

Pelayo y la Catedral.»

Estos eran los informes de los sitiadores. En parte no faltaban a la verdad. En otra parte, no contenían sino fábulas.

La realidad es que el coronel Aranda, batidos sus nidos de ametralladoras por un intensísimo fuego artillero, reducidos sus efectivos a un millar de hombres a consecuencia de las bajas y de las enfermedades, tuvo que abandonar la línea de resistencia que desde el primer momento venia manteniendo y se replegó a las mismas casas de la ciudad, dejando en poder de los rojos San Esteban de las Cruces con sus estribaciones, Abuli, Mercadín, La Manjoya, la ermita del Cristo de las Cadenas, Olivares, La Argañosa, San Pedro de Arcos, las estribaciones del Naranco y todas las cotas que tenían alejados a los rojos a cerca de dos kilómetros de Oviedo. El repliegue consistió en colocarse los últimos defensores al abrigo de las casas de la capital; aun así, se consideraba imposible sostenerse durante mucho tiempo. En previsión de una retirada hacia determinados barrios, se organizaron núcleos de armas automáticas allá donde los rojos querían ir: en la Catedral y en el Cuartel de Pelayo. Era el 16 de octubre y ya no había más esperanza que la de las columnas libertadoras. El Generalísimo Franco, perfectamente advertido de que Oviedo no podía más, había enviado a tiempo una bandera de la Legión, que representó un refuerzo muy oportuno; detrás de esas tropas llegaron cuatro unidades más. ¿Qué sería de la columna de Martín Alonso? En ese instante es cuando Aranda envió su mensaje radiado: «Ya no nos queda más que morir como españoles». Y a la muerte se preparaban todos los defensores, cuando en la noche del 16 al 17 empezaron a oírse ecos de un tiroteo cada vez más próximo. Eran las columnas gallegas, que,

vencidas las defensas rojas de Peñaflor, coronando el Escamplero, trataban de dominar el monte Naranco. Se iluminaban las primeras horas del 17 de octubre cuando la guarnición de Oviedo prorrumpió en un grito unánime « ¡Los Regulares! ¡Los Regulares!» Y era cierto que las tropas Regulares acababan de aparecer en la cumbre del Naranco.



Un puente de circunstancias en la carretera de La Coruña a Oviedo

La espantosa angustia de los últimos días del sitio aparecen relatados con gran exactitud en un informe firmado por el comandante de Artillería Sr. Fernández Ladreda, que organizó en Oviedo las milicias voluntarias designadas con el nombre del organizador y que nos ha brindado la descripción siguiente:

«Dio el General Aranda el día 6 de octubre la orden de ocupar una nueva línea, abandonando determinadas posiciones. A pesar de la fuerte presión del enemigo con armas automáticas, ametralladoras, bombas de mano, artillería y aviación, las retiradas se efectuaron en actos de verdadero heroísmo, casi sin bajas, con el mayor orden, disciplina y serenidad, lo que permitió aprovechar de manera mucho más eficaz el escaso número de hombres útiles de que entonces se disponía y el poder así defender el centro y los puntos principales de la ciudad contra la invasión de los rojos.

Retiradas así efectuadas, sin bajas, con precisión matemática, tanto por el Ejército, Guardia civil, Asalto, etc., como por los paisanos militarizados, permitiendo no solamente salvar la vida de los hombres, sino, a la vez, todo el armamento y municiones, son otros tantos hechos heroicos y actos

meritorios llevados a cabo colectivamente por los defensores de Oviedo.

Los días del 4 al 17 de octubre fueron, sin duda alguna, los más duros, los más difíciles, los de mayor peligro y en los que mejor se puso a prueba el heroísmo, espíritu y moral de los valientes defensores de Oviedo.

Amaneció el 4 de octubre y la artillería enemiga comenzó a arrojar sobre la población y posiciones defensivas cientos de proyectiles: seis aparatos de aviación la ayudaban señalándole blancos y lanzando a la vez bombas incendiarias y explosivas; concentraciones numerosas de enemigos, bien provistas de municiones y armamento, atacaban en diferentes puntos; hacían acto de presencia los carros blindados; más de 2.000 proyectiles de cañón cayeron sobre Oviedo el fatídico 4 de octubre; día inolvidable para cuantos lo vivimos en la ciudad.

Nuestras siete piezas de artillería, escasas en número, reducidas en calibre, mermadas en proyectiles, frente a la artillería enemiga, llevaron a cabo aquel día una de las acciones más brillantes, heroicas y más inteligentes de cuantas —y fueron muchas— tuvieron lugar en el sitio, mejor diríamos calvario de Oviedo.

Incendios en los edificios sin disponer de agua para sofocarlos; ancianos, mujeres y niños viviendo día y noche en los sótanos, sin pan, sin poder acudir a las colas para proporcionarse alimentos; el tifus, declarado ya, auxiliando al cañón y a los aviones enemigos a reducir, aún más, el número selecto de defensores de Oviedo; la Providencia, siempre a nuestro lado, parecía querer abandonarnos en aquellos días tan espléndidos y aquellas noches tan claras como tristes en que no cesaban de caer sobre las calles de Oviedo las balas de la fusiles, las bombas de la aviación y los proyectiles de la artillería.

Ya estaba la población civil situada en la línea de combate; se vivía, si aquello era vivir, hacinados en los sótanos de los edificios principales, y era tristísimo contemplar la peregrinación de familias, con sus equipajes al brazo, que habiéndolo perdido todo, destruido por el furor y la barbarie enemiga, se encaminaban en busca de refugio y hogar. Pues bien; a pesar de todo ello y de las numerosas desgracias familiares, ni un momento decayó el espíritu de la población civil ni vacilaron un instante en ofrendar su vida y la de los seres

más queridos, ocupando su puesto de honor y de peligro, los defensores de Oviedo. Si en algún individuo pudo un momento flaquear el ánimo y debilitarse su espíritu, ello nada importa y debe someterse a la selección que seguramente se llevará a cabo en cada unidad combatiente; pero todas las fuerzas de la defensa, sin excepción, y en el conjunto, hicieron, a mi parecer, y es de justicia reconocerlo así, méritos suficientes, por su actuación heroica, para alcanzar el honor de ver en su manga izquierda, bordada, la insignia de la Cruz e San Fernando.



Oviedo. Esqueletos de viviendas

Los combates de la Loma del Canto, San Esteban de las Cruces, los Solises, Catalanes, Mercadín, etc., en los que la oficialidad alcanza el 60 por 100 de bajas y el conjunto de los defensores de Oviedo tiene cerca del 40 por 100, están esmaltados de hechos de valor y actos meritorios, de los que a mí me es absolutamente imposible describir su grandeza y en los que al lado de los hechos individuales, como los de Caballero, Brutos, etc., por no citar más que a los vivos, en los que el valor y el mérito alcanza las cumbres de la gloria, la actuación colectiva de los defensores de Oviedo, sin excepción, es extraordinariamente heroica.

Testigo presencial de la mayor parte de los hechos ocurridos tales días en la Estación del Norte, calles de Uría e Independencia, Adoratrices y Catalanes, donde prestaban servicio paisanos militarizados a mis órdenes, no me es posible —lo considero además innecesario— detallar los que tuvieron lugar en otros sectores; basta indicar que el ataque enemigo se pronunció en un frente muy extenso y simultáneamente en varias

direcciones.

… …. … …

Los días 10 y 12 de octubre, en el sector de Buenavista, un enemigo muy numeroso, provisto de artillería y aviación, atacó con furia el chalet de don Melquiades Alvarez desde las diez de la mañana a las cuatro de la tarde, llegando a 60 metros de los parapetos y actuando la artillería enemiga con tiro directo a no más de 400 metros de distancia; el Ejército, Guardia civil, Asalto, falangistas y voluntarios, todos unidos, rivalizaron en abnegación y heroísmo, conservando en poder de España la posición que se les ordenó defender.

Y asimismo los días del 12, 13 y 14 de octubre, en la Estación del Norte, cuando el enemigo, en posesión de la posición privilegiada de San Pedro de los Arcos, con intenso fuego de artillería, ametralladoras y cañón, se disponía a entrar en Oviedo por su arteria principal, la calle de Uría; días en que la 4.ª Compañía de Voluntarios perdió a dos de sus tres oficiales y en los que los falangistas, Guardia civil y voluntarios de Oviedo resistieron sin descansar ni relevarse día y noche, sin decaer su espíritu ni perder la serenidad y la fe, recogiendo los cadáveres de sus compañeros que caían víctimas de la metralla enemiga y sosteniéndose 150 hombres frente a 2.000 con la sonrisa en los labios y a España en el corazón.»

« ¡Los Regulares en el monte Naranco!» Ese grito era la voz de la victoria nacional en Oviedo. A fuerza de combates de extraordinaria dureza, el coronel Martín Alonso había conseguido penetrar en el fondo de todas las defensas rojas: Peñaflor, Cabruñana, Escamplero y, por fin, el Naranco. Los rojos, amenazados en uno de sus flancos, adoptaron la precaución de replegarse. Un polvorín volado en su campo fue la señal de que el repliegue iba a alcanzar a toda la línea más amenazadora sobre Oviedo. El teniente coronel Teijeiro, una vez rebasadas las posiciones de San Claudio y la de San Pedro de los Arcos, dio el

grito de « ¡Seguidme! » Menos de 300 hombres echaron a andar tras el jefe; detrás avanzó el Tabor de las tropas Regulares de Melilla que Franco había mandado desde el frente del Sur, privándose de esa y de otras fuerzas que le hubieran sido muy necesarias para la expugnación de Madrid. El sitio de Oviedo había terminado. Se acostaban las sombras de la noche sobre los rotos tejados cuando el coronel Martín Alonso entraba en la capital de Asturias por la Estación del Norte y la calle de Uría. Allí le esperaba el General Aranda (el coronel defensor había sido ascendido a General el día 1 de octubre). Los dos jefes se abrazaron durante largo rato. Apenas acertaban sus labios a pronunciar una palabra. Los combatientes y la población que les contemplaba prorrumpieron en vítores, cánticos y otros testimonios de alegría. La pesadilla había llegado a su fin.

Desde sus líneas, los rojos asistían a uno de los desastres más importantes que habían de sufrir en toda la campaña. Cuarenta y ocho horas antes les decían desde Madrid «Es indispensable conservar Asturias; su pérdida sería gravísima. La llegada de los gallegos a Oviedo representaría el comienzo de la derrota.» Los asturianos contestaron: «Nuestra situación ha empeorado. La aviación facciosa bombardea desde hace veinticuatro horas. Si mañana no hay niebla, estamos perdidos.» Al día siguiente no hubo niebla. El Gobierno envió aún a los asturianos este mensaje: «No hay medio de comprender vuestra situación, porque las noticias que dais no se comprueban».



El Coronel Martín Alonso, jefe de las tropas gallegas que liberaron Oviedo

Ya no hubo más. El coronel Martín Alonso, con 1.800 hombres, daba, buena cuenta del sitio. Este había durado tres meses. A lo largo de esos dramáticos noventa días, Aranda se había defendido con 3.500 hombres contra las masas. El día 17 de octubre no llegaban a 1.000 los hombres aptos para continuar combatiendo en la defensa de la ciudad asturiana. La aviación roja llevó a cabo 131 bombardeos y llegó a arrojar 1.500 bombas en un solo día. Millares y millares de granadas de cañón redujeron a polvo buena parte de Oviedo. Todo terminaba merced a la marcha audaz, casi desesperada, de una columna móvil que a fuerza de agilidad sobre el terreno, de conocimiento del fuego y del sentido de la maniobra, se imponía a un enemigo extraordinariamente superior en número. Asturias estaba perdida para los mineros. El cumplimiento y remate de tal desastre no tendría lugar, por azares de la campaña, hasta octubre de 1937; pero todo se hallaba ya prejuzgado en la liberación de Oviedo por los nacionales. La técnica, el coraje —«a los rojos les faltó coraje», ha dicho el General Aranda—, el sentido moral de la guerra, el mando superior bien ligado con los subalternos, habían vencido todas las leyes de un sitio clásico y detenido el alud de las masas enemigas. El efecto

de la derrota minera no podía menos de ser muy profundo en los destinos de la guerra desde el punto de vista de las esperanzas que todavía abrigaba el Frente Popular.

Ahora, terminado el relato por cuenta del autor, vamos a reproducir el resumen técnico redactado por el propio General Aranda acerca del sitio de Oviedo. Tiene el valor profesional e histórico que los lectores podrán suponer. Dice así el preciado documento:

DON ANTONIO ARANDA MATA, GENERAL DE BRIGADA, JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN ASTURIAS, CERTIFICA:

Primero.—Llamarse como queda dicho, natural de Leganés (Madrid), edad cuarenta y ocho años, no comprendiéndole las demás preguntas generales de la Ley.

Segundo.—El asedio de la ciudad de Oviedo comenzó el día veintisiete de julio y terminó el diecisiete de octubre de mil novecientos treinta y seis, durando, por tanto, noventa días. Tuvo cuatro etapas:

Primera.—Del diecinueve de julio al ocho de agosto. El día 19, a media tarde, se inició la acción militar, quedando la población en nuestro poder a las diez de la noche. El día veinte, al amanecer, se ocupó la totalidad de la línea exterior de posiciones previamente estudiada, quedando hasta el ocho de agosto estabilizados los frentes Norte, Oeste y Sur; el frente Este tenía ocupadas sus posiciones, pero la escasa presión enemiga permitió hacer eficazmente salidas en dirección a Gijón. Avilés y Noreña, hasta distancias de seis a doce kilómetros de Oviedo, sosteniendo un destacamento fijo en Lugones, a cuatro kilómetros de Oviedo por ser el nudo de comunicaciones de ese frente.

El enemigo contaba con tres a cuatro mil hombres con fusiles, procedentes del año 1934; de la Guardia civil de Sama y La Felguera; de la Guardia civil de Gijón; de dos Compañías de Infantería de Simancas que se

pasaron al enemigo el día veinte de julio; de la Compañía de guarnición en Trubia, desarmada por el comandante Ayza, al servicio del enemigo: la Compañía completa de Asalto de Gijón y la casi totalidad de fuerzas de los Carabineros de la costa. Todo ello les proporciona, ocho piezas de 105, un obús de 55 y dos piezas de 75 con abundantes municiones; de quince a veinte ametralladoras fusiles -ametralladores, una docena de morteros de 50 mm y abundancia de pistolas-ametralladoras, procedentes de la zona armera de Bilbao.

Segunda etapa.—Del nueve de agosto al cuatro de septiembre. El enemigo aumenta hasta seis o siete mil hombres y pone en juego doble número de piezas de artillería. Aparece su aviación en número no superior a tres o cuatro aparatos que mantienen la superioridad del aire, especialmente por la dificultad que la aviación de León tiene para el paso de la cordillera. El frente Este se cierra y enlaza con los demás, replegándose el destacamento de Lugones, con lo que el cerco se hace estrecho y completo. Se suceden los ataques enemigos, apoyados muy eficazmente con artillería y aviación, aunque dirigidos aisladamente sobre elementos sueltos de las posiciones.

Tercera etapa.— Del cinco de septiembre al cuatro de octubre. La caída de Gijón y la llegada de armamento, tanto extranjero como artillería y morteros procedentes de San Sebastián y Bilbao, permiten al enemigo desarrollar sus ataques en frentes más amplios. La población es castigadísima por la aviación, pues llega a arrojar mil quinientas bombas en un solo día. La artillería hace un verdadero derroche de municiones, pues hubo mil trescientos disparos en un solo día. Sin embargo, las posiciones mantienen sus efectivos y las reservas contraatacan con eficacia, conservando íntegramente las posiciones. En las pausas se mejora la línea ocupando puestos de vigilancia eficaces y posiciones artilleras convenientes. La guarnición tiene a estas fechas unas quinientas bajas y la población civil seiscientas. Las fuerzas enemigas se han elevado a ocho o diez mil hombres con diez o doce carros blindados y tanques improvisados.

Cuarta y última etapa.— Del cuatro al diecisiete de octubre. Aparece la dirección técnica de la artillería y de los ataques, así como una superabundancia de armamento, derivado de un desembarco realizado en Gijón. Transcurre en un ataque continuado con sólo intervalos de horas,

comenzado en el sector Norte, en la ladera del Naranco, corriéndose por el Oeste al Sur. Los efectivos son relevados continuamente y las posiciones reducidas a escombros antes del asalto. Los efectivos propios disminuyen con una rapidez vertiginosa, lo que imposibilita primero el contraataque y después la conservación de las líneas, que tienen que ir replegándose al casco de la población. Escasean las municiones, y al final la defensa se hace casa por casa, en guerra de calle a base de dinamita, llegando las bajas propias a mil seiscientas. El enemigo ha manejado efectivos de diez a doce mil hombres, continuamente relevados, con cuarenta y dos piezas de artillería y seis aviones. Han hecho frecuentemente uso de los carros blindados y líquidos incendiarios y, desde luego, un completo derroche de dinamita.

Tercero.—Fuerzas Regimiento Infantería de Milán, número treinta y dos. Habla efectuado el licenciamiento del verano ordenado y salido el primer turno de Oficiales y Suboficiales con permiso de verano. Tenía una Compañía reforzada destacada en Trubia, que fue desarmada por el enemigo, y unas ciento cincuenta bajas en la plantilla. Quedaban disponibles cuatro Compañías de ochenta hombres y una Compañía de ametralladoras con sesenta hombres; en total, cuatrocientos, y la llamada de los cuotas produjo unos cien hombres más; en total, quinientos hombres de Infantería. El Grupo de Artillería tenía dos baterías, con unos doscientos hombres. La Guardia civil pudo concentrar de ochocientos a novecientos hombres útiles. El Grupo de Asalto reunió doscientos cincuenta hombres, En total, las fuerzas militares sumaban mil ochocientos hombres. La misma noche del diecinueve al veinte se procedía a armar el mayor número de personas que ofreciesen garantía, pero la población no respondió, en parte por ser en gran medida izquierdista, y el resto por falta de decisión; únicamente actúa con energía, desde el primer momento, Falange Española, que proporcionó unos cuatrocientos hombres escogidos de seiscientos a setecientos afiliados, que se añadieron, como tercera sección, a las Compañía de Infantería y de Asalto, y en parte utilizados en las posiciones mezclados con la Guardia civil. Por tanto, el número de combatientes inicial fue, como máximum, dos mil doscientos, de los cuales había que deducir servicios y enfermos. Ingenieros e Intendencia no existían para estos efectos.

El armamento era bueno y abundante en Infantería, gracias a la previsión de guardar en los cuarteles los depósitos de la Fábrica de Armas de Oviedo, abundando las ametralladoras y escaseando los morteros de 81 y sus municione, De Artillería se disponía de siete obuses de 105 con unos dos mil disparos. De Aviación, al principio aparecieron algunos días dos aparatos viejos de reconocimiento de León, y más tarde, en septiembre, empezaron a venir mayor número y de mejor clase. De municiones existían al comenzar el sitio dos millones de cartuchos y al terminar unos sesenta mil, después de haber recibido treinta mil por aviación. Granadas de mano había dos mil, que se consumieron y fue preciso reemplazar con otras confeccionadas con dinamita, de las que se fabricaban quinientas diarias. De morteros de 50 había tres mil disparos que se consumieron. De morteros de 81 ciento cincuenta, que desaparecieron rápidamente. Se dispuso de bastante dinamita por haber tenido la precaución de transportarla de la cuenca minera el día diez y nueve de julio, al concentrarse la Guardia civil de Mieres.

Cuarto.—Las operaciones y movimientos tácticos más importantes fueron:

Día diez y nueve de julio.—Sobre las seis de la tarde una Compañía ocupó por sorpresa la posición de Pando, que domina el Cuartel de Pelayo; un pelotón de guardias civiles se apoderó de la Central de Teléfonos, de la de Telégrafos y la Diputación; una vez conseguida la adhesión de las fuerzas de Asalto y vencida la resistencia de los Jefes y Oficiales izquierdistas, una Compañía ocupó el Gobierno civil. A las diez de la noche toda la población estaba dominada por las fuerzas, consistentes en unos ochocientos hombres, mientras se realizaba la concentración de la Comandancia de la Guardia civil.

Día veinte de julio. —Al amanecer trescientos guardias civiles, cien guardias de Asalto y una Compañía de Infantería, con dos piezas de artillería, realizaban la ocupación de la línea de posiciones exteriores, de Cadellada, San Esteban, Buenavista y falda de Naranco; a primeras horas de la tarde se tuvo el primer choque con el enemigo en el Depósito de Agua.

Del día veintiuno al treinta de julio se sostuvo constante presión en los frentes de San Esteban y el Depósito de aguas, motivado por el regreso de

las columnas de milicias socialistas y comunistas salidas para Castilla, que volvieron por el Puerto de Leitariegos, Tineo ay Trubia, a los cuales se sumaron los obreros de las fábricas de Trubia y Oviedo y unos dos mil hombres huidos de Oviedo y habitantes de poblados cercanos. Se realizan las obras de fortificación para constituir cinco núcleos de resistencia y los enlaces correspondientes a base de trincheras de poco relieve, guarnecidas por pequeños núcleos con fuerte proporción de ametralladoras.

Día veintidós de julio.— Teniendo noticias de que en el aeródromo de Llanera, a diez kilómetros de Oviedo, existía una avioneta civil que se trataba de utilizar por los rojos y que en sus cercanías estaban sitiadas las familias de un grupo de empleados de la fabrica de pólvora de Cayés, se realiza una expedición con dos Compañías que consiguen quemar la avioneta y reforzar la defensa de Cayés con sólo tres bajas.

Día veintitrés de julio.—La presión del enemigo sobre la posición de San Esteban, obliga a efectuar una pequeña operación para ampliar su frente con la ocupación del llamado Bosque del Cementerio. Se envía una columna de tres Compañías a reforzar la guarnición de la Fábrica de Cayés donde queda una Compañía de Asalto.

Día veinticuatro de julio.—Marcha sobre Cayés una columna formada por tres Compañías, dos piezas de siete centímetros y cinco guardias civiles que consiguen dominar Llanera y evacuar la totalidad de los habitantes de la fábrica, sufriendo siete bajas.

Día veintiséis de julio.—Una columna de tres Compañías efectuó un reconocimiento por la carretera de Gijón, hasta dos kilómetros de Oviedo en Pravia, sorprendiendo una guardia enemiga y el refuerzo que llegaba, haciéndole seis muertos y efectuando la retirada sin ninguna baja.

Día veintinueve de julio.—Se efectúa una salida sobre el poblado de Colloto, a cuatro kilómetros de Oviedo sobre la carretera de Santander, ocupando el poblado y haciendo huir al enemigo hasta las cercanías de Noreña, a doce kilómetros de distancia. Nuestras bajas fueron siete.

Día treinta y uno de julio.—Grupos enemigos de unos mil hombres acentuaron la presión sobre el Depósito de aguas y carretera de la Argañosa a San Claudio en términos inquietantes para el enlace entre el Depósito y la

loma del Canto, en la falda del Naranco, lo que obligó a tratar de alejarlos con la llamada columna de la Plaza, constituida por tres Compañías de fusiles y una de ametralladoras del Regimiento treinta y dos y dos Compañías de Asalto, más una batería de obuses de 105 de montaña, consiguiéndose el objetivo después de siete horas de combate en el que se sufrieron cinco bajas de Oficiales y setenta de tropa.

Día tres de agosto.—El enemigo realiza su primer ataque fuerte a la posición de Buenavista en la casa llamada de Buylla, dejando en el terreno más de treinta muertos con su armamento. Ese día se realiza la ocupación de la casa de Fitoria, en la falda del Naranco y sobre la posición de Pando, con el fin de conservar el manantial del mismo nombre, indispensable a la población cuyo abastecimiento normal de agua había sido cortado desde el día veintidós de julio.

Día cuatro de agosto.—Dos Compañías realizan a viva fuerza el abastecimiento de un puesto de treinta y cinco guardias civiles alejados en el poblado de Lugones a cuatro kilómetros de Oviedo, donde se reúnen las carreteras de Avilés, Gijón y una transversal a la carretera de Santander.

El enemigo comienza a usar con intensidad su artillería, lo que obliga a profundizar las obras de atrincheramiento y a crear abrigos en todas posiciones.

Día ocho de agosto.—La presión del enemigo sobre la carretera de Oviedo a Lugones es tan intensa que se decide la retirada del puesto, realizada después de diez horas de combate con tres Compañías de Infantería y dos de Asalto, consiguiendo salvar hasta el último guardia y sufriendo veintisiete bajas. Queda un puesto intermedio en el barrio de La Corredoira, a dos kilómetros de Oviedo. Comienza la acción intensa de la aviación, especialmente sobre la población civil, cuya protección se organiza en los sótanos y plantas bajas de los edificios más resistentes. Se dispersan los alojamientos de las fuerzas de la guarnición para limitar los efectos del bombardeo, muy insistente por parte de la artillería enemiga. El aumento de fuerzas del enemigo obliga a dar mayor densidad a las líneas, ocupándose puestos intermedios que flanqueen las cortinas a base de ametralladoras.

Día veintidós de agosto.—La potencia artillera del enemigo obliga a

buscar posiciones de artillería más favorables para las baterías propias. Para ello se efectúa la ocupación de Campón, a vanguardia del Depósito de aguas, con tres Compañías de Infantería, dos de Asalto y una batería, ocupándose la totalidad de la línea fortificada del enemigo en ese sector en un asalto rapidísimo. Bajas, treinta y dos.

Día veintitrés de agosto.—Con el fin de mejorar las posiciones de La Cadellada, se ocupa el caserío de Ventanielle, un kilómetro a vanguardia, que constituye una buena posición avanzada, realizándose el asalto por sorpresa con sólo siete bajas.

Día veinticuatro de agosto.—El enemigo reacciona sobre el Campón, desarrollándose un violento ataque que es rechazado con ayuda de las reservas del sector.

Día primero de septiembre.—El enemigo lleva una semana realizando continuos ataques sobre la carretera de Santander entre la Fábrica de Armas y La Cadellada. Para evitarlo, se realiza por sorpresa la ocupación de las lomas del Mercadín y el Mercado. Bajas, catorce.

Día cuatro de septiembre.—El enemigo ha decidido el asalto de la población y para ello trata de aterrorizarla con el bombardeo continuo de aviación que dura desde el día cuatro al día ocho de septiembre, llegando a arrojarse en un solo día mil quinientas bombas; quedan cortadas todas las comunicaciones telefónicas, líneas de transporte, electricidad y cañerías de gas, por lo que quedan aislados los sectores y la población a oscuras. Los abastecimientos se hacen con extrema dificultad, especialmente el agua para la población civil.

Día ocho de septiembre.—El enemigo inicia el ataque a fondo a las posiciones de S. Esteban, que es rechazado después de doce horas de combate. Nuestra bajas, tres Oficiales muertos y cuatro heridos, quince muertos de tropa y sesenta heridos. Se recogen al enemigo sesenta y cinco muertos y se comprueba que sus bajas fueron trescientas treinta y ocho.

Día nueve de septiembre.—Continúa el ataque al Bosque del Cementerio y se extiende al Campón y a la línea de enlace de Villafría. Es rechazado con treinta bajas propias y más de doscientas del enemigo.

Día diez de septiembre.—Se reanuda el bombardeo continuo de

aviación y tiene lugar un ataque a la posición de resistencia de la Loma del Canto y a su avanzada del caserío de las Cruces en la falda del Naranco, acompañado de tanques y camiones blindados.

Día doce de septiembre.—El enemigo interna un ataque por sorpresa al Compón, de madrugada, que es fácilmente rechazado Por la tarde insiste en el ataque a la Loma del Canto, sin resultado.

Día catorce de septiembre.—El enemigo hostiliza la carretera a San Esteban de las Cruces desde la loma llamada del Monte, lo que obliga e asaltarla de madrugada por sorpresa, logrando ocuparla con diez y seis bajas. En este momento las bajas militares pasan de quinientas. Se inicia la formación de una segunda línea de defensa constituida poco más o menos por el casco de la población, a base de voluntarios de Oviedo (de los cuales sólo unos cuatrocientos tienen armamento) y unos cien falangistas. La presión es constante y el cerco absoluto, haciéndose muy difícil incluso el paso de confidentes. De la población civil, una buena parte inicia tiroteos nocturnos contra individuos aislados o edificios militares, o bien aprovechando los bombardeos de la aviación enemiga, por lo que se hace precisa la creación de ocho patrullas de limpieza que poco a poco van consiguiendo localizar los «pacos».

Día veintitrés de septiembre.—El enemigo ocupa la Loma de Abuli sobre la carretera de Santander, y hostiliza duramente el Cuartel de Artillería de Rubín y el Matadero. En su vista, a las doce del dio se ocupa por sorpresa, no obstante hallarse profusamente fortificada, estableciéndose en ella unos ochenta falangistas seleccionados que forman la llamada «Harca de Oviedo» y cincuenta guardias civiles con cuatro ametralladoras.

Del día veinticuatro de septiembre al tres de octubre se tiene noticia de la aproximación de las Columnas de Galicia primero y de su retroceso a Grado después, lo cual se refleja respectivamente en la relativa descongestión del ataque y en una afluencia enorme de masas y elementos después. El día primero de octubre ha tenido lugar un desembarco en Gijón de siete mil fusiles, doce millones de cartuchos, doscientos fusiles-ametralladores y cien mil granadas de mano, recibiendo también una batería completa de 75 de San Sebastián. La plaza de Oviedo está reducida a unos

mil quinientos hombres de guarnición, con un millón de cartuchos de fusil y mil disparos de cañón Comienza una epidemia tífica que obliga a realizar una vacunación rápida.

Día cuatro de octubre.—Comienza el ataque a fondo de la plaza. De madrugada se desarrolla un ataque violentísimo en el frente Sur sobre el Bosque del Cementerio, Loma de la Manjoya y puesto del Prado de los Catalanes hasta la Fábrica de luz eléctrica del Fresno que es acompañado de seis blindados, provistos de cañón y ametralladoras, y pudo ser rechazado después de furiosos contraataques, especialmente en el Bosque y desde el Fresno sobre la finca Fontela, en los que se inutilizan dos blindados y se cogen tres fusiles-ametralladores. El enemigo ha dejado gran cantidad de bajas, de ellas cerca de doscientos muertos delante del Bosque, entre la Fuente del Forno y el puesto del Atalayón. Nuestras bajas pasan de cien. Simultáneamente comienza el enemigo un ataque sistemático sobre la posición de la Loma del Canto en la falda del Naranco y su posición avanzada del Caserío de la Cruz, especialmente por medio del fuego rápido y certero de una batería del 75, situada a mil quinientos metros, junto a los Sanatorios. Es rechazado con unas cincuenta bajas nuestras. La aviación enemiga bombardea furiosamente la población civil.

Día cinco de octubre.—Continúa el ataque enemigo a la Loma de la Manjoya, defendida por treinta y cinco guardias civiles, y al Caserío de las Cruces, defendido por cuarenta y cinco guardias civiles. Ambas guarniciones son anuladas sin posibilidad de ser reforzadas por el intenso fuego que reciben de artillería y camiones blindados, siendo evacuadas por los supervivientes que traen consigo sus armas automáticas. La aviación continúa su intenso bombardeo. Hemos tenido otras cien bajas.

Día seis de octubre.—El enemigo concentra su esfuerzo sobre la posición del Canto, guarnecida por cien guardias civil y una Compañía de Infantería. Todo el día se combate duramente, lográndose conservar la posición a costa de noventa y seis bajas que son repuestas durante la noche con elementos heterogéneos extraídos de los servicios auxiliares. El continuo bombardeo de aviación y artillería ha destrozado todas las trasmisiones y conducción de energía eléctrica, luz y agua. Se abastece durante la noche como es posible. La población civil está recluida en los sótanos con difícil

alimentación y gran número de enfermos.

Día siete de octubre.—El enemigo insiste en el ataque al Canto, concentrando sobre él toda su artillería de 75 que entierra materialmente a los defensores con las ametralladoras, originando la muerte sucesivamente del teniente coronel Iglesias y comandante Vallespín, ambos del Regimiento treinta y dos. Se rechazan violentos ataques de Infantería, conservándose la posición a costa de ciento cinco bajas, que sólo pueden reponerse parcialmente con paisanos, guardias municipales, conductores de camión, etcétera. También sufre un violento ataque la posición de Abuli que se conserva defendida por cien guardias civiles y falangistas.

Día ocho de octubre.—El enemigo acumula tal cantidad de fuerzas sobre la posición del Canto, ya destruida, que logra rebasarla por su flanco izquierdo, Caserío de Solises y casa de Vallovín, no obstante realizarse en esta última una defensa heroica, y al anochecer logran penetrar en la posición, siendo herido su jefe, comandante Caballero y muertos o heridos todos los Jefes y Oficiales. Aún se logra conservarla, pero ante la imposibilidad de cubrir ni una sola de las ciento veinte bajas sufridas, se ordena la retirada, que se efectúa fácilmente con todos los elementos y sin persecución enemiga, a las posiciones de San Pedro de los Arcos, transformador del Naranco y Cárcel. El enemigo que ataca durante la noche el flanco de la antigua posición del Canto por la Argañosa y depósito de máquinas a favor del Caserío, es rechazado con dificultad por los sesenta hombres de Asalto que lo defienden.

Día nueve de octubre.—Ante la retirada del Canto y la progresión del enemigo sobre La Argañosa y Las Canteras, resulta indispensable ordenar la evacuación del Campón y Depósito de agua a la línea Asilo del Fresno-Plaza de Toros, lo cual se realiza durante la noche por sorpresa, sin que el enemigo hostilice. En el barrio de La Argañosa sigue la infiltración enemiga, combatiéndose a la desesperada en las casas que van incendiándose o volándose a medida que penetra el enemigo, el cual avanza acompañado de numerosos camiones blindados, de los que se logran destruir dos con una pieza de siete centímetros. El gran número de bajas obliga a avanzar a algunos voluntarios de segunda línea a los puestos más debilitados de primera. Las bajas de Oficiales son tales que la mayoría de los puestos están

mandados por movilizados. Las municiones se agotan. La falta de relevo tiene extenuada la fuerza. Toda la reserva se reduce a una sección de Infantería y otra de guardia civil, tomada de las posiciones del sector Este, débilmente atacado.

Día diez de octubre.— El enemigo vuelve a atacar el Fresno y Prado de los Catalanes a favor de la Loma de la Manjoya que está en su poder, llegando hasta la Malatería y barrio de San Lázaro, donde el combare es durísimo. Como esto amenaza la retirada de la posición del Cementerio de San Esteban de las Cruces, se ordena su repliegue durante la noche hasta el caño del Aguila y línea de Villafría, lo que se realiza sin persecución enemiga durante la noche, pero con gran número de bajas y gente completamente agotada. El enemigo también ha atacado nuevamente en La Argañosa, Plaza de Toros y chalet de don Melquiades Alvarez, sobre la carretera de Trubia, siendo rechazado enérgicamente.

Día once de octubre.— Hay una calma en el ataque, salvo en el sector del Cementerio, donde el enemigo ataca nuestro puesto avanzado del Caño del Aguila y línea de Villafría, que se sostiene difícilmente por el gran número de bajas. Se aprovecha la noche para abastecer los puestos, y en previsión de nuevos ataques se empieza a constituir en el interior de la población reductos de resistencia, guarnecidos por voluntarios civiles con víveres para ocho días y algunas municiones que ya escasean muchísimo, pues sólo hay cien mil cartuchos para toda la guarnición.

Día doce de octubre.—El enemigo presiona desde la Loma del Canto sobre San Pedro de los Arcos y desde el Cementerio sobre el Caño del Aguila y Villafría, con grandes masas que avanzan a pesar de sus pérdidas cuantiosas y a fuerza de relevo. No hay ya un hombre en segunda línea ni municiones para las ametralladoras y el combare se desarrolla a muy corta distancia, a base de fuego de fusil muy lento y certero y gran empleo de bombas de dinamita, fabricadas en la Fábrica de La Vega. Se ordena a todos mantenerse en su puesto hasta el límite que permitan los edificios, pasándose de la guerra de trincheras, hecha hasta la fecha, a la guerra de calles. Cuando la artillería enemiga deshaga una casa sus defensores pasarán a la siguiente sin pedir relevo y procurando establecer contacto por sus flancos. Salen de los Hospitales todos los heridos y enfermos leves, que

marchan a los puestos para reforzarlos según sus aptitudes. Al llegar la noche es preciso replegarse al recinto de la población en todo el frente, excepto Cadellada, que se repliega a la Loma de Velarde, y Pando que se conserva íntegra, para proteger los Cuarteles, que son el último reducto y la posibilidad de utilizar el agua del depósito de Fitoria.

Día trece de octubre.—El enemigo ataca violentamente la Estación del Norte y Casa Ceñal en el frente Norte y la Plaza de América, sobre la carretera de Trubia, en el Noroeste, utilizando ampliamente su artillería y aviación para producir incendios de gran extensión que obligan a la defensa a retroceder algo en la Plaza de América. En todo el frente se combate sin cesar, disminuyendo los defensores en forma tal, que la mayoría de los puestos son de doce a catorce hombres.

Día catorce de octubre.—Remite algo el ataque. Se enlazan lateralmente los puestos y levantan barricadas por todas partes, consiguiendo evitar que el enemigo penetre en la población. La aviación propia arroja treinta mil cartuchos de fusil, doce proyectiles de cañón y material de cura.

Día quince de octubre.—El enemigo desarrolla un violento ataque con carros blindados en el frente Sur, desde las Adoratrices hasta Santo Domingo, consiguiéndose rechazarlo destrozándole dos camiones El enemigo trata de infiltrarse en la población por el campo do maniobras hacia el campo de San Francisco, lo que se evita mediante un contraataque apoyado por una pieza de 105 que logra destruir la casa que utilizaban como base de fuego.

Día diez y seis de octubre.—El enemigo se filtra en el barrio de San Lázaro hacia la Puerta Nueva, progresando en las casas mediante el empleo de dinamita. Para parar el avance, al llegar la noche se incendia la parte del barrio llamada El Campillín y a sus resplandores ametrallan los defensores que evacuan replegándose hacia el Matadero Bajo, consiguiéndose el que no penetren en la población. Esto ha costado al enemigo doscientos muertos y a nuestras fuerzas cerca de cien. La resistencia se hace imposible, abarcando todo el perímetro, y se prepara la retirada hacia los reductos interiores, especialmente el formado por la Fábrica de Armas, Cuartel de Pelayo y

Cuartel de la Guardia civil, con la Loma de Pando que los domina. Las municiones se han reducido a sesenta mil cartuchos. Quedan útiles quinientos hombres, contando los convalecientes, enfermos y heridos leves, más una cifra aproximada de doscientos a trescientos paisanos distribuidos en cinco reductos. Sin embargo, el espíritu es excelente, pues por hallarse toda la fuerza dentro de casa sufren menos incomodidades.

Día diez y siete de octubre.— Desde muy temprano acude nuestra aviación en gran medida y eficacia y se observa la evacuación por el enemigo del monte Naranco, donde a mediodía aparecen fuerzas marroquíes. El enemigo presiona en el frente Oeste y especialmente en el barrio de San Lázaro, pero ya se contiene con gran espíritu hasta el anochecer; sobre las seis y media de la tarde y con una niebla muy densa, un puesto de la Plaza de América avisa la presencia de un grupo de hombres armados que dicen ser nacionalistas; se ordena su reconocimiento con grandes precauciones y poco después ese mismo grupo aparece en la calle de la Independencia donde su jefe es reconocido por otro Oficial, comprobándose se trata de la parte de la vanguardia de la columna Teijeiro que va afluyendo rápidamente al mando del comandante don Jacobo López; una hora después entra en la población el coronel jefe de las Columnas de Galicia, don Pablo Martín Alonso. El cerco está roto y el sitio ha terminado

Quinto.—Las personas más distinguidas durante el sitio fueron las siguientes:

Estado Mayor.—Teniente coronel don Pedro de Ortega Baisse. Gran patriotismo.

Capitán don Antonio Cores. Gran eficacia técnica.

Infantería. —Teniente coronel don Manuel Iglesias Martínez. Gran eficacia técnica. Muerto.

Comandante don Benito Vallespín Cotrán. Valor personal. Muerto.

Comandante don Juan Castañón Alvargonzález. Valor personal y patriotismo. Herido.

Capitán don Eduardo Gispert Iturmendi. Valor personal. Herido.

Capitán don Epifanio Loperena de Andrés. Valor personal y gran pa-

triotismo.

Capitán don Pedro Bruzo Valdés. Valor personal y técnico. Gran patriotismo. Herido.

Capitán don Manuel Sánchez Herrero. Valor personal. Herido.

Teniente don Joaquín Jiménez Batallo. Valor personal extraordinario. Herido.

Artillería.—Teniente coronel don Aurelio Ayuela Jiménez. Como organizador al frente de la Diputación y del Ayuntamiento. Gran patriotismo. Herido.

Comandante (retirado) don José María Fernández Ladreda. Gran patriotismo.

Capitán (retirado) don Amador González Soto. Valor personal. Herido.

Capitán don Luis Fernández Corujedo. Gran patriotismo.

Capitán don José Oliveda Medran. Valor personal y técnico. Herido.

Teniente don Manuel Gutiérrez Soto. Valor personal y técnico.

Ingenieros.—Capitán don Domingo Barrios. Valor personal y técnico. Herido.

Intendencia.—Capitán don Luis Santiago Sánchez. Valor personal.

Teniente don Julio Rodríguez Vega. Valor personal.

Asalto.—Comandante de Infantería don Gerardo Caballero. Valor personal y patriotismo. Herido.

Capitán de Artillería don José Laredo González. Valor personal. Muerto.

Capitán de Ingenieros don Enrique Ibarreta Lloréns. Valor personal. Herido.

Teniente de Regulares de Tetuán núm. 1, don Juan Sánchez y Sánchez. Valor personal y técnico. Muerto.

Teniente de Artillería don Francisco Panadero Martínez. Valor personal. Muerto.

Teniente de Artillería (retirado) don Mariano Flórez y López-Villamil. Valor personal. Muerto.

Teniente de Intendencia don Luis Mayoral Massot. Valor personal y técnico. Muerto.

Guardia civil.—Teniente don Francisco Esteve González. Valor personal y técnico.

Teniente don Rafael Castrillo Garzarán. Valor personal. Herido.

Teniente don Isaías Alonso Alonso. Gran valor y eficacia. Herido.

Teniente don Luis Valiña Teruel. Valor personal. Herido.

Teniente don Toribio Gutiérrez Gabriel. Valor personal. Muerto.

Brigada don Damián Muñoz. Gran valor personal y patriotismo.

Movilizado voluntario.—Alférez don Manuel Sáez de Santamaría. Valor personal y técnico.

GIJÓN. – LA EPOPEYA DEL CUARTEL DE SIMANCAS

Antes de cerrar este capítulo dedicado a los islotes de resistencia que se crearon como efecto de la singularidad del Alzamiento en determinadas provincias, hemos de referirnos —después de haber resumido los sucesos del Alcázar toledano y de la ciudad de Oviedo— a las heroicas empresas que, para gloria de España y orgullo de la humanidad, cumplieron los defensores de los cuarteles de Gijón y los sitiados en el Santuario de Santa María de la Cabeza. La finalidad concreta de este libro —descripción de las operaciones militares a que ha dado lugar la guerra de España— no permite dedicar a tan maravillosos episodios todo el espacio que merecen. Cada uno de estos dos episodios exigiría un libro entero. Explicarlos aquí con todo el detalle que reclaman equivaldría a ensanchar las dimensiones de nuestra obra hasta límites intolerables para el lector. Por eso, habremos de reducirnos a intercalar verdaderos resúmenes que registren los hechos militares más importantes, tanto de Gijón como del Santuario andaluz. Si nos hemos extendido más en describir los acontecimientos del Alcázar y de Oviedo no es porque allí se derrochara más grandeza de alma que en el Cuartel de Simancas o entre las ruinas del viejo santuario convertido en ciudadela. Todos los héroes rayaron a igual altura y la historia ha inscrito ya sus nombres con caracteres parejos. Pero Oviedo y el Alcázar ejercieron mayor influjo en la situación general y en el desarrollo de las operaciones. De ahí que nos hayamos detenido especialmente en su recuerdo y estudio.

* * *

Gijón era el gran foco revolucionario de Asturias. Quiero decir que las masas obreras del mencionado puerto cantábrico dominaban la ciudad por completo, eran más audaces que las de Oviedo y desplegaban mayor combatividad en las luchas sociales. Por eso, a nadie podía sorprender que el día 18 de julio se hicieran dueñas de la calle y se apoderaran rápidamente de todos los servicios públicos.

La guarnición gijonesa era escasísima. Quedaba en uno de los focos —el llamado del Coto— un residuo del Batallón de Zapadores correspondiente a la plaza; en cuanto al Regimiento de Simancas, estaba en cuadro. Apenas pudieron reunirse, por consiguiente, unos centenares de hombres, que siguiendo la consigna dada por el General Mola declararon el estado de guerra, se alzaron en armas y se dispusieron a la lucha. Incertidumbres de los primeros instantes, pequeñas defecciones nada sorprendentes y ausencia de enlaces rápidos hicieron que la situación de los sublevados en Gijón fuera poco halagüeña. Aranda, como hemos visto en el relato anterior, intentó unirse a ellos, pero desistió por falta de fuerzas. Alguien habló de ensayar un desembarco apoyado por el crucero «Almirante Cervera»; pero ¿dónde estaban los medios necesarios para que el desembarco pudiera llevarse a efecto? y dónde los efectivos desembarcables? Nadie en el campo nacional se hizo ilusiones respecto de Gijón. Aquellos hombres resistirían cuanto pudiesen; pero si la situación de conjunto no se inclinaba con mucha rapidez en favor del Alzamiento, perecerían irremisiblemente. Quedaron, pues, sometidos al rumbo general de los sucesos. La conquista inmediata de Madrid hubiera bastado para libertarles. Dado que la guerra tomó caminos distintos de los previstos, no quedó otra vía que la de la rendición o la de la muerte. Los sublevados de Gijón eligieron esta última.



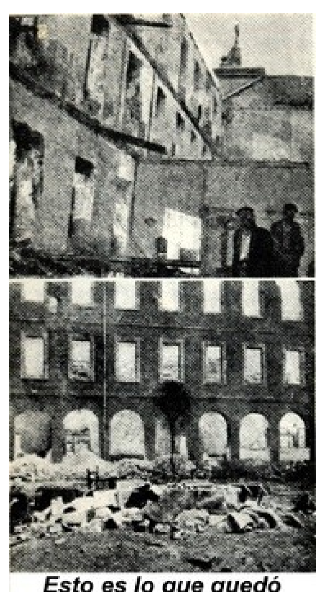
El Coronel Luis Pinilla, jefe del Regimiento de Simancas

El coronel Aranda, desde Oviedo, trataba de intimidar a los rojos cercadores de los cuarteles gijoneses anunciándoles la llegada de masas de aviación y de toda una flota poderosa. Aranda sabía que no existían en aquellos momentos tales poderes. Tres aviones envejecidos de la base de León quisieron hacer una demostración durante los primeros días, pero su capacidad ofensiva era tan limitada que los rojos no se amedrentaron demasiado. Más influjo ejerció en ellos la llegada a los mares cantábricos del crucero «Almirante Cervera», seguido poco después por el acorazado «España». El primer bombardeo del «Cervera», que batió el barrio de Santa Catalina y los lugares preferidos por las concentraciones marxistas, dio lugar a una verdadera desbandada. Bajo el fuego de los cañones del crucero los soldados de Zapadores y los del Cuartel de Simancas rechazaron activamente todos los intentos de asalto de las masas milicianas. Perdida por las tropas la ciudad, no les quedó otro refugio que el de los cuarteles. A ellos se acogieron pensando en prolongar la resistencia hasta el último aliento. La construcción de aquellos cuarteles no podía compararse con la del Alcázar de Toledo. Sus muros habían de sucumbir en cuanto los rojos pusieran en juego unos cuantos medios de guerra, aunque fueran

elementales. Los atacantes eligieron la dinamita y la gasolina. Fracasados durante los días 3, 4 y 5 de agosto en sus asaltos directos, resolvieron incendiar los cuarteles. Para ello utilizaron grandes mangas de riego que lanzaban gasolina contra los muros; inmediatamente las bombas de mano o los cartuchos de dinamita provocaban las llamas.

La situación se hizo muy pronto insostenible para el núcleo de Coto. En vista de ello se dispuso que los supervivientes del Batallón de Zapadores fueran a reunirse con los defensores del Cuartel de Simancas. De este modo aumentó la capacidad de resistencia, pero al mismo tiempo quedó muy simplificada la tarea roja. Ya no tenían más que un objetivo: el Cuartel de Simancas. Bombardeos artilleros y de aviación, incendios exteriores, asaltos, emboscadas y amenazas de minas fracasaron rotundamente. Para acabar era imprescindible llevar el incendio a las zonas vitales del cuartel, de modo que las llamas y el humo hicieran imposible la vida de un solo soldado en las galerías-parapetos.

Es curioso el cambio de mensajes entre el jefe del cuartel y el Comandante del crucero «Cervera». Punto por punto iban los sitiados indicando al buque los lugares que podía batir, e inmediatamente caían unas cuantas ráfagas de proyectiles sobre las zonas señaladas. Pero nadie pensó que la acción de un crucero detuviese la operación de cerco de los asaltantes. Cuando más, llegaría a refrenar su ritmo. Y así sucedió.


Esto es lo que quedó
del cuartel de Simancas

Verdaderos ríos de gasolina fueron a inundar los muros del Cuartel de Simancas, y el día 20 de agosto, el incendio era tal que todo podía considerarse acabado. Los sitiados, émulos de los héroes de Sagunto y de Numancia, se dispusieron a morir. Escalofría la lectura del último mensaje que enviaron al crucero «Cervera». Ya habían los rojos lanzado su asalto final contra el cuartel, amparados en los efectos de las llamas, ya conseguían penetrar en algunas de las dependencias, ya se llegaba al cuerpo a cuerpo, ya morían los soldados de Simancas y de Zapadores asidos al cuello de sus atacantes, cuando el jefe del cuartel ordenó transmitir el radiotelegrama siguiente:

«Jefe Cuartel Simancas a Comandante del crucero «Almirante Cervera». Tirad sobre nosotros. Tenemos dentro al enemigo. La defensa se hace imposible, porque el edificio arde y el enemigo comienza a entrar. Tirad sobre nosotros,

El crucero no tiró. Se limitó a contemplar, con tristeza y con orgullo, el final de aquella atalaya del honor español. La resistencia había durado un mes. Millares de mineros, duchos en el manejo de la dinamita y de la gasolina como elemento de incendio, lograban,

al cabo de treinta días, aniquilar a una guarnición insignificante que murió abrasada por las llamas. El Gobierno de Madrid recibió de Asturias el comunicado siguiente:

«Los mineros han asaltado el Cuartel de Simancas con dinamita y gasolina. Se ha provocado un gran incendio. Ante la imposibilidad de defenderse, los facciosos se rindieron. Muchos han perecido carbonizados. Algunos intentaran salir, pero fueron acribillados por los leales...»

Los muros del cuartel se habían rendido, en efecto; los defensores, no.

Unos puñados de carbón y ceniza quedaban como testimonio de su grandeza. Sus nombres y sus almas pasaban a ensanchar los cielos de España.

EL CAPITÁN CORTÉS EN EL SANTUARIO DE SANTA MARÍA DE LA CABEZA

A 786 metros sobre el nivel del mar, en las abruptas y endiabladas entrañas de Sierra Morena, se alza —se alzaba, más bien— un pequeño Santuario que la piedad de los campesinos y de los pastores andaluces había construido en señal de piadosa devoción a Santa María de la Cabeza. Se sube hasta la cumbre del monte por dos caminejos retorcidos y penosos que enlazan al Santuario con un pequeño caserío, situado en las faldas de la montaña, denominado Lugar Nuevo.

En la primera semana del Alzamiento español, 1.500 personas fueron a buscar refugio en la citada montaña. Huían de la revolución roja y trataban de llegar a una zona que estuviera dominada por las guarniciones sublevadas. Varios oficiales dirigían aquella expedición; se llamaban Cortés, Rodríguez de Cueto, Rueda, Ruano, Rodríguez Ramírez, Carbonell... El capitán Rodríguez de Cueto consiguió, a fines de agosto, mediante hábiles estratagemas, unirse a una columna de la Guardia civil que operaba contra Córdoba a las órdenes del General Miaja, y pasar con ella a las filas del Ejército nacional del Sur.

El mando del Santuario correspondió al capitán Cortés. Este hombre, cuya vida y muerte pertenecen a la jerarquía de lo sobrehumano, fue sorprendido por los acontecimientos del 18 de julio de 1936 en su destino de Jaén, al frente de una parte de la Guardia civil que cuidaba del orden público en los campos de aquella provincia. La sucesión de audacias y rasgos de ingenio que puso en práctica para alejarse de la zona dominada por el Frente

Popular, ponerse al frente de una expedición de nacionales y emprender el camino hacia la provincia de Córdoba, parece cosa novelesca e increíble, y nadie la creería, en efecto, si el suceso no hubiera acontecido en medio de nosotros, y si no quedaran tan directos testimonios de la hazaña.

Es el caso que el día 29 de julio, 1.500 personas se acogían al amparo de Santa María de la Cabeza, en la Sierra Morena. De ellas, había 500 en condiciones de combatir; las mil restantes eran mujeres, ancianos y niños; familias de la columna de Guardia civil que mandaba el capitán Cortés; vecinos de los pueblecillos de la comarca que huían de la revolución marxista; humildes colonos que de esa manera evitaban su asesinato. Hombre muy previsor, dotado de grandes condiciones para el mando, el capitán Cortés cuidó de reunir previamente una considerable dotación de cartuchos de fusil y una cantidad de alimentos que asegurase la vida de todos los expedicionarios durante varios días. Como todos los demás cálculos que por entonces se hicieron, como todos los plazos que se fijaron, el del capitán Cortés se basaba en supuestos que no habían de cumplirse. ¿Quién podía imaginar que al cabo de quince días, o de un mes, como máximo, no estaría todo o casi todo en vías de terminarse inmediatamente? Siendo así, Cortés se hallaba seguro de salvar toda su expedición. Mientras tanto, si se les atacaba, contestarían.



El Capitán Cortés con cuatro de sus hijos

Claro está que, muy pronto, los milicianos rojos de la provincia de Jaén, informados de la presencia de una fuerza sublevada en el Santuario de la Cabeza, constituyeron una columna para atacarla y rendirla. Cortés distribuyó sus escasas fuerzas entre el Santuario y el caserío de Lugar Nuevo, situó con buen tino los puestos de tiradores, aseguró las comunicaciones entre los dos núcleos, creó un sistema de enlaces, dio la orden de resistir a toda costa y esperó. En efecto; los primeros asaltos rojos, apoyados exclusivamente por un fuego de fusilería bastante elemental, fracasaron totalmente. Reforzada la columna de milicianos con nuevos efectivos, volvieron a fracasar de una manera sangrienta. Apostados los guardias civiles de Cortés en lugares adecuados, su fuego era muy seguro; en cambio, el daño que sufrían de la fusilaría roja, escasísimo, prácticamente nulo.

El sitio se fue organizando durante los meses de agosto y septiembre, a medida que los acontecimientos militares se complicaban en la provincia de Córdoba. Cortés hubo de rectificar sus plazos, y como viera que el Ejército nacional del Sur no avanzaba hacia Sierra Morena, sino que se mantenía a la defensiva en las cercanías de Córdoba, se dispuso a reunir los medios necesarios para resistir durante otros treinta días. A esos efectos organizó pequeñas salidas de los defensores hacia el campo rojo, golpes de mano sobre una parte de las fuerzas milicianas, incursiones dentro de los montes próximos, lo cual le fue procurando algún botín y le permitió adquirir un rebaño de cabras; de ese modo, el 28 de agosto, día en que el capitán Rodríguez Cueto salió de la posición para unirse a los guardias civiles de la columna Miaja y pasarse con ellos a las filas nacionales, Cortés disponía de víveres para un mes.



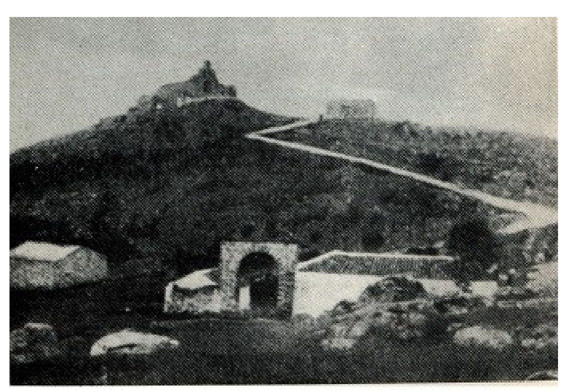
Perspectiva del Santuario

Como capítulo de grandeza moral y de heroísmo, el del Santuario de Santa María de la Cabeza y su capitán Cortés sobrepasa los límites de lo legendario. Como acontecimiento militar, su influjo en la marcha general de las operaciones no podía ser grande.

Los sitiados se defendieron desde fines de julio de 1936 hasta el día 1 de mayo de 1937, o sea durante algo más de nueve meses. Ese día 1 de mayo, la posición fue asaltada y ocupada por el Ejército rojo, después de quedar muertos o heridos todos, absolutamente todos los combatientes defensores.

En el mes de abril fue cuando los rojos, desencantados ante los innumerables fracasos que habían sufrido en su sistema de asaltos contra la resistencia de Lugar Nuevo y del Santuario, montaron un sitio en toda regla. Contra aquel puñado de hambrientos y enfermos reunieron 6.000 hombres, dotados de fuertes medios de combate. Ya desde tiempo atrás venían batiendo con artillería de campaña los puestos del Santuario; en abril tiraban contra los frágiles parapetos de Cortés cinco baterías de 7,5, una de 105, otra de 12,40, un cañón más de 10,5 y otro de 15 milímetros; en total —dado que las baterías rojas se organizaban con tres piezas—, 19 piezas de artillería. Por añadidura, contaban con diez morteros de 81, cuatro lanzaminas de 100 mm y 70

ametralladoras. Finalmente, los 6.000 milicianos estaban apoyados por cuatro pequeños carros de combate, por una escuadrilla de bombardeo y dos de aviones de caza.



Vista general del Santuario antes de ser atacado

Todo este aparato bélico tenía como finalidad reducir a 400 hombres —hay quien da la cifra de 300 como residuo de la primitiva de 500— que contaban, por toda arma, con sus viejos fusiles y con una ametralladora. El día 7 de abril, los defensores del caserío-avanzadilla de Lugar Nuevo tuvieron que abandonar sus posiciones y retirarse al Santuario, cuya situación, por otra parte, se iba haciendo absolutamente insostenible. Un fuego constante, incluso durante la noche, lo arrasaba todo. Dará idea este mensaje que un día de abril envió el capitán Cortés al General Jefe del Ejército del Sur por medio de los elementos de enlace que la aviación le había ido procurando:

«Como continuación al mensaje que acompaño —que en el día de hoy se empezó a transmitir por heliógrafo, sin que la artillería roja permitiera transmitir, por batir todos los frentes—, participo a V. E. que en el día de hoy ha sido tan tenaz y mortífera la actuación de dicha arma, que no existe un solo rincón en el Santuario fuera del alcance de la misma. Las escenas que aquí se han desarrollado no son para describirlas. Heridos de días anteriores, muertos en los rincones en que se hallaban; familias casi desaparecidas, unos por la acción de la metralla, los más sepultados entre escombros. Los que se han sacado con vida están sin poder curarse por

haber destruido la metralla la parte destinada a botiquín. También se hallan inaprovechables los pocos víveres de que disponíamos; en las escasas cuevas que hay y entre las piedras van a pasar la noche estas pobres mujeres y niños, aguantando la lluvia y el viento de esta tormentosa noche y el constante paqueo, que no cesa. Aun así, rehúyen la idea de una rendición, y yo, mi General, pese al espíritu de todos, comprendo lo insostenible de la situación... Esto, más que odisea, es ya locura.»

Todos los proyectos que el Ejército del Sur había acariciado para socorrer directamente y liberar a los sitiados, hubieron de ser abandonados por impracticables. ¿Una ofensiva a fondo? Imposible; desde los alrededores de Córdoba, al principio, desde el frente de Lopera y Porcuna después, había 100 y 75 kilómetros, respectivamente, hasta el monte del Santuario. Hubiera sido necesario preparar una ofensiva muy poderosa y penetrar muy profundamente en la zona roja; pero el Ejército nacional no disponía de efectivos para tales operaciones, porque toda su masa de maniobra estaba comprometida en la marcha convergente sobre la meseta central de España. ¿Sería posible, en vista de ello, organizar milicias especiales, algo así como «jarkas» morunas que, aprovechando la noche y la dificultad del terreno, se aproximaran hacia los sitiados? Tampoco esto tenía sentido. Hubiesen caído envueltas en la persecución de cuatro o cinco columnas de milicianos.

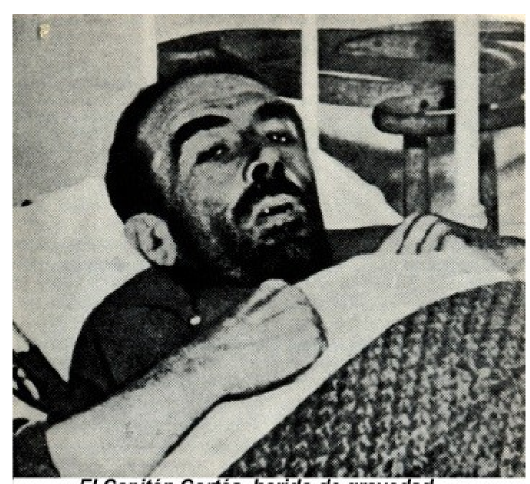
No hubo, por consiguiente, otro remedio que renunciar a toda idea de liberación y organizar, como se pudiera, un suministro por medio de aviones. La idea inicial correspondió al capitán Rodríguez de Cueto, que había estado en el Santuario y, como ya se ha dicho antes, pudo llegar a las filas nacionales. El gran protagonista del suministro aéreo fue el «as» de la aviación española capitán Carlos de Haya, calificado como uno de los mejores pilotos del mundo,

especialista en vuelos sin visibilidad e inventor de un aparato —el «Integral Haya»— para la dirección de vuelos nocturnos. En el mes de octubre de 1936 se iniciaron los viajes de suministro al Santuario. Al principio, la operación se efectuó sobre algún avión de viejo modelo, en condiciones de insuficiencia técnica que únicamente la pericia de Haya pudo superar. Más tarde se empleó un aparato Douglas; andando el tiempo intervinieron aeroplanos de construcción alemana y una escuadrilla compuesta de Savoias. El Ejército del Sur nos ha ofrecido este resumen del esfuerzo llevado a cabo por la aviación:

«Los aviones nacionales volaron casi todos los días sobre la posición aislada en medio del desierto rojo. El ruido de los motores resonaba en aquel trozo de cielo como una música de esperanza y de solidaridad. Se lanzaron claves para la comunicación, periódicos, cartas, paineles para las señales, medicamentos, pan, conservas... Al séptimo vuelo se dejaron caer en paracaídas cuatro palomas mensajeras, gracias a las cuales pudo el capitán Cortés iniciar el envío de sus mensajes. En tubos especiales de metal se lanzaron alimentos, medicinas, municiones Los aviones llegaron a depositar en el Santuario una ametralladora desmontada. Al propio tiempo, bombardeaban y ametrallaban a las tropas sitiadoras. Los rojos instalaron cañones y ametralladoras del servicio antiaéreo, pero no consiguieron evitar los viajes de aprovisionamiento. Intervienen los aparatos de caza del Frente Popular, pero tampoco con esto quedan cortados los suministros. La lista detallada de los servicios aéreos prueba el valor y el valer de los Jefes. Oficiales y soldados del Arma: Cada vuelo duraba unas tres horas. El material suministrado representa un peso de 110.077 kilos. Pan, calzado, tabaco, ropa, medicamentos, correspondencia, proyectiles, todo lo que fue posible, llegó con bastante regularidad al Santuario de la Cabeza. Nadie se rindió Los defensores sucumbieron hasta el último bajo el peso aplastante de una masa de 6.000 hombres que disponían de un material poderoso. Esto sucedía a los nueve meses de resistencia.»

El capitán Rodríguez de Cueto —hoy comandante— ha dejado un pequeño libro, muy interesante, sobre los suministros organizados por la aviación. En sus páginas, la figura del piloto Carlos de Haya alcanza proporciones excepcionales. Desde el punto de vista de la técnica aérea, la experiencia del aprovisionamiento del Santuario, partiendo del campo de aviación de Tablada, es una lección que no puede perderse. Las condiciones de los vuelos eran, por lo general, adversas, porque en Sierra Morena los accidentes atmosféricos suelen ser violentos, y lo mismo las tormentas que los vientos desatados o la niebla se suceden con bastante frecuencia. Gran parte de los suministros fueron llevados a cabo sin visibilidad y en situación de riesgo inminente. A pesar de ello, el porcentaje de tubos y paquetes introducidos dentro de las líneas que el capitán Cortés había organizado fue muy alto; el propio capitán Haya alcanzó en varios vuelos el 100 por 100 de eficacia.

Cuando se difundió la noticia de que el Santuario de Santa María de la Cabeza había sucumbido bajo los ataques rojos, nadie se sorprendió. Un duelo de penas y una exaltación de homenajes rodeó y rodeará para siempre en la Historia la figura inmarcesible del capitán Cortés y de los suyos, muertos en aquella montaña pedregosa, donde los efectos del bombardeo rojo habían creado un paisaje lunar, igual que aquellos que recordamos haber visto en los frentes de la Gran Guerra europea, destrozados por millares y millares de toneladas de metralla. Los rojos sufrieron durante el sitio cerca de 2.000 bajas, el 33 por 100 de los efectivos empeñados. Cortés había visto caer a todos sus hombres; con ellos cayó el capitán, cuyas últimas horas de combatiente le presentan haciendo fuego de fusil, rotas las carnes por la metralla, envueltos en sangre la cabeza y el pecho.



El Capitán Cortés, herido de gravedad y ya prisionero

CAPÍTULO IX

CONVERSIÓN DEL FRENTE NACIONAL PARA LA LIBERACIÓN DE TOLEDO Y MANIOBRA DE APROXIMACIÓN A MADRID

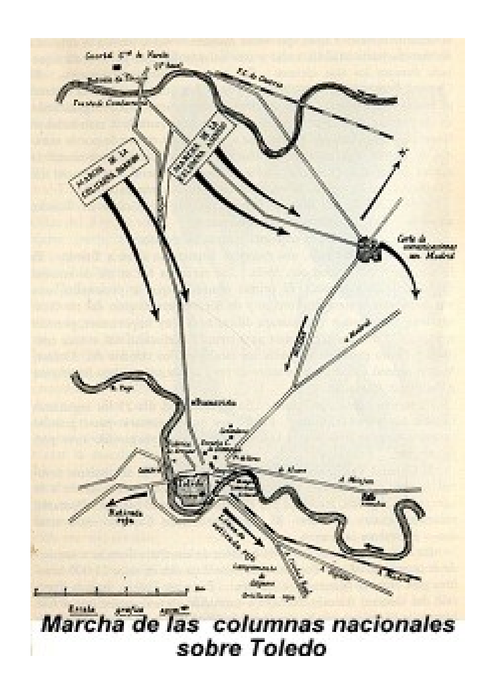
El General Varela toma el mando del Ejército de maniobra hacia Toledo y Madrid. — Franco cumple su promesa de liberar a los sitiados del Alcázar. — Los combates de la liberación. — ¡27 y 28 de septiembre de 1936! — Marcha hacia la capital. — Operación en cuatro fases, ruptura central, avance por el ala izquierda, progresos sobre el ala derecha y movimiento de aproximación del dispositivo nacional hasta las orillas del río Manzanares.

La obligación de relatar los acontecimientos que tuvieron lugar en Toledo, Gijón, Oviedo y Santa María de la Cabeza durante los primeros meses de la guerra, dada la importancia que por sí mismos y en relación con el resto de la campaña revistieron, nos ha llevado a suspender la crónica de las operaciones con que las tropas de Franco, por una parte, y las de Mola por otra, iban preparando el ataque directo a la capital de España. Cumple que volvamos a tomar el hilo de aquellos movimientos. En relación con el Ejército del Sur, los dejamos el día 21 de septiembre sobre los llanos y oteros de Maqueda y Escalona, donde los Legionarios y Regulares indígenas del teniente coronel Yagüe habían rebasado las defensas de campaña levantadas por el General Masquelet con objeto de cubrir la ruta de Madrid, y aniquilaron las masas de milicianos reunidas apresuradamente por el «General en Jefe»

Asensio Torrado, sustituto del General Riquelme como hombre de confianza técnica del Frente Popular.

Desde su Cuartel General de Cáceres, el General Franco vigilaba el instante propicio de lanzarse en socorro de los sitiados de Toledo. Nadie advertía en su rostro la angustia que le consumía el alma pensando que los héroes del coronel Moscardó pudieran sucumbir al final de su gloriosa defensa. En uno de sus mensajes —como habrá visto el lector—, Franco había dicho a los defensores del Alcázar: « ¡Iremos a socorreros!»

Llegaba la hora de poner en práctica el gran propósito. Para ello había sido indispensable dominar las mejores redes de carreteras y ocupar líneas sólidas a fin de que las tropas de Madrid no pudieran reaccionar contra las «banderas» y «tabores» triunfantes desde Sevilla hasta el Tajo y hasta las fortificaciones de Maqueda. Una vez en posesión del nudo de comunicaciones que cruzan este pueblo, Franco vio la ocasión de proceder a una rapidísima conversión del frente de ataque; transitoriamente se iba a abandonar la directriz Sur-Norte para tomar otra de rumbo Oeste-Este.


Marcha de las columnas nacionales sobre Toledo

¿Hubo diferentes criterios sobre las operaciones que iban a empezar? Es posible; la conquista inmediata de Madrid tentaba a muchos ánimos y permitía suponer que, una vez victoriosos en la capital española, los soldados del Sur y del Norte resolverían automáticamente todos los demás problemas. Pero Franco (como volvería a suceder en todos los momentos graves de la guerra) fue quien comprendió el problema en toda su complejidad y con mayor hondura. Llevado de su instinto, de su dominio del arte militar y de su clarividencia, ordenó tajante: « ¡A Toledo!» Y no hubo más.

Nueve unidades de Infantería ocupaban el frente en el sector de Maqueda. El General en Jefe mandó que permanecieran tres —cada una de las unidades tenía los efectivos de un batallón— sobre el terreno conquistado en dicho sector, bien fortificado para rechazar posibles reacciones del enemigo procedentes de Navalcarnero. Las otras seis llevaron a cabo, a partir del día 22 de septiembre, el movimiento de conversión hacia Toledo. Les separaba de la imperial ciudad una distancia aproximada de 40 kilómetros. El día 22, las seis unidades —mandadas por los tenientes coroneles Barrón y Asensio— ocuparon el pueblo de Torrijos, a menos de 30 kilómetros de Toledo en línea recta. Las cuatro baterías que llevaban empezaron a batir inmediatamente el valle del río Guadarrama, que unos kilómetros al Oeste de la mencionada ciudad vierte sus aguas en el Tajo. El día 25, las vanguardias de la Legión alcanzaban las riberas del Guadarrama. Entretanto, las tres unidades de Maqueda, con sus dos baterías, hacían frente, bajo el mando del teniente coronel Delgado Serrano, a las pequeñas amenazas de los rojos, atrincherados hacia Escalona y Santa Cruz del Retamar. Barrón y Asensio ocuparon las aldeas de Val de Santo Domingo y Rielves. En aquel momento, el teniente coronel Yagüe, que venía mandando desde Sevilla la

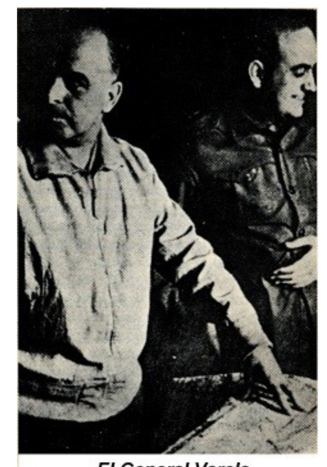
columna de marcha hacia Madrid, cedió a una enfermedad que ya le tenía aquejado durante los días últimos. Fue necesario darle un descanso. El General Franco le nombró Inspector de la Legión y le otorgó el ascenso al empleo de coronel. Con ese motivo acometióse una reorganización de las fuerzas de maniobra y fue urgentemente llamado a mandarlas el General D. José Enrique Varela, que se encontraba operando por la serranía de Ronda y preparando las bases de futuras operaciones contra la ciudad de Málaga. Llegado Varela al Cuartel General de Franco el día 23 de septiembre, oyó de labios del Generalísimo estas palabras:

—Si antes de seis días no hemos liberado el Alcázar de Toledo, aquellos héroes sucumbirán irremisiblemente.

Varela comprendió la consigna y tomó el mando.

Bajando de Maqueda, una carretera importante lleva a Toledo. Es la que une a esta ciudad con Avila. Esa carretera fue el eje de marcha de la conversión táctica. El primer obstáculo que se presentaba, una vez dominada la zona de Torrijos y de Rielves, era el paso del río Guadarrama, que aunque no presenta dificultades muy importantes, permite siempre a la defensa organizarse para frenar la velocidad del avance enemigo. Como todo retraso podía ser fatal para los sitiados del Alcázar, Varela ordenó forzar el salto sobre el río y aproximarse inmediatamente a las vegas toledanas.

El puente había sido volado. En la noche del día 25 los ingenieros tienden una pasarela militar. Puesto que no es necesario pasar grandes cargas —todo se reduce a la ágil Infantería—, el puentecillo sirve perfectamente.



El General Varela

El General Varela sitúa la agrupación primera —la del teniente coronel Asensio Cabanilles— a la izquierda; la derecha está confiada a la agrupación segunda, mandada por el teniente coronel Barrón. Operarán solamente cuatro unidades. El comandante Ríos Capapé —con otras dos— representa la reserva.

En la madrugada del 26 se da la orden de marcha a derecha e izquierda de la carretera Avila-Toledo. Los rojos disponen de unos 11.000 hombres para frustrar la maniobra nacional. Están en Toledo, bajo la dirección del General Asensio Torrado —ascendido recientemente por el Gobierno de Madrid— los Regimientos de Wad-Ras y Otumba, otro Regimiento de reciente creación que lleva el nombre de Largo Caballero, presidente, a la sazón, del Gobierno madrileño, el Batallón de Hierro, un Batallón de los Sindicatos anarquistas, un Batallón de voluntarios de Andalucía, el Regimiento Naval núm. 1, varias secciones de Asalto y algunas unidades de milicias sindicales. Disponen de toda la artillería que desde hace 66 días bombardea el Alcázar. El número de ametralladoras ha aumentado con un envío hecho desde Madrid. Por la carretera Madrid-Toledo, a la altura del pueblo de Olías del Rey, se advierte fuerte tráfico de camiones y de automóviles ligeros.

Dadas las apariencias del dispositivo adoptado por Varela,

parece que toda la operación va a desenvolverse sobre la carretera de Avila. Asensio Torrado toma las necesarias precauciones para cortar la marcha de los nacionales. El combate se endurece por momentos. El fuego rojo va siendo cada vez más intenso.

La carretera está muy batida por una artillería bien situada. De pronto, hacia el mediodía del 26, el Mando nacional advierte la aparición de un grave peligro. Una parte de las unidades rojas, desviándose hacia el Norte por la carretera de Madrid, y apoyándose en los pueblos de Olías del Rey y Bargas, trata de hostilizar el flanco izquierdo de la agrupación que manda Asensio Cabanilles. Esos instantes son los que revelan la existencia de un jefe militar o subrayan su incapacidad. Varela va a convertir el mencionado peligro en la baza principal y decisiva de su juego. A la amenaza que se inicia sobre su flanco izquierdo responderá con un contraflanqueo vivísimo, que pondrá primeramente en muy grave situación el ala derecha roja y, finalmente, cortará todas las comunicaciones directas entre Toledo y Madrid. Ese ha de ser el secreto de que Toledo sea liberado en las veinticuatro horas próximas.

Asensio Cabanilles recibe orden de balancear sus fuerzas hacia la izquierda y asaltar vigorosamente el pueblo de Bargas, desde el cual se puede batir fácilmente la carretera madrileña. En la segunda etapa del asalto, las vanguardias saltarán sobre la carretera misma y, si pueden, ocuparán el pueblo de Olías del Rey. A media tarde, la orden de Varela se está cumpliendo. El comandante Mohamed Mizzian, al frente de los Regulares de Tetuán, entra en las posiciones enemigas, las desborda y se hace dueño de Bargas. Los rojos reciben el golpe como una gran sorpresa, porque no esperaban que por allí se produjera un ataque

peligroso. La elasticidad y movilidad del Ejército de Africa, unidas a una instrucción perfecta sobre el campo y a un buen conocimiento de los efectos del fuego, se han impuesto a la lenta masa miliciana. El General Asensio Torrado se da clara cuenta del riesgo que corren sus tropas y manda que a toda costa, sin reparar en bajas ni en sacrificios, se proceda a la reconquista de Bargas y de las lomas próximas al pueblo. Comprende que de otro modo la suerte de Toledo se decidirá en pocas horas. Dos Batallones completos de milicianos, apoyados por el fuego de tres baterías, contraatacan furiosamente, pero el Mizzian no retrocede; si alguna de sus secciones se ve obligada a dejar una avanzadilla, los supervivientes tienen que volver a ella a fuerza de granadas de mano y de bayoneta.

Mientras tanto, las unidades que manda el teniente coronel Barrón avanzan más difícilmente por la derecha del Tajo y entran en la verde vega de Toledo. Siguen teniendo delante la masa principal de milicianos, que tratan de hacer un último esfuerzo para cerrar las entradas de la ciudad. En Bargas, durante la noche, advierte el Mizzian preparativos enemigos para reiterar los contraataques.

El día 27 de septiembre, con las luces del amanecer, aparecen nuevas fuerzas que vienen de Madrid. Asensio Cabanilles no quiere esperar demasiado. Se ve que llega una Compañía motorizada. Son unos cien combatientes que montan motocicletas flamantes. Mohamed el Mizzian va a intentar su envolvimiento. Se le da orden de maniobrar más a la izquierda y cortar la carretera después que los motociclistas hayan pasado el pueblo de Olías y antes de que lleguen a la altura de Bargas. El movimiento se ejecuta con rapidez vertiginosa. Las cien máquinas

quedan en poder de los nacionales. Pero no es eso lo importante, sino que la carretera de Madrid está cortada. Todos los refuerzos que durante la mañana van llegando de la capital se encuentran con los puestos de ametralladoras de la Legión y de los Regulares. El efecto moral de la maniobra es profundísimo en las unidades rojas. Una tras otra comienzan a replegarse sobre la ciudad, buscando las salidas que aún quedan libres, aunque batidas, por el Nordeste y Este de Toledo.

El General Varela se da clara cuenta de su ventajosa posición, y acto seguido, para explotar el éxito, empieza a abatir su ala izquierda en un movimiento envolvente. Marchan en cabeza un Tabor de Regulares mandado por el capitán Del Oro y una Bandera de la Legión —la quinta—, mandada por el capitán Tiede. Son ochocientos o novecientos hombres que cruzan el campo como exhalaciones. Los rojos no pueden seguir ese ritmo operatorio y maniobrero. Si en ese mismo momento logra el teniente coronel Barrón arrollar violentamente la resistencia de las masas que defienden Toledo por la vega, el desastre de las unidades atacadas va a ser grande. Será difícil que ninguna de ellas pueda escapar al aniquilamiento. Para evitarlo, resisten con verdadero encono y obligan a Barrón a emplearse a fondo. Las unidades de Ríos Capapé tienen que intervenir para forzar la violencia del ataque. Barrón, más técnico y rápido que sus enemigos, ocupa el Cementerio, el Colegio de Huérfanos, el Hospital de Afuera... Los altos mandos rojos huyen de la ciudad hacia los montes y carreteras de la vertiente oriental del Alcázar. Moscardó, seguro ya de la liberación, ordena a sus extenuados combatientes una salida hacia el centro de la ciudad y publica un bando intimando a los milicianos la rendición. De sitiado ha pasado repentinamente a sitiador.

Estamos ya en las últimas horas de la tarde del día 27 de septiembre. El Ejército rojo ha quedado desarticulado. Sus posiciones, dominadas. Hay que proceder al asalto definitivo de Toledo. Las vanguardias de Asensio lo llevan a efecto con un coraje irresistible. Barrón trepa por el Oeste desde los verdores de la vega.

El Jefe de Estado Mayor de las tropas rojas redacta un mensaje para que sea comunicado a Madrid. Dice así:

«27, 4 tarde. Urgentísimo. Jefe columna Toledo a Ministro Guerra.— La situación sigue agravándose. No puede hacerse evacuación población civil y heridos. No puedo enlazarme con Batallones Márquez. Enemigo tiene batido Puente de Alcántara desde la Academia, y carretera Mocejón está batida por facciosos. Se lucha en los barrios San Antón y La Vega. Pido instrucciones urgencia.»

Este despacho no llega a Madrid, porque antes de que la transmisión sea posible, la situación de los rojos se ha agravado mucho más.

Al anochecer, una sección de moros, al mando del teniente La Huerta, entra en la Plaza de Zocodover, sube por entre los escombros del Alcázar y saluda a los defensores. Estos se mantienen un instante indecisos, temiendo una añagaza. Por fin se reconocen, y la sección entra en el patio central del sagrado recinto. En seguida sube por la explanada oriental la Bandera de la Legión que manda Tiede. Moscardó comunica al General Varela la buena nueva. El General ordena que esas tropas pasen la noche en el Alcázar y dispone la total ocupación de la ciudad para el día siguiente.

En efecto, aún resisten los rojos, amparados en diversos edificios toledanos. Pero el grueso de las columnas de Barrón y Asensio se encarga de despejar la situación. El día 28, Varela entra

en el Alcázar y abraza a Moscardó. En el acto comunica al General Franco que la liberación del Alcázar y la reconquista de Toledo han quedado cumplidas.

Dentro de los escombros de la Academia, Moscardó había llegado al final de sus posibilidades. Tres días más y los héroes hubieran sucumbido en una muerte gloriosa. Así terminó la operación iniciada en Maqueda el día 22 de septiembre de 1936.

Disyuntiva político-militar entre Madrid y Toledo.

Se ha venido discutiendo tan larga como inútilmente la resolución tomada por el Mando supremo nacional cuando se le planteó la opción entre seguir la marcha hacia Madrid y lanzarse, en rápida conversión, a liberar el Alcázar de Toledo. Es bastante común la opinión —aunque a medida que el tiempo pasa vemos cómo va cediendo ese parecer— de que si se hubiera abandonado a los sitiados del Alcázar a su suerte, que es tanto como decir a su muerte, las columnas del Ejército del Sur hubiesen alcanzado una victoria rotunda en Madrid, con la conquista plena de la capital española. Otros, por el contrario, sobre afirmar reiteradamente que el abandono del Alcázar equivalía a una dejación de importantes y decisivos deberes morales, piensan que la entrada en Madrid ofrecía las mismas dificultades antes que después de la liberación de Toledo.

Un distinguido Jefe del Ejército italiano ha recogido agudamente los argumentos de los «madridistas» a toda costa. Dicen así:

«Si la liberación de Toledo fue para los nacionales un triunfo

grandísimo desde el punto de vista moral, y si como tal ejerció una notable influencia política, no tuvo las mismas consecuencias favorables en el campo militar, porque retrasó la marcha sobre la capital y comprometió su inmediata conquista.

El General Franco veía en realidad muy claramente que, desde el punto de vista exclusivamente operativo, Madrid era el único objetivo territorial que debía ser alcanzado.

Efectivamente, tenía una enorme importancia moral, porque la conquista de la capital hubiese legitimado, en cierro modo, el Gobierno del General y producido gravísimas repercusiones en el campo enemigo; no hubiera sido menor la importancia del suceso en el orden de la política internacional, puesto que se podía presumir que algunos Estados hubiesen reconocido automáticamente al Gobierno nacionalista.

Desde el punto de vista estratégico, la ocupación de Madrid hubiese dado a los nacionales la posesión de un centro de comunicaciones de carreteras y de ferrocarriles que prácticamente permitía dominar España entera, y, sobre todo, autorizaba la más amplia libertad de maniobra.

Hay que tener presente que las principales líneas férreas de España convergen sobre la capital y que su dominio garantizaba el enlace seguro y rápido entre el frente del Sur y el del Nordeste a través de la línea Cáceres-Madrid-Zaragoza, que se hubiese prestado al inmediato enroque detrás del frente y a una distancia conveniente del mismo.

Finalmente, había que tener en cuenta que la defensa de la capital amenazada provocaría la concentración de las fuerzas enemigas, las cuales se exponían por ello a ser batidas en una batalla que en tal caso tenía probabilidades de ser decisiva. En aquella época no se había dejado sentir todavía el peso de la ayuda rusa y los rojos andaban escasos de armas y de toda clase de elementos.

También era muy deficiente su aviación, y deficientísima la capacidad maniobrera de las tropas, improvisadas y pésimamente encuadradas.

La diversión de Toledo, impuesta por la necesidad moral de salvar a los defensores del Alcázar, satisfizo la apasionada aspiración de toda la España nacional en aquellos momentos.

De todos modos, es justo anotar que entonces no era posible imaginar el formidable aumento de la potencia roja y que, por agravarse la situación de Oviedo, se vería el General Franco obligado a enviar hacia aquel frente unidades destinadas a reforzar las tropas empeñadas en la dirección de Madrid.»

Ahí quedan, claramente resumidos, algunos de los argumentos que formularon en su tiempo los que sostenían que pudo dejarse a un lado la reconquista de Toledo a fin de apresurar la entrada en Madrid. Sin embargo...

Primero. El General Franco había dado su palabra de socorrer a los héroes del Alcázar, y el honor histórico del Ejército de España reside en el exacto cumplimiento de las palabras que empeña.

Segundo. Se olvida con mucha frecuencia que las causas profundas de la guerra civil de España no eran solamente políticas ni económicas, sino sobre todo morales, y la defensa del Alcázar obedecía eminentemente a esas causas, como lo reconoció toda la Humanidad civilizada cuando las columnas del General Varela alcanzaron su gran victoria.

Tercero. La liberación del Alcázar era «una apasionada aspiración de toda la España nacional en aquellos momentos»; por consiguiente, Franco se hizo intérprete de un anhelo entrañable e irresistible de su pueblo.

Cuarto. Al ordenar el movimiento de conversión desde Maqueda a Toledo, Franco veía con más claridad que nadie —y con mayor alcance— las consecuencias militares que de aquel movimiento se podían derivar; pero fiel a los designios espiritualistas de la guerra, estimó —y todo el mundo aplaudió su resolución— que la salvación del espíritu era más urgente e importante que la rápida consecución de otros objetivos castrenses

y políticos.

Quinto. La interpretación condicional de la Historia es siempre absurda; por consiguiente, no es demasiado lícito argumentar sobre lo que no pasó y se supone que pudo pasar. Como simple teoría, es posible afirmar que las tropas nacionales hubieran podido entrar en Madrid inmediatamente y que el tiempo *perdido* en Toledo frustró esa posibilidad; pero no hay quien pueda probarnos, con absoluta seguridad, que el plan militar de la marcha directa sobre la capital tuviese garantizado el éxito «a priori».

Sexto. Viniendo al plano de lo estrictamente militar, nos encontramos con varios hechos importantes. La reconquista de Toledo tuvo lugar el día 28 de septiembre de 1936; la reanudación del avance hacia Madrid, el 6 de octubre; ese plazo entre una y otro decisión, ¿es atribuible exclusivamente a la conversión sobre Toledo, o indica que había llegado el momento de reagrupar las fuerzas, reorganizarlas, darles un nuevo dispositivo y aguardar determinados elementos de combate antes de rematar en Madrid la marcha iniciada en Sevilla? ¿No es evidente que en alguno de los momentos de la maniobra —aun suponiendo el abandono del Alcázar a su suerte— se hubiera visto obligado el Mando nacional a detener el curso de sus operaciones, bien fuese en Maqueda, bien en Navalcarnero, con el fin de dar algún respiro a los soldados y de reponer los parques?

Séptimo. Continuar la marcha guerrillera hasta la capital de España sin asegurar la solidez del flanco derecho —líneas del Tajo y del Jarama— era empresa que no carecía de riesgos; mucho más si tenemos en cuenta que por la región de Aranjuez se habían advertido concentraciones importantes de fuerzas rojas, cuya misión clara consistía en caer bruscamente sobre el mencionado

flanco y cortar, si les era posible, las comunicaciones del Ejército nacional. Aun después de la toma de Toledo —la cual desorganizó, sin duda, los planes rojos—, la amenaza contra el ala derecha nacional y contra las líneas de retaguardia continuó siendo muy fuerte, según lo prueban los durísimos combates sostenidos en el sector de Seseña y Esquivias. El dominio de Toledo, ¿no hubiese aumentado las posibilidades de éxito rojo o, cuando menos, el peligro para las columnas procedentes de Sevilla?

Octavo. Se da por seguro que la continuación de la «carrera hacia Madrid» hubiera permitido al teniente coronel Yagüe o al General Varela alcanzar la capital antes de que las Brigadas Internacionales hicieran acto de presencia para defenderla. La suposición es poco menos que gratuita. Durante la última decena de octubre, dos de esas Brigadas se encontraban ya en las cercanías del campo de operaciones, a lo largo de la carretera Aranjuez-Madrid; algunas otras terminaban su concentración en Albacete. Las Brigadas «París» e «Internacional» podían estar en Madrid cuando quisieran; si no estuvieron antes fue porque el criterio del Mando rojo consistió en mantener su proyecto de ataque en el flanco derecho como medio de detener la maniobra nacional sobre la capital de España. Es innegable que si las vanguardias de Franco hubieran llegado a la Ciudad Universitaria diez días antes de la fecha en que cruzaron el río Manzanares, esas Brigadas Internacionales hubiesen abandonado sus acantonamientos del Tajo en el momento oportuno para ocupar los altos del Parque del Oeste y del Paseo de Rosales.

Noveno. La potencia del armamento rojo aumentó considerablemente durante el mes de octubre. Se vio claramente que la defensa marxista disponía de aviones modernos, de tanques

poderosos y de gran número de armas automáticas, lo cual obligaba a las columnas nacionales a esforzarse más en el combate y a prever mayor número de bajas. Para hacer frente a los nuevos elementos de lucha, el Ejército nacional debía esperar la llegada de aviones de caza, carros de asalto y baterías antiaéreas.

Décimo. Finalmente, la entrada de una pequeña columna nacional en Madrid sugería en todo instante las mismas dudas: seguridad completa de alcanzar la Puerta del Sol; pero ¿y después? ¿Cuál es la situación de 2.000 ó de 3.000 hombres en las entrañas de una ciudad de más de un millón de habitantes, rodeados de enemigos y amenazados en sus líneas de comunicación los atacantes? Los soldados del teniente coronel Asensio que pasaron el río Manzanares y se instalaron en la Ciudad Universitaria, pudieron penetrar en el corazón de los barrios céntricos de Madrid; esto es indudable; no lo hicieron porque las consecuencias de ese rasgo de coraje y de audacia habrían engendrado los más inquietantes problemas desde el punto de vista de la consolidación de la victoria. Uno de los más grandes y famosos generales de la Gran Guerra ha dicho: «Quizá la resolución más aguda y penetrante de Franco en los comienzos de la lucha española, y la que mejor acreditó su carácter de extraordinario jefe, fue la de no entrar en Madrid».

Mucho más largamente podríamos razonar sobre este curioso tema. Las razones ya apuntadas son, a mi juicio, suficientes para que, aun consideradas las cosas a la luz de los principios militares, aparezcan en su verdadero ser. Si a ello añadimos las razones morales, se viene a concluir en el considerable acierto que representa la orden de cubrir la línea de Maqueda con tres unidades y dos baterías, mientras los efectivos de seis Batallones,

con cuatro baterías, cumplían fulgurantemente una de las empresas más bellas de la Historia y de las que más honran para siempre el nombre de España y de sus héroes: la liberación del Alcázar de Toledo.

Desde Toledo y Maqueda hasta los alrededores de Madrid.

Al terminar los combates de Toledo, el Mando nacional cree llegado el momento de proceder a un nuevo agrupamiento y a una más justa ordenación de las fuerzas encargadas de la maniobra. Bajo la dirección del General Varela se cumplen las órdenes del Generalísimo Franco. Así, el dispositivo se integra con cuatro agrupaciones (el teniente coronel Tella vuelve a tomar posición entre las unidades de extrema vanguardia y choque), cada una de las cuales dispondrá de tres Batallones de Infantería y una batería. Un grupo de obuses de 10,5 y otro de 15,5 forman la artillería de conjunto o, por llamarla de otro modo, la divisionaria. Se ve que los efectivos totales alcanzan, poco más o menos, la cifra normal de una División de doce Batallones. La artillería es muy eficaz por sus mandos, pero escasa. Franco hubiera querido reforzar más el Ejército que ha de enviar contra Madrid, pero como en Oviedo se va agravando la situación —estamos en la primera decena de octubre— y Aranda comunica en radiogramas cifrados noticias inquietantes, el Generalísimo se desprende de cuatro o cinco unidades que envía a La Coruña y desde allí al frente asturiano.

Los rojos consiguen presentar una aviación extranjera cada día más potente. También los nacionales tienen que esperar la llegada de algunas escuadrillas legionarias (italianas). Por otra parte, se ha notado la presencia, todavía un poco tímida, de los

tanques rusos; en respuesta adecuada, hay que hacer venir al frente de ataque tres o cuatro secciones de carros y varios cañones antiaéreos.

Varela recibe el mando de las fuerzas alineadas desde las estribaciones de la Sierra de Gredos hasta las orillas del Tajo. Le corresponde, por consiguiente, un frente de 60 kilómetros, aproximadamente, a lo largo del cual se encuentran la Agrupación del teniente coronel Delgado Serrano, la del teniente coronel Asensio Cabanilles —que tiene junto a sí las fuerzas del comandante Castejón—, la del teniente coronel Barrón y la del teniente coronel Tella. Los Escuadrones de Caballería que manda el General Monasterio, encargados hasta este momento de cubrir el flanco izquierdo de la marcha en los valles de los ríos Tiétar y Alberche, pasan igualmente a las órdenes del General Varela y éste los traslada al flanco derecho, con la misión de vigilar los movimientos rojos, siempre importantes, en las zonas del Tajo y del Jarama.

Así reagrupadas las unidades y fijado el dispositivo general, el día 5 de octubre manda Varela que dé comienzo el nuevo ciclo de operaciones. Estas presentarán cuatro fases sucesivas:

Primera. *Ruptura central*. — Concentrada la masa principal de la maniobra a caballo sobre la carretera de Extremadura, o sea sobre la que ha servido de eje de marcha a las columnas de Yagüe desde su arranque en Sevilla, debe quedar rápidamente roto el frente rojo en la dirección de Santa Cruz de Retamar, Valmojado y Navalcarnero. Los primeros objetivos de la ruptura están señalados en la zona de Santa Cruz del Retamar, Escalona y pueblos colindantes.

Actúan tres Agrupaciones completas (Asensio, Barrón y

Delgado Serrano) más la columna de Caballería que aún continúa en el flanco izquierdo. El comandante Castejón procede con autonomía en la misión que se le ha encomendado. El ataque contra las líneas de Santa Cruz del Retamar es muy impetuoso. Por la izquierda, tres. Batallones de milicianos que se apoyan todavía en la Sierra de San Vicente, tratan de impedir el avance del teniente coronel Asensio. Esa Sierra de San Vicente es un gran peligro para el flanco izquierdo de Varela; la ocupan en buena parte las columnas rojas del teniente coronel del Rosal y una parte de la Brigada internacional «París». Si Asensio triunfa en los combates que ha empeñado, la situación de los rojos en la mencionada Sierra será mucho más que grave; buena parte de ellos quedarán prisioneros.

En Santa Cruz del Retamar ha trazado el General Masquelet la segunda línea de resistencia, puesto que la primera estaba en Maqueda. Barrón va conquistando varios pueblos en el centro del ataque. A media tarde, Santa Cruz es conquistado al asalto por los Regulares y los Legionarios. Los rojos se baten en retirada hacia Valmojado y Navalcarnero.

Al día siguiente, 7 de octubre, entramos en la segunda fase del plan.

Segunda. *Maniobra por el ala izquierda*. — La masa de ataque ha sido rápidamente desplazada hacia la izquierda. Los primeros objetivos que se presentan son los pueblos de Escalona y Almorox; al fondo, el gran cruce de comunicaciones de San Martín de Valdeiglesias, en plena provincia de Madrid. La Caballería de Monasterio no se ha trasladado todavía al Tajo; sigue operando en el flanco izquierdo, en medio de las estribaciones de la Sierra de Gredos. El Mando nacional ordena una marcha muy veloz que

tendrá como objetivo, por lo que a la Infantería se refiere, la ocupación de Escalona, y en cuanto a la Caballería, deberá seguir por el fondo del valle del Alberche y alcanzar el pueblo de Cenicientos, de modo que los milicianos de la Sierra de San Vicente queden encerrados en una bolsa; «la bolsa de Escalona». Empezamos a asistir a la táctica de Franco que se llegará a conocer con el nombre típico de «la táctica de las bolsas».

Delgado Serrano, con su Agrupación, cubre el frente de la carretera de Madrid. Asensio está en reserva sobre el sector de Fuensalida. Barrón y Castejón hunden las líneas rojas y toman Escalona. A la una y media del 7, el frente rojo de San Vicente se está desmoronando por completo. Sin perder un minuto, las vanguardias siguen marchando en dirección Norte y ocupan el pueblo de Almorox. Al propio tiempo, el coronel Monasterio, que salió de La Adrada, alcanza el pueblo de Cenicientos. En las líneas de los milicianos ha resonado el grito de «sálvese el que pueda». Los Mandos huyen a campo traviesa. Centenares de prisioneros quedan a retaguardia, esperando que una patrulla nacional vaya a recogerlos.

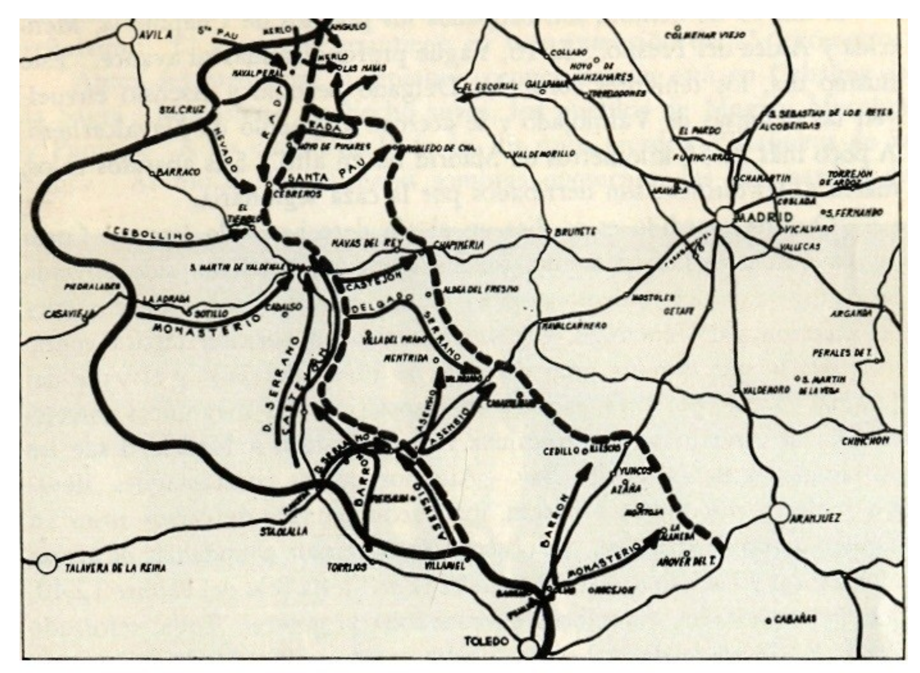
A las cuarenta y ocho horas de iniciado el nuevo ciclo de operaciones sobre Madrid, el teniente coronel Delgado Serrano ha entrado en San Martín de Valdeiglesias. Parejamente, las unidades del Ejército del Centro, mandadas por el General Saliquet, bajan desde la región de Avila y se sitúan a la espalda del Escorial, ocupando el pueblo de Robledo de Chavela. La Caballería de Monasterio asegura en todo momento, con gran pericia, el enlace entre Varela y Saliquet, hasta que dueño el primero de San Martín de Valdeiglesias y el segundo de Robledo de Chavela, se establece el contacto directo del Norte, el Centro y el Sur.

Entonces, Monasterio pasa a ocupar un sector sobre el ala derecha del dispositivo general, según se había previsto en el plan de reorganización.

Esta segunda fase de las operaciones se ha caracterizado por su audacia y su extraordinaria velocidad. A pesar de las dificultades que (frece el Terreno en una zona erizada de relieves montañosos y cruzada sor dos valles; a pesar, igualmente, de los peligros que encierra una larga marcha de flanco frente a Madrid, los objetivos han quedado perfectamente cumplidos. El frente se extiende ahora a lo largo de unos 80 kilómetros. Sin embargo, el avance no se paraliza. El coronel Yagüe, repuesto de su enfermedad, ha vuelto al frente y se hace cargo del mando de las Agrupaciones (Castejón y Delgado Serrano) que ocupan el ala izquierda. La orden dada a esas Agrupaciones supone un abatimiento por sorpresa hacia los pueblos de Chapinería, Aldea del Fresno y Villa del Prado. El centro, que aguarda el momento propicio para continuar su marcha, atacará Valmojado y Navalcarnero.

Las fuerzas combatientes reciben en estos días refuerzos de consideración. Una sección de antitanques, perteneciente al Primer Grupo Legionario, es incorporada a la columna Asensio para el ataque contra Valmojado.

Otra sección equivalente pasa a la columna Barrón, que tiende ya a concentrarse hacia la derecha. Una tercera se une a la columna Delgado Serrano en la zona de Méntrida.



Avance nacional desde Toledo y Maqueda hasta la altura de Illescas

La aviación nacional aumenta su potencia por momentos. Todos los aparatos españoles, salvo dos o tres escuadrillas enviadas al Norte, más la aviación legionaria, apoyan la operación de Varela.

El día 15 de octubre son ocupados los pueblos de Chapineria, Méntrida y Aldea del Fresno. El 16, Yagüe profundiza más su avance. Este mismo día, los tenientes coroneles Delgado Serrano y Asensio envuelven las defensas de Valmojado y se acercan al pueblo de Navalcarnero. A poco más de 50 kilómetros de Madrid hacen alto. Seis aparatos rojos, marca «Dewoitine», son derribados por la caza legionaria.

¿Qué ha sucedido estos días en el ala derecha de la línea? Cosas que merecen, indudablemente, mucha atención. Allí ha sido enviada la Agrupación del teniente coronel Tella, con el encargo de contener las reacciones del enemigo, que se encuentra en posición táctica ventajosa, puesto que domina gran parte de las líneas del Tajo y el valle del Jarama. Tiene, por otra parre, a su disposición dos magníficas carreteras: la de Andalucía por Aranjuez y la de

Toledo a Madrid desde las proximidades de Olías del Rey. Algunos de los contraataques, llevados a efecto con media División, iban acompañados de carros rusos en número digno de atención. Se observa una desusada abundancia de armas automáticas y hace su aparición resuelta la artillería roja del calibre 12,40, que dará resultados magníficos durante toda la guerra. Tella, reforzado con la 8.ª Bandera de la Legión, no ha cedido una pulgada de terreno, pero no oculta que la fuerza del enemigo, lejos de atenuarse, crece con refuerzos constantes.

Tercera. *Maniobra por el ala derecha*. — En esta fase se modifica nuevamente el dispositivo de maniobra. La Brigada de Caballería queda encargada de cubrir el flanco derecho sobre el rio Tajo. La columna Barrón marchará a derecha e izquierda de la carretera Toledo-Madrid, con Illescas como objetivo por el momento. Se agrega a las fuerzas de Monasterio la unidad de Tiradores del Rif. El día 16 de octubre se dan las últimas órdenes para las operaciones por el ala derecha.

El 17, de madrugada, las tropas se ponen en marcha. Monasterio marcha hacia las estaciones ferroviarias de Algodor y Castillejos, que la aviación destruye por completo. Caballería e Infantería se extienden por toda la comarca de las «llanuras de la Sagra». Desde el pueblo de Bargas, que fue la clave de la operación sobre Toledo, parte de las fuerzas de Barrón, apoyadas por dos baterías de 7,5, avanzan hacia el sector de Olías del Rey, donde encuentran obstinada resistencia. El comandante rojo Domingo se defiende con dureza. A las dos horas de choque, este comandante comprende que ha quedado envuelto y se disparo un tiro de pistola en la cabeza. A media mañana, Varela recibe noticias de que toda el ala marcha con una extrema velocidad

hacia los objetivos señalados. El avance se mantiene en una extensión de 25 kilómetros.

Antes del mediodía, el teniente coronel Barrón está en Cabañas de la Sagra; Monasterio ha hecho suyos, los pueblos de Magán, Mocejón y Pantoja. A las cuatro de la tarde, los rojos pierden Villanueva de la Sagra. Al filo de las primeras sombras nocturnas, las vanguardias de Barrón acampan junto al importante pueblo de Illescas, a 35 kilómetros de Madrid. Han recorrido, pues, durante la jornada del 17, 35 kilómetros en profundidad.

El día 18, antes del amanecer, Barrón vuelve a mover sus soldados. Se opone a su avance el teniente coronel Mena con efectivos equivalentes a cuatro Batallones. Por Yuncos pasa Barrón coma un rayo. A las once de la mañana, sus primeros soldados están en las calles de Illescas. Mena se retira a toda prisa, abandonando el material, incluso parte de su artillería. Monasterio ha dejado limpia toda la zona que su Caballería recorre desde hace tres días.

Ha terminado así la tercera fase del plan de operaciones que estamos resumiendo.

Cuarta. *Avance del conjunto del dispositivo*.—Alcanzado el objetivo de Illescas, Varela, de acuerdo con las instrucciones de Franco, dicta las disposiciones para lanzar hacia adelante todo el dispositivo.

Hasta ahora hemos visto moverse el centro en una operación de ruptura; luego hemos asistido a la maniobra del ala izquierda en la comarca del Alberche y en la carretera de Extremadura; en tercer lugar, el ala derecha ha arrebatado al enemigo las llanuras de la Sagra y una serie de comunicaciones interesantes; ahora presenciaremos la marcha del frente completo. Las medidas

tomadas por Varela señalan tres tiempos:

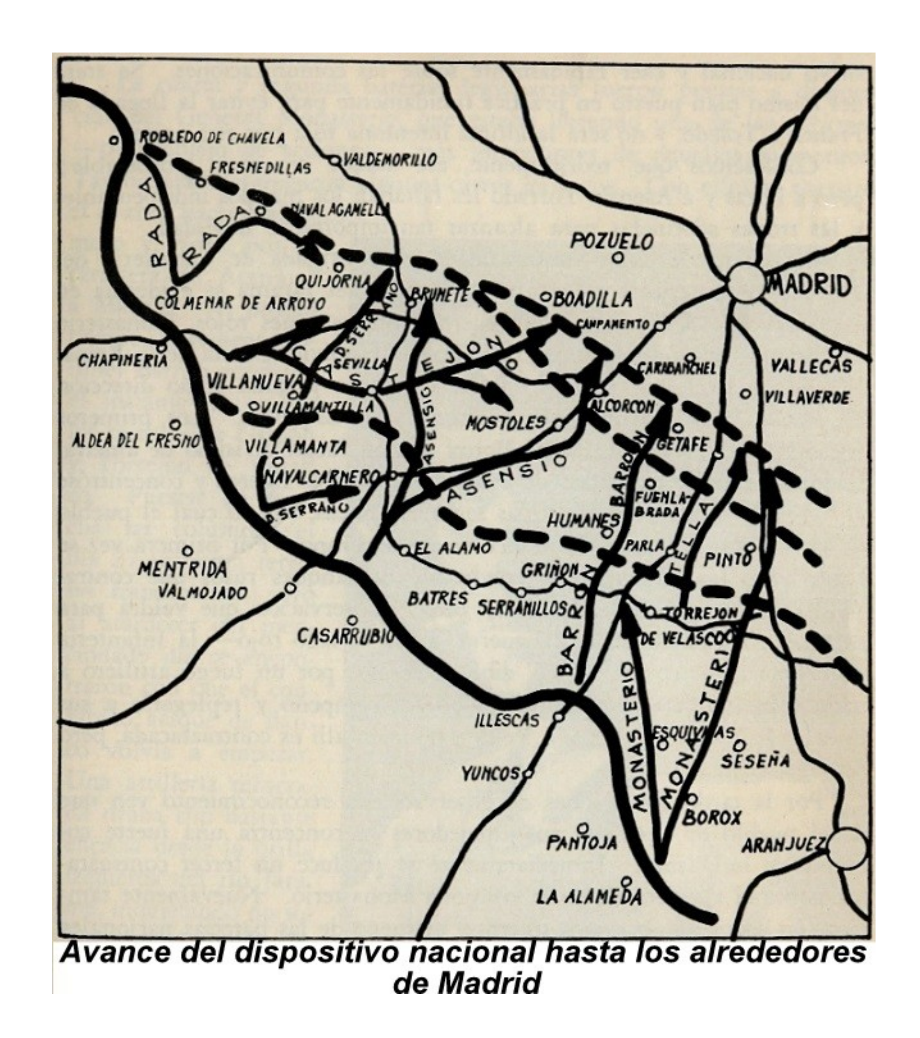
Primero. Se debe alcanzar una línea jalonada por los pueblos de El Alamo, Navalcarnero y Villamanta.

Segundo. Inmediatamente se ocupará por la derecha la línea Valdemoro-Torrejón de la Calzada-Griñón-Batres.

Tercero. La Brigada de Caballería se establecerá sobre la línea Borox-Yeles-Esquivias-Seseña-Cuesta de la Reina.

El día 21 de octubre es el señalado para el ataque de Navalcarnero. Se encomienda la operación a las columnas Asensio y Delgado Serrano, bajo las órdenes del coronel Yagüe y tomando como eje la carretera Valmojado-Navalcarnero. A las seis de la mañana, todas las baterías —se han unido recientemente las piezas de 65/17 del Primer Grupo Legionario— abren el fuego sobre una triple línea de trincheras. El sistema ideado por el General Masquelet defiende, no sólo la carretera general de Extremadura, sino las pequeñas carreteras provinciales que, confluyendo en Navalcarnero, dan a este pueblo un valor militar considerable. Los rojos tratan de inquietar el flanco izquierdo de Yagüe atacando en dirección de Chapinería, donde ha quedado guardando el frente la columna del comandante —ya teniente coronel— Castejón. Ei encuentro es rudo, pero al cabo de varias horas, Castejón logra rechazar el asalto y conserva todas sus posiciones. Mientras tanto, Asensio y Delgado Serrano, partiendo de Méntrida y de Valmojado, envuelven el caserío de Navalcarnero y se apoderan de él con mucha más facilidad de lo que cabía esperar, dadas las fuerzas llevadas allí por el Gobierno de Madrid. Como consecuencia de este éxito, se pasa a cumplir la misión confiada a las columnas de la derecha. Los rojos tratan de contraatacar en Illescas, donde Barrón resiste enconadamente varias

embestidas llevadas a cabo con más rabia que fortuna técnica. En seguida, como lógica reacción, adelanta sus vanguardias, pero en ese momento el General Pozas, que ha recibido un mando importante en el frente, insiste en la operación flanqueante y trata de reconquistar nuevamente Illescas, atacando por el Este y por el Norte.



Avance del dispositivo nacional hasta los alrededores de Madrid

Los efectivos de diez Batallones, apoyados por aviación y artillería, atacan entre el río Tajo y la carretera de Toledo. Los primeros momentos de la lucha son sangrientos y Pozas recobra una parte del terreno perdido en días anteriores. Durante setenta y dos horas, la obstinación roja se encarniza sobre las líneas de Barrón y de Monasterio. Reaparece aquí aquel primitivo plan de hundir el flanco derecho del dispositivo nacional y caer rápidamente sobre las comunicaciones. Se trata del mismo plan puesto en

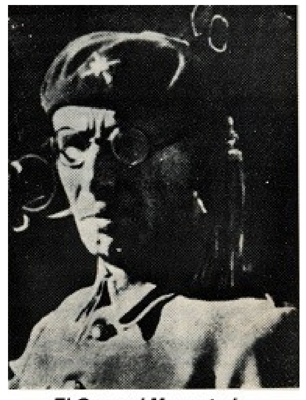
práctica tímidamente para evitar la llegada de Franco a Toledo, y no será la última intentona roja por esta parte.

Confesemos que, teóricamente, ese ataque era muy aconsejable; pero a Pozas y a Asensio Torrado les faltaban los mandos indispensables y las tropas adecuadas para alcanzar tan importante finalidad.

El acierto de haber encomendado a la Brigada de Caballería del coronel Monasterio la cobertura del Tajo y del Jarama se evidencia en esta ocasión. A la vista de los fuertes contraataques rojos, Monasterio se dispone a alcanzar la línea Yeles-Seseña-Esquivias-Cuesta de la Reina El día 24 divide sus fuerzas en tres columnas y toma como dirección de ataque la de Alameda de la Sagra-Borox-Esquivias. Los primeros Escuadrones chocaron cerca de Borox con un fuego vivísimo de ametralladoras; pero se dio orden de avance a los carros ligeros y concentróse el fuego de la artillería sobre las segundas líneas, con lo cual el pueblo de Borox pasó a manos de Franco en poco tiempo. Por primera vez se había visto una Agrupación importante de tanques rusos que contra-atacaban con apreciable decisión; pero —observación que valdrá para casi todos los combates de la guerra, desde el lado rojo— la Infantería no seguía a los carros; y así, dibujados éstos por un fuego artillero a corta distancia, tuvieron que abandonar el empeño y replegarse a sus líneas. La Caballería llega a Yeles y también allí es contraatacada, pero sin consecuencias.

Por la tarde, los aviones de observación y reconocimiento ven que en el pueblo de Seseña y sus alrededores se concentra una fuerte columna de milicianos. Inmediatamente se produce un tercer contraataque sobre el ala derecha de la columna Monasterio. Nuevamente también, las secciones de carros ligeros y el fuego de

las baterías nacionales frustran el intento del General Pozas. Esquivias ha sido ocupado y rebasado. Cuando los nacionales se disponen al asalto de Seseña y de la Cuesta de la Reina queda apenas una hora de luz, por lo cual se aplaza hasta el día 25 la consecución de estos dos objetivos, que al día siguiente pasan a manos de los atacantes después de cinco horas de fuego, a pesar de estar defendidos por 4.000 hombres. Monasterio se ha situado, por consiguiente, en la línea ordenada por el Alto Mando, o sea en la de Yeles-Esquivias-Seseña-Cuesta de la Reina. Todo el flanco derecho está definitivamente a cubierto de sorpresas. Allí podrán llegar ataques repetidos de los rojos, pero el frente tiene la solidez necesaria y todo intento de violarlo encontrará tropas decididas a resistir.



El General Monasterio

La cuarta y segunda baterías legionarias fueron puestas a disposición del General Monasterio, que estaba librando una de las acciones —o complejo de acciones— más interesantes de aquellos momentos. También se le agregaron algunos carros italianos. Con ellos se preparó el avance hacia Valdemoro y Pinto, por la carretera de Aranjuez a Madrid. Al propio tiempo, el teniente coronel Barrón acechaba el instante de asaltar los pueblos de Griñón y Torrejón de Velasco. Puestas en marcha las columnas el día 27, ganaron terreno francamente, pero al atardecer del

mencionado día se encontraron con que el consabido ataque de flanco volvía a empezar. Una artillería reforzada tiraba con bastante eficacia desde la orilla izquierda del río Jara, inquietando no solamente el despliegue de las vanguardias, sino el tránsito de las reservas en las carreteras principales. Ese tercero o cuarto contraataque rojo tuvo lugar los días 28 y 29 de octubre, con caracteres muy acentuados.

Unas escuadrillas de bimotores rojos bombardearon la retaguardia nacional con mucha insistencia, y la Infantería trató de profundizar en dirección de Illescas y de Olías del Rey. Otra vez se apreció que las unidades de a pie dejaban alejarse los carros de asalto y no aprovechaban la protección de estos poderosos elementos para penetrar en las líneas enemigas.

La contraofensiva del Frente Popular fracasó en sus propósitos principales, pero aminoró la velocidad de marcha de las columnas Monasterio y Barrón. El día 29 la línea Batres-Torrejón de Velasco-Griñón, señalada a este último jefe, había sido plenamente alcanzada y consolidada, con lo cual el frente nacional, en su progresión de conjunto, quedaba trazado desde Robledo de Chavela (cercanías del Escorial) hasta el Jarama, pasando por San Martín de Valdeiglesias, Navalcarnero, Griñón, Torrejón de Velasco y Valdemoro, para ir a dar, por la carretera de Aranjuez, en la posición de la Cuesta de la Reina y torcer hacia Toledo siguiendo la orilla del Tajo. La serie de golpes audaces que había dado el Ejército nacional quebrantaron el frente rojo, destrozaron su sistema defensivo, desarticularon los servicios y deshicieron las unidades que fueron enviando los gobernantes de Madrid, en su empeño tenaz de contener la marcha triunfal de las fuerzas nacionales.

El plan de operaciones ordenado en las instrucciones del 20 de octubre estaba ya perfectamente cumplido. Y ahora, ¡adelante hacia los objetivos que se consideran finales! ¡Hay que caer velozmente sobre Madrid!

La marcha mandada por Varela desde Toledo puede considerarse como una de las maniobras más bellas de esta guerra.

Preliminares del asalto a la capital.

El General Mola, que merced a la libertad de comunicaciones asegurada por las operaciones últimas, podía entrevistarse constantemente con el Generalísimo Franco, asume la responsabilidad suprema del último ciclo de la maniobra en torno a la capital de España. Lo primero que hace es reorganizar la línea para montar un dispositivo eficaz. De izquierda a derecha se alinean las Agrupaciones de Delgado Serrano, Castejón, Asensio Cabanilles, Barrón, Tella y Monasterio. El cerco de la gran villa aprieta sus resortes. La izquierda del frente ocupa con relativa facilidad las localidades de Brunete, Quijorna, Sevilla la Nueva, Villaviciosa de Odón. Asensio y Castejón invaden los campos de Alcorcón y pasan delante de Villaviciosa. Delgado Serrano ocupa el sector que va desde Villamantilla a Brunete. Las localidades de Getafe, Leganés y Villaverde son igualmente ocupadas. Toda la organización roja parece deslavazada e incoherente. Sin embargo, una información minuciosa hubiera podido demostrar que dentro de Madrid se estaba montando toda una máquina defensiva, independiente —en cuanto a los efectivos— de las unidades que se baten fuera, en la campaña, a seis o siete kilómetros de las primeras barriadas madrileñas.

El día 29 de octubre, el Presidente del Consejo del Frente Popular (Largo Caballero), lanza a las masas rojas la alocución siguiente:

« ¡Combatientes del frente! Llegó la hora del esfuerzo decisivo. Los ataques del enemigo se estrellan contra nuestra resistencia. Es el momento, no sólo de hacer frente al enemigo, sino de arrojarle de una vez para siempre de sus posiciones actuales y librar a Madrid de la garra fascista que se extiende impotente, sin alcanzar el corazón de nuestra capital. A la vez que exige, el Gobierno anuncia a las fuerzas del frente que dispone de todos los medios necesarios para lograr el triunfo. ¡Disciplina férrea! ¡Ni un paso atrás!»

Esta proclama, firmada el día 28, es leída a las unidades milicianas en las primeras horas de la mañana siguiente.

El día 30 se hace pública una segunda alocución del propio Largo Caballero. Su texto es como sigue:

«En este momento tenemos ya en nuestras manos un formidable armamento mecanizado. Tenemos tanques y una aviación poderosa El fuego destructor de los tanques debe ser completado por el empuje de la Infantería. ¡Escudad, camaradas! Mañana, nuestra artillería y socarras trenes blindados abrirán el fuego contra el enemigo. En seguida aparecerá nuestra aviación y en el momento preciso se lanzarán nuestros tanques por el lado más débil del enemigo. Ahora que tenemos tanques y aviones, adelante, camaradas del frente, hijos heroicos del pueblo trabajador. La victoria es nuestra…»

Estas palabras del Presidente del Consejo revelan que la moral de los combatientes no es muy elevada; todo, en las arengas transcritas, tiende a restablecer una confianza que los últimos combates han quebrantado hasta el extremo.

« ¡Ahora tenemos mando único. Se ve que las operaciones obedecen a un plan inteligente!» —dicen las hojas oficiosas del

Frente Popular.

Acaba de fracasar el contraataque de flanco sobre Illescas y Seseña; también queda reducido a la nada un nuevo contraataque montado en los alrededores del pueblo de Parla sin embargo, continúa manteniéndose la esperanza de que en la línea del Tajo —el obsesionante flanqueo— se encontrará la solución de la defensa de Madrid.

El dispositivo nacional adelanta sus posiciones. El 4 de noviembre son ocupados los aeródromos de Getafe y de Cuatro Vientos. Madrid, el anhelado Madrid, está a la vista de las vanguardias, aparentemente al alcance de la mano; todo permite sospechar que un nuevo empujón lo incorporará a la España de Franco.

Dentro de la capital, se ven y oyen por todas partes las mismas consignas: « ¡Fortifiquemos Madrid! ¡No puede quedar un hombre que no trabaje en la fortificación de Madrid! ¡Levantemos parapetos, abramos trincheras, construyamos barricadas! ¡Si fortificamos Madrid, no pasarán!» Miles y miles de hombres trabajan noche y día. Madrid va apareciendo rodeado de un sinfín de trincheras, nidos y pozos. Una información segura da cuenta de que acaban de entrar en la capital dos mil ametralladoras procedentes de Rusia.

Un golpe de mano intentado por los rojos en los alrededores de Villaviciosa de Odón indica la presencia de tropas frescas en las líneas avanzadas. Ya están los soldados nacionales en las cercanías de la Casa de Campo, y todavía insiste el mando marxista en probar fortuna por el lado del Tajo, en donde la Caballería de Monasterio y las unidades dejadas como reserva desde Toledo a Madrid se ven obligadas a luchar enconadamente

a fin de evitar un peligro sobre las líneas de comunicaciones. Tanta es la esperanza roja en cuanto a las operaciones del Tajo que un cronista publica el 4 de noviembre la siguiente explicación oficiosa:

«Los facciosos pretendían, no solamente llegar a Madrid, sino cortar de paso las comunicaciones con el Mediterráneo y conseguir de ese modo un cerco eficaz de la capital. Lo ocurrido es que los leales han dado el golpe con sabiduría, colocando al enemigo en tal situación que, si mal se encuentra por delante, mucho peor se encuentra por detrás. Por determinado sitio, nuestro Mando, con todos los elementos necesarios —y muchos más si hicieran falta — ha cortado y ha ido a colocarse a retaguardia, cubriendo y resguardando las posiciones a 70 kilómetros de Madrid. Todo esto responde a la orden de contraofensiva dada por el Ministerio de la Guerra.»

La verdad es que la contraofensiva se ha estrellado completamente contra las posiciones nacionales.

En la noche del 4 quedan acordados los detalles del ataque final contra Madrid. El centro y el ala derecha (Asensio, Barrón, Tella y Monasterio), mediante su avance hacia la zona Carabanchel-Villaverde, funcionarán como pivote para que el ala izquierda (Castejón, Delgado Serrano) describa un movimiento más amplio, cuyos objetivos son la ocupación de la Casa de Campo (bosque de encinas castellanas, antiguo monte de propiedad regia), el paso del Manzanares, el desbordamiento por la Ciudad Universitaria y la entrada en Madrid, lo cual permitirá al centro y a la derecha ocupar los suburbios del Sur y cruzar los puentes de Segovia y Toledo sobre el río Manzanares. Pero el Mando advierte que esos puentes se hallan probablemente minados y deben los jefes de columna proceder con extraordinaria cautela.

El 5 de noviembre, los barrios madrileños están llenos de combatientes. Una arenga les dice: «Hemos retrocedido tanto,

camaradas, y tan de prisa, que todo el camino que nos queda está delante. Toda España, en estos momentos, es Madrid». Esa alusión a la rápida retirada, o mejor desbandada, de los milicianos, es un cauterio que se aplica a su amor propio para conseguir una reacción de mayor combatividad.

Va a producirse el choque por Madrid. ¿Cómo están repartidas las fuerzas? Varela llega a las cercanías de la capital con sus unidades muy mermadas, no solamente por las bajas sufridas en las operaciones recientes, sino porque ha sido necesario dejar fuerzas importantes en todo el flanco derecho, desde Toledo a Madrid. ¡El flanco derecho! ¡No lo han tenido en cuenta jamás algunos comentaristas cuando recuerdan el asalto a Madrid! En realidad, el Mando nacional no dispone de más de 3.500 hombres para abordar los primeros barrios madrileños y para cruzar el Manzanares. Los rojos cuentan con unos 50.000 milicianos movilizados, aunque sin cuadros suficientes. La artillería nacional no es muy numerosa, pero si la comparamos con la que había cuando se iniciaron las operaciones en Sevilla resulta potente. Diez y seis o diez y ocho baterías cubren el frente desde Brunete al Jarama. Las piezas reunidas por los rojos en distintos lugares de la capital pasan de cien; algunas de ellas tiran ya desde los alrededores del Palacio Real.

La fecha señalada para el ataque decisivo ha quedado fijada: 6 de noviembre.



Los Regulares están ya en la Casa de Campo

CAPÍTULO X

EL ATAQUE FRUSTRADO SOBRE MADRID. - UN ARPÓN CLAVADO EN LOS SUBURBIOS. - LA GUERRA CAMBIA DE SIGNO

Asalto a la Casa de Campo, cruce del río Manzanares y dominio de la Ciudad Universitaria. - Aparecen en masa las Brigadas Internacionales. -Renuncia al ataque frontal de la capital de España. - Rectificaciones de la línea del cerco. - Situación táctica inverosímil. La misión del General Miaja. - Falta de reservas nacionales. - Franco aplaza la solución. - Los Ejércitos del Norte y del Centro siguen montando la guardia en la Sierra

Con más ilusión que conocimiento real de las cosas, los acompañantes de las columnas encargadas de atacar a Madrid prepararon el día 5 de noviembre sus pequeños equipajes a fin de estar listos para entrar en la capital e instalarse en sus casas respectivas, ocupadas por los rojos a partir del 18 de julio de 1936.

La distancia que separaba a los nacionales de los suburbios madrileños era de unos cinco kilómetros. Por consiguiente, un natural optimismo permitía sospechar que el último brinco sería cosa de unas horas y que la guerra iba a terminar mediante una victoria fulminante, cuya coronación consistiría en situar las fuerzas de vanguardia en la Puerta del Sol. Fuera del General Franco, muy pocos habían ido advirtiendo la modificación que traía a la guerra el fenómeno de la ayuda internacional prestada a los rojos. El General Varela, igualmente, había tenido ocasión de comprobar las

transformaciones de la situación militar. En cambio, el general Mola, que venía del Norte y no tenía aún totalmente organizado el servicio de información, estimaba probable la victoria súbita y daba a entender que la resistencia roja en las casas de Madrid no sería más fuste que la de Maqueda, Toledo e Illescas.

Púsose en marcha el dispositivo, mandado desde la torre de un Cuartel en Leganés. Los primeros avances fueron llevados a cabo por los tenientes coroneles Tella y Barrón. Aquél avanzó dos kilómetros al Norte del poblado de Villaverde; éste alcanzó las casas de los Carabanchel. Allí se detuvieron ambos, no sólo porque se les había ordenado hacerlo así, sino porque tropezaron con un fuego de armas automáticas muy nutrido, denunciador de un importante refuerzo recibido por los rojos. La columna del teniente coronel Asensio Cabanilles progresó en la carretera de Alcorcón, pero llegada a determinada altura, se detuvo para dar ocasión a que Castejón cumpliera su misión próxima. Delante de estas últimas fuerzas se extendía la gran mancha boscosa de la Casa de Campo, laberíntica de caminos, propicia a una encarnizada defensa, suavemente ondulada, de suerte que cortaba frecuentemente la observación directa, llena de pequeñas depresiones en las cuales los rojos instalaron ametralladoras perfectamente desenfiladas. Detrás de la Casa de Campo corre el Manzanares; pero la defensa disponía de seis o siete puentes muy bien guardados, de suerte que sus comunicaciones a retaguardia estaban perfectamente vigiladas y ofrecían gran solidez.


El General Varela en el frente de Madrid

Los soldados de Asensio y Castejón entraron en la Casa de Campo como una tromba. Derribaron parte del muro que cerca la antigua propiedad regia, y por la brecha se precipitaron en medio de las encinas. Les apoyaba principalmente la artillería mandada por el capitán Alarcón, el cual batía todos los accesos de las fuerzas enemigas y causaba verdaderos estragas en los defensores. Pero el número de éstos era tan superior al de los asaltantes, que tras cada unidad deshecha se alzaban otras frescas y decididas a la lucha. La combatividad del enemigo había aumentado en términos inesperados. ¿Por qué?

Los primeros prisioneros hechos en la Casa de Campo revelaron el secreto. Aquellas fuerzas que hacían tan duro el avance de los nacionales pertenecían a 1.ª y 11 Brigadas internacionales, formadas por ex combatientes de diversos Ejércitos europeos, mandadas por coroneles checoslovacos, austríacos y rusos, y apoyadas por una considerable masa artillera, así como por unos cuantos centenares de ametralladoras.

Asensio empezó a sufrir bajas en proporciones hasta entonces desconocidas. Castejón había de caer herido en los primeros encuentros. Durante los días 6 y 7, no fue posible ocupar toda la Casa de Campo.

La densidad del fuego era muy grande y todos los caminillos del monte de encinas estaban batidos. La orden de cruzar el Manzanares no pudo ser cumplida. Hubo en las filas nacionales cierta desilusión, porque los mandos subalternos no acertaban a explicarse las causas de los sucesos. La mutación había sido tan rápida que nadie conseguía sorprender su secreto.

La artillería nacional, a fuerza de exponerse y de buscar el contacto con las primeras líneas de la Infantería, se esforzaba en apoyar el avance, pero cada vez que dispersaba una concentración por la izquierda, se encontraba con el renacimiento de otra más fuerte por la derecha.

El asalto primero había fracasado. La idea de atravesar la Casa de Campo, el río Manzanares y la Ciudad Universitaria en unas cuantas horas era una quimera, según las circunstancias lo iban demostrando.

Pero el General Mola insistió; el General Varela reiteró sus órdenes. Asensio debía alcanzar las orillas del Manzanares, forzar el paso con los carros ligeros y lanzar hacia adelante sus unidades mejores.

El día 9 se reprodujo el asalto con intensa furia. Asensio se quedó en el Manzanares, porque los capitanes de carros encontraron impracticable el paso. Era cierto que la corriente del río —«aprendiz de río», según los clásicos— presentaba pocos obstáculos, pero, en cambio, las orillas eran bastante pendientes, y toda operación encomendada a los elementos acorazados tropezaba con dificultades insuperables. Hubo que hacer alto. Aquel alto significaba un número de bajas constantemente acrecentado, porque la parte de la Casa de Campo conquistada mediante dos asaltos sucesivos estaba sometida a un fuego

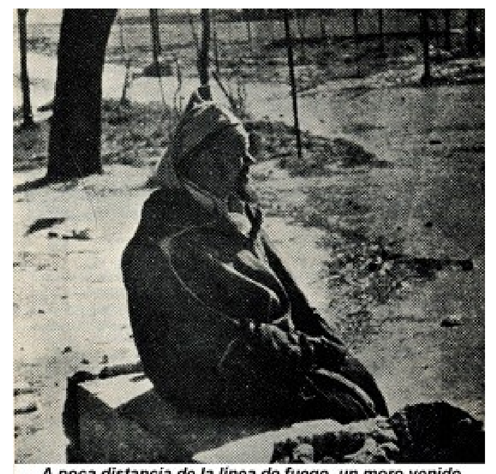
violentísimo de artillería, de ametralladoras y de fusil. Las unidades se quedaban sin oficiales. El desgaste aumentaba por horas. En el Cuartel General de Varela, las noticias difundían una rara sensación de peligro que invitaba a maduras reflexiones.

Mola no se desanimó. El día 10 de noviembre se dio orden de atacar nuevamente. Antes —el día 8— Barrón adelantaba sus líneas hasta el Hospital Militar de Carabanchel Bajo, y Tella llegaba a kilómetro y medio de uno de los puentes madrileños. El asalto del 9 no tuvo gran fortuna; se amplió la zona de la Casa de Campo, se dominó la loma de Garabitas, se mejoró la posición de las baterías..., pero era necesario allegar más fuerzas y nuevo material. ¿Fuerzas? No las había. La falta de reservas nacionales fue una de las causas determinantes de aquella dificultad táctica. En cuanto a la artillería, se ordenó que las baterías legionarias avanzaran hasta las primeras líneas. El capitán Alarcón, alma artillera del avance sobre el Manzanares, caía herido. La aviación, que aumentaba sus efectivos, bombardeaba con dificultad, porque la proximidad de unas y otras líneas exigía cuidados que frecuentemente anulaban la posibilidad de los bombardeos aéreos.

Quienes tomaron parte en estas jornadas de la Casa de Campo a que estoy refiriéndome las recuerdan todavía como una sucesión de pesadillas. Era la lucha del arrojo contra la metralla, una frenética decisión de vencer muriendo, un laberinto de pequeños avances y repliegues, siempre en medio de fuegos cruzados que nadie podía localizar y que, por consiguiente, resultaba imposible apagar.

El Gobierno del Frente Popular había abandonado su residencia de Madrid para trasladarse a Valencia. Quedaba al frente de la capital un Comité de Defensa formado por fanáticos

militantes del partido comunista, y como técnico militar el General Miaja. En tres días habían entrado en los cuarteles y depósitos madrileños unos 12.000 hombres de las Brigadas Internacionales. Unidos a otros 12.000 combatientes españoles de vanguardia, formaban los efectivos de dos Divisiones completas, muy bien armadas. El aventurero internacional conocido con el nombre de «General Kleber» servía los designios de otros técnicos llegados de Rusia. Una tercera División de reserva permanecía acantonada en el centro de Madrid.


A poca distancia de la línea de fuego, un moro venido con los Regulares contempla Madrid

El día 15 de noviembre, reagrupadas las fuerzas de la Casa de Campo, aunque no reforzadas, porque no había a retaguardia elementos suficientes para cubrir íntegramente las bajas sufridas, el teniente coronel Asensio —uno de los jefes más brillantes del Ejército español— recibió la orden de pasar el río Manzanares a todo trance. Primero irían los carros; después, la Infantería. En vista de los reiterados intentos frustrados de enviar los tanques sobre la orilla izquierda del pequeño río, Asensio Cabanilles anunció «Mañana —por el 15— pasaré, con carros o sin carros».

En efecto; a media mañana una Compañía de Tropas Regulares indígenas pertenecientes al grupo de Tetuán dio el salto sobre el río y entró en el parque llamado de la Moncloa y en los

primeros terrenos de la Ciudad Universitaria. Detrás de ellos pasaron todos las demás elementos de la Agrupación, salvo las unidades que fue necesario dejar en la Casa de Campo, atacadas por la derecha y por la izquierda, con peligro de estrangulación del avance.

El acceso a Madrid por el Sur obliga a recorrer una faja de terreno constituida por rampas muy pendientes, en cuya parte superior se tiende la balconada urbana del Parque del Oeste, Paseo de Rosales, Cuartel de la Montaña y Palacio Real. Esa mesetilla, muy poblada, domina, no ya a tiro de fusil, sino de honda, todo el curso del Manzanares. Los soldados que en ella se sitúen se encuentran, respecto de los que avanzan desde el otro lado del río, como se encontrarían si trataran de defender los muros de una ciudadela frente a fuerzas empeñadas en asaltarlos por medio de escalas antiguas. Tales circunstancias permiten adivinar la eficacísima acción del fuego rojo en los combates de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria.

Pese a ello, la columna de Asensio invadió los edificios y terrenos de dicha Ciudad y salvó fuertes pendientes hasta llegar a una loma señera donde el Estado español construía el Hospital Clínico.

Doscientas ametralladoras rojas tiraban sin cesar. Moros y legionarios se apoderaron de varios edificios —el Palacete de la Moncloa, la residencia de artistas franceses conocida por el nombre de Casa de Velázquez, el Instituto Rubio, el Asilo María Cristina y el mismo Hospital Clínico—, en donde se hicieron fuertes.

La fatiga de los atacantes llegaba a la extenuación. Cuando la jornada se iba esfumando en las sombras, la columna de ataque a

Madrid no pasaba de los 1.500 hombres. Los demás eran bajas inexorables, o guarnición, escasísima, de los flancos inmediatos, montados al aire y sometidos a un castigo continuo.

Ya estaba conquistada una buena parte de la Ciudad Universitaria. Los presos nacionales de la Cárcel Modelo de Madrid oían los disparos del combate en la misma puerta de la prisión. Se intentó tomarla, pero el riesgo de exigir demasiado esfuerzo y de forzar la elasticidad de las tropas atacantes aconsejó desistir de la empresa. Algunos grupos de moros entraron en las primeras calles de Madrid; algún carro se aventuró, más por propia iniciativa que en cumplimiento de órdenes recibidas.

Sin embargo, el Mando veía con claridad que como no llegaran ocho o diez unidades de refresco, muy combativas y bien armadas, sería inútil intentar nuevos avances hacia el centro de la capital. Ahora bien; ¿dónde estaban esas unidades? En ninguna parte. Franco, que se había instalado en Salamanca, vio clarísimo el problema. Pudieran haberse forzado las condiciones tácticas de la batalla ante la posibilidad de que Madrid se desmoronase, pero una vez comprobada la resistencia y la calidad del armamento rojo, toda obstinación era contraproducente. En buena teoría, debía darse la orden de abandonar la Ciudad Universitaria, y aun la Casa de Campo, para establecerse sobre líneas fuertes y fáciles de sostener sin bajas; pero en una guerra civil, más que en ninguna otra, los elementos morales tienen un valor extraordinario y el Mando necesita subordinar a ellos muchas decisiones de carácter técnico. Por eso, Asensio recibió la consigna de fortificar las posiciones conquistadas en la Ciudad Universitaria; ello permitía mantener clavado un arpón en el costado de la capital y amenazar constantemente el centro vital de la organización y de la resistencia

del Ejército rojo. En toda la guerra de España, siempre por razones de carácter moral, el abandono de una posición nacional, fuese la que fuese, quedaba prohibido, no solamente por motivos militares, sino por consideraciones políticas. Frecuentemente, la más clara razón militar ha cedido paso y puesto a esos otros estímulos extramilitares.

Cierto que desde el punto de vista táctico el frente madrileño hubiese quedado mucho más confortablemente dispuesto a cuatro o cinco kilómetros de la capital, sin que el cerco perdiera eficacia; pero esto, una vez conquistada la Ciudad Universitaria, significaba tanto como dar a los rojos ocasión de cantar una victoria. Si se tiene en cuenta los esfuerzos sangrientos que el Frente Popular hizo para alejar de sus líneas la amenaza inmediata, se vendrá en conocimiento de la importancia que alcanzó la permanencia de las tropas de Franco en los arrabales de Madrid.

El coronel Ríos Capapé, que entró en esos arrabales, coronó la Ciudad Universitaria al mando de un Tabor de tropas moras, y hubo de asumir toda la responsabilidad de la vanguardia porque cayó gravemente herido Mohamed el Mizzian, cuenta que «los rojos se defendían con verdadero encarnizamiento, pues es hora de repetir que no fueron cobardes ni huyeron siempre ante nuestros empujes. Desalojarlos de sus posiciones costó mucho; se resistieron con entereza, porque se trataba de defender la capital, sobre la que llegábamos a marchas forzadas. La resistencia mayor y más violenta —añade— fue la que ferozmente trató de evitar el paso del río. Cayeron muchos; se hizo tremenda carnicería. El teniente coronel Asensio dio las primera disposiciones para fortificar aquel recinto y sostenerlo siempre como avanzada sobre Madrid. Las columnas de Delgado Serrano y Barrón quedaron con

nosotros en las posiciones.

Asensio había dictado órdenes terminantes para la defensa de la Universitaria; se cumplieron con rigor apresurado; yo no tuve sino que seguir sus directrices para conseguir de nuestra red de avanzadas ese fortín inexpugnable que se ha mantenido hasta el último día de la guerra».

Hay quien sostiene —siempre desde los cafés y desde los bares— que el ataque debió proseguir, porque la desmoralización se apoderó de los milicianos, los cuales, abandonando sus armas, se retiraron a los domicilios respectivos, en espera de que los nacionales entraran tranquilamente. Este efecto de espejismo, que ha hecho presa en la opinión de muchas personas sensatas, no resiste el razonamiento más elemental.

¡Que los milicianos abandonaron sus armas! En ese caso, ¿quiénes eran los que en Villaverde, en Carabanchel, y en las cercanías de los puentes de Toledo y Segovia contenían los ataques de Tella, Barrón y Delgado Serrano? ¿De dónde salía aquel fuego, cada día más recio? ¿Y quiénes eran los que Asensio encontraba delante de sí, los que dejaban tan reducidos los cuadros de Jefes y Oficiales de las mejores unidades de Franco? ¿Salía de la nada aquel diluvio de proyectiles de ametralladora? Por otra parte, ¿quién es el jefe que, sin volverse loco, se sentirá capaz de empujar una columna de 1.500 hombres cansados hasta el centro enrevesado de una ciudad superior al millón de habitantes, en grandísima parte hostil, frenéticamente hostil al Ejército que avanza y ataca?

El Mando de las columnas hizo saber, como cumplía a su coraje, «que estaba dispuesto a entrar en Madrid y seguro de llegar a la Puerta del Sol, pero que llamaba la atención sobre las

condiciones en que las tropas quedarían una vez alcanzado el objetivo urbano». Naturalmente, el General Varela tomó los rumbos del buen sentido.

No sin cierta petulancia literaria, los cronistas oficiosos del Frente Popular daban el día 7 noticia de haberse iniciado en gran escala las operaciones encomendadas a la Columna Internacional, «que lleva —agregaban— un material formidable».

Una nota roja manifiesta que «por el lado de Villaverde el enemigo se retira ostensiblemente después de haber recibido duro castigo. Se bate como un cazador cazado». El día 9, quince aparatos procedentes de los aeródromos de Madrid bombardearon la retaguardia inmediata de las líneas nacionales.

Como resultado de los combates de la Casa de Campo, el General Miaja dirigió a sus soldados esta alocución «Milicianos y soldados Las fuerzas del enemigo, con todos sus elementos, están atacando a Madrid. Espero de todos vosotros que no retrocedáis un paso, pues de mí sólo recibiréis la orden de avanzar. Hoy os felicita por vuestra brillante actuación vuestro General.—*Miaja*».

Uno de los relatos de esos mismos combates afirma: «Ayer sonó la guerra más fuerte todavía en las puertas de Madrid. Tuvimos la aviación enemiga —siempre que lo permitieron nuestros cazas— volando sobre la capital. Al amanecer llegaron insospechados refuerzos magníficamente equipados. Ya esperaban al enemigo, desde el día anterior, otros elementos bien provistos de armas».

La verdad es que la llegada de esos «elementos» —se refiere a las Brigadas Internacionales— podía ser «insospechada» para el autor del relato, pero no para cualquiera que siguiese con alguna atención el ritmo de los acontecimientos.

La simpleza llega a términos «verdaderamente insospechados» en este otro comentario: «Este espantoso rugir de los cañones leales que defienden Madrid de las garras del fascismo debe despertar a los incrédulos y a los confiados. El peligro subsiste. Bien claro está el propósito enemigo. Ante una posible derrota, trata de tener un portillo abierto por donde huir. Ayer ha sido un día más que se gana para los preciosos planes del Mando leal». No será exagerado declarar que es imposible entender, desde el punto de vista militar, semejante literatura, y que tal género de propaganda, dedicado a mantener de cualquier modo la moral combativa, ha contribuido en términos importantes a la derrota roja.

El día 11 de noviembre, veinte aparatos rojos se dedicaron durante toda la mañana a bombardear las concentraciones nacionales en la Casa de Campo, con lo cual la situación de las tropas que guarnecían el mencionado sector se hizo difícil. Empezó a urgir una operación complementaria que ensanchara el frente junto al Manzanares y libertase de la tremenda presión de los primeros días los flancos del saliente sobre Madrid.

Por primera vez se registra en los alrededores de la capital la presencia de fuertes unidades mandadas por dos cabecillas llamados Lister y «El Campesino». Lister hace hace frente a las columna de Tella; «El Campesino» se bate en la Casa de Campo y cierra el paso, hacia el Puente de los Franceses, a los soldados nacionales, que tratan de ocuparlo mediante un golpe de mano. Las Brigadas Internacionales están alineadas en torno a la Ciudad Universitaria, en buena parte de la Casa de Campo y en la zona de Húmera y Pozuelo.



Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria

A partir del asalto a la Ciudad Universitaria, luego de haber pasado el río Manzanares, no hay día en que no se sostenga un combate durísimo. La cifra de bajas, por ambas partes, alcanza niveles no conocidos hasta el momento desde que se iniciaron las hostilidades. Cada paso cuesta sangre. Delgado Serrano y Asensio tratan de encontrar «mayor espacio vital» en la Casa de Campo, pero puede decirse que la sombra de cada una de las encinas está defendida por un fusil ametrallador rojo. Barrón, en Carabanchel, ocupa las casas una a una bajo un fuego intenso. Tella está consolidando su línea en el sector de Villaverde. Todo indica que el asalto de Madrid está renunciado por ahora; al menos, el asalto frontal. Pero, además, adviértese que la guerra ha cambiado de signo. Ha terminado una gran etapa y comienza otra mucho más grande y difícil.

«Se entra —escribe un critico francés— en una guerra que, ante todo, exige economía de hombres. De esta nueva táctica nace la atenuación de las operaciones. El Generalísimo Franco parece obligado a esperar, como consecuencia de los bombardeos y de la llegada de refuerzos en hombres y en material, una plena superioridad de fuerzas. Por el momento, los rojos tienen la superioridad numérica. Sin que su disciplina y su organización hayan mejorado excesivamente, se encuentran, por lo menos, más

aguerridos como resultado de cinco semanas de resistencia sobre una faja de tierra española. Su Mando continúa mal inspirado, sus ofensivas son siempre desordenadas y estériles. Recientemente les llegaron 2.000 ametralladoras, 30 tanques y 35 aviones. Los refuerzos de hombres no cesan de desembarcar en España, procedentes de Rusia, de Francia, de Bélgica y de los países escandinavos. Por parte de los nacionales, sería grave imprudencia lanzar sus tropas, sin reposo, a una lucha feroz para alcanzar tales o cuales objetivos a cualquier coste. Por esto, el Generalísimo Franco dicta a los suyos una táctica contemporizadora, inspirada en las normas de la indispensable cautela.»

Otra vez el ataque de flanco.

En medio de los trances a que daba lugar el ataque frontal lanzado contra los suburbios de Madrid, el Alto Mando nacional meditaba en la conveniencia de aligerar de prisa la fortísima presión ejercida por los rojos sobre las posiciones de la Casa de Campo. Para ello no había otra solución que la de atacar hacia los pueblos de Boadilla del Monte, Húmera y Pozuelo, en donde el enemigo se fortificaba ahincadamente. Pero he aquí que los informes de algunos prisioneros indicaron la proximidad de un nuevo ataque flanqueante entre el río Jarama y la carretera Madrid-Aranjuez. ¡Ese flanco Toledo-Madrid!... Ahora, visto el problema con serenidad, parece imposible que no se quebrara ante los repetidos ataques de que fue objeto.

El día 23 de noviembre advirtieron los nacionales algún movimiento en las proximidades de Esquivias y Yeles. En la madrugada del 24 una fuerte columna protegida por carros rusos se lanzó contra el sector comprendido entre los pueblos de Valdemoro y Pinto. Los primeros instantes de la acción parecían presagiar éxitos para los atacantes, porque la línea de Infantería

era allí, como en los demás sectores, débil, a consecuencia de la escasez de efectivos. Pronto, sin embargo, la artillería del propio sector, más las baterías legionarias que habían sido agregadas al flanco derecho, iniciaron un fuego violento, y gracias a ello los tanques se encontraron solos, porque a la Infantería roja le faltó fuerza de penetración y coherencia en sus movimientos.

No era, sin embargo, esto lo más grave. Entre las notas oficiosas del Comité de Defensa de Madrid encontramos una según la cual «las fuerzas leales del sector de Talavera han llevado a efecto un fuerte contraataque, con intervención de las columnas de Burillo, Lino, Castro y Uríbarri. Los facciosos han tenido que replegarse precipitadamente y nuestras vanguardias han llegado a un kilómetro de la ciudad».

Si no fue tanto el riesgo corrido por los nacionales, resultaba cierto que la línea se había resentido en Talavera y hubo necesidad de ceder un poco de terreno. Afortunadamente para los atacados, el Mando rojo cayó en la ingenuidad de ordenar una fuerte preparación adinera, lo cual fue aviso suficiente para que pronto se pusieran en movimiento, del lado nacional, la aviación y la artillería de conjunto, con lo cual se frustró el propósito del contraataque y pudo evitarse un avance rojo que presagiaba graves consecuencias. Ahora bien; la advertencia era muy seria y exigía atención. El Mando se encontró, pues, en la necesidad de aliviar la situación de la Casa de Campo y de reforzar el flanco. Para todo ello había que traer nuevas tropas y aumentar las reservas. La aviación, por sí sola, no bastaba. Preparóse, por tanto, un plan que consistía:

Primero. En mantenerse a la defensiva sobre el frente de los barrios madrileños, renunciando por el momento a continuar los

ataques.

Segundo. En consolidar las posiciones del flanco Toledo-Madrid.

Tercero. En organizar una ofensiva local para tornar los pueblos de Pozuelo, Aravaca y Húmera.

Las dos primeras partes del proyecto se cumplieron inmediatamente; para la tercera se resolvió aguardar la llegada de nuevas tropas indígenas recién desembarcadas. Pero ¿cómo esperar, si la guarnición de la Casa de Campo estaba requiriendo, con mucha justicia, una ayuda por su ala izquierda? Contra todo lo previsto, hubo que anticipar el ataque hacia Pozuelo.

Reorganización.

El Generalísimo acababa de reorganizar y reagrupar las tropas del frente de Madrid, de donde tuvo que retirarse el General Varela, alcanzado por tres trozos de metralla. Se constituyó la llamada «División reforzada de Madrid», cuyo mando fue entregado al General Saliquet, Jefe de la Séptima División Orgánica. Esa División —que llegó a estar integrada por 18 unidades—, con una masa artillera que representaba el 80 por 100 de las disponibilidades del Ejército del Sur, dividió sus efectivos en tres agrupaciones: una que se extendía desde las cercanías de Brunete hasta la Casa de Campo y Ciudad Universitaria; otra, situada entre la Casa de Campo y el pueblo de Villaverde; la tercera se inclinaba con rumbo Sudeste desde Villaverde hacia las orillas del río Jarama. La primera de estas tres agrupaciones fue la encargada de atacar sobre el frente rojo de Pozuelo y Húmera.

Partieron las unidades de Villaviciosa de Odón y Brunete, y

desde los primeros instantes se vio claramente que las fuerzas dispuestas para el ataque no bastaban, porque la defensa era no solamente superior en número, sino que estaba mejor dotada de material y sólidamente instalada sobre el terreno

A pesar de ello, vanguardias muy animosas y ágiles entraron en Pozuelo y en Húmera, aunque del primero de los pueblos no conquistaron sino una parte. El contraataque vino en seguida: el 3 de diciembre, masas de combatientes destinados a la defensa de Madrid y Brigadas de milicianos, con el ardor de los primeros tiempos de la guerra, reaccionaron enérgicamente y reconquistaron el terreno que previamente habían tenido que ceder a los nacionales. El General húngaro-soviético Kleber dirigía la ofensiva. Fue, sin duda, propósito de éste avanzar hasta la conquista de Villaviciosa de Odón, pero no pudo llevar a término su plan, porque las bajas sufridas sobrepasaban todo cálculo prudente y la combatividad de sus tropas iba decreciendo a medida que se alejaban de las bases de partida. La pugna en el sector de Pozuelo —uno de los más ensangrentados de la guerra— fue atroz durante dos semanas, hasta que el día 17 de diciembre las tropas nacionales conquistaron el pueblo de Boadilla del Monte, con lo cual, si no se cumplían todos los planes del Alto Mando, se ayudaba un poco a las unidades de la Casa de Campo y quedaba la línea en situación de esperar algún tiempo para organizar con más cuidado la ofensiva hacia la carretera de Madrid al Escorial.

A últimos de diciembre, Franco procedió a una nueva organización del frente de Madrid. El General Saliquet pasó a otro sector, y las tropas del Sur y Sureste de la capital fueron colocadas bajo el mando del General Orgaz, el cual tenía a su disposición las Brigadas de los Generales Varela, Monasterio y Fuentes.

¿Cómo se habían desarrollado las cosas dentro de Madrid ante el furioso ataque de los nacionales? La ventura ha querido que cayera en mis manos un documento en que con viveza de pluma se describen episodios interesantes. Ese documento es absolutamente fehaciente y refleja con exactitud lo que por aquellos días sucedía entre los rojos.

Reproduciré una parte, la que se refiere al nombramiento de Miaja como General Jefe de la defensa madrileña.

«En la mañana del 6 de noviembre de 1936 —dice el documento aludido— se celebró Consejo en el Ministerio de la Guerra. El orden del día era la salida de Madrid del Gobierno. Se acordó fijar en Valencia la residencia de éste. La marcha de los Ministros debería efectuarse aquella misma tarde.

Decidióse nombrar una llamada «Junta de Defensa de Madrid», organismo político que representaría al Gobierno; tomaría el mando de las fuerzas, como jefe de la plaza, el General de la Primera División Orgánica: Miaja. El General Pozas seguía mandando el «Ejército del Centro», pero tenía su Cuartel General en Alcalá de Henares. La defensa de Madrid, en caso de ataque a la capital, correría, pues, exclusivamente a cargo de Miaja.

Terminado el Consejo, Largo Caballero llamó a su despacho a los dirigentes de los organismos locales del Frente Popular. Informóles de que el Gobierno se trasladaría aquella tarde a Valencia y les leyó el Decreto de creación de la Junta de Defensa, que debería quedar inmediatamente constituida bajo la presidencia del Jefe militar de la plaza. La decepción de los convocados fue extraordinaria. ¿Era posible que el Gobierno desertase? Largo Caballero se encolerizó:

— ¡El Gobierno no deserta! —gritó—. Traslada su residencia para mejor dirigir la lucha. Eso es todo. Y no se trata aquí de discutir acuerdos, ya firmes, del Consejo de Ministros, sino de cumplirlos, ¡y pronto!, porque yo no tengo tiempo que perder. De manera que vengan los nombres de los

representantes que las organizaciones elijan para formar la Junta.

Los reunidos dudaban. Nadie quería pertenecer al nuevo organismo. Perfilábanse pretextos dilatorios. Alguien preguntó el nombre del Jefe militar que había de encargarse de la defensa de la plaza.

—El General Miaja —contestó Largo Caballero.

—¡¡El General Miaja!! —clamaron varias voces con acento de sorpresa.

—Sí —confirmó el Presidente del Consejo—. ¡El General Miaja! ¿Es que no les parece a ustedes bien?

El representante de los comunistas habló:

— ¡Claro que no nos parece bien, camarada Caballero! ¿Quién es, militarmente considerado, el General Miaja? ¿Qué ha hecho en Andalucía? ¿Qué ha pasado en Valencia bajo su mando? ¡Eso es querer entregar Madrid!

Largo Caballero se impacientó. Quiso ahorrar discusiones.

— ¡Pues lo siento mucho! Pero no admito ahora discursos ni consejos. ¡No tengo otro General que dejar aquí!

— ¿Y por qué no el General Asensio?

Fue Largo Caballero el sorprendido entonces. Se le cargaron los ojos de ira y se encaró con el comunista

— ¿Asensio, ha dicho usted? ¡¡¡Asensio!!! ¿No decían ustedes que es un traidor, un mal General? ¿No me obligaron a que le quitase el mando del Ejército del Centro y ahora tratan de desplazarle de la Subsecretaría? ¿En qué quedamos? ¡Se ha terminado el diálogo! ¡Vengan los nombres que he pedido! Y esta tarde, a las cuatro, que estén aquí los designados. ¡Nada más! Ahora váyanse ustedes, que he de hablar con el General Miaja.

Poco después, Miaja recibía el encargo de defender la plaza de Madrid en caso de ataque. El futuro héroe del comunismo universal acogió la orden con positivo desagrado. Empañados los ojos de lágrimas, quiso rehuir

— ¡Señor Ministro! ¿Cree usted que soy yo el más indicado?

El Ministro contestó secamente:

— ¡Claro! ¿No es usted el Jefe de la plaza? ¿No me pidió el mando de

la Primera División? Vuelva esta tarde, a las cuatro, para reunirse con la Junta de Defensa. A esa hora recibirá la orden por escrito.

Según lo previsto, aquella tarde se constituyó la Junta de Defensa. Poco después, los Ministros empezaron a marchar hacia Valencia. Fue una salida subrepticia. Nada se dijo a la Prensa ni nadie lo supo aquel día, aparte la recién constituida Junta. Esta quedó permanentemente reunida en el Palacio de Buenavista, y como el Subsecretario de Guerra, Asensio Torrado, demorase hasta el día siguiente —para organizar el traslado de la documentación y del personal— su salida de la capital, le fue ofrecido por los reunidos, con el beneplácito de Miaja, el mando de la plaza. Rechazó:

—Señores, agradezco el honor, pero me es imposible aceptar. Tengo orden de incorporarme mañana a la nueva residencia del Gobierno. El General Miaja tiene instrucciones concretas que no debe incumplir.

Insistieron tanto los de la Junta, que Asensio vaciló. A media noche llamó por teléfono al Gobierno civil de Valencia preguntando si había llegado ya Largo Caballero. Recibió respuesta afirmativa y solicitó conferenciar con él. Expuso los deseos de la Junta y pidió autorización para quedar en Madrid. Pero Largo Caballero insistió en que el mando de la defensa de la plaza había de ser ejercido por Miaja, y advirtió enérgicamente que no toleraría la menor transgresión de lo que al salir de Madrid dejó ordenado.»

Cambio de signo en la guerra.

El resultado más importante de los combates librados durante el mes de noviembre de 1936 y la primera quincena de diciembre puede ser definido como un cambio de signo y de rumbo en la guerra de España. A lo largo de los primeros meses ha prevalecido una táctica en la que se advierte una mezcla de guerra colonial y de guerrilleo; con una añadidura, sin embargo, que es la de la profunda coherencia de las operaciones llevadas a cabo en el campo nacional hasta el punto de que el General Franco ha demostrado una capacidad militar excepcional en el reparto de las

fuerzas, aprovechamiento de medios materiales, aplicación de la moral militar, ejercicio de la audacia y previsiones de la cautela. Frente al Ejército marxista de Madrid, todo cambia bruscamente a consecuencia de la intervención extranjera y de la importación de material en la España roja. Mientras los encuentros se caracterizaron por el empleo intenso de tropas especialmente instruidas para el choque y por la utilización de una artillería restringida, se pudo confiar el éxito a la maravillosa calidad de las tropas de Africa —Legión y Regulares—, cuya facilidad de maniobra no ha sido superada por ninguna otra fuerza combatiente. Pero a fines de octubre, y sobre todo en noviembre, hacen su aparición las Brigadas Internacionales, habituadas a la Gran Guerra del mundo, duchas en las muchísimas malicias que la guerra enseña, apoyadas por artillería de calibres potentes, rodeadas de carros de combate con cañón y dotadas de un número de armas automáticas como jamás se había conocido en el Ejército español. Por mucha que sea nuestra facultad de improvisación, era indispensable algún plazo para adaptar las condiciones radicales del soldado de España a la influencia que el material moderno ejerce en las batallas.

Los golpes de audacia, por sí solos, no bastaban. Los efectivos resultaban cortos. El material, escaso. Las defensas enemigas exigían medios destructores de gran potencia. Por consiguiente, Franco se veía en el caso de organizar un Ejército completo, cuyas bases fueran la recluta ordinaria llevada a cabo en gran escala, y la movilización industrial del país. ¿Guerra para un año? ¿Para dos? En cualquier caso, guerra larga, con todas sus consecuencias. Franco la aceptó plenamente, o para ser más exactos, ya la había aceptado de antemano, pues cuando muchos otros españoles pensaban en darlo todo por terminado en unas

cuantas semanas, él —sin descontar la posibilidad de un éxito rápido— dictaba las órdenes oportunas para que se iniciara el reclutamiento e instrucción de tropas con vistas — ¡por lo menos!— a un año de guerra. Franco fue, pues, el menos sorprendido ante el cambio de signo y de rumbo que la lucha presentó. Sin perder ni por un momento la serenidad, intensificó los preparativos iniciados en Cáceres y dispuso el estudio de las operaciones que deberían llevarse a cabo en la primavera de 1937. De guerra civil, de guerra interior, nuestra lucha pasaba a los planos de una guerra internacional; espionaje más allá de las fronteras, problemas relacionados con el dominio del mar, bloqueo, comercio extranjero, concentraciones de artillería en gran escala, masas de aviación, desgaste importante de unidades, economía nacional sistematizada, reacciones morales de la retaguardia, propaganda intensa, fabricación en proporciones hasta entonces desconocidas, vigilancia sobre las materias primas, creación urgente de mandos subalternos, instrucción, transmisiones..., todo aquello, en fin, que exigen las grandes guerras modernas iba a ser necesario en España. Lógicamente, había que tomar las cosas con una gran calma espiritual, con grave paciencia, y al propio tiempo con extraordinaria actividad técnica. España entraba en las vías profundas de la redención por el sufrimiento.

Madrid, inalcanzado, era el símbolo de la batalla española. Delante de los ojos, al alcance teórico de la mano, la mole de la ciudad se ofrecía a los nacionales como una tentación permanente que, sin embargo, escapaba reiteradamente a sus anhelos. La frase del comisario Nicoletti —motor político de las Brigadas internacionales en aquellos momentos— era exacta «para tomar Madrid, son necesarios 60.000 hombres dispuestos al sacrificio». Meses después harían falta muchos más. La guerra, pues,

continuaba sin tregua. Trasladado el Gobierno rojo a Valencia, Madrid seguía conservando, a pesar de todo, un valor simbólico; pero a medida que el tiempo transcurriera, su importancia como objetivo militar y político iría decayendo.

CAPÍTULO XI

FINAL DEL AÑO 1936. — FRANCO GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS Y JEFE DEL ESTADO. — NOTAS SOBRE LA SITUACIÓN GENERAL

Los rojos atacan en distintos frentes a fin de aligerar la presión que los nacionales ejercen sobre Madrid. — Queipo de Llano, desprovisto de medios, mejora en cuanto puede sus líneas de Andalucía. — Los rojos tratan de desfondar el frente de Aragón, pero fracasan en las tres direcciones do Zaragoza, Huesca y Teruel. — Encarnizados combates ofensivos del Ejército separatista vasco en las rutas de Vitoria. Episodio del pueblo de Villarreal. — El intento vascomarxista de llegar a Vitoria termina en un sangriento desastre. — El general Franco asume la suprema responsabilidad política y militar de España. — Reorganización del Ejército. — Rendimiento de las tropas de Africa. — El Gobierno de Valencia recibe fuertes ayudas extranjeras. — Rusia ejerce el mando rojo desde agosto de 1936. — Ayuda italiana y alemana a la España nacional al través de la Legión extranjera

Hemos dedicado los capítulos inmediatamente anteriores a describir los acontecimientos militares que se han producido con motivo de la marcha nacional hacia Madrid. El lector habrá podido preguntarse: ¿qué hacían entretanto las fuerzas nacionales y rojas empeñadas sobre los demás frentes?

La primera parte de este capítulo tiene por objeto resumir esos hechos que, aunque acaecen en lugares alejados del principal teatro de operaciones, están profundamente vinculados entre sí, como que responden a una misma finalidad y a idéntico propósito;

se trata, por lo que se refiere a los rojos, de ayudar a los defensores de Madrid mediante una continua atracción de fuerzas sobre sectores excéntricos; en cuanto a los nacionales, aprovechan la más pequeña ocasión para mejorar sus líneas, hartó precarias en muchos sitios y desprovistas de medios adecuados.

* * *

En el frente de Andalucía vimos ya cómo el General Queipo de Llano, después de rechazar la ofensiva roja contra la ciudad de Córdoba, ampliaba su frente cordobés y conseguía invadir centenares de kilómetros cuadrados de territorio, dentro del cual quedaban muchos pueblos interesantes, y zonas mineras tan importantes como las de los yacimientos de Peñarroya. Hubiera querido el Jefe del Ejército del Sur —nombrado con ese título cuando Franco recibió el de Generalísimo de todos los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire— operar en mayor escala, pero la realidad de sus efectivos, de sus parques y de su material no se lo permitían. Por tanto, debía conformarse con aprovechar debilidades del enemigo para ordenar rectificaciones del frente, bastante profundas en ocasiones, aunque tales operaciones no llevaran en sí ningún intento decisivo y quedaran limitadas a la conquista de bases para el futuro.

Así, por ejemplo, al Norte de Algeciras y de Gibraltar, las vanguardias andaluzas penetraron en las Sierras, y alejaron las posiciones rojas considerablemente, de modo que hubieron éstas de refugiarse en lo más áspero de las montañas o apoyarse en los lugares más difíciles de la costa.

El Ejército rojo del Sur, mandado por el teniente coronel Hernández Sarabia, se propuso ensayar aquella misma operación

en que ya había fracasado el General Miaja; la conquista de la ciudad de Córdoba. Unos intentos llevados a cabo sin continuidad y con escasa técnica procuraron a los atacantes ciertas fajas de terreno, pero los contraataques nacionales no sólo recobraron el terreno inicialmente perdido, sino que consolidaron sus líneas y mantuvieron inviolado el sector de la campiña y de la capital cordobesas.

En el frente de Aragón, la situación seguía siendo muy precaria para los nacionales. Tenían que cubrir unos cuantos centenares de kilómetros con efectivos cuya cifra parecía entonces, y sigue pareciendo hoy, completamente ridícula. Obligados por las circunstancias, hubieron de organizar las líneas defensivas de manera discontinua, dejando entre posición y posición enormes brechas que invitaban al ataque.

* * *

En los primeros días de noviembre, el Mando rojo de Madrid pidió al Gobierno de Valencia que, a fin de ayudar a los milicianos madrileños y a las Brigadas internacionales frente a los ataques del Ejército nacional, prodigara los ataques —siquiera tuviesen carácter demostrativo—en Aragón, Vizcaya y Andalucía. Para complacer y auxiliar al General Miaja, dióse orden de forzar la actividad en los sectores de Teruel y de Huesca. Las unidades milicianas se empeñaron a fondo; el frente de Corbalán (Teruel) cobró una gran aspereza, por la tenacidad con milicias de Valencia intentaron romper el frente; pero los soldados del Regimiento ligero de Carros (Zaragoza), mandados por el comandante Arce, desplegaron tal coraje que las líneas se mantuvieron intactas, sin

que una sola de las posiciones flaqueara.

En Huesca, las acometidas de los batallones rojos se sucedieron sin interrupción durante los meses de noviembre y diciembre. Cien veces pareció que la plaza iba a perderse irremisiblemente; pero tampoco allí tuvieron éxito las demostraciones ofensivas del Ejército rojo, que hubo de resignarse a permanecer en sus trincheras y a reponer sus bajas, mientras la línea o cinturón defensivo alrededor de la ciudad se perfeccionaba día a día, aunque con medios muy exiguos y con elementos de fortuna.

A la par de estas acciones contra los dos extremos del frente aragonés, el Mando rojo, instalado en Caspe, obedeciendo órdenes de Valencia y de Barcelona, atacó violentamente sobre las dos orillas del río Ebro, y muy especialmente en la derecha, a fin de romper el frente por el sector de Belchite y Quinto. No era mucha la densidad de las tropas atacantes; pero la de los defensores resultaba tan pobre que sólo a fuerza de multiplicar los esfuerzos y los heroísmos se pudo evitar un desastre. El Estado Mayor aragonés había conseguido organizar una pequeña columna conocida con el nombre de «Brigada Móvil», integrada por una Bandera de la Legión, una Mehal-la tetuaní, una Bandera de Falange y fuerzas pertenecientes al Cuerpo de Seguridad y Asalto. Esta Brigada Móvil parecía el «curalotodo» del frente de Aragón. Allá donde sonaban unos tiros insistentes acudía la unidad mencionada, con el encargo de resolver un problema táctico que, generalmente, era muy superior a sus posibilidades De Teruel a Huesca, de Huesca a Zaragoza, de la Sierra al llano y del llano al río o a la huerta, lo cierto es que la Brigada móvil no descansaba un instante. A ella se deben verdaderos prodigios de valor y de

eficacia; sin ese valor y esa eficacia, no se explica lo sucedido en el frente de las provincias aragonesas.

* * *

Pero, donde más esperanza pusieron los gobernantes del Frente Popular fue en los frentes del Norte, en aquel enclave cantábrico que constituía para ellos una importantísima baza dentro del juego de la guerra. Los asturianos no se encontraban en condiciones muy propicias para atacar sólidamente, porque la liberación de Oviedo por las tropas del coronel Martín Alonso, el fracaso de los mineros ante la ciudad, y la influencia de todo ello sobre la moral miliciana, exigían algún tiempo de reorganización y de propaganda antes de lanzarse a nuevas empresas bélicas. De Santander no se podía esperar nada, pues las unidades santanderinas parecían asistir a la guerra con poco entusiasmo. Sólo algunas de ellas se manifestaban dispuestas al sacrificio y al sufrimiento. Estas fueron destinadas al frente de Vizcaya, donde el «Gobierno de Euzkadi» prometía gallardamente reunir un Ejército poderoso, romper el frente nacional y entrar en la ciudad de Vitoria, desorganizando de ese modo una buena parte del sistema de comunicaciones y de transportes que alimentaba al Ejército nacional. Se decidió, pues, que fuese el Ejército vasco, formado con batallones separatistas y socialistas, más los refuerzos especiales llegados de Santander y Asturias, el que organizase la ofensiva más importante y desviase de Madrid la atención del Ejército nacional.

Ofensiva vasca contra Vitoria.

Terminadas las operaciones del Ejército del Norte sobre Irún y

San Sebastián, coronada la reconquista de Guipúzcoa y disperso el núcleo principal de fuerzas con que el Frente Popular intentó defender la frontera francoespañola del Pirineo occidental, las columnas procedentes de Pamplona, victoriosas en Irún, Rentería, Tolosa, Andoaín y San Sebastián, avanzaron resueltas con dirección a la provincia de Vizcaya, y hubieran saltado sobre Bilbao si la falta de efectivos, y sobre todo, la escasez de municiones, no les hubieran obligado a detenerse en la línea estratégica del río Deva, cara a las imponentes montañas de Elgueta y Elgóibar, que separan las dos provincias y constituyen una fortaleza natural de grandísimo valor. En diferentes ocasiones de nuestras guerras civiles, y aun de las invasiones napoleónicas, esas montañas han sido el magnífico parapeto defensivo de Bilbao y de toda su comarca, o sea, el principal apoyo de un Ejército que trata de defender toda la zona vasco-cantábrica de operaciones.

Si los nacionales carecían de elementos para continuar su marcha hasta el corazón de Vizcaya y tenían que resignarse a esperar mucho tiempo antes de acometer la operación necesaria para alcanzar la cuenca del río Nervión, los rojos, por su parte, tampoco podían pretender ninguna ventaja, porque aun cuando disponían de hombres en número considerable, flojeaban sus depósitos y parques, y flojeaba aún más su organización.

Entre vizcaínos, santanderinos y asturianos podían reunir perfectamente cien mil combatientes bien nutridos y capaces de disciplina; pero la regionalidad que ha caracterizado muchas veces a la lucha española por el lado rojo, la tendencia individualista a defender la propia comarca y desinteresarse de las demás, como si todas ellas no estuvieran unidas por el mismo destino, la falta de mandos adecuados, tanto superiores como subalternos, y la

tardanza en recibir armas automáticas, aviación y artillería, obligaron a los separatistas vascos y a sus aliados los socialistas y comunistas, a prolongar más de la cuenta el período preparatorio de las operaciones, de suerte que llegaron los primeros días de octubre, y todavía no era posible acometer ninguna acción importante contra las debilísimas líneas de Mola. Los vascos no quisieron comprometerse demasiado mientras no tuvieron en sus manos el Poder político, otorgado de prisa y corriendo por el Gobierno de Madrid en forma de Estatuto autonómico, con facultades para constituir un Gobierno propio, una especie de pequeño Parlamento y unas milicias particularistas.

A primeros de octubre, el frente nacional se apoyaba en la costa, cerca del puerto pesquero de Ondárroa, trepaba por los montes que se alzan sobre Marquina, corría por las estribaciones del Calamúa, dominaba la sierra de Elgóibar, bajaba a los valles de Vergara y Mondragón, dominados desde la sierra de Elgueta, zigzagueaba por las alturas próximas a Salinas y salía a darse la mano en las llanuras de Vitoria, con unos centenares de soldados y requetés que cubrían extensiones muy grandes, bajo los montes Jacinto, Albertia, Gorbea y otros picos espectaculares.

Esas llanuras de Vitoria a que hemos aludido estaban, teóricamente, indefensas por falta de fuerzas. Entre la cadena de montañas —de los 600 a los 1.000 metros de altitud— que separa a Vizcaya de Alava y Guipúzcoa (ese sistema montañoso se hallaba en manos de los rojos), y la ciudad de Vitoria, situada en un ancho valle que se cierra al Oeste por las montañas de Navarra, los nacionales disponían exclusivamente de un exiguo punto de apoyo; el pueblo de Villarreal. El coronel Alonso Vega, Jefe de un Regimiento en Vitoria, era el encargado de sostener aquel sector.

Como los frentes de Madrid exigían constantes envíos de las pocas fuerzas existentes en todas partes, la guarnición de Vitoria quedó reducida a la mínima expresión. El pueblo de Villarreal, encajonado entre montes, ofrece una pésima situación táctica si el enemigo domina los montes de Vizcaya; pero como allí cruzan las carreteras de Bilbao —por Ochandiano y por Ubidea, así como la salida hacia el sector del Gorbea y del Sur de Vizcaya—, los nacionales decidieron apoyarse en ese núcleo de comunicaciones y defenderlo a toda costa.

Una vez que el Gobierno vascoseparatista quedó organizado y tuvieron aire de Ejército sus milicias, se pidió a Madrid un General capaz de mandarlas. Desde Madrid fue enviado, en avión, el General Llano de la Encomienda, como Jefe supremo del Ejército de maniobra del Norte. A sus órdenes quedaron algunos oficiales del Estado Mayor, también enviados desde Madrid. La moral de estos oficiales era tal que alguno de ellos comunicó a la zona nacional antes de partir para Bilbao su resolución de ayudar cuanto fuera posible a los planes del General Mola, para lo cual solicitaba los enlaces correspondientes.

El primer plan del Gobierno vasco obedeció a la ilusión de atacar en dirección de Guipúzcoa, tomando como objetivo final la ciudad de San Sebastián. Los informes técnicos fueron contrarios al intento y se desistió de esta idea, que no podía estar inspirada sino por personas ajenas a los secretos del arte militar.

Era, en cambio, perfectamente lógico imaginar que un ataque hacia Vitoria, bien organizado y apoyado con medios suficientes, podría desembocar en las llanuras vitorianas y alcanzar la ciudad. Estratégicamente, Vitoria no es hoy, frente a los modernos elementos de guerra, lo que fue en otros tiempos. «El sistema

defensivo de esa zona —dice acertadamente el teniente coronel Díaz de Villegas— se encuentra más al Norte, en el sector llamado «Conchas de Arganzón». Aun así, la plaza de Vitoria, como centro de comunicaciones entre Castilla y el Norte, reviste considerable importancia; y dada la precariedad de la situación en que se encontraba el General Mola, su pérdida hubiera sido para él un desastre. Si a ello añadimos la significación moral de una victoria vasca, obtenida sobre una ciudad de indudable tradición militar, llegaremos fácilmente a la conclusión de que el objetivo estaba bien elegido. La información que los vascos tenían acusaba una gran debilidad de las defensas nacionales en el punto escogido para la ofensiva principal.

Durante el mes de octubre llegaron a Bilbao cargamentos importantes de fusiles y de ametralladoras; las instalaciones industriales de Vizcaya y Santander llenaron los depósitos de municiones; se construyeron varias docenas de carros blindados, y el Gobierno central envió al Norte algunas escuadrillas de aviación, desplazadas de los aeródromos de Valencia y Barcelona. Todo el secreto de la operación residía en que la masa preparada para el ataque consiguiera desembocar de la zona de altas montañas y situarse en la llanura, donde la carretera de Vitoria se abre recta, llana y ancha hasta la misma ciudad. En el caso de que se lograra este éxito inicial, los carros blindados tenían grandes probabilidades de arrollar las líneas nacionales con escaso esfuerzo. Para llegar a semejante resultado había que pasar por el pueblo de Villarreal, destruirlo si era necesario y ensanchar el frente de despliegue. No existía segunda línea de resistencia, porque aunque se hubiesen construido las trincheras y nidos necesarios, Vitoria carecía de combatientes que los ocuparan. Así, pues, vencido el centro de Villarreal, los vascos no habrían de encontrar

ningún obstáculo serio.

En previsión de los acontecimientos que el Mando nacional del Norte venía temiendo, fue reforzada la línea, que anteriormente estaba defendida por 100 requetés. A primeros de octubre se enviaron 500 hombres más, y se encomendó el mando de los seiscientos defensores al teniente coronel don Ricardo Iglesias.

Gran preocupación del Gobierno y del Mando militar de Vizcaya fue el problema de la moral de sus combatientes, que no conocían los azares de la guerra. Para elevarla y ponerla a punto se organizaron frecuentes desfiles de unidades vascas —«gudaris», o sea «hombres de guerra», en vasco— excelentemente equipadas; 63 carros blindados desfilaron igualmente por las calles de Bilbao, amén de varias baterías de distintos calibres, que dieron a las nacionalistas vascos la impresión de una positiva pujanza militar.

A fines de noviembre, el General Llano de la Encomienda ordenó una diversión ofensiva en el sector de Espinosa de los Monteros, cerca de los límites de las provincias de Vizcaya, Burgos y Santander. El ataque, lanzado contra posiciones de pequeña guarnición, preocupó al Mando nacional, que se vio obligado a sacar fuerzas de flaqueza, desguarnecer otros puntos —entre ellos algunos del sector vitoriano— y parar el golpe. Debilitada aún más de lo que ya estaba la línea de defensa sobre las llanuras de Vitoria, el General rojo creyó llegado el instante de atacar con todas las fuerzas disponibles. Estas —me refiero a las preparadas para la operación contra Vitoria— alcanzaban los efectivos de dos Divisiones, o sea unos 23.000 hombres, en cifras redondas. De ellos, 10.000 debían responder de la rápida conquista de Villarreal; los demás se encargarían de fijar a las fuerzas nacionales sobre

todo el frente vasco.

En el primer período del ataque, las milicias vascas se apoderaron fácilmente de las posiciones de Elosu, Nafarrate, alturas próximas a este pueblo, Acosta, Echagüen, Gorbea-Chiqui y Murúa. Por la izquierda de la carretera llegaron a los bordes de un pinar que era posición de magnífico valor táctico para la defensa de Villarreal. Los defensores quedaron, pues, reducidos al pueblo mismo. Les unía con Vitoria una carretera general que los atacantes podían batir desde tres posiciones distintas.

La observación nacional permitió averiguar que el enemigo disponía de una batería de 15,5, otra de 12,40, dos baterías de 7,68 y otras dos de 7,5. En los comienzos del ataque hicieron su aparición por la carretera de Ubidea 14 carros blindados. Los efectivos, como queda dicho, se elevaban a 10.000 hombres.

El dispositivo nacional se hallaba integrado por una batería ligera (7,5), dos carros blindados y 600 soldados de Infantería.

El día 30 de noviembre se inició el bombardeo preparatorio. No pudo comenzar hasta las nueve de la mañana porque antes de esa hora hubo niebla cerrada. En ese momento todos los cañones rojos tiraron con cadencia acelerada contra el pueblo de Villarreal y contra la carretera. La Infantería, protegida por los blindados, avanzó a lo largo de la carretera de Ubidea, pero con tan escasa capacidad de profundización que el fuego de dos piezas nacionales bastó para romper el asalto.

Inmediatamente arreció el fuego artillero rojo, que dejó inútiles todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas con Vitoria.

Prevenido el General Mola, como Jefe del Ejército del Norte, de lo que acontecía en el sector de Villarreal, ordenó al General Solchaga Comandante en Jefe de las columnas de Navarra, que

instalara su Cuartel General en Vitoria y dirigiese la defensa. Solchaga asumió el mando y estudió el problema táctico. Su reacción ante la realidad de los efectivos disponibles fue de inquietud. Inmediatamente pidió refuerzos pero obtuvo, por toda contestación, estas palabras de Mola:

—No puedo mandar a Vitoria ni un hombre. Defiéndase con lo que tiene a mano.

Insistió Solchaga, y al fin, después de mucho reclamar y discutir, consiguió que, exprimiendo la disponibilidad de las reservas, se le enviara un Batallón —creo que del Regimiento de Bailén—, como supremo recurso. El caso era tan apurado que el General navarro decidió emplear aquellos hombres con mucha cautela, porque si los lanzaba inmediatamente al combate y no tenían éxito, se habrían acabado definitivamente sus esperanzas de mantener la lucha. El Batallón de auxilio era, pues, la llave mágica de las decisiones de Solchaga.

El coronel Camilo Alonso hízose cargo del mando del sector, mientras en Villarreal seguía mandando el teniente coronel Iglesias.

La jornada del 30 transcurrió difícil y alarmante para los nacionales. Tanto, que Solchaga tuvo que enviar a Villarreal 150 hombres más, la mitad de los cuales hubieron de quedarse en la carretera con el objeto de asegurar las comunicaciones entre el pueblo atacado y la ciudad inmediata. La distancia entre ambos era de 16 kilómetros.

A media tarde, 3.500 milicianos vascos atacaron con mucho más denuedo que por la mañana y entraron en el pinar situado a la izquierda de la carretera, con lo cual quedaba cortada ésta y Villarreal en situación de plaza sitiada. Un convoy enviado desde Vitoria con dos piezas de 10,5 y varias cajas de municiones fue

capturado por los rojos a doscientos metros del pueblo, y costó trabajo recuperar los cañones durante la noche. Dos mil rojos más, desembocando de las alturas próximas, avanzaron de frente, con ánimo de conquistar las posiciones del pequeño núcleo de resistencia, pero no consiguieron pasar de los primeros elementos de trincheras nacionales. La noche del 30 el teniente coronel Iglesias tiene en su pequeño sector 150 heridos. Los cartuchos disponibles han disminuido hasta el número de 20.000. La consigna de Iglesias es: «Ni rendición, ni retirada. Hay que morir».

A favor de la noche consigue filtrarse un pequeño convoy procedente de Vitoria.

El día 1, los defensores del pueblo rechazan tres asaltos más de los milicianos vascos.

El día 2, el coronel Alonso Vega organiza una pequeña columna con las fuerzas del Batallón que ha facilitado Mola. La situación es muy crítica. Llega el momento de jugarse el todo por el todo. El coronel ha imaginado una operación muy arriesgada, pero de grandes posibilidades, si tiene éxito. Consiste en marchar a cubierto de una estribación montañosa y caer sobre el pinar de Villarreal por sorpresa. En el supuesto de que se llegue hasta allí sin que el enemigo se dé cuenta de la operación, los resultados serán decisivos.

Un Tabor de tropas Regulares llegado a toda prisa se incorpora a la columna de Alonso Vega. Solchaga aprueba la operación contra el pinar, aunque no desconoce que si fracasa se habrá perdido el 90 por 100 de las esperanzas de defender Vitoria.

A mediodía, la columna de maniobra se pone en marcha. Todo permite suponer que las milicias vascas no se han enterado. A unos centenares de metros del pinar se ordena el asalto con

bombas de mano y cuchillo. La sorpresa es terrible. Las unidades que aseguraban el cerco de Villarreal se dispersan en todas direcciones. Quedan en manos de Alonso Vega cientos de prisioneros y todo el material de vanguardia. El pinar ha sido reconquistado y ahora lo ocupan las tropas defensoras en condiciones de poderlo defender largamente. Con ello, la situación del pueblo vuelve a ser más llevadera.

El día 3 transcurre sin ataques de Infantería, pero arrecia el cañoneo rojo.

Después se abren siete días de calma. ¿Habrán renunciado los separatistas vascos a su empresa? Eso parece; sin embargo, el día 10 vuelve la artillería a disparar desde la mañana a la noche. El teniente coronel Iglesias, que tuvo que retirarse herido a Vitoria, abandona el hospital y nuevamente se hace cargo del mando.

El día 12 se repite el ataque, que fracasa por todas partes. Durante las primeras horas, sin embargo, la situación parecía muy difícil, hasta el punto de que se dio orden de quitar el cierre a todas las piezas nacionales. Por la tarde, los milicianos se retiraron a las montañas. Han desistido de la empresa. Poco a poco, entré cañoneos inútiles, va apagándose el eco de la batalla.

Como resumen de las operaciones, podemos decir lo siguiente:

El Gobierno vasco y el General Llano de la Encomienda renuncian a la conquista de Vitoria. El comunicado oficial de Bilbao dice: «En Villarreal, los facciosos resisten heroicamente». Y en un informe del General en Jefe al Presidente del Gobierno vasco, se desliza esta frase: «Excelencia, Vitoria se va alejando».

Los efectivos empleados por los rojos contra Villarreal alcanzan la cifra de 10.000 hombres.

Los nacionales se han defendido con 600, más los refuerzos llegados a última hora.

Las bajas de los atacantes se calculan —por las cifras de hospitalización de Bilbao— en 4.500 hombres.

Las de los nacionales son 31 muertos y 224 heridos.

Los rojos han perdido siete piezas de artillería y nueve carros blindados.

Los nacionales, dos piezas y dos carros blindados.

Dos escuadrillas separatistas han bombardeado once veces las líneas de Villarreal. Vitoria no ha podido disponer de un solo aparato para la defensa.

Así terminó el único gran proyecto de ofensiva preparado por el Gobierno autónomo de Vizcaya, con el apoyo de las milicias santanderinas y asturianas. Y así quedaron salvadas para siempre la zona y la ciudad de Vitoria.

El General Franco, Generalísimo nacional.

El día 1 de octubre de 1936 se produjo, en relación directa con la guerra de España, un hecho de gran trascendencia: por el voto unánime de los grandes Jefes militares y de todos los núcleos políticos íntimamente enlazados con el Movimiento nacional, fue elevado el General D. Francisco Franco Bahamonde a la jerarquía de Jefe del Estado español y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Con gran solemnidad tuvo lugar en Burgos la ceremonia de la investidura. El Generalísimo juró solemnemente defender los principios del Alzamiento, salvar a España y conducir al pueblo armado hasta la meta de la victoria.


El Generalisimo Franco y el General Mola en las calles de Burgos

Rigurosa había sido la Providencia con algunos de los españoles llamados a tomar parte en la dirección de la guerra. Antes del 18 de julio caía asesinado en Madrid D. José Calvo Sotelo; el 20 de noviembre fue fusilado en Alicante el fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera; un accidente de avión costó la vida en las primeras horas de la sublevación al Teniente General D. José Sanjurjo, expatriado en Portugal; el fracaso del Movimiento en Barcelona trajo como consecuencia el fusilamiento del General Goded. Quedaban en pie, como figuras señeras, los Generales Franco y Mola; pero desde el primer momento Mola se subordinó voluntariamente a Franco, en quien reconocía dotes extraordinarias y capacidades fuera de lo habitual. En cierta ocasión, alguien sugirió al General Mola que debía negociar directamente la compra de cartuchería en el extranjero con destino al Ejército del Norte; Mola rechazó la idea diciendo: «Es preferible que Franco lo reciba todo; él me enviará lo que yo necesite».

La gran fortuna de España fue la existencia de este hombre. No conocía límites la confianza de los nacionales —militares o no— en su personalidad. Pronunciar su nombre era tanto como lanzar a la opinión resonancias de victoria segura. No se trata aquí de disminuir otras figuras; pero si se tiene en cuenta las especialísimas circunstancias en que la guerra española se produjo y su amplio desarrollo, hay que convenir en que nadie, absolutamente nadie, podía dirigirla hasta el fin con tantas garantías de acierto como el General Franco. En él se da esa rara mixtura de energía indomable y de flexibilidad humana, de audacia juvenil y de reflexiva prudencia, de realismo profundo y de lírico patriotismo, de objetividad exacta y de impasible serenidad, de técnica estudiosísima y de imaginativa improvisación cuando la hora lo exige; todo, por consiguiente, le calificaba para elevarse hasta el caudillaje de los españoles. Cuando fue conocido su nombramiento, España lo encontró tan lógico y justo que no hubo pueblo ni ciudad, Batallón o partido político, que no diera muestras espontáneas de inmenso júbilo.

La unidad de mando, tan esencial a los fines de la guerra, quedaba lograda frente a la diversidad de influencias, decisiones y pareceres que hacían de la España roja un campo de discordias y de envenenadas polémicas. Todo desde las operaciones militares hasta la economía agraria, desde la política internacional hasta el orden público, desde la fabricación de los cartuchos y la explotación de las minas hasta la política del Tesoro y de la moneda, era sometido a un mismo puño fuerte, a una voluntad, a una autoridad sola, a una espada. No hay exageración en decir que el nombramiento del General Franco como Caudillo de los españoles fue la batalla mejor ganada y la más decisiva de cuantas se libraron en nuestro país.

Instalado el Cuartel General en la ciudad de Salamanca, Franco inició rápida y serenamente la política exigida por el concepto de la «guerra larga» y a partir de entonces la movilización de todos los recursos de la zona nacional se puso en marcha con arreglo a un sistema inexorable y a un método riguroso, que daban la certidumbre de la esperada victoria. Lo primero de todo era organizar un Ejército potente, porque el de Africa, que acababa de cumplir una misión enorme, quedaba notoriamente —en cuanto a sus efectivos y a sus posibilidades generales— por debajo de las necesidades de la campaña.

El Ejército de Africa.

No parece descaminado resumir aquí algunas informaciones acerca del Ejército de Africa, que acababa de coronarse de gloria en los primeros meses de guerra española. ¿Qué era el Ejército africano?

Al iniciarse las operaciones del año 1909 en Melilla, bajo el mando del General Marina, fueron las fuerzas del Ejército peninsular las que soportaron todo el peso de la campaña. Como unidades de carácter exclusivamente local existían la Brigada Disciplinaria y la Compañía de Mar, ambas denominadas «de Melilla».

Terminada aquella campaña, al organizarse el terreno que se había ocupado, empezóse a utilizar elementos indígenas agrupados en «mías» de policía, de las que fueron creadas una por cada cabila o agrupación de cabilas, éstas de corta extensión territorial y no muy densamente habitadas. Al instaurarse el Protectorado, como consecuencia de los pactos internacionales, se siguió esta misma norma; la misión de tales fuerzas era la de

asegurar los servicios de seguridad y orden, así como la intervención en las cabilas; en caso de que se llevaran a cabo operaciones militares, debían concurrir a ellas al lado de las fuerzas del Ejército. Estas tropas prestaron excelentes servicios, tanto en la política indígena, por medio de sus oficinas de intervención, como en la vigilancia del campo. También servían de núcleo a los elementos indígenas que las cabilas movilizaban con el nombre de «harcas amigas»

Pronto se puso de manifiesto la necesidad —ante los proyectos de operaciones más amplias— de utilizar a los elementos indígenas encuadrándolos en organizaciones de carácter y eficacia más militares, del tipo de los «tirailleurs algeriens» o de los «spahis», que tan grandes servicios prestaron a los franceses en sus guerras de Argel y de Marruecos y habían de prestarlos más tarde en las de la propia metrópoli francesa.

A principios del año 1911 Don Alfonso XIII, acompañado del Presidente del Consejo de Ministros (Canalejas) y del Ministro de la Guerra (General Luque), hizo un viaje a Marruecos, y durante ese viaje se acordó la organización de las tropas Regulares Indígenas, con la misión exclusiva de concurrir junto a las tropas europeas en días de operaciones y guarnecer con ellas los puestos avanzados.

En junio de 1911 se publicó la disposición que creaba el Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas número 1 de Melilla, y se nombró para su organización al teniente coronel de Caballería D. Dámaso Berenguer.

El General García Aldave, comandante general entonces de Melilla, que dirigió las operaciones del año 1911 a 1912 —por las que recibió el título de marqués de Guelaya—, asignó a las primeras tropas Regulares Indígenas como alojamiento inicial para

ellas y residencia de sus oficinas y Plana Mayor, el fuerte de Sidi Guariach, en los antiguos límites del campo exterior de Melilla, donde estuvo instalada la oficina de reclutamiento hasta que el Grupo pasó a formar parte de la guarnición de Ceuta; más tarde se trasladó a Tetuán.

No fueron sencillos ni se vieron desprovistos de dificultades los primeros pasos de estas nacientes fuerzas; faltaba la experiencia necesaria para la creación de tales unidades que, en realidad, carecían de precedentes en nuestro país. La observación de los resultados obtenidos por otros países, los frecuentes viajes a Orán y Argel a fin de procurarse el ganado necesario para las unidades montadas, y un decidido afán de acierto por parte de los jefes militares, fueron atenuando poco a poco los obstáculos,

En primer término, hubo que luchar con la escasez de la recluta; ésta se hacía muy difícil porque nuestra zona era reducida y, por otra parte, los marroquíes preferían servir en la Policía indígena, que exigía de ellos menos sujeción a la disciplina militar, al par que les permitía vivir cerca de sus aduares y en macar contacto con las familias respectivas.

Los primeros oficiales de Regulares fueron aquellos que habían mostrado ya deseos de servir en fuerzas indígenas de Policía; la oficina central de las «mías» policíacas cedió a las nuevas unidades los candidatos que tenía para nutrir sus cuadros. Se pidieron voluntarios (clases e individuos de tropa) y presentóse abundante personal apto por afición al servicio de las armas, en el que muchos aspiraban a ser profesionales. Durante toda la campaña de Marruecos esos voluntarios dieron altísimo ejemplo a los indígenas y derrocharon acometividad, subrayada por actos de gran heroísmo, con lo que su autoridad alcanzó rápidamente un

muy alto nivel.

Esta dificultad para la recluta de moros y la competencia inevitable con la Policía indígena mantuvieron durante unos meses los efectivos muy por debajo de lo que exigían las unidades proyectadas: un Tabor de Infantería —de tres Compañías— y un Escuadrón de Caballería.

Inesperadamente, los sucesos de Fez en el Marruecos francés y el movimiento sedicioso que siguió a ellos en toda la zona del Protectorado de Francia produjeron la defección de muchas de las tropas del antiguo imperio xerifiano, lo cual abrió mayores posibilidades para la recluta entre los soldados profesionales de las Mehal-las del Sultán, que no podían seguir ya bajo la autoridad de los franceses.

El primer grupo que desertó, procedente de la Mehal-la de Ben Daham y que guarnecía la región del río Lucus, permitió nutrir la segunda Compañía del Tabor y casi todo el primer Escuadrón. Informadas las Mehal-las restantes de la acogida que se les brindaba en las unidades de España, pronto se contó con contingentes suficientes para organizar todo el primer Tabor de Infantería y el segundo Escuadrón de Caballería.

En los primeros meses del año 1912 se acometió la organización del segundo Tabor y del tercer Escuadrón de Caballería. Estas fuerzas tomaron ya parte en la campaña de Melilla (1912), muy especialmente en el combare de Habdú Al-all o Kadur, donde encontró la muerte el prestigioso jefe religioso de los Guelayas, de nombre Mizzian, a manos de los «jaiala» del tercer Escuadrón de Regulares, recién encuadrados por oficiales y clases metropolitanos.

Cuando en 1913 se dispuso que el primer Grupo de Regulares

se uniera a la guarnición de Ceuta para dominar a los levantiscos Yebalax después de la ocupación de Tetuán, pudieron embarcar con el completo de sus efectivos dos Tabores de Infantería y uno de Caballería con tres Escuadrones. Pocos días después se dio la orden de iniciar la recluta para el tercer Tabor de Infantería.

Esta campaña de Tetuán fue indudablemente dura; exigió de las brillantes fuerzas Regulares muchos sacrificios; cayeron bajo el plomo enemigo muchos de los Oficiales y Jefes más descollantes; junto a ellos cayeron igualmente los más valerosos veteranos de las Mehal-las antiguas; pero allí se forjó el temple de su espíritu, allí se inició su gran historia militar con promesas de eficacia que nunca fueron desmentidas.

Ya tenía el Mando español ocupada una zona mayor; en consecuencia, las posibilidades de recluta habían aumentado; las exigencias de la guerra iban siendo más complejas; en vista de todo ello, se decidió ampliar los Grupos y dotar con uno de ellos a cada una de las regiones militares de Marruecos. En 1914 se creó en Melilla el segundo, para sustituir al primero que se quedó en Tetuán; la organización de este segundo Tabor quedó encomendada al teniente coronel de Caballería D. Antonio Espinosa, que hasta su ascenso por méritos de guerra había mandado el Tabor de Caballería del primer Grupo. En Ceuta se creó el tercer Grupo sobre la base de la Compañía de Moros Tiradores del Rif, sucesores y herederos de la antigua Compañía de Mogataces, la primera unidad organizada con moros, en 1734; fue nombrado para mandarlo el teniente coronel D. José Sanjurjo, recién ascendido del primer Grupo de Regulares. Finalmente, en Larache se procedió a la organización del cuarto Grupo, y el Mando designó jefe al teniente coronel D. Federico Berenguer.

En julio de 1922, iniciados ya los preparativos para la ocupación del Rif y de la bahía de Alhucemas, se organizó el Grupo que había de guarnecer la mencionada región; se le asignó el número 5, la denominación de «Alhucemas» y se nombró jefe al teniente coronel Valenzuela, recién ascendido de la Legión o Tercio.

No es posible ni cumple a los fines de este libro enumerar las campañas y hechos de armas en que intervinieron estas fuerzas durante los años de su organización y bajo el Alto Mando de los Generales Alfau, Marina y Jordana, que sucesivamente ocuparon la Alta Comisaría de nuestro Protectorado, ni cabe aquí recordar los nombres de los Jefes y Oficiales que al frente de sus unidades rindieron a la Patria el holocausto de su vida. Pero si durante el período de organización fueron muchos los servicios prestados por las tropas Regulares Indígenas, aún fueron mayores los que ofrecieron a España cuando ya se trataba de unidades muy consolidadas, porque siempre pusieron de relieve su amor al servicio, su culto a la técnica militar y su bien orientada experiencia de la profesión de las armas.

Pasado el período de paralización que a las actividades de España en Marruecos impuso la Gran Guerra, comenzó una nueva fase el año 1919. La colaboración de las fuerzas Regulares fue entonces aún más meritoria que en las etapas anteriores y su sacrificio más generoso, pues siendo mayores las necesidades determinadas por los amplios propósitos militares, no estuvieron compensados por el aliciente de la recompensa, del premio a la labor y al mérito, que son siempre grandes sostenedores de todo espíritu de empresa y fueron en todo tiempo aspiraciones lógicas del soldado.

Para esa fecha ya se había alcanzado el grado de colaboración y eficacia que cabía esperar de los elementos indígenas. Pero el Gobierno español insistía constantemente en el deseo de atenuar la carga que para el Ejército de la metrópoli —de recluta obligatoria— significaba una campaña en la que sólo tomaban parte aquellos que la suerte no protegía o los que no poseían medios de fortuna para librarse legalmente de los riesgos y penalidades de la guerra.

Estaba por entonces planeada ya la ocupación de Yebala; se proyectaba, como etapa que inmediatamente había de seguirla, la ocupación de toda la costa del Mediterráneo y de la bahía de Alhucemos. Desde mediados del año 1919 se venía pensando en crear unidades voluntarias de profesionales europeos que concurrieran con las indígenas a soportar el peso de la campaña de modo tal que quedaran libres aquellos que por sus cortas aficiones militares no quisieran seguir ese camino, y se consiguiera, por una mayor permanencia en filas, amplia eficacia técnica y práctica en el combate. El proyecto consistía en retener en Marruecos, para nutrir los terceros Batallones de los Regimientos, a los licenciados del servicio de Africa que quisieran continuar en la campaña.

En los primeros meses del año 1920 pasó por Tetuán el teniente coronel Millán Astray, que acababa de cumplir una comisión cerca del Ejército francés. En el curso de ella había visitado las guarniciones de Argel y de Orán. Venía entusiasmado de las magníficas tropas que había visto en los campamentos de la Legión extranjera. Habló largamente con el Alto Comisario de la posibilidad de crear algo análogo en nuestro Ejército de Marruecos.

Desde el primer momento el Alto Comisario (General

Berenguer) quedó seducido por la idea, que consideró de mucha mayor eficacia que los terceros Batallones de voluntarios, a punto de crearse. Millán Astray quedó encargado de redactar el adecuado proyecto para la organización de una Legión extranjera o, mejor dicho, de un Tercio de voluntarios que presentaría al Ministro de la Guerra con el asentimiento del Alto Comisario.

No fue fácil, ni mucho menos, conseguir la aceptación del plan concebido por Millán Astray. El propósito de los terceros Batallones tenía ya raíces muy hondas. Las Comandancias generales, sobre todo la de Melilla, seducidas por la rapidez con que creían poder organizar los mencionados terceros Batallones, y quizá pensando en poder vigilar más directamente su organización, no cedían sin argumentar, presentaban inconvenientes locales, oponían dificultades de carácter económico, argüían con la carestía de la Legión, con el temor de que las nuevas tropas fueran un vivero de desertores, etc. Y lo peor del caso era que en esa obstinación les acompañaba y apoyaba la sección de Marruecos del Ministerio de la Guerra. Algún día se conocerá, sin duda, toda la correspondencia a que dio lugar esta discusión. Afortunadamente, el Ministro de la Guerra, que era un hombre sin prejuicios (el vizconde de Eza), zanjó la cuestión, y el 4 de septiembre de 1920 apareció en el *Diario Oficial* la creación del Tercio de Extranjeros, que se llamó después «Tercio de Marruecos» y que era conocido sencillamente por el nombre de «Tercio».

Había nacido el Cuerpo que tantos servicios había de prestar a la Patria y tantas glorias había de ganar para su Ejército.

Se encargó de organizarlo su fundador, el teniente coronel Millán Astray, iniciador de la idea, y para mandar la primera unidad en armas, la primera Bandera, se designó al comandante D.

Francisco Franco Bahamonde, ascendido del primer Grupo de Regulares.

El Tercio iniciaba su organización por los meses en que se estaban llevando a cabo las operaciones para ocupar la ciudad de Xauen; no pudo, pues, participar en ellas. Mas la actividad en el campamento de Dar Riffien, cerca de Ceuta, lugar que se le fijó para su acuartelamiento y oficinas, era extraordinaria; el deseo de estar cuanto antes en condiciones de tomar parte en la campaña multiplicaba los esfuerzos de todos. Al comenzar el año 1921, organizada ya la primera Bandera, marchó a establecerse en la región de Uad-Lau para proseguir, en un ambiente de primera línea, su instrucción y adiestramiento.

De cerca siguió la segunda Bandera, que completó su instrucción en Dar-Ben-Karrich, donde tuvo las primeras bajas.

En la primavera del 21, las dos Banderas concurrieron a las operaciones sobre la cabila de Beni-Lait. Al filo del verano se encontraban en territorio de la cabila de Beni-Arós, bajo el mando de Millán Astray, cuando acaecieron los reveses Militares de la zona de Melilla, y especialmente la pérdida de las líneas de Annual. Hubo que abandonar las operaciones iniciadas en el macizo de Yebala, renunciar por el momento a la ocupación de Tazarut y forzar la salida del Tercio hacia Ceuta, donde embarcó con rumbo a Melilla. En medio de las dramáticas noticias que España recibía de la zona oriental del Protectorado, la presencia del Tercio y de los Regulares era una ventana abierta a la esperanza.

Mientras las unidades organizadas del Tercio se batían en unión de las demás fuerzas del Ejército de Marruecos, proseguía en Dar Riffien la organización de otras Banderas, y a fines del 21 ya estaba completa la tercera, que poco después se batía

brillantemente en Magán. Pronto le siguió la cuarta. A principios del 22 existían cinco Banderas, y así sucesivamente se fue ampliando la importancia del Tercio, que desde el año 22 al 28 se comportó con extraordinaria brillantez en la batalla, para llegar después a su grado máximo de eficacia con motivo de la guerra de liberación de España. Al final de ésta, el Tercio era un verdadero Ejército de voluntarios. Ya hemos visto los resultados que alcanzó en las primeras semanas bajo el acertado mando del teniente coronel Yagüe; los dos años y medio de campaña no fueron sino confirmación expresa de su valor militar, realmente insuperable.

Reclutados los combatientes del Tercio entre aquellos hombres que por uno u otro motivo vivían marginalmente respecto de la sociedad normal, fue inmenso acierto de su Fundador designarles desde el primer día con el calificativo de «caballeros legionarios». E igualmente constituyó una prueba de gran penetración psicológica la redacción del «Credo legionario», que lo explica todo. Ese «Credo», debido a la pluma del teniente coronel Millán Astray —fallecido ya, después de haber sido General director de los Caballeros Mutilados—, dice lo siguiente

«*El espíritu legionario:* Es único y sin igual; es de ciega y feroz acometividad; de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta.

El espíritu de compañerismo: Con el sagrado juramento de no abandonar jamás a un hombre en el campo, hasta perecer todos.

El espíritu de amistad: De juramento entre cada dos hombres.

El espíritu de unión y socorro: A la voz de « ¡A mí la Legión!», sea donde sea, acudirán todos, y con razón o sin ella defenderán al legionario que pida auxilio.

El espíritu de marcha: Jamás un legionario dirá que esta cansado, hasta caer reventado; será el cuerpo más veloz y resistente.

El espíritu de sufrimiento y dureza: No se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño; hará todos los trabajos: cavará, arrastrará cañones, carros, estará destacado, hará convoyes; trabajará en lo que le manden.

El espíritu de acudir al fuego: Desde el hombre solo hasta la Legión entera acudirá siempre donde oiga fuego, de día, de noche, siempre, siempre, aunque no tenga orden para ello.

El espíritu de disciplina: Cumplirá su deber; obedecerá hasta morir.

El espíritu de combate: La Legión pedirá siempre, siempre, combatir, sin turno, sin contar los días, ni los meses, ni los años.

El espíritu de muerte: El morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor, y el morir no es tan terrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde.

La bandera de la Legión: Será la más gloriosa, porque la reñirá la sangre de sus legionarios.

Todos los hombres legionarios son bravos; cada nación tiene fama de bravura; aquí es preciso demostrar qué pueblo es el más valiente.»

Esta es, a grandes rasgos, la historia de la fundación de las tropas que Yagüe, bajo las órdenes de Franco, llevó de Sevilla hasta los barrios extremos de Madrid; más de 500 kilómetros de combate incesante, de marchas muy largas, de penalidades y sufrimientos sin tasa. Con ellas, Franco acababa de constituir una cobertura magnífica para crear, al amparo de ella, el gran Ejército de España.

El rendimiento de la Legión o Tercio y de los Regulares indígenas no ha sido superado en ninguna campaña, ni ahora ni en otros tiempos más remotos. Asombra la resistencia y la combatividad de que dieron muestra. A fines de diciembre estaban las tropas de Africa castigadas por las muchas bajas sufridas y desgastadas por el esfuerzo que habían rendido. Con ellas se había

transformado en tres meses la situación militar determinada por los altibajos del Alzamiento. No se les podía pedir más de lo que habían dado; ni hay Ejército en el mundo que pudiera ir más allá que los legionarios y los Regulares indígenas.

Repitámoslo; a su amparo, Franco procederá a la reorganización del Ejército nacional, a la selección de mandos, movilización de reclutas, instrucción, adquisición de armamento moderno, creación de una flota aérea, organización de una flota marítima, aumento de la potencia ofensiva y, en suma, a la preparación del instrumento que la victoria exigía.

El primer paso de la reorganización fue constituir la «División reforzada de Madrid», bajo el mando del General Saliquet, estudiar la campaña de Málaga, reunir los efectivos y el material para la reconquista de todas las provincias cantábricas, formar la «División de Soria», que tuvo a su frente al héroe de Toledo, General Moscardó —ascendido durante el sitio—y tomar toda suerte de providencias para intensificar las fabricaciones de guerra.

La ayuda extranjera a los rojos.—
Rusia, al frente de las operaciones.

Se ha publicado hasta la saciedad un sinnúmero de datos estadísticos acerca de la ayuda que distintos países comenzaron a prestar a la República española desde que sonó el primer disparo de nuestra guerra. La manifestación inicial de esa ayuda se produjo durante los combates en la región de Irún. Allí las ametralladoras, los fusiles-ametralladores y las bombas de mano —de procedencia muy diversa— eran manejados por comunistas franceses y belgas. Después, la recluta de extranjeros para apoyar al Gobierno de Madrid tomó mayores vuelos. Durante el mes de agosto empezó esta

recluta, que ya en septiembre había alcanzado cifras impresionantes, y en octubre quedaron organizadas las llamadas Brigadas Internacionales. Destacamentos de esas Brigadas participaron en los combates sostenidos a fines de octubre entre el Tajo y la carretera de Madrid a Toledo.

No había terminado el mes de julio de 1936 cuando ya el Frente Popular francés había enviado a Barcelona 25 aviones militares, seguidos de otros 26 más que salieron de Marsella a primeros de agosto. Cuando el Ejército del Sur llegó a las puertas de Madrid, el Gobierno rojo disponía de más de 100 aparatos modernos, pilotados por técnicos extranjeros.

En esa misma época, Rusia desembarcó, en los puertos del Levante español 2.500 ametralladoras, 25 baterías de diversos calibres y varias decenas de miles de proyectiles de cañón. Francia, Bélgica y Checoslovaquia habían vendido, por su parte, 1.500 ametralladoras más y otras 20 ó 25 baterías artilleras.

Es curiosa la lectura de un documento «oficioso» que he tenido ante los ojos y que relata cómo Rusia, a partir del mes de agosto de 1936, era dueña absoluta de los destinos de la España roja. Ese documento ilustra el panorama mejor que todas las estadísticas cuando dice:

«En agosto del 36 se inició la organización del «Ejército popular». El embajador ruso Rossemberg, el consejero de la Embajada León Gaykiss y el agregado militar de la misma, General Gorief, visitaban a diario al Presidente del Consejo, en cuyo despacho permanecían largas horas. Otro General ruso, Douglas, se instaló en el Ministerio de Marina y Aire, cerca de Indalecio Prieto; era el jefe supremo de la «aviación republicana». El agregado comercial de la Embajada soviética celebraba constantes conferencias con Negrín, Ministro de Hacienda, El Gobierno y el embajador Rossemberg firmaban contratos. La U. R. S. S. se comprometía a enviar todo el material de guerra

necesario a cambio del oro español, que en cantidades fabulosas empezó a salir de nuestras arcas rumbo a Moscú. Rossemberg y Gaykiss imponían cada vez condiciones más humillantes. Después de suscritos los primeros contratos, y ya camino de Rusia el oro, la Embajada soviética anunció al Gobierno que Stalin desconfiaba de la técnica y de la «lealtad a la República» de los jefes militares españoles. Para evitar «un mal uso del material de guerra», el Gobierno soviético proponía el envío inmediato de técnicos, aviadores y expertos que deberían ser incorporados al «Ejército español» en calidad de consejeros y «controladores» de los mandos. A tales consejeros se les reconocerían grados y empleos no discernidos por el Ministerio de la Guerra español, sino por el Gobierno de Moscú, con arreglo a los cuales percibirían en pesetas oro sus emolumentos. De otra manera, no podría la Unión Soviética afrontar el sacrificio que para el pueblo ruso suponía la ayuda a la República española en su lucha contra el fascismo internacional y, en consecuencia, los contratos quedarían rescindidos.»

El autor del documento agrega:

«El Presidente del Consejo aceptó de mal talante el chantaje, que inmediatamente fue seguido de dos órdenes más: la recluta de «voluntarios» en el extranjero y la creación de un órgano político en el Ejército rojo: el Comisariado General de Guerra.»

Rusia eligió como jefe supremo de las Brigadas Internacionales al diputado francés André Marty antiguo marino que alcanzó notoriedad por haber organizado una sublevación a bordo de los buques de guerra de Francia cuando éstos se hallaban en el mar Negro, cerca de las costas rusas.

Todos los informes sobre las Brigadas Internacionales permiten afirmar que los primeros 12.000 hombres estaban listos para el combate hacia el 20 ó 22 de octubre de 1936; si no fueron antes a Madrid, se debió a que el Gobierno del Frente Popular creyó posible contener los avances nacionales a unos 20

kilómetros de la capital; pero hay una prueba de que esas Brigadas se hallaban ya preparadas para intervenir en la lucha con anterioridad a los combates de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria; esa prueba reside en el hecho de que, formulado el llamamiento urgente por parte de Largo Caballero y del General Miaja a fin de que acudieran a Madrid inmediatamente, tardaron cuarenta y ocho horas en poner los primeros 12.000 hombres dentro de la capital. Ahora bien; todo el que haya saludado las lecturas militares más sencillas sabe que sólo mediante una organización previa y perfectamente acabada se puede enviar a un campo de batalla una División de 12.000 hombres, bien dotada de armamento; con lo que se viene a demostrar que se disponía de las Brigadas Internacionales antes del 6 de noviembre de 1936 y que hubieran hecho acto de presencia en Madrid con anterioridad a la fecha en que se les vio aparecer, si tal presencia se hubiese juzgado necesaria o urgente. Conviene anotar el dato para rectificar y desvanecer algunos de los argumentos que se esgrimen siempre que se trata del «abordaje» de Madrid por las tropas nacionales.


Carro ruso capturado por los nacionales

Artillería y aviación italianas.— Las primeras escuadrillas alemanas.

Apenas estalló la guerra en España, se pudo apreciar que los pueblos italiano y alemán, así como sus Gobiernos respectivos, miraban con muy viva simpatía la causa del Alzamiento nacional y estaban propicios a prestarle eficaz ayuda dentro de los límites que les imponían las normas internacionales. Era la respuesta a la delirante colaboración que el Frente Popular español recibió desde los primeros momentos del Frente Popular francés, de las organizaciones laboristas inglesas, de la Segunda Internacional, del socialismo belga, checoslovaco y báltico, de los centros subversivos del mundo entero y, por supuesto, del Gobierno soviético staliniano.

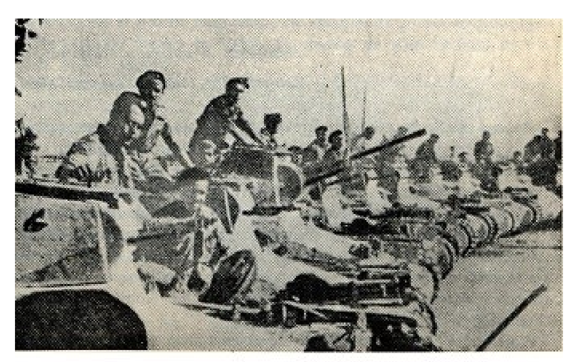
A primeros de agosto tomaban tierra en Marruecos y en Andalucía nueve «Savoias» de bombardeo, pilotados por «camisas negras». Se trataba de voluntarios italianos, en el más riguroso sentido de la palabra, y de aparatos adquiridos por españoles adictos a la política nacional que representaba el Ejército alzado en armas. Por aquellos días, igualmente, tomaron tierra en Andalucía dos escuadrillas de «Junkers», también de carácter voluntario en cuanto al personal, y de adquisición nacional mediante el esfuerzo del patriotismo.

La participación de estas formaciones italianas y alemanas en los hechos de guerra que llevaron a cabo los militares y voluntarios españoles fue magnífica si se mira al heroísmo, y muy eficaz si se atiende a los resultados. El paso del convoy de tropas por el Estrecho de Gibraltar, la seguridad del tráfico entre Marruecos y la Península, la protección de la costa en Algeciras y Cádiz, el

socorro de los sitiados en el Alcázar de Toledo y en el Santuario de Santa María de la Cabeza, la preparación de los combates a lo largo de Extremadura y la resistencia a los contraataques rojos en el Tajo y en las rutas de Madrid, encontraron siempre a los aviadores voluntarios de Italia y de Alemania al lado de los pilotos españoles, dispuestos a todo género de sacrificios, con una generosidad y un desinterés ejemplares.

La «Legión Cóndor», gran unidad alemana de aviación, no se organizó hasta el mes de noviembre, mientras se libraban los inciertos combates en los alrededores de la capital de España.

A fines de septiembre, cuando la España roja era ya un inmenso depósito de material de todas clases —material modernísimo y potente—, desembarcó el primer cargamento de material de guerra adquirido por el Generalísimo Franco en Italia. Se trataba de ocho baterías de 65,17, diez carros ligeros, tres baterías anticacarros y unos miles de proyectiles de cañón. Por lo que hace a la aviación, se recibieron diez RO. 37 y doce Fiat 32, que se enviaron a los talleres de Sevilla para las operaciones de montaje.



Carros ligeros legionarios de procedencia italiana

En el mes de noviembre, el total de aparatos legionarios italianos traídos a España era de 42, a los que se sumaban 14 más, también de procedencia industrial italiana, adquiridos por Franco para la Legión o Tercio de Marruecos, tres o cuatro

escuadrillas de «Junkers» y las nacientes escuadrillas españolas, escasas en número, aunque maravillosas de combatividad y de capacidad técnica. A fines de noviembre, el total de aparatos disponibles en la España de Franco rondaba el centenar, o sea 50 menos, aproximadamente, que los recibidos en los aeródromos rojos.

Las primeras formaciones de Infantería legionaria italiana no llegarían a Cádiz hasta la segunda quincena de diciembre, o sea 70 u 80 días más tarde que las masas de voluntarios internacionales a los campos de Albacete.

Considerable fue la ayuda material que los voluntarios italianos y alemanes trajeron a la causa del Alzamiento español; pero fue mucho más importante la confortación moral que aquella ayuda representó en los difíciles, complejísimos primeros meses de la guerra. Atravesaban los soldados del teniente coronel Asensio las aguas del Manzanares, camino de la Ciudad Universitaria, cuando los Gobiernos de Italia y de Alemania reconocieron oficialmente los poderes políticos del Generalísimo Franco. La suerte estaba echada. Entrábamos en una gran guerra, de alcance internacional.

Situación general a fines del año 1936

No terminaremos esta parte del libro sin resumir en unas líneas los datos que dan idea de la situación general creada en España a cada uno de los contendientes como resultado de las operaciones llevadas a cabo desde el 18 de julio de1936 hasta los últimos días de diciembre.

Dice con gran tino el General italiano Francesco Belforte en su libro *La campagna dei volontiari italiani:*

«El año 1936 se cerraba dando a los protagonistas de la lucha la sensación de que en adelante sería necesario seguir nuevos métodos y de que la victoria no se podría conseguir sino al cabo de un largo y áspero camino, en cuyo recorrido no faltarían ni dificultades ni desencantos. Una y otra parte se decidieron a afrontar la guerra «larga», constituyendo, con numerosas clases de movilizados, poderosos Ejércitos que necesitarían armas y toda clase de medios; Europa, también dividida en dos campos, los procuraría

Es inútil callarlo; el campo rojo estaba en aquellos momentos dominado por la satisfacción de haber vencido en la batalla defensiva de Madrid; satisfacción tanto mayor cuanto que esa batalla había sucedido a la certidumbre que los rojos tenían de perder la capital, de la que se alejara el Gobierno.

En el campo de los nacionales, por el contrario, dominaba la desilusión que, si de un lado era un obstáculo a la constitución de las numerosas unidades indispensables, de otro exacerbaba en la mente del Generalísimo y de sus colaboradores más próximos el deseo de rehacerse contra el desengaño sufrido por la fallida conquista de la capital.»

Estas palabras del militar italiano, si de modo general reflejan la verdad, exigen, sin embargo, algunas aclaraciones. Cierto que los rojos estaban satisfechos por encontrarse todavía en Madrid y que, por el contrario, se hallaban los nacionales, no desengañados, sino sorprendidos ante las dificultades que la conquista de la capital presentaba. Pero no es prudente exagerar el comentario. Ni la satisfacción de los rojos pasaba de la epidermis, porque sentían sobre una parte de sus espaldas la terrible amenaza de las vanguardias nacionales, presentes constantemente en los barrios madrileños, ni el desengaño nacional era profundo, porque todos, combatientes y civiles de la retaguardia, pensaron que si el primer

intento había fracasado, pronto se organizaría un segundo plan de operaciones, y si lo exigían las circunstancias un tercero, hasta dar en tierra con la resistencia de Madrid. Quiero decir que la moral roja no pasó entonces de un nivel modesto, y la nacional no sufrió quebranto demasiado apreciable.

Lo que, en cambio, no comprendió entonces la opinión, y hoy aparece claro, es que a fines de diciembre, atrincherado delante de Madrid el Ejército nacional, se encontraba el Generalísimo en franca inferioridad de medios respecto de sus enemigos. Inferioridad considerable de efectivos de Infantería, en proporción de 1 a 3; inferioridad importante en la artillería, en proporción de 1 a 2; inferioridad aproximadamente igual en aviación; inferioridad aplastante en cuanto a las ayudas internacionales, e inferioridad marítima, porque el 80 por 100 de la Escuadra se hallaba en manos de los rojos. Sólo contaba con dos superioridades: la técnica y la moral; ellas dos determinarían las victoriosas campañas nacionales del año 1937.

La Infantería del Ejército de Africa se había revelado en todo su esplendor, y gracias a ella hallaba Franco mejorada su situación general con la reconquista de provincias enteras, el restablecimiento de las comunicaciones entre Marruecos y la Península, así como las de Andalucía con el Norte, la unión de todos los Ejércitos nacionales en un solo sistema militar, la unidad política y castrense en el mando, la liberación de Toledo, el semicerco de Madrid y otras muchas ventajas de parecida índole.

La Caballería, escasísima al comenzar la lucha, había mostrado cualidades insignes en la batalla y esperaba un desarrollo más amplio, a fin de colaborar a las operaciones con el máximo esplendor.

En cuanto a la artillería, vale la pena de consignar aquí que, habiendo salido de Sevilla solamente tres baterías útiles —ésta era la artillería inicial de Yagüe—, llegaron a los alrededores de Madrid unas 24 baterías. ¿Por qué? Porque en los combates del Guadiana, del Tajo, de Toledo, del Tiétar y del Alberche, las tropas nacionales capturaron 82 piezas rojas de diferentes calibres. Estas cifras dan idea de la increíble superioridad material en que se halló el Gobierno de Madrid durante las primeras semanas, y del mal uso que supo hacer de sus elementos.

Característica artillera en la marcha Sevilla-Madrid fue la agilidad con que se movió y cómo estuvo siempre en posición de batir las líneas enemigas, sin tener en cuenta para nada obstáculos naturales de ninguna clase —ríos, montes, barrancos, fangales, etc., etc.—, que superó con un entusiasmo magnífico, trabajando día y noche, desplazándose por sorpresa con objeto de dar la impresión de una verdadera masa de cañones, cuando la realidad era bien distinta.

En general, el funcionamiento de armas y servicios había sido bueno en el campo nacional, aunque muy elemental en lo que se refería a determinadas unidades técnicas, desprovistas de los aparatos y elementos indispensables.

* * *

Si Franco tenía que crear un Ejército nuevo, comprenderá el lector en qué medida habría de entregarse a igual tarea el Gobierno de Valencia. El rendimiento de la Infantería roja fue extraordinariamente bajo, no solamente en el aspecto técnico, sino en el de la combatividad. Casi incapaz de ofensiva, daba muestras de blandura en los momentos más críticos de la defensiva; y como

no es normal suponer que el español rojo sea de peor condición esencial para la guerra que cualquiera otro de sus compatriotas, deberemos concluir que la indisciplina social y la falta de mandos subalternos eran las causas de los desastres sufridos por los Batallones de milicianos.

El balance de la campaña, hasta fines de diciembre de 1936, aportaba a los rojos dos éxitos y un semiéxito; los primeros fueron la toma de la ciudad de Gijón y el revés sufrido por unas vanguardias nacionales en la zona de Peguerinos —Norte del Escorial—; el segundo, la detención de las líneas de Franco en los barrios extremos de Madrid.

Para los nacionales, ese mismo balance representaba la incorporación de millares de kilómetros cuadrados de territorio, con Mérida, Badajoz, Talavera, Irún y San Sebastián; la liberación del Alcázar y de Oviedo, con todas sus inmensas consecuencias políticas, morales, económicas y militares; la defensa sólida de Aragón; la reacción internacional favorable en algunas potencias importantes y el nacimiento de un auténtico Ejército. En cuanto a Madrid, las espadas quedaban en alto, y de todos modos, Franco tenía sujeta la ciudad y sometida al fuego directo de sus cañones y de sus ametralladoras.

El año 1937 iba a abrirse en condiciones muy favorables para el Generalísimo Franco, aunque no sin un panorama de grandes dificultades, que sólo a fuerza de paciencia y de tenacidad serían superadas y vencidas.

FIN